

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Episcopado y conflicto político durante la guerra civil
castellana (ca. 1465-1468)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Diego González Nieto

Director

José Manuel Nieto Soria

Madrid

© Diego González Nieto, 2021

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Episcopado y conflicto político durante la guerra civil
castellana (ca. 1465-1468)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Diego González Nieto

DIRECTOR

José Manuel Nieto Soria

Madrid

Facultad de Geografía e Historia

Departamento de Historia de América y Medieval y Ciencias

Historiográficas



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

**Episcopado y conflicto político durante la guerra civil
castellana (ca. 1465-1468)**

Memoria para optar al grado de doctor presentada por

Diego González Nieto

Bajo la dirección del doctor:

José Manuel Nieto Soria

2020

AGRADECIMIENTOS

Antes de comenzar con la exposición de mi tesis doctoral, me gustaría expresar mi agradecimiento a aquellas personas que me han ayudado y apoyado en su elaboración y durante el largo y arduo proceso que supone la formación en la investigación histórica, y sin las cuales, en consecuencia, este estudio no sería posible.

Sería injusto no comenzar por el director del presente trabajo, el profesor José Manuel Nieto Soria. Las razones de mi gratitud con él se extienden mucho más allá del hecho de que aceptara la pesada carga de dirigir y supervisar la elaboración mi tesis doctoral, ya que mucho antes, cuando me encontraba concluyendo mis estudios de grado, accedió a tutelar mi trabajo final de carrera y, un año más tarde, el de máster. En consecuencia, puedo presumir de haber disfrutado durante todo mi proceso de formación como historiador de su invaluable, rápida y eficiente guía, consejo, colaboración, ayuda y, en especial, apoyo. Las bondades del presente trabajo y de cualquier otro que emprenda en el futuro, se deberán siempre a las bases y conocimientos que él me ha proporcionado.

En segundo lugar, quiero manifestar mi agradecimiento a los miembros del Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid, quienes, aparte de acogerme de la mejor forma posible durante mi formación predoctoral, se han mostrado atentos al desarrollo de mi trabajo, proporcionándome inestimables consejos y no menos valiosas palabras de aliento. Querría personalizar esta gratitud en los profesores Jorge Díaz Ibáñez, María del Pilar Rábade Obradó, Ana Arranz Guzmán, Óscar Villarroel González y, en especial, Francisco de Paula Cañas Gálvez, quien, desde que fuera mi profesor en segundo año de carrera, no ha dejado de ayudarme y aconsejarme desinteresadamente en todo lo posible y de alentarme a proseguir la labor investigadora, razón que nos ha llevado a compartir amenas mañanas de archivo y largas conversaciones sobre personas de las que hace ya casi seiscientos años que nadie se acuerda, las cuales, seguro, continuaran en los años venideros. A ellos debo sumar a otros antiguos miembros del departamento que he podido conocer durante estos años y servirme de sus consejos y colaboración: David Nogales Rincón, Pablo Ortego Rico, Guillermo Arquero Caballero, Fernando Rodamilans Ramos, Eduard Juncosa i Bonet y la profesora María Concepción Quintanilla Raso, de quien tuve el placer de ser alumno en su último año en esta Universidad.

Por supuesto, también quiero recordar aquí a los compañeros que se encuentran en mi misma situación como investigadores de doctorado en el departamento, Miguel y Alejandro. No obstante, debo hacer especial mención a Iván Curto Adrados, amigo y compañero de fatigas desde mis primeros días en la Universidad Complutense hace ya diez largos años, y al que siempre estaré agradecido por haber compartido tan arduo camino conmigo.

En tercer lugar, me gustaría agradecer su labor a los archiveros y bibliotecarios de los centros e instituciones que he visitado en estos años de estudio e investigación, por su ayuda y colaboración. Todos son imposibles de enumerar, pero me gustaría destacar la labor y ayuda de los miembros de la biblioteca de Geografía e Historia de la Universidad Complutense y, aún arriesgo de que se me acuse de favoritismo por mi condición de toledano, a los miembros del Archivo Histórico de la Nobleza de Toledo, por su siempre excelente atención, y a los del Archivo de la Catedral de Toledo, quienes, aparte de lo anterior, siempre me dejaron “abusar” de su hospitalidad y quedarme después de la hora de cierre para concluir el trabajo diario. Muchas gracias a todos ellos.

En último lugar, y no por ello menos importante, he de dar las gracias a mis padres y hermanos por su apoyo incondicional durante todos estos años y, en especial, a mis sobrinos, a los que les debo un tiempo que, prometo, les devolveré.

ÍNDICE

Resumen	p. 1
Abstract	p. 4
Introducción	p. 7
1. <i>Justificación del tema</i>	p. 7
2. <i>Organización del trabajo, fuentes y problemas metodológicos</i>	p. 9
3. <i>Estructura y objetivos de la tesis</i>	p. 14
Bibliografía y fuentes	p. 19
I – Las elecciones episcopales	p. 66
1) Las elecciones episcopales castellanas ante el inicio de la revuelta nobiliaria	p. 69
2) Las aspiraciones de la nobleza rebelde sobre las provisiones episcopales: la Sentencia Arbitral de Medina del Campo y los pactos de Segovia de 1467	p. 76
2.1. <i>¿Un caso de aplicación del modelo de provisión conjunta? La vacante cordobesa de octubre de 1464</i>	p. 83
3) Las elecciones episcopales durante la guerra civil	p. 86
3.1. <i>La injerencia alfonsina en la provisión de la sede cordobesa</i>	p. 87
3.2. <i>El control pontificio de las elecciones episcopales de diciembre de 1465</i>	p. 91
3.2.1. <i>La resistencia alfonsina a la provisión pontificia de la sede de Sigüenza</i>	p. 95
3.2.2. <i>La contestación a la provisión de la sede de Oviedo</i>	p. 105

3.2.3. <i>La aceptación de la provisión de la sede de Zamora</i>	p. 111
3.2.4. <i>El conflicto por la provisión de la sede de Orense</i>	p. 113
3.3. <i>La provisión de las sedes vacantes de octubre de 1467</i>	p. 117
3.3.1. <i>El final del conflicto por la mitra seguntina</i>	p. 121
3.3.2. <i>La oposición a las provisiones de Zamora y de Tuy</i>	p. 124
4) Los intentos de privación de dignidades episcopales durante la contienda civil	p. 131
5) Las elecciones episcopales castellanas tras la guerra civil: el sometimiento regio a la voluntad del Alto Consejo	p. 136

II – El Consejo Real p. 148

1) ¿Consejo o consejos? El Consejo de Justicia y el Alto o Secreto Consejo	p. 150
2) El Consejo Real ante el inicio de la rebelión nobiliaria	p. 151
3) La remodelación del Alto Consejo y el Consejo de Justicia en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo	p. 157
3.1. <i>El Consejo de Justicia en la Sentencia de Medina del Campo</i>	p. 158
3.2. <i>El Alto o Secreto Consejo en la Sentencia de Medina del Campo</i>	p. 169
3.3. <i>Misiones concretas encargadas a determinados obispos del Consejo en la Sentencia</i>	p. 176
4) El episcopado en el Alto Consejo y el Consejo de Justicia en los prolegómenos de la Farsa de Ávila	p. 178
4.1. <i>¿Un nuevo ordenamiento del Consejo de Justicia en mayo de 1465?</i>	p. 186
5) El episcopado en el Alto Consejo y en el Consejo de Justicia de Enrique IV durante la guerra civil (1465-1467)	p. 189
6) El episcopado en el Alto Consejo y en el Consejo de Justicia del infante-rey Alfonso (1465-1467)	p. 196
7) El resurgir del espíritu de Medina: la organización del Alto Consejo	p. 205

enriqueño y alfonsino en los pactos de Segovia (septiembre-octubre de 1467)

8) La ruptura de los pactos de Segovia y la formación de un nuevo Alto Consejo enriqueño p. 216

9) El último acuerdo sobre el Alto Consejo alfonsino: la confederación entre el maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo del 4 de junio de 1468 p. 219

10) El Alto Consejo del fallecimiento del infante-rey Alfonso a las Cortes de Ocaña de 1469 p. 222

11) El Alto Consejo Real ante el matrimonio castellano-aragonés p. 228

12) El Consejo de Justicia tras la guerra civil: el ordenamiento de las Cortes de Ocaña (1469) p. 231

III – La Audiencia Real p. 236

1) El estado de la Audiencia Real en los prolegómenos de la guerra civil p. 236

2) La reforma de la Audiencia Real en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo p. 238

3) La Audiencia Real durante la guerra civil p. 242

4) La reorganización de la Audiencia Real en las Cortes de Ocaña de 1469 p. 247

IV – Las Cortes p. 251

1) Tentativas de Cortes en los inicios de la revuelta nobiliaria p. 251

2) El episcopado en las Cortes de Salamanca de 1465 p. 255

3) Los intentos de convocatoria de Cortes durante la guerra civil por parte del bando enriqueño p. 262

4) Los intentos de convocatorias de Cortes por parte del bando alfonsino p. 263

5) El episcopado en las Cortes de Ocaña de 1469 p. 267

6) Otro tipo de colaboración: la injerencia de los miembros del episcopado en el envío y selección de los procuradores a Cortes p. 271

V – La diplomacia p. 278

1) El Papado p. 280

1.1. El episcopado en la diplomacia con Roma desde el inicio de la revuelta nobiliaria hasta la Sentencia Arbitral de Medina del Campo (mayo de 1464-enero de 1465) p. 281

1.2. El episcopado en la diplomacia con Roma hasta la Farsa de Ávila p. 285

1.3. El episcopado en la diplomacia con Roma tras la Farsa de Ávila p. 289

2) Aragón p. 299

3) Inglaterra p. 309

4) Francia p. 313

5) Portugal p. 314

VI – Negociaciones y mediaciones políticas p. 320

1) La intervención del episcopado en las negociaciones entre los partidos en pugna p. 322

1.1. Las negociaciones de mayo de 1464 hasta la Farsa de Ávila p. 322

1.2. La intervención del episcopado en las negociaciones entre los bandos en pugna durante la guerra civil p. 331

2) La colaboración en la negociación: seguridades y rehenes p. 343

3) La participación del episcopado en las negociaciones políticas con otras instancias de poder durante la guerra civil p. 348

4) La participación del episcopado en las negociaciones políticas con otras instancias de poder en las postrimerías de la guerra civil y hasta las Cortes de Ocaña p. 365

5) Los intentos de mediación pontificia: la legación de Antonio de Veneris, obispo de León p. 369

VII – Actuaciones de carácter militar p. 380

1) Los enfrentamientos armados	p. 382
2) La defensa y guarda de villas, urbes y regiones	p. 399
3) Las labores de escolta de miembros de la realeza por parte de miembros del episcopado	p. 414

Conclusiones	p. 418
---------------------	--------

Apéndices	p. 437
------------------	--------

Apéndice I: Trayectorias crono-biográficas de prelados políticamente relevantes durante el conflicto civil	p. 438
--	--------

Apéndice II: Selección documental	p. 509
-----------------------------------	--------

RESUMEN

La presente tesis tiene por objetivo abordar el estudio de la participación política del episcopado en la contienda civil que se vivió en el reino de Castilla entre 1465 y 1468, así como valorar la importancia de su intervención en el curso de la guerra. El episcopado, como uno de los estamentos privilegiados del reino, tuvo una especial presencia en este proceso conflictivo, cuyo cénit se alcanzó en 1465, cuando parte del reino apoyó la deposición de Enrique IV y reconoció como rey al príncipe Alfonso, iniciándose con ello un conflicto que habría de durar hasta julio de 1468. El trabajo se ha centrado en el análisis de su intervención en el conflicto general por el control del trono castellano desde la perspectiva de su afectación a la gobernación del reino y al curso de la guerra. Para ello, la tesis se ha estructurado en siete grandes bloques temáticos, divididos, a su vez, en distintos capítulos que han permitido examinar su participación e influencia en este conflicto.

En el primer bloque se ha podido constatar que la conflictividad en curso tuvo una honda afectación en el propio acceso al ministerio episcopal: la guerra repercutió en el normal desarrollo de la provisión de las sedes episcopales vacantes y las convirtió en objeto de disputa entre el papado y distintos sectores del reino, entre ellos, los opositores al rey Enrique.

En el segundo y tercer bloque, referidos al Consejo y a la Audiencia Real, hemos podido analizar las remodelaciones de las que fueron objeto estos órganos esenciales para la gobernación del reino durante la guerra y el lugar dado al episcopado en ellos. Asimismo, se ha podido comprobar que numerosos miembros del episcopado tuvieron una notable presencia e influencia en ellos, tanto en la Corte de Enrique IV como en la de Alfonso. También se ha podido advertir cómo fue por el control del primero de estos organismos por el que los principales miembros del episcopado y de la nobleza del reino pugnaron durante estos años con el fin de asumir el control del gobierno del reino.

En el cuarto bloque, se ha podido detectar y analizar una importante y numéricamente relevante colaboración institucional de numerosos prelados en las Cortes desarrolladas o cuya celebración se trató de llevar a cabo en el marco conflictivo.

En el quinto bloque, el referente a la diplomacia, hemos podido constatar el alto relieve que los miembros del episcopado adquirieron en las relaciones exteriores del reino, a pesar de que fueron numéricamente pocos los prelados a los que les fueron encomendadas misiones diplomáticas fuera del reino. Sin embargo, ya fuera desde Consejo de Enrique IV o desde su posición predominante en la facción contraria al rey, múltiples obispos contribuyeron a organizar e impulsaron acciones diplomáticas. Entre aquellas, destacan especialmente las dirigidas hacia la Corte de Roma, donde ambos bandos pugnaron por conseguir el favor del pontífice para sus respectivas causas.

En el sexto bloque se ha analizado su participación en las negociaciones y mediaciones políticas que se plantearon a lo largo del conflicto, habiendo sido posible comprobar cómo, desde el mismo inicio de la rebelión nobiliaria, los miembros más destacados del episcopado castellano y que contaban con mayor protagonismo político, se encontraron presentes en las principales negociaciones que tuvieron lugar entre los bandos en pugna. Asimismo, también se ha podido constatar otras formas relevantes de colaboración del episcopado en los procesos de negociación, como el proporcionar las condiciones necesarias para que los representantes de las facciones enfrentadas pudieran entrevistarse con garantías de seguridad y tratar de alcanzar un acuerdo que pusiera fin al conflicto. También se ha podido constatar el papel esencial que determinados obispos integrados en los bandos en pugna por el trono desempeñaron en la diplomacia interna, es decir, en las negociaciones impulsadas por los partidarios de Enrique IV o de la facción nobiliaria con otras instancias de poder del reino y con las cuales se pretendió conseguir el respaldo de distintos magnates, urbes o instituciones para sus respectivas causas.

En el séptimo y último bloque, ha sido posible comprobar y reconstruir la intensa actividad de carácter militar que desarrollaron un significativo número de prelados durante el desarrollo del conflicto, tanto en los enfrentamientos armados como en la defensa y guarda de determinadas urbes y regiones para sus respectivas parcialidades.

El análisis de todos los aspectos señalados nos ha permitido comprobar la gran influencia política y repercusión de la actuación de los miembros del episcopado en el marco conflictivo en curso y su imprescindible papel en la gobernación del reino en esta crítica coyuntura. Todo ello nos lleva también a concluir que un número relevante de los

prelados del reino adquirieron una entidad muy superior en el curso de la guerra a la de la mayor parte de los otros miembros de la oligarquía política castellano-leonesa que se implicó en ella.

La tesis concluye con dos apéndices: el primero contiene una síntesis de las trayectorias biográficas de los prelados políticamente más destacados durante el conflicto, y el segundo una selección documental que incluye la transcripción de documentos inéditos notables para la realización de este estudio.

ABSTRACT

The object of this work is the study of the political role of the episcopate during the Castilian civil war of the years 1465-1468, along with the assessment of the significance of its intervention throughout the conflict. The episcopacy, as a privileged component of the realm's establishment, played a crucial part in that conflictive process. Its zenith was reached in 1465, when a portion of the kingdom supported the deposition of Henry IV and acknowledged prince Alfonso as the new king, thus inaugurating a struggle that continued until July 1468. This work is focused in analysing episcopal intervention in the general contest for the control of the throne of Castile from both the perspectives of its impact upon the kingdom's governance and the outcome of the war. In order to achieve that, the thesis has been structured in seven mayor thematic blocks, each of them divided in various chapters that allowed the examination of its role and influence in the conflict.

In the first block it has been possible to establish that the ubiquitous unrest had a deep impact on the access to episcopal ministry. War altered the standard provision of vacant episcopal sees and turned them into the subject of dispute between the papacy and various factions of the realm, especially among opponents to king Henry.

The second and third blocks are focused on the Royal Council and the Royal Audience, being able to determine the reforms that these governmental agencies were subjected to during the war, as well as the role played in them by the prelates. It has also been possible to ascertain that many members of the episcopate had a notable presence and influence in the court of Henry IV as much as in Alfonso's. It has also been possible to pinpoint that preminent members of the Church and the nobility contended during these years for the control of the Royal Council in order to obtain the control over the government of the kingdom.

In the fourth block it has been possible to identify and analyse the qualitative and quantitative relevance of the bishop's institutional participation in the Cortes, whether they were actually hosted or merely scheduled despite the conflictive context.

In the fifth block, dedicated to diplomacy, it has been possible to verify the importance that the members of the episcopate acquired regarding the kingdom's foreign affairs, regardless of the small numbers of prelates that were trusted with

diplomatic missions outside the borders of realm. Nevertheless, be it from their chairs in Henry IV's Council or from their prominent positions in the contrary faction, many bishops contributed to the organization and promotion of diplomatic actions. Mainly those directed towards the Court of Rome, where both factions contended to win the favour of the Pope towards their respective causes.

In the sixth block their part in negotiations and political mediation during the conflict has been examined, allowing to establish that, from the very beginning of the nobiliary rebellion, the preeminent members of the Castilian episcopate were present in the most transcendent negotiations between the two warring factions. It was also possible to confirm other forms of participation in the negotiation process such as their insurance of secure conditions that enabled the meetings between enemy parties geared towards the achievement of peace. It has also been noted the crucial role of some factional bishops regarding internal diplomacy initiatives, prompted either by Henry IV's supporters or the party of the nobles, driven towards obtaining the support for their cause of some magnate, city or institution.

In the seventh and final block, the intense military activity of a significant number of prelates during the conflict, either be it in open battles or in the defence of cities or regions for their respective parties, was patented and reconstructed.

The analysis of all these aspects makes it possible to prove the great political influence and the transcendence of the actions taken by the members of the episcopate in the referred conflict, as well as clarify their role in the ruling of the kingdom during those troubled times. It also allows to conclude that a relevant number of prelates acquired a much higher pre-eminence during wartime period, compared to other members of the Castilian-Leonese oligarchy also involved in the strife.

The thesis is drawn to a close by the means of two appendixes. The first one contains the synthesised biographies of some of the most politically significant bishops of the conflict. The second one offers a documental selection that includes the transcription of relevant unedited documents employed in the making of this study.

INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS

1. Justificación del tema

Cuando hace ya unos cuantos años, en el último curso del grado en Historia que cursé en la Universidad Complutense de Madrid, me encontré ante la tesitura de escoger un tema para realizar mi trabajo final de carrera entre el amplio abanico de posibilidades existentes, no dudé demasiado en focalizar mi atención en Enrique IV de Castilla (1454-1474), no obstante la advertencia, que ya por entonces conocía, del insigne historiador Luis Suárez Fernández, sin duda uno de los mayores especialistas en este monarca, y que cito literalmente: “estudiar el reinado de Enrique IV es una de las tareas más ingratas que se proponen al investigador actual”¹. A pesar de ello, su mandato se trata a la vez de una de las épocas más relevantes y más complejas de la historia de la Castilla bajomedieval. El reinado se caracterizó desde su comienzo por la existencia de una gran tensión política, herencia de los últimos años del mandato de su progenitor, Juan II de Castilla, que acabaría por estallar en 1464, cuando, ante el desplazamiento del primer y mayor favorito del rey, Juan Pacheco, marqués de Villena, de la gobernación del reino por un nuevo equipo de gobierno, compuesto por Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y por Beltrán de la Cueva, nuevo preferido regio y aún entonces conde de Ledesma, Pacheco se unió a los opositores al rey. Los hechos que se siguieron son conocidos: los rebeldes al monarca consiguieron el control de la persona de un jovencísimo infante Alfonso cuyo reconocimiento como príncipe heredero del reino lograron imponer a Enrique IV frente a los derechos de la princesa Juana. Una vez que las negociaciones con el rey se rompieron, depusieron a este el 5 de junio de 1465 para alzar al trono a don Alfonso, dando pie con ello a una cruenta guerra civil y a un reinado que concluirían el 5 de julio de 1468, cuando el infante-rey Alfonso falleció con tan solo catorce años de edad.

La guerra civil que se desarrolló entre 1465 y 1468, y en la cual subyacía una pugna por la que se estaba dirimiendo el futuro modelo de gobernación del reino, ha sido abordada ya por la historiografía, destacando los estudios de Morales Muñiz² y

¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía: Entendimiento y rivalidad. El proceso de la construcción de la corona española*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, p. 275.

² MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1988.

Suárez Fernández³ y, para los momentos finales de la misma y sus postrimerías, sigue resultando de obligada consulta la obra de Val Valdivieso sobre la princesa Isabel de Castilla⁴. Estos autores pudieron comprobar cómo esta contienda conllevó la implicación en el conflicto de todos los miembros del cuerpo político del reino, que se vieron afectados de muy diversas formas por la misma. Los principales magnates laicos, urbes y villas del reino se dividieron entre los bandos en pugna, habiéndose prestado especial atención por la historiografía a la actuación de la nobleza⁵. Sin embargo, también se hace patente ya en estos estudios una muy activa y relevante participación del estamento restante en el conflicto, el clero, que, no obstante, no ha recibido aún una atención particularizada, al quedar en buena medida eclipsado su papel por una incidencia en la actuación de la nobleza, el monarca y el pretendiente.

José Manuel Nieto Soria, en su obra *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, emprendió un examen general de la intervención de los miembros del clero en los recurrentes conflictos políticos que se sucedieron en los reinos de Castilla y León durante la época Trastámara y que afectaron al ejercicio del ministerio regio. En dicho estudio, consideró que el análisis de la actuación del clero en los grandes conflictos políticos de carácter general acaecidos en dichos reinos podía suponer por sí mismo un trabajo monográfico⁶, labor que ya Villarroel González emprendió para el reinado de Juan II⁷. Atendiendo a esto último y al mencionado papel del clero en la guerra civil señalada, nos decidimos a dedicar mi tesis doctoral al análisis de la intervención del clero en dicho contexto conflictivo.

No obstante, las primeras indagaciones bibliográficas, cronísticas y documentales realizadas dejaron desde pronto patente que, en este conflicto concreto,

³ Entre los estudios de este autor dedicados a este periodo destacamos, por su carácter monográfico SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla: la difamación como arma política*, Barcelona, Ariel, 2001.

⁴ VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica, princesa (1468-1474)*, Valladolid, Instituto “Isabel la Católica” de Historia Eclesiástica, 1974.

⁵ Dicha división puede seguirse a través de los trabajos de VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV”, *Hispania*, 130 (1975), pp. 249-294; MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Las confederaciones nobiliarias en Castilla durante la guerra civil de 1465”, *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), pp. 455-468; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit.

⁶ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 249-290.

⁷ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana. Relaciones de poder con Juan II (1406-1454)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2011, pp. 233-296. Una reciente aproximación historiográfica a esta cuestión en DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Iglesia, nobleza y poderes urbanos en la Corona de Castilla durante la Baja Edad Media. Una aproximación historiográfica”, en DÍAZ IBÁÑEZ, J. y NIETO SORIA, J. M. (Coords.), *Iglesia, nobleza y poderes urbanos en los reinos cristianos de la Península Ibérica durante la Edad Media*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2019, pp. 37-42.

un sector de la jerarquía eclesiástica eclipsó con su protagonismo y actividad a todos los demás: el episcopado.

En efecto, las crónicas del reinado de Enrique IV han insistido especialmente en cómo se produjo una intensa polarización de los miembros del episcopado castellano en torno a las dos opciones políticas que ya a partir de 1464 se planteaban en el reino, el partido formado en torno al príncipe Alfonso y los que se mantuvieron leales al poder real de don Enrique⁸, dato este que ya por sí mismo, como ya puso de relieve Nieto Soria, nos habla de la falta de unidad de la Iglesia castellana ante la crisis política y de que las consideraciones eclesiásticas y religiosas con las que se trataron de desacreditar la figura del monarca sirvieron para enmascarar motivaciones de otra índole para tan férrea oposición al mismo y que acabó derivando en su propia deposición en Ávila⁹. Y, es que, en efecto, el episcopado, como uno de los estamentos privilegiados del reino, tuvo una especial presencia y significación en este proceso conflictivo, siendo precisamente varios de sus miembros, entre los que cabe destacar a Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y de Sigüenza, o Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, algunos de los actores políticos que mayor protagonismo e influencia adquirieron en el marco conflictivo en curso, como podremos comprobar en el desarrollo de la tesis. Por esta causa se decidió focalizar el estudio en la participación del episcopado en esta guerra civil, tampoco abordado en su conjunto.

2. Organización del trabajo, fuentes y problemas metodológicos

Una vez centrado el tema de estudio en un objeto, el episcopado, y un periodo, la guerra civil de 1465 a 1468, quedaba por determinar los aspectos concretos a analizar, para lo cual lo primero era comprobar las posibilidades que nos ofrecían los estudios y fuentes conservadas. La bibliografía específica sobre el conflicto y su desarrollo fue un pilar inicial fundamental. No obstante, debido a que esta se encontraba focalizada principalmente en las actuaciones de la alta nobleza, el monarca y sus parientes, y se hacía en ella tan solo referencia a aquellos prelados de mayor relieve político, era necesario recurrir a otras fuentes para conocer el papel jugado por el resto de los

⁸ Véase, por ejemplo, PALENCIA, A. de, *Gesta hispaniensia annalibus suorum dierum collecta*, TATE, R. B. y LAWRENCE, J. (eds.), Vol. II, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 313-314.

⁹ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 277-278.

miembros del episcopado castellano en la guerra. Para ello se inició una ardua y prolongada labor de búsqueda bibliográfica y documental en diversas bibliotecas especializadas y archivos (varios, afortunadamente, con sus fondos ya publicados en línea) nacionales, municipales y eclesiásticos. En el apartado referente a bibliografía y fuentes relacionamos gran parte de los archivos consultados en estos años de investigación (solamente aquellos cuyos fondos han sido utilizados en el cuerpo de la tesis). Entre los que debemos destacar, por el volumen o importancia de la información que nos han proporcionado, los siguientes:

-*Archivo Histórico Nacional*: con la sección de *Clero* como gran fondo documental que, evidentemente, resulta el más relevante para cualquier estudio focalizado en el estamento eclesiástico.

-*Archivo Histórico de la Nobleza*: que custodia un magnífico volumen de documentación de las principales casas nobiliarias del siglo XV castellano, de las que formaban parte algunos prelados por nosotros analizados, y de sus relaciones con otros poderes, entre ellos el propio alto clero.

-*Archivo General de Simancas*: de obligada consulta para cualquier estudio focalizado en la segunda mitad del siglo XV castellano, habiendo resultado especialmente útiles las consultadas de los fondos custodiados en numerosas secciones, entre las que destacan Patronato Real, Registro General del Sello, Diversos de Castilla, Quitaciones de Corte y, muy especialmente, Mercedes y Privilegios.

-*Archivo Municipal de Burgos*: sus fondos medievales, prácticamente digitalizados y en red en su totalidad, y, en especial, las actas municipales de 1465, conservan abundante información de la labor desplegada por el obispo Luis de Acuña y por los prelados del partido alfonsino en los primeros compases de la guerra, hasta que se cortan abruptamente en agosto de 1465. Sentimos especialmente la pérdida de las actas del resto de años de la guerra civil hasta 1471, por cuanto la cantidad y calidad de la información que sobre el curso general de la guerra y la participación de distintos miembros del episcopado en ella proporcionan lo conservado de las actas de 1465, nos hace imaginar lo crucial que para el análisis de este periodo y de la labor del episcopado hubieran sido las actas de esos años del concejo de la *Caput Castellae*.

-*Archivo de la Catedral de Burgos*: Sus completos registros de actas conservan abundantes datos sobre diversos prelados objeto de estudio y, en especial, sobre la actuación del prelado burgalés durante la contienda civil.

-*Archivo de la Corona de Aragón*: La ardua tarea de consulta de los numerosos y extensos registros de cancillería de Juan II disponibles a través del *Portal Pares* dieron finalmente sus frutos para ayudarnos a completar nuestros conocimientos sobre la diplomacia entre Juan II de Aragón y el bando alfonsino y, en especial, sus relaciones con Alfonso Carrillo.

-*Archivo de la Catedral de Toledo*: Si bien su documentación contiene un escaso volumen de información sobre el curso concreto de la guerra, por la sede primada pasaron buena parte de los obispos que analizamos, por lo que la consulta de sus fondos resultaba esencial para la reconstrucción de sus trayectorias.

-*Archivo Ducal de Alba*: nos interesaba el importante volumen de documentación conservado referente al linaje de los Fonseca, del que formaba parte el prelado hispalense, y a la nobleza gallega, para el análisis de sus relaciones con el episcopado de aquel reino. Se conserva también otra mucha documentación del reinado de Enrique IV.

-*Archivo Municipal de Toledo*: conserva una abundante documentación del reinado y del periodo concreto de la guerra de gran interés.

-*Archivo Municipal de Murcia*: caso similar al anterior. La digitalización y puesta en línea de sus fondos por el proyecto CARMESÍ nos facilitó sobremanera la consulta de los mismos.

-*Archivo de la Real Chancillería de Valladolid*: los registros de ejecutorias de los siglos XV y XVI, accesibles a través del *Portal Pares*, han resultado ser una fuente infinita de información para el conocimiento de numerosos pleitos mantenidos por los miembros del episcopado con otros poderes cuyo análisis, como explicaremos inmediatamente, no será finalmente objeto de atención en esta memoria. No obstante, muchos de ellos proporcionan información relevante que será empleada en el cuerpo de la tesis doctoral.

-*Biblioteca Nacional*: su sección de manuscritos ha resultado de suma utilidad, y la revisión de los mismos se ha visto en gran medida facilitada por la digitalización de la mayor parte de los que nos interesaban.

-*Biblioteca de la Real Academia de la Historia*: la publicación en los primeros momentos de nuestra investigación del monumental y detallado catálogo documental de la documentación conservada dicha institución en torno al reinado de Enrique IV, dirigido por Ladero Quesada y Olivera Serrano¹⁰, nos facilitó muchísimo la consulta de sus amplios fondos para la época que nos ocupa.

A ellos habría que añadir la consulta de fondos de otros archivos que se citan en el cuerpo del trabajo, como los archivos de las catedrales de Córdoba y Salamanca o el Archivo de la Villa de Madrid, que referenciamos en el lugar pertinente. El manejo de diversos catálogos y colecciones documentales, y la revisión de numerosa bibliografía y estudios realizados sobre diversos obispos, obispados, ciudades o regiones de Castilla, nos llevó a descartar la consulta de algunos archivos al comprobar que, o bien que no existía documentación relevante en ellos, o que aquella ya había sido editada o analizada en detalle en otras investigaciones previas.

El objetivo de nuestras pesquisas bibliográficas y documentales era, primero, identificar quiénes fueron los miembros del episcopado castellano en este contexto; segundo, reconstruir sus trayectorias biográficas, políticas y eclesiásticas; y, tercero, conocer y analizar sus actuaciones políticas, si las hubiera, y las circunstancias particulares que les afectaban en los años que abarcan la crisis del reino. El volumen de crónicas, bibliografía y fuentes documentales, tanto editadas como inéditas, que han sido objeto de consulta para intentar conocer en la mayor profundidad posible a los miembros del episcopado del conjunto del reino castellano-leonés y su actuación en estos años quizá no se aprecie del todo bien en el apartado referente a la bibliografía, dado que lo allí recogido es única y exclusivamente lo citado en el cuerpo de la tesis.

Pronto estas tareas de recopilación nos situaron ante la posibilidad de abordar dos perspectivas o grandes bloques de análisis que, aunque sin duda relevantes ambos, tenían una muy difícil articulación y desarrollo coherente en un mismo estudio. En primer lugar, todo lo que afectaba a la participación del episcopado en la política

¹⁰ LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, Vol. I, Madrid, Universidad Carlos III-Comité Español de Ciencias Históricas, 2016.

general del reino durante la contienda, es decir, su intervención en la conflictividad en curso por el control del trono y en la gobernación del reino en estos críticos años; y, en segundo lugar, lo que se refiere a lo que podríamos denominar como conflictividades particulares en relación a los obispos. Con esto último nos referimos a los conflictos propios, de muy diversa naturaleza, que afectaban o comenzaron a afectar a la práctica totalidad de los miembros del episcopado castellano en los años que abarcan nuestra investigación.

En efecto, las consultas bibliográficas y de numerosos archivos nos han permitido documentar la existencia entre 1465 y 1468 de una verdaderamente ingente cantidad de conflictos de ámbito local o regional, de una gran diversidad y de gravedad variable, en los que se encontraron inmersos los miembros del episcopado del reino castellano-leonés. Unos venían produciéndose desde antes del conflicto; algunos tenían siglos de antigüedad y, encontrándose por entonces latentes, se reactivaron al calor de la crisis del reino; y otros surgieron en esta misma crisis, favorecidos por la inestabilidad dominante. La casuística, como se ha indicado, es amplísima: conflictos con la nobleza señorial de sus arzobispados y obispados por cuestiones económicas y jurisdiccionales; con sus propios cabildos catedralicios o sectores del clero de sus diócesis por asuntos tales como la independencia jurisdiccional capitular o desavenencias económicas y beneficios; con las órdenes militares por problemas similares a los anteriores; con lugares de señorío y sus señores y con concejos de realengo por cuestiones referentes a su ministerio y potestad episcopal y, también, a su condición de señores de vasallos; con los propios vasallos dependientes de sus mitras... A ello habría que añadir la destacada participación de varios miembros del episcopado, aunque con un protagonismo diverso, en las luchas de bandos que por el predominio en una determinada localidad se producían desde antes de la guerra y que siguieron su curso durante ella. En no pocas ocasiones estos conflictos se entremezclan, lo que dificulta, además, su tipificación y análisis.

Algunos de estos problemas se vieron afectados o influenciados de alguna manera por la pugna civil, según tendremos ocasión de apuntar en algún caso en el cuerpo de la tesis (como en Palencia o Córdoba), pero otros tantos siguieron su curso de forma paralela y ajena a la lucha por el trono, reduciéndose en muchos casos la afectación de la guerra a los mismos al hecho de que la crisis del reino impidió una eficiente ejecución de la justicia regia que teóricamente debería de haber podido poner

fin a la mayoría de estas contiendas. Los problemas derivados de la imposibilidad de ejecutar dicha justicia ya fueron denunciados el 3 de enero de 1466 por el papa Paulo II en una bula, conocida en adelante como la bula *paulina*, por la que condenaba a todos aquellos que en el reino de Castilla atentaban contra los bienes, derechos y privilegios de los miembros de la Iglesia y en la que autorizaba a la aplicación de las más graves censuras eclesiásticas contra los mismos¹¹.

Resulta evidente que muchas de estas casuísticas particulares, si se pretenden analizar con la profundidad que verdaderamente requieren y que, afortunadamente, la rica documentación, en gran parte inédita, recopilada en torno a ellas nos permite, necesitarían ser objeto de estudios monográficos que ya hemos comenzado a elaborar¹² y que pensamos desarrollar en la investigación posdoctoral. Como consecuencia de lo expuesto, y a fin de mantener un hilo vertebrador coherente, se ha decidido evitar en el presente estudio estas problemáticas de carácter local o particular que, por otro lado, están presentes en muchos momentos de la historia bajomedieval castellana sin que esté presente el factor de la guerra civil que aquí se considera determinante de los objetivos de análisis abordados.

3. Estructura y objetivos de la tesis

Planteadas estas salvedades, se determinó que el tema principal y eje de la presente memoria de doctorado fuera la participación del episcopado en el conflicto político general por el trono desde la perspectiva de su afectación a la gobernación del reino y al curso de la guerra. Para su estudio, la presente tesis doctoral se ha dividido en siete grandes apartados que consideramos que nos podrán permitir observar en profundidad la participación e influencia del episcopado en este conflicto.

¹¹ Una traducción al romance de esta bula en Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, Orden de Calatrava, Cp. 450, n. 143.

¹² Nos referimos a nuestro trabajo dedicado al estudio de la usurpación a la que se vio sometido el obispo de Lugo García Martínez de Bahamonde durante la guerra civil por parte del marqués de Astorga y el conde de Lemos de sus señoríos, rentas y derechos episcopales. Como muestra de la complejidad de este tipo de contiendas a las que antes nos referíamos, conviene señalar que esta usurpación se enmarcaba en una pugna interseñorial entre el mencionado marqués y el conde de Lemos por el predominio en la región lucense, y en la cual se encontraron implicados el concejo y cabildo catedralicio de Lugo y la *Irmandade gallega* tras su conformación en 1467. GONZÁLEZ NIETO, D., “La Iglesia castellana ante las guerras interseñoriales: el señorío episcopal de Lugo, campo de batalla de los Osorio de Lemos y de Trastámara (ca. 1460-1470)”, en DÍAZ IBÁÑEZ, J. y NIETO SORIA, J. M. (Coords.), *Iglesia, nobleza y poderes urbanos en los reinos cristianos de la Península Ibérica durante la Edad Media*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2019, pp. 123-156.

En primer lugar, abordaremos el desarrollo de las elecciones episcopales durante la guerra civil. Su interés para el presente estudio se encuentra plenamente justificado desde la perspectiva de su honda afectación por la conflictividad política en curso y por su relevancia desde el punto de vista de la incorporación de determinados eclesiásticos a las funciones político-administrativas que serán analizadas en los siguientes apartados. Como podrá comprobarse, el normal desarrollo del acceso al ministerio episcopal en Castilla se vio profundamente condicionado por la conflictividad política en curso, en primer término por las aspiraciones, de distinta índole, que los bandos en pugna tuvieron en torno a ellas.

El segundo apartado se dedica al análisis de la evolución de la inclusión de los miembros del episcopado en el Consejo Real durante el curso de la guerra, comenzando la realización de una necesaria distinción entre un Consejo de Justicia y un Alto Consejo o Consejo Secreto, como forma de comprobar la participación de distintos miembros del episcopado en la gobernación del reino en este periodo. Se tratará de comprobar cómo el devenir del conflicto político condicionó la estructura y composición de estos organismos y la presencia del episcopado en ellos, en especial en lo que se refiere al Alto Consejo, por cuyo control pugnarían los más destacados prelados y caballeros del reino. Una vez que se produjo la Farsa de Ávila, se buscará atender a la presencia del episcopado en los consejos tanto de Enrique IV como del infante-rey Alfonso y las aspiraciones concretas que sobre el mismo tenían algunos miembros del episcopado.

En el tercer apartado será analizado el papel del episcopado en la Audiencia Real durante esta crítica coyuntura en un sentido similar al anterior, valorándose cuál fue la presencia del mismo en este órgano y la afectación del conflicto civil a ella.

En el cuarto apartado, será abordada la presencia y formas de intervención del episcopado en el desarrollo de las Cortes de Castilla convocadas o que se trataron de convocar durante la guerra, también desde la perspectiva y objetivo de analizar su colaboración en la gobernación del reino en el marco conflictivo.

El quinto apartado se dedicará a la participación del episcopado en la diplomacia, en las relaciones exteriores tanto del monarca, Enrique IV, como de sus detractores con otros poderes europeos. Entre ellos destacan especialmente el Papado y el reino de Aragón, por cuanto unos y otros trataron de encontrar en ellos un respaldo

esencial para la contienda política que se encontraba en curso. Se tratará de comprobar cómo se produjo dicha intervención del episcopado en la diplomacia y si esta se limitó a la propia representación diplomática en el exterior del reino en nombre del rey.

En el sexto apartado, se abordará la intervención del episcopado en las negociaciones y mediaciones políticas que tuvieron lugar durante la guerra civil. Será objeto de atención su intervención en las negociaciones entre los partidos en pugna, primero desde que se declarara la revuelta nobiliaria en mayo de 1464 y ya una vez iniciado el conflicto. También se tratará de comprobar si existieron otras formas de colaboración e intervención de los miembros del episcopado en estas negociaciones entre el monarca y sus detractores, más allá de la propia asistencia y participación en ellas. Asimismo, y teniendo en cuenta el protagonismo político y posición que en sus respectivos bandos adquirieron algunos prelados, habrá de ser estudiado si, una vez que se planteó el inicio de la guerra civil, aquellos colaboraron en las negociaciones que con otras instancias de poder dentro del reino (nobles, ciudades, etc.) mantuvieron las facciones Enrique y Alfonso para atraer o mantener fidelidades a sus respectivas causas y reforzarlas así en el marco conflictivo en curso. Por último dentro de este apartado, deberá ser analizado el envío por parte del pontífice de una legación a Castilla destinada a imponer su mediación en la contienda, por cuanto esta se encontró protagonizada por un prelado castellano.

En el séptimo y último apartado, serán abordadas las actuaciones militares de los miembros del episcopado en el curso de la guerra. Dentro de este apartado, se estudiará su presencia en los enfrentamientos armados habidos entre los bandos durante la guerra civil. Comprobar si existió una participación militar de prelados en la guerra y en qué medida se produjo esta es un primer objetivo, previéndose valorar los tipos de labores o actividades militares en las que tuvieron presencia y la actitud tomada por los mismos en estos enfrentamientos para pasar a continuación a la labor que pudieron desempeñar algunos prelados en la defensa y guarda de determinadas villas, urbes y regiones por orden de los bandos en favor de cuya causa se habían significado. Finalmente, se tratará sobre las labores de escolta desarrolladas por los miembros durante la contienda de ciertos miembros de la familia real.

Con esta estructura trataremos de ofrecer una visión lo más completa posible sobre la participación e influencia del episcopado en la gobernación del reino y en el curso de la

guerra durante el conflicto político abierto a partir del alzamiento nobiliario de 1464. La memoria de doctorado concluye con la inclusión de dos apéndices: el primero dedicado a las trayectorias de los prelados políticamente más relevantes durante el conflicto civil, y el segundo una selección documental en el que se han registado y transcrito íntegramente algunos de los documentos más relevantes que han servido para la realización de la presente investigación.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

A) FUENTES MANUSCRITAS

- ACA, RC, reg.:** Archivo de la Corona de Aragón, Real Cancillería, Registros 3047, 3380, 3382, 3410, 3412, 3445, 3446, 3447, 3449
- ACB:** Archivo de la Catedral de Burgos, Registro de Actas 2, 11, 14, 16, 17, 18
- ACC:** Archivo de la Catedral de Córdoba, Cajón H, n. 174, Cajón P, n. 260
- ACS:** Archivo de la Catedral de Salamanca, C. 14, 24
- ACT:** Archivo de la Catedral de Toledo, Z.11.B.1.5a, X.8.B.1.3, Z.12.G.2.15, X.11.C.2.27, V.12.A.1.1, I.7.I.1.10, O.8.A.1.3, A.12.1.A.1.17a, Z.11.B.1.9
- Obra y fábrica, n. 285, 287, 288, 780, 1054
- Libro de Actas Capitulares 1
- ADA:** Archivo Ducal de Alba, C. 3, 62, 85, 156, 233, 245, 262
- ADM:** Archivo Ducal de Medinaceli, Feria, leg. 25
- Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 2, Ramo 3
- AGG:** Archivo General de Guipuzkoa, Sección 1.^a, Negociado 1, 6 y 11
- Sección 3.^a, Negociado 8, 10 y 11
- AGS, CCA:** AGS, Cámara de Castilla, Personas, leg. 10-2
- Diversos de Castilla, legs. 1, 5, 9, 11, 40
- AGS, SE:** Archivo General de Simancas, Secretaría de Estado, leg. 1-1-2
- AGS, EMR:** AGS, Escribanía Mayor de Rentas, leg. 12

- AGS, EMR, MyP:** Archivo General de Simancas, Escribanía Mayor de Rentas, Mercedes y Privilegios, legs. 1, 3, 6, 7, 10, 28, 35, 37, 38, 44, 47, 53, 60, 62, 64, 77, 85, 89, 121, 124, 140
- AGS, PTR:** Archivo General de Simancas, Patronato Real, legs. 7, 11, 16, 32, 49, 52, 58, 92
- AGS, QC:** Archivo General de Simancas, Quitaciones de Corte, legs. 1, 2, 3, 4
- AGS, RGS:** Archivo General de Simancas, Registro General del Sello, legs. 1467, 1470, 1475, 1476, 1477, 1478, 1480, 1483, 1491, 1498
- AHN:** Archivo Histórico Nacional, Diversos-Colecciones, leg. 222, 287
- Clero, legs. 372, 574, 1366, 1422, 2222, 3296, 5327, 6381, 7215, 7249
- Clero, Libro 816, 6273, 6288, 6298, 7044
- Clero, Carps. 180, 407, 1333B, 1333C, 3104, 3461, 7042
- Clero, Códices, L. 399, 411, 412
- Inquisición, leg. 1376
- Órdenes Militares, Orden de Calatrava, Cp. 450, n. 143
- AHNOB:** Archivo Histórico de la Nobleza, Frías, C. 6, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 95, 102, 129, 598, 659, 662, 696, 838, 1588
- Baena, C. 66, 68, 402, 424
- Feria, C. 1
- Fernán Núñez, C. 430
- Luque, C. 77, 498, 584, 696, 772, 795, 796
- Osuna, C. 1, 41, 97, 99, 117, 118, 394, 417, 445, 492, 1647, 1860, 2182, 3315
- Osuna, Carp. 105

Villena, C. 1

- AMAH:** Archivo Municipal de Alcalá de Henares, leg. 422
- AMA:** Archivo Municipal de Antequera, Fondo Municipal, C-34-2
- AMB:** Archivo Municipal de Burgos, Actas de 1465, 1471
Sección Histórica, C3-5-3/1
- AMC:** Archivo Municipal de Córdoba, Archivo Histórico, Cajas 17, 89
- AMD:** Archivo Municipal de Durango, Armario 2, leg. 7(1)
- AMJF:** Archivo Municipal de Jerez de la Frontera, Actas de 1467
- AML:** Archivo Municipal de Lorca, Cartulario, 1463-1464
- AMMU:** Archivo Municipal de Murcia, Cartulario real, n. 798bis
CAM 785
Libro de Actas Capitulares, n. 84, 86
Legs. 4271, 4278, 4292
- AMT:** Archivo Municipal de Toledo, Archivo Secreto, Cajón 1, 2, 5, 7
Fondo Histórico, Caja 2530
- ARCHV:** Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Pergaminos, Caja 90, 92
Registro de Ejecutorias, C. 17, C. 139, C. 241, C. 353, C. 424, C. 488, C. 1190
- AVM:** Archivo de la Villa de Madrid, Secretaría, 2-311-22, 2-393-19, 2-393-20, 2-412-41, 3-64-21
Libro de Cédulas y Provisiones, A, B

- BNE:** Biblioteca Nacional de España, Mss. 1558, 1619, 9880, 9546, 9554, 11.130, 13.072, 13.073, 13.074, 13.109, 13.236, 18.691, 18.759, 19.698, 19.703, 20.212, Res. 261, n. 6
- RAH, col. Salazar:** Real Academia de la Historia, colección Salazar, 9/149, 9/288, 9/337, 9/662, 9/808, 9/811, 9/812, 9/813, 9/815, 9/820, 9/846, 9/868, 9/899, 9/1100, 9/1641, carps. 33 y 37, 9/6483
- RAH:** Real Academia de la Historia, colección Catedrales de España, Córdoba 9/5434
- Cuenca, 9/5439
- BHMHV:** Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” de la Universidad Complutense de Madrid, Mss. 145.

B) FUENTES EDITADAS Y CATÁLOGOS DOCUMENTALES

ABELLÁN PÉREZ, J., *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey Don Alfonso (1465-1468)*, Libros EPCCM, 2015.

ACHERY, L. d', *Spicilegium, sive, Collectio veterum aliquot scriptorum qui in Galliae bibliothecis delituerant*, Tomo III, París, Montalant, 1723.

ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León, vol. XII (1351 -1474)*, León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 1995.

ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León: actas capitulares, Tomo III (1460-1469)*, León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 2010.

AMANUSO, M. V., *Contribución al estudio del fenómeno epidémico en la Castilla de la primera mitad del siglo XV: El "Regimiento contra la pestilencia" del Bachiller Alfonso López de Valladolid*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1988.

Annales complutenses: sucesión de tiempos desde los primeros fundadores griegos hasta estos nuestros que corren, SÁEZ, C. (ed.), Alcalá de Henares, Institución de Estudios Complutenses, 1990.

ARRIBAS ARRANZ, F., *Sellos de placa de las cancellerías regias castellanas*, Valladolid, Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1941.

AZCONA, T., "Capitulaciones matrimoniales entre Alfonso V de Portugal e Isabel de Castilla", *Edad Media: Revista de Historia*, 5 (2002), pp. 135-150.

BARRIOS GARCÍA, A. et al., *Documentación del Archivo Municipal de Ávila (1256-1474). vol. I*, Ávila, Institución "Gran Duque de Alba" de la Diputación Provincial de Ávila, 1988.

- BELTRÁN DE HEREDIA, “Noticias y documentos para la biografía del cardenal Juan de Torquemada”, en *Miscelánea Beltrán de Heredia. Colección de artículos sobre Historia de la Teología española*, Tomo I, Salamanca, 1972, pp. 323-386.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)*, vol. I, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1966.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)*, vol. III, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1967.
- BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario de la Universidad de Salamanca (1218-1600)*, Tomo I, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1970.
- BUJANDA, F., “Archivo Catedral de Calahorra”, *Berceo*, 78 (1968), pp. 135-146.
- CAL PARDO, E., *Colección diplomática medieval do Arquivo da Catedral de Mondoñedo*, Santiago, Consello da Cultura Galega, 1999.
- CARANDE, R. y CARRIAZO, J. de M., *El Tumbo de los Reyes Católicos del concejo de Sevilla. Tomo I, años 1474-1477*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1968.
- CASTRO TOLEDO, J., *Colección diplomática de Tordesillas, 909-1474. vol. I*, Valladolid, Dpiutación Provincial de Valladolid, 1981.
- CÁTEDRA, P. M., “Creación y lectura: sobre el género consolatorio en el siglo XV: la *Epístola de consolación, embiada al reverendo señor Prothonotario de Çigüença, con su respuesta* (c. 1469)”, en VAQUERO, M. y DEYERMOND, A. (eds.), *Studies on Medieval Spanish Literature in Honor of Charles F. Fraker*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, pp. 35-61.
- CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati Piccolomini: Lettere (1444-1479). Vol. II*, Roma, Ministero per i Beni Culturali e Ambientali, Ufficio Centrale per i Beni Archivistici, 1997.
- CHINCHILLA, P. de, *Carta y breve compendio. Exhortación o información de buena y sana doctrina*, introducción, edición y notas de NOGALES RINCÓN, D., Valencia, Universitat de València, 2017.

- COLLANTES DE TERÁN, F., HERNÁNDEZ DÍAZ, J. y SANCHO CORBACHO, A., *Colección diplomática de Carmona: transcripción y notas*, Sevilla, Imprenta Editorial de la Gavidia, 1941.
- Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla, publicadas por la Real Academia de la Historia. Tomo III*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1866. [En adelante, *Cortes*, III].
- CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos para la historia de Baeza*, Jaén, Estab. Tip. de los señores Rubio, 1884.
- CRESPO RICO, M. Á., et. al., *Colección documental del Archivo Municipal de Mondragón, Tomo III (1451-1470)*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1996.
- Crónica anónima de Enrique IV de Castilla, 1454-1474: (Crónica castellana. Tomo II, Crónica)*, SÁNCHEZ-PARRA, M. P. (ed.), Madrid, Ediciones de la Torre, 1991.
- DIOS, S. de, *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla*, Salamanca, Ediciones de la Diputación de Salamanca, 1986.
- DURO PEÑA, E., *Catálogo de los documentos privados en pergamino del Archivo de la Catedral de Ourense (888-1554)*, Ourense, Instituto de Estudios Orensanos Padre Feijóo, 1973.
- ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV de Diego Enríquez del Castillo*, SÁNCHEZ MARTÍN, A. (ed.), Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994.
- ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., HIDALGO DE CISNEROS AMESTOY, C. y MARTÍNEZ LAHIDALGA, A., *Colección documental del Archivo Histórico de Bilbao (1300-1473)*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1999.
- EUBEL, C., *Hierarchia Catholica Medii Aevi: Vol. II*, Monasterii, Sumptibus et typis Librariae Regensbergianae, 1914.
- FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas en España de 1426 a 1521. Vol. I (1466-1486)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1963.

- FERRO COUSELO, X., *A vida e a fala dos devanceiros. Escolma de documentos en galego dos séculos XIII ao XVI*, Vigo, Fundación Penzol, Seminario de Estudios Históricos Galaxia, 1996.
- GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, TORRES FONTES, J. (ed.), Murcia, C.S.I.C., Instituto Jerónimo Zurita, 1946.
- GARCÍA GUZMÁN, M. del M., *Colección diplomática del Adelantamiento de Cazorla (1231-1495)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1991.
- GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum, Tomo IV, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1987.
- GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum, Tomo V, Extremadura: Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1990.
- GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum, Tomo XII, Osma, Sigüenza, Tortosa y Valencia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2014.
- GUILLÉN DE SEGOVIA, P., *La Gaya Ciencia de P. Guillén de Segovia*, Vol. I, TUULIO, O. J. y CASAS HOMS, J. M. (eds.), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962.
- Hechos del condestable Don Miguel Lucas de Iranzo (crónica del siglo XV)*, CARRIAZO Y ARROQUIA, J. de M. (ed.), Granada, Marcial Pons, 2009.
- IGLESIAS ALMEIDA, E., “Luis Bieyra, notario del cabildo de la catedral de Tui, (1466-1467)”, *El Museo de Pontevedra*, 59 (2005), pp. 73-108.
- LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo, Vol. I*, Madrid, Universidad Carlos III-Comité Español de Ciencias Históricas, 2016.
- LERA MAÍLLO, J. C. de, *Catálogo de los documentos medievales de la Catedral de Zamora*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Diputación de Zamora, 1999.

- LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense: Archivo Catedral (1451-1499) y Archivo del Hospital (1431-1497)*, Bilbao, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, 1992.
- LÓPEZ VILLALBA, J. M. y JUÁREZ VALERO, E. (eds.), *Documentación medieval segoviana: colección diplomática del Archivo de la Diócesis segoviana*, Segovia, Diputación Provincial de Segovia, 2014.
- LOSADA MELÉNDEZ, M^a J., *Libros de notas de Juan de Ramuín (Ourense-XV)*, Tesis Doctoral dirigida por Prof^a D^a. M^a Beatriz Vaquero Díaz, Ourense, Universidade de Vigo. Facultade de Historia. Departamento de Historia, Arte e Xeografía, 2015.
- LUCAS ÁLVAREZ, M. *El Archivo del Monasterio de San Martiño de Fóra o Pinario de Santiago de Compostela*, Tomo I, A Coruña, Publicacións do Seminario de Estudos Galegos, 1999.
- LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara: Archivo Municipal de Guadalajara, III (1460-1473)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2007.
- LUIS LÓPEZ, C., *Poder y privilegio en los concejos abulenses en el siglo XV: la documentación medieval abulense de la sección Mercedes y Privilegios del Archivo General de Simancas*, Ávila, Ediciones de la Institución "Gran Duque de Alba", 2001.
- MANRIQUE, G., *Cancionero*, VIDAL GONZÁLEZ, F. (ed), Madrid, Cátedra, 2003.
- MARAVÉ Y ALFARO, L. de, *Historia de Córdoba: desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, siglo XV, Tomo 12, año 1455. Obra inédita. Ejemplar conservado en la Biblioteca Municipal de Córdoba. Disponible online en la Biblioteca digital de la red municipal de bibliotecas de Córdoba: <https://biblioteca.cordoba.es/index.php/biblio-digital/manuscritos/503-manuscrito-maraver-alfaro.html>.
- MARTÍN ROMERO, J. J., *La batalla campal de los perros contra los lobos. Una fábula moral de Alfonso de Palencia*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2013.

- MARTÍNEZ MARINA, F., *Teoría de las Cortes o Grandes Juntas nacionales de los Reinos de León y Castilla*, Vol. III, Madrid, Imprenta de Fermín Villapando, 1813.
- Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, vol. 2, *Colección diplomática del mismo rey*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1835-1913.
- MONSALVO ANTÓN, J. M., *Documentación histórica del Archivo municipal de Alba de Tormes (Siglo XV)*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1988.
- MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Contribución al registro diplomático del rey Alfonso XII de Castilla: la documentación de Ávila*, Madrid, Escuela Universitaria Santa María, 1991.
- NIETO SORIA, J. M., *De Enrique IV al emperador Carlos. Crónica anónima castellana de 1454 a 1536*, Madrid, Sílex, 2015.
- OLIVERRA SERRANO, C., “Inventario de la documentación medieval de las Cortes de Castilla y León en el Archivo Municipal de Cuenca (1250-1500)”, *En la España Medieval*, 19 (1996), pp. 347-415.
- ORELLA UNZUE, J. L., *Cartulario real de Enrique IV a la provincia de Guipúzcoa (1454-1474)*, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, 1983.
- ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, Vol. III, Madrid, Imprenta Real, 1796.
- PALACIOS MARTÍN, B. (dir.), *Colección diplomática medieval de la Orden de Alcántara (1157?-1494). Tomo II, De 1454 a 1494*, Madrid, Editorial Complutense, 2003.
- PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, vol. I, PAZ Y MELIA, A. (ed.), Madrid, Atlas, 1973.
- PALENCIA, A. de, *Gesta hispaniensia annalibus suorum dierum collecta*, TATE, R. B. y LAWRENCE, J. (eds.), Vol. II, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.
- PALENCIA, A. de, *Gesta hispaniensia annalibus suorum dierum collecta*, TATE, R. B. y LAWRENCE, J. (eds.), Vol. I, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998.

- PALENCIA, A., *Epístolas latinas*, edición, prólogo y traducción de Tate, R. B. y Alemany Ferrer, R., Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1984.
- PAZ Y MELIÁ, A. *El cronista Alonso de Palencia. Su vida y sus obras, sus décadas y las crónicas contemporáneas, ilustraciones a las décadas y notas varias*, Madrid, The Hispanic Society of America, 1914.
- PAZ Y MELIÁ, A., *Series de los más importantes documentos del Archivo y Biblioteca del Excmo. Señor Duque de Medinaceli elegidos y publicados a sus expensas por A. Paz y Meliá*, Madrid, Imprenta Alemana, 1915.
- PÍO II, *Commentarii rerum memorabilium*, MESERVE, M. y SIMONETTA, M. (eds.), Vol. II (Books III-IV), Cambridge, 2007.
- PONS-RODRÍGUEZ, L., “Centón epistolario de Fernán Gómez de Cídadreal”, *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 20 (2016), pp. 345-428.
- PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda. Regestas reales (1211-1520)”, *Cuadernos de Historia del Derecho*, 19 (2012), pp. 257-440.
- PULGAR, F. de, *Claros varones de Castilla*, PÉREZ PRIEGO, M. Á. (ed.), Madrid, Cátedra, 2007.
- PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, CARRIAZO Y ARROQUIA (ed.), Vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.
- PULGAR, F., del, *Letras. Glosa a las coplas de Mingo Revulgo*, DOMÍNGUEZ BORDONA, J. (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1458.
- RADES Y ANDRADA, F., *Crónica de la orden de Calatrava, edición facsimil de la Chronica de las tres Ordenes y Cavallerías de Santiago, Calatrava y Alcantara, Toledo 1572*, Ciudad Real, Diputación y Museo Provincial de Ciudad Real, 1980.
- RALLÓN, E., *Historia de la ciudad de Xerez de la Frontera: y de los reyes que la dominaron desde su primera fundación*, MARTÍN GUTIÉRREZ, E. (ed.), Vol. II, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998.

- Repertorio de príncipes y obra poética del alcaide Pedro de Escavías*, GARCÍA, M. (ed.), Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, CSIC, 1972.
- RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico de Calixto III*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1958, 2 vols.
- RODRÍGUEZ MOLINA, J. (dir.), *Colección diplomática del Archivo Histórico Municipal de Jaén. Siglos XIV y XV*, Jaén, Ayuntamiento de Jaén, 1985.
- RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares de la catedral de León”, *Archivos Leoneses: Revista de estudios y documentación de los Reinos Hispano-Occidentales*, 31 (1962), pp. 111-146.
- RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares de la catedral de León”, *Archivos Leoneses: Revista de estudios y documentación de los Reinos Hispano-Occidentales*, 24 (1958), pp. 317-368.
- RUIZ DE LOIZAGA, S., “Documentos pontificios referentes al País Vasco (Siglos XIII-XV)”, *Anthologica Annua*, 55-56 (2008-2009), pp. 955-1064.
- RUIZ DE LOIZAGA, S., *Documentación medieval de la diócesis de Bilbao (siglos XIV y XV)*, Roma, 2001.
- RUIZ DE LOIZAGA, S., *Documentación medieval de la diócesis de Santander en el Archivo Vaticano (siglos XIV-XV)*, Roma, 2002.
- RUIZ HERNANDO, J. H., “Documentación sobre la familia Arias Dávila”, *Estudios segovianos*, 85 (1978), pp. 455-509.
- RUIZ VILA, J. M., “*De periculo pontificalis dignitatis*. Ambición y poder en la Iglesia española del siglo XV. Edición crítica y traducción de la carta de Rodrigo Sánchez de Arévalo a fray Alonso de Palenzuela”, *Helmantica*, 183 (2009), pp. 449-484.
- RUY VASQUES, *Crónica de Santa María de Íria*, SOUTO CABO, J. A. (ed.), Santiago de Compostela, Cabido da S.A.M.I. Catedral, Seminario de estudos Galegos, 2001.

- RYMER, T., *Foedera, Conventiones, Literae, et cujuscunque generis acta publica, inter reges Angliae et alios quosvis imperatores, reges, pontifices, principes, vel communitates*, Tomo XI, Londres, 1710.
- SAEZ SÁNCHEZ, C. (ed.), *Colección diplomática de Sepúlveda*, Vol. II, Segovia, Diputación Provincial de Segovia, 1991.
- SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón de Valladolid*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Calero, 1848.
- SÁINZ RIPA. E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana del siglo XV: Archivo Catedral*, Logroño, Gobierno de la Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, 2004.
- SALVÁ, M. y SAINZ DE BARANDA, P., *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1849.
- SÁNCHEZ DE ARÉVALO, R., *Discursos al servicio de la corona de Castilla*, introducción, edición crítica y traducción de LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J., Escolar y Mayo, 2013.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, X. M., “El Tumbo D de la Catedral de Santiago: catalogación y regesta”, *Annuarium Sancti Iacobi*, 4 (2015), pp. 27-106.
- SANZ FUENTES, M. J. y SIMÓ RODRÍGUEZ, M. I., *Catálogo de documentos contenidos en los libros del Cabildo del concejo de Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1972.
- SOBREQUÉS CALLICÓ, J. *Catálogo de la cancellería de Enrique IV de Castilla señor del principado de Cataluña (Lugartenencia de Juan de Beaumont, 1462-1464)*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Estudios Medievales, 1975.
- SOLÍS, A. de, *Memorial de la Calidad i Serviçios de Don Cristóbal Alfonso de Solís i Enríquez*, Madrid, 1670.
- SOLÓRZANO TELLECHEA, J. A., ed., *Rodrigo Sánchez de Arévalo: tratado sobre la división del reino y cuándo es lícita la primogenitura*, Logroño, 2011.

- TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, vol. I, Valladolid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez Pelayo, 1958.
- VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas: crónica de Enrique IV*, CARRIAZO Y ARROQUIA, J. de M. (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
- VICARIO SANTAMARÍA, M. (dir.), *Catálogo del Archivo Histórico de la Catedral de Burgos, Vol. II. Sección Volúmenes (I) (1432-1552)*, Burgos, Caja de Ahorros del Círculo Católico, 1998.
- YABEN, H., *Catálogo del Archivo Catedralicio de Sigüenza, con algunos documentos inéditos*, Pamplona, Imprenta “La Accion Social”, 1941.
- YELA UTRILLA, J. F., “Documentos para la historia del Cabildo seguntino II: extractos de actas capitulares”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 81/6 (1922), pp. 417-433.
- ZURITA, J., *Los cinco libros postreros de la segunda parte de los Anales de la corona de Aragón*, tomo IV, Zaragoza, 1610.

C) **BIBLIOGRAFÍA**

- AGUADO GONZÁLEZ, F. J., *El ascenso de un linaje castellano en la segunda mitad del siglo XV: los Téllez Girón, condes de Ureña (el origen del señorío de Osuna)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1991, 2 vols.
- AGÚNDEZ SAN MIGUEL, L., “Carreras eclesiásticas y redes clientelares en la Castilla bajomedieval: la provisión de beneficios menores en el cabildo de la catedral de Burgos (1456-1470)”, *Anuario de Estudios medievales*, 44 (2014), pp. 665-687.
- AJO GONZÁLEZ, C. M., *Historia de Ávila y de toda su tierra, de sus hombres y sus instituciones, por toda la geografía provincial y diocesana, t. XII. El siglo XV: primero siglo de oro abulense*, Salamanca, Caja de Ahorros de Ávila, Institución, “M. Alfonso de Madrigal, el Tostado”, 1994.
- ALONSO GETINO, L. G., *Anales Salmantinos. I. Vida y Obras de Fr. Lope de Barrientos*, Salamanca, Calatrava, 1927.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El Condado de Luna en la Baja Edad Media*, León, Universidad de León, 1982.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., “Asturias en las Cortes medievales”, *Asturiensia medievalia*, 1 (1972), pp. 241-260.
- ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A., “Intervención regia en las promociones episcopales en época de Juan II: la provisión de León en Juan de Mella”, en REGLERO DE LA FUENTE, C. M. (Coord.), *Poder y sociedad en la Baja Edad Media. Estudios en homenaje al profesor Luis Vicente Díaz Martín*, Vol. II, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 601-616.
- ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á., *La situación europea en época del concilio de Basilea. Informe de la delegación del reino de Castilla*, León, Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro” (CECEL), Archivo Histórico Diocesano, 1992.

- ARGANDA MARTÍNEZ, A., *Historia de Talavera cristiana: la Iglesia en Talavera (siglo I al XV)*, Talavera la Reina, 2001.
- ARQUERO CABALLERO, G. F., “La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo de acuerdo con su trayectoria vital”, *Cuadernos Medievales*, 26 (2019), pp. 31-49.
- ARQUERO CABALLERO, G. F., “Las labores diplomáticas de los confesores de los reyes de Castilla al servicio de la Monarquía: siglos XIV-XV”, en NIETO SORIA, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Pacto y consenso en la cultura política peninsular (siglos XI al XV)*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 205-235.
- ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara: 1366-1504*, Tesis doctoral dirigida por el catedrático Dr. D. José Manuel Nieto Soria, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia Medieval, 2016.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Amores desordenados y otros pecadillos del clero”, en CARRASCO MANCHADO, A. I. y RÁBADE OBRADÓ, M. del P. (Coords.), *Pecar en la Edad Media*, Sílex, 2008, pp. 227-262.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Cuando el clérigo va a la guerra: algunos ejemplos de obispos ‘peleadores’”, en ARRANZ GUZMÁN, A., RÁBADE OBRADÓ, M. del P. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 275-308.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “El episcopado y la guerra contra el infiel en las Cortes de la Castilla Trastámara”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 253-297.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Justificación ideológica y participación armada del episcopado castellano en la Reconquista (1295-1350)”, en MARTÍNEZ RUIZ, E. y CANTERA MONTENEGRO, J. (dirs.), *Perspectivas y novedades de la Historia Militar: una aproximación global. I Congreso Internacional de la Cátedra Complutense de Historia Militar*, Tomo I, Madrid, Ministerio de Defensa, 2014, pp. 313-334.

- ARRANZ GUZMÁN, A., “La imagen del pontificado en Castilla a través de los cuadernos de Cortes”, *Hispania Sacra*, 42 (1990), pp. 721-760.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “La presencia de prelados en cargos políticos y actividades de gobierno durante el reinado de Pedro I de Castilla”, *Estudios de Historia y Arqueología Medievales*, 9 (1993), pp. 11-40.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Las elecciones episcopales durante el reinado de Pedro I de Castilla”, *En la España Medieval*, 24 (2001), pp. 421-461.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Los procuradores de las ciudades en Cortes ante las actividades extraeclesiásticas del clero”, en SOTO RÁBANOS, J. M. (ed.), *Pensamiento medieval hispano: homenaje a Horacio Santiago-Otero*, Vol. I, Madrid, Zamora, CSIC; Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, Diputación de Zamora, 1998, pp. 273-290.
- ARRANZ GUZMÁN, A., “Reconstrucción y verificación de las Cortes castellano-leonesas: la participación del clero”, *En la España Medieval*, 13 (1990), pp. 33-132.
- ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes castellano-leonesas: reconstrucción documental y evolución cronológica (1188-1473)*, Saarbrücken, 2012.
- ASENJO GONZÁLEZ, M., “La aristocratización política en Castilla y el proceso de participación urbana (1252-1520)”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 133-196.
- ASENJO GONZÁLEZ, M., *Segovia. La ciudad y su Tierra a fines del Medievo*, Segovia, Diputación Provincial de Segovia, 1986.
- ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia Civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy y su obispado. Tomo IV*, Pontevedra, Consello da Cultura Galega, 1995.
- AYALA MARTÍNEZ, C. de, “La política eclesiástica de Alfonso X. El rey y sus obispos”, *Alcanate: Revista de estudios Alfonsíes*, IX (2014-2015), pp. 41-105.

- AYALA MARTÍNEZ, C. de, *Las órdenes militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Madrid, Marcial Pons Historia, Latorre Literaria, 2007.
- AYALA MARTÍNEZ, C., de, “Alfonso VII y la cruzada. Participación de los obispos en la ofensiva reconquistadora”, en VAL VALDIVIESO, M. I. del y MARTÍNEZ SOPENA, P. (dirs.), *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al profesor Julio Valdeón*, vol. II, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009, pp. 513-529.
- AYALA MARTÍNEZ, C., de, “Los obispos leoneses y las guerras santas de Fernando II”, en *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, Vol. I, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2010, pp. 91-106.
- AYALA MARTÍNEZ, C., de, “Obispos, Guerra Santa y Cruzada en los Reinos de León y Castilla (S. XII)”, en *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera y la convivencia. XI Congreso de Estudios Medievales. 2007*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 2009, pp. 219-256.
- AYLLÓN GUTIÉRREZ, C., “Iglesia y poder en el marquesado de Villena. Los orígenes de la colegiata de Belmonte”, *Hispania Sacra*, 60/121 (2008), pp. 95-130.
- AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier, nuncio, colector y legado pontificio en Castilla y León (1460-1469)”, *Revista de la Inquisición. Intolerancia y Derechos Humanos*, 22 (2018), pp. 15-38.
- AZCONA, T. de, “Isabel la Católica bajo el signo de la revolución y de la guerra (1464-1479)”, en VALDEÓN BARUQUE, J. (ed.), *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, Ámbito, 2001, pp. 51-53.
- AZCONA, T. de, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y reinado*, Madrid, Biblioteca Autores Cristianos, 1993.
- AZCONA, T. de, *Juana de Castilla, mal llamada la Beltraneja*, Madrid, La esfera de los Libros, 2007.

- AZCONA, T. de, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "P. Enrique Flórez", 1960.
- BARRIO GOZALO, M., "Los obispos de la corona de Castilla en el reinado de Isabel la Católica", en RIBOT GARCÍA, A., VLDEÓN BARUQUE, J. Y MAZA ZORRILLA, E. (Coords.), *Isabel la Católica y su época: Actas del Congreso Internacional*, Tomo II, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007, pp. 1115-1135.
- BARTOLOMÉ HERRERO, B., "Juan Arias Dávila, obispo de Segovia (1466-1497)", en *Juan Párix, primer impresor en España*, Salamanca, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004, pp. 203-224.
- BECEIRO PITA, I., "Doléances et ligues de la noblesse dans la Castille de la fin du Moyen Âge (1420-1464)", en RUCQUOI, A. (dir.), *Genèse médiévale de l'Espagne moderne. Du refus à la révolte: les résistances*, Niza, Université de Nice-Sophia Antipolis, 1991, pp. 107-126.
- BECEIRO PITA, I., "La consolidación del personal diplomático entre Castilla y Portugal", en GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (ed.), *La Península Ibérica y en la era de los Descubrimientos (1391-1492). Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval*, Vol. II, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 1997, pp. 1735-1744.
- BECEIRO PITA, I., *El condado de Benavente en el siglo XV*, Benavente, Centro de Estudios Benaventanos "Ledo del Pozo", CSIC, 1998.
- BENITO RUANO, E., "Los *Hechos* del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo de Pero Guillén de Segovia", *Anuario de Estudios Medievales*, 5 (1968), pp. 515-530.
- BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV. Vida política*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1961.
- BLÁZQUEZ GARBAJOSA, A., *El señorío episcopal de Sigüenza: economía y sociedad: 1123-1805*, Guadalajara, Institución Provincial de Cultura "Marqués de Santillana", 1988.

- BUJANDA, F., *Episcopologio calagurritano desde la conquista de la Sede en 1045*, Logroño, José Jalón Mendiri, 1944.
- CALCAGNI, D., *Memorie storiche della città di Recanati nella Marca d'Ancona*, Messina, Imprenta de D. Vittorino Maffei, 1711.
- CALDERÓN ORTEGA, J. M., “Pugnas nobiliarias para el control de las dignidades de las órdenes militares en la Castilla bajomedieval: El caso de la Encomienda de Azuaga (1465-1478)”, *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, 4 (1989), pp. 97-135.
- CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II et la révolution catalane (1461-1473)*, Génova, Slatkine Reprints, 1977.
- CANTERA BURGOS, F., “Notas para la Historia de la Astronomía en la España Medieval: el judío salmantino Abraham Zacut”, *Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Madrid*, XXVII (1931), pp. 63-398.
- CANTERA BURGOS, F., *Alvar García de Santa María y su familia de conversos: historia de la judería de Burgos y de sus conversos más egregios*, Madrid, Instituto Arias Montano, 1952.
- CANTERA MONTENEGRO, M., “Notas sobre libros en los testamentos riojanos medievales (siglos XIII-XV)”, *Mayurqa: revista del Departament de Ciències Històriques i Teoria de les Arts*, 22/1 (1989), pp. 89-94.
- CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., “De Calahorra a Toledo: Una aproximación a los espacios curiales domésticos de Pedro González de Mendoza, prelado castellano y gran Cardenal de España (1454-1495)”, en PÉREZ MONZÓN, O., MIQUEL JUAN, M. y MARTÍN GIL, M. (eds.), *Retórica artística en el tardogótico castellano. La capilla fúnebre de Álvaro de Luna en contexto*, Madrid, Sílex, 2018, pp. 89-109.
- CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., “Las Casas de Isabel y Juana de Portugal, reinas de Castilla. Organización, dinámica institucional y prosopografía (1447-1496)”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J. M., MARÇAL LOURENÇO M. P. (Coords.), *Las*

relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX), Vol. I, Madrid, Polifemo, 2008, pp. 9-233.

CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla (1406-1454): Estudio institucional y prosopográfico*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012.

CARCELLER CERVIÑO, M. del P., “El privado como eje vertebrador del partido regio durante la época de Enrique IV: Beltrán de la Cueva”, en FORONDA, F. y CARRASCO MANCHADO, A. I. (Coords.), *El contrato político en la Corona de Castilla: Cultura y sociedad políticas entre los siglos X al XVI*, Madrid, Dykinson, 2008, pp. 355-390.

CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado. Monarquía y nobleza a fines de la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2011.

CARRASCO Y CIFUENTES, L., “La venganza: raíz de la conflictividad de la nobleza gallega bajomedieval. Los enfrentamientos entre los Moscoso y el arzobispo Fonseca (1464-1473)”, *De Medio Aevo*, 7/1 (2015), pp. 27-46.

CASADO ALONSO, H., *La propiedad eclesiástica en la ciudad de Burgos en el siglo XV: el cabildo catedralicio*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1980.

CASTILLO GÓMEZ, A., “Las prestaciones militares de los concejos del señorío arzobispal de Toledo: la comunidad de Villa y Tierra de Alcalá de Henares entre 1461 y 1466”, en *La organización militar en los siglos XV y XVI: actas de las II Jornadas nacionales de historia militar*, Málaga, 1993, pp. 303-316.

CASTRILLO LLAMAS, M. C., *La tenencia de fortalezas en la Corona de Castilla durante la Baja Edad Media: relaciones de poder entre monarquía, nobleza y ciudades. Siglos XIII-XV*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997.

CASTRO CASTRO, M., “Confesores franciscanos en la Corte de los Reyes Católicos”, *Archivo Iberoamericano*, 133 (1974), pp. 55-126.

CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, Palencia, Institución Tello Téllez de Meneses, Diputación de Palencia, 2000.

- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, A., *Alcaides, Tesoreros y Oficiales de los Reales Alcázares de Segovia. Un estudio institucional*, Valladolid y Madrid, Universidad de Valladolid, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 1995.
- CERVERA VERA, L., “La ciudad ideal concebida en el siglo XV por el humanista Sánchez de Arévalo”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 179/1 (1982), pp. 1-34.
- CHACÓN GÓMEZ-MONEDERO, F. A., “La biblioteca de don Juan López de Medina, fundador del Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli de Sigüenza”, *Wad-al-Hayara: Revista de estudios de Guadalajara*, 30 (2003), pp. 313-348.
- CIUDAD RUIZ, M., “El maestrazgo de don Rodrigo Téllez Girón”, *En la España Medieval*, 23 (2000), pp. 321-365.
- COOPER, E. y MIRETE MAYO, S., *La Mitra y la Roca: Intereses de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, en la Ribera del Ebro*, Toledo, Diputación Provincial de Toledo, 2001.
- CORTÉS RUIZ, M. E., *Articulación jurisdiccional y estructura socioeconómica en la comarca de Molina de Aragón a lo largo de la Baja Edad Media*, Tesis Doctoral dirigida por la profesora DRA. D^a M^a Concepción Quintanilla Raso, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2000.
- COTARELO Y VALLEDOR, A., *Fray Diego de Deza: ensayo biográfico*, Madrid, Imprenta de José Perales y Martínez, 1905.
- CRESPO LÓPEZ-URRUTIA, G., “Disputas en el Principado de Asturias en la primera mitad del siglo XV: El pleito entre el merino Mayor, Diego Fernández de Quiñones y el obispo de Oviedo Diego Ramírez de Guzmán”, en *Scripta: Estudios en homenaje a Élica García García*, Vol. I, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998, pp. 119-148.
- CURTO ADRADOS, I., “Fuentes documentales y bibliográficas para el estudio de los obispos guerreros gallegos: una primera aproximación”, *De Medio Aevo*, 9 (2016), pp. 61-82.

- DAUMET, G., *Étude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIVE et au XVe siècles*, París, Émile Bouillon, 1898.
- DEVIA, C., *La violencia en la Edad Media: la rebelión "irmandiña"*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2009.
- DIAGO HERNANDO, M., "Notas sobre el origen social del clero capitular de El Burgo de Osma en los siglos XV y XVI", en *I Semana de Estudios Históricos de la Diócesis de Osma-Soria*, Vol. I, Soria, Diputación Provincial de Soria, 2000, pp. 37-63.
- DIAGO HERNANDO, M., *Estructuras de poder en Soria a fines de la Edad Media*, Valladolid, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, 1993.
- DÍAZ IBÁÑEZ, "Los eclesiásticos castellanos en los enfrentamientos urbanos (siglos XIV-XV)", en ARRANZ GUZMÁN, A., RÁBADE OBRADÓ, M. del P. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 141-162.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., "El arzobispo Alfonso Carrillo de Acuña (1412-1482) una revisión historiográfica", *Medievalismo*, 25 (2015), pp. 135-196.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., "Iglesia y nobleza en la Sevilla bajomedieval", *Anuario de Estudios Medievales*, 39/2 (2009), pp. 877-931.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., "Iglesia, nobleza y poderes urbanos en la Corona de Castilla durante la Baja Edad Media. Una aproximación historiográfica", en DÍAZ IBÁÑEZ, J. y NIETO SORIA, J. M. (Coords.), *Iglesia, nobleza y poderes urbanos en los reinos cristianos de la Península Ibérica durante la Edad Media*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2019, pp. 15-62.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., "La incorporación de la nobleza al alto clero en el reino de Castilla durante la Baja Edad Media". *Anuario de Estudios Medievales*, 35/2 (2005), pp. 557-603.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., "Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca durante la Baja Edad Media", *En la España Medieval*, 20 (1997), pp. 281-320.

- DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios y concejiles en las elecciones episcopales castellanas: la provisión de la sede de Cuenca en 1469”, en VV.AA., *Mundos medievales: Espacios, sociedades y poder*, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, pp. 1259-1274.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Parcialidades urbanas y pactos en torno a las elecciones episcopales en la Castilla del siglo XV”, en FORONDA, F. (dir.), *Avant le contrat social. Le contrat politique dans l’Occident médiéval, XIIIe-XVe siècle* (Madrid, Casa de Velázquez, 14-16 de abril de 2008), París, 2011, pp. 591-612.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla: el obispado de Cuenca en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Cuenca, Caja Castilla-La Mancha, Editorial Alfonsópolis, Diputación de Cuenca, 2003.
- DÍAZ IBÁÑEZ, J., *La iglesia de Cuenca en la Edad Media (siglos XII-XV). Estructura institucional y relaciones de poder*, Tesis doctoral dirigida por José Manuel Nieto Soria, leída en el Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1996.
- DÍAZ MARTÍN, L.V., *Los orígenes de la Audiencia Real castellana*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997.
- DÍEZ YÁÑEZ, M., “Los consejos aristotélicos en el *Libro de Alexandre*: liberalidad, magnificencia y magnanimidad”, en ALVAR, C. (Coord.), *Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2015, pp. 513-535.
- DÍOS, S. de, “Alfonso Díaz de Montalvo: Juez y Jurisprudente en Castilla durante el siglo XV”, *GLOSSAE. European Journal of Legal History*, 13 (2016), pp. 108-164.
- DÍOS, S. de, “La evolución de las Cortes de Castilla durante el siglo XV”, en RUCQUOI, A. (Coord.), *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988, pp. 137-169.
- DÍOS, S. de, “Las cortes de Castilla y León y la Administración Central”, en *Las cortes de Castilla y León en la Edad Media*, Tomo II, Valladolid, Cortes de Castilla y León, 1988, pp. 255-317.

- DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real de Castilla (1385-1490)”, *Historia, Instituciones, Documentos*, 7 (1980), pp. 269-320.
- DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla (1385–1522)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- DORRONZO RAMÍREZ, P., “El episcopado ‘batallador’ en tiempos de Alfonso I de Aragón y Pamplona”, *Estudios medievales hispánicos*, 3 (2014), pp. 7-42.
- ECHEVARRÍA ARSUAGA, A., *Caballeros en la frontera. La guardia morisca de los Reyes de Castilla (1410-1467)*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2013.
- ESTEBAN RECIO, M. A. S., “La conflictividad social en Palencia desde 1421 hasta la guerra de las Comunidades”, *Hispania: Revista española de historia*, 75/250 (2015), pp. 467-504.
- ESTEVE BARBA, F., *Alfonso Carrillo de Acuña, autor de la unidad de España*, Barcelona, Amaltea, 1943.
- FERNÁNDEZ ALONSO, B., “Juan González de Deza”, *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Ourense*, 6/140, (1921), pp. 329-334.
- FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Las iglesias nacionales de España en Roma. Sus orígenes”, *Anthologica Annua*, 4 (1956), pp. 9-96.
- FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios y la colectoría de España de 1466 a 1475”, *Anthologica Annua*, 2 (1954), pp. 51-122.
- FERNÁNDEZ COLLADO, Á. y LOP OTÍN, M. J., “Documentación biográfica en el Archivo Capítular de Toledo y personalidades relevantes”, *Memoria ecclesiae*, 29 (2006), pp. 147-164.
- FERNÁNDEZ COLLADO, A., *Los Arzobispos de Toledo en la Edad Moderna y Contemporánea. Episcopologio Toledano*, Toledo, Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso, 2017.

- FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *La Iglesia de Asturias en la baja Edad Media. Estructuras económico-administrativas*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1987.
- FERNÁNDEZ DEL HOYO, M., *De Portugal a Castilla: creación y recreación de la memoria linajística en la casa condal de Benavente*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Documentación, dirigida por Ana Belén Sánchez Prieto, Madrid, 2013, p. 501, nota al pie 1424.
- FERNÁNDEZ DURO, C., *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y su obispado*, Vol. IV, Madrid, Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1882.
- FERNÁNDEZ GALLARDO, L. “La biografía como memoria estamental. Identidades y conflictos”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (1250-1504)*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 423-488.
- FERNÁNDEZ PRIETO, E., “Mella, Juan de (Zamora 1397-Roma 13.X.1467)”, en ALDEA VAQUERO, Q., MARÍN MARTÍNEZ, T. y VIVES GATELL, J. (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. III, Madrid, CSIC, Instituto Enrique Flórez, 1973, pp. 1466-1467.
- FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ, I., *Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Talavera de la Reina*, Luis Rubalcaba, 1896.
- FERNÁNDEZ-PRIETO DOMINGUEZ LOSADA, E., *Nobleza de Zamora*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, 1953.
- FLÓREZ, E., *España Sagrada, Tomo 39*, Madrid, Oficina de la Viuda e Hijo de Marín, 1795.
- FLÓREZ, *España Sagrada*. Tomo 22, Madrid, Antonio Marín, 1767.
- FORONDA, F., “Vers un gouvernement de jure dans la Castille du XVe siècle: les contrats de privanza d’Henri IV de Trastamare”, en FORONDA, F. y CARRASCO MANCHADO, A. I. (dirs.), *Du contrat d’alliance au contrat politique. Cultures et sociétés politiques dans la péninsule Ibérique à la fin du*

- Moyen Âge*, Toulouse, Université de Toulouse II-Le Mirail, Institut d'Etudes Hispaniques, 2007, pp. 185-244.
- FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo. Notas sobre su vida”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 196 (1999), p. 43-92.
- FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo: Un prelado belicoso del siglo XV, apasionado por la riqueza y el poder*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2014.
- FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla: la pasión por la riqueza y el poder*. Granada, Editorial Universidad de Granada, 2011.
- FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza castellana en el siglo XV*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012.
- FRENZ, T., *Die Kanzlei der Päpste der Hochrenaissance (1471-1527)*, Tübingen, Niemeyer, 1986.
- FRÍAS Balsa, J. V., “Don Pedro García Huete, Arcediano de Sigüenza y Obispo de Osma”, *Wad-Al-Hayara*, 5 (1978), pp. 315-325.
- GALBÁN MALAGÓN, C. J., *A Guerra dos Irmandiños (1465-1469)*, Santiago de Compostela, Lóstrego, 2010.
- GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos, obispo que fue de Cuenca (1382-1469)*, Tesis de la Universidad de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, leída en 1919.
- GALINDO ROMEO, L., *Tuy en la Baja Edad Media, siglos XII-XV*, Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1958.
- GARCÍA CAÑÓN, P., “Enfrentamientos interseñoriales en la montaña occidental leonesa a fines de la Edad Media”, *Miscelánea Medieval Murciana*, 33 (2009), pp. 55-76.
- GARCÍA FITZ, F., *La Edad Media. Guerra e ideología: justificaciones religiosas y jurídicas*, Madrid, Sílex, 2003.

- GARCÍA ORO, J., “La diócesis de Tuy en la baja Edad Media (1070-1500): la frontera y la guerra”, en GARCÍA ORO, J. (Coord.), *Historia de las diócesis españolas, tomo 14, Iglesia de Santiago de Compostela y Tuy-Vigo*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, pp. 549-570.
- GARCÍA ORO, J., *Galicia en la Baja Edad Media: iglesia, señorío y nobleza*, La Coruña, Editorial Toxosoutos, 1999.
- GARCÍA VERA, M. J., “Aproximación al estudio de las élites de poder en Castilla a fines de la Edad Media”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 30/2 (1994), pp. 81-94.
- GARCÍA VERA, M.J., *La nobleza castellana bajomedieval. Bases de su predominio y ejercicio de su poder en la formación político-social del siglo XV. El reinado de Enrique IV (1454-1474)*, Tesis doctoral dirigida por la catedrática Dra. Dña. María Concepción Quintanilla Raso, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia Medieval, 1997.
- GARCÍA-MONGE CARRETERO, M. I., *Estudio y edición crítica del “Tratado del dormir y despertar” de Lope de Barrientos*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología II, 2001.
- GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas (1371-1525). Historia política, régimen jurídico y práctica institucional*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994.
- GERBET, M. C., *La nobleza en la Corona de Castilla. Sus estructuras sociales en Extremadura*, Cáceres, Diputación Provincial de Cáceres, Institución Cultural El Brocense, 1989.
- GITLITZ, D., *The Arias Davila Family of Segovia. Between the Synagogue and the Church*, San Francisco, Londres y Bethesda, International Scholars Publications, 1996.
- GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede: Don Juan de Carvajal, Cardenal de Sant'Angelo legado de Alemania y Hungría (1399?-*

- 1469), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita, 1947.
- GÓMEZ IZQUIERDO, A., *Cargos de la casa y Corte de Juan II de Castilla*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1968.
- GÓMEZ NAVARRO, S., *Mirando al cielo sin dejar el suelo: los jerónimos cordobeses de Valparaíso en el Antiguo Régimen: estudio preliminar y edición crítica del libro "Protocolo" de la Comunidad*, Madrid, Visión Libros, 2014.
- GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el estado y la administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen: Las Comunidades de Castilla y otros estudios*, Madrid, Siglo XXI de España, 1981.
- GONZÁLEZ CALLE, J. A., "Luchas de bandos en Asturias en la época de los Reyes Católicos", en RIBOT GARCÍA, A., VLDEÓN BARUQUE, J. Y MAZA ZORRILLA, E. (Coords.), *Isabel la Católica y su época: Actas del Congreso Internacional*, Tomo I, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007, pp. 519-544.
- GONZÁLEZ CRESPO, E., *Elevación de un linaje nobiliario castellano en la baja Edad Media: los Velasco*, Madrid, 1981.
- GONZÁLEZ NIETO, D., "El episcopado como agente de la comunicación rey-reino durante la guerra civil castellana (1465-1468)", en NIETO SORIA, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (coords.), *Comunicación y conflicto en la cultura política peninsular (siglos XIII al XV)*, Madrid, Sílex, 2018, pp. 113-134.
- GONZÁLEZ NIETO, D., "Episcopado castellano y derecho de resistencia en torno a la *Farsa de Ávila*: respaldo e impugnación de un irregular acceso al trono", en *El acceso al trono: concepto y ritualización. XLIII Semana de Estudios Medievales Estella-Lizarrá, 19 al 22 de julio de 2016*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2017, pp. 343-352.
- GONZÁLEZ NIETO, D., "La casa de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla: dimensiones y mantenimiento de una curia arzobispal a mediados del siglo XV", en CAÑAS GÁLVEZ, F. de P. y NIETO SORIA, J. M. (Coords.), *Casa y Corte*.

Ámbitos de poder en los reinos hispánicos durante la Baja Edad Media (1230-1516), Madrid, La Ergástula, 2019, pp. 291-320.

GONZÁLEZ NIETO, D., “La diplomacia de Juan II de Aragón al servicio de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo: la elección episcopal de Sigüenza en 1465”, en CHELLE ORTEGA, J. A., GARCÍA ISAAC, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y diplomacia en la Península Ibérica (1379-1474)*, Madrid, La Ergástula, 2019, pp. 109-126.

GONZÁLEZ NIETO, D., “La Iglesia castellana ante las guerras interseñoriales: el señorío episcopal de Lugo, campo de batalla de los Osorio de Lemos y de Trastámara (ca. 1460-1470)”, en DÍAZ IBÁÑEZ, J. y NIETO SORIA, J. M. (Coords.), *Iglesia, nobleza y poderes urbanos en los reinos cristianos de la Península Ibérica durante la Edad Media*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2019, pp. 123-156.

GONZÁLEZ NIETO, D., “Las repercusiones del protagonismo político para los miembros del episcopado en la guerra civil castellana (1465-1468)”, en CHELLE ORTEGA, J. A., GARCÍA ISAAC, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Entre el cielo y la tierra: el papel de los eclesiásticos en los círculos de poder en los reinos ibéricos (1369-1504)*, Madrid, La Ergástula, 2019, pp. 39-55.

GONZÁLEZ NIETO, D., “Los agentes diplomáticos en la Curia pontificia de Enrique IV, rey de Castilla (1454-1474): perfil socio-profesional”, *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 43 (2019), pp. 107-125.

GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad de las elecciones episcopales en la primera mitad del reinado de Enrique IV de Castilla: Una estrategia de poder contestada”, *Potestas. Estudios del Mundo Clásico e Historia del Arte*, 10 (2017), pp. 49-67.

GRANDA LORENZO, S., “La Capilla Real: la presencia del capellán real en la élite del poder político”, en GAMBRA GUTIÉRREZ, A. y LABRADOR ARROYO, F. (Coords.), *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2010, pp. 761-807.

- GUERRERO NAVARRETE, Y., “Nobleza media, clientelismo y violencia en la ciudad bajomedieval: los Sarmiento, Burgos y el perdón real de 1479”, *Edad Media. Revista de Historia*, 19 (2018), pp. 16-46.
- HERRERA MESA, P. P., “La Universidad de Clérigos de Córdoba en la Baja Edad Media”, en *Andalucía Medieval: Actas del I congreso de Historia de Andalucía, diciembre 1976*, Tomo II, Córdoba, Cajasur. Obra Social y Cultural, 1978, pp. 133-145.
- HERRERO PRADO, J. L., “Pero Díaz de Toledo, señor de Olmedilla”, *Revista de literatura medieval*, 7 (2001), pp. 101-116.
- HOFMANN, W., *Forschungen zur Geschichte der Kurialen Behörden, vom Schisma bis zur Reformation*, Vol. II, Roma, Verlag Von Loescher, 1914.
- IZBICKI, T. M., *Protector of the faith: Cardinal Johannes de Turrecremata and the defense of the institutional Church*, Washington, Catholic University of America Press, 1981.
- IZBICKY, T. M., “Notes on Late Medieval Jurists: I. Juan de Mella: Cardinal and Canonist. II. Baldus on the Sext”, *Bulletin of Medieval Canon Law, new series*, 4 (1974), pp. 49-54.
- JARA FUENTE, J. A., “*Más por fuerça que de grado*: La acción y el lenguaje de la competencia ciudad-nobleza en la Sierra castellano-manchega, en el advenimiento de la monarquía isabelina”, *Edad Media. Revista de Historia*, 19 (2018), pp. 114-147.
- JARA FUENTE, J., “Urban political identity in the late middle ages: a reflection on communal polities in urban Castile in the 15th century”, en SABATÉ, F. (ed.), *Medieval urban identity: Health, Economy and Regulation*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2015, pp. 202-222.
- JIMENA JURADO, M de., *Catálogo de los obispos de las iglesias catedrales de la diócesis de Jaén y annales eclesiásticos de este obispado*, Jaén, 1654.
- LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, Alcaide de Sant’Angelo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, Seminario Nebrija, 1973.

- LADERO QUESADA, M. F., “Aproximación al proceso de formación del patrimonio de la Iglesia zamorana (Obispo y Cabildo): 1132-1484”, *Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval*, 1 (1988), pp. 249-270.
- LADERO QUESADA, M. F., *La ciudad de Zamora en la época de los Reyes Católicos: economía y gobierno*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, 1991.
- LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, vol. II, Guadalajara, AACHE, 1994.
- LAYNA SERRANO, F., *El cardenal Mendoza como político y consejero de los Reyes Católicos*, Madrid, Gráficas Yagües, 1968.
- LOP OTÍN, M. J., “La catedral de Toledo y los escándalos ciudadanos del siglo XV”, en ARRANZ GUZMÁN, A., RÁBADE OBRADÓ, M. del P. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 343-374.
- LOPERRÁEZ CORVALÁN, J. de, *Descripción histórica del obispado de Osma*, Madrid, Imprenta Real, 1788, 3 vols.
- LÓPEZ CARREIRA, A., “Historia social del movimiento irmandiño”, en *Os capítulos da irmandade: peregrinación y conflicto social en la Galicia del siglo XV*, Lugo, Xunta de Galicia, 2006, pp. 356-367.
- LÓPEZ CARREIRA, A., *A cidade de Ourense no século XV*, Ourense, Diputación Provincial de Ourense 1998.
- LÓPEZ CARREIRA, A., *Os Irmandiños. Textos, documentos e bibliografía*, Vigo, A Nosa Terra, 1992.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, A., “El franciscanismo en España durante los pontificados de Calixto III, Pío II y Paulo II a la luz de los documentos vaticanos”, *Archivo Ibero-Americano*, 12 (1943), pp. 496-570.
- LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa Apostólica y Metropolitana Iglesia de Santiago de Compostela*, vol. VII, Santiago de Compostela, Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central, 1904.

- LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo: un humanista al servicio de la corona y el papado.” *Anuario de Historia de la Iglesia*, 23 (2014), pp. 323-332.
- LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo: un ensayo bibliográfico”, *Tempus*, 37 (2015), pp. 41-63.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña, el cabildo de Burgos y la reforma, 1456-1495”, *Burgense*, 2 (1961), pp. 185-317.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “La biblioteca de D. Luis de Acuña en 1496”, *Hispania: revista española de historia*, 20 (1960), pp. 81-110.
- LORA SERRANO, G., “Las elecciones episcopales de la diócesis de Plasencia durante la Edad Media”, *Historia. Instituciones. Documentos*, 36 (2009), pp. 251-268.
- LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*, Madrid, Instituto Jerónimo Zurita, 1943.
- MAILLARD-LUYPAERT, M. y MARCHANDISSE, A., “Les dernières volontés de Jean de Bourgogne, évêque de Cambrai (1439-1480). Édition critique des testaments et codicilles”, *Le Moyen Âge: revue d’histoire et de philologie*, 119/1 (2013), pp. 85-129.
- MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas, obispo de Ciudad Rodrigo (1469-1485)”, *Scripta theologica: revista de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, 16/1-2 (1984), pp. 359-394.
- MARQUÉS DE ALCEDO, *Los merinos mayores de Asturias y su descendencia. Tomo II*, Madrid, Sociedad Española de Artes Gráficas, 1925.
- MARTÍN ANSÓN, M. L. y ABAD CASTRO, C., *Los panteones de los Herrera en Palenzuela: La capilla mayor del convento de San Francisco y la capilla de San Bartolomé en la iglesia de San Juan*, Palencia, Institución Tello Téllez de Meneses, 2014.
- MARTÍN MARTÍN, J. L., “El Archivo de la catedral y la historia de la Universidad de Salamanca”, en RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, L. E. y POLO RODRÍGUEZ, J. L. (Coords.), *Historia de la Universidad de Salamanca. IV*.

Vestigios y entramados, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2002, pp. 19-50.

MARTÍN MARTÍN, J. L., “Un prelado medieval y su corte: Gonzalo de Vivero (Salamanca, 1447-1480)”, en CRUZ DÍAZ MARTÍNEZ, P. de la, CORRAL, F. L. y MARTÍN VISO, I. (eds.), *El historiador y la sociedad. Homenaje al Profesor José María Mínguez*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2013, pp. 147-162.

MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos: un intelectual de la corte de Juan II*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1994.

MAZO ROMERO, F., *El condado de Feria (1394-1505): contribución al estudio del proceso señorializador en Extremadura durante la Baja Edad Media*, Badajoz, Institución Cultural Pedro de Valencia, 1980.

MESEGUER FERNÁNDEZ, J., “El arzobispo Carrillo y el cardenal Cisneros”, *Archivo Ibero-Americano*, 45/177-178 (1985), pp. 167-187.

MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y sus obispos*, vol. II, Madrid, Tip. De la “Revista de Archivos, Bibl. Y Museos”, 1912.

MINOIS, G., *L'Eglise et la guerre. De la Bible à l'ère atomique*, París, Fayard, 1994.

MIRECKI QUINTANA, G., “Apuntes genealógicos y biográficos de Don Alfonso Carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo”, *Anales Toledanos*, 37 (1991), pp. 55-76.

MONSALVO ANTÓN, J. M., “Poder político y aparatos de estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática”, *Studia Historica. Historia Medieval*, 4 (1986), pp. 101-167.

MONSALVO ANTÓN, J. M., “Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV: faccionalismo y acción política de los Álvarez de Toledo (Casa de Alba)”, *Studia Historica. Historia Medieval*, 34 (2016), pp. 149-185.

MONTERO TEJADA, R. M., “Los Manrique en las instituciones de gobierno de la monarquía castellana (1379-1516)”, en *Actas de las III Jornadas hispano-*

portuguesas de Historia Medieval. La Península en la era de los descubrimientos, Tomo I, Sevilla, Consejería de Cultura, 1997, pp. 815-839.

MONTERO TEJADA, R. M., *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique (siglos XIV-XV)*, Madrid, Caja de Madrid, 1996.

MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Contribución al estudio de la nobleza extremeña durante el reinado de Alfonso XII de Castilla”, *Revista de Estudios Extremeños*, 45/111 (1989), pp. 505-528.

MORALES MUÑIZ, M. D. C., “La concesión del título de (I) conde de Buendía por el rey Alfonso XII de Castilla (1465) como expresión del poder del linaje Acuña”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval*, 19 (2007), pp. 197-210.

MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Las confederaciones nobiliarias en Castilla durante la guerra civil de 1465”, *Anuario de Estudios Medievales*, 18 (1988), pp. 455-468.

MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1988.

MORÁN MARTÍN, R., “*Alteza...mercenario soys*: Intentos de ruptura institucional en las Cortes de León y Castilla”, en FORONDA, F., GENET, J. P. y NIETO SORIA, J. M., (dirs.), *Coups d'État à la fin du Moyen âge? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, Madrid, Casa de Velázquez 2005, pp. 93-114.

MORENO HERNÁNDEZ, C., “Pero Guillén de Segovia y el círculo de Alonso Carrillo”, *Revista de Literatura*, 47 (1985), pp. 17-49.

NIETO CUMPLIDO, M., “La elección de obispos de Córdoba en la Baja Edad Media”, en TORRES DELGADO, C., et. al., *Andalucía Medieval: Nuevos Estudios*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1979, pp. 75-103.

NIETO SORIA, J. M., “Dos prelados en la encrucijada de un trono: Alfonso Carrillo de Acuña y Pedro González de Mendoza”, *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 54 (2004), pp. 49-64.

NIETO SORIA, J. M., “El «poderío real absoluto» de Olmedo (1445) a Ocaña (1469): La monarquía como conflicto”, *En la España Medieval*, 21 (1998), pp. 159-228.

- NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado (1454-1474)”, *En la España Medieval*, 19 (1996), pp. 167-238.
- NIETO SORIA, J. M., “Iglesia y crisis dinásticas en la Castilla bajomedieval”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M. y NIETO SORIA, J. M. (eds.), *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito hispánico (1250-1808)*, Madrid, Sílex, 2008, pp. 221-234.
- NIETO SORIA, J. M., “La capilla real castellano-leonesa en el siglo XV: constituciones, nombramientos y quitaciones”, *Archivos leoneses*, 85–86 (1989), pp. 7-54.
- NIETO SORIA, J. M., “Los proyectos de reforma eclesiástica de un colaborador de Juan II de Castilla: el obispo Barrientos”, en *Tomás Quesada Quesada. Homenaje*, Granada, Universidad de Granada, 1998, pp. 493-516.
- NIETO SORIA, J. M., “*Rex inutilis* y tiranía en el debate político de la Castilla bajomedieval”, en FORONDA, F., GENET, J.P. y NIETO SORIA, J. M., (dirs.), *Coups d’État à la fin du Moyen âge? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 73-92.
- NIETO SORIA, J. M., *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)*. Madrid, Eudema, 1988.
- NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, Editorial Complutense, 1994.
- NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y poder real en Castilla. El episcopado (1250-1350)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1988.
- NIETO SORIA J. M., “El consejo como representación en la práctica gubernativa de la monarquía trastámara”, *e-Spania, Revue interdisciplinaire d’études hispaniques médiévales*, 12 (2011), <http://journals.openedition.org/e-spania/20668> [consultado el 26 abril 2016].
- NOGALES RINCÓN, D., “Los escenarios del pacto y de la negociación política: la Corona de Castilla (1369-1504)”, en NIETO SORIA, J. M. y VILLARROEL

- GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Pacto y consenso en la cultura política peninsular (siglos XI al XV)*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 283-318.
- NOGALES RINCÓN, D., “La cultura del pacto en las relaciones diplomáticas luso-castellanas durante el periodo Trastámara (1369-1504)”, *En la España Medieval*, 35 (2012), pp. 121-144.
- OCHOA BRUN, M. Á., *Historia de la diplomacia española*, Vol. I, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1990.
- OLIVERA SERRANO, C. y PASTOR BODMER, I., “La diplomacia castellana y Alfonso V el Magnánimo”, en D’AGOSTINO, G. y BUFFARDI, G. (eds.), *La Corona d’Aragona ai tempi di Alfonso il Magnanimo: I modelli politico-istituzionali, la circolazione degli uomini, delle idee, delle merci, gli influssi sulla società e sul costume, XVI Congresso di storia della Corona d’Aragona (Napoli-Caserta-Ischia, 18-24 settembre 1997)*, Volumen I, Nápoles, Comune di Napoli, Paparo Edizioni, 2000, pp. 619-640.
- OLIVERA SERRANO, C., *Beatriz de Portugal: la pugna dinástica Avis-Trastámara*, Santiago de Compostela, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Xunta de Galicia, Instituto de Estudios Gallegos “Padre Sarmiento”, 2005.
- OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del reino (1445-1474). El registro de Cortes*, Burgos, Cortes de Castilla y León, 1986.
- OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca: Sevilla, 1460-1464. Un comentario a Alfonso de Palencia”, *Historia. Instituciones. Documentos.*, 37 (2010), pp. 211-282.
- OREJÓN CALVO, A., “Don Sancho de Castilla: su actuación pública, y sus relaciones con el Cabildo Catedralicio”, en *Semana “pro ecclesia e patria”. Conferencias*, Palencia, El Día de Palencia, 1934, pp. 69-101.
- ORTEGA CERVIGÓN, J. I., “El arraigo de los linajes portugueses en la Castilla bajomedieval: el caso de los Acuña en el obispado de Cuenca”, *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 16 (2006), pp. 73-92.

- ORTEGO RICO, P., “Guerra y paz como fundamentos legitimadores de la exacción fiscal en Castilla”, en ARRANZ GUZMÁN, A., RÁBADE OBRADÓ, M. del P. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 67-107.
- ORTEGO RICO, P., “Propaganda, fiscalidad e ideal cruzadista durante el reinado de Enrique IV de Castilla”, *Hispania Sacra*, 70/141 (2018), pp. 237-266.
- PAZ, J., *Castillos y fortalezas del reino*, Madrid, Imp. de la "Rev. de Arch., Bibl. y Museos", 1978.
- PÉQUIGNOT, S., *Au nom du roi. Pratique diplomatique et pouvoir durant le règne de Jacques II d'Aragon (1291-1327)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009.
- PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV, 1454-1474*, Burgos, La Olmeda, 1998.
- POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV (1402-1470). Poder y comportamientos sociales a finales de la Edad Media*, Palencia, Institución Tello Téllez de Meneses, Diputación de Palencia, 2008.
- PORTILLO CAPILLA, T., “Don Pedro de Montoya, obispo de Osma (1454-1474). Aspectos de su vida y de su obra”, *Celtiberia*, 50 (1975), pp. 231-243.
- PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV (Alcaraz 1300-1475)*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1978.
- PRIETO SAYAGUÉS, J. A., “La clerecía regular ante los conflictos internos y guerras exteriores de la Corona de Castilla durante la Baja Edad Media”, *En la España Medieval*, 40 (2017), pp. 309-337.
- QUINTANILLA RASO, M. C., “Claves de la política nobiliaria castellana. Identidad y reajustes en la periferia”, en GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. y MONTES ROMERO-CAMACHO, I. (Eds.), *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico, siglos XIII-XV*, Sevilla-Cádiz, 2006, pp. 535-556.
- QUINTANILLA RASO, M. C., “Discurso aristocrático, resistencia y conflictividad”, en FORONDA, F., GENET, J. P. y NIETO SORIA, J. M. (dirs.), *Coups d'État à la*

fin du Moyen Âge? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale.
Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 543-573.

QUINTANILLA RASO, M. C., “El dominio de las ciudades por la nobleza. El caso de Córdoba en la segunda mitad del siglo xv”, *En la España Medieval*, 10 (1987), pp. 109-123.

QUINTANILLA RASO, M. C., “La nobleza en la historia política castellana en la segunda mitad del siglo XV. Bases de poder y pautas de comportamiento”, en *Actas del Congreso Internacional “Bartolomeu Dias e a sua época”*, vol. I, Porto, Universidade do Porto, 1989, pp. 181-200.

QUINTANILLA RASO, M. C., “La nobleza”, en NIETO SORIA, J. M. (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (Ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, pp. 63-103.

QUINTANILLA RASO, M. C., “Les confédérations de nobles et les *bandos* dans le Royaume de Castille au bas Moyen Âge. L’exemple de Cordoue”, *Journal of Medieval History*, 16/2 (1990), pp. 165-179.

QUINTERIO, F., *Giuliano de Maiano: “grandissimo domestico”*, Roma, Officina, 1996.

RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte de los Reyes Católicos. Los judeoconversos*, Madrid, Sigilo, 1993.

RÍSQUEZ MADRID, A., *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae. La llave del saber de Lope de Barrientos en la Edad Media española*, Tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Filología Latina, 2010.

RIVERA RECIO, J. F., *Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media (s. XII-XV)*, Toledo, Diputación Provincial de Toledo, 1969.

RODRÍGUEZ MOLINA, J., “Poder político de los arzobispos de Toledo en el siglo XV”, en BELTRÁN MOYA, J. L. (Coord.) et al., *Religión y poder en la Edad Moderna*, Granada, Universidad de Granada, 2005, pp. 11-36.

- RODRÍGUEZ MOLINA, J., *El obispado de Baeza-Jaén. Organización y economía diocesanas (siglos XIII-XVI)*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén, Instituto de Cultura, 1986.
- RODRÍGUEZ SALCEDO, S., “El reinado del primer Alfonso XII en Palencia”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 6 (1951), pp. 15-83.
- RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva, Primer Duque de Alburquerque*, Madrid, Luis Navarro, 1881.
- ROUND, N., “Gómez Manrique’s *Exclamación e querella de la governación*: Poem and Commentary”, en BERESFORD, A. M., HAYWOOD, L. M. y WEISS, J. (eds.), *Medieval Hispanic Studies in Memory of Alan Deyermond*, Suffolk, Tamesis, 2013, pp. 149-174.
- RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. I. y BELTRÁN SUÁREZ, S., “Los orígenes del poder episcopal sobre la ciudad de Oviedo en la Edad Media”, *En la España Medieval*, 30 (2007), pp. 65-90.
- SALONEN, K. y HANSKA, J., *Entering a Clerical Career at the Roman Curia, 1458-1471*, Londres, Nueva York, Routledge, 2013.
- SALONEN, K., *Papal Justice in the Late Middle Ages: The Sacra Romana Rota*, Routledge, 2016.
- SÁNCHEZ BENITO, J. M., “Observaciones sobre la Hermandad castellana en tiempos de Enrique IV y los Reyes Católicos”, *Espacio. Tiempo y Forma. Serie III. Historia Medieval*, 15 (2002), pp. 209-243.
- SÁNCHEZ BENITO, J. M., “Violencia y pugna política. Estudio de sus repercusiones en el mundo urbano a través del caso de Cuenca (siglo XV)”, *Studia historica, Historia Medieval*, 30 (2012), pp. 237-262.
- SÁNCHEZ CARRERA, M. del C., *El bajo Miño en el siglo XV: el espacio y los hombres*, A Coruña, Fundación “Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa”, 1997.
- SÁNCHEZ GIL, J., “Rodrigo Dávila, un desconocido abulense obispo de Plasencia en el siglo XV”, en *Institución Gran Duque de Alba (1962-2012): 50 años de*

- cultura abulense*, Vol. II, Ávila, Diputación de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2012, pp. 295-308.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, A., *Medinaceli y Colón. La otra alternativa del descubrimiento*, Madrid, Editorial Mapfre, 1995.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., “Episcopologio medieval gaditano. Siglos XIII al XV”, *En la España Medieval*, 1 (1980), pp. 443-465.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., “Los obispos castellanos y su participación en el gobierno de Castilla, 1350-1406”, en RUCQUOI, A., (Coord.), *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 1988, pp. 85-113.
- SÁNCHEZ HERRERO, J., *Las diócesis del Reino de León (siglos XIV y XV)*, León, Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”, 1978.
- SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media*, Madrid, Servicio de Publicaciones del E.M.E., 1990.
- SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza: hasta el tercer Duque del Infantado, 1350-1531: el ejercicio y alcance del poder señorial en la Castilla bajomedieval*, Madrid, Palafox & Pezuela, 2001.
- SANTAMARÍA LANCHO, M., “El cabildo catedralicio de Segovia como aparato de poder en el sistema político urbano durante el siglo XV”, *Studia historica. Historia medieval*, 8 (1990), pp. 47-78.
- SANTAMARTA LUENGO, J. M., *Señorío y relaciones de poder en León en la baja Edad Media (Concejo y Cabildo Catedral en el siglo XV)*, León, Universidad de León, 1993.
- SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV”, *Hispania Sacra*, 54/110 (2002), p. 605-673.
- SANZ SANCHO, I., *La iglesia de Córdoba (1236-1454). Una diócesis de la provincia eclesiástica de Toledo en la Baja Edad Media*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2006.

- SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische Universität von ca. 1300 bis 1471*, Leiden-Boston, Brill, 2013.
- SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María y don Alfonso de Cartagena. Obispos de Burgos, gobernantes, diplomáticos y escritos*, Madrid, Escuela de Estudios Hebraicos, 1942.
- SOBRINO CHOMÓN, T., “La restauración de la diócesis. Sucesión episcopal”, en SER QUIJANO, G. del, *Historia de Ávila. Tomo II: Edad Media (siglos XIV-XV)*, Ávila, Institución “Gran Duque de Alba”, Caja de Ahorros de Ávila, 2006, pp. 409-446.
- SOBRINO CHOMÓN, T., “La restauración de la diócesis. Sucesión episcopal”, en SER QUIJANO, G. del, *Historia de Ávila. Tomo III: Edad Media (siglos XIV-XV)*, Ávila, Institución “Gran Duque de Alba”, Caja de Ahorros de Ávila, 2006, pp. 409-442.
- SOTO RÁBANOS, J. M., “Consideraciones jurídico-morales sobre la guerra en la obra de un canonista español anónimo del siglo XV”, en BAZÁN, B. C., ANDÚJAR, E. y SBROCCHI, L. G. (eds.), *Les philosophies morales et politique au Moyen Âge*, Tomo III, New York, Ottawa, Toronto, Legas, 1994, pp. 1720-1731.
- SUÁREZ BELTRÁN, S., *El cabildo de la catedral de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1986.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-1474)”, en *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal*, t. XV, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla: la difamación como arma política*, Barcelona, Ariel, 2001.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política de Castilla en el siglo XV*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1972.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía: Entendimiento y rivalidad. El proceso de la construcción de la corona española*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Política internacional de Isabel la Católica: estudio y documentos, Tomo I (1468-1481)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1965.
- TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470. Su personalidad y actividades. El tratado *De Pace et Bello*”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, 12 (1935), pp. 97-360.
- TORRES FONTES, J., “Cronología de los obispos de Cartagena en la Edad Media”, *Anuario de Estudios Medievales*, 28 (1998), pp. 661-677.
- TORRES FONTES, J., *Don Pedro Fajardo, adelantado mayor del reino de Murcia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato “Marcelino Menéndez Pelayo”, 1953.
- TORRES FONTES, J., *El Príncipe Don Alfonso y su Itinerario. La contratación de Guisando, 1465-1468*, Murcia, Departamento de Historia Medieval, Universidad de Murcia, 1985.
- TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470. Spanish Diplomat and Champion of the Papacy*, Washington, The Catholic University of America Press, 1958.
- VAL VALDIVIESO, I. del, “La herencia del trono”, en VALDEÓN BARUQUE, J. (ed.), *Isabel la Católica y la política*, Valladolid, Instituto Universitario de Historia Simancas, Ambito ediciones, 2001, pp. 15-51.
- VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios durante el reinado de Enrique IV”, *Hispania*, 130 (1975), pp. 249-294.
- VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica, princesa (1468-1474)*, Valladolid, Instituto “Isabel la Católica” de Historia Eclesiástica, 1974.
- VALDEÓN BARUQUE, J., “La política de la segunda mitad del siglo XV desde el punto de vista castellano”, en *Enrique IV de Castilla y su tiempo: Semana Marañón 97*, Valladolid, Fundación Gregorio Marañón, Universidad de Valladolid, 2000, pp. 36-49.
- VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid en el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1981.

- VASALLO TORANZO, L., “La colección artística de Alonso de Fonseca (c. 1415-1473), arzobispo de Sevilla y alto consejero de Enrique IV”, en ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., MARTÍNEZ RUIZ, M. J. y PASCUAL MOLINA, J. F. (Coords.), *El legado de las obras de arte: tapices, pinturas, esculturas... sus viajes a través de la historia*, Valladolid, Ediciones de la Universidad de Valladolid, 2017, pp. 109-120.
- VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca. Linaje y patronato artístico*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2018.
- VÁZQUEZ BERTOMEU, M., “El arzobispo don Alonso II de Fonseca. Notas para su estudio”, *Cuaderno de Estudios Gallegos*, 47/112 (2000), pp. 87-131.
- VÁZQUEZ NÚÑEZ, G., *Don Diego de Muros, obispo de Tuy y de Ciudad-Rodrigo, de la Orden de la Merced (1405?-1492)*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1919.
- VICENS VIVES, J., *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Cortes de Aragón, Institución “Fernando el Católico”, C.S.I.C., 2006.
- VICENS VIVES, J., *Juan II de Aragón 1389-1479. Monarquía y revolución en la España del siglo XV*, Barcelona, Teide, 1953.
- VIGIL MONTES, N., “Cuestiones metodológicas acerca del rol de los eclesiásticos en la formación de la diplomacia de las monarquías europeas en la Baja Edad Media”, *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 18 (2018), pp. 403-423.
- VILA, S., *A casa de Soutomaior (1147-1532)*, Noya, Toxosoutos, 2010.
- VILA, S., *A cidade de Tui a Baixa Idade Media*, Noya, Toxosoutos, 2009.
- VILA-BOTANES, S., *Tui e Valença nos séculos XI a XV: os acontecimentos históricos, sociais, artísticos e económicos*, Tui, Asociación Amigos da Catedral de Tui, 2001.
- VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., “El obispado de Sigüenza durante la segunda mitad del siglo XV”, *Cuadernos de Historia Medieval, Secc. Miscelánea*, 2 (1999), pp. 43-60.

- VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza (1428-1495)*, Madrid, Rialp, 1988.
- VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil castellana (1474-1482)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1983.
- VILLANUEVA MORTE, C., “Permisos y concesiones de tránsito entre la Península Ibérica y el Ducado de Milán registrados en el periodo sforzesco (segunda mitad del siglo XV)”, *eHumanista*, 38 (2018), pp. 163-185.
- VILLAR Y MACÍAS, M., *Historia de Salamanca*, Vol. II, Salamanca, Imprenta de Francisco Núñez Izquierdo, 1887.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Las elecciones episcopales en la primera mitad del siglo XV. Realidad y representación de la *Libertas* eclesiástica”, en MESTRE RODRÍGUEZ, M. L. (ed.), *Actas I Symposium de Jóvenes Medievalistas. Lorca 2002*, Murcia, Universidad de Murcia, 2003, pp. 261-273.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Álvaro Núñez de Isorna: un prelado y el poder”, *Edad Media. Revista de Historia*, 18 (2017), pp. 263-292.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Capilla y capellanes reales al servicio del rey en Castilla. La evolución en época de Juan II (1406-1454)”, *En la España Medieval*, 31 (2008), pp. 309-356.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana en el siglo XV”, *Anuario de Estudios Medievales*, 40 (2010), pp. 791-819.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la negociación de la paz en la Castilla Bajomedieval”, en ARRANZ GUZMÁN, A., RÁBADE OBRADÓ, M. del P. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Guerra y paz en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 309-341.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Formación para el servicio del rey y de la Iglesia en la Castilla bajomedieval”, en SABATÉ, F. (dir.), *La formació de la personalitat a l'Edat Mitjana*, Balaguer, Editorial Pagès, 2016, pp. 149-167.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “La formación de los diplomáticos en la Castilla bajomedieval”, *Studia Historica. Historia Medieval*, 36/2 (2018), pp. 117-146.

- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Los poderes imbricados: papado y monarquía”, en PENA GONZÁLEZ, M. A. y RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES, L. E. (Coords.), *La Universidad de Salamanca y el Pontificado en la Edad Media*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2014, pp. 89-107.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Negociación y representación del consenso: los conflictos en época de Juan II de Castilla”, en NIETO SORIA, J. M. y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó. (Coords.), *Pacto y consenso en la cultura política peninsular (siglos XI al XV)*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 237-261.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Servir al rey en las ligas nobiliarias: los eclesiásticos en las confederaciones políticas”, *Anuario de Estudios Medievales*, 36/2 (2006), pp. 751-781.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y el papa: Política y diplomacia en los albores del Renacimiento (el siglo XV en Castilla)*. Madrid, Sílex, 2009.
- VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana. Relaciones de poder con Juan II (1406-1454)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2011.
- ZARAGOZA PASCUAL, E., “Abadologio del monasterio de San Zoilo de Carrión de los Condes (siglos XI-XIX) y libro de gradas de los monjes que profesaron en él (1593-1833)”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 64 (1993), pp. 273-322.

I – Las elecciones episcopales

Con relación a las elecciones episcopales durante este conflicto político concreto, podemos realizar dos afirmaciones de partida que creemos que resumen con bastante precisión el periodo abordado con relación al tema indicado. En primer lugar, que el normal desarrollo de las elecciones y provisiones episcopales en los reinos de Castilla y León se vio profundamente alterado por los actos ejecutados desde mayo de 1464 por aquellos nobles y prelados que se alzaron contra Enrique IV, dando pie al comienzo de una grave crisis político-social en el reino. Y, en segundo lugar, que todos los poderes implicados en la contienda por el trono castellano, reconocieron en el control de la provisión de las mitras episcopales vacantes una importancia determinante para alcanzar sus respectivos fines en el marco conflictivo en curso.

En este último sentido, conviene aclarar que, siendo este un estudio que se plantea con preferencia desde la óptica del desarrollo de un conflicto político concreto, el análisis de las elecciones episcopales no se pretende abordar como pesquisa sobre tal cuestión en sí misma, sino que su consideración se realiza desde la perspectiva de cómo en la mayoría de las provisiones episcopales realizadas en los años de los disturbios del reino se hizo presente, de diversa forma, la dinámica conflictiva en curso. No se pretende, en consecuencia, un análisis sistemático de las elecciones episcopales que tuvieron lugar en estos críticos años para la historia del reino castellano, sino observar y analizar cómo el conflicto político encontró una de sus expresiones más relevantes en determinados procesos concretos relacionados con el acceso al ministerio episcopal, lo que pone en evidencia el valor político que desde los intereses de la gobernación del reino se advertía en la función episcopal, al considerarse como un aspecto políticamente relevante la identidad del titular de una determinada mitra.

Como ya puso de relieve Villarroel González para el reinado de Juan II de Castilla, el normal discurrir de las elecciones episcopales y de la creciente capacidad de los monarcas de Castilla para controlar estas¹³, se vio condicionado de manera

¹³ Los estudios en torno a la intervención regia en las elecciones episcopales de los reinos de Castilla y León son numerosos y han sido realizados desde diversas perspectivas, tanto temporales como geográficas. Destacamos, aparte del inmediatamente citado de Óscar Villarroel González, los trabajos ARRANZ GUZMÁN, A., “Las elecciones episcopales durante el reinado de Pedro I...”, *op. cit.*; NIETO

determinante por tres factores. Estos son: el estado de las relaciones de la monarquía con el pontificado, la situación política interna del reino castellano y los periodos de crisis o fortaleza de la institución pontificia¹⁴. El estallido de la revuelta nobiliaria en Castilla de 1464 afectó profundamente a los dos primeros de aquellos factores, lo que trajo aparejado un evidente cambio de fase o, si se prefiere, de periodo en lo que fue el desarrollo de las elecciones episcopales del reino de Castilla durante el reinado de Enrique IV.

En efecto, el alzamiento nobiliario y, más adelante, la propia deposición del rey, debilitó de una manera hasta entonces pocas veces vista la posición la monarquía castellana frente a una Corte de Roma a la que Enrique IV acudió en busca de respaldo a los pocos días de la deposición ritual del 5 de junio de 1465. Nunca se llamará suficientemente la atención sobre los desesperados términos empleados por el monarca en el escrito que dirigió al papa Paulo II el 14 de julio de 1465 desde Toro con el fin de solicitar su apoyo frente a sus rebeldes:

“para lo qual el auxilio de Dios é de vuestra Santidad en todo invoco, é fago voto á Dios é á la casa santa de Jerusalem, é juro por la señal de la cruz é á las palabras de los santos evangelios con mi mano derecha tañidos corporalmente, que vuestra Santidad en esto proveyendo con entrañable ardor, segund que al buen pastor pertenesce quando los lobos quieren destruir la grey, é yo pues á ello soy tenuto, seré en todo obediente, fiel é leal á la Silla Apostólica, á vuestra Santidad, como verdadero Vicario de ella, é como cristianísimo Rey é hijo de obediencia haré e cumpliré por mi persona con todos los mis poderes todas las cosas de qualquier efecto, calidad ó vigor ó misterio que sean é ser puedan, que vuestra Santidad me enviare mandar”¹⁵.

El monarca, necesitado de auxilio, prometía al pontífice sometimiento, lo cual habría de afectar a todos los variados campos de negociación y relación entre ambos poderes, siendo uno de los de importancia indudable el de las elecciones episcopales en el reino de Castilla.

En efecto, desde el inicio de la revuelta nobiliaria, ya antes de que se produjera la referida declaración regia, puede observarse un radical cambio de actitud de Enrique

SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., pp. 363-375; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Las elecciones episcopales en la primera mitad del siglo XV...”, op. cit. Por supuesto, el trabajo de AZCONA, T., *La elección y reforma*, op. cit. resulta también esencial en torno al avance del poder regio en las elecciones.

¹⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 426.

¹⁵ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIV, pp. 499-500.

IV ante las elecciones episcopales entonces en curso, el cual, tras la deposición de Ávila, traería consigo una transformación significativa en el perfil predominante entre los eclesiásticos que fueron seleccionados por un papa, Paulo II, que procuró controlar, haciendo uso de la reserva pontificia, todas las vacantes acaecidas en estos años en el reino. Ello lo hizo sin la oposición de un monarca que, hasta entonces, se había mostrado especialmente combativo ante cualquier intento de Roma de influir en las elecciones episcopales de sus reinos que pudieran perjudicar a su afán por instalar una potente red clientelar a su servicio en el seno del episcopado castellano a partir de la promoción a las sedes de sus más cercanos colaboradores eclesiásticos o de los hijos y parientes de sus más destacados servidores laicos¹⁶. No obstante, y aunque los escogidos contaron con un perfil favorable para la Curia, el papa no dejó de intentar favorecer con el sentido de ciertas elecciones al monarca y a sus partidarios, lo cual, por otro lado, deja ya claro su posicionamiento en el conflicto en favor del rey Enrique. Esto último no era sino la respuesta lógica a la estrecha alianza que, no sin episodios de crisis, este monarca había mantenido con Roma desde el inicio de su reinado en 1454¹⁷.

Por su parte, los prelados y caballeros opuestos a Enrique IV, reunidos en torno al infante-rey Alfonso, desde pronto marcaron como uno de sus objetivos en su rebelión el mediatizar la capacidad real, adquirida tras décadas de negociaciones y conflictos con el papado, de influir y controlar el sentido de las elecciones episcopales. Su objetivo no era otro que controlar esos centros de poder político, social, económico e ideológico que eran los obispados, y utilizar su potencial en beneficio propio. Esta actitud, avanzada la guerra, fue la causa de varios enfrentamientos con el pontificado que, sin duda, contribuyeron en cierta medida a definir un posicionamiento del papado en el conflicto contrario a sus pretensiones. Ello, junto a la propia crisis del reino, que reavivó el afán de otros poderes, en especial los cabildos catedralicios, por influir en las vacantes, convirtió a este periodo en uno de una especial conflictividad en lo que se refiere a las elecciones episcopales.

En definitiva, por todo lo expuesto las elecciones episcopales en Castilla deben ser consideradas como una dimensión muy relevante de la conflictividad política en curso durante los años que nos ocupan. Su importancia en el curso de la guerra y, como

¹⁶ Hemos tenido ocasión de comprobar este afán del rey en GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad...”, *op. cit.*

¹⁷ Una visión de conjunto del desarrollo de las relaciones de Enrique IV con el pontificado en NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, pp. 173-186.

veremos, la que se le atribuyó para la gobernabilidad del reino en estos años; la capacidad que a ciertos miembros del episcopado castellano se intentó otorgar para influir en ellas; y, también, por su afectación a determinados eclesiásticos con funciones político-administrativas de relieve en este periodo, hacen necesario que dediquemos un apartado específico al análisis de las elecciones episcopales durante el conflicto civil que abordamos.

Para poder observar cómo se vieron afectadas por el estallido de la revuelta nobiliaria las elecciones episcopales, consideramos necesario comenzar a partir del desarrollo de dos procesos electorales que se encontraban en curso cuando comenzó aquella. Ellos nos permitirán comprobar el efectivo cambio que la crisis del reino provocó en su desarrollo, marcando el inicio de lo que serían las elecciones episcopales para lo que restaba de conflicto. A continuación, nos referiremos a las mencionadas aspiraciones de los rebeldes de Enrique IV sobre las elecciones, para pasar a continuación a desarrollar cómo estas se produjeron hasta el fallecimiento del infante-rey Alfonso.

1) Las elecciones episcopales ante el inicio de la revuelta nobiliaria

Como ya hemos tenido ocasión de analizar en un estudio particularizado referente al desarrollo de las elecciones episcopales durante la primera mitad del reinado de Enrique IV de Castilla (1454-1464), el papel que había venido jugando este monarca en las elecciones episcopales y el grado de control que había adquirido sobre las mismas, se vio profundamente afectado por el estallido de la revuelta nobiliaria en mayo de 1464¹⁸. Desde la última vacante que Enrique IV consiguió que fuese cubierta a su gusto, la de la sede de Astorga, otorgada el 26 de noviembre de 1463 a uno de sus más fieles y antiguos servidores, el doctor García Álvarez de Toledo¹⁹, la tensión no había dejado de aumentar dentro del reino castellano. La alianza en mayo de 1464 de un

¹⁸ GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad de las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, pp. 49-67.

¹⁹ *Ibidem*, p. 59. Su caso puede servirnos como ejemplo del perfil predominante entre los obispos promocionados por Enrique IV: capellán y oidor real, e hijo de Alfonso Álvarez de Toledo, contador mayor del rey. Su caso es similar al de Juan Arias Dávila, que ostentó, entre otros, esos mismos cargos y era hijo del también contador mayor Diego Arias Dávila. Fue escogido para el obispado de Segovia en 1460, p. 57.

amplio número de nobles y prelados para resistir su gobierno y “liberar” al infante Alfonso, nos sitúa a las puertas de una guerra civil que no tardaría en estallar.

En este contexto, las provisiones episcopales que se encontraban pendientes de resolución se convirtieron en un grave problema para el rey, pues la nobleza levantisca podría intentar hacerse con el control de aquellas sedes para valerse de sus recursos, tanto materiales como simbólicos, para incrementar sus fuerzas y desestabilizar aún más su gobierno. En concreto, dos eran las mitras cuya titularidad no estaba asegurada cuando en mayo de 1464 se inició formalmente la rebelión, la de León y la de Orense, ambas como consecuencia de uno de los escasos, pero no por ello menos grave, enfrentamientos existentes entre Enrique IV y el papado. Es imprescindible describir brevemente los largos pleitos habidos en los años previos entre el rey Enrique y el papa Pío II por la provisión de esas dos sedes, pues solo así se podrá comprender cómo el estallido de la guerra civil en Castilla influyó en su desarrollo, en la capacidad de intervención de Enrique IV en las elecciones episcopales y en las propias relaciones entre el monarca y el pontificado.

Creemos no errar al afirmar que la vacante producida en la sede leonesa por el fallecimiento del obispo Fortún Velázquez de Cuéllar²⁰, fue una de las más importantes crisis en las, en términos generales, buenas relaciones entre la monarquía castellana y el pontificado durante el reinado de Enrique IV. Con la muerte de este eclesiástico, destacado por sus servicios tanto a la Curia romana como a Juan II y Enrique IV de Castilla²¹, se inició un largo conflicto entre Pío II y el rey de Castilla en torno a quién debería ser el titular de esa sede que solo se pudo resolver cuatro años más tarde, ante el inicio de la guerra civil.

A la muerte de aquel, el papa se apresuró a nombrar, el 31 de julio de 1460, al cardenal Juan de Torquemada como nuevo obispo de León, a lo cual se negó tajantemente Enrique IV, para indignación del pontífice. No es de extrañar que Pío II no entendiese el proceder del monarca, pues Torquemada era uno de los pocos cardenales castellanos y un eclesiástico sobradamente cualificado para ostentar aquella dignidad:

²⁰ La fecha en TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*, pp. 178-179.

²¹ Como colaborador de Juan II en VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, pp. 703-704; Su vinculación a la corte romana en NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, p. 205.

no solo se trataba de uno de los intelectuales más importantes de la época²², sino que también contaba con sobrada experiencia para ejercer tal dignidad al haber estado al frente de las sedes de Preaeneste, Sabina, Cádiz y Orense²³. El papa creía que el motivo de la oposición de Enrique IV estaba en que Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Oviedo y procurador del monarca de Castilla en Roma²⁴, le había sugerido que no permitiese tal nombramiento, y así se lo transmitió a su nuncio en Castilla, Antonio Jacobo de Veneris, a mediados de 1461²⁵.

Ante la negativa regia, Pío II trató de persuadir a Enrique IV, para lo cual ordenó a su nuncio Veneris que acudiera ante el rey el 3 de junio de 1461²⁶. Comenzó así una compleja y larga negociación en la que los intereses de varios sectores e instituciones entraron en juego: por una carta dirigida por Rodrigo Sánchez de Arévalo a Enrique IV el 15 de febrero de 1462, parece que tanto él, apoyado por el rey²⁷, como Antonio de Veneris aspiraban entonces a la sede de León, lo que había provocado un enfrentamiento personal entre ambos que explica los duros términos con los que el obispo de Oviedo se refería al nuncio pontificio en este escrito²⁸. Lo único claro a la altura de 1462 era que Enrique IV se negaba a que Torquemada tomase posesión de la sede de León, y, de momento, lo estaba consiguiendo. El descontento del papa por la actitud de Enrique IV, en beneficio del cual había provisto todas las otras sedes episcopales castellanas desde que accedió al pontificado²⁹, le llevaría a enviarle una dura carta ya el 1 de noviembre de 1460 en la que le recriminaba su conducta ante la vacante de León y en la que reivindicaba el derecho exclusivo del pontífice de proveer todas las iglesias del orbe³⁰; a pesar de lo cual, no dejó de atender a las súplicas regias

²² Aunque existe abundante bibliografía que aborda diversos aspectos de su vida y obra, falta un estudio de conjunto sobre la trayectoria y proyección intelectual de este cardenal. Destacamos los trabajos de IZBICKI, T. M., *Protector of the faith: Cardinal Johannes de Turrecremata*, *op. cit.*; y HERNÁNDEZ MARTÍN, R., “Juan de Torquemada...”, *op. cit.*.

²³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 461.

²⁴ Sobre Rodrigo Sánchez de Arévalo, remitimos a TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, *op. cit.*

²⁵ BELTRÁN DE HEREDIA, “Noticias y documentos para la biografía...”, *op. cit.*, pp. 365-366.

²⁶ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, *op. cit.*, vol. III, doc. 1506, pp. 425-427.

²⁷ La candidatura de Sánchez de Arévalo para León apoyada por Enrique IV también en LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, *op. cit.*, p. 74.

²⁸ AGS, SE, leg.1-1-2, fol. 128. Editada por BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, *op. cit.*, vol. I, doc. 106, pp. 693-694.

²⁹ GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad de las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, pp. 55-58.

³⁰ El documento en AZCONA, T., *Elección y reforma del episcopado*, *op. cit.*, doc. 4, pp. 316-317; y BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, *op. cit.*, vol. III, doc. 1504, p. 424. Lo comenta ARRANZ GUZMÁN, A., “La imagen del pontificado en Castilla...”, *op. cit.*, p. 738.

en otras vacantes castellanas³¹. Para complicar aún más la situación, la provisión de otra mitra, la de Orense, se vio mezclada en este conflicto.

Fray Pedro de Silva, obispo de Orense, fue trasladado de esta sede a la de Badajoz en 1461 a solicitud de Enrique IV. Así se lo explicaba el propio rey a los miembros del cabildo catedralicio de Orense en una carta fechada el 1 de mayo de 1462, en la que, además, les pedía que eligiesen como su sucesor a Juan González de Deza, arcediano de Baroncelle en aquella iglesia³². El cabildo aceptó proponerle como obispo el 15 de julio de 1462, titulándole a partir de entonces como electo de aquella sede³³. Pero la posición de Juan González de Deza no quedó asegurada, ni mucho menos, en aquel momento, pues Pío II, quizá harto de intentar imponer a Torquemada como obispo de León, procedió a nombrarle como administrador de la sede de Orense el 26 de enero de 1463³⁴. Con ello rechazaba la elección real de González de Deza y empeoraba su conflicto con el rey. Este, por su parte, siguió apoyando la elección de González de Deza, como dejó de manifiesto en una carta dirigida al cabildo de Orense el 4 de mayo de 1463, en la que agradecía a sus miembros que hubieran cumplido sus mandamientos en torno a la elección, dándoles a entender que no le placía que esa situación cambiara³⁵. El rey ya había rechazado una vez a Torquemada como obispo, y no veía motivos, de momento, para admitirle en una sede distinta.

Mientras tanto, Pío II nombró –para disgusto del obispo de Oviedo– a Antonio Jacobo de Veneris, el nuncio papal, como obispo de León. Este se había hecho durante su larga nunciatura en Castilla con la confianza de Enrique IV, por lo que podría ser un candidato adecuado para ambos poderes³⁶. Con este candidato parecía, por tanto, que la disputa por León entraba en vías de solución. Sin embargo, el 26 de enero de 1463 el papa añadió una condición para el nombramiento de Veneris como tal que volvía a enfrentarle a Enrique IV: el nuncio tendría prohibido tomar posesión de la sede de León hasta que Juan de Torquemada no hubiera sido admitido en el obispado de Orense³⁷.

³¹ Este es un fenómeno que ya fue observado y explicado por VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, op. cit., p. 474 al tratar sobre un conflicto similar entre la monarquía y el papado por la sede de Coria en la década de 1440, donde pudo comprobar cómo el papado y la monarquía trataron siempre de evitar que problemas específicos afectaran a sus indudablemente beneficiosas para ambas partes relaciones de orden superior.

³² FERNÁNDEZ ALONSO, B., “Juan González de Deza...”, op. cit., pp. 332-333.

³³ *Ibidem*, p. 334.

³⁴ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 99.

³⁵ La carta de Enrique IV en *Ibidem*, doc. 16, p. 694.

³⁶ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, op. cit., p. 205.

³⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, “Noticias y documentos para la biografía...”, op. cit., p. 368 y p. 385.

Enrique IV se mostró, como ya señalamos, contrario a la nueva candidatura del cardenal Torquemada, y continuó promoviendo la de González de Deza, razón por la que las sedes de León y Orense llegaron al año del inicio de la rebelión nobiliaria en Castilla, 1464, sin un titular plenamente reconocido y admitido.

En los primeros meses de 1464, y siguiendo la misma actitud que había mantenido a lo largo de todo su reinado, Enrique IV trató de hacer valer la candidatura de Veneris sin ceder a la condición impuesta por el pontífice. El 31 de mayo de 1464 el monarca escribió al deán y al cabildo de León para comunicarles que Pío II había otorgado el obispado de León “a mi suplicación” a Antonio de Veneris, “nuncio de su Santidad e del mi Consejo”. En tanto que las bulas necesarias para su provisión se expedían, ordenaba que le diesen la posesión de la sede, pues “el reverendo Padre es persona a mí aępta e fiable”³⁸. Al monarca se le olvidaba mencionar en esta carta que Veneris tenía prohibido acceder a León y que aquellas bulas no podrían ser expedidas hasta que cediera en torno a la titularidad de la sede de Orense. Este es el último intento por nosotros conocido de Enrique IV de intentar hacer valer su criterio en una elección episcopal contra los designios de Roma hasta que la guerra civil concluyera.

En efecto, una vez iniciada la revuelta nobiliaria en Castilla, el monarca hubo de asumir que, para poder contestar aquella eficazmente, necesitaría el apoyo de Roma³⁹. Ello le obligó a cambiar de actitud en lo referente a las elecciones episcopales, las cuales había monopolizado desde el comienzo de su reinado, y en más de una ocasión en perjuicio de los intereses pontificios⁴⁰. Este punto de inflexión se puede apreciar perfectamente en las cartas que Enrique IV envió al cabildo de León y al propio Antonio de Veneris el 28 de septiembre de 1464, el mismo día en que se publicaba aquel manifiesto en Burgos por el que sus rebeldes definían y defendían el derecho que les amparaba a resistir su gobierno⁴¹. Ese día, el rey ordenaba a los miembros del cabildo catedralicio leonés que entregaran de inmediato la posesión de la sede a Veneris. La tensión que se debía estar viviendo en aquellos momentos en la Corte se

³⁸ Transcrita en RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, pp. 348-349.

³⁹ Precisamente, en aquellos momentos el rey y sus rebeldes pugnaban en Roma por el favor pontificio en torno a la privación solicitada por el rey de su sede para el arzobispo de Sevilay por el intento regio de otorgar el maestrazgo de la poderosa Orden de Santiago a su favorito Beltrán de la Cueva. MORALES MUÑOZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, *op. cit.*, pp. 28-30.

⁴⁰ Aparte de las ya mencionadas de León y Orense, Enrique IV también resistió la elección pontificia para la sede de Jaén en 1457. GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad de las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, pp. 54-55.

⁴¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. XCVII, pp. 327-334.

puede apreciar perfectamente en este escrito, en el cual Enrique IV indicaba que había ordenado “al dicho electo que sin alguna excepción el tome la posesión de la dicha eglesia, porque non cumple a mi serviçio por algunas causas que ponga más dilación en ello”, y amenazaba a los capitulares leoneses con expulsarles del reino y embargarles todos sus bienes en el caso de que se negaran a obedecer de inmediato sus órdenes⁴².

La causa de la imperiosa necesidad de Enrique IV de solucionar el problema que suponía la continuidad de la vacante de León, se consignó por escrito en la carta que el monarca envió ese mismo día al propio nuncio Veneris. En ella le ordena, “porque agora cumple mucho a mi serviçio e paçificación de la dicha eglesia, por algunos escándalos e desinçiones que agora nuevamente ocurren en mis Reinos”, que “vos luego toméis la posesión de la dicha vuestra eglesia e seáis apoderado de los lugares della”, es decir, de los señoríos de la mesa episcopal leonesa, “para los tener a serviçio de la dicha eglesia e mío [...] e pongades buen recabdo en los lugares della, en tal manera que a mí non venga algún deserviçio”. Era, por tanto, el temor a la posibilidad de que sus rebeldes se hicieran con el control de aquella mitra y de sus bienes y recursos lo que obligaba al rey a situar rápidamente en ella a alguien de su confianza⁴³. Es interesante señalar que en esos mismos días se enviaron numerosas misivas desde la Corte a distintos puntos del reino dirigidas a reforzar el partido y causa del monarca en previsión de las acciones que sus rebeldes pudieran emprender⁴⁴. Las disposiciones del monarca en relación a la toma de posesión de la sede de León respondían a una lógica similar.

Como se ha indicado, es en esta carta dirigida al aún electo de León donde podemos observar de forma clara que Enrique IV se vio obligado a cambiar de actitud con respecto al pontífice en lo que respecta a las elecciones episcopales. Como se ha

⁴² “[...] non fagades ende al, so pena de la mi merçed de perder e que por el mesmo fecho hayades perdido la naturaleza que en mis Reinos habéis, e que non podades haber, non obtener las dignidades e temporalidades que en los dichos mis Reinos agora tenéis, nin otro alguno, e demás sed çiertos que yo vos manderé luego echar fuera de mis Reinos e embargar las dichas vuestras temporalidades e los frutos dellas”. RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, pp. 349-350. Otro ejemplar de esta carta, aunque sin día, se encuentra en AGS, SE, leg. 1-1-2, fol. 81.

⁴³ RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, p. 350. Otro ejemplar de esta carta en AGS, SE, leg. 1-1-2, fol. 80.

⁴⁴ Por ejemplo, el 21 de septiembre, el monarca ordenaba a varios concejos conquenses que se uniesen en su favor en hermandad bajo las órdenes del obispo fray Lope de Barrientos. DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, *op. cit.*, pp. 595-596; y GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, *op. cit.*, doc. CV, pp. 341-342. El 23 de septiembre se leía en Toledo una carta del rey en la que les pedía que no se uniesen a sus desleales y que se tomaran ciertas medidas en previsión de las acciones que pudieran emprender. BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV*, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 33, p. 232.

indicado, el monarca necesitaba que Veneris se posesionase de León, pero esto no podría ocurrir, según el mandato pontificio referido, hasta que el cardenal Juan de Torquemada no hubiera sido admitido como administrador de la sede de Orense. En esta carta, y tras cuatro años oponiéndose a sus candidaturas episcopales, el monarca negaba la mayor e indicaba al electo de León que si el cardenal Torquemada no había tomado posesión de la sede de Orense era porque ni él ni sus procuradores habían “curado nin curan de fazer la debida diligencia”, pues él ya había dado sus “provisiones complideras e bastantes” para que tomara posesión de la sede⁴⁵. A tenor de lo expuesto, parece que las misivas dirigidas al cabildo de Orense en favor de Juan González de Deza jamás habían existido.

Sabemos que esas provisiones de las que hablaba el rey se enviaron realmente, pues en las actas capitulares de León se conserva un registro sin data de más de veinte cartas remitidas a distintos personajes e instituciones, entre ellos cabildo de Orense, el propio González de Deza y numerosos caballeros gallegos, con ese fin. A pesar de que solo se refieren sus destinatarios y el contenido parcial de algunas cartas, por ellas resulta evidente que el monarca pretendía relegar rápidamente al arcediano de Baroncelle para entregar la sede a Torquemada. Es destacable que en la carta dirigida al conde de Santa Marta, el rey le ordenaba poner a disposición de Alfonso González de Orihuela, el capellán real al que había encomendado acudir a Orense para gestionar el recibimiento de Torquemada, a todos sus “alcaldes e caballeros”, lo cual indica que el monarca estaba ahora dispuesto a expulsar por la fuerza al arcediano de la sede si era necesario⁴⁶. Sin embargo, y a pesar de lo indicado por el rey, parece seguro que estas cartas no fueron escritas antes de septiembre de 1464, cuando don Enrique fue consciente de la necesidad de contar con el respaldo del pontífice para hacer frente a la rebelión que había estallado en sus reinos⁴⁷.

La realidad es que Enrique IV se vio obligado a cambiar de actitud y a aceptar al candidato propuesto por Roma para Orense. En consecuencia, en lo referente a las elecciones episcopales, la guerra civil comenzó en septiembre de 1464, pues a partir de

⁴⁵ RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, p. 350.

⁴⁶ La relación completa en RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, pp. 354-355; y ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, *op. cit.*, Registro 3255, pp. 411-412.

⁴⁷ En este sentido, el capellán del rey mencionado compareció ante el cabildo leonés para presentar la carta del rey dirigida a aquellos del 28 de septiembre al 7 de octubre de 1464, por lo que parece que entonces aquel debía estar partiendo a Galicia para solucionar la provisión de Torquemada. Ese dato en SANTAMARTA LUENGO, J. M., *Señorío y relaciones de poder en León*, *op. cit.*, pp. 63-64.

este momento, y exceptuando la provisión de la mitra de Córdoba a la que enseguida nos referiremos, el rey hubo de cambiar de forma radical su postura con respecto a ellas. Frente al férreo control de las mismas que mantuvo en los años previos, el monarca hubo de pasar a admitir a los candidatos pontificios, fueran o no eclesiásticos allegados a él, con el evidente fin de mantener el favor del papa durante la contienda y, como veremos, de impedir que los candidatos propuestos o impuestos por sus rebeldes se pudieran hacer con el control de las sedes vacantes en detrimento de sus intereses.

2) Las aspiraciones de la nobleza rebelde sobre las provisiones episcopales: la Sentencia Arbitral de Medina del Campo y los pactos de Segovia de 1467

Los temores del rey en torno a la intención de que sus rebeldes pretendieran intervenir en la provisión de la vacante leonesa y, presumiblemente, en la de Orense, si estas no se resolvían de forma inmediata, se encontraban perfectamente fundados, por cuanto ya desde el mismo inicio de su rebelión uno de los objetivos principales de los prelados y caballeros opuestos a Enrique IV fue el mediatizar la capacidad de acción y poder de intervención sobre las elecciones episcopales que durante los siglos bajomedievales los monarcas de Castilla habían logrado progresivamente consolidar.

En efecto, las elecciones episcopales adquirieron un protagonismo muy destacado en los primeros meses de la revuelta nobiliaria, en especial por cuanto la intervención que el rey Enrique había realizado en las vacantes acaecidas en las sedes castellanas desde su acceso al trono se convirtió en uno de los principales elementos de crítica hacia el rey y de las justificaciones para oponerse a su gobierno. Así, en el Manifiesto de Burgos del 28 de septiembre de 1464, los nobles y prelados incluyeron entre sus principales acusaciones contra el gobierno de Enrique IV el que había procurado proveer las sedes episcopales en “personas inhábiles é de poca ciencia, indotos, é algunas de ellas por prescio que rescibieron las personas que cerca de vuestra alteza están”⁴⁸.

⁴⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCVII, p. 329.

Como se ha mencionado, hemos tenido ocasión de analizar en un estudio particularizado las elecciones realizadas por Enrique IV durante la primera mitad de su reinado, justo hasta la redacción de este manifiesto, en el cual pudimos comprobar que la inmensa mayoría de los eclesiásticos que obtuvieron una mitra episcopal en ese periodo se trataban de clérigos caracterizados por contar con formación universitaria y, más relevante, por tratarse de estrechos colaboradores del monarca, *clerici regis* que habían desarrollado una destacada carrera eclesiástica de forma paralela a una de no menor envergadura dentro de los órganos burocrático-administrativos de la Corona o de la propia Casa del rey. La mayoría de ellos, además, eran de extracción social relativamente modesta, a los cuales el monarca había promocionado, en algunos casos junto a sus familias, como forma de compensar sus servicios⁴⁹. En consecuencia, consideramos que detrás de acusaciones como la expuesta contra el perfil de los eclesiásticos con los cuales el monarca había cubierto las sedes vacantes desde que en 1454 accediera al trono, y sin descartar que a título personal los rebeldes pudieran considerar indignos a los candidatos promovidos por el monarca, se encontraba, en primer lugar, una reclamación de carácter estamental, dado que esa continua promoción de servidores regios al episcopado había provocado una exclusión casi total de los hijos destinados al clero por los principales señores del reino y, también, un reforzamiento del poder del rey frente al de la nobleza a él opuesta, dado que era presumible que los eclesiásticos por el monarca promocionados al episcopado no habrían de dudar en poner al servicio de la Corona los recursos de sus mitras.

En segundo lugar, la denuncia de la incompetencia del rey a la hora de proveer las sedes episcopales respondía a un doble objetivo de los rebeldes en su oposición al rey. El primero propagandístico: si atendemos a los motivos empleados por aquellos para criticar este ámbito concreto de la actuación del monarca, la acusación de simonía y de proponer candidatos indignos para las sedes, podemos comprobar que lo que se pretendía denunciar con ello, junto con otras acusaciones de índole moral y religiosa, era que Enrique IV no estaba cumpliendo con una de sus principales funciones como monarca cristiano: velar y proteger a la fe cristiana y a su institución. Es más, estas prácticas eran consideradas como pecados para los monarcas⁵⁰ y, por tanto, vendrían a unirse a otras acusaciones contenidas ya en este mismo manifiesto (impiedad,

⁴⁹ GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad de las elecciones episcopales...”, *op. cit.*

⁵⁰ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, *op. cit.*, pp. 394-395.

maurofilia) con las que se pretendía poner en cuestión la religiosidad del rey. Estas, junto a la incompetencia regia a la hora de defender a la Iglesia castellana, se convirtieron en uno de los principales pilares en torno a los cuales los rebeldes trataron de construir la imagen de Enrique IV como un rey tirano o *inutilis*⁵¹ con la que pretendieron justificar, primero, su oposición a él y, ya a partir de junio de 1465, su deposición⁵². Resulta sumamente significativo en el sentido expresado comprobar cómo menos de un mes después de la publicación de este manifiesto, en concreto, el 25 de octubre de 1464⁵³, cuando se firmó el primero de los pactos entre el rey y sus opositores, el principal de los impulsores de la rebelión contra el rey, el marqués de Villena Juan Pacheco, tras tan encendida defensa del correcto desarrollo de las elecciones episcopales, no dudara en utilizar la promesa de la atribución de una sede episcopal como elemento de transacción en el desarrollo de estas negociaciones, en concreto, al comprometerse con el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, uno de los principales partidarios del rey, a que le sería otorgada “la mayor dignidad primera que vacare, de qué sea contento” a cambio de diversas cesiones de su partido en favor de los opositores al monarca⁵⁴.

El segundo objetivo de los rebeldes con la crítica al proceder regio en las elecciones episcopales, se encuentra muy relacionado con lo anterior: si se aceptaba que Enrique IV era incapaz ejercer de forma eficiente esta parcela concreta del gobierno de sus reinos, habría de aceptarse que otros le aconsejaran y recomendaran la dirección que sus suplicas a Roma deberían tomar. Dicho de otra manera, la “incompetencia regia” exigía un control o, si se prefiere, supervisión, por parte de los prelados y caballeros opuestos al rey de su derecho de suplicación en las provisiones de las dignidades eclesiásticas, por cuanto el “incorrecto” proceder del rey en este campo estaba afectando negativamente a la Iglesia, al reino y a su gobierno. Y, en efecto, en cuanto el monarca claudicó ante sus opositores y entró en negociaciones con los mismos con el objetivo de aplacar su rebelión, aquellos no tardaron en imponer al monarca,

⁵¹ Sobre los criterios caracterizados del rey tirano y *rex inutilis* en Castilla, remitimos a NIETO SORIA, J. M., “*Rex inutilis* y tiranía en el debate político...”, *op. cit.*

⁵² Sobre los argumentos de naturaleza religiosa con los que se trató de justificar la deposición de Enrique IV, véase NIETO SORIA, J. M., “Iglesia y crisis dinásticas...”, *op. cit.*, p. 230. En FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, *op. cit.*, pp. 55-177 se encuentran resumidos y esquematizados los principales manifiestos y argumentos nobiliarios contra el monarca en el contexto de la guerra civil.

⁵³ Un detallado comentario a este concierto en MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, *op. cit.*, pp. 39-43.

⁵⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CI, pp. 337-340, en concreto, p. 339. Un original de este documento en RAH, col. Salazar, 9/1641, carp. 33.

como una más de las normas sobre el funcionamiento institucional del gobierno que habrían de emprenderse para reconducir el “caótico” estado del reino, lo recién expuesto.

El primer texto en el que puede observarse un intento por parte de los rebeldes de regular y controlar la capacidad del rey para intervenir en las elecciones episcopales se trata del Memorial de agravios del 5 de diciembre de 1464⁵⁵, en el cual los principales miembros del bando nobiliario recopilaron aquellas cuestiones sobre las que habrían de tratar los jueces escogidos para formar parte de la comisión encargada de redactar la conocida como Sentencia Arbitral de Medina del Campo, y con la cual decían pretender poner remedio a los males del reino a través de la reorganización de todos los aspectos de su gobierno. Este documento es especialmente interesante para nosotros al aparecer signado por nada menos que dos de los tres arzobispos castellanos, el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo y el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca y Ulloa, y dos obispos, el de Osma, Pedro García de Huate o de Montoya, y el de Coria, Íñigo Manrique de Lara⁵⁶, lo que se traducen en que algunos de los más importantes miembros del episcopado castellano respaldaban las exigencias aquí presentadas al rey en relación al procedimiento que habría de seguirse para el acceso al ministerio episcopal.

En este documento se incluyó una amplia crítica hacia los eclesiásticos con los cuales el monarca había procurado cubrir las sedes vacantes durante la primera mitad de su reinado. En concreto, señalaban que:

“...es mui grand rasón e justiçia que los que han de ser proueydos de arçobispados e obispados e de dignidades pontificales e de las otras dignidades prinçipales en las iglesias catedrales sean personas discretas, ydóneas, sufiçientes, letrados e de buenas costunbres, segúnd conviene para las tales dignidades e para el seruizio de Dios e para el bien de las ánimas de los súbditos de los tales perlados, et por quanto en las más de las personas por quien vuestra altesa ha procurado e suplicado que ouiesen las dignidades e obispados que fasta aquí han vacado careçen de todas estas cosas e de las más dellas, e dello ha auido e ay muy grand escándalo en vuestro regno e es grand infamia de vuestra real persona”⁵⁷.

⁵⁵ Se encuentra en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3. Fue transcrito por FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla: la pasión por la riqueza y el poder*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2011, pp. 618-631.

⁵⁶ Junto a ellos firmaban el Almirante de Castilla, el conde de Luna, el conde de Alba y el conde de Santa Marta. Sus firmas en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 8r.

⁵⁷ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 4r.

Por todo ello pedían al rey que “por descargo de su conçeñcia quiera de aquí adelante tener otra manera” en sus súplicas, debiendo hacerlas “con acuerdo e consejo de los prelados e grandes de vuestros regnos o de la mayor parte dellos quando acaesçieren vacar dignidades e arçobispados e obispados” a favor de individuos idóneos, mirando más “en las prouisiones al seruicio de Dios e bien de las iglesias e de las ánimas de los fieles christianos que non a las afecçiones nin fauores nin inportunidades de los demandantes e procurantes [de] las tales dignidades e obispados”⁵⁸. Es decir, se proponía una reforma o regulación de gobierno por la cual el derecho de suplicación regio en las provisiones tanto episcopales como de cualquier otro beneficio eclesiástico del reino, quedaría sometido al control de los prelados y caballeros que habrían de conformar el Alto Consejo regio, el cual, obviamente, habría de estar compuesto por aquellos que se habían alzado contra el rey. No podemos incidir demasiado en ello, pero resulta verdaderamente clarificador, en relación a los objetivos de estos nobles y prelados rebeldes con estas protestas, el constatar que al menos tres de los prelados que refrendaban esas líneas no respondían, precisamente, al perfil de obispo con “buenas costumbres” que reclamaban: los obispos de Burgos⁵⁹ y de Osma⁶⁰ tenían hijos reconocidos, al igual que el arzobispo Carrillo, el cual destacó más durante su arzobispado toledano por su dedicación a las armas y a la política del reino que a las labores pastorales⁶¹.

Siguiendo lo expuesto en el Memorial de agravios, en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo (enero de 1465) los miembros de la facción nobiliaria volvieron a dejar claro su objetivo: tras criticar las elecciones realizadas por Enrique IV y marcar las

⁵⁸ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 4r

⁵⁹ Luis de Acuña tuvo dos hijos con Aldonza de Guzmán, hija de los señores de Cespedosa. En 1475 el prelado cedió a aquella unas casas que poseía en Valladolid y que habían sido de su abuela, Ginebra de Acuña, con la condición de que, a su muerte, pasaran a los hijos de ambos, Diego Osorio y Antonio de Acuña, futuro obispo de Zamora. CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, op. cit., p. 40.

⁶⁰ Tuvo, que sepamos dos hijos: Catalina de Montoya, a la que, refiriéndose como su “sobrina”, le cedió un juro de heredad de 70.000 maravedís el 3 de febrero de 1465. AGS, EMR, MyP, leg. 85, fol. 20. Años más tarde se sucedieron graves pleitos por la dote que el obispo le otorgó para su matrimonio con Diego de Mendoza, hijo del señor de Almazán, en los cuales se especifica que era en realidad hija del obispo. ARCHV, Registro de Ejecutorias, Caja 353, doc. 12; Caja 488, doc. 8; y Caja 241, doc. 18. El otro es Pedro de Montoya, señor de Rejas. DIAGO HERNANDO, M., *Estructuras de poder en Soria*, op. cit., pp. 149-150.

⁶¹ Su hijo Troilos Carrillo sería protagonista junto a él de los principales acontecimientos políticos de estos años. Véase DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo de Acuña...”, op. cit. Sobre los clérigos concubenarios, puede consultarse el trabajo de ARRANZ GUZMÁN, A., “Amores desordenados...”, op. cit.

pautas que en la selección de los candidatos debería seguir⁶², se regulaba que, “porque mejor lo sobredicho se guarde, que á su señoría plega de facer las dichas suplicaciones con acuerdo é consejo de los que al tiempo residieren en su consejo ó de la mayor parte dellos”⁶³. No obstante, Enrique IV acabó rechazando la Sentencia de Medina del Campo y, con ella, el control que trataron de alcanzar sus impulsores sobre su poder en este y otros muchos ámbitos de su actuación como rey. Sin embargo, con ello no concluyeron, ni mucho menos, las pretensiones nobiliarias: en un contexto muy similar al que acabamos de describir, en el que un Enrique IV debilitado y que temía el estallido de una guerra civil, aceptó negociar y ceder en determinados aspectos frente a sus rebeldes, la cuestión de la necesidad del sometimiento de las elecciones episcopales al control del Consejo del rey, volvería a resurgir.

En efecto, en septiembre de 1467 Enrique IV claudicó ante los rebeldes tras apoderarse estos de la ciudad de Segovia, de la reina doña Juana, de su hermanastra, la infanta Isabel, y del tesoro que guardaba en aquella ciudad. El día 23 de septiembre los miembros del bando alfonsino a los que se había entregado el rey firmaron un acuerdo entre sí por el que establecieron la composición de los Consejos de Enrique IV y del infante-rey don Alfonso y por el que se trataron de establecer unas normas a partir de las cuales se debería gobernar en adelante el reino. En dicho acuerdo volvemos a encontrar aquellas mismas pretensiones expuestas en el Memorial de agravios y en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo con respecto a las elecciones episcopales, aunque ahora ya no era necesario precederlas de una extensa crítica al papel desempeñado por Enrique IV en dichas elecciones, pues este documento, al contrario que los otros, no sería empleado propagandísticamente en ningún caso. En dicho escrito se indicaba lo siguiente:

“Iten, que las dignidades eclesiásticas e militares que vacaren, o sy algunas al presente están vacas, porque se ouiere de suplicar a nuestro muy santo padre, se terná tal forma que los dichos Reyes e los que estouieren en la gouernación con ellos supliquen a nuestro muy santo padre e prosigan el derecho e preheminencia de la corona Real de Castilla, conformemente en fauor de las personas que fuere acordado por los que estouieren en la dicha gouernación de amos

⁶² “Por quanto por parte de los dichos perlados e caballeros fue suplicado al dicho señor rey que los que oviesen de ser proveidos de arzobispados é obispados é dignidades principalmente su señoría suplicase por tales personas que fuese honestas é letrados é de buenas costumbres, é non acatase á favores nin afecciones nin importunidades de los demandantes...”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 368.

⁶³ *Ibidem*.

a dos e que non farán nin procurarán que se faga suplicaçiones diuersas nin apartadas sobre una sola vacación”⁶⁴.

Es decir, aquellos nobles y prelados designados para ocupar un asiento en los Altos Consejos de Enrique IV y don Alfonso, entre ellos los arzobispos de Sevilla y de Toledo, y “los dichos Reyes”, a los que situaban a su mismo nivel, habrían de consensuar en cada vacante en favor de quién se suplicaría aquella para realizar una única súplica a presentar al papa, el cual, debido a esta unión de los dos “reyes” y de los principales magnates laicos y eclesiásticos del reino en favor de un único candidato, difícilmente podría oponerse a ella. El 4 de octubre de 1467, en el juramento de lealtad a Enrique IV de los que iban a ser miembros de su Consejo en virtud de este pacto, se resume el contenido de este acuerdo y se vuelve a insistir brevemente en el tema. Así, prometieron al rey que le serían leales y le protegerían mientras se comprometiese, entre otras cosas, a que no “firmareys articulos, prouisiones, *suplicaçiones*, nin escripturas algunas saluo refrendadas primeramente por nosotros”, es decir, que no realizaría ningún acto de gobierno, incluido dirigir súplicas al pontífice, sino como ellos le indicaran⁶⁵.

A la hora de valorar estas medidas y reformas promovidas por los rebeldes al rey en torno a las elecciones episcopales, justificadas en todos aquellos documentos como necesarias para mejorar la gobernabilidad del reino, es importante resaltar que en ningún momento aquellos, de los que formaban parte varios relevantes prelados como el arzobispo de Toledo, defendieron o reclamaron el papel de los cabildos catedralicios o del papado en las elecciones episcopales o cuestionaron la capacidad adquirida por los reyes de Castilla para intervenir en las mismas. Y es que el objetivo de los opositores de Enrique IV no era reducir su poder en este ni en ningún otro ámbito, sino pasar a controlar o mediatizar las prerrogativas regias alcanzadas tras décadas de negociaciones y conflictos con el papado en torno a las elecciones episcopales a través de un Alto Consejo regio que estaría compuesto por ellos y bajo su mando. En este campo, como otros muchos, los prelados y caballeros opositores a Enrique IV no aspiraron tanto a minar el poder real como a mediatizarlo y compartirlo⁶⁶. A través de la cuestión

⁶⁴ AZCONA, T. de, *Juana de Castilla*, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 14, p. 359.

⁶⁵ SÁINZ RIPA. E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana*, *op. cit.*, doc. 78, pp. 285-287. La cursiva y puntuación es nuestra.

⁶⁶ Sobre las aspiraciones de mediatización por parte de la nobleza del poder regio, véase NIETO SORIA, J. M., “El «poderío real absoluto»...”, *op. cit.*, pp. 212-219; y QUINTANILLA RASO, M. C., “Discurso aristocrático...”, *op. cit.*, pp. 546-547.

concreta de las elecciones episcopales, en consecuencia, es posible observar con gran detalle en qué consistía el modelo de gobierno que aspiraron a imponer aquellos rebeldes al rey por medio de la revuelta iniciada en 1464. Por tanto, la propaganda generada durante los primeros momentos de la guerra civil contra el papel de Enrique IV en las elecciones episcopales de la primera mitad de su reinado, independientemente de que tuviera o no un reflejo en la realidad, respondió a unos objetivos políticos concretos planteados por aquella parte de la nobleza que emitió los textos donde se criticaba dicho papel del rey. El proceder del monarca en este campo concreto fue perjudicial, desde las perspectivas antes dichas, para ese sector del reino, lo cual nos permite comprender su oposición, que tendría como fin pasar a controlar este ámbito concreto del poder del monarca castellano⁶⁷.

2.1. ¿Un caso de aplicación del modelo de provisión conjunta? La vacante cordobesa de octubre de 1464

Ahora la cuestión que necesariamente debe plantearse es si el periodo comprendido entre el inicio de las negociaciones en octubre de 1464 y el rechazo por parte del rey de la Sentencia de Medina del Campo en febrero de 1465, llegó a ser aplicado el modo de proceder para cubrir las vacantes episcopales exigido por la nobleza y expresado en ese texto. En ese intervalo de tiempo únicamente se produjo una vacante episcopal: fray Gonzalo de Illescas, obispo de Córdoba y antiguo confesor de Juan II de Castilla⁶⁸, falleció justo cuando Enrique IV decidió comenzar a negociar con sus rebeldes tras la emisión del Manifiesto de Burgos, el 12 de octubre de 1464⁶⁹. El 5 de noviembre de 1464 ya encontramos como electo de Córdoba a don Pedro de Córdoba y Solier⁷⁰, hasta el momento arcediano de Castro del Río en la Iglesia de Córdoba⁷¹. Sobre cómo se llevó a cabo su elección, que no sería confirmada hasta el 14 de junio de

⁶⁷ A estas mismas conclusiones llegamos en GONZÁLEZ NIETO, D., “Propaganda y realidad...”, *op. cit.*, p. 64.

⁶⁸ Una biografía actualizada de este personaje en ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, *op. cit.*, pp. 263-271.

⁶⁹ El 8 de octubre de 1464 redactó su testamento, el día 11 realizó varios codicilos, y el 12 falleció. El testamento, codicilos y noticia de su muerte en AHN, Diversos-Colecciones, leg. 266, n. 18. En AHN, Diversos-Colecciones, leg. 222, n. 95, n. 12 también hay datos sobre la fecha de su muerte y su testamento.

⁷⁰ Se le titula como “don Pedro, electo de la dicha ciudad”, en el pacto firmado a 5 de noviembre de 1464 por los principales magnates cordobeses para mantener la paz dentro de la ciudad. Este documento en AHNOB, Fernán Núñez, C. 430, doc. 25; RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 25r-26r; un traslado con fecha errónea, dando como año 1458, en ADA, C. 233, n. 14, y un traslado contemporáneo con la fecha correcta en Archivo Ducal de Alba, C. 233, n. 13.

⁷¹ Más datos sobre este eclesiástico en SANZ SANCHO, I., *La iglesia de Córdoba*, *op. cit.*, p. 98.

1465 por el papa⁷², contamos con distintos testimonios, incluido el suyo propio, que nos proporcionan abundante información.

En primer lugar, cuando el 22 de octubre de 1465 la Universidad de Clérigos de Córdoba protestó por los actos cometidos por el señor de Aguilar y los otros alfonsinos cordobeses contra el electo don Pedro y por las presiones a las que se encontraban sometidos para enviar procuradores a Roma para solicitar la anulación de la elección de Solier como obispo, explicaban que, a la muerte de Gonzalo de Illescas, “los canónigos preuendados” de Córdoba eligieron como obispo a aquel, tras lo cual “el dicho nuestro mui Santo Padre, a instancia del sennor don Enrrique, rey que por estonzes era de Castilla e León, proueió de la dignidad pontifica de la dicha eglesia de la persona del dicho sennor electo”⁷³. La elección, por tanto, se realizó en aparente normalidad y sin injerencias: el cabildo propuso, el monarca aceptó y suplicó al pontífice su nombramiento y, tras ello, este último lo confirmó⁷⁴.

Sin embargo, contamos con un testimonio del propio obispo que nos proporciona nueva información. En concreto, el 25 de junio de 1469 el Pedro de Solier ordenó realizar una investigación sobre los bienes patrimoniales que poseía antes de acceder a la sede de Córdoba en orden a dictar su testamento. Para ello, el prelado y sus procuradores presentaron una relación de preguntas que debían realizarse a distintos testigos. Entre ellas, nos interesa la siguiente:

“Iten, sy saben, creen, vieron o oyeron desir que en el mes de otubre que pasó del anno del sennor de mill e quatroçientos e sesenta e quatro annos el dicho sennor obispo mi parte e mi sennor, seyendo arcediano de Castro en la eglesia de la dicha çibdat de Córdoua, por fyn e finamiento del reuerendo sennor don fray Gonçalo de Yllescas, obispo que fue de la dicha çibdat de Córdoua, por el deán e cabildo de la dicha eglesia fue ellegido en obispo de la dicha çibdat, e por vigor de la dicha ellección e a supplicación del rey nuestro sennor e de los caualleros de su regno, el nuestro santo padre Paulo Segundo proueó [sic] de la dicha dignidat e obispado de la dicha çibdat de Córdoua al dicho sennor obispo”⁷⁵.

Aparte de lo que ya sabíamos, el propio don Pedro de Córdoba y Solier nos informa de que su elección contó el respaldo “de los caualleros” del reino, que enviaron sus suplicasiones al papa en su favor junto a la “del rey nuestro sennor”. Una vez

⁷² EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 136.

⁷³ RAH, col. Catedrales de España, Córdoba 9/5434, fols. 359r-367r, en concreto, fol. 360r.

⁷⁴ Así lo señalan a través de esta misma fuente NIETO CUMPLIDO, M., “La elección de obispos...”, op. cit., p. 99; y HERRERA MESA, P. P., “La Universidad de Clérigos de Córdoba...”, op. cit., pp. 144-145.

⁷⁵ AHNOB, Luque, C. 77, doc. 19, fols. 5v-6r.

conocido cuál fue el procedimiento que los rebeldes trataron de establecer en el Memorial de agravios y en la Sentencia de Medina del Campo para que el rey pudiera suplicar al papa por las sedes vacantes, no puede dejarse de notar una coincidencia temporal entre la negociación de aquel y el envío conjunto por parte del rey y de “los caualleros” de súplicas en favor de don Pedro, quien, además, fue uno de los prelados seleccionados en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo para formar parte del nuevo Consejo de Justicia del rey⁷⁶. En consecuencia, todo parece apuntar a que esta súplica conjunta fue resultado de una aplicación del modelo impuesto por los rebeldes.

En favor de esta hipótesis, cabe destacar también un fragmento de la crónica de Alfonso de Palencia en el que se narran los conflictos que en el verano de 1467 existieron el obispo de Córdoba y el señor de Aguilar debido a que se sospechaba que el obispo era “amigo del partido enriqueño”. Según el cronista, dichas sospechas aumentaron “cuando empezó a susurrarse que Pedro de Velasco, *con cuyo voto y auxilio había conseguido el obispado*, seguía el mismo partido”⁷⁷. Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, era pariente de don Pedro de Córdoba y Solier, por cuanto María de Solier, madre del conde de Haro y abuela, por tanto, de aquel, era hermana de la madre del obispo de Córdoba, Beatriz de Solier⁷⁸. El cronista podía estar refiriéndose simplemente a que don Pedro de Velasco apoyó a su pariente a conseguir el obispado, pero la mención expresa a que contó con su “voto” para ello y el hecho de que Pedro de Velasco fuera uno de los jueces escogidos el 30 de noviembre de 1464 por el rey y sus opositores para redactar el proyecto de reforma del gobierno del reino que acabaría siendo conocido como la Sentencia Arbitral de Medina del Campo⁷⁹, no parecen meras coincidencias.

A tenor de lo expuesto, como mínimo debe aceptarse que el hijo del conde de Haro aprovechó su posición en el marco de aquellas negociaciones para conseguir la súplica regia y la de otros caballeros en favor de su pariente, y, por tanto, que existió una injerencia nobiliaria en esta elección. Cabría también plantear si esta elección fue una de las compensaciones otorgadas a los partidarios de Enrique IV por la claudicación

⁷⁶ Se le titulaba como electo de Córdoba. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., CIX, p. 399; y AGS, PTR, leg. 92, doc. 73, fol. 654r.

⁷⁷ La cursiva es nuestra PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 419.

⁷⁸ En el testamento del padre del obispo, el alcaide de los donceles don Martín Fernández de Córdoba, se puede observar aquella relación familiar entre Beatriz de Solier, su esposa, y María de Solier, mujer de Juan de Velasco, padre del conde de Haro. AHNOB, Luque, C. 77, doc. 39, fol. 3r.

⁷⁹ AGS, PTR, leg. 11, doc. 69.

del monarca ante sus rebeldes, pues conocemos que el papa Paulo II confirmó la elección de Solier imponiendo una pensión sobre los frutos de su mesa episcopal de 1.000 doblas de oro de la banda castellanas anuales en favor del obispo Pedro González de Mendoza mientras que este ostentara la mitra calagurritana⁸⁰, lo que parece deberse a una súplica del rey hacia el papa en favor de este último hasta que se cumpliera la promesa mencionada de proveerle de una nueva sede realizada en las negociaciones de octubre de 1464.

3) Las elecciones episcopales durante la guerra civil

Como ya se ha apuntado, podemos afirmar sin ningún género de duda que el normal desarrollo de las elecciones episcopales de los reinos de Castilla y León se vio profundamente afectado por el escenario conflictivo iniciado en aquel cadalso en las afueras de Ávila el 5 de junio de 1465. Si durante la primera mitad del reinado de Enrique IV lo que puede observarse es, en líneas generales, que fueron la monarquía y el papado los poderes que tuvieron la capacidad de decisión en las elecciones episcopales, reduciéndose, en consecuencia, los problemas que pudieran surgir en torno a las mismas a ellos, durante el conflicto civil lo que encontramos es uno de los periodos más caóticos en lo que se refiere a la provisión de las sedes episcopales en este reino. En él, Paulo II y Enrique IV se mantuvieron unidos para intentar hacer valer unas candidaturas ahora propuestas desde Roma y cuyo sentido resulta sumamente revelador en relación a la posición del pontífice en el marco conflictivo en curso.

Como acertadamente señaló Tarsicio de Azcona, una vez iniciada la guerra, en cada vacante ambos bandos en pugna por el trono procuraron que resultara escogido un obispo favorable a su causa o, al menos, evitar que aquella se resolviera en favor de un candidato propicio para la facción contraria⁸¹. Sin embargo, si bien esto se aplica a las primeras vacantes acontecidas durante la guerra y, en especial, a una provisión concreta,

⁸⁰ En 1468 Solier fue condenado al pago de esta pensión tras mantener un pleito con Mendoza por esta causa. AHNOB, Luque, C. 584, docs. 15 y 16.

⁸¹ AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., p. 78. En pp. 76-83, este autor se refirió a los principales conflictos surgidos ante las vacantes episcopales acontecidas en el periodo por nosotros analizado. Gracias a las labores de recopilación bibliográfica y documental, estamos en disposición de ampliar lo por este autor señalado.

la de Córdoba, que aún no había concluido al estallar el conflicto, pronto la inestabilidad general existente en el reino permitió que otros sectores que, hasta el momento, habían visto reducida o anulada su capacidad de influir en las elecciones, fueran capaces de intervenir e imponer su criterio en ellas, aunque fuera temporalmente. Dichos sectores, entre los que destacan unos cabildos catedralicios castellanos⁸² que, no obstante, en la mayoría de los casos se vieron amparados o mediatizados por otros en su proceder, vieron en la debilidad de la institución regia una oportunidad para intentar satisfacer sus aspiraciones sobre las vacantes. Esta multiplicación de actores y, por extensión, de candidatos a las sedes, tuvo como consecuencia la referida conflictividad en torno a las mismas en este periodo. En todo caso, la presencia de dos bandos en pugna por el trono castellano, el alfonsino y el enriqueño, y la fidelidad debida a una u otra facción por parte de los sectores implicados en las elecciones, fue la causa primigenia de unos conflictos por las sedes vacantes que, no obstante, acabarían incluso por escapar al control de aquellos. Ello puede comprobarse ya a través de la única provisión episcopal en curso cuando tuvo lugar la Farsa de Ávila, la de Córdoba.

3.1. La injerencia alfonsina en la provisión de la sede cordobesa

Como se ha indicado, a la muerte de fray Gonzalo de Illescas en octubre de 1464, Pedro de Córdoba y Solier fue elegido como nuevo obispo por su cabildo y contó con la aprobación de Enrique IV y de otros miembros de su Consejo, como su pariente Pedro de Velasco, para obtener la sede. Sin embargo, a nivel local su elección no fue tan bien vista como en la Corte. Debe tenerse presente que Pedro de Solier se trataba de uno de los miembros más relevantes de la oligarquía cordobesa y uno de los mayores protagonistas de la lucha que, desde hacía décadas, se desarrollaba entre dos bandos en Córdoba por el control de la urbe y su región: el bando de Aguilar, liderado por los señores de Aguilar, y el bando de Cabra, controlado por los condes de Cabra, al cual pertenecía el electo⁸³. Por ello, una vez que tuvo lugar su elección por parte del cabildo

⁸² Como explica VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Las elecciones episcopales en la primera mitad del siglo XV...”, *op. cit.*, p. 264 y pp. 267-268, progresivamente los cabildos catedralicios habían perdido en gran medida su autonomía y autoridad en las elecciones episcopales, siendo mediatizados por el papado y, sobre todo, por la monarquía en sus acciones.

⁸³ La lucha de bandos cordobesa ha sido estudiada en detalle por Quintanilla Raso en diversos estudios, lo que nos exime de su análisis. Puede destacarse QUINTANILLA RASO, M. C., “El dominio de las ciudades por la nobleza...”, *op. cit.*, pp. 109-123; y “Les confédérations de nobles et les *bandos* dans le Royaume de Castille au bas Moyen Âge...”, *op. cit.*, pp. 165-179. Sobre la participación del prelado en dichos bandos, véanse las páginas que al análisis de su trayectoria realiza SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV...”, *op. cit.*, pp. 635 y ss. Son fundamentales también las páginas que a este

a finales de octubre de 1464, y sin duda por cuanto eran conscientes de lo que supondría para su causa el que la mitra cordobesa y sus recursos materiales y simbólicos acabaran en manos de un cabrista, Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, y sus partidarios se alzaron en Córdoba como forma de oponerse a la elección y expulsaron al electo de la urbe⁸⁴.

La cuestión quedó a partir de entonces en suspenso, pero sin duda esta oposición local fue en gran medida la causante de que la confirmación pontificia a su elección se retrasara varios meses. No fue hasta el 14 de junio de 1465 cuando Paulo II aprobó aquella, según refiere Eubel⁸⁵. El momento exacto de su confirmación por parte del pontífice, ya tras el reconocimiento por gran parte del reino del infante Alfonso como nuevo rey de Castilla, es especialmente significativo por las implicaciones que inmediatamente tuvo en la recepción del nuevo obispo.

Al estallar la contienda civil, Pedro de Solier, junto a sus aliados del bando del conde de Cabra, se declaró partidario de Enrique IV⁸⁶, mientras que los aguilaristas hicieron lo propio en favor del bando alfonsino, al cual también atrajeron a una urbe cordobesa a la que entonces tenían sometida a su control y de la que los cabristas y el electo se encontraban expulsados⁸⁷. A pesar de ello, al recibir las bulas de provisión pontificia en agosto de 1465, don Pedro trató de tomar posesión de la sede por medio de un procurador. Sin embargo, el señor de Aguilar y los suyos se lo impidieron en nombre del infante-rey Alfonso. En efecto, según denunciaban los miembros de la Universidad de Clérigos de Córdoba el 22 de octubre de 1465, y debido a las “grandes guerras e disensiones [...] nacidas entre el dicho sennor don Enrrique e don Alfonso, su hermano” y sus partidarios, cuando el procurador del electo trató de cumplir su misión, fue

conflicto concreto dedica DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Parcialidades urbanas y pactos en torno a las elecciones...”, *op. cit.*, pp. 594-596.

⁸⁴ Así lo denunciaba el propio obispo años más tarde, en el contexto de los largos pleitos que mantendría con el de Aguilar por sus enfrentamientos particulares en los años siguientes, en concreto, el 1 de agosto de 1472: “y que era cierto que en el mismo día que fue electo dicho sennor obispo, lo robaron y asaltaron los alcazares, como también que dicho don Alfón y Pedro de Aguado [sic, Aguayo] lo hecharon de esta ciudad”. ACC, Cajón P, n. 260 (Instrumento 008-16, Cajón P, n. 260).

⁸⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 136.

⁸⁶ Sobre el posicionamiento en la guerra de los bandos cordobeses, remitimos a los estudios citados de Quintanilla Raso. En lo que respecta al obispo, se conserva una carta de Enrique IV del 17 de julio de 1465 en la que le agradecía el haberse decantado por su causa y sus servicios en favor de su causa. AHNOB, Luque, C. 77, doc. 5.

⁸⁷ Desde los disturbios acontecidos por su elección, este se refugió en Baena, señorío del conde de Cabra. Allí se encontraba el 16 de mayo de 1465, cuando, como miembro del Consejo Real y “jues diputado por espeçial carta e mandado del dicho sennor rey”, dictó sentencia en cierto pleito que se le había encomendado resolver desde la Corte. AHNOB, Baena, C. 402, doc. 50, fols. 72v-79v.

apresado junto a los canónigos de la catedral presentes a la recepción del nuevo obispo. El causante de estos agravios fue el señor de Aguilar, quien trasladó poco más tarde a los presos a su castillo de Cañete⁸⁸.

Estos actos se debían a que desde la Corte alfonsina, y muy probablemente a requerimiento de un señor de Aguilar que se había unido a su causa, se estaba tratando de conseguir en Roma la anulación de la elección como nuevo obispo de Córdoba de Pedro de Solier. Sin duda en ello también influyó el posicionamiento político del prelado en la guerra, por cuanto su elección significaba por ello un reforzamiento de la causa enriqueña a la que se había unido y de aquel sector de la oligarquía cordobesa que se oponía al dominio ejercido por el bando de Aguilar que mantenía Córdoba y su región en la fidelidad alfonsina. Se ha conservado el poder concedido por el concejo de Córdoba, sometido al señor de Aguilar, el 23 de agosto de 1465 al procurador que la urbe envió a Roma para solicitar al pontífice la “anulación e reuocación” de la elección, provisión y recepción de Solier como obispo de Córdoba⁸⁹, la cual, gracias a una protesta de la Universidad de Clérigos de Córdoba del 22 de octubre de 1465, sabemos se estaba impulsando desde la propia Corte del infante-rey⁹⁰.

Según ese poder, la razón principal en la que se amparaban los rebeldes a Enrique IV para solicitar esta anulación era que no se había respetado “la antigua costumbre e posesión” de los reyes de Castilla, en tanto que “patrón e rey e sennor tenporal”, por la que habían de ser consultados tanto para proceder a las elecciones como a las recepciones episcopales, ambas cuales debían ser realizadas “de su mandado e consentymiento e liçençia”⁹¹. Dicho de otra manera, lo que se denunciaba era que no

⁸⁸ RAH, col. Catedrales de España, Córdoba 9/5434, fols. 360r-361r.

⁸⁹ AMC, Archivo Histórico, C. 89, doc. 1.

⁹⁰ Según ellos, tras la prisión de los partidarios de electo, un “pretenso procurador en su nombre de parte del sennor dicho rey don Alfón e del conzejo de la dicha cibdad con debida instancia dis que hauía requerido e requirió a los dichos sennores de la dicha eglesia que luego sin tardanza e dilación se allegasen e arrimasen a ciertas apellación y suplicación” que iban a ser “interpuestas” ante el papa contra las “apostólicas letras e provisión concesas al dicho electo del sobredicho obispado”. RAH, col. Catedrales de España, Córdoba 9/5434, fols. 361r-v. Precisamente, esta protesta surgía de las presiones a las que los miembros de aquella institución se estaban viendo sometidos en nombre del infante-rey para que se unieran a sus apelaciones contra la confirmación pontificia del electo.

⁹¹ “Por ser todo fecho e atentado indeuidamente e en deseruiçio del rey, nuestro sennor, e en agrauio e perjuyso de su preheminiçia e dignidad real e en escándalo e dapnno e agrauio e perjuisio desta dicha çibdad e de la república della, e contra las leyes e derechos que en tal caso disponen e contra la antigua costumbre e posesión en que el dicho sennor rey está e los sennores reyes sus predeçesores e esta çibdad ha estado e está en los tales casos de ser las elecciones e resçebçiones de los obispos consultadas primeramente con el dicho sennor rey como patrón e rey e sennor tenporal, e de su mandado e consentymiento e liçençia”. Los argumentos empleados en las apelaciones debían ser más amplios y detallados, pues dicho texto continúa así: “e por todas las otras causas e rasones de nullidades e agrauios

se habían respetado las atribuciones regias en el proceso electoral de los obispos, sistematizadas legalmente a partir de las *Siete Partidas*, y por las que se aseguraba a los monarcas un protagonismo trascendental en momentos señalados de dicho proceso, siendo necesaria su intervención para que tal elección tuviera validez⁹². Debido a que la provisión pontificia de don Pedro de Solier (14 de junio) había tenido lugar tras el alzamiento al trono de don Alfonso (5 de junio), para sus partidarios era a él a quien correspondía aprobar o reconocer el nombramiento del nuevo obispo, algo que, obviamente, ni el primero hubo de solicitar por ser fiel a Enrique IV, ni el infante-rey ni los miembros de su Alto Consejo habrían concedido por ser aquel “rebelde” a su causa. Y es que, en base al texto jurídico señalado, el monarca, como defensor de las iglesias y señor natural de la tierras donde aquellas se erigieron, podía oponerse a un candidato que fuera contrario a los intereses regios y de su reino⁹³.

De esta forma, a partir de una encendida defensa de la capacidad de intervención de don Alfonso como rey de Castilla en las provisiones episcopales, se planteaba la anulación de la elección de Solier, contrario a los alfonsinos y a quienes entonces dirigían el concejo cordobés. Conviene destacar un hecho que, aunque resulte evidente, reviste gran importancia para la cuestión que nos ocupa: la solicitud de la anulación de la elección de Solier a partir de la reclamación del poder del rey de Castilla para influir en las elecciones, implica a su vez que se pretendía proceder a una nueva elección que contara con la aprobación del nuevo rey. Sin embargo, ninguna fuente hasta ahora consultada nos ha permitido conocer la identidad del candidato, del que, no obstante, no cabe duda de que habría de tratarse de un clérigo favorable a su facción alfonsina.

En los archivos cordobeses no se ha conservado otra documentación referente al desarrollo de este interesante pleito, pero sí sabemos que las apelaciones contra su elección hubieron de concluir una vez que el obispo don Pedro se unió a la causa del infante-rey don Alfonso y del señor de Aguilar, seguramente, como ya indicó Sanz

expresados e declarados en las dichas apellaçión e apellaçiones, suplicaçión e suplicaçiones que por el dicho Pero Gómes nuestro procurador en nuestro nonbre serán mostradas e presentadas e que pueda presentarse en nuestro nonbre en seguimiento de la dicha apellaçión e apellaçiones antel nuestro muy santo padre en el su sacro palacio e ante los sus auditores e otras personas e personas, e ante quien deua”. AMC, Archivo Histórico, C. 89, doc. 1.

⁹² Sobre las atribuciones reconocidas a los reyes de Castilla para intervenir en los procesos electorales y sus implicaciones, véase NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 364; AYALA MARTÍNEZ, C. de, “La política eclesiástica de Alfonso X...”, op. cit., pp. 55-56; y AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., pp. 269-273.

⁹³ Véase AYALA MARTÍNEZ, C. de, “La política eclesiástica de Alfonso X...”, op. cit., pp. 55-56.

Sancho, únicamente “con la intención de acceder a la sede”⁹⁴. Gracias a los testimonios contenidos en los pleitos que este prelado mantuvo con el señor de Aguilar en los años siguientes, sabemos que se le permitió tomar posesión a cambio de que prestara un “juramento apostólico omenaje fidelidad que primero auía hecho a el citado don Alfón, a esta ciudad y el concejo della”⁹⁵, sin duda declarando su fidelidad a la causa del infante-rey y al bando de Aguilar. No obstante, el obispo, no tardó demasiado en regresar a la militancia cabrista y enriqueña: el 12 de diciembre de 1466, Enrique IV le agradecía por medio de una carta que “dexases la vía del príncipe don Alfón, mi hermano, que en estos tienpos pasados por subjestión de algunas personas que non desean mi seruicio auíades seguido, e vos reconçiliases a mi seruicio”⁹⁶. Desde entonces don Pedro de Solier no volvería a ser cuestionado como legítimo titular de la sede cordobesa, pero mantendría duros enfrentamientos con el señor de Aguilar hasta prácticamente su muerte, en 1476⁹⁷.

Como hemos podido observar, el inicio de la guerra civil y del enfrentamiento por todo el reino de facciones rivales generó graves problemas en la provisión de una sede que ya estaba prácticamente resuelta antes de la Farsa de Ávila. No es de extrañar, por tanto, que en torno a las vacantes siguientes surgiesen multitud de conflictos, hasta tal punto que fue verdaderamente extraño que el elegido para ocupar una determinada sede no fuera contestado desde algún sector.

3.2. El control pontificio de las elecciones episcopales de diciembre de 1465

El recién expuesto caso de Córdoba sirve como muestra de que los rebeldes a Enrique IV no pretendieron renunciar o tan siquiera reducir las atribuciones que al infante-rey Alfonso le habrían de corresponder como nuevo rey de Castilla en las elecciones episcopales que tuvieran lugar en adelante, sino incluso reforzarlas para emplearlas en favor de sus propios objetivos. Ello volvería a quedar patente antes de que concluyera aquel año, cuando el fallecimiento de un obispo dio pie a la realización de varias nominaciones episcopales desde la Curia romana que se vieron gravemente afectadas por el contexto conflictivo.

⁹⁴ SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV..., *op. cit.*, pp. 636-637.

⁹⁵ ACC, Cajón P, n. 260 (Instrumento 008-16, Cajón P, n. 260).

⁹⁶ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 76. Otra en un sentido similar a 20 de diciembre de 1466 en n. 77.

⁹⁷ Remitimos a la biografía de este prelado elaborada por SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV..., *op. cit.*, pp. 365-360.

A finales de noviembre de 1465 falleció Fernando de Luján, obispo de Sigüenza⁹⁸. Todo parece indicar que el rey Enrique intentó por entonces seguir haciendo valer sus derechos y poder sobre las vacantes episcopales con el objetivo de que el pontífice otorgada dicha sede a su fiel Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y cabeza del partido que respaldaba su causa⁹⁹. Sin embargo, el monarca hubo de ceder entonces ante el pontífice, quien deseaba esta mitra para otro candidato. En efecto, ya en vida de Fernando de Luján, Paulo II había reservado la provisión de la mitra seguntina, la cual, una vez conocida la vacante, proveyó inmediatamente en el cardenal de San Lorenzo in Damaso Juan de Mella, más conocido como el cardenal de Zamora por la sede episcopal que hasta entonces había ostentado¹⁰⁰.

A pesar de su origen castellano, el cardenal se trataba de forma evidente de un candidato que respondía a los intereses pontificios, pues se trataba de uno de los curiales romanos más influyentes de mediados del siglo XV que, no obstante, había mantenido, hasta donde la documentación nos permite conocer, una relación bastante distante con Enrique IV¹⁰¹. Desde que en enero de 1423 fuera recibido como capellán pontificio y oidor de la Rota, desarrolló una magnífica carrera en la Corte romana, en la que permaneció prácticamente sin interrupción desde entonces. En su larga trayectoria al servicio de los pontífices, ejerció los cargos más relevantes de la Curia papal, como el de regente de la Cancillería Apostólica. Su elección por parte de Paulo II para ocupar la sede de Sigüenza era sin duda una forma de recompensar a un eclesiástico que había dedicado su vida a Roma, aunque no puede dejarse de destacar el hecho de que el

⁹⁸ Según VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., “El obispado de Sigüenza...”, *op. cit.*, p. 44, su muerte se produjo el 5 de noviembre de 1465. Sin embargo, MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, *op. cit.*, p. 159 transcribe un documento por el cual el 15 de noviembre de 1466 Diego López de Madrid, actuando como ejecutor y testamentario de Luján, indicaba que se acercaba el final del plazo de un año para la ejecución y cumplimiento del testamento de aquel. Por lo tanto, aquel hubo de fallecer entre el 15 de noviembre y el 7 de diciembre de 1465, fecha esta última en la que, como veremos, Juan II de Aragón envió por primera vez a Roma sus súplicas sobre la sucesión de la mitra seguntina. Teniendo en cuenta el tiempo en el que hubo de tardar en llegar la noticia del fallecimiento de Luján a la corte de Juan II de Aragón en el real sobre Amposta, consideramos que lo más probable es que el prelado muriera a finales de noviembre.

⁹⁹ Se refiere a estas gestiones del rey MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, *op. cit.*, p. 164.

¹⁰⁰ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 68; y AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, *op. cit.*, pp. 76-77.

¹⁰¹ Ya lo destacó así NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, p. 197. Aparte de algún mandato favorable a su Iglesia, no contamos con ninguna noticia referente a servicios prestados por aquel al monarca en Roma.

cardenal Mella fuera uno de los curiales que más habían respaldado el año previo su candidatura al solio pontificio, tras la muerte de Pío II¹⁰².

La imposición de Juan de Mella en Sigüenza marca el inicio de un periodo, ya atisbado en septiembre de 1464, en el que el pontífice pudo conceder a sus propios candidatos las sedes castellanas vacantes frente a un Enrique IV que, debido a su acuciante necesidad de mantener el respaldo papal por la rebelión de sus reinos, ya no fue capaz ni de oponerse a los intentos pontificios de cubrir las vacantes sin contar con su criterio ni de continuar presentando, y menos imponer, al papa candidatos del mismo perfil que predominó entre aquellos que habían sido seleccionados para ocupar las mitras vacantes durante los diez primeros años de su reinado, esto es, eclesiásticos estrechamente ligados a él mismo y a su servicio directo en su Casa y Corte. El monarca, a partir de entonces y hasta el final del conflicto, habría de aceptar los designios pontificios.

Sin embargo, y atendiendo a la identidad y perfil de los prelados que en adelante fueron escogidos por el papa, podemos afirmar que Paulo II no trató nunca de imponer como obispos a eclesiásticos que se opusieran al rey o que fueran ajenos a sus reinos. Es más, fue en este periodo cuando comenzó tímidamente a ensayarse lo que Nieto Soria definió como “una fórmula de consenso entre el monarca y el pontífice” en las elecciones episcopales¹⁰³, en base a la cual se favoreció la designación para ocupar las vacantes castellanas de eclesiásticos caracterizados por encontrarse estrechamente vinculados y al servicio tanto del rey como del papa, y que, por tanto, resultaran gratos para ambos.

Esto es lo que encontramos ya aquel 20 de diciembre de 1465, pues, aunque el papa impuso al rey la elección de Juan de Mella como obispo de Sigüenza, la sede de Zamora que entonces quedaba vacante por el traslado de aquel, fue provista en Rodrigo Sánchez de Arévalo, hasta entonces obispo de Oviedo¹⁰⁴. Como es sobradamente

¹⁰² Unas buenas síntesis sobre la trayectoria del cardenal Juan de Mella, pueden encontrarse en IZBICKY, T. M., “Notes on Late Medieval Jurists...”, *op. cit.*, pp. 49-54; BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, *op. cit.*, vol. I, pp. 499-520; FERNÁNDEZ PRIETO, E., “Mella, Juan de...”, *op. cit.*, pp. 1466-1467; GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede*, *op. cit.*, pp. 8-9; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, pp. 557-559. También se puede encontrar información relevante en ÁLVAREZ PALENZUELA, V. A., “Intervención regia en las promociones episcopales...”, *op. cit.*, pp. 601-616. El apoyo prestado por el cardenal a la elección de Paulo II, fue recogido por PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, pp. 297-298.

¹⁰³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 371.

¹⁰⁴ Su nombramiento en LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, *op. cit.*, pp. 326-327.

conocido, este prelado fue uno de los intelectuales más relevantes del siglo XV castellano, que pasó toda su vida al servicio de las dos instituciones a cuya defensa dirigió la mayor parte de su ingente producción literaria y jurídica: la monarquía y el papado. En efecto, el hasta entonces obispo de Oviedo se trataba del agente diplomático más relevante de cuantos habían servido en la Curia romana a Enrique IV¹⁰⁵, aparte de uno de los más destacados miembros de su Consejo¹⁰⁶. Sus servicios en la Curia al monarca y a su progenitor, Juan II, le permitieron entrar al servicio de varios pontífices: fue cubiculario pontificio en tiempos de Nicolás V y refrendario de Pío II. No obstante, su vínculo fue especialmente estrecho con Paulo II, de cual, según algunos autores, acabaría por convertirse en su mano derecha¹⁰⁷. Su relación, en efecto, fue excelente, de lo cual es muestra el que, poco después de ser nombrado papa, le otorgara el prestigioso cargo de alcaide del castillo de Sant'Angelo, el cual ostentó hasta su muerte¹⁰⁸. Sánchez de Arévalo, en consecuencia, era un claro candidato pontificio, pero sin duda su nombramiento para ocupar la sede de Zamora fue especialmente agradable para Enrique IV. Y es que don Rodrigo se trataba, precisamente, de uno de los embajadores y procuradores en Roma del rey a los que en julio de 1465 encomendó condenar los actos contra él cometidos por sus rebeldes, por lo cual su promoción episcopal podría ser vista como un acto del pontífice en su favor en el marco del conflicto civil castellano.

No obstante, la vacante que en la sede de Oviedo se produjo por la promoción de Rodrigo Sánchez de Arévalo, volvería a ser cubierta por el papa por un eclesiástico castellano perfectamente integrado en la Curia romana y sin lazos de servicios con el entonces rey de Castilla: Juan Díaz de Coca, deán de Burgos¹⁰⁹. Este relevante canonista y doctor en decretos, fue sobrino del obispo de Burgos Pablo García de Santa María, bajo cuyo amparo inició una relevante carrera eclesiástica que pronto le llevó a Roma,

¹⁰⁵ En 1456 se titulaba ya como “procurador del rey nuestro señor e su enbaxador en Corte romana”. ACS, C. 14, leg. 1, n. 10, fol. 2v. Nos hemos acercado a su labor diplomática en Roma al servicio de Enrique IV en GONZÁLEZ NIETO, D., “Los agentes diplomáticos en la Curia pontificia...”, *op. cit.*

¹⁰⁶ El doctor Rodrigo Sánchez de Arévalo, capellán real y miembro del Consejo, recibió una quitación de 20.000 maravedíes anuales por este oficio desde 1455 hasta 1466, año del que se conserva la última libranza de dicha quitación en su favor. AGS, QC, leg. 4, fols. 538-540.

¹⁰⁷ Así lo señalan los editores de SÁNCHEZ DE ARÉVALO, R., *Discursos al servicio de la corona de Castilla*, *op. cit.*, pp. 4-5.

¹⁰⁸ La bibliografía en la que se aborda la trayectoria de Sánchez de Arévalo o algún aspecto de la misma es muy extensa, por lo que nos limitamos a referir algunas de los trabajos más relevantes sobre el mismo: TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*; TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, *op. cit.*; y LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*, pp. 323-332. De gran utilidad es la reciente compilación bibliográfica elaborada por ARQUERO CABALLERO, G. F., “La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*, pp. 31-49.

¹⁰⁹ Su nombramiento en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, p. 10, nota al pie 17; y AZCONA, T. de, *La elección y reforma del episcopado*, *op. cit.*, pp. 78-79.

donde ostentó diversos oficios curiales desde la década de 1430. Acabaría por convertirse, en 1456, en decano del tribunal de la Rota¹¹⁰, cargo que ostentaba en el momento de su elección obispo de Oviedo y hasta 1470¹¹¹. Murió en Roma en 1477, tras haber prestado sus servicios a los pontífices durante más de cuatro décadas¹¹². Por todo ello, puede afirmarse que se trataba de un clérigo de la Curia, y no del rey. No cabe duda, por tanto, de que su promoción a Oviedo vino dada por un doble objetivo del pontífice: recompensar sus décadas del servicio a la Curia romana¹¹³ y situar a otro eclesiástico allegado a Roma en una mitra castellana. Desconocemos si en esta elección el papa contó con el respaldo de Enrique IV, pero es fácil suponer que, al igual que en el caso de Juan de Mella y como consecuencia del conflicto civil, la mejor (o única) opción para el monarca era aceptar también esta elección pontificia. En relación al grado de conformidad del rey con esta última elección, es especialmente significativo comprobar que cuatro años más tarde, una vez concluida la guerra civil, y cuando ya no se encontraba condicionado en su proceder por una acuciante necesidad de respaldo pontificio, don Enrique trató de oponerse a la promoción realizada por el papa de Juan Díaz de Coca a la sede de Calahorra, como veremos más adelante.

3.2.1. La resistencia alfonsina a la provisión pontificia de la sede de Sigüenza

La “sumisión” de Enrique IV a las disposiciones pontificias en torno a la vacante seguntina y los consiguientes nuevos nombramientos episcopales, no fue compartida en Castilla. El protonotario Diego López de Madrid, deán de Sigüenza, provisor y mano derecha del recién fallecido obispo Fernando de Luján¹¹⁴, lideró la que ha sido denominada por Nieto Soria como “numantina defensa” del cabildo catedralicio seguntino de sus derechos electorales frente a la vía de la reserva pontificia, con el fin de hacer valer la elección capitular que había sido realizada en favor del mismo deán¹¹⁵. El cronista Diego Enríquez del Castillo explica cómo Diego López, en cuyo poder

¹¹⁰ CANTERA BURGOS, F., *Alvar García de Santa María, op. cit.*, p. 61. Un breve estudio biográfico con el análisis de su testamento en esta última obra, pp. 366-378; y BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario, op. cit.*, pp. 333-338. Relevantes datos sobre su trayectoria en VILLARROEL, Ó., *El rey y la Iglesia, op. cit.*, pp. 598-599.

¹¹¹ SALONEN, K., *Papal Justice in the Late Middle Ages, op. cit.*, p. 35.

¹¹² Murió en 1477, tras haber prestado sus servicios en la curia durante 46 años BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario, op. cit.*, vol. I, Salamanca, 1966, p. 138.

¹¹³ Meses más tarde, el 21 de agosto de 1466, al condenar la inobediencia del cabildo ovetense a la elección de Díaz de Coca, el papa señalaría expresamente que la elección de este como obispo de Oviedo estuvo en buena medida motivada por su deseo de premiar sus largos años de servicio a la sede apostólica. FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas, op. cit.*, doc. 8, pp. 10-12.

¹¹⁴ Algunos datos sobre el mismo en VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia, op. cit.*, p. 644.

¹¹⁵ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis, op. cit.*, pp. 283-284.

habían quedado las fortalezas, rentas y bienes de la mitra a la muerte de Fernando de Luján, vio en la crisis del reino una oportunidad de resistir la reserva pontificia, y buscó el respaldo del partido alfonsino, en concreto, del marqués de Villena Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo. A aquellos les ofreció unirse a su causa frente a Enrique IV a cambio de que le ayudaran a conseguir el obispado, propuesta que fue rápidamente aceptada¹¹⁶.

En la aprobación alfonsina a este ofrecimiento, debe ser tenido muy en cuenta, aparte de la necesidad del bando rebelde de contar con el mayor número posible de aliados frente a Enrique IV, el que la sede seguntina, fronteriza con el reino de Aragón, era una de las más potentes de Castilla, tanto por el nivel de sus rentas como por el importante señorío temporal dependiente de ella, cuya pieza más importante era la propia ciudad episcopal de Sigüenza¹¹⁷. Además, contaba con una relevante red de fortificaciones que podría servir, en el contexto conflictivo, para reforzar en gran medida al bando que la controlara¹¹⁸. El obispo Fernando de Luján se había decantado a su favor en la guerra y puesto al servicio de la causa rebelde los recursos de su mitra¹¹⁹, y era previsible que si el papa imponía un candidato, este no les fuera favorable. En consecuencia, en su afán de mantener el control de uno de los obispados más importantes del reino castellano, debemos encontrar la razón de su apoyo a la candidatura de Diego López de Madrid.

La elección del deán como nuevo obispo debió partir del amplio partido que dentro del cabildo seguntino había ido formando en torno a sí el deán¹²⁰ desde que, al acceder a esta sede en 1449 don Fernando de Luján, le nombró como su provisor y

¹¹⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 291-292. Véase también DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Parcialidades urbanas y pactos...”, op. cit., p. 598; y MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., pp. 155-156 y 160-161.

¹¹⁷ Sobre el señorío temporal de los obispos de Sigüenza, es esencial BLÁZQUEZ GARBAJOSA, A., *El señorío episcopal de Sigüenza*, op. cit.

¹¹⁸ Aparte de la fortaleza de la ciudad, pertenecían a la mitra las fortalezas de Xuera, Peregrina, La Riva y La Torre de Saviñán. Paulo II denunciaría el 21 de agosto de 1466 y el 18 de marzo de 1467 la ocupación de estas fortalezas de la mitra por parte del usurpador don Diego López de Madrid y sus partidarios, que las estaban utilizando para evitar que sus mandatos en favor de don Juan de Mella fueran cumplidos. FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 8, p. 13 y doc. 12, p. 25.

¹¹⁹ las crónicas nos informan de que cuando a finales de 1465 el arzobispo envió a Álvaro de Luna para abastecer a sus partidarios cercados por los Enriqueños en la Torre de Aragón, le acompañó Diego Cherino, “que era capitán de don Fernando de Luxan, obispo de Çiguença, que por su mandado venia con el con çinquenta lanças”. *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 177-178.

¹²⁰ Ya destacó en su día la importancia de este partido FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., p. 68.

vicario general¹²¹, y del que formaban parte algunos de sus parientes, como su hermano Fernando López de Madrid, que ostentaba la dignidad de tesorero de Sigüenza cuando trató de hacerse con la mitra¹²². Sin embargo, no cabe duda de que el respaldo recibido de uno de los líderes concretos del partido alfonsino, el arzobispo Alfonso Carrillo, con el cual se encontraba estrechamente vinculado¹²³, fue esencial. Aparte de la ayuda que podía dispensarle en tanto que metropolitano de su diócesis, es constatable que el arzobispo, antecesor de Fernando de Luján en la mitra seguntina¹²⁴, contaba en aquellos momentos con un relevante número de criados y clientes dentro del cabildo catedralicio seguntino que hubieron de respaldar a su orden la elección de don Diego¹²⁵. Más aún, sabemos que el arzobispo intercedió ante su antiguo aliado, el rey Juan II de Aragón, para que este se sirviera de su influencia en la sede pontificia a fin de conseguir que el papa accediera a la elección de Diego López de Madrid como nuevo obispo de Sigüenza.

¹²¹ A 11 de agosto de 1449 se le titula ya como “Diego López, arcediano de Cartagena, provisor y Vicario general por nuestro señor el Obispo D. Fernando de Luxán” en las actas capitulares de Sigüenza, transcritas por YELA UTRILLA, J. F., “Documentos para la historia del Cabildo Seguntino..., *op. cit.*, p. 423.

¹²² El 30 de noviembre de 1470 Paulo II se dirigía a Juan de Aragón, administrador de la sede de Zaragoza, para que favoreciese a su nuncio y colector, Lianoro de Lianoris, para recuperar los bienes de los “íngnatos et iniquitatis filios Didacum ac Fernandum Lupi de Maiorito, fratres, ecclesie Sagustine dudum decanum et thesaurarium”, confiscados al tiempo en que fueron expulsados de Sigüenza. FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. 29, p. 57. Otros López de Madrid figuran entre los prebendados seguntinos que apoyaron la elección de don Diego y que por ello fueron condenados por el papa en las bulas que referiremos más adelante.

¹²³ Conocida es la carta consolatoria que algún personaje anónimo perteneciente al círculo literario del arzobispo de Toledo dedicó a don Diego López de Madrid cuando fue expulsado de la sede de Sigüenza. Ha sido editada en Editada en CÁTEDRA, P. M., “Creación y lectura: sobre el género consolatorio...”, *op. cit.*, pp. 53-55. En ella aquel personaje le decía a don Diego lo siguiente, que demuestra una dependencia y vínculo de este personaje con respecto a Carrillo: “Y por ty tienes vn señor a todos muy común, Arçobyspo de Toledo, que toda su facultad y su ánima pone por sus amigos, al qual çierto es deuido el nombre del buen amigo. Y de cada día se amerçendea y haze merçedes y empresta; y como vee el desnudo, luego lo viste. E porque siempre tu symiente cayó en buena tierra, reçibrás çiento por vno, avnque no lo pidas, que generalmente de todos en sus neçessidades ha compassyón. Y, por ende, a éste siempre sirue y sigue y con éste te abraça”.

¹²⁴ Sobre el episcopado seguntino de Alfonso Carrillo, véase DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo de Acuña...”, *op. cit.*, pp. 167 y ss.

¹²⁵ Por ejemplo, Fernando González, arcediano de Sigüenza, era mayordomo del arzobispo. Se le puede encontrar como tal, por ejemplo, a 4 de enero de 1464, en Almazán. AGS, EMR, MyP, leg. 47, fol. 21. Otro es Diego Gutiérrez de Villayzán, criado y familiar del arzobispo, luego su vicario general, que era chantre de Sigüenza en 1465. Estos datos en BNE, Mss. 13.074, fols. 252v-253r; ACT, Obra y fábrica, n. 1054, fol. 46v; y ACT, Libro de Actas Capitulares 1, fol. 5r. También Juan Fernández de Medina, abad de Medina en la catedral de Sigüenza, canónigo de Toledo y obrero de esta catedral, que era contador mayor del arzobispo. ACT, Obra y fábrica, n. 780, fol. 15v; y ACT, Libro de Actas Capitulares 1, fol. 15v. Un último caso a destacar es Luis de Torres, arcediano de Medinaceli en Sigüenza y canónigo de Toledo, que se encontraba al servicio del arzobispo, ejerciendo como su procurador, en estos años. ACT, Obra y fábrica, n. 1054, fol. 86r; y ACT, Libro de Actas Capitulares 1, 12r-v.

En efecto, en los registros de cancillería del Archivo de la Corona de Aragón hemos podido localizar hasta el momento un conjunto documental de veintidós cartas escritas entre el 7 de diciembre de 1465 y el 4 de mayo de 1466 por el rey de Aragón que versaban sobre la provisión episcopal de Sigüenza¹²⁶. Entre los destinatarios se encontraban el pontífice, diversos cardenales, el rey de Nápoles y los propios embajadores y procuradores del monarca aragonés en la Curia. Las razones por las que decía el rey de Aragón suplicar la sede para Diego López de Madrid fueron variando con el tiempo, pero la principal era la que el 11 de enero de 1466 transmitió a su sobrino, el rey Fernando I de Nápoles, a fin de que él también enviara sus súplicas a la Curia en favor de la elección del deán como nuevo obispo de Sigüenza: que el arzobispo Carrillo así lo deseaba. En concreto, el monarca aragonés le indicaba lo siguiente a su sobrino:

“...por el clero de la dicha yglesia es stado electo en obispo el prothonotario Diego López de Madrit, persona mucho affecta al reuerendíssimo Arçobispo de Toledo, amigo nuestro muy caro. E porque el dicho reuerendíssimo arçobispo, con el qual, por sus méritos e virtudes e mucha affectiön que siempre ha leuado e lieua a nuestro honor e stado, somos mucho obligado, tiene en esto grant voluntat, e nos por consiguiente, por su respecto, vos rogamus, quanto affectuossamente podemos, que, por amor e complacencia nuestra, queráys por vuestras letras supplicar la santedad de nuestro senyor el Papa quiera conferer el dicho obispado en persona del dicho prothonotario”¹²⁷.

De esta forma, a la altura de enero de 1466 encontramos ya a dos candidatos, respaldados por distintos poderes en pugna por la mitra seguntina: por un lado, el cardenal Juan de Mella, candidato de Paulo II, quien trataba de hacer valer la reserva pontificia sobre esta sede en favor de un eclesiástico afín a la Curia. Para ello contaba con el apoyo o consentimiento de Enrique IV, quien, a su vez, secundó la decisión de Paulo II con el fin doble de congraciarse con Roma para ganar su favor frente a sus rebeldes y de evitar que el bando alfonsino se reforzara adquiriendo el control de una de las mitras castellanas más potentes. Por el otro, el deán Diego López de Madrid, respaldado por el cabildo catedralicio seguntino, el cual trató de aprovechar la crítica coyuntura para intentar hacer valer sus derechos electorales frente a la reserva pontificia

¹²⁶ Hemos tenido ocasión de dedicar un estudio particularizado a la intervención de Juan II de Aragón a suplicación del arzobispo Carrillo en la vacante seguntina a partir del análisis detallado de aquellas cartas: GONZÁLEZ NIETO, D., “La diplomacia de Juan II de Aragón...”, *op. cit.*, pp. 109-126.

¹²⁷ La carta en ACA, RC, reg. 3446, fol. 5v.

en favor del principal de sus miembros; por los miembros del bando alfonsino¹²⁸ y en especial de Carrillo, que trataban de conservar el control de la mitra para reforzar su causa frente a los enriqueños; y por Juan II de Aragón, que se inmiscuyó en esta elección a fin de satisfacer los deseos de su estrecho aliado, el arzobispo de Toledo.

Sin embargo, y a pesar de todo el respaldo que había sido capaz de reunir, Paulo II se negó rotundamente a aceptar la candidatura de Diego López de Madrid. El 29 de enero de 1466, fecha en la que ya sin dudas debía conocer las súplicas del rey de Aragón en favor del deán, iniciadas el 7 de diciembre de 1465¹²⁹, el papa declaró inválida la elección capitular a favor de Diego López, alegando que presidiendo aún Fernando de Luján la sede seguntina, se había reservado el derecho a la provisión de la sede, por lo que al quedar vacante, pudo trasladar con todo derecho a ella a Juan de Mella. Aparte de amenazar ya con la excomunión a Diego López si se entrometía en el regimiento y administración de la sede¹³⁰, ya ese mismo día el papa nombró a Lianoro de Lianoris, canónigo de Bolonia y doctor en leyes, como su nuncio en Castilla para solucionar diversos problemas de la Iglesia de aquel reino, entre ellos, conseguir la ejecución de las bulas del 20 de diciembre de 1465 sobre la sede de Sigüenza. Para ello le otorgó poder para hacer uso de las censuras eclesiásticas contra cualquier persona que se opusiera al traslado de Juan de Mella a Sigüenza, fuera cual fuera su dignidad, estatus, grado, orden, nobleza o preeminencia, incluso si fueran arzobispos u obispos¹³¹. No cabe duda de que las interferencias contra las que se estaba preparando el papa, aparte de las del propio cabildo seguntino, eran las del arzobispo Carrillo y los alfonsinos, Juan II de Aragón y sus colaboradores, cuyas posturas a favor de un candidato que no era el pontificio ya habían quedado definidas.

El 4 de febrero de 1466, el papa se dirigió directamente a los miembros del cabildo catedralicio seguntino para requerirles, bajo pena de excomunión y entredicho y

¹²⁸ El cronista Alonso de Palencia señala en su crónica que al llegar a Castilla el nuncio apostólico Lianoro de Lianoris se encontró con dificultades para expulsar a don Diego López de Sigüenza “porque el rey Alfonso favorecía al poseedor electo”, con lo que veríamos un respaldo general de los miembros de este partido hacia este candidato. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 403.

¹²⁹ El 7 de diciembre de 1465, desde la cancellería de Juan II de Aragón en el real sobre Amposta, se redactaron cuatro cartas con destino a Roma referentes a la provisión de la vacante de Sigüenza: una carta de creencia dirigida al papa, en la que indicaba que el arzobispo de Cagliari, su procurador en Roma, trataría con él en torno a la vacante de Sigüenza; otra similar dirigida al colegio cardenalicio; y otras dos iguales para el cardenal Rodrigo Borgia y el cardenal Nicolás, presbítero de Santa Cecilia. ACA, RC, reg. 3445, fols. 158v-159r.

¹³⁰ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 4, pp. 6-7.

¹³¹ *Ibidem*, doc. 1, pp. 1-2.

de la privación de todos sus beneficios, que respaldaran al nuncio en su misión. La razón que daba el papa para intentar convencer a los capitulares seguntinos de acatar su decisión es muy significativa: consideraba que la elección de Juan de Mella era la opción más conveniente para la paz y tranquilidad no solo de la diócesis seguntina, sino del propio reino de Castilla¹³². Evidentemente, en gran medida el rechazo del pontífice a la candidatura de Diego López de Madrid se debía a que su estrecha unión al partido alfonsino serviría solo para complejizar aún más un conflicto castellano que ya por entonces, como veremos, trataba de remediar en favor de Enrique IV. Y es que, aunque no se explicita, con esta anulación el pontífice no hacía sino actuar en favor de los intereses de don Enrique, al oponerse a la elección de un eclesiástico al que respaldaban los magnates que le habían depuesto y que se había declarado en su contra en plena guerra civil. La relevancia política que había adquirido la elección seguntina es más que evidente.

El nuncio Lianoro de Lianoris no llegó a Castilla hasta mediados de 1466, entre los meses de mayo y junio de 1466, según los testimonios cronísticos¹³³. Durante los meses que restaban hasta su llegada, el proyecto de quienes apoyaban la candidatura de Diego López de que Roma cediera y aceptara su elección no se abandonó. Solo hemos podido documentar las gestiones de Juan II de Aragón, pero hemos de suponer que su móvil para intervenir en esta elección continuó siendo la solicitud de apoyo por parte de su aliado, el arzobispo de Toledo, y que, por tanto, el prelado también continuaba persistiendo en su propósito de que Diego López accediera a aquella mitra. Así, el 19 de marzo y el 6 de abril, el rey de Aragón emitió varias cartas dirigidas a alcanzar ese objetivo¹³⁴. No obstante, fue el 4 de mayo de 1466 cuando se produjo un cambio sustancial de estrategia por parte del monarca de Aragón en torno a la vacante seguntina, quizá como consecuencia del conocimiento de la pronta llegada del nuncio

¹³² Así, el papa dice que “Cognovimusque pluribus de causis ad pacem et quietem ipsius regni Castelle nullam aliam provisionem magis convenire potuisse”. Fue transcrita por MINGUELLA ARNEDO, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., doc. CLX, p. 641. Recogió esta bula de la obra de Minguella FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 5, pp. 7-8.

¹³³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 403, narra su llegada tras el ataque de los alfonsinos burgaleses a los enriqueños que habían ocupado la villa de Torresandino, que nos consta que tuvo lugar en mayo de 1466, y antes de explicar las campañas del verano de 1466. En una reunión del cabildo catedralicio de Burgos del 21 de mayo de 1466 se indicaba que el obispo de Burgos marchaba sobre Torresandino para expulsar a los enriqueños, según recoge LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., p. 226.

¹³⁴ Estas se encuentran en ACA, RC, reg. 3446, fols. 78v-79r; reg. 3447, fols. 22r-27r; y reg. 3380, fols. 12v-13v. Las detallamos en GONZÁLEZ NIETO, D., “La diplomacia de Juan II de Aragón...”, op. cit., pp. 114-117.

Lianoris a Castilla. Ese día, el rey de Aragón pasó a ordenar a sus procuradores y embajadores en la Curia que, aparte de al papa y al colegio cardenalicio, se dirigieran directamente al cardenal Juan de Mella, como él mismo hacía por una misiva, para solicitarle que renunciara al obispado de Sigüenza, prometiéndole que “no fallecerían otras dignidades de que será prouehído”, es decir, que le compensaría con otras prebendas por ello¹³⁵. Desconocemos la respuesta dada por el cardenal a su petición, pero dado que el pleito por la sede continuó, podemos suponer que rechazó sus ofrecimientos.

Aparte de para conocer la intervención de Juan II de Aragón en esta contienda, las misivas de este rey, enviadas, como se ha indicado, a suplicación del arzobispo de Toledo, nos sirven para comprobar el interés del bando rebelde porque Diego López de Madrid obtuviera la mitra de seguntina y los importantes respaldos con los que contaban tanto él como sus partidarios en el cabildo catedralicio para oponer a la reserva pontificia la elección que habían realizado. Por ello no debe extrañar que las órdenes del papa no fuesen ni bien recibidas ni aceptadas que cuando a mediados de 1466 el nuncio Lianoro de Lianoris llegó a Castilla. En efecto, el cronista Alfonso de Palencia destaca que, a pesar de que el nuncio “intimidó al electo con una carta”, se encontró con serias dificultades para alcanzar su objetivo “porque el rey Alfonso favorecía al poseedor electo”¹³⁶. Por su parte, Enríquez del Castillo nos proporciona más información sobre la rebeldía del deán y del cabildo seguntino al señalar en su crónica que “desque vinieron a tomar la posesión” del obispado “por parte del cardenal, con las bulas apostólicas, el deán no quiso obedesçer al papa, antes dixo que apelava dél y de todas sus çensuras para el futuro consilio”. Como consecuencia de esta grave ofensa y rebeldía, continúa este autor, el papa Paulo quedó “mui yndinado contra él” y “mandó pronunçiar entredicho por él”, a pesar de lo cual el deán “jamás quiso venir a obediencia, ni çiertos otros canónigos y dignidades que heran sus consortes y aliados”¹³⁷. Por todo ello, el 21

¹³⁵ Las cartas enviadas el 4 de mayo, incluida la dirigida al propio cardenal, en ACA, RC, reg. 3380, fols. 12v-13v.

¹³⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 403-404. Se equivoca, no obstante, este autor al señalar que por entonces el candidato pontificio era Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra. Entre este favor, nos consta que el 29 de junio de 1466 el infante-rey Alfonso hizo merced a la ciudad episcopal de Sigüenza de dos ferias francas de alcabala, concesión que sin duda los rebeldes otorgaron con el fin de evitar que los vasallos de la mitra se opusieran al nombramiento de don Diego como obispo y de compensarles por las censuras eclesiásticas que por mandamiento pontificio pesaban sobre ellos por aceptar a aquel personaje como prelado. La merced en MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 283.

¹³⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 292.

de agosto de 1466, Paulo II publicó una nueva bula por la que amenazaba a todos aquellos que apoyaban al electo, a quien criticaba duramente, con censuras y con la privación de sus beneficios eclesiásticos. Entre los partidarios de don Diego mencionaba expresamente a su hermano, el tesorero Fernando López de Madrid, y a Pedro López de Madrid, prior de Sigüenza, con lo que podemos observar de nuevo lo esencial que fue el partido que en torno a sí había formado el deán dentro del cabildo seguntino para mantener su candidatura¹³⁸. Como explica Enríquez del Castillo, todos ellos se negaron de nuevo a obedecer, razón por la que el papa, “vista su rrebeldía”, mandó “hazer su proçeso contra ellos”, por el cual don Diego López “y todos los de su liga fueron privados de quantos benefiçios tenían”¹³⁹.

En efecto, Diego López de Madrid, sintiéndose respaldado por la causa alfonsina, particularmente por el arzobispo Carrillo, y por nada menos que el monarca de Aragón, no estaba dispuesto a obedecer los mandatos pontificios de agosto de 1466¹⁴⁰. Tras su negativa, se inició un largo proceso en Roma que concluyó el 17 de marzo de 1467. Ese día el pontífice ratificaba y mandaba publicar una nueva sentencia contra Diego López de Madrid. En ella se volvía a informar de las resistencias de este a obedecer los mandatos apostólicos y del respaldo que le habían prestado numerosos miembros del cabildo seguntino, aún tras conocer, a partir de la bula del 21 de agosto de 1466, las severas penas en las que incurrirían si continuaban desobedeciendo los mandatos pontificios. Es más, se denunciaba que se habían atrevido a apelar contra la reserva pontificia, realizando ciertos alegatos que en Roma fueron desechados. Por todo ello fueron juzgados, y se dictó sentencia de excomunión y de privación de todos sus beneficios contra el propio Diego López de Madrid, contra su hermano, el tesorero Fernando López, y otros muchos beneficiados del cabildo seguntino, hasta el número de treinta y uno que en dicho escrito aparecen recogidos, y a los cuales el papa inhabilitaba para volver a obtener esos u otros beneficios eclesiásticos¹⁴¹. Asimismo, se dictó entredicho en todas las ciudades, pueblos y lugares que habían dado ayuda y favor al electo para resistir los mandatos pontificios, así como en cualquier otro lugar donde se

¹³⁸ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 8, pp. 10-14.

¹³⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 292.

¹⁴⁰ En BNE, Mss. 13.073, fols. 111v-112r se da noticia de otra bula a 16 de septiembre de 1466 por la que Paulo II ordenó a los de Sigüenza que recibiesen a don Juan de Mella como obispo.

¹⁴¹ El listado completo en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 11, pp. 20-21.

estableciera¹⁴². Significativamente, el papa no hizo ninguna mención expresa al respaldo que los alfonsinos y el rey de Aragón prestaban a esta insubordinación contra su autoridad.

Esta sentencia fue acompañada por tres bulas que tenían como objetivo aislar y presionar aún más a los rebeldes seguntinos: en la primera, publicada seis días antes de aprobar la sentencia, el 11 de marzo de 1467, Paulo II mandaba a su nuncio que ejecutara una orden para que fuesen entregados a Juan de Mella o a su representante, en un plazo máximo de quince días, todos los bienes que se habían usurpado a la mesa episcopal seguntina, haciendo especial referencia a sus rentas. Se establecían las máximas penas para todos los que continuaran reteniendo aquellos bienes contra los mandatos pontificios¹⁴³. Por la segunda, dada el 18 de marzo de 1467, Paulo II ordenó a su nuncio que mandase a todos aquellos miembros del cabildo seguntinos que quisieran ser fieles a los dictados pontificios que se trasladaran a otro lugar de la diócesis para continuar allí con el culto y actividades capitulares hasta que aquellas penas fuesen levantadas. También le daba poder para absolver a los alcaides de las fortalezas de la mitra y todos los vasallos de la misma que hubieran jurado fidelidad a don Diego López y que aceptaran someterse a los mandamientos pontificios¹⁴⁴. Y por la tercera, también con fecha del 18 de marzo, Paulo II solicitaba a las autoridades y habitantes del reino de Castilla que apoyaran a su nuncio contra aquellos que persistían en la usurpación de la sede seguntina frente al cardenal Juan de Mella. En concreto, y tras relatar de nuevo todo lo ocurrido hasta el momento, les pedía que, en el plazo de seis días desde que tuvieran conocimiento de sus órdenes, solicitaran a López de Madrid y al resto de canónigos rebeldes que en el plazo de otros seis días se rindieran e hicieran entrega a Lianoro de Lianoris de la sede y de todos los bienes que usurpaban. Sin embargo, tras casi año y medio de desobediencia a sus requerimientos, el pontífice había asumido que aquellas intimaciones difícilmente podrían llegar a tener algún efecto. Por ello solicitaba a dichas autoridades y habitantes del reino que hicieran uso de su poder y fuerza –“*per brachii vestri secularis potentiam*”– para expulsarles y entregar la posesión de la sede al

¹⁴² FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 11, pp. 18-23. Reseñada esta bula del 17 de marzo de 1467 en YABEN, H., *Catálogo del Archivo Catedralicio de Sigüenza*, op. cit., doc. 478, p. 78. Comentan este documento MINGUELLA ARNEDO, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., p. 165; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., pp. 70-71.

¹⁴³ Transcrita en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 10, pp. 16-17.

¹⁴⁴ *Ibidem*, doc. 12, pp. 23-26.

enviado pontificio y para cualquier otra cuestión que su nuncio les solicitara en su nombre. Todo ello a cambio de ciertas indulgencias¹⁴⁵.

Esta sentencia definitiva sí tuvo efecto, y un importante número de canónigos y beneficiados retiraron su apoyo a Diego López de Madrid y se trasladaron, siguiendo las órdenes del nuncio, de Sigüenza a Almazán, donde rindieron obediencia al pontífice y a sus mandatos y se constituyeron capitularmente. Tras ello pasaron a la villa de Atienza, controlada por los enriqueños. Allí, el 22 de julio de 1467, celebraron un cabildo al que acudió el licenciado Juan López de Medina, arcediano de Almazán en la catedral de Sigüenza¹⁴⁶, y, más relevante, uno de los procuradores de Enrique IV que en el verano de 1465 defendieron ante el papa su causa frente a los alfonsinos. Veríamos así a la facción enriqueña colaborando con el pontífice para solucionar este conflicto, dado que para los intereses de ambos era perjudicial que el alfonsino Diego López de Madrid continuara ocupando aquella sede.

Desde la sentencia, los partidarios en el cabildo de don Diego López de Madrid le fueron abandonando progresivamente ante el temor de las penas pontificias. Ya el 7 de agosto de 1467 Paulo II dictó una bula por la cual concedía poderes a su nuncio Lianoro de Lianoris y al canónigo toledano Marcos Díaz de Mondéjar, camarero pontificio, familiar del cardenal don Juan de Mella¹⁴⁷ y, seguramente, el procurador enviado a Castilla por este para tomar posesión en su nombre de la sede, para que pudieran absolver de las penas en las que habían incurrido a todos aquellos capitulares que se hubieran arrepentido de apoyar en su rebeldía a Diego López de Madrid y a los que en adelante se retractaran¹⁴⁸. El partido del antiguo deán seguntino, por tanto, se desmoronaba y cabía esperar una pronta conclusión favorable para el cardenal de Zamora. Sin embargo, Juan de Mella no llegó nunca a obtener la posesión completa del obispado: el 13 de octubre de 1467, y con Diego López de Madrid aún atrincherado en

¹⁴⁵ *Ibidem*, doc. 13, pp. 26-29. Comenta estas bulas complementarias FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 71.

¹⁴⁶ El listado de asistentes en MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, *op. cit.*, pp. 165-166.

¹⁴⁷ En junio de 1466 se encontraba junto al cardenal en su palacio de San Lorenzo in Damaso, en Roma. BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, *op. cit.*, vol. I, pp. 527-528.

¹⁴⁸ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. 23, pp. 46-50.

Sigüenza, el cardenal falleció en Roma¹⁴⁹. Con su muerte se abría una nueva fase de este conflicto que, en claro contraste con la descrita, alcanzó una rápida conclusión.

3.2.2. *La contestación a la provisión de la sede de Oviedo*

La mencionada bula papal del 21 de agosto de 1466 en la que se condenaba la actuación del cabildo seguntino, resulta sumamente relevante para nosotros por cuanto en ella el Paulo II también denunciaba que en otra de las sedes para las que en diciembre de 1465 había escogido un nuevo obispo, la de Oviedo, había surgido una resistencia a su autoridad similar a la de Sigüenza. En efecto, según explicaba el papa, tras recibir la notificación de la elección de Díaz de Coca, el deán y cabildo catedralicio de Oviedo habían procedido a elegir, en contra de su reserva, a un nuevo obispo. Este era un eclesiástico llamado Suero de Quiñones, el cual ni siquiera contaba con la edad canónica mínima para acceder a aquella alta dignidad. Por esta causa, ese 21 de agosto el pontífice anulaba dicha elección y ordenaba a Ruy García de Prendes, deán de Oviedo, a Lope González, arcediano de Villaviciosa, a Fernando González, arcediano de Babia, a Rodrigo Alfonso de León, tesorero de Oviedo, y a Diego Alfonso de Granda, arcediano de Grado, al resto de canónigos y beneficiados del cabildo ovetense y a cualquier otra persona, fuera cual fuera su nobleza, estatus, condición o preeminencia, que no tuvieran por obispo a Suero de Quiñones, que no le prestaran ayuda para continuar ocupando aquella sede o cualquiera de sus bienes y que entregaran la posesión de la misma a su candidato por medio de su nuncio Lianoro de Lianoris. En caso de que desobedecieran, les amenazaba con las más duras penas eclesiásticas y con la privación de todos los beneficios que poseyeran ahora o en adelante¹⁵⁰.

Este caso de Oviedo nos interesa por cuanto diversos factores nos hacen suponer, creemos que con bastante acierto, que esta resistencia a los mandatos pontificios se encontró, como la de Sigüenza, también estrechamente ligada al contexto conflictivo en curso. En este sentido, es harto significativo constatar que, desde el mismo momento de su elección, Juan Díaz de Coca previera que tendría problemas para tomar posesión de su sede de Oviedo. En concreto, el 5 de enero de 1466 el papa emitió un breve en su favor, titulándole ya como electo de Oviedo, por el cual le concedía

¹⁴⁹ MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, pp. 166-167; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios y la colectoría de España de 1466 a 1475”, *Anthologica Annua*, 2 (1954), p. 72.

¹⁵⁰ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 8, pp. 10-12. Se refiere al contenido de esta bula AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., pp. 78-79.

facultad para continuar percibiendo los frutos de todos los beneficios que poseía antes de ser nombrado obispo por cuanto, por ciertas causas que el papa consideraba verosímiles, tenía dudas sobre si podría tomar posesión del gobierno y administración de la sede ovetense¹⁵¹.

Consideramos que la razón de esta resistencia a la elección pontificia no debemos encontrarla, o no únicamente, en los deseos del cabildo ovetense de recuperar sus derechos perdidos a causa del centralismo pontificio y del intervencionismo regio en las elecciones episcopales, sino también en los apoyos con los que contaba el candidato capitular, Suero de Quiñones. En este sentido, y como ya sugirió Fernández Alonso¹⁵², todo parece apuntar a que el candidato se trataba del hermano homónimo de uno de los principales líderes del partido alfonsino que, además, contó en estos años con un poder prácticamente omnímodo en el Principado de Asturias: Diego Fernández de Quiñones, conde de Luna. Advertimos que no contamos con ningún documento que directamente así nos lo indique, pero existen varios indicios que apuntan en este sentido o, al menos, a que ese Suero de Quiñones se trataba de un miembro del linaje de este poderoso señor.

En primer lugar, el contexto. Es sobradamente conocido que durante la guerra civil el conde de Luna, partidario de don Alfonso, recibió poder del bando rebelde para dirigir y gobernar el Principado de Asturias en nombre del infante-rey¹⁵³, adquiriendo tal poder sobre el principado que César Álvarez ha llegado a calificarle como el “dueño” de Asturias durante estos años¹⁵⁴. Teniendo en cuenta tal grado de influencia sobre el territorio, debe admitirse la posibilidad de que albergara la intención de la sede de Oviedo fuera ocupada por alguien cercano a sus intereses y que le permitiera mediatizar la parcela de poder que en aquella región pertenecía a la mitra. En este sentido, es especialmente llamativo que el electo por el cabildo catedralicio ostente su mismo apellido de Quiñones.

En segundo lugar, el conde de Luna tenía un hermano llamado Suero de Quiñones que colaboró con él en la defensa del bando alfonsino durante la guerra civil.

¹⁵¹ AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., p. 79. Transcribe parcialmente dicho breve TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit., p. 185.

¹⁵² FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., p. 11, nota al pie 18.

¹⁵³ Ya el 29 de abril de 1465 don Alfonso, titulándose como príncipe de Castilla y heredero de don Alfonso, se dirigía a los concejos de Oviedo y de todas las otras villas y lugares “del mi principado de Asturias” para comunicarles que había mandado al conde de Luna que tomase posesión del Principado en su nombre, a quien había otorgado poderes suficientes para gobernarlos por él. AHNOB, Osuna, C. 3315, doc. 2.

¹⁵⁴ ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El Condado de Luna*, op. cit., pp. 192-204.

Así, el 28 de noviembre de 1465, desde Ávila, el infante-rey Alfonso se dirigía al conde y a “Suero de Quinrones, vuestro hermano”, para solicitarles que renunciaran y traspasaran al Principado o a la Corona todos los títulos y derechos que tuvieran sobre cualquier villa o concejo situado en aquel, condición exigida por los concejos asturianos para alzar pendones por su causa. A cambio, don Alfonso se comprometió a “faser enmienda e equiualençia a vos e al dicho vuestro hermano de otro tanto quanto es e fuere aquello que vos e él renunçiaresdes”¹⁵⁵.

Cruzando cierta documentación, es posible comprobar que este hermano del conde de Luna era clérigo: el 25 de abril de 1475 los Reyes Católicos se comprometieron con el conde a que revisarían las mercedes que él, su esposa “e vuestro hermano, el arçediano de Saldanna” recibieron “del rey don Alfón nuestro hermano”, especificándose que las recibidas por estos últimos fueron ciertos juro^s¹⁵⁶. Este arcediano de Saldaña era su hermano Suero de Quiñones, pues el 9 de febrero de 1470, en una confirmación de aquellos privilegios dada por la entonces princesa Isabel, se indicaba que el hermano del conde de Luna que había recibido mercedes de don Alfonso fue “Suero de Quinrones”, a quien le concedió un juro de heredad de 50.000 maravedíes en el principado de Asturias, “acatando los muchos e buenos e leales seruizios quel dicho conde de Luna vuestro hermano, mi merino mayor de Asturias, e vos fesistes al dicho rey don Alfón, mi hermano”¹⁵⁷. Precisamente, el 28 de marzo de 1470 figuraba como arcediano de Saldaña, en la diócesis de León, y de Ledesma, en la de Salamanca, un Suero de Quiñones¹⁵⁸, y al mismo eclesiástico encontramos ostentando aquellas dignidades en 1474¹⁵⁹ y en 1478¹⁶⁰.

Por tanto, aquel hermano del conde de Luna se trataba de un eclesiástico que durante la guerra civil colaboró con el bando alfonsino, siendo, en consecuencia, posible y, en nuestra opinión, más que probable, que fuera el mismo Suero de Quiñones que el cabildo de Oviedo escogió como obispo durante la guerra civil frente a los dictados pontificios. También apunta a que aquel Suero de Quiñones candidato al obispado y el

¹⁵⁵ AGS, CCA, Diversos de Castilla, leg. 9, n. 68, fols. 17r-v.

¹⁵⁶ AGS, RGS, leg. 1475-04-25, fol. 433/2.

¹⁵⁷ AGS, RGS, leg. 1470-02-09, fol. 12/2. Otra copia en AGS, RGS, leg. 1470-02-09, fol. 11.

¹⁵⁸ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Las iglesias nacionales de España en Roma...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 5, pp. 75-78.

¹⁵⁹ En MARTÍN MARTÍN, J. L., “El Archivo de la catedral...”, *op. cit.*, p. 40 se indica que en 1474 era arcediano de Ledesma Suero de Quiñones.

¹⁶⁰ En RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, p. 123, se menciona a “D. Suero de Quiñones, arcediano de Saldaña”, estando en cabildo en León el 18 de mayo de 1478.

hermano del conde de Luna eran el mismo individuo el que cuando el 29 de enero de 1455 se celebraron los funerales del padre del I conde de Luna, este último y sus hermanos fueran todos menores de edad¹⁶¹, coincidiendo con aquella minoría del electo que denunciaba el papa el 21 de agosto de 1466, aunque no podamos establecer con exactitud la edad concreta del hermano del conde.

En tercer lugar, debe ser tenida en cuenta la influencia de Diego Fernández de Quiñones sobre el cabildo catedralicio de Oviedo y su relación con algunos de sus miembros más destacados. A falta de un estudio que nos permita conocer en profundidad los vínculos clientelares de distintos miembros de la Iglesia ovetense con respecto al conde de Luna y el grado de intromisión de este en dicha institución¹⁶², nos consta que, al menos, Fernando González de Cuéllar, arcediano de Babia, y Ruy García de Prendes, deán de Oviedo, ambos mencionados por Paulo II en aquella bula del 21 de agosto de 1466 como rebeldes a sus mandatos, fueron colaboradores del conde de Luna en el contexto de la guerra civil. Ello lo conocemos gracias a que el 20 de enero de 1467 el infante-rey Alfonso entregó al conde 70.000 maravedíes de juro de heredad para que los repartiera entre aquellos personajes que le hubieran ayudado a someter el Principado a su causa. De aquellos, el conde concedió, el 17 de abril de 1467, 8.000 maravedíes al deán de Oviedo, especificando que se los otorgaba por haberle ayudado a tomar el mando del Principado “con vuestro buen consejo como letrado e omne discreto” y porque se esforzó en que “syn muertes e feridas se ouiesen muchas de las fortalezas e logares del dicho prinçipado que estauan rebelladas al dicho sennor rey”¹⁶³. No obstante, la merced más relevante para nosotros es la del 4 de abril de 1467, de 7.000

¹⁶¹ El dato de que a la muerte de su padre don Diego Fernández de Quiñones y sus hermanos Suero, Fernando, María, Constanza, Leonor y Mencía eran menores de edad lo aporta ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El Condado de Luna, op. cit.*, pp. 183-184. Según señala en p. 187, Diego, el mayor de los hermanos, comenzó a ser considerado como mayor de edad en 1460, pero desconocemos la edad exacta del resto.

¹⁶² Sobre el cabildo catedralicio ovetense en la etapa bajomedieval, puede verse FERNÁNDEZ CONDE, F. J., *La Iglesia de Asturias, op. cit.*; y SUÁREZ BELTRÁN, S., *El cabildo de la catedral de Oviedo*, op. cit.

¹⁶³ “...con vuestra persona e con vuestras gentes gentes [sic] viniendo a sennorear e tomar este dicho Prinçipado para el dicho sennor rey como lo tomé e sennoreé, vos juntastes connmigo a me aconpannar e ayudar con vuestro buen consejo como letrado e omne discreto en todas las cosas que vos sopistes e conosçistes en el seruicio del dicho sennor rey podía yr adelante, teniendo maneras como lo más syn dannos e costas e trabajos se fisiesen e acabasen todos los fechos del dicho sennor rey e allende desto trabajastes como syn muertes e feridas se ouiesen muchas de las fortalezas e logares del dicho prinçipado que estauan rebelladas al dicho sennor rey fasta que las yo ove en mi poder e las tengo. Asý en esto como en todas las otras cosas que vuestro juyzio sano basto me consejastes e avisastes de lo que auía de faser, tanto que con vuestro buenos consejos e auisaçiones e buenas pláticas que de vos ove e vos me distes yo acabé muchos e buenos fechos, los que pudiera ser con muchas gentes a grandes peligros non acabara”. Asimismo, señalaba que los enriqueños del Principado provocaron ciertos daños en los bienes del deán. AGS, EMR, MyP, leg. 62, fol. 142.

maravedíes de juro en favor del arcediano de Babia, por cuanto el conde de Luna explicaba que este le ayudó a apoderarse de Asturias “con su persona e *con los vasallos e tierras e concejos del obispo de Oviedo, por quanto él era prouisor en la dicha yglesia*”, destacando especialmente su colaboración en la conquista de Oviedo¹⁶⁴, ocurrida en los primeros meses de 1466¹⁶⁵. A partir del reparto de este juro, algún autor ha llegado a señalar que el cabildo catedralicio de Oviedo se unió en su mayor parte al bando del conde de Luna en la lucha que por el control del Principado mantuvo con los enriqueños asturianos durante la guerra civil¹⁶⁶, pero lo que resulta más relevante es el hecho de que los señoríos de la mitra ovetense se encontraban, a través del arcediano de Babia, al servicio del conde de Luna durante la contienda. En consecuencia, podemos concluir que Diego Fernández de Quiñones contó con al menos dos relevantes colaboradores dentro del cabildo catedralicio ovetense que bien le pudieron facilitar la elección de un candidato favorable a sus intereses, cuya toma de posesión de la sede habría de ser sumamente sencilla al tener también los bienes de la mitra a su disposición.

En último lugar, habría que destacar las ambiciones del linaje de los condes de Luna sobre los derechos, bienes y rentas de la mitra de Oviedo, razón por la que les encontramos enfrentados con los titulares de la mitra a lo largo de todo el siglo XV¹⁶⁷. Ello adquiere interés para nosotros por cuanto el situar a su hermano o a un pariente fiel al frente de aquella mitra permitiría al conde de Luna satisfacer sin oposición las pretensiones de su linaje contra los obispos de Oviedo. Además, para el conde tendría interés adquirir el control de la mitra ovetense en el contexto concreto que nos ocupa debido a que el señorío sobre la ciudad de Oviedo era compartido entre su concejo y el obispo, poseyendo este último toda una serie de facultades señoriales, dominicales y

¹⁶⁴ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 79.

¹⁶⁵ Sobre el desarrollo de las campañas militares en Asturias, remitimos a ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El Condado de Luna*, *op. cit.*

¹⁶⁶ Así lo indica GONZÁLEZ CALLE, J. A., “Luchas de bandos en Asturias...”, *op. cit.*, p. 525.

¹⁶⁷ Sobre los intereses señoriales de los Quiñones sobre las posesiones y derechos de la mitra ovetense, véase: CRESPO LÓPEZ-URRUTIA, G., “Disputas en el Principado de Asturias...”, *op. cit.*, pp. 119-148; y GARCÍA CAÑÓN, P., “Enfrentamientos interseñoriales...”, *op. cit.*, pp. 69-70. Su caso sería similar al de Pedro Álvarez de Osorio, conde de Lemos, cuyos intereses señoriales se extendían por los obispados de Orense y Lugo. Por esta razón a finales de 1469 trató de imponer a su hermano, fray Alonso Enríquez, en la mitra de Orense, aunque no acabaría teniendo éxito. No obstante, unos años más tarde, y tras años de enfrentamientos con el conde de Trastámara, marqués de Astorga, por el control del obispado lucense, logró imponer a aquel hermano al frente de la mitra lucense. Hemos tenido ocasión de analizar esos conflictos en GONZÁLEZ NIETO, D., “La Iglesia castellana ante las guerras interseñoriales...”, *op. cit.*, en especial, pp. 141-142.

jurisdiccionales sobre aquella urbe¹⁶⁸ que podrían servirle para afianzar aún más el dominio sobre la ciudad que aspiraba alcanzar en este mismo contexto.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto, nos parece bastante probable que el candidato presentado por el cabildo catedralicio de Oviedo, y que logró impedir al elegido por el pontífice acceder a aquella sede durante más de dos años, se tratara del hermano del conde de Luna también llamado Suero de Quiñones, más tarde arcediano de Saldaña y de Ledesma, logrando de esta manera imponer el señor que controlaba la ciudad y el Principado a un candidato favorable a sus intereses al frente de la mitra durante aquel periodo en el que ejerció un dominio absoluto sobre el territorio asturiano. En el caso de que no se tratara realmente del hermano del conde de Luna, la coincidencia de apellido entre el electo y el conde y la presencia de colaboradores del de Luna en el cabildo catedralicio, parecen asegurar, al menos, que se trataba de un miembro del linaje de Quiñones o alguien a él acepto que el conde logró imponer como forma de incrementar su dominio sobre Oviedo. Dada la militancia alfonsina del conde de Luna y de algunos destacados miembros del cabildo catedralicio ovetense, cabe pensar que el bando rebelde les prestara algún tipo de ayuda o respaldo, tal y como ocurrió en Sigüenza.

Es poco lo que sabemos del desarrollo y conclusión de este conflicto. No fue hasta el 11 de abril de 1468 cuando Juan Díaz de Coca pudo tomar posesión de la mitra de Oviedo, según se indicaba en las actas capitulares de aquella Iglesia¹⁶⁹. No obstante, ese mismo año el papa hubo de ordenar a los canónigos y otras personas que ocupaban injustamente los bienes de la mitra episcopal ovetense que se los devolvieran a Díaz de Coca¹⁷⁰, lo que indica que su posición no era segura. Probablemente, y al igual que en el caso de Sigüenza, las condenas pontificias continuaron sucediéndose desde el verano de 1466 mientras no se acataron las órdenes de Paulo II. Sabemos que el nuncio papal Lianoro de Lianoris hubo de intervenir o, al menos, influir para que fuera aceptada la elección de Díaz de Coca, pues cuando en 1476 hubo de justificar ante una comisión pontificia sus actuaciones mientras fue nuncio en Castilla, indicó que una de las misiones que le confió Paulo II y que cumplió con éxito fue obtener la provisión de la

¹⁶⁸ Fundamental para esta cuestión RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. I. y BELTRÁN SUÁREZ, S., “Los orígenes del poder episcopal...”, *op. cit.*, pp. 65-90.

¹⁶⁹ Aporta este dato FLÓREZ, E. *España Sagrada. Tomo 39, op. cit.*, p. 68.

¹⁷⁰ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 66.

sede de Oviedo¹⁷¹. En todo caso, fue verdaderamente breve el periodo durante el que Díaz de Coca permaneció al frente de la mitra ovetense, muy probablemente a causa de los enfrentamientos mantenidos con el cabildo y sus aliados durante aquellos años. El 20 de octubre de 1469 era trasladado a Oviedo desde Ciudad Rodrigo fray Alfonso de Palenzuela, estrecho colaborador de Enrique IV, al tiempo que Díaz de Coca era nombrado obispo de Calahorra¹⁷². Desconocemos si desde Oviedo aquellos mismos poderes eclesiásticos y civiles que se opusieron al anterior candidato intentaron impedir que el hasta entonces obispo de Ciudad Rodrigo accediera a su nueva sede, pero es significativo que se tomaran determinadas precauciones para mitigar los perjuicios que pudiera sufrir el nuevo prelado en el caso de que así fuera: el 29 de octubre de 1469 Paulo II emitió una bula por la cual ordenaba que fray Alfonso de Palenzuela continuara percibiendo las rentas de la mesa episcopal de Ciudad Rodrigo hasta que pudiera tomar posesión pacífica de la sede ovetense¹⁷³.

En conclusión, en el caso de Oviedo nos encontramos, al menos, con un intento del cabildo ovetense de hacer valer sus derechos electorales frente al centralismo pontificio que triunfó temporalmente gracias a la crisis que se vivía en Castilla, aunque, sin embargo, con casi total seguridad tal intento se encontró mediatizado por la intervención del noble alfonsino más poderoso de la región para imponer en la mitra a un candidato favorable a sus intereses en colaboración con destacados miembros del cabildo catedralicio de Oviedo.

3.2.3. *La aceptación de la provisión de la sede de Zamora*

En lo que respecta a la última elección episcopal promovida por el papa en diciembre de 1465, la de Rodrigo Sánchez de Arévalo al obispado de Zamora, y al contrario de lo que ocurrió en los casos de Sigüenza y Oviedo, no parece que existiera oposición a los dictados pontificios. No obstante, y a la vista de lo sucedido en las otras dos sedes, en Roma sí existió el temor de que también aquí surgieran resistencias por

¹⁷¹ En su defensa decía el nuncio: “Misit autem me illa sancta memoria etiam renitentem prima et ultima vice tandem pro executione quatuor provisionum apostolicarum in Hispania que impediabatur, videlicet, Calagurritan, Oveten, Civitante. et Tuden., quam omnium denique assecutus sum”. FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 4, pp. 114-122, en concreto, p. 114.

¹⁷² MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. IV, p. 390; y EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 209.

¹⁷³ MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. XI, pp. 392-394. Da noticia de esta bula también FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Las iglesias nacionales de España...”, *op. cit.*, p. 26.

parte del cabildo catedralicio hacia el candidato pontificio para la sede. En previsión de aquello, cuando el 21 de agosto de 1466 el papa emitió aquella bula por la que anulaba las elecciones capitulares de Diego López de Madrid y Suero de Quiñones, Paulo II se dirigió también a las dignidades, canónigos y beneficiados de Zamora para ordenarles, bajo las más severas penas, que no intentaran realizar ninguna elección o postulación contraria a la suya para la sede. Es más, el pontífice amenazó también con aquellas penas a los habitantes de la ciudad de Zamora y a cualquier otra persona que prestaran consejo, ayuda o favor a quien intentara ocupar la mitra o los frutos de la mesa episcopal que habrían de pertenecer a Sánchez de Arévalo¹⁷⁴.

Pero, como decíamos, no parece que Rodrigo Sánchez de Arévalo tuviera grandes problemas para ocupar desde Roma esta mitra hasta que fue trasladado a Calahorra: nos consta que el 24 de julio de 1467 Álvaro de Vargas ejercía como su vicario en Zamora¹⁷⁵. Aparte de circunstancias propias del cabildo de Zamora desconocidas para nosotros que pudieron llevar a sus miembros a actuar de forma distinta a la de los de Sigüenza y Oviedo ante esta elección pontificia, creemos que en ello influyó un factor fundamental, y es que la ciudad de Zamora, al contrario que Sigüenza y Oviedo, permaneció fiel a Enrique IV durante la guerra civil¹⁷⁶, pareciendo probable que el monarca pudiera servirse de su autoridad sobre la ciudad para que Sánchez de Arévalo, candidato afecto tanto al papa como a él mismo, fuera admitido sin contradicción, lo cual no podía hacer en aquellas otras dos sedes que escapaban a su control y donde distintos magnates del bando alfonsino ejercían su dominio sin obstáculo o límite alguno. Precisamente, sabemos que el rey contó durante la guerra con importantes valedores dentro del cabildo catedralicio de Zamora. Nos referimos, en concreto, al chantre Gonzalo de Valencia, quien pertenecía a una de las familias más destacadas de la oligarquía zamorana, los Valencia¹⁷⁷. Este era hermano del mariscal Diego de Valencia, alcaide por Enrique IV del alcázar de Zamora¹⁷⁸, quien durante la guerra civil se ocupó de mantener esta ciudad en la obediencia enriqueña desde su

¹⁷⁴ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 8, p. 12.

¹⁷⁵ LERA MAÍLLO, J. C. de, *Catálogo de los documentos medievales de la Catedral de Zamora*, op. cit., doc. 1475, p. 462.

¹⁷⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. II, p. 310 y pp. 341-344; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., Alfonso de Ávila, op. cit., p. 124.

¹⁷⁷ Sobre la genealogía del chantre, véase FERNÁNDEZ-PRIETO DOMINGUEZ LOSADA, E., *Nobleza de Zamora*, op. cit., pp. 880-882.

¹⁷⁸ Como tal le titulaba Enrique IV el 10 de julio de 1465, al concederle un juro de heredad de 148.000 maravedíes por sus servicios. El 6 de septiembre de 1465 le concedió otro de 40.000 maravedíes AGS, EMR, MyP, leg. 114, fol. 60.

preeminente lugar en el gobierno de la urbe¹⁷⁹. Junto a su hermano y el hijo de este, el también mariscal y regidor Alfonso de Valencia, el propio chantre era uno de los principales protagonistas de la vida política de esta ciudad: no solo asistía con frecuencia a las reuniones del concejo junto a su hermano y su sobrino, sino que, en repetidas ocasiones, figura entre los miembros del grupo dirigente urbano¹⁸⁰. Por sus servicios y fidelidad, el 30 de junio de 1465 Enrique IV concedió a don Gonzalo un juro de heredad de 30.000 maravedíes¹⁸¹. En consecuencia, muy probablemente en Zamora no existió contestación a la elección de Sánchez de Arévalo por tratarse este último de uno de los más importantes valedores del monarca al que aquella ciudad y su cabildo catedralicio también servían.

3.2.4. *El conflicto por la provisión de la sede de Orense*

Dentro de estas elecciones auspiciadas por el pontífice en los momentos finales de 1465-comienzos de 1466, debe ser incluido el atípico caso de la sede de Orense. Como señalamos anteriormente, en septiembre de 1464 Enrique IV, tras años de oposición a que el cardenal Juan de Torquemada obtuviera una sede episcopal en sus reinos, hubo de ceder ante el papa y emitir las órdenes pertinentes para que su candidato al obispado de Orense, el arcediano de Baroncelle Juan González de Deza, desistiera de su intención de obtener la sede en favor de aquel. Sin embargo, y a pesar de los mandatos del rey, el arcediano no renunció a sus pretensiones: ya el 5 de diciembre de 1464¹⁸², y el 16 de enero de 1465, en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, los rebeldes a Enrique IV exigieron de nuevo que se hiciera entregar la sede de Orense al cardenal Torquemada, pues el arcediano de Baroncelle persistía en su ocupación¹⁸³. La implicación de los rebeldes a Enrique IV en la provisión de la mitra auriense muy

¹⁷⁹ El 8 de febrero de 1466 don Enrique escribía a su corregidor en Zamora, Alfonso de Zayas, para que se uniera con el mariscal Diego de Valencia y con Juan de Porras para mantener aquella urbe en su servicio. Carta transcrita en FERNÁNDEZ DURO, C., *Memorias históricas de la ciudad de Zamora*, op. cit., p. 372. Sobre la inserción de los Valencia en la oligarquía zamorana, véase LADERO QUESADA, M. F., *La ciudad de Zamora en la época de los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 150-152.

¹⁸⁰ LADERO QUESADA, M. F., “Aproximación al proceso de formación...”, op. cit., pp. 256-257.

¹⁸¹ AGS, EMR, MyP, leg. 114, fol. 62.

¹⁸² AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 4r.

¹⁸³ En la Sentencia de Medina, en concreto, se indicaba lo siguiente: “Acerca de la egleſia é cibdad de Orenſe, la qual perteneſce al Cardenal de ſan Siſto é la tiene ocupada el arcediano de Baroncelle é otras perſonas que para ello le dan favor, declaramos é mandamos ſo las dichas penas que la dicha cibdad é egleſia en el dicho tiempo [de veinte días] ſea entregada é dada al dicho Cardenal ó á ſus oficiales que ſu poder ovieren, é les ſean pagados los frutos é rentas que della é de ſus logares é poſeſiones le ſon tomados é ocupados. É declaramos que el dicho ſeñor Rey ſiéndole demostradas las bullas que el dicho Cardenal tiene del Santo Padre ó qualquier proceſo por virtud dellas fecho, dé las cartas é provisiones é todo favor é ayuda que para eſecucion dello fuere menester”. *Memorias de Don Enrique IV de Caſtilla*, op. cit., doc. CIX, p. 369.

probablemente se encontró motivada por la favorable actitud que el cardenal mostró a su causa cuando, en los meses previos, el cronista Alfonso de Palencia, procurador de los opositores al rey en la Curia, acudió ante él a presentarle el manifiesto redactado en Burgos (28-IX-1464) contra Enrique IV, en contraste con el rechazo que a sus pretensiones mostraron los otros cardenales castellanos, don Juan de Mella y don Juan de Carvajal¹⁸⁴. La actitud del cardenal Torquemada ante el rey no debe extrañar si se tiene en cuenta la férrea oposición regia para que accediera a las sedes de León y Orense que Pío II le trató de otorgar, oposición que sin duda debía ocultar una tensa o, al menos, no positiva relación entre el rey y el cardenal, cuyas circunstancias concretas se nos escapan¹⁸⁵. Por tanto, la inclusión entre sus exigencias al rey esta favorable al cardenal, sin duda tenía como fin ganar definitivamente su favor contra Enrique IV.

Pero, como ya se ha indicado, el arcediano de Baroncelle logró mantenerse al frente de la sede auriense como electo por el cabildo a pesar de la oposición de Roma, del bando rebelde y de la pérdida del respaldo de Enrique IV para su candidatura¹⁸⁶. Para comprender tanto su éxito en su resistencia al frente de la mitra como su propia candidatura a la misma, es imprescindible tener presente, como ya pudo estudiar López Carreira, que el arcediano de Baroncelle se trataba de un destacado miembro de la oligarquía auriense, con importantes vínculo con tanto con el cabildo catedralicio como con la hidalguía y burguesía de la ciudad, que adquirió un gran protagonismo en la vida política de la urbe en los años centrales del siglo XV y, en especial, en la resistencia al señorío episcopal sobre la ciudad durante el pontificado de fray Pedro de Silva¹⁸⁷. De esta forma, González de Deza se encontró en condiciones de continuar impidiendo al cardenal Torquemada acceder a esta sede. Así, nos consta que en 1465 el cardenal Torquemada denunció que habiendo enviado a Fernando de Salamanca, su familiar, a Castilla para gestionar el cobro de los frutos que de algunos de sus beneficios se le

¹⁸⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 299.

¹⁸⁵ Ya NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, op. cit., p. 205 señaló que el cardenal no “debía profesar mucho aprecio” por Enrique IV a partir de la opinión favorable que Alonso de Palencia muestra en su crónica sobre este cardenal, en contraste con las críticas que lanza contra los otros cardenales castellanos que se inclinaron por el rey castellano. En todo caso, y como señala también el mencionado autor en p. 197, la relación de Torquemada con Enrique IV fue prácticamente nula, pudiéndose comprender así que el monarca prefiriese que aquellas sedes fueran otorgadas a eclesiásticos cercano o dependientes de la Corona antes que al cardenal.

¹⁸⁶ El 3 de abril de 1465 titulaba como “don Juan Gonçalves de Deça, eleito da dita igreja” y realizaba ciertos actos como tal. FERRO COUSELO, X., *A vida e a fala dos devanceiros*, op. cit., doc. 85, pp. 148-149.

¹⁸⁷ LÓPEZ CARREIRA, A., *A cidade de Ourense*, op. cit., p. 321, pp. 323-324, p. 463, pp. 480-483. En esta obra pueden encontrarse múltiples datos sobre el mismo.

adeudaban, ciertos personajes, entre ellos don Juan González de Deza, “qui ecclesiam Auriem. occupabat et occupat”, le asaltaron y le arrebataron las 800 doblas de oro que había cobrado en su nombre¹⁸⁸.

A causa de esta resistencia presentada en Orense a la designación de un ya anciano Torquemada y de todos los problemas que para el cardenal se estaban derivando de la misma, en septiembre de 1465 se decidió en Roma retirar su candidatura. Sin embargo, Paulo II no renunció a situar en Orense a un eclesiástico cercano y fiel a la Curia romana. El nuevo candidato del papa sería precisamente el mismo eclesiástico que Torquemada escogió como su provisor y vicario cuando fue nombrado administrador de la sede: Alfonso López de Valladolid, deán de Orense, recibió el 25 de septiembre de 1465 la mitra orensana por resignación de Torquemada¹⁸⁹, tras la oportuna reserva pontificia¹⁹⁰.

Don Alfonso López de Valladolid, había desarrollado una magnífica carrera eclesiástica que le llevó a ser, entre otras dignidades y cargos, deán de Orense y arcediano de Salnés en la Iglesia de Santiago¹⁹¹. Los primeros datos que encontramos de él datan década de 1430, cuando se encontraba al servicio del arzobispo de Santiago Lope de Mendoza, de quien, como bachiller en física que era, fue médico, al igual que de Juan II de Castilla: figura como físico del rey entre 1440 y 1453, al tiempo que era maestrescuela de Santiago¹⁹². Sus servicios al arzobispo y al rey le debieron servir para entrar en contacto con la Curia romana: el 30 de julio de 1445 Eugenio IV le nombró secretario o notario apostólico y capellán pontificio¹⁹³. En Roma hubo de entrar al servicio de don Juan de Torquemada¹⁹⁴, pues durante estos años ejerció como su procurador para la administración del monasterio de Antealtares, que estaba bajo la

¹⁸⁸ BELTRÁN DE HEREDIA, V., “Noticias y documentos para la biografía...”, *op. cit.*, pp. 362-363.

¹⁸⁹ Para compensar al cardenal Torquemada, aquel día el pontífice le confirió distintos beneficios que vacaban por la promoción a Orense de López de Valladolid al cardenal, aparte del deanato de Orense que aquel ostentaba y una pensión en su favor sobre las rentas de la mesa episcopal de aquella Iglesia de quinientos ducados anuales. *Ibidem*, p. 386.

¹⁹⁰ *Ibidem*, doc. 38, p. 386.

¹⁹¹ LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa Apostólica y Metropolitana Iglesia de Santiago*, *op. cit.*, pp. pp. 140-141.

¹⁹² Sobre estas ocupaciones, véase la biografía que sobre don Alfonso López realizó AMANUSO, M. V., *Contribución al estudio del fenómeno epidémico*, *op. cit.*, pp. 31-37, fundamentalmente centrada en su actividad durante la década de los cuarenta del siglo XV.

¹⁹³ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, X. M., “El Tumbo D de la Catedral de Santiago...”, *op. cit.*, doc. 147, pp. 75-76. En doc. 148, p. 76, a 25 de febrero de 1446, se le vuelve a mencionar como capellán y notario apostólico.

¹⁹⁴ Sobre su vínculo con el cardenal Torquemada también habla LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa Apostólica y Metropolitana Iglesia de Santiago*, *op. cit.*, pp. 140-141, quien también recoge otros datos biográficos de interés del prelado.

supervisión directa del cardenal¹⁹⁵. Puede observarse, por tanto, que contaba con un perfil similar al del resto de candidatos pontificios seleccionados para ocupar las vacantes castellanas en el periodo de la guerra civil: eclesiástico preferentemente vinculado a la Curia pero no por ello ajeno a la monarquía castellana, aunque no nos consta ningún tipo de vinculación del mismo con Enrique IV. Asimismo, su cercanía al cardenal Torquemada sin duda influyó en gran medida en su nombramiento para sustituirle.

Habría que valorar hasta qué punto influyó la resistencia de Enrique IV a que Torquemada obtuviera la mitra en que se retirara finalmente su candidatura, pues quizá el pontífice cambió de parecer y promovió a López de Valladolid con el fin de contar con un mayor respaldo regio a su nombramiento. Por otro lado, que el que hubiera ostentado hasta la fecha el deanato de Orense, le podía hacer un candidato más aceptable para el cabildo y concejo de aquella urbe que el cardenal Torquemada, quien, a pesar de haber sido obispo de Orense por un breve espacio de tiempo (1442-1445)¹⁹⁶, se encontraba ya completamente desvinculado de aquella sede. Fuera cual fuera la razón, en enero de 1466 el papa tuvo finalmente éxito, pues Juan González de Deza fue expulsado de la ciudad: el día 31 de ese mes, y titulándose ya únicamente como arcediano de Baroncelle, indicaba que el conde de Lemos “le enbiara mandar que se absentase desta çibdade disiendo que estava escomulgado e entredito”, sin duda por las condenas pontificias contra él dictadas por el debate del obispado, razón por la que tenía que abandonar la urbe¹⁹⁷. Cabe la posibilidad de que el conde de Lemos actuara siguiendo las órdenes de Enrique IV, pues fue uno de los magnates a los que en septiembre de 1464 el rey ordenó colaborar con su capellán para conseguir que el cardenal Torquemada fuera admitido en Orense¹⁹⁸, pero no contamos con pruebas de que esta acción, un año y medio después, respondiera a ello. No obstante, la pérdida del favor regio seguramente influyó en no poca medida en que González de Deza se viera obligado a desistir.

De esta forma el nuevo obispo y candidato pontificio pudo acudir a la ciudad para tomar posesión de su sede: el 11 de julio de 1466 ya López de Valladolid ya estaba

¹⁹⁵ Así puede verse en LUCAS ÁLVAREZ, M. *El Archivo del Monasterio de San Martiño*, op. cit., docs. 330, 331, 332, pp. 598-599.

¹⁹⁶ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 461.

¹⁹⁷ Documento transcrito en LÓPEZ CARREIRA, A., *A cidade de Ourense*, op. cit., doc. 17, p. 695.

¹⁹⁸ RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, op. cit., pp. 354-355.

presente en Orense y se le titulaba como “electo confirmado da dita igreia çibdad e obispo d’Ourense”¹⁹⁹, y a 9 de septiembre de 1466 se habla ya de él como “el reuerendo sennor don Afonso, por la deuinal graçia obispo d’Ourense”²⁰⁰. Previamente, y hasta que don Alfonso López fue completamente confirmado como obispo²⁰¹, el vicario del cardenal Torquemada, Álvaro González de Torrizela, pudo entrar en Orense y actuar en nombre del cardenal²⁰².

Don Alfonso López permaneció al frente de la mitra auriense durante dos años, hasta su fallecimiento el 23 de agosto de 1468, acaecido en esa ciudad sede de su obispado. Tres días más tarde, el 26 de agosto, se le daba sepultura en Santiago²⁰³. Su muerte dio pie a una nueva vacante que desde Orense se trató de solventar rápidamente, escogiéndose de nuevo por parte del concejo y cabildo orensano a Juan González de Deza, arcediano de Baroncelle. Se daría con ello pie a un nuevo periodo de inestabilidad y debates por la titularidad de la sede²⁰⁴.

3.3. La provisión de las sedes vacantes de octubre de 1467

En lo que se resolvían las provisiones de diciembre de 1465, no volvió a producirse ninguna nueva vacante episcopal en Castilla hasta octubre de 1467. En ese mes el papa Paulo II hubo de volver a centrar su atención en los reinos de Castilla y León como consecuencia de dos vacantes acaecidas entonces, las cuales, además, fueron las últimas que se produjeron en el marco de la guerra civil, antes del fallecimiento del infante-rey Alfonso en julio de 1468. Una ya la hemos señalado: la muerte en los primeros días de octubre de 1467 del cardenal Juan de Mella, que dejó vacante una

¹⁹⁹ LOSADA MELÉNDEZ, M^a J., *Libros de notas de Juan de Ramuín, op. cit.*, Libro 4, doc. 26, p. 329.

²⁰⁰ *Ibidem*, Libro 4, doc. 28, p. 330. También a 25 de noviembre de 1466 en Libro 4, doc. 27, p. 329.

²⁰¹ Según EUBEL, C., *Hierarchia Catholica, op. cit.*, p. 99, el nombramiento pontificio de Alfonso López de Valladolid como obispo de Orense tuvo lugar el 8 de junio de 1466, tras la renuncia a la sede de don Juan de Torquemada. Lo más probable es que el papa confirmase su elección una vez que se recibió la noticia en Roma de que había podido acceder a la sede.

²⁰² El 20 de abril de 1466 encontramos a Álvaro González de Torrizela actuando en Orense como vicario en nombre del “reverendisimi in Christo patris et domini Johannis de Torre Cremata, cardinalis Santi Sixti, episcopi Auriensis”. LOSADA MELÉNDEZ, M^a J., *Libros de notas de Juan de Ramuín, op. cit.*, Libro 2, doc. 34, pp. 90-92. El 14 de febrero de 1466, desde Santiago, era el propio don Alfonso López quien aparecía como provisor del obispo de Orense don Juan de Torquemada, aunque titulándose a la vez como electo confirmado de aquella iglesia. DURO PEÑA, E., *Catálogo de los documentos privados en pergamino, op. cit.*, doc. 1166, p. 284.

²⁰³ López Ferreiro transcribió la siguiente entrada del Tumbo de Aniversarios de Santiago: “Obit (dominus) Alfonsus in civitate auriensi XXIII die mensis augusti, anno LXVIII, et ductus fuit ad istam civitatem (compostellanam) et sepultus in ista ecclesia XXVI mensis augusti. Et olim iste reverendus fuit archidiaconus de Salnes in insta alma ecclesia et decanus auriensis”. LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa Apostólica y Metropolitana, op. cit.*, pp. 140-141.

²⁰⁴ LÓPEZ CARREIRA, A., *A cidade de Ourense, op. cit.*, pp. 480-484.

mitra seguntina por cuya provisión el papa llevaba casi dos años pugnando contra la institución capitular seguntina, el partido alfonsino y Juan II de Aragón, que trataban de imponer en la sede a un Diego López de Madrid que, aunque cada día contaba con menos partidarios dentro de su cabildo por las condenas apostólicas, aún se encontraba apoderado de la ciudad de Sigüenza y de la red de fortalezas de la mitra²⁰⁵. La otra vacante se encontraba provocada por la muerte, en torno a ese mes de octubre, de Luis Pimentel, obispo de Tuy, un prelado perteneciente a un linaje partidario del bando alfonsino, el de los condes de Benavente²⁰⁶. Su episcopado tudense había sido especialmente azaroso: debido al enfrentamiento de su linaje con el de los Sotomayor, desde 1449 se encontraba expulsado de su sede por aquellos. También se enfrentó con la ciudad de Tuy, de la cual, en tanto que obispo, era señor, y con su cabildo catedralicio, controlados por los Sotomayor. Falleció en el destierro, en concreto, Santa María del Valle, en la diócesis de Astorga²⁰⁷.

Paulo II, quien ya se había decantado abiertamente en el conflicto civil en favor de Enrique IV²⁰⁸, procedió de tal manera ante estas vacantes que, si quedaba alguna duda sobre su posicionamiento en la guerra, esta quedó definitivamente resuelta cuando emitió, el 30 de octubre de 1467, las bulas pertinentes para cubrirlas. En primer lugar, para la vacante de Tuy, y en virtud de una reserva impuesta sobre la misma, el papa designó como administrador perpetuo de dicha sede al doctor en decretos Rodrigo de Vergara, hasta entonces arcediano de Vizcaya, abad de Santa María de Cenarruza y notario apostólico²⁰⁹. Nos volvemos a encontrar ante la selección de un eclesiástico estrechamente ligado a la Curia romana, que a lo largo de su trayectoria al servicio de los pontífices ostentó destacados cargos como el de abreviador de letras apostólicas²¹⁰,

²⁰⁵ MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, Madrid, 1910-1913, vol. II, pp. 166-167; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios y la colectoría de España de 1466 a 1475”, *Anthologica Annua*, 2 (1954), p. 72.

²⁰⁶ Explica sus orígenes y corrige los errores de los genealogistas con base documental FERNÁNDEZ DEL HOYO, M., *De Portugal a Castilla: creación y recreación de la memoria linajística*, op. cit., p. 501, nota al pie 1424.

²⁰⁷ La bibliografía que hace referencia a estos enfrentamientos es amplísima. Puede ser destacado por su carácter de síntesis el trabajo de VILA, S., *A casa de Soutomaior*, op. cit., pp. 74-79. Una breve reseña biográfica del mismo GARCÍA ORO, J., “La diócesis de Tuy en la baja Edad Media...”, op. cit., pp. 563-564. Numerosos datos de su pontificado tudense pueden encontrarse en la clásica obra de GALINDO ROMEO, L., *Tuy en la Baja Edad Media*, op. cit.

²⁰⁸ El envío y poderes de Antonio Jacobo de Veneris como legado a latere a Castilla para solucionar el conflicto hizo evidente la postura favorable a Enrique IV del pontífice tanto a los partidarios como a los detractores del rey. NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, op. cit., pp. 223-225.

²⁰⁹ RUIZ DE LOIZAGA, S., “Documentos pontificios...”, op. cit., doc. 105, p. 1048.

²¹⁰ Por ejemplo, en 1455: RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 1165, p. 357.

cubiculario pontificio²¹¹, y, poco después de su designación como obispo de Tuy, el de protonotario apostólico²¹². Sin embargo, lo más relevante en torno a su nombramiento es que don Rodrigo era desde 1465 uno de los embajadores y procuradores de Enrique IV en la Curia encargados de la defensa de su causa ante el pontífice. En consecuencia, con su elección se otorgaba la sede tudense a un eclesiástico grato al papa pero especialmente al rey, cuyos servicios a ambos, sin duda, se pretendía recompensar.

En lo que respecta a la vacante seguntina, la autorizada crónica de Diego Enríquez del Castillo nos informa de que al fallecer el cardenal Mella, Enrique IV suplicó al papa por el obispado en favor de Pedro González de Mendoza²¹³, obispo de Calahorra y quien había encabezado durante toda la guerra el partido que amparaba sus derechos al trono castellano. Paulo II, seguramente porque confiaba en que aquel prelado y su poderoso linaje pudieran poner fin a la grave insubordinación a la autoridad pontificia de Sigüenza, aceptó en esta ocasión la petición regia, y el 30 de octubre de 1467 ordenó el traslado de Pedro González de Mendoza de la sede de Calahorra a la seguntina, cuya provisión decía corresponderle por el fallecimiento del cardenal Mella en Roma²¹⁴. Al mismo tiempo, el papa decidió entregar la entonces vacante de Calahorra al ya mencionado Rodrigo Sánchez de Arévalo, su alcaide de Sant'Angelo y procurador estable de Enrique IV en la Curia, siendo su nombramiento, por tanto, satisfactorio para ambos poderes²¹⁵.

Quedaba pendiente a quién habría de corresponder la mitra de Zamora. En un primer momento, el papa decidió entregársela en administración al cardenal Juan de Carvajal²¹⁶, desde hacía décadas administrador perpetuo de la sede de Plasencia y quizá el prelado de origen castellano con mayor relieve en aquellos momentos en el ámbito curial romano²¹⁷. Su nombramiento, teóricamente, debía ser del agrado de Enrique IV,

²¹¹ En 1456: RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. II, doc. 1934, p. 119.

²¹² Como tal se titulaba, aparte de como administrador perpetuo de Tuy, el 1 de junio de 1468. ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia Civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy*, op. cit., pp. 77-78. Dos años antes, el 8 de julio de 1466 desde Roma se certificaba al cabildo catedralicio de Toledo que aquel, también canónigo de Toledo, residía en Roma al servicio de Paulo II a fin de que le permitieran continuar percibiendo los frutos de su canonjía. ACT, Z.12.G.2.15.

²¹³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 292.

²¹⁴ La bula de nombramiento de Mendoza como obispo de Sigüenza fue transcrita por MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., doc. CLXI, p. 642.

²¹⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 114; y TONI, T., "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., pp. 185-186.

²¹⁶ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 271.

²¹⁷ Sigue siendo de obligada referencia GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede*, op. cit.

pues, como explicamos en otro lugar, ante la rebelión nobiliaria este cardenal no dudó en posicionarse en su favor, uniéndose a sus embajadores en la Curia para amparar su causa. Decimos teóricamente por cuanto nos consta que Enrique IV pensó en un destino muy distinto para la mitra zamorana.

En efecto, cuando llegó a Castilla la noticia de que el pontífice había aceptado la suplicación regia, Enrique IV trató de alcanzar una solución negociada al conflicto por la mitra seguntina con Diego López de Madrid. Así, el cronista y capellán enriqueño Enríquez del Castillo explica que el rey, “queriendo usar de benignidad y ayudar al obispo [Pedro González de Mendoza] que le tenía mucho amor”, le ordenó a él que acudiera ante Diego López para negociar y ofrecerle “el obispado de Çamora con el abadía de Huerta” a cambio de “que dexase libremente el obispado” de Sigüenza. El monarca demostraba con ello una iniciativa más propia de la primera mitad de su reinado que de la actitud que había mantenido con respecto a las elecciones episcopales desde que estallara la revuelta nobiliaria: con su oferta no hacía sino actuar contra las condenas pontificias por las que se había inhabilitado a Diego López tanto para conservar los beneficios eclesiásticos que poseía como para obtener otros y contra lo ya dispuesto por Paulo II, pues la administración de la sede de Zamora fue entregada al cardenal Juan de Carvajal el mismo día en que Pedro González de Mendoza fue trasladado a Sigüenza. La actuación del rey se entiende mejor si añadimos a las cesiones que Diego López tendría que aceptar el que también habría de unirse al partido enriqueño en la guerra. No obstante, según Enríquez del Castillo, aquel, “lleno de cobdiçia, creyéndose quedar con el obispado de Sygüença, no quiso açebtar el partido quel rrey le hazía, ni venir a su serviçio”²¹⁸.

Don Diego López rechazó el ofrecimiento regio sintiéndose seguro en su posesión de Sigüenza a causa del control que mantenía sobre las fortalezas de aquella mitra y a los apoyos con los que aún contaba: aunque la práctica totalidad del cabildo seguntino le había abandonado, aún contaba con algunos partidarios entre sus miembros, fundamentalmente sus parientes, y el arzobispo de Toledo y Juan II de Aragón no habían cejado en su empeño porque obtuviera el obispado: el 1 de diciembre de 1467 el rey aragonés volvía a escribir al papa para insistir en el nombramiento como obispo de Sigüenza de Diego López de Madrid, el cual el monarca de Aragón calificaba

²¹⁸ El relato de su embajada en ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 292.

como legítimo, al haber sido elegido por su cabildo. Ahora que había fallecido Juan de Mella, le pedía al papa que accediera a entregar la posesión de la sede al electo, y, sobre todo, que no nombrara para ella a ningún otro²¹⁹, pues sin duda ya debía ser conocida la elección como tal del hasta entonces obispo de Calahorra. Aunque no se especificaba, sin duda el rey de Aragón volvía a insistir impulsado por la solicitud del prelado toledano, protector de López de Madrid y enemigo acérrimo del linaje de los Mendoza. No obstante, el monarca aragonés llegaba tarde con sus súplicas: Pedro González de Mendoza no tardaría en hacerse con el control de la sede.

3.3.1. El final del conflicto por la mitra seguntina

Desconocemos la fecha exacta, pero no mucho después de fracasar el intento del rey Enrique de negociar con el deán, Pedro de Almazán, alcaide de la fortaleza de Atienza, entró al asalto en la ciudad de Sigüenza con la ayuda de Gonzalo Bravo, criado del deán, y del hermano de este García Bravo, alcaide de la fortaleza de Sigüenza, y apresó a Diego López de Madrid y a su hermano, el tesorero de Sigüenza, a los cuales encerró en la fortaleza de Atienza²²⁰. Tras ello, convocó al obispo Mendoza, a quien a su llegada a Sigüenza le fue entregada la posesión del obispado, de la ciudad y fortaleza de la urbe. Poco más tarde conseguiría el resto de las posesiones de la mitra, con lo cual, como señala Enríquez del Castillo, “mucho se fortificó el partido del rrey y se aflacó el de los cavalleros tiranos”²²¹. Aparte de para Enrique IV, es conveniente valorar la significación de la mitra seguntina para el linaje de los Mendoza, pues aparte de suponer una clara promoción en la carrera eclesiástica de uno de sus miembros, debe ser tenido en cuenta que el control del amplio señorío episcopal dependiente de aquella mitra vendría a reforzar en grandísima medida el dominio que ejercía este linaje sobre la región alcarreña desde Guadalajara, ciudad en torno a la cual se concentraban la mayor parte de sus señoríos e intereses²²². De ahí que, a pesar de que en el futuro adquiriría dignidades superiores como los arzobispados de Sevilla y de Toledo, el obispo Mendoza

²¹⁹ ACA, RC, reg. 3382, fols. 91v-92r.

²²⁰ Los alcaides de Atienza y de Sigüenza se apoderaron de buena parte de los bienes de Diego López de Madrid, los cuales el papa les concedió junto al resto de bienes y beneficios que don Diego y su hermano el tesorero poseían en Castilla y que había confiscado la Cámara Apostólica. FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 73; y OLEA ÁLVAREZ, P., “Diego López de Madrid...”, *op. cit.*, pp. 382-383.

²²¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 292.

²²² Véase el esencial SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza*, *op. cit.*

procurara siempre retener este obispado²²³, dada la importancia estratégica del mismo para su familia.

Es difícil determinar de dónde partió la iniciativa del alcaide de Atienza para asaltar Sigüenza. Según el cronista Enríquez del Castillo, aquel se movió por su deseo de servir al rey, sin embargo, sabemos que Pedro de Almazán se trataba de un estrecho aliado del clan Mendoza, con el cual se encontraba confederado²²⁴. No obstante, unos meses más tarde, en concreto, el 8 de agosto de 1468, cuando Enrique IV concedió al alcaide de Atienza las salinas de Imón (en Sigüenza) por juro de heredad en recompensa a sus servicios, indicaba que uno de estos había sido tomar Sigüenza a su orden en servicio del papa y suyo:

“...e asy mesmo en la prisyón de don Diego López de Madrit, protonotario que fue, que estaua en rebelión asý contra el muy Santo Padre e contra sus mandamientos e de la Santa Madre Yglesia como contra mí e contra mi seruiçio e de mi Corona real, e estaua incluso e depetraua e ocupava la çibdat de Sigença e su fortaleza, con las fortalezas de la Riba e Peligrina e Xuera e la Torresauinnán e otros lugares e fortalezas e casas fuertes del dicho obispado de Sigença que estauan en rebelión, como dicho es, por mandamiento del dicho don Diego López, e las vos ganastes e tomastes e redusistes por mi mandado a seruiçio del Santo Padre e mío”²²⁵.

La toma completa del control de Sigüenza por parte de don Pedro González de Mendoza no debió ser tan inmediata ni segura. Como se ha señalado, la usurpación de la sede de Sigüenza por parte de Diego López fue sobre todo posible debido al respaldo que le prestó la facción rebelde, en especial, el arzobispo de Toledo; pero no puede obviarse la influencia con la que el propio deán contaba en el cabildo catedralicio seguntino y la que debía ejercer sobre la propia ciudad episcopal, dado que llevaba casi dos décadas ocupando cargos de la máxima responsabilidad dentro del cabildo catedralicio, titular del señorío de la urbe junto con su obispo. En consecuencia, cuando Mendoza consiguió ocupar la sede, necesitaba ganarse el favor de sus nuevos vasallos

²²³ Una descripción de la carrera eclesiástica de don Pedro González de Mendoza en VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza, op. cit.*

²²⁴ El 28 de abril de 1466 Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana y hermano del entonces obispo de Calahorra, firmaba una confederación con el alcaide de Atienza por la cual el segundo se comprometió con el marqués a que “*sy vuestra merçed me manda que yo desde esta villa o fortaleza [de Atienza] faga la guerra en qualquier çibdat, villa o lugar, o persona o personas de qualquier estado o condiçión que sean, la faré con mi persona e con los míos a mi costa*”, y a que “*miraré por el seruiçio de vuestra merçed, e donde lo vyere lo allegaré, e do viere el deserviçio de vuestra merçed, lo apartaré si podré; donde no, lo faga con tiempo saber a vuestra merçed. E asimismo seré en guardar e guardaré los vasallos e hacienda de vuestra merçed e de los sennores vuestros hermanos. E en quanto en mi fuere en acreçentarlos e asimesmo la fasienda e rentas de vuestra merçed*”. AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 13.

²²⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 35, fol. 155.

para evitar cualquier posible acción indeseada por su parte, pues, al menos hasta donde sabemos, estos no habían mostrado ningún signo de oposición a don Diego López desde que en 1465 ocupara la mitra y la ciudad.

Enrique IV se dispuso a ayudar a Mendoza en este objetivo, aunque sin duda en su proceder también influyó su interés por atraer de nuevo a su fidelidad a unos vasallos de la mitra seguntina que hasta el momento habían reconocido a don Alfonso como rey. Así, a lo largo del mes de marzo de 1468, el monarca otorgó toda una serie de mercedes a la urbe por suplicación y “contenplación del mui reuerendo in Christo padre don Pero Gonçáles de Mendoça, obispo de Sigüença, del mi Consejo”. En concreto, el 8 de marzo concedió a la ciudad un mercado semanal franco de alcabala; el día 14, un feria franca anual de diez días de duración; y el 15 de marzo hizo francos del pago de pedidos y monedas a todos los vecinos y moradores, tanto cristianos como moros y judíos, de Sigüenza y sus arrabales por siempre²²⁶. Lo inestable de la posición del recién nombrado obispo se hace patente ante el hecho de que el prelado comunicó al rey su intención de construir un mesón fuera de los muros de la urbe para los “caminantes”, que pasaran por la ciudad con el fin de que “non aya logar de entrar dentro porque la dicha çibdad esté mejor guardada e non resçiba danno de persona alguna”, concediéndole el rey que dicho mesón fuera franco del pago de alcabala del pan y otras viandas necesarias para el mantenimiento de los que allí se alojaran²²⁷. Con estas importantes mercedes en favor de sus nuevos vasallos, Mendoza hubo de ver asegurada su posición en la sede de Sigüenza. Por su parte, el papa Paulo II, sin duda agradecido porque se hubiera puesto fin a tan complejo conflicto, hubo de favorecer el que los parientes y allegados de Mendoza obtuvieran beneficios en esta sede rápidamente. Así, el deanato que había ostentado Diego López de Madrid y del que había sido privado por su rebeldía, fue otorgado a Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde de Tendilla y

²²⁶ AGS, EMR, MyP, leg. 28, fol. 13.

²²⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 28, fol. 13.

sobrino del obispo Mendoza²²⁸, y la tesorería de Sigüenza que ostentaba el hermano de aquel, acabó recalando en Alonso Yáñez, capellán y secretario del obispo Mendoza²²⁹.

Don Diego López de Madrid y su hermano, el extesorero de Sigüenza, permanecieron presos por un largo periodo en la fortaleza de Atienza. Durante su prisión, y seguramente poco después de la muerte del infante-rey don Alfonso, el antiguo deán recibió una carta consolatoria que le escribió un miembro desconocido del círculo del arzobispo de Toledo en la que, aparte de tratar de confortarle, le solicitaba que continuara confiando en el amparo de Carrillo y permanecería a su servicio. Sin embargo, en su respuesta don Diego rechazó la consolación recibida, con lo que reconocía el triunfo de sus adversarios en la contienda por la mitra seguntina²³⁰. Por aquellos primeros meses de 1468 se solucionó también, aunque por unas vías desconocidas, el conflicto por la sede ovetense, siendo por fin admitido como su obispo Juan Díaz de Coca.

3.3.2. La oposición a las provisiones de Zamora y de Tuy

En lo que respecta a las otras sedes provistas en octubre de 1467 por el papa, sabemos que Rodrigo Sánchez de Arévalo no encontró dificultades para tomar posesión de la sede de Calahorra. Ya el 24 de marzo de 1468 se titulaba como obispo al conceder ciertas gracias en favor de aquellos habitantes de su obispado que ayudaran con sus limosnas a la iglesia y hospital de La Calzada²³¹. Muy probablemente el anterior poseedor de la sede, el obispo Mendoza, estrecho colaborador, como él, de Enrique IV, hubo de favorecer su aceptación en el obispado, pues nos consta que mantenían unas magníficas relaciones²³². Sin embargo, y como ya se ha podido observar a través del

²²⁸ Ya ostentaba aquella dignidad el 30 de octubre de 1469, cuando el papa le concedía un beneficio simple en Colmenar, diócesis de Ávila. MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. XII, p. 394. Que era hijo del conde de Tendilla lo conocemos por cuanto el 18 de septiembre de 1470 Enrique IV se comprometió con su padre a que suplicaría en favor de su hijo, don Diego Hurtado de Mendoza, deán de Sigüenza, el primer obispado que vacase en Castilla, si el deán quisiera aceptarlo. RAH, Col. Salazar, 9/811, fols. 42r-43r.

²²⁹ MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, *op. cit.*, pp. 176-177. Como uno de los más destacados servidores del obispo a la altura de 1469 es mencionado en BNE, Mss. 2082, fol. 15v.

²³⁰ CÁTEDRA, P. M., “Creación y lectura: sobre el género consolatorio...”, *op. cit.*, pp. 639-640.

²³¹ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense*, *op. cit.*, doc. 294, p. 72.

²³² A Mendoza dedicó Sánchez de Arévalo su *Tratado sobre la división del reino y cuándo es lícita la primogenitura*, redactado cuando el segundo ya era obispo de Calahorra. En el prólogo de dicha don Rodrigo se dirigía así al prelado alcarreño: “Al reverendísimo Padre en Cristo y al admirable y noble señor Don Pedro González de Mendoza, dignísimo obispo de Sagunto, el más devoto y solícito de vuestra misma reverendísima Paternidad, Rodrigo, indigno obispo de Calahorra, prefecto del Castillo de

anterior documento, es comprobable que don Rodrigo, a pesar de permanecer en Roma durante todo su mandato, procuró favorecer a sus fieles e Iglesia en gran medida. Así, el 14 de mayo de 1468 mandó ejecutar en Calahorra la bula dada por Paulo II el 3 de enero de 1466 dirigida a proteger a las iglesias y clérigos de Castilla de aquellos que atentaban contra su jurisdicción y bienes²³³, y el 29 de julio de 1469 su provisor, en su nombre, y el cabildo catedralicio firmaron un estatuto por el cual se acordó ceder a la fábrica de la catedral de Calahorra la mitad de los frutos del primer año de todos los préstamos que vacaran en adelante a causa de la pobreza de aquella Iglesia, empeorada por las guerras fronterizas con Aragón y Navarra de los años previos²³⁴.

Sin embargo, las otras dos provisiones realizadas por el papa en octubre de 1467, las de Tuy y Zamora, no tuvieron una solución tan satisfactoria para los intereses pontificios. En lo que se refiere a la provisión de Zamora, cuya administración el papa otorgó al cardenal Juan de Carvajal el 30 de octubre de 1467, la situación es un tanto confusa. En un momento indeterminado de la primera mitad de 1468, Juan de Carvajal resignó aquella sede²³⁵ y, en base a la reserva pontificia vigente, se hizo entrega de la mitra a Juan de Meneses. Este, arcediano de Guadalajara en la catedral de Toledo²³⁶, doctor por la Universidad de Bolonia y estudiante en 1463 de derecho canónico en la Universidad de Perugia²³⁷, pertenecía al linaje de los Meneses de Talavera de la Reina. Era pariente en un grado no determinado del cardenal Juan de Carvajal, a cuyo lado permaneció en la Curia romana gran parte de la década de 1450, siendo uno de sus acompañantes a la legación que le fue encomendada a Hungría en 1456 para combatir la amenaza turca²³⁸. Dado que se desconoce ningún otro servicio prestado a la Curia o vínculos previos entre este eclesiástico y el rey Enrique IV, cabe deducir que fue a instancias de su pariente, el cardenal, por lo que el papa tomó la decisión de nombrarle

Sant'Angelo de nuestro santísimo señor, el Sumo Pontífice Pablo II, (se dirige) a él mismo con filial y humilde recomendación". SOLÓRZANO TELLECHEA, J. A., ed., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 76. Más adelante, en p. 79, dedica unos párrafos a alabar sus virtudes.

²³³ Regestada por BUJANDA, F., "Archivo Catedral de Calahorra...", op. cit., p. 74; y transcrita en SÁINZ RIPA. E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana del siglo XV: archivo catedral*, Logroño, 2004, doc. 76, pp. 272-279.

²³⁴ SÁINZ RIPA. E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana del siglo XV*, op. cit., doc. 81, pp. 290-291.

²³⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 271.

²³⁶ Se encontramos como tal a 27 de mayo de 1457 y en los primeros meses de 1465. RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., vol. II, doc. 3155, pp. 500-501; y ACT, Obra y fábrica, n. 1054, fol. 5r.

²³⁷ Así, el 12 de julio de 1463, se lo certificaba el vicescanciller de aquella universidad al cabildo catedralicio de Toledo para que pudiera continuar percibiendo los frutos de sus dignidades toledanas en su ausencia. ACT, X.11.C.2.27.

²³⁸ FERNÁNDEZ Y SÁNCHEZ, I., *Historia de la muy noble y muy leal*, op. cit., pp. 353-354; ARGANDA MARTÍNEZ, A., *Historia de Talavera cristiana*, op. cit., p. 227.

obispo de la sede de Zamora. Sin embargo, el cabildo catedralicio y la ciudad de Zamora, encabezados por Gonzalo de Valencia, chantre de Zamora, y Fernando Vázquez, arcediano de Toro se opusieron a su recibimiento como nuevo obispo, hecho que fue denunciado por el papa en un monitorio penal del 2 de julio de 1468²³⁹. A esta resistencia debe responder que Alfonso Núñez, deán de la Colegiata de Talavera y provisor de don Juan de Meneses en Zamora, se encontrara ejerciendo como tal desde la cercana ciudad de Toro a 5 de junio de 1468²⁴⁰, imposibilitado de entrar en la ciudad del Duero.

Poco es lo que conocemos sobre las circunstancias concretas de este conflicto, aunque, observando la tendencia seguida en otras sedes, cabría la posibilidad de que el cabildo zamorano tratara también de aprovechar la crítica coyuntura por la que atravesaba el reino para intentar evitar que desde Roma se designara un nuevo prelado sin contar con su criterio, en un intento de hacer valer sus derechos en la provisión de las mitras²⁴¹. El que el nuevo candidato pontificio no fuera un estrecho servidor del rey, quizá pudo influir en ello. En todo caso, esta oposición hubo de durar poco tiempo, pues Juan de Meneses no solo acabó siendo admitido en la sede, sino que se mantuvo al frente de la misma durante casi tres décadas²⁴², siendo un prelado absentista que apenas tuvo relación con el concejo de Zamora en adelante²⁴³. Eso sí, parece que la oposición del chantre de Zamora a su elección no fue olvidada por el obispo, pues el 9 de junio de 1480 los Reyes Católicos hubieron de solicitar a varios canónigos de Salamanca que atendieran a las quejas presentadas Gonzalo de Valencia, quien denunciaba que “ha rresçebido e resçibe mui grande agrauios e synrrasones del reuerendo yn Christo padre obispo de Çamora e de muchas otras personas de la dicha çibdad”²⁴⁴. Muy probablemente el origen de estas hostilidades entre ambos debemos encontrarlo en lo ocurrido en 1468.

²³⁹ AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., pp. 82-83.

²⁴⁰ Ese día hacía uso de los poderes que don Juan de Meneses le había concedido como su provisor para hacer colación de una capellanía en Toro. AHNOB, Luque, C. 772, doc. 12. En Toro don Juan de Meneses sí sería reconocido como prelado. Aparte de lo ya indicado, el 5 de enero de 1469 Juan de Ulloa, regidor de Toro aceptaba la promesa del pago de una deuda de Francisco de Meneses, hermano de Juan de Meneses, por parte del “reuerendo Francisco Sánchez de la Fuente, provisor en todo el obispado de Zamora por el reuerendo señor don Iohan de Meneses, obispo de Zamora, que presente estaua”. RAH, col. Salazar, 9/899, fol. 98r.

²⁴¹ Así interpretaron este caso concreto SÁNCHEZ HERRERO, J., *Las diócesis del Reino de León*, op. cit., p. 57; y AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., pp. 82-83.

²⁴² Hasta 1494, en concreto. Nieto Soria, Iglesia y génesis, op. cit., p. 449.

²⁴³ LADERO QUESADA, M. F., “Aproximación al proceso de formación del patrimonio...”, op. cit., p. 252, nota al pie 12.

²⁴⁴ AGS, RGS, leg. 1480-06-09, fol. 221.

En lo que respecta a Tuy, el 1 de junio de 1468, desde Roma, el nuevo administrador de la sede, Rodrigo de Vergara, se dirigió al cabildo catedralicio tudense para comunicarles que, debido a que el pontífice no le permitía abandonar la Curia al requerir de sus servicios en ella, había nombrado como su provisor y vicario general en aquella sede a Juan de Uzárraga, beneficiado de la iglesia parroquial de San Pedro de Vergara, en la diócesis de Calahorra, pidiéndoles que le admitieran en aquel cargo²⁴⁵. Su solicitud no fue obedecida, pues para entonces su propio nombramiento como administrador de Tuy estaba siendo contestado por el cabildo catedralicio tudense.

En concreto, el 5 de agosto de 1468 Paulo II dirigió un monitorio a los fieles de la diócesis de Tuy por el cual les ordenaba entregar la posesión de la sede y que obedecieran de inmediato a Rodrigo de Vergara. El pontífice exponía que no lo habían querido cumplir hasta la fecha debido a que el cabildo catedralicio “post et contra reservationem” había elegido como su obispo al deán de aquella Iglesia, Juan Martínez de Vigo, repitiéndose así, de nuevo, lo ocurrido en 1465 en Sigüenza y en Oviedo. Según aquel monitorio penal del 5 de agosto de 1468, el deán de Tuy y sus colaboradores no sólo habían desobedecido los mandatos pontificios al realizar una elección ilegítima y contraria a la reserva pontificia, sino que incluso habían agredido a los procuradores de don Rodrigo, entre ellos el mencionado don Juan de Uzárraga, cuando acudieron a Tuy con el objetivo de ejecutar las bulas pontificias y tomar posesión de la sede en su nombre: aquellos fueron apresados y castigados en el cementerio de la catedral por orden del deán, quien amenazó con hacer lo mismo con cualquier otro que se presentara en la ciudad con su mismo fin. El acto de aquellos no solo era un flagrante atentado contra la autoridad pontificia, sino también contra la de Enrique IV, pues, como señalaba el papa, los enviados de Vergara contaban con un salvoconducto del rey²⁴⁶, lo cual nos confirma algo ya evidente, y es que el rey fue favorable al nombramiento pontificio de Rodrigo de Vergara, su propio procurador en Roma y consejero, como administrador de Tuy.

Es muy poco lo que conocemos del referido deán de Tuy. Sabemos que ya ostentaba esa dignidad desde al menos el 31 de julio de 1461, pues ese día acudió,

²⁴⁵ ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia Civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy*, op. cit., pp. 77-78.

²⁴⁶ Analizan este monitorio penal AZCONA, T. de, *La elección y reforma...*, op. cit., p. 80; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., p. 67.

titulándose como tal, a una reunión capitular²⁴⁷. Por otro lado, nos consta por cierta documentación que el 11 de junio de 1466 se encontraba en el palacio de San Lorenzo in Damaso, en Roma, junto al cardenal Juan de Mella, de quien se especificaba que era familiar²⁴⁸. Allí debió permanecer una larga temporada, pues entre julio de 1466 y abril de 1467 encontramos actuando como su vicario en Tuy a Vasco de Marzó, arcediano de Montes²⁴⁹. No contamos con indicios de que se encontrara vinculado al bando alfonsino ni de su filiación o pertenencia a las clientelas de ningún noble ni magnate castellano.

En este sentido, debe ser valorada la posibilidad de que el movimiento irmandiño, generalizado en Galicia desde la primavera de 1467²⁵⁰ y, por tanto, en pleno apogeo para cuando tuvo lugar la vacante de Tuy, influyera en esta elección capitular. En efecto, nos consta que el cabildo catedralicio tudense, tras años de abusos por parte del magnate que usurpaba esta ciudad y sus señoríos al obispo don Luis Pimentel, Álvaro Páez de Sotomayor, y de enfrentamientos con su prelado²⁵¹, se unió a la *Irmandade* junto al concejo de la ciudad con el objetivo de zafarse del control del primero. El 14 de marzo de 1467, numerosos miembros del cabildo catedralicio, al frente de los cuales se encontraba Vasco de Marzó, arcediano de Montes y vicario del deán, se reunieron con el concejo de la ciudad con el objetivo de confederarse y jurar los “capítulos da santa yrmandade”²⁵². En un breve plazo la furia de la *Irmandade* se desencadenó contra Álvaro Páez de Sotomayor, quien logró resistir el cerco al que le sometieron los irmandiños en Tuy hasta marzo de 1468, cuando, a punto de fallecer, ordenó que se les entregara la ciudad²⁵³. En consecuencia, cuando desde Tuy, ciudad señorío de la mitra tudense, se desobedecieron los mandatos pontificios en torno a la designación de don Rodrigo de Vergara como administrador de esta sede, el concejo y

²⁴⁷ “Os honrados e discretos varones don Ioan Martines de Vigo dean”. SÁNCHEZ CARRERA, M. del C., *El bajo Miño en el siglo XV*, op. cit., p. 230, nota al pie 21.

²⁴⁸ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, op. cit., Vol. I, pp. 527-528.

²⁴⁹ Multitud de referencias a su actuación en su nombre en las actas del cabildo de aquel año, editadas en IGLESIAS ALMEIDA, E., “Luis Bieyra, notario del cabildo de la catedral de Tui...”, op. cit., pp. 73-108.

²⁵⁰ Véanse las últimas aportaciones al estudio del movimiento irmandiño, donde se pueden encontrar otras referencias a los principales estudios sobre esta cuestión, en: DEVIA, C., *La violencia en la Edad Media: la rebelión “irmandiña”*, Vigo, 2009; y GALBÁN MALAGÓN, C. J., *A Guerra dos Irmandiños (1465-1469)*, Santiago de Compostela, Lóstrego, 2010

²⁵¹ Sobre el dominio y abusos de don Álvaro de Sotomayor en estos años, puede verse SÁNCHEZ CARRERA, M. del C., *El bajo Miño en el siglo XV*, op. cit., pp. 258-259. Son fundamentales en este sentido los recientes trabajos de Suso Vila sobre la ciudad de Tuy y el linaje Sotomayor: VILA, S., *A cidade de Tui*, op. cit.; y VILA, S., *A casa de Soutomaior*, op. cit.

²⁵² LÓPEZ CARREIRA, A., *Os Irmandiños*, op. cit., Apéndice documental, doc. 4, pp. 85.

²⁵³ RUY VASQUES, *Crónica de Santa María de Íria*, op. cit., pp. 58-59.

cabildo catedralicio tudenses²⁵⁴ se encontraban integrados en la *Irmandade*, que había logrado imponerse en la urbe tras someter a Sotomayor.

Teniendo en cuenta lo expuesto, parece posible no solo plantear que el cabildo tudense pudiera contar con el respaldo de los irmandiños para oponerse al criterio pontificio, sino que la propia *Irmandade*, de acuerdo y en alianza con el cabildo y el concejo de Tuy, fuera quien tratara de promover a este candidato con el fin de asegurarse de que el siguiente titular de la mitra tudense y, por extensión, del señorío episcopal dependiente de aquella, que incluía a la ciudad, fuera alguien afín a los objetivos e intereses de la hermandad y del concejo y el cabildo. En este sentido, es importante señalar que con casi completa seguridad don Juan Martínez de Vigo fue el deán de Tuy al que el 21 de julio de 1460²⁵⁵ el cabildo catedralicio envió ante el pontífice para denunciar los abusos y agravios que sufrían por parte de Sotomayor y solicitar su amparo frente al mismo²⁵⁶. Era enviado siete días después de que el cabildo amenazara a Sotomayor con retirarle la encomienda sobre Tuy y denunciarle ante el papa, el rey y el arzobispo de Santiago si continuaba abusando de ellos y de sus bienes²⁵⁷. En todo caso, no cabe duda de que Juan Martínez era afín a los tres poderes señalados, dado que, en primer lugar, su propio vicario fue el encargado de gestionar la alianza con el concejo tudense para unirse a la *Irmandade*; segundo, fue el candidato promovido desde Tuy una vez que los irmandiños ya controlaban la urbe; y, tercero, él y sus partidarios tuvieron capacidad, en pleno dominio irmandiño, para actuar contra los procuradores de Vergara cuando acudieron a Tuy para tomar posesión de la sede²⁵⁸. Asimismo, el intento del cabildo catedralicio de imponer a su propio candidato debe ser relacionado con los graves enfrentamientos que aquel mantuvo con el obispo Luis Pimentel²⁵⁹, los cuales en alguna ocasión llegaron a confundirse con la contienda entre

²⁵⁴ Sobre la incorporación de otros cabildos catedralicios gallegos y el tudense a la *Irmandade* trata LÓPEZ CARREIRA, A., “Historia social del movimiento...”, *op. cit.*, p. 360.

²⁵⁵ La fecha más temprana en la que le hemos podido encontrar mencionado expresamente como deán de Tuy es la ya indicada de 1461, pero, dada la cercanía temporal y los vínculos y estancias de don Juan Martínez en Roma, parece seguro que este deán de Tuy debía tratarse del mismo eclesiástico.

²⁵⁶ La misión de este deán en VILA, S., *A cidade de Tui*, *op. cit.*, p. 130.

²⁵⁷ La protesta del 14 de julio de 1460 se encuentra editada en VILA-BOTANES, S., *Tui e Valença nos séculos XI a XV*, *op. cit.*, pp. 285-287.

²⁵⁸ Sobre los conflictos entre Pimentel y Sotomayor en torno a Tuy, profundizaremos en otros apartados. Remitimos a VILA, S., *A casa de Soutomaior*, *op. cit.*

²⁵⁹ Sobre ello, pude verse VILA-BOTANES, S., *Tui e Valença nos séculos XI a XV*, *op. cit.*, pp. 64-65 y p. 154.

los Sotomayor y los Pimentel²⁶⁰, sin duda a causa de la presión e influencia que sobre el cabildo ejercía Álvaro Páez de Sotomayor. Imponiendo a un candidato afín en la mitra, el cabildo podría evitar en adelante aquel perjudicial estado de confrontación con su prelado.

Planteada la candidatura de Martínez de Vigo, en Roma se reaccionó con prontitud en su contra y en favor de Vergara. Con el fin de que sus órdenes fueran cumplidas, aquel 5 de agosto de 1468 el papa amenazó con las más graves censuras eclesiásticas a los miembros del cabildo tudense y a los fieles de la diócesis si no retiraban de inmediato su obediencia al deán y admitían a Rodrigo de Vergara, e intimó a otros poderes de la región para que apoyasen a su electo²⁶¹. Desconocemos cómo se desarrolló a partir de entonces el conflicto, pero sí sabemos que Rodrigo de Vergara pudo acceder finalmente a la administración de esta sede gracias a la intervención del nuncio papal Lianoro de Lianoris, quien en 1476, en la defensa de su nunciatura en Castilla, explicaba que el conflicto por la provisión de Tuy fue otro de aquellos que había logrado solucionar en Castilla tras intervenir personalmente en el mismo por orden de Paulo II²⁶².

Y, en efecto, ya el 8 de febrero y el 16 de marzo de 1469, Juan de Uzárraga ejercía como provisor de don Rodrigo en Tuy, días en los que confirió ciertos beneficios en aquella diócesis a determinados eclesiásticos²⁶³. Uno de ellos era Vasco de Marzó, arcediano de Montes, vicario del deán don Juan Martínez y aliado de la *Irmandade*, por lo que podría interpretarse aquella concesión como un intento de acercar posturas con los principales miembros del cabildo tudense o como el resultado de una negociación previa entre Vergara y los dirigentes de Tuy para que le admitieran en la sede. También habría que plantearse, dado el contexto irmandiño en el que se fraguó la candidatura de don Juan Martínez, hasta qué punto el sofocamiento de este movimiento durante 1469 pudo influir en el sometimiento del cabildo tudense a los dictados pontificios.

²⁶⁰ El 14 de julio de 1464 el cabildo se negó a recibir al nuevo vicario general que les enviaba el obispo Pimentel debido a que era “da parte dos ynimigos benaventanos”. GALINDO ROMEO, P., *Tuy en la Baja Edad Media*, op. cit., p. 67.

²⁶¹ AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., p. 80; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., p. 67.

²⁶² FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., Apéndice documental, doc. 4, p. 114.

²⁶³ FLÓREZ, *España Sagrada. Tomo 22*, op. cit., p. 232.

4) Los intentos de privación de dignidades episcopales durante la contienda civil

No podemos concluir este apartado referente a las elecciones episcopales durante la guerra civil sin hacer mención a un fenómeno directamente vinculado a la provisión de dignidades y beneficios eclesiásticos que se encontró profundamente condicionado por el contexto conflictivo en curso: los intentos de Enrique IV y, también, de sus rebeldes, de conseguir que el papa privara de sus dignidades arzobispaes y episcopales a aquellos prelados contrarios a su parcialidad.

Los intentos de privar de sus dignidades a los miembros del episcopado y a otros eclesiásticos que habían adoptado actitudes políticas contrarias a una determinada parcialidad, normalmente la regia, durante los conflictos políticos que afectaron a la generalidad del reino castellano no eran una novedad: ya en el inicio de la revuelta nobiliaria de 1272, Alfonso X se planteó exiliar a los prelados que se mostraron favorables a sus rebeldes. Acabaría no haciéndolo por temor a la reacción pontificia²⁶⁴. Villarroel González también nos informa de los intentos de Juan II de Castilla de arrebatar sus sedes episcopales a algunos prelados contrarios a él mismo, entre los que destacan los casos de Gutierre de Toledo y Martín de Galos²⁶⁵. Tampoco sería la última vez antes de que acabara el siglo XV en la que se hubo de elevar este tipo de peticiones al papa: durante la Guerra de Sucesión, los Reyes Católicos solicitaron a Sixto IV que otorgara poder al prelado más antiguo de su Corte para que pudiera proceder contra los “perlados e clérigos que ouieren cometido crimen de rebellión y les puedan priuar de sus dignidades, prelaturas y benefefficios y conferirlos a otros nos acceptos”²⁶⁶. Con estas medidas los reyes pretendían, primero, castigar a aquellos eclesiásticos “deservidores”, y, segundo, reducir la potencia del bando rival, pues la ostentación de las mitras permitía a sus titulares contar con unos amplios recursos, tanto materiales como simbólicos, con los que reforzar la opción política por la que se hubieran decantado.

²⁶⁴ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y poder real en Castilla*, op. cit., p. 77.

²⁶⁵ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 274. Véase sobre los tipos de acciones emprendidas por Juan II de Castilla contra aquellos eclesiásticos que se le opusieron políticamente durante su reinado, pp. 272-276.

²⁶⁶ AGS, PTR, leg. 16, doc. 12, fol. 73v.

En este sentido, ya en los primeros momentos de la rebelión nobiliaria Enrique IV trataría de conseguir que el papa privara de su sede nada menos que a dos de los tres arzobispos del reino, los arzobispos de Sevilla y de Santiago Alfonso de Fonseca y Ulloa y Alfonso de Fonseca y Acevedo, sobrino del primero.

A comienzos del verano de 1464, Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla y antiguo favorito de Enrique IV, se encontraba en las afueras de la ciudad hispalense, en Triana, a la espera de que se le entregara la posesión completa de los bienes y derechos inherentes a su arzobispado. El prelado se había visto envuelto en 1463 en un sonoro conflicto con su sobrino homónimo, Alfonso de Fonseca y Acevedo, por cuanto este se había negado a volver a trocar con él la sede de Sevilla por la de Santiago. Estas sedes las habían intercambiado, con la aprobación pontificia, en 1461, cuando el papa, a petición de Enrique IV, otorgó la arzobispal de Santiago al sobrino del hasta entonces arzobispo de Sevilla. El trueque surgía de la necesidad de pacificar el arzobispado compostelano, envuelto en guerras y donde el conde de Trastámara trataba de imponer a un hijo en la sede. A finales de 1463 fue necesario el traslado de Enrique IV a Sevilla para acabar con el conflicto, consiguiendo el monarca que el sobrino marchara a Santiago²⁶⁷. Sin embargo, una vez conocida por el rey la conjura de numerosos prelados y caballeros contra él, comenzó a albergar dudas sobre la lealtad de Fonseca y decidió proceder contra él y privarle de la sede de Sevilla.

En efecto, las crónicas del reinado dan a conocer un supuesto plan de Enrique IV, llevado a cabo en los primeros momentos de la revuelta nobiliaria, por el cual el rey pretendió capturar al arzobispo hispalense y expulsarle de su sede. Las versiones difieren según el cronista: según Alfonso de Palencia, Enrique IV no solo planeó prender al arzobispo, sino también matarlo. Es más, este autor señalaba que el rey también pretendía desposeer de su sede a su sobrino, el arzobispo de Santiago Alfonso de Fonseca y Acevedo. Una vez eliminados tío y sobrino, el monarca y sus consejeros pretendían entregar la mitra hispalense al obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza y la de Santiago a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia y hermano de Beltrán de la Cueva, quien, junto al obispo Mendoza, controlaban el Alto Consejo regio en aquellos momentos y, por tanto, se trataban de sus principales partidarios²⁶⁸.

²⁶⁷ El análisis más detallado del trueque es el de OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*, pp. 211-282.

²⁶⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, pp. 291-292.

Reforzar su causa ante un conflicto que se consideraba inminente, por tanto, era el fin evidente del monarca y sus partidarios.

El cronista proenriqueño Enríquez del Castillo señala por su parte que fue durante las primeras negociaciones entre los rebeldes y el monarca, realizadas en Madrid en torno a junio de 1464, cuando Juan Pacheco, marqués de Villena, convenció al rey de que el arzobispo de Sevilla “hera su enemigo capital” e “hizo creer al obispo de Calahorra, que prendido el arzobispo, le daría el arzobispado de Sevilla, de manera quel obispo, con la codicia, fue incitador de la prisión” de Fonseca y del intento de desposeerle de su sede²⁶⁹. Fuera o no el marqués del Villena el incitador, la versión de Enríquez del Castillo nos confirma que Enrique IV, con el acuerdo al menos del obispo Mendoza, miembro principal de su Alto Consejo, trató de apresar al arzobispo de Sevilla y que planeaba desposeerle de su sede debido a las sospechas sobre su fidelidad, para entregar esa sede a uno de sus fieles, el obispo Mendoza, sin duda como forma de incrementar con los cuantiosos recursos tanto patrimoniales como económicos de la mitra hispalense las fuerzas de aquellos que le respaldaban.

Quedaría la duda en torno a la intención del rey de expulsar también de Santiago a Alfonso de Fonseca y Acevedo y entregar su arzobispado al obispo Gutierre de la Cueva. Nos parece bastante probable que fuera así, pues cuadraría con el objetivo regio de debilitar la posición del arzobispo de Sevilla ante la sospecha de que se hubiera unido al bando rebelde. En este sentido apunta una confederación promovida desde la corte enriqueña en 1464, sin día pero posterior a la alianza nobiliaria de mayo de 1464, en base a la cual el rey y la reina doña Juana trataron de reconciliarse con los principales líderes rebeldes, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo entre otros, pero de la cual se excluía explícitamente al arzobispo de Sevilla y al arzobispo de Santiago²⁷⁰. Dado que el monarca trataba por entonces de privar de la sede al tío, y en este documento ambos son excluidos de una posible gran alianza nobiliaria con el rey, la existencia del plan para privar de su sede al arzobispo de Santiago recogido en las crónicas parece, como poco, plausible.

²⁶⁹ ENRÍQUEZ DE CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 213.

²⁷⁰ En esta confederación se especifica lo siguiente: “Et porque otros algunos grandes del regno, perlados e caualleros, que non están aquí querrán entrar en esta confederación e amistad, que aquellos que de oy en cinquenta días firmaren en ella por sus personas o por sus procuradores con sus poderes bastantes, sean en ella comprehendidos conno qualquier de los que arriba son declarados con aquellos mismos vínculos e fuerças, eçebtos los arzobispos de Seuilla e de Santiago”. El documento en AGS, PTR, leg. 11, doc. 79 y el fragmento en fol. 270v.

Avisado de lo que contra él se pretendía hacer, el arzobispo Fonseca “el Viejo”, huyó precipitadamente de Sevilla y buscó el amparo de los condes de Plasencia. Al tiempo, el monarca ordenó el sitio de los señoríos patrimoniales del arzobispo de Sevilla, las villas de Coca y Alaejos²⁷¹, y la confiscación de todas sus rentas y bienes eclesiásticos y patrimoniales, aparte de levantar los entredichos que el mitrado había decretado en Sevilla en un intento de defenderse²⁷². En el mes de agosto de 1464 el rey envió al presidente de su Consejo Real, Alfonso de Velasco, a la ciudad hispalense para que se ocupara de ejecutar las órdenes contra el mitrado y reprimir a los partidarios que en su catedral le quedaban. El día 22 de ese mes, Velasco compareció ante el concejo de la ciudad para ordenar a sus miembros que se unieran al monarca en el envío de suplicas a Roma para solicitar que se privara a Fonseca de la sede de Sevilla y fuera trasladado a una sede fuera de los reinos de Castilla²⁷³. En este sentido, los cronistas relatan cómo el rey envió procuradores a Roma para solicitar al pontífice que le privara de la sede, acusándole de diversos crímenes y excesos²⁷⁴. Todo lo expuesto provocó que Fonseca buscara el respaldo de los opositores al rey²⁷⁵, quienes enviaron, a su vez, a sus propios embajadores a la Curia para condenar la actitud y actuaciones del monarca contra un arzobispo²⁷⁶ que, ahora sí, se había adherido a la causa rebelde junto a su sobrino, el arzobispo de Santiago²⁷⁷. No parece casual, en este sentido, que una de

²⁷¹ El 30 de enero de 1465 Enrique IV concedió al prelado un juro de heredad de 130.000 maravedíes en recompensa a sus servicios y “por descargo de mi conçiencçia e enmienda e satisfaçión de algunos dapnnos e estragos que en sus vienes e vasallos e rentas yo le mandé faser los días pasados a sinrazón”. Sin embargo, el prelado, en sus gestiones ante los contadores mayores del rey en torno a esta merced, no dudaría en señalar que este juro fue “en hemienda e satisfaçión de los dapnnos que a sinrrasón e contra toda justiçia resçebimos en las nuestras villas e tierras de Coca e Alahejos al tienpo que su sennoría mandó çercar e combatir con gente de armas e pertrechos la dicha nuestra uilla de Coca e la nuestra casa de Alahejos”. AHN, Clero, Carp. 3461, n. 9; y AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

²⁷² Todos estos actos cometidos contra el arzobispo los reconoce el rey en sus cartas de Portillo del 6 de octubre de 1464 y de Valladolid del 27 de octubre de 1464. La primera transcrita en ORTIZ DE ZUÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares...*, op. cit., Vol. III, pp. 29-31, quien en p. 32 transcribe parcialmente la segunda. Esta fue editada en su totalidad por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Iglesia y nobleza en la Sevilla bajomedieval...”, op. cit., Apéndice documental, doc. 3, pp. 929-931.

²⁷³ OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, op. cit., pp. 275-276. Este autor transcribe lo esencial de aquella petición: “[...] dedes luego vuestras suplicaçiones firmadas e selladas en forma deuida para nuestro muy santo padre e para el colegio de los cardenales para que sea trasladado desta iglesia e arçobispado a otra alguna fuera de los Reynos e señoríos del dicho señor rey el arçobispo don Alfón de Fonseca, que fasta agora en ella presidía, por las cabsas e rasones en las cartas del dicho señor rey contenidas, lo qual de su parte vos mando que luego asy fagades se cunplades syn tardança nin escusa alguna”.

²⁷⁴ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 147-148.

²⁷⁵ Ya el 12 de julio de 1464 el arzobispo de Sevilla se confederaba con el marqués de Villena don Juan Pacheco prometiéndose ayuda y protección mutua. AHNOB, Frías, C. 14, doc. 11.

²⁷⁶ El marqués de Villena, el conde de Plasencia, el arzobispo de Toledo y el arzobispo de Santiago enviarían a sus procuradores a la Curia para defenderle: PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 293.

²⁷⁷ OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, op. cit., p. 277.

las quejas incluidas en el Manifiesto de Burgos del 28 de septiembre de 1464, redactado por los rebeldes al rey y respaldado por los arzobispos de Sevilla y Santiago, en torno a la actitud del monarca hacia el episcopado y clero de sus reinos, denunciara punto por punto, aunque de forma genérica, los actos promovidos por el rey contra el arzobispo de Sevilla²⁷⁸.

En este sentido, resulta sumamente significativo comprobar cómo una semana después de la publicación del Manifiesto de Burgos, el 6 de octubre de 1464, y ya convencido de la necesidad de negociar con sus rebeldes, el rey dictara las órdenes necesarias para que Alfonso de Fonseca y Ulloa fuera restituido de la mitra hispalense y de todas sus rentas y bienes. Ello lo hizo por medio de una humillante provisión en la que mostraba arrepentimiento por su error y reconocía lo incorrecto de su proceder tanto porque el arzobispo era inocente de las acusaciones contra él vertidas, como porque no había respetado con sus actos “el acatamiento a el deuido por ser Prelado”²⁷⁹. Como ya concluyó Suárez Fernández, resulta evidente que estas órdenes respondieron al objetivo del rey de acercar posturas con los rebeldes y mostrar su voluntad conciliadora con los mismos²⁸⁰.

No obstante, esta no sería la última vez durante la contienda en la que desde los bandos en pugna por el trono se trató de privar de su sede a un prelado de la facción contraria. Una vez que tuvo lugar la deposición de Ávila, el monarca volvió a dirigir peticiones en el mismo sentido al papa contra aquellos que habían apoyado su deposición. Así, el 14 de julio de 1465, en un escrito por el que solicitaba amparo al pontífice contra los actos que sus rebeldes habían cometido contra él, el monarca pidió al papa que privara de sus dignidades a Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y a Luis

²⁷⁸ Se trata de la siguiente: “é los Ministros é Perlados de ella por vuestra señoría é por algunos de vuestros oficiales han seido muchas veses presos, é otrosí mandados prender, é algunos expulsos de sus sillas é dignidades, é ocupados sus frutos é rentas é bienes é los entredichos é censuras de la egleſia menospreciados, é por vuestra alteza mandados alzar é quitar”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. XCVII, pp. 329-330.

²⁷⁹ “[...] el dicho Arçobispo es fallado por mi inocente y sin culpa de las cosas que contra él me eran denunciadas, y conocí mas por entero la mucha lealtad con que siempre miro mi seruicio y procuró las cosas complideras a la honra de mi Corona y a la paz y sossiego de mis Reynos”. ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares*, *op. cit.*, Vol. III, pp. 29-31.

²⁸⁰ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón...”, *op. cit.*, p. 259. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, *op. cit.*, vol. II, p. 294; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 224 explican que fue a causa del Manifiesto de Burgos que Enrique IV cesó en sus intentos de privar de su sede y bienes al arzobispo Fonseca. Las órdenes regias no fueron inicialmente cumplidas, y por ello el 27 de octubre siguiente el rey hubo de dictar nuevas órdenes en el mismo sentido. ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares*, *op. cit.*, Vol. III, pp. 29-32; y por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Iglesia y nobleza en la Sevilla bajomedieval...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 3, pp. 929-931.

de Acuña y Osorio, obispo de Burgos, al cual ya había mandado dos meses antes confiscar las rentas y bienes de su mitra por su rebeldía²⁸¹. La justificación del rey para solicitar aquello era “que por este malvado é sacrílego caso”, es decir, deponerle de su trono, “las han perdido”²⁸². Resulta interesante constatar que solo solicitara la privación de su sede para estos dos prelados, por cuanto en aquellos momentos otros obispos se habían significado ya a favor de la causa alfonsina, como Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, o Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma. Probablemente el rey, que por ese mismo escrito al pontífice estaba solicitando al pontífice su apoyo frente a sus rebeldes, trató de evitar mostrar ante el papa el importante número de prelados que se habían alzado contra él por si ello pudiera perjudicar a sus reclamaciones²⁸³. Por otra parte, y como ya se ha expuesto, también nos consta que los alfonsinos trataron de evitar que Pedro de Córdoba y Solier, electo para la mitra cordobesa e inicialmente enriqueño, tomara posesión de su sede en los primeros compases de la guerra, elevando sus súplicas al papa para conseguir que fuera privado de la sede. Resulta evidente que tanto Enrique IV como sus rebeldes pretendieron disponer de todas esas sedes para hacer entrega de las mismas a sus partidarios o atraer lealtades a su causa a través de su entrega y, en todo caso, debilitar a la parcialidad contraria a través de la pérdida del control de esas mitras. No obstante, ninguno de estos intentos tuvo finalmente éxito.

5) Las elecciones episcopales castellanas tras la guerra civil: el sometimiento regio a la voluntad del Alto Consejo

Como será expuesto en el apartado referente al Alto Consejo, tras la guerra civil Enrique IV sometió el gobierno de su persona, Casa y reino a un conjunto de nobles y prelados, entre los que destacan Juan Pacheco, maestre de Santiago, Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, que habrían de conformar en adelante su Alto Consejo. Ello vino a suponer el inicio de una

²⁸¹ En concreto, el 18 de mayo de 1465. AMB, Actas de 1465, fol. 55r.

²⁸² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXXIV, p. 499.

²⁸³ Sobre la militancia de ambos prelados en el bando alfonsino. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 313.

nueva etapa en lo que respecta a las elecciones episcopales, pues aquellos, comenzando por el maestre de Santiago, procuraron adquirir pronto un férreo control sobre la provisión de las sedes castellanas en beneficio propio. Entonces lo lograron, por lo que puede afirmarse que el resultado de la guerra civil afectó de forma determinante a la capacidad propia del monarca de Castilla de influir e intervenir en las vacantes episcopales de sus reinos.

En 1469, y seguramente como consecuencia directa y principal de la necesidad de los miembros del Alto Consejo de Enrique IV de mantener el favor de Paulo II ante el partido que comenzaba a conformarse en torno a la princesa Isabel y Fernando de Aragón²⁸⁴, desde la Corte enriqueña se continuó accediendo a que las vacantes y traslados episcopales que en ese año tuvieron lugar se resolvieran en favor de eclesiásticos del mismo perfil que los escogidos por el pontífice durante la guerra civil, es decir, candidatos allegados a la Curia romana.

Dos vacantes se produjeron en la primera mitad de 1469 que, por la forma en la que fueron provistas, dieron lugar a un importante número de provisiones episcopales antes de que concluyera el año. En primer lugar, Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia, hermano de Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, falleció el 26 de abril de 1469²⁸⁵. Poco después, en los últimos días de mayo de 1469, falleció el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos, uno de los principales partidarios de Enrique IV durante el conflicto político que acababa de concluir²⁸⁶.

Ante la vacante conquense, el concejo y cabildo catedralicio de la ciudad de Cuenca no tardaron en dirigirse a Enrique IV para requerirle que suplicara la sede en favor de Juan Hurtado de Mendoza, uno de los mayores colaboradores y aliados de fray Lope de Barrientos y la ciudad en la defensa de esta y su región por el partido enriqueño frente a los alfonsinos durante la guerra. El concejo y el cabildo deseaban su nombramiento con el fin de evitar que determinados magnates del reino pudieran aspirar a la sede en perjuicio de sus intereses, lo cual procuraban evitar impulsando el

²⁸⁴ Remitimos al esencial VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, *op. cit.*

²⁸⁵ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, *op. cit.*, pp. 55-56.

²⁸⁶ Lo acontecido ante la vacante producida a la muerte de fray Lope de Barrientos ha sido estudiado en relación a Cuenca con todo detalle por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, pp. 1259-1273; y “Parcialidades urbanas y pactos en torno a las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, pp. 599-607, a cuyos estudios remitimos en todo lo referente a ella. A lo por este autor indicado, añadimos el análisis de las repercusiones que tuvo la disputa por Cuenca en otras dos sedes, León y Tuy, y ciertas conclusiones que la perspectiva general aquí tomada nos ha permitido alcanzar.

nombramiento de aquel²⁸⁷. Las súplicas y razonamientos del concejo y cabildo conquense tuvieron éxito: en un momento indeterminado del verano de 1469²⁸⁸, Enrique IV ordenó a Rodrigo de Vergara, administrador perpetuo de Tuy y su procurador en la corte de Roma, que se uniera al obispo de Ciudad Rodrigo, fray Alfonso de Palenzuela, su embajador en Roma, para suplicar al pontífice que proveyera de la mitra conquense a Juan Hurtado de Mendoza²⁸⁹.

Sin embargo, el monarca fracasó en su intención debido a la intervención e intereses en esta vacante de uno de los magnates que habían pasado a controlar su Alto Consejo y, por ende, el gobierno de Castilla: Juan Pacheco, maestre de Santiago. Este firmó el 2 de mayo de 1469, ya antes del fallecimiento de fray Lope de Barrientos, una confederación con Antonio Jacobo de Veneris, legado *a latere* del papa en Castilla y obispo de León, por la cual se comprometía con este a conseguir para él la mitra conquense cuando su titular falleciera a cambio de ciertas concesiones, entre ellas, que permitiera al maestre, quien contaba con amplios intereses en el obispado de Cuenca²⁹⁰, fiscalizar el poder militar de aquella mitra en su favor y le apoyara tanto en el desarrollo de los acontecimientos políticos en Castilla como en la consecución de sus objetivos en Roma, más en concreto, en que la Curia confirmara su nombramiento como maestre de la poderosa Orden de Santiago, cuestión principal esta que le llevaba a buscar el favor de Veneris a través de la promesa de la sede conquense²⁹¹.

El maestre Pacheco y el obispo Veneris no se limitaron en esta confederación a acordar su nombramiento como obispo de Cuenca, sino que llegaron a estipular cuál

²⁸⁷ En concreto, le decían al rey lo siguiente: “[...] Aviendo consideraçion de las importunas suplicaçiones que por los mayores de vuestros regnos a mala fe a vuestra señoria son fechas asy antes del fallaçimiento del reverendissimo obispo desta çibdad commo despues para aver esta obispado para ellos o sus fijos a fyn de meter la mano en esta çibdad e vos privar e despojar del señorío della, commo en otros casos semejantes avemos visto que se ha fecho”. DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Parcialidades urbanas y pactos en torno a las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, doc. 2, p. 611.

²⁸⁸ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, p. 1272 dató este documento entre junio y septiembre de 1469, y coincidimos con él al considerar como más probables aquellas fechas.

²⁸⁹ El documento en BNE, Mss. 13072, fols. 253r-254r; y RAH, col. Catedrales de España, Cuenca, 9/5439, fols. 355r-356v. Transcrito por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, doc. 6, pp. 1272-1273.

²⁹⁰ No podemos profundizar en esta cuestión, analizada ya por Díaz Ibáñez en los trabajos recién citados. También resulta especialmente interesante el trabajo de AYLLÓN GUTIÉRREZ, C., “Iglesia y poder en el marquesado de Villena...”, *op. cit.*, pp. 95-130.

²⁹¹ El original de la concordia en AHNOB, Frias, C. 12, doc. 8. Transcrito por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, doc. 1, pp. 1268-1270. El acuerdo es comentado en extenso por FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, privado de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 354-359. El interés de Pacheco por la Orden es destacado por este autor, que en p. 303 señala que la bula pontificia de concesión del maestrazgo para aquel tardaría aún en llegar más de dos años, el 8 de noviembre de 1471.

habría de ser el destino de la mitra leonesa que entonces ostentaba Veneris y de toda una serie de dignidades y beneficios eclesiásticos que se verían involucrados en la provisión de la futura vacante conquense. En primer lugar, acordaron que, tras el traslado del primero a Cuenca, la sede de León habría de pasar al doctor Rodrigo de Vergara, administrador de la sede de Tuy y procurador de Enrique IV en Roma, al tiempo que el arcedianazgo de Calahorra y el resto de beneficios eclesiásticos de los que Vergara disfrutaba en Castilla, habrían de ser entregados a Juan Pacheco, hijo ilegítimo del maestre. Asimismo, habría de conseguirse que el papa impusiera una pensión sobre la mesa episcopal de León en favor de este hijo de Pacheco en el caso de que con las prebendas y beneficios de Vergara no se alcanzara la cifra de mil ducados de renta anual que deseaba para aquel. Sin duda, con esta promoción del procurador del rey en Roma, allegado también al pontífice por sus cargos en la Curia, se pretendía favorecer la futura aceptación tanto de Enrique IV como de Paulo II de este acuerdo realizado sin su concurso. No obstante, se planteó la posibilidad de que Vergara no aceptara la sede de León con esas condiciones, por lo que Pacheco y Veneris acordaron procurar que el papa otorgara la sede leonesa a Alfonso de Paradinas (a quien nos referiremos en breve) “o a otro alguno”, pero siempre con la condición de que aquel que accediera a la sede de León aceptara que sobre sus rentas episcopales se impusiera la referida pensión en favor del hijo del maestre.

Sin embargo, los planes alternativos no fueron necesarios: el 6 de octubre de 1469 Paulo II, desoyendo las peticiones de Enrique IV, hizo efectivo el traslado del hasta entonces obispo de León, Antonio Jacobo de Veneris, a la sede conquense, sin duda en respuesta a los requerimientos de aquel en base al acuerdo de un Juan Pacheco que sin duda también envió sus propias suplicas a Roma en favor del legado²⁹². Aparte de provocar una gran indignación en Cuenca y en la Corte enriqueña, el traslado de Veneris tuvo como inmediata consecuencia que aquel mismo 6 de octubre de 1469 Paulo II realizara dos nuevas elecciones episcopales: en primer lugar, y tal y como se establecía en la confederación de mayo, Rodrigo de Vergara, protonotario apostólico y procurador de Enrique IV en Roma, fue trasladado desde la sede de Tuy a la entonces vacante de León, siendo impuesta una pensión anual sobre su mesa episcopal de 400 ducados en favor del hijo de Pacheco²⁹³. En virtud del contenido de la confederación,

²⁹² DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, p. 1264.

²⁹³ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 174.

hemos de suponer que Vergara se mostró de acuerdo con el plan de Pacheco, y, por tanto, es presumible que no se hubiera esforzado demasiado en cumplir la misión que le había confiado el rey para obtener la sede de Cuenca en favor de Juan Hurtado de Mendoza.

El maestre de Santiago hubo de quedar más que satisfecho con las decisiones tomadas en la Corte romana ese día, pues, aparte de aceptarse todo lo por él demandado en el acuerdo de mayo, también se designó para ocupar la vacante de Tuy por el traslado de Vergara a Pedro Fernández de Solís²⁹⁴, protonotario apostólico y, mucho más relevante para nosotros, un eclesiástico perteneciente a sus clientelas²⁹⁵ y que había sido su procurador personal en la Corte pontificia durante la contienda civil, llegando a actuar contra Enrique IV siguiendo los mandatos del maestre²⁹⁶. Por ello parece seguro que en este nombramiento también hubo de producirse una injerencia de Juan Pacheco, con el fin doble de recompensar los servicios que Fernández de Solís le había prestado y de introducir a un fiel colaborador en la alta jerarquía eclesiástica castellana. Paulo II también resultó beneficiado por los nombramientos realizados aquel 6 de octubre, pues todos se trataban de eclesiásticos ligados a la Curia, especialmente Antonio Jacobo de Veneris, su legado en Castilla. De esta forma, y frente a la intención de Enrique IV, pero con el asentimiento del maestre de Santiago, el papa pudo continuar viendo cómo las elecciones episcopales castellanas se resolvían en favor de los intereses de Roma.

²⁹⁴ *Ibidem*, p. 258.

²⁹⁵ Según explica Diego de Valera, Pedro Fernández de Solís fue criado del marqués de Villena. VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, *op. cit.*, p. 90. Y, en efecto, existe rastro documental de esta relación de dependencia: el 4 de diciembre de 1460 Juan Pacheco, por entonces solo marqués de Villena, fundador de la colegiata de Belmonte, envió a Pedro Fernández de Solís, administrador perpetuo del monasterio de Párraces, para asistir en su nombre al acto por el que la Iglesia de Cuenca aprobaba y reconocía la fundación de la colegiata de San Bartolomé de Belmonte. AYLLÓN GUTIÉRREZ, C., “Iglesia y poder en el marquesado de Villena...”, *op. cit.*, p. 105. Ejerció en Roma en repetidas ocasiones como procurador de los hermanos Juan Pacheco y Pedro Girón: En un momento indeterminado entre abril y julio de 1459 Pedro Fernández de Solís trajo de Roma a Burgos unas bulas en favor de Pedro Girón, maestre de Calatrava, titulándose como “Petrum Ferdinandi de Solís, administratorem procuratorem dicti reverendissimi patris ac magnifici domini Petri Giron, magistri de Calatrava”. AHNOB, Osuna, C. 1, doc. 56-60. A 7 de diciembre de 1468 se encontraba de nuevo en Roma ejerciendo como procurador de Juan Pacheco, marqués de Villena. Ese día abonaba y recibía carta de pago de ciertas bulas que en tiempo de Pío II fueron dadas en favor de Villena. AHNOB, Osuna, C. 41, doc. 42.

²⁹⁶ Datos sobre este eclesiástico, que sería más tarde obispo de Cádiz, en NIETO SORIA, Iglesia y génesis, *op. cit.*, pp. 435-436; y SÁNCHEZ HERRERO, J., “Episcopologio medieval gaditano...”, *op. cit.*, pp. 462-464. Como procurador y criado del marqués de Villena en Roma en 1464, PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 293. En el otoño de 1467 actuaría de nuevo como procurador en Roma en representación de los rebeldes a Enrique IV junto a Fernando de Arce, secretario del infante-rey. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 294-295.

También en ese mes de octubre de 1469 fue resuelta la vacante de la sede de Palencia, lo que, de nuevo, dio lugar a varios intercambios de sedes. Ese mismo 6 de octubre de 1469, Paulo II designó a Rodrigo Sánchez de Arévalo, hasta entonces obispo de Calahorra, como nuevo mitrado palentino²⁹⁷, lo cual era una recompensa más que adecuada por sus décadas de servicio tanto a Roma como a la monarquía castellana. En este caso, sabemos que Enrique IV quedó conforme con la promoción de este eclesiástico que tan bien le había defendido en Roma contra sus detractores: el 17 de diciembre de 1469 Paulo II indicaba expresamente en una bula que para su elección como nuevo prelado palentino había contado con el asentimiento del rey de Castilla²⁹⁸.

Sin embargo, y como veremos, la conformidad del monarca con la elección de Sánchez de Arévalo no se extendió al candidato escogido por el papa para cubrir la vacante producida por su traslado en Calahorra. En concreto, el papa proveyó aquel mismo mes de octubre de 1469 de dicha sede al ya referido Juan Díaz de Coca, decano del tribunal de la Rota y sin vínculos de servicio conocidos con Enrique IV. Quizá en un intento de compensar por ello al rey, Paulo II otorgó la sede de Oviedo, vacante por el traslado de aquel, a fray Alfonso de Palenzuela, hasta entonces obispo de Ciudad Rodrigo y uno de los consejeros y embajadores más destacados al servicio del monarca de Castilla²⁹⁹. A su vez, la mitra civitatense fue otorgada, el 20 de octubre, a Alfonso de Paradinas, hasta entonces tesorero de la Iglesia de Sevilla³⁰⁰.

Este último, doctor en decretos, se trataba claramente también de un candidato pontificio: desde que en 1422-1423 acudiera por primera vez a Roma, comenzó a desempeñar diversos cargos en la Curia³⁰¹, llegando a ser con el tiempo un relevante miembro de la cancillería apostólica³⁰². Gozaba, además, de la confianza personal de Paulo II, quien tan solo unos meses después de ser elegido obispo de Ciudad Rodrigo, le seleccionó para ocuparse de una delicada misión diplomática en el reino de Francia³⁰³. Tras su elección episcopal continuó residiendo en Roma, donde los papas le siguieron

²⁹⁷ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, *op. cit.*, p. 189.

²⁹⁸ Seguimos la transcripción que de dicha bula ofrece TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*, pp. 186-187.

²⁹⁹ MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, *op. cit.*, pp. 369-370.

³⁰⁰ La bula de nombramiento fue transcrita por *Ibidem*, doc. IV, p. 390.

³⁰¹ Remitimos al documentado estudio biográfico realizado por *Ibidem*.

³⁰² Ya destacó su vinculación a la cancillería pontificia GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede*, *op. cit.*, p. 12.

³⁰³ Fue enviado en octubre de 1470. Para el 13 de julio de 1471 ya había concluido su misión, pues ese día se le abonaron cuatrocientos florines de oro por ella. FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Las iglesias nacionales de España...”, *op. cit.*, pp. 27-28.

confiando encargos diversos. No obstante, nos consta que este eclesiástico también había servido a Enrique IV como su procurador en Roma durante, al menos, 1463³⁰⁴. A pesar de que sus servicios al rey parecen circunstanciales, este dato ya establece un vínculo entre Paradinas y el monarca que podría hacer asumible para este último su designación episcopal. En todo caso, y debido a que su posible nombramiento como obispo de León fue planteado por Juan Pacheco y Veneris en su acuerdo de mayo de 1469, no es descartable que existiera una relación entre Alfonso de Paradinas y el maestre de Santiago que fomentara su elección. Quizá para procurar la aceptación de todas estas provisiones desde el Alto Consejo de Enrique IV, el 30 de octubre de 1469 el papa concedió parte de los beneficios vacantes por la promoción episcopal de Paradinas a Diego Hurtado de Mendoza, deán de Sigüenza y, como ya se ha señalado, hijo del conde de Tendilla y sobrino del obispo Pedro González de Mendoza, miembros ambos del Alto Consejo de Enrique IV tras la guerra civil³⁰⁵.

A finales de ese año tendría lugar otra vacante en Castilla como consecuencia del fallecimiento, el 6 de diciembre de 1469, del cardenal Juan de Carvajal, administrador del obispado de Plasencia. La provisión de su vacante fue reservada por el papa, quien enseguida, en concreto, el 29 de enero de 1470, hizo entrega de la misma a Rodrigo de Ávila, hijo del doctor Pedro González de Ávila, señor de Navamorcuende, Villatoro y El Bohodón³⁰⁶ y, más importante, nepote del cardenal Carvajal. Según Lora Serrano, es presumible que el cardenal intercediera antes de su muerte para que su sede la heredara aquel, que también se encontraba, como su tío, al servicio de la Santa Sede³⁰⁷.

A pesar de lo favorable y admisibles que, en términos generales, para el rey y aquellos que se encontraban a su servicio resultaban estas elecciones, sabemos que la mayoría de ellas no partieron de la iniciativa personal de Enrique IV y que, además, se

³⁰⁴ El 20 de junio de 1463 Juan de Beaumont, lugarteniente de Enrique IV en el Principado de Cataluña, se dirigió a él para solicitarle que propusiera al papa como nuevo obispo de Barcelona a Juan de Híjar. Se refería al mismo como canónigo y tesorero de Sevilla y, más relevante, como procurador de Enrique IV. Ese día escribía sobre la misma cuestión al obispo de Oviedo, Rodrigo Sánchez de Arévalo. SOBREQUÉS CALLICÓ, J. *Catálogo de la cancellería de Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. 1335, p. 258.

³⁰⁵ MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, op. cit., doc. XII, p. 394.

³⁰⁶ Véase sobre su elección y sobre el mismo SÁNCHEZ GIL, J., “Rodrigo Dávila...”, op. cit., pp. 295-308.

³⁰⁷ Sobre su vínculo al cardenal GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede*, op. cit., p. 32; y LORA SERRANO, G., “Las elecciones episcopales de la diócesis de Plasencia...”, op. cit., p. 263 y p. 265.

realizaron en contra de su criterio. Ello lo conocemos gracias a dos órdenes del monarca que nos informan de su intención de proceder contra buena parte de aquellas elecciones. En concreto, en respuesta a una carta del concejo de Cuenca del 4 de diciembre de 1469 por la que se reclamaba al rey que respaldara la candidatura de Juan Hurtado de Mendoza, el 19 de diciembre Enrique IV se reafirmó en su decisión anterior y prohibió la recepción en Cuenca de otro prelado que no fuera Juan Hurtado³⁰⁸. Ello se traducía en que las otras provisiones provocadas por la designación de Veneris como obispo de Cuenca, las de Vergara y Fernández de Solís, tampoco habrían de tener lugar. Por su parte, el 25 de enero de 1470, el monarca prohibió al cabildo catedralicio de Calahorra y La Calzada hacer entrega de la posesión de la sede a Juan Díaz de Coca, explicitando que su nombramiento había sido realizado contra sus prerrogativas reales³⁰⁹. Sabemos, por la bula papal mencionada, que el rey sí apoyó el traslado de Sánchez de Arévalo de Calahorra a Palencia, pero con esta disposición contra el nombramiento de Díaz de Coca para Calahorra, quedarían también anulados los nombramientos de Palenzuela y Paradinas para Oviedo y Ciudad Rodrigo, respectivamente.

Estas cartas adquieren para nosotros una importancia esencial por cuanto vienen a mostrarnos el intento fracasado del monarca, una vez concluida la guerra civil, de recuperar para sí el control sobre las provisiones episcopales de sus reinos del que había disfrutado antes de que el conflicto recién concluido estallara en Castilla. En efecto, pocos días después de la expedición de esas cartas, en concreto, en el mes de febrero de 1470, Enrique IV se dirigió de nuevo al cabildo calagurritano y calceatense para comunicarles su aprobación del nombramiento de Juan Díaz de Coca como obispo³¹⁰, y al mismo tiempo hubo de emitir una orden similar en relación a la vacante conquense, pues, como ya expuso Díaz Ibáñez, el 7 de agosto de 1470 se tomaba posesión de la sede de Cuenca en nombre de Antonio Jacobo de Veneris, quien practicaría en adelante un absentismo absoluto³¹¹.

A tenor de todo lo expuesto, resulta evidente que, al concluir la guerra, un debilitado Enrique IV hubo de acabar plegándose a los dictados de su nuevo Alto Consejo y del pontificado en la provisión de las sedes episcopales. Como ha podido

³⁰⁸ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, pp. 1264-1265; y DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Parcialidades urbanas y pactos en torno a las elecciones episcopales...”, *op. cit.*, p. 603.

³⁰⁹ BUJANDA, F., *Episcopologio calagurritano*, *op. cit.*, pp. 37-38; y CANTERA BURGOS, F., *Alvar García de Santa María*, *op. cit.*, p. 369.

³¹⁰ BUJANDA, F., *Episcopologio calagurritano*, *op. cit.*, p. 37.

³¹¹ DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, *op. cit.*, pp. 122-123.

observarse, en 1469 se continuó promoviendo la selección de varios eclesiásticos caracterizados por estar personalmente muy vinculados al rey (Vergara, Palenzuela, Sánchez de Arévalo), pero la mayoría de aquellas elecciones se realizaron sin contar con el concurso personal del monarca y en respuesta a los intereses y objetivos en la Curia romana de quien se había logrado convertir al concluir la guerra en la verdadera cabeza del nuevo Alto Consejo regio: Juan Pacheco, maestre de Santiago, quien, sin duda, hubo de fomentar la aceptación final por parte del rey de todas estas elecciones a las que era contrario con el objetivo de que desde Roma se favorecieran, a su vez, sus propios asuntos. Sin duda, en la necesidad de este de congraciarse con el pontífice y mantener su favor hemos de encontrar la razón de que todos los candidatos propuestos y, finalmente, impuestos por Roma en 1469 para ocupar una sede castellana, fueran eclesiásticos gratos al pontífice y que sirvieran o hubieran servido en algún momento de su trayectoria en la Corte papal.

No obstante, el resto de los miembros del Alto Consejo de Enrique IV no se plegaron tan fácilmente como el rey al control que había pasado a ejercer el maestre de Santiago en las provisiones episcopales, y no tardaron en exigir que aquellas también fueran resueltas en favor de sus intereses. Así, a partir del mismo comienzo de 1470, y ya hasta la muerte del rey a finales de 1474, los eclesiásticos seleccionados para ocupar las mitras vacantes en Castilla fueron, de forma más que evidente, candidatos propuestos y amparados por los miembros del Alto Consejo al que tras el final de la guerra se había sometido Enrique IV. En concreto, el 29 de enero de 1470 fue nombrado obispo de Ávila Alfonso de Fonseca y Quijada³¹², y el 28 de febrero de 1470 era preconizado obispo de Orense Diego de Fonseca³¹³, sobrino y primo, respectivamente, de Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla y miembro del Alto Consejo regio resultante de la guerra civil, el cual nos consta que hizo que Enrique IV intercediera ante el pontífice para alcanzar el nombramiento episcopal de ambos³¹⁴. Por otro lado, el 15 de julio de 1472, fue promovido a la sede de Cádiz el mencionado Pedro Fernández de Solís³¹⁵, criado del maestre Juan Pacheco, mientras que la sede de Tuy que este

³¹² SOBRINO CHOMÓN, T., “La restauración de la diócesis...”, *op. cit.*, p. 432.

³¹³ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 99.

³¹⁴ Así se recordaba en los pleitos por su herencia años más tarde. VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, p. 20.

³¹⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 157.

ostentaba fue otorgada a fray Diego de Muros, maestro en teología y eclesiástico estrechamente vinculado a Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza³¹⁶.

Con la designación de un prelado afín no se acabó, ni mucho menos, el papel del obispo Mendoza en las elecciones episcopales de este periodo final del reinado de Enrique IV. El obispo de Sigüenza y su poderoso linaje habían sido el principal sostén del rey durante la guerra civil, razón por la que el monarca necesitaba tanto recompensar sus servicios pasados como conservar su favor ante un cada vez más claro conflicto sucesorio. Entre otras vías para alcanzar ambos objetivos, nos consta que el rey se sirvió de su capacidad de intervención en las elecciones episcopales de su reino para entregar el control de dos de las más potentes mitras castellanas a este clan: la de Palencia y la de Sevilla.

En efecto, el 18 de septiembre de 1470 el rey se comprometió con Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, a que suplicaría al papa que el primer obispado que vacara en Castilla fuera concedido a Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde y deán de Sigüenza, si este quisiera aceptarlo³¹⁷. Tan solo unos días después de la realización de aquella promesa, en concreto, el 4 de octubre de 1470, falleció Rodrigo Sánchez de Arévalo³¹⁸, quedando vacante una sede palentina que no tardó en ser otorgada a Diego Hurtado³¹⁹.

Pero, sin duda, la mayor recompensa que entregó Enrique IV a los Mendoza, aparte de conseguir que en 1472 el obispo de Sigüenza fuera nombrado cardenal por el papa³²⁰, y en la que mayores esfuerzos hubo de invertir, por las resistencias que se presentaron desde múltiples frentes, fue conseguir que la mitra de Sevilla se confiriera a Pedro González de Mendoza al fallecer el también favorito regio Alfonso de Fonseca en mayo de 1473³²¹. Para ello el monarca se hubo de enfrentar a un candidato pontificio, el cardenal de San Sixto Pedro Riario, sobrino del papa Sixto IV, y a uno de los magnates sevillanos más poderosos, el duque de Medina Sidonia Enrique de Guzmán, que

³¹⁶ Sobre este eclesiástico y sus vínculos con los Mendoza, véase VÁZQUEZ NÚÑEZ, G., *Don Diego de Muros*, *op. cit.*, pp. 17-18.

³¹⁷ RAH, Col. Salazar, 9/811, fols. 42r-43r.

³¹⁸ TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, *op. cit.*, p. 188.

³¹⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “La incorporación de la nobleza al alto clero...”, *op. cit.*, p. 569.

³²⁰ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, pp. 56-57.

³²¹ FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, *op. cit.*, p. 64.

pretendía la sede para su tío, Fadrique de Guzmán, obispo de Mondoñedo. Finalmente, el rey logró imponerse y entregar la sede a Mendoza³²².

Como puede observarse, a partir del mismo comienzo de 1470 y hasta el final del reinado, el sometimiento del rey a los dictados de su Alto Consejo en las provisiones episcopales fue más que evidente. El conflicto político y el estado de la gobernación del reino, en consecuencia, afectaron profundamente a estas y a su desarrollo y sentido, estableciendo por algún tiempo un procedimiento de consenso entre el rey y el Alto Consejo como consecuencia del conflicto político precedente y de los nuevos equilibrios de poder resultantes en lo que tocaba a la gobernación general del reino.

³²² DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Iglesia y nobleza en la Sevilla...”, *op. cit.*, p. 909.

II – El Consejo Real

Desde los inicios de la dinastía Trastámara, el Consejo Real se convirtió en el principal órgano de gobierno del reino y en uno de los más importantes resortes del poder de la monarquía³²³. “De ahí”, como bien ha señalado García Vera, “el enorme interés de los grupos nobiliarios por intervenir en él y por controlar tanto su presidencia como los puestos de consejeros”³²⁴. En concreto, durante los reinados de Juan II y de Enrique IV, asistimos a la transformación del Consejo Real en el escenario principal de las luchas entre la alta nobleza, siempre dividida en facciones, y la monarquía debido al interés de los componentes de la primera por adquirir el dominio de este organismo desde el que habría de dirigirse el reino y distribuirse los recursos de la Corona³²⁵. Precisamente, una de las principales causas, sino la más importante, que se encuentra tras la rebelión nobiliaria de 1464 es la lucha de distintos sectores de la alta nobleza por dominar este organismo y transformarlo, en palabras de García Vera, “en un instrumento al servicio de sus intereses”³²⁶.

En el seno del Consejo los monarcas trataron siempre de situar a sus principales colaboradores, y entre aquellos, ya desde la misma fecha en la que este organismo fue institucionalizado en 1385, los eclesiásticos adquirieron un lugar preferente³²⁷. La literatura política de la época se ocupó de destacar el deber regio de contar con el consejo del clero para el mantenimiento del buen estado espiritual y material del reino y del propio monarca, que podría ser valorado de esta forma como buen cristiano³²⁸. Pero en el contexto conflictivo que nos ocupa, la inserción de los miembros del episcopado castellano en el Consejo Real nos interesa sobre todo en tanto que es reflejo de su participación en la propia contienda y del interés de determinados prelados

³²³ Un desarrollo de la evolución de este organismo en DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 69-209.

³²⁴ GARCÍA VERA, M. J., “Aproximación al estudio de las élites de poder...”, op. cit., p. 89.

³²⁵ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 105; y QUINTANILLA RASO, M. C., “La nobleza en la historia política castellana...”, op. cit., p. 187.

³²⁶ GARCÍA VERA, M.J., *La nobleza castellana bajomedieval...*, op. cit., Tomo II, p. 909. Entre otros trabajos en los que se aborda esta cuestión, resulta fundamental VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, op. cit.

³²⁷ Una visión de conjunto de la presencia de los eclesiásticos en el Consejo Real durante la etapa bajomedieval, véase NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., pp. 154-164. En concreto para el largo reinado de Juan II de Castilla, VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, op. cit., pp. 36-42 y pp. 104-121.

³²⁸ NIETO SORIA, J. M., *Fundamentos ideológicos del poder real*, op. cit., p. 208.

políticamente ambiciosos por adquirir un lugar en el mismo desde el que influir y controlar el gobierno del reino. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, o Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y luego de Sigüenza, son los primeros en una lista relevante de prelados que se insertaron en los bandos que pugnarón en torno al trono durante estos años con el objetivo de conservar o adquirir para sí mismos y para sus parientes y aliados un lugar principal en un Consejo al que también trataron de imponer sus propios criterios en cuanto a su organización y facultades frente a un poder regio cada vez más absoluto. La aceptación o rechazo por parte de la monarquía de sus pretensiones en torno a estas cuestiones sería en muchos casos, al igual que ocurría con los principales miembros de la alta nobleza el reino, el factor fundamental que determinó los posicionamientos políticos de aquellos obispos más significativos desde una perspectiva política.

En este apartado atenderemos a la evolución de la inserción de los miembros del episcopado en el Consejo Real desde que en mayo de 1464 estallase la rebelión. Como podrá comprobarse, este periodo es especialmente relevante en lo que se refiere a la participación del episcopado en este organismo, dado que la composición del Consejo y la inserción de los obispos en el mismo fue objeto de distintas ordenaciones aceptadas, propuestas o impuestas y formó parte principal de numerosos acuerdos y negociaciones en la que participaron un número significativo de prelados. Por otro lado, la creación de una Corte paralela en torno al príncipe don Alfonso tras su coronación en Ávila, significó la formación de un nuevo Consejo Real simultáneo o alternativo en el que se insertarían y sobre el que ejercerían su poder determinados prelados pertenecientes al bando alfonsino, al tiempo que otros hacían lo propio en el enriqueño³²⁹. Todo ello, sumado a la relevante participación política de numerosos miembros del episcopado en el contexto que nos ocupa, es causa de que nos veamos obligados a realizar un desarrollo prácticamente completo de la evolución del Consejo Real en el contexto de la guerra civil, pues es verdaderamente difícil no encontrar en alguna de las fases o hitos principales del conflicto a alguno de los prelados políticamente más significativos relacionados con este organismo, ya fuese exigiendo o colaborando en su reforma, formando parte de sus miembros o reclamando un lugar en el mismo.

³²⁹ Sobre la creación de un Consejo Real alfonsino ya trató DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 115. Véase también MORALES MUÑIZ, M. D. C, *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 338-341 sobre los componentes del Consejo Real alfonsino.

1) ¿Consejo o consejos? El Consejo de Justicia y el Alto o Secreto Consejo

Dado que vamos a tratar sobre la inserción de los miembros del episcopado en el Consejo Real durante este periodo, consideramos imprescindible comenzar puntualizando que bajo el término general de Consejo Real se englobaban dos realidades bien distintas cuya distinción, en muchos casos y periodos, resulta verdaderamente difícil de establecer. Basándose en referencias cronísticas y documentales, Salustiano de Dios³³⁰ señaló en su día que era posible constatar la existencia, en el contexto que nos ocupa, de dos tipos de Consejos Reales, denominados Consejo de Justicia y Alto Consejo o Consejo Secreto, según la fuente, cuyas funciones este autor consideró difíciles de determinar. Más recientemente Nieto Soria ha expuesto que en la Castilla Trastámara “se hizo cada vez más patente la existencia de un Consejo Real técnico como instrumento de la administración regia y con progresiva proyección en el ejercicio central de la justicia, junto con un Consejo del Rey, en el que sobre todo están presentes miembros de la nobleza más eminente, junto con algunos grandes prelados”³³¹, que estaría destinado “a tomar posiciones sobre asuntos relevantes para la gobernación del reino”³³², correspondiendo cada uno de ellos, respectivamente, a ese Consejo de Justicia y Alto o Secreto Consejo señalados por Salustiano de Dios.

En este sentido, al estudiar los contratos de privanza de Enrique IV de Castilla, algunos de los cuales habremos de analizar en el presente capítulo, François Foronda planteó la hipótesis, que, personalmente, consideramos muy acertada, de que los individuos que por aquellos contratos eran designados como especiales servidores o privados del rey habrían de pasar a insertarse en una estructura de carácter informal y que sobresale por encima del Consejo calificada por las fuentes como Consejo Secreto o Alto Secreto, cuya función sería la de asegurar y controlar la gobernación del reino. Dicho de otra manera, los miembros de este Alto o Secreto Consejo serían aquellos privados o favoritos del rey que gobernarían el reino junto al monarca. De esta forma,

³³⁰ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 122-129.

³³¹ NIETO SORIA J. M., “El consejo como representación...”, op. cit.

³³² NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 154.

aquellos contratos vendrían a suponer formaciones o remodelaciones de aquel Consejo Secreto³³³, quedando aparte ese Consejo técnico, denominado expresamente Consejo de Justicia en distintas fuentes, al que se refieren Salustiano de Dios y Nieto Soria.

Esta puntualización es importante para nosotros porque durante la contienda encontramos a obispos insertos en ambos Consejos, y, a tenor de lo expuesto, sería un grave error otorgar la misma significación a que un determinado prelado fuese designado o admitido para formar parte de uno u otro: los prelados que se insertaran en el Consejo de Justicia habrían de contar con un perfil técnico y burocrático y se ocuparían de asuntos puramente administrativos y judiciales, mientras que los pasaran a formar parte del Alto Consejo o Consejo Secreto habrían de disfrutar de una influencia y poder político notable y adquirirían con ello una participación en el gobierno del reino en tanto que privados o principales colaboradores regios en la gobernación. En este sentido, fue por el control de este último Consejo por el que los más poderosos miembros de la alta nobleza y alto clero castellano pugnarían durante estos años, y sería el predominio de este Consejo en la gobernación del reino el que trataron de imponer los rebeldes al monarca para mediatizar su poder real, fin último de su rebelión.

Por ello en el presente estudio distinguiremos entre un Consejo de Justicia y un Alto Consejo al referirnos a la inserción de los miembros del episcopado en el Consejo Real, intentando determinar en cada caso, cuando las fuentes no lo especifiquen de forma expresa, a cual de ambos se refieren aquellas. En este sentido, el atender al perfil de los obispos es de gran utilidad, pues, cuando se hace referencia expresa a alguno de los Consejos, es observable que lo común era que los prelados con mayor formación académica, más experiencia en los órganos burocrático-administrativos de la Corona y de orígenes más humildes y, por tanto, con menor relieve político, formaran parte del de Justicia, mientras que los prelados con mayor capacidad política y ligados a las altas esferas del reino aspiraran a insertarse y se insertaran en el Alto Consejo. Podremos comprobarlo en las páginas siguientes.

2) El Consejo Real ante el inicio de la rebelión nobiliaria

³³³ FORONDA, F., “Vers un gouvernement de jure...”, *op. cit.*, pp. 212-213.

Enrique IV fue muy consciente desde el comienzo de la rebelión de que el objetivo prioritario de los líderes de la facción rebelde, el marqués de Villena don Juan Pacheco y el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, era hacerse con el control del Alto Consejo: la causa última que había provocado el alzamiento de sus opositores no era otra que el desplazamiento definitivo del arzobispo y del marqués del Alto Consejo a causa de la traición cometida por ambos contra el monarca en las negociaciones de paz con el rey de Aragón en 1463. Tras un periodo de transición³³⁴, en los primeros meses de 1464 ambos serían definitivamente remplazados por un nuevo equipo de gobierno compuesto por dos miembros del denominado clan de los Mendoza: Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, y Beltrán de la Cueva, entonces conde de Ledesma³³⁵.

De ello que el monarca, siempre contrario a cualquier tipo de confrontación, preparase una gran confederación en el contexto de las primeras negociaciones mantenidas con sus rebeldes entre junio y agosto de 1464³³⁶ con la que trataría de sofocar de forma rápida la revuelta. Por ella el rey y su esposa, la reina doña Juana, se comprometían con los más destacados miembros de la nobleza castellana, tanto la fiel como la rebelde al rey, a “vos resçebir e resçebimos vos por nuestros espeçiales e buenos e leales seruidores” y a que “vos honrraremos e fiaremos de vosotros más que de otros algunos de nuestros regnos e vos comunicaremos nuestros secretos e consejos” si juraban ser fieles a los monarcas y a su hija, la princesa Juana³³⁷. Dicho de otra manera, si les juraban fidelidad y terminaban su revuelta, el rey les recibiría, como sus privados,

³³⁴ A finales de 1463-1464, ambos, junto al conde de Ledesma Beltrán de la Cueva y el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, aún entendían en las cosas del Consejo. ENRÍQUEZ DE CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 206 y p. 210. Mientras Enrique IV permaneció los primeros meses de 1464 en Andalucía, al frente del Alto Consejo quedaron el arzobispo, el marqués y el obispo de Calahorra, y a ellos se dirigía el rey el 9 de febrero de 1464 para ordenar el pago de la gente de la frontera. Documento transcrito en ECHEVARRÍA ARSUAGA, A., *Caballeros en la frontera*, op. cit., p. 130, nota al pie 103.

³³⁵ Un desarrollo de los acontecimientos en ENRÍQUEZ DE CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 206-207 y pp. 211-213. También puede verse las páginas que al inicio de la revuelta nobiliaria dedica SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit. El 15 de agosto de 1464 el monarca informaba de que libraba anualmente 100.000 maravedíes al obispo Mendoza “porque anda continuamente en la mi Corte en mi seruiçio en el mi Consejo”. Convertía entonces esta concesión en un juro de por vida. AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

³³⁶ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 29 ha datado este documento sin fecha entre mayo y junio de 1464. Teniendo en cuenta la firma en dicho escrito del marqués de Villena y, como referimos en el apartado referente a las negociaciones, que el marqués acudió hacia finales de junio de 1464 a Madrid para negociar con el rey y en las siguientes semanas se desarrollaron allí negociaciones, consideramos más precisa la data que ofrecemos para el mismo.

³³⁷ El documento en AGS, PTR, leg. 11, doc. 79 y leg. 7, doc. 110. Ha sido analizado por FORONDA, F., “Vers un gouvernement de jure...”, op. cit., pp. 219-221.

en su Alto Consejo. Entre los nobles y prelados a los que iban destinadas las promesas del rey se encontraban el arzobispo de Toledo y el obispo de Calahorra, aunque finalmente solo este prelado, el vizconde de Torija, hermano de este obispo, el marqués de Villena, que encabezaba aquellas primeras negociaciones en representación de sus aliados, y el conde de Ledesma firmaron aquella confederación, sin duda a causa de que fueron estos cuatro personajes quienes negociaron el contenido de este texto³³⁸. Como medio de crear un amplio consenso en torno a su gobierno que evitase el estallido de la guerra, el rey también planteó que otros prelados y caballeros se incorporasen a esta gran confederación y, por extensión, al Alto Consejo, pero se preocupó de indicar que los Fonseca, arzobispos de Sevilla y de Santiago, quedarían en todo caso excluidos de la misma³³⁹, sin duda a causa de los enfrentamientos que durante aquel verano mantuvo el rey con ambos.

El monarca pretendió atajar la revuelta incorporando a todos aquellos nobles y prelados a su Alto Consejo, pero la propuesta de unificar en un mismo gobierno a las facciones que competían por el control de su persona y del reino no podía satisfacer los intereses de sus opositores. Este intento de atajar la revuelta nobiliaria, por tanto, estaba destinado a fracasar.

La ruptura entre el monarca y los sublevados fue total tras las vistas de San Pedro de las Dueñas. En la Junta de Burgos los nobles y prelados rebeldes redactaron un manifiesto (28-IX-1464)³⁴⁰ contra el monarca en el que no dejaron de estar presentes las críticas a las deficiencias del Consejo de Justicia y a los obstáculos que ponía el rey y sus colaboradores a este organismo en el ejercicio de su labor, con lo cual descalificaban a don Enrique en una de sus principales funciones como rey³⁴¹.

³³⁸ Como un proyecto fallido planteado por estos consejeros del rey en el contexto de aquellas negociaciones lo interpreta también SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 294.

³³⁹ “E porque otros algunos grandes del regno, perlados e caualleros, que non están aquí querrán entrar en esta confederación e amistad, que aquellos que de oy en çinquenta días firmaren en ella por sus personas o por sus procuradores con sus poderes bastantes, sean en ella conprehendidos como qualquier de los que arriba son declarados con aquellos mismos vínculos e fuerças, eçebtos los arçobispos de Seuilla e de Santiago”.

³⁴⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCVII, pp. 327-334, Analizado en detalle por QUINTANILLA RASO, M. C., “Discurso aristocrático...”, op. cit., pp. 550-552.

³⁴¹ Así señalaban que “los letrados de vuestro consejo é oidores é alcaldes de vuestra corte y chancellería non les son pagados nin librados los maravedis que en vuestros libros tienen é han de aver”, y que “los de vuestro consejo non puedan faser justicia, porque como ellos bien saben, quando la quieren faser, por parte de vuestra alteza é de otros que acerca de aquella son, les es vedado”. *Ibidem*, doc. XCVII, p. 331. En este fragmento se puede observar también esa diferencia entre el Alto Consejo y el Consejo de Justicia, acusándose aquí a los primeros de impedir la labor de los segundos. Sobre las críticas al Consejo en este documento, véase DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 112.

Asimismo, en aquel Manifiesto los rebeldes solicitaron la exclusión de Beltrán de la Cueva y de sus allegados de la Corte, acusándole de tener cautivo al monarca y a los infantes, sus hermanos³⁴². El recambio en el Alto Consejo del rey, por tanto, era también una exigencia de aquellos prelados³⁴³ y nobles rebeldes que respaldaban el Manifiesto de Burgos, y aunque ahora la crítica se centraba en don Beltrán y, de forma genérica, en sus colaboradores, el tiempo demostraría que uno de los propósitos de aquellos era también expulsar a aquel otro miembro del clan Mendoza que desde la traición al rey de Pacheco y Carrillo en las negociaciones de paz con el rey de Aragón encabezaba junto al conde de Ledesma el Alto Consejo del rey: el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza³⁴⁴.

En un primer momento, el rey se propuso resistir a sus rebeldes, y estando en Valladolid a mediados de octubre de 1464, y según relata Enríquez del Castillo, “mandó llamar a los de su alto Consejo, principalmente” a Beltrán de la Cueva, al obispo Mendoza y, también, y a don Lope de Barrientos, uno de los eclesiásticos y políticos más relevantes del reinado de Juan II que se encontraba alejado de la corte desde hacía años, pero al cual, ante el estallido de la rebelión nobiliaria, el rey decidió convocar para que se incorporara a su Alto Consejo. Ello fue sin duda respuesta a su fidelidad personal a Enrique IV, de quien había sido “su ayo y maestro”, pero también del objetivo regio de valerse de la experiencia adquirida por el prelado conquense en las revueltas nobiliarias a las que se hubo de enfrentar Juan II de Castilla en los últimos años de su reinado, pues durante aquellas el obispo fue uno de los más firmes valedores del monarca castellano³⁴⁵. Así debieron entenderlo el resto de los consejeros del monarca, pues cuando el rey pidió “que le dicesen e aconsejasen” cuál debía ser su proceder, “como el obispo de Cuenca era entre todos ellos el más antiguo y de más letras, que en los tienpos del rrey don Juan, su padre, avía cabido en la gobernación del reyno [...]

³⁴² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCVII, p. 332. Esta misma crítica hacia don Beltrán se expuso también en la circular remitida por la Junta de Burgos a las ciudades del reino. AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15.

³⁴³ Estos eran los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago y los obispos de Burgos, Coria y Osma.

³⁴⁴ Aunque no llegaría a alcanzar cumplimiento, cuando el rey claudicó y aceptó la formación de una comisión para la reforma del reino, los integrantes de la misma llegaron a redactar una orden de expulsión del obispo de Calahorra de la corte, al igual que contra otros personajes, bajo la acusación de ser cercanos colaboradores de don Beltrán. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CVI, pp. 350-352, con fecha del 12 de diciembre de 1464. Los órdenes de expulsión contra el obispo, don Beltrán y otros miembros de la corte enriqueña cercanos a ellos en AHNOB, Frías, C. 9, docs. 4-9, en concreto la del obispo en doc. 8.

³⁴⁵ Sobre la trayectoria política de Barrientos, véase MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit.

todos conformes dixerón que a él pertenecía hablar primero”. Entonces Barrientos aconsejó al rey “que su altesa no viesiese con ellos”, los rebeldes, “a partido ninguno, salvo en todo caso dalles la batalla”. El rey rechazaría su consejo, lo que no dudó en criticar ante el monarca el prelado conquense³⁴⁶.

Conviene señalar que, a pesar de su decepción ante la actitud de su antiguo pupilo, el obispo Barrientos no se retiró de la Corte regia, sino que permaneció junto a Enrique IV hasta finales de marzo-principios de abril de 1465³⁴⁷, aunque no parece que se implicara en los tratos del monarca con los sublevados, a los cuales, como hemos visto, se opuso férreamente. A comienzos de 1465 se le puede encontrar incluso ejerciendo *de facto* como miembro del Consejo de Justicia del rey y colaborando en el objetivo regio de atraer partidarios ante el inminente estallido de la guerra³⁴⁸. Precisamente, en su rechazo a que el monarca cediera ante los rebeldes y en su recuperado puesto en el Consejo Real, desde el cual podría ejercer una influencia nada desdeñable sobre el rey, hemos de encontrar buena parte de las razones por las que, presentada la oportunidad, el principal de entre los rebeldes, el marqués de Villena, ordenó capturar al prelado y le mantuvo preso durante meses³⁴⁹. Con ello no solo anulaba a un relevante partidario de Enrique IV, sino que eliminaba del círculo de confianza regio a alguien que podría estorbar los objetivos de la liga nobiliaria.

³⁴⁶ La junta, el parecer del obispo y la discusión que mantuvo con el rey en ENRÍQUEZ DE CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 223-224.

³⁴⁷ Dan noticia de su presencia junto al rey en los meses siguientes dos cartas suyas al concejo de Cuenca a 27 de noviembre y 7 de diciembre de 1464 transcritas en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos, op. cit.*, doc. CXI, pp. 354-355, donde daba cuenta tanto de ello como del estado de las negociaciones entre Enrique IV y los rebeldes. Que continuaba junto al rey e interviniendo en asuntos de gobierno a comienzos de 1465 se puede observar en algunas cartas que el concejo conquense remitió al prelado para solicitarle que favoreciese las peticiones que mandaban al rey. Así, el 7 de febrero de 1465 le suplicaban que “a vuestra merced plega trabajar con el señor rey como luego se remedie” cierta cuestión, al igual que lo hacían el 16 de febrero, el 15 de marzo y el 26 de marzo sobre otras. GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos, op. cit.*, doc. CXIII, p. 357, doc. CXIV, p. 358, doc. CXVII, p. 362 y doc. CXIX, p. 364, respectivamente.

³⁴⁸ Aunque sin mes ni día, pero sin duda de comienzos de 1465 dado que el 4 de abril Barrientos ya se encontraba preso y lo estaría hasta el final de aquel año, “Lupus, episcopus Conchensis” refrendaba una provisión de Enrique IV junto a otros miembros del Consejo de Justicia, el obispo de Cartagena, Alfonso de Velasco, “Didacus, doctor”, “Petrus, licenciatus”, y “Petrus, bachalarius”, por la que el rey perdonaba a la ciudad y habitantes de Sevilla por los disturbios pasados, con lo cual, además, podemos observar al prelado conquense participando en los intentos del monarca de atraer a ciertos sectores del reino a su partido en los prolegómenos de la guerra. AHNOB, Frías, C. 11, doc. 28.

³⁴⁹ El 4 de abril de 1465 el concejo de Cuenca escribía al rey para denunciar la prisión del obispo. GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos, op. cit.*, doc. CXX, p. 365. En una carta dirigida aquel día por el concejo al príncipe Alfonso se indicaba que regresando el obispo de la corte fue cuando hombres del marqués de Villena le apresaron, doc. CXXI, pp. 366-367. Sobre la prisión de Barrientos, véase DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla, op. cit.*, p. 117.

Regresando a octubre de 1464, Enrique IV acabó claudicando y accedió a negociar con sus rebeldes aquel mismo mes³⁵⁰. En estas negociaciones hubieron de implicarse los miembros de su Alto Consejo, entre ellos el obispo de Calahorra, entre otras razones porque, más allá de su deber de consejo, si no lo hacían cabía la posibilidad de que quedaran excluidos del gobierno del reino si el rey acababa cediendo completamente ante las exigencias de sus rebeldes. Una de las cuestiones que estuvieron presentes en estas negociaciones desde el primer momento fue la composición del Alto Consejo del rey, pues, como se ha señalado, la razón última de este conflicto radicaba en los deseos de los miembros de la liga de adquirir su control.

En un primer concierto, firmado entre Enrique IV y el marqués de Villena como representante de la liga, por un lado, y entre el marqués y quienes controlaban entonces el Alto Consejo Real, el clan de los Mendoza, por el otro, firmado el 25 de octubre de 1464³⁵¹, ya se incluyó una cláusula por la que se buscaba fijar quiénes habrían de componer en adelante del Alto Consejo del rey: el marqués de Villena, el obispo de Calahorra, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y el vizconde de Torija, hermano del obispo de Calahorra, los tres últimos del clan de los Mendoza, habrían de ser en adelante los componentes del Alto Consejo del rey, mientras que don Beltrán de la Cueva, también integrante de aquel clan y principal privado del rey, debería abandonar la Corte y, por extensión, su puesto en el Alto Consejo durante seis meses³⁵². Es relevante comprobar cómo se intentó compensar a los Mendoza por las condiciones que se les impusieron en este primer acuerdo, la renuncia del maestrazgo de Santiago por parte de don Beltrán y su salida de la corte, con un predominio numérico en el Alto Consejo del rey, lo cual respondía únicamente al objetivo de que accedieran a aquellas condiciones impuestas en su perjuicio, pues en adelante se demostraría que los rebeldes no estaban dispuestos a cumplir aquellas cláusulas con el partido al que, a fin de cuentas, trataban de apartar del rey. Pero, de momento y desde que en mayo se iniciara

³⁵⁰ Para el desarrollo de los principales hitos de la guerra a partir de este momento, remitimos a MORALES MUÑIZ, M. D. C, *Alfonso de Ávila, op. cit.*, pp. 39 y ss.

³⁵¹ El documento en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CI, pp. 337-340, del original custodiado en RAH, col. Salazar, 9/1641, carp. 33. Dicha concordia comenzaba así: “Las cosas que son apuntadas, concertadas é seguras por el Rey nuestro Señor con don Johan Pacheco, Marques de Villena” y representante de la liga en estos acuerdos, “é entre el dicho Marques é don Beltran, Maestre de Santiago, Conde de Ledesma é el reverendo padre Obispo de Calahorra, é don Pedro de Velasco, fijo del Conde de Haro é don Lorenzo, Vizconde de Torija son las siguientes”, con lo que queda patente en el propio documento el doble nivel de negociación que hemos señalado.

³⁵² *Ibidem*, doc. CI, p. 339.

la rebelión, Pedro González de Mendoza continuaba permaneciendo como principal miembro del episcopado junto al rey.

3) La remodelación del Alto Consejo y el Consejo de Justicia en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo

La composición del Alto Consejo no volvería a ser expresamente objeto de atención hasta que el 5 de diciembre de 1464 una amplia nómina de prelados y nobles rebeldes, entre ellos Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, y Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, redactaron un extenso memorial en el que recogieron aquellas cuestiones que, por su parte, debían ser tratadas y remediadas por la comisión que había sido nombrada el 30 de noviembre anterior³⁵³ para solventar las diferencias entre el rey y sus rebeldes y reformar el gobierno del reino³⁵⁴. En este memorial, base de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo que acabaría redactando aquella comisión, los prelados y nobles rebeldes prestaron atención tanto al Alto Consejo como al Consejo de Justicia, haciendo distinción expresa de ambos. Así, con respecto al Alto Consejo, los prelados señalados junto a sus compañeros de rebelión, exigieron lo siguiente:

“Otrosy, suplicamos a vuestra real señoría que por lo que cunple al descargo de vuestra conçiencia, e por el bien de la justiçia e de la república de vuestros regnos e para el regimiento e gouernaçión dellos, que en el vuestro Alto Consejo vuestra real señoría quiera tener otra manera de la que fasta aquí ha tenido, e quiera tomar de los perlados e cavalleros e letrados de su regno todos aquellos que entendiere ser hábiles, ydóneos e pertenesçientes para lo susodicho, e que los parta en dos partes: la meytad residan en la dicha su corte e Consejo por seys meses e la otra meytad por otros seys; porque entendemos que fasiendo asý Dios será seruido e vuestra altesa e vuestros regnos serán bien regidos e gouernados. E esto se entienda en el Consejo Mayor e Secreto”.

Por tanto, un Alto Consejo en el que habrían de residir determinados prelados junto a todos aquellos otros letrados y caballeros idóneos y hábiles de su reino para

³⁵³ Como es conocido, la comisión estaría formada por don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y el comendador don Gonzalo de Saavedra, por parte de Enrique IV, y por el marqués de Villena y el conde de Plasencia por los rebeldes, con el general de la orden de San Jerónimo, fray Alonso de Oropesa, como tercero. AHNOB, Frías, C. 15, doc. 3, en concreto, fol. 4v.

³⁵⁴ El Memorial de agravios del 5 de diciembre de 1464 en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3. Fue editado parcialmente por FRANCO SILVA, A., Juan Pacheco, privado de Enrique IV, *op. cit.*, pp. 618-631.

gobernar y regir junto al monarca el reino. ¿Quiénes deberían ser aquellos? Nada se indica, pero no es difícil suponer que estarían pensando en ellos mismos o en sus allegados o clientes.

A continuación, con respecto al Consejo de Justicia, solicitaban lo siguiente:

“E quanto al Consejo de la Justiçia, que se guarden las leyes e ordenanças que çerca dello tienen fechas, e non estobe nin impida la justiçia que los del Consejo fisieren e administraren, e si vuestra altesa lo fisiere e mandare, lo que Dios non quiera, que en tal caso vuestro mandamiento non sea obedesçido nin conplido”³⁵⁵.

Se trataba, en consecuencia, de un Consejo de Justicia cuya organización habría de basarse en las ordenanzas publicadas hasta la fecha y que, en su proceder, habría de ser independiente del rey. Estas peticiones, junto al resto contenidas en el Memorial, fueron presentadas a los miembros de la comisión de Medina el 12 de diciembre de 1464 por García Fernández Azor, capellán del arzobispo Carrillo, quien solicitó en nombre de sus firmantes que procedieran a deliberar sobre aquellas³⁵⁶.

3.1. El Consejo de Justicia en la Sentencia de Medina del Campo

En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, publicada el 16 de enero de 1465³⁵⁷, los miembros de la comisión para la reforma del reino valoraron las peticiones de los prelados y caballeros rebeldes al rey en torno a ambos Consejos y determinaron lo siguiente:

“Otrosy, a lo que fue suplicado que a su real señoría pluguiese tener en su Consejo³⁵⁸ de los perlados e caualleros e letrados de sus regnos ábiles e pertenesçientes e ydónios para lo susodicho, los quales fuesen partidos en dos partes, la mitad que residiesen en la dicha corte e Consejo por seys meses e la otra mitad por otros seys, e que quanto al Consejo de la Justiçia se guardasen las leyes e ordenanças que çerca desto están fechas e non se estoruase nin ynpidiese la justiçia que los del dicho Consejo fisiesen o quisiesen faser por carta nin mandamiento contrario, paresçionos que lo sobre dicho cunple mucho para el bien de la república destos regnos e para descargo de la conçiencia del

³⁵⁵ La referencia a ambos Consejos en concreto en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 5r.

³⁵⁶ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 10v.

³⁵⁷ El documento en AGS, PTR, leg. 92, doc. 73. Fue editado en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, pp. 355-479.

³⁵⁸ Préstese especial atención a este denominación del Alto Consejo como únicamente “Conseio” y al Consejo de Justicia como “Conseio de la Justiçia”.

dicho señor rey, e para buen regimiento e gouernaçión e que es mucho conforme a las leyes e ordenanças e costumbres antiguas destos regnos”³⁵⁹.

“Por ende”, continuaban a renglón seguido, procedían a organizar “el Consejo de la Justiçia”. Los miembros de la comisión de Medina ordenaron que se guardasen las leyes y ordenamientos hechos por Enrique III, Juan II y el propio Enrique IV sobre dicho Consejo de Justicia³⁶⁰, tras lo cual estipularon que este Consejo debería estar compuesto por cuatro prelados, cuatro caballeros y ocho letrados “legos”, aunque inmediatamente se incumplió esa última cláusula. Como requisito para su selección, todos ellos deberían ser “personas idóneas é suficientes é letrados é temientes á Dios”³⁶¹. A continuación, se designaba, sin el concurso regio, a los que habrían de ser en adelante los miembros del Consejo de Justicia. Los escogidos fueron los siguientes³⁶²:

MIEMBROS DEL CONSEJO DE JUSTICIA SELECCIONADOS POR LA COMISIÓN DE MEDINA DEL CAMPO		
PRELADOS	CABALLEROS	LETRADOS
Don Lope de Rivas, obispo de Cartagena	Juan Manrique, conde de Castañeda	Doctor Sancho García de Villalpando
Don Pedro de Córdoba y Solier, electo de Córdoba	Alfonso de Silva, conde de Cifuentes	Doctor Diego Sánchez del Castillo
Don Juan Arias Dávila, obispo de Segovia	Alfonso de Velasco	Doctor Diego Gómez de Zamora
Fray Alfonso de Palenzuela, obispo de Ciudad Rodrigo	Don Íñigo de Mendoza	Doctor de Rutia
		Doctor García López de Madrid
		Licenciado de la Cadena
		Licenciado Alvar Pérez, chantre de Salamanca ³⁶³
		Licenciado de Vadillo

³⁵⁹ Seguimos en este fragmento la copia de la Sentencia custodiada en AGS, PTR, leg. 92, doc. 73, fol. 654r, pues hemos detectado faltas de concordancia entre la transcripción de este documento contenida en Memorias de Enrique IV, doc. CIX, p. 398 y lo indicado en el ejemplar de Simancas. Así, tras el segundo “Conseio” del fragmento recogido, en la transcripción se incluyó un “de justicia” que en el documento de Simancas no existe, cambiando así el sentido de esta disposición.

³⁶⁰ “[...] que en el dicho conseio de la justiçia del dicho señor rey se guarden las leyes e ordenanças fechas asý por el dicho señor rey don Juan, de gloriosa memoria, padre del dicho señor rey, como por su altesa e por el señor rey don Enrique, su abuelo”. AGS, PTR, leg. 92, doc. 73, fol. 654r.

³⁶¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 399.

³⁶² El listado en *Ibidem*, CIX, p. 399; y AGS, PTR, leg. 92, doc. 73, fol. 654r.

³⁶³ De ello que señalemos que aquella cláusula sobre los ocho letrados legos se incumplió ya en el propio texto.

Estos prelados, caballeros y letrados se dividirían en dos grupos que habrían de servir en la Corte en turnos rotatorios de seis meses. Cada uno estaría formado por dos prelados, dos caballeros y cuatro letrados. En la Sentencia se especificaba también su división: un equipo estaría formado por los obispos de Cartagena y Ciudad Rodrigo, el conde de Cifuentes y don Íñigo de Mendoza, los doctores Sancho García de Villalpando, Diego Gómez de Zamora y García López de Madrid y el licenciado de la Cadena, y el otro, por los restantes. Se prohibía expresamente que alguno de aquellos pudiera servir en el turno correspondiente a los otros³⁶⁴. Asimismo, se estipularon sus salarios con el objetivo de evitar que en adelante se excusaran de residir o no sirvieran correctamente en el Consejo de Justicia a causa de la falta de una retribución adecuada. Los “prelados é caballeros que ovieren de estar en el dicho consejo de la dicha justicia” percibirían cada año 60.000 maravedíes de quitación, y los letrados 50.000³⁶⁵.

La designación de los consejeros había estado tradicionalmente reservada a los titulares de la Corona³⁶⁶, pero en la Sentencia los miembros de la comisión de Medina se arrojaron la potestad de indicar al monarca quiénes deberían ser en adelante los residentes de su Consejo de Justicia; más aún, estipularon un sistema para cubrir las vacantes que se produjeran en dicho Consejo que anularía la libertad del monarca para designar a los miembros de este órgano y que, a su vez, otorgaba capacidad a los prelados que formaban parte del mismo para determinar quiénes serían los nuevos miembros de este organismos. Así, siguiendo un sistema de cooptación, ante cualquier vacante los restantes prelados, caballeros y letrados que residieran en aquel momento en el Consejo escogerían “de qualesquier partes destos regnos las personas que mas hábiles é pertenescientes entendieren que son para los dichos oficios” hasta reunir seis candidatos, que serían presentados al rey para que escogiera entre aquellos y solamente entre aquellos, al nuevo prelado, caballero o letrado que se incorporará al Consejo de Justicia³⁶⁷. En adelante, por tanto, los prelados residentes en el Consejo de Justicia tendrían capacidad para intervenir en la elección de sus compañeros, al igual que la

³⁶⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 399.

³⁶⁵ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 401-402.

³⁶⁶ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla, op. cit.*, p. 270.

³⁶⁷ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, pp. 407-408. Analizó este sistema de elección GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el estado y la administración de la Corona de Castilla, op. cit.*, pp. 39-40.

tendrían en la selección de los oficiales de la Audiencia, como explicamos en el apartado correspondiente.

Por otro lado, se estipuló que los preladados, caballeros, letrados y alcaldes que habrían de formar parte del Consejo de Justicia, y también los de la Audiencia Real, deberían comenzar a residir y servir en aquellos órganos en los treinta primeros días siguientes a la publicación de la Sentencia. Todos ellos habrían de jurar antes de tomar posesión del cargo que no tomarían ni tendrían acostamiento ni tierras “de ningún grande nin señor de estos regnos nin de otras personas nin de otros por ellos”³⁶⁸ y que residirían en la Corte con el rey, y no “con otro perlado nin caballero nin otra persona alguna”. Aquel que incumpliera alguno de aquellos juramentos perdería inmediatamente su cargo³⁶⁹. Con ello buscaban asegurarse tanto de que cumplieran su función como de que no se encontraran condicionados en su actuación.

A pesar de lo que indicaban los miembros de la comisión en relación con la aceptación de las propuestas presentadas en el Memorial de agravios sobre el Alto Consejo y el Consejo de Justicia, en la Sentencia de Medina únicamente se organizó el Consejo de Justicia. No existe en la misma ningún ordenamiento expreso del Alto o Secreto³⁷⁰. Solo se hace de nuevo referencia directa a este al indicarse que habría de ordenarse a los aposentadores del rey que, una vez que hubieran alojado en cualquier villa o ciudad a la que se trasladara la Corte a “los señores rey é reina é príncipe é princesa *é a los del consejo secreto del dicho señor rey*”, deberían ocuparse de buscar un lugar adecuado para alojar a los miembros del Consejo de Justicia, que habrían de acompañar siempre al monarca, según la Sentencia³⁷¹. Pero no se vuelve a mencionar expresamente un Alto o Secreto Consejo.

Esta división entre un Alto Consejo y un Consejo de Justicia ha provocado bastantes confusiones a la hora de interpretar este relevante documento y lo en él contenido en torno a los órganos gubernativos del reino, pues, ante la falta de referencias expresas al Alto Consejo, se ha solido asumir que la organización para el Consejo de Justicia que se ha descrito iba destinada al Consejo Real en su conjunto, sin la distinción entre uno Alto y uno de Justicia que se hace patente en el propio texto y a

³⁶⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 408.

³⁶⁹ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 408-409.

³⁷⁰ Así lo notó también DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla, op. cit.*, p. 126.

³⁷¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 400. La cursiva es nuestra. Esta es otra muestra de esa distinción y existencia de ambos Consejos.

la que los rebeldes se refieren en el Memorial. Como consecuencia de ello, se ha señalado que este Consejo de Justicia, erróneamente entendido como Consejo Real de forma genérica, se trataba del instrumento que los rebeldes pretendieron emplear para imponerse en la gobernación del reino y someter a la monarquía a su control, llegando incluso a asumirse la connivencia de los escogidos para formar parte del mismo, incluidos los obispos, con la facción nobiliaria³⁷², pues si este “Consejo” descrito era, en teoría, su instrumento para gobernar el reino, todos sus componentes habrían de ser aceptos a los rebeldes al rey que imponían estas cláusulas.

Si atendemos a las referencias concretas al Consejo de Justicia contenidas en la Sentencia, es posible observar que se incluyeron distintos capítulos destinados a otorgar al Consejo de Justicia independencia con respecto al intervencionismo regio, como en el nombramiento de sus miembros, e impedir que el rey pusiera límites al ejercicio de su función, administrar justicia, como el capítulo número 90, en el cual se anulaba una pragmática real por la cual se prohibía a los miembros de este “consejo de la justicia” y a los de la Audiencia Real intentar intervenir en los pleitos civiles y criminales que contra los integrantes de la Hacienda Regia se presentasen³⁷³. Con estas y otras medidas los miembros de la comisión de Medina respondían a las exigencias contenidas tanto en el Manifiesto de Burgos como en el Memorial de agravios para que el monarca permitiera actuar sin injerencias a dicho Consejo de Justicia con el fin de que pudiera administrar correctamente justicia, y aunque es cierto que con ello se ponían ciertos límites a la actuación real, no podemos admitir que este órgano concreto se encontrara al servicio de los intereses de la nobleza rebelde al rey y fuera el instrumento a partir del cual pretendían mantener a la monarquía controlada, pues la función de este Consejo de Justicia sería, como se indica en el propio ordenamiento contenido en la Sentencia y en el Memorial de agravios, ocuparse de administrar la justicia real³⁷⁴, y no gobernar y

³⁷² Así lo hicieron, entre otros autores, GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el estado y la administración de la Corona de Castilla*, op. cit., pp. 37-41 y DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 113, aunque en p. 126, de forma correcta, indica que el ordenamiento arriba descrito correspondía al Consejo de Justicia. Por su parte, FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., pp. 138-140, asumiendo aquella interpretación, es quien señala el apoyo de los prelados, caballeros y letrados escogidos a los rebeldes.

³⁷³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 428-429.

³⁷⁴ En la propia Sentencia se explicita en repetidas ocasiones que aquella era la única función de este Consejo de Justicia. Por ejemplo: “E porque los *sobredichos que diputamos é nombramos para administrar é gobernar la justicia destos regnos, así en el dicho consejo de la justicia é corte del dicho señor Rey como en la dicha chancilleria é abdiencia...*”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 401. La cursiva es nuestra.

regir el reino junto a o por el rey, ámbito que estaría reservado al Alto Consejo. Por tanto, este Consejo no podía ser el destinado a monopolizar el poder regio.

Por otro lado, la nueva composición del Consejo de Justicia, cuatro prelados, cuatro caballeros y ocho letrados, ha sido también valorada, a causa de otras concepciones que consideramos muy matizables, como otro elemento que confirmaría “la pretensión nobiliaria de control de este organismo”³⁷⁵. En efecto, el comparar su composición con la estipulada en la ordenanza del Consejo de 1459, que, aunque no se indique expresamente, era también el de Justicia³⁷⁶, en la cual se otorgaba un claro predominio a los letrados (ocho), frente a los prelados (dos) y los caballeros (dos), se ha solido interpretar como un intento de los miembros de la comisión de convertir el Consejo “en instrumento de los intereses de los grupos privilegiados” al aumentar el número de miembros de los “estamentos privilegiados” para que quedaran “equiparados a los letrados”³⁷⁷.

Sin rechazar, pues consideramos que a ello respondía la nueva composición, que detrás de este “equilibrio” se encontrara el objetivo de la nobleza rebelde al rey de otorgar una mayor representación en esta institución regia a los grupos privilegiados, consecuencia, a su vez, de la concepción de los opositores al monarca de que la nobleza debía contar con una mayor preeminencia en el gobierno del reino³⁷⁸, el atender a quiénes eran los individuos, y muy especialmente los miembros del episcopado designados para formar parte del Consejo de Justicia, permite matizar esa idea de que a través de ellos los opositores al monarca pretendieran controlar esta institución.

En primer lugar, no podemos aceptar la afirmación de Franco Silva de que los prelados seleccionados para formar parte de este Consejo de Justicia fueran afectos a la alta nobleza que se había alzado contra el rey³⁷⁹. Si atendemos a sus perfiles, nos encontramos en los casos de los obispos de Segovia, Juan Arias Dávila³⁸⁰, Cartagena,

³⁷⁵ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 113.

³⁷⁶ Así el rey indicaba que hacía aquellas ordenanzas de 1459 porque “yo entiendo que así cumple a mi servicio e bien de la cosa pública e execucion de la justicia de mis regnos”. Ordenanzas publicadas por DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real...”, op. cit., pp. 295-303.

³⁷⁷ El entrecomillado procede de GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el estado y la administración de la Corona de Castilla*, op. cit., pp. 38-39.

³⁷⁸ Véase el análisis que sobre la concepción del gobierno del reino tenían los rebeldes a Enrique IV realiza David Nogales Rincón en CHINCHILLA, P. de, *Carta y breve compendio*, op. cit., pp. 117-121 en el estudio previo a la edición de estos fundamentales textos alfonsinos.

³⁷⁹ FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., pp. 138-139.

³⁸⁰ Hijo del contador mayor de Enrique IV, el judeoconverso Diego Arias Dávila, y, por tanto, de bajos orígenes, desarrolló toda su carrera eclesiástica al amparo de Enrique IV, monarca al que sirvió en

Lope de Rivas³⁸¹, y Ciudad Rodrigo, fray Alfonso de Palenzuela³⁸², con unos prelados no procedentes de la mediana o alta nobleza castellana, que habían disfrutado de un progresivo ascenso en sus carreras político-eclesiásticas a causa de sus servicios a la

distintos cargos de la Casa y Corte regia. Permaneció fiel al rey al inicio de la guerra, hasta que ciertas desavenencias entre el monarca y su hermano a finales de 1466 acabaron por provocar su unión a la causa alfonsina en septiembre de 1467. Véase las páginas que a su trayectoria dedica RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte*, *op. cit.*, pp. 101 y ss. En cuanto a sus cargos, ya detallados por esta última autora, fue nombrado capellán de Enrique IV el 1 de enero de 1455, con una quitación de 5.400 maravedíes anuales, y como oidor de la Audiencia Real, percibía desde 1458 una quitación de 44.000 maravedíes, de la cual se conservan libranzas hasta 1464. AGS, QC, leg. 3, fols. 450r-454v. Existe una abundante bibliografía referente a este prelado, aunque el estudio más detallado desde la perspectiva socio-profesional que a nosotros nos interesa es el indicado. Puede verse también BARTOLOMÉ HERRERO, B., “Juan Arias Dávila...”, *op. cit.*, pp. 203-224. En cuanto a su incorporación al Consejo, se ha solido admitir que esta se produjo hacia finales de 1464, cuando no a partir de la Sentencia de Medina. Sin embargo, a 30 de marzo de 1462, y como administrador de Segovia, se le puede encontrar refrendando como tal una provisión real desde la villa de Madrid. AHN, Clero, Carp. 407, n. 13. Ya el 2 de octubre de 1464, hacía lo propio desde Medina del Campo. LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, *op. cit.*, doc. 40, pp. 113-115.

³⁸¹ De orígenes sociales desconocidos, aunque en todo caso es descartable la procedencia altonobiliaria. En 1441 era bachiller en decretos y provisor y vicario general en el obispado de Osma. DIAGO HERNANDO, M., “Notas sobre el origen social...”, *op. cit.*, p. 41 y p. 47. Ya en 1453 se le encuentra como prior de Osma y oidor de la Audiencia Real de Juan II de Castilla, aparte de como provisor de Osma y bachiller en decretos. AHN, Clero, leg. 2222. A partir de 1456 se le encuentra en múltiples provisiones emitidas por el Consejo de Justicia del rey ejerciendo de facto como uno de sus miembros. Por ejemplo, en 13 de enero de 1456 aparece como uno de los miembros del Consejo que hacen emitir una provisor por la que se ordenaba investigar qué términos del concejo de Badajoz tenía ocupados el conde de Feria. ADM, Feria, leg. 25, n. 20; y ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 2, doc. 9/B. Un año más tarde, en 1457, y refiriéndose a él como prior de Osma y miembro de su Consejo, Enrique IV le comisionaba para encargarse de los debates por cuestiones patrimoniales entre el conde de Lemos y el de Trastámara. ADA, C. 85, n. 32. En 1456 el papa se refería a él como capellán, consejero y oidor de Enrique IV. RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, *op. cit.*, Vol. II, doc. 1845, pp. 90-91. Siendo prior de Osma, miembro del Consejo Real y capellán mayor de la reina Juana, Enrique IV suplicó al papa su nombramiento como obispo de Cartagena, accediendo a ello el papa. AMMU, Cartulario real, n. 798bis, fols. 78v-79r. En los años siguientes continua ejerciendo como miembro del Consejo de Justicia del rey, siendo posible encontrarle refrendando provisiones reales como tal en numerosos documentos imposibles de referenciar en su totalidad. Podemos afirmar que se trató de uno de los miembros del Consejo más relevantes de todo el reinado de Enrique IV, pues su firma, “Lupus, prior oxomensis” y, luego, “Lupus, episcopus cartaginensis”, es una de las más fáciles de encontrar entre las numerosas provisiones reales emitidas durante el reinado de Enrique IV por el rey con el acuerdo de su Consejo”. Sin duda, sus otros cargos cortesanos y su promoción a la sede cartaginense, fue en buena medida como recompensa a sus servicios en el Consejo. La última misión que le confió el rey antes de iniciarse la guerra fue en mayo de 1464, cuando le ordenó ocuparse, como miembro de su Consejo, de revisar cierto privilegio del conde de Salinas. AGS, PTR, leg. 58, doc. 52, fols. 396v, 399v y 400r. Desde 1461 tenía 50.000 maravedíes por ayuda de costa y mantenimiento como oidor y consejero real. AGS, QC, leg. 4, fol. 174. Como veremos, tras la guerra continuó al servicio de Enrique IV. Algunos datos del mismo en CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., “Las Casas de Isabel y Juana de Portugal...”, *op. cit.*, p. 123 y p. 128.

³⁸² Miembro de un linaje de la baja nobleza de Palenzuela, señores de Herrera, Arroyo del Puerco y Arroyo de la Fuente. MARTÍN ANSÓN, M. L. y ABAD CASTRO, C., *Los panteones de los Herrera en Palenzuela...*, *op. cit.*, pp. 9-10. Religioso que ostentó múltiples dignidades a lo largo de una amplia carrera eclesiástica y que se encontró al servicio de distintos miembros de la familia real castellana como confesor: seguro de Juan II de Castilla y de sus esposas, las reinas María de Aragón e Isabel de Portugal. Se trataba de un importante embajador que sirvió como tal a Enrique IV desde los primeros momentos de su reinado en múltiples ocasiones. Véase la semblanza biográfica que realiza del mismo ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, *op. cit.*, pp. 271-287. Según los cronistas del reinado, fue neutral durante la guerra. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, *op. cit.*, vol. II, pp. 313-314. No obstante, y como veremos, sirvió a Enrique IV en el ámbito diplomático, lo que no deja de ser un reconocimiento de aquel como verdadero rey de Castilla.

monarquía y que, precisamente, por esa cercanía al monarca no se unieron a la causa alfonsina al estallar la guerra civil. En el caso del electo de Córdoba, se trataba de un prelado perteneciente a la mediana nobleza cordobesa (él mismo era señor de la villa de Zuheros³⁸³) que comenzó la guerra civil en el partido enriqueño, incorporándose avanzada la guerra al bando alfonsino para regresar más tarde a la causa enriqueña. No obstante, debe señalarse que sus cambios de bando no estuvieron provocados por su oposición o acuerdo con el gobierno de Enrique IV, sino por su participación en la lucha de bandos de la ciudad cordobesa, que fue lo que condicionó sus posicionamientos políticos durante la contienda³⁸⁴.

Aparte de tener en común que no pertenecían a la alta nobleza y que no estaban ligados a la causa rebelde, o al menos no en aquellos momentos, los cuatro prelados seleccionados compartían un rasgo esencial: todos contaban con una importante formación y experiencia previa en el ejercicio de determinadas funciones en los órganos burocrático-administrativos de la Corona y en el ámbito jurídico. En efecto, todos estos obispos, incluido el de Córdoba, habían formado parte o aún se encontraban sirviendo en distintos estratos de la Corte Real, en especial, en el Consejo de Justicia y en la Audiencia Real. Asimismo, todos ellos contaban con una importante formación, siendo destacable el caso del electo de Córdoba Pedro de Córdoba y Solier, doctor en decretos³⁸⁵ que a pesar de que no parece que residiera nunca de forma continua en la Corte al servicio de la monarquía³⁸⁶, sí nos consta que contaba con experiencia en la

³⁸³ Falta un estudio exhaustivo de la familia y señoríos de este obispo, a pesar de la gran cantidad de información que se conserva en un importante volumen de documentación conservada en AHNOB, Luque, C. 77, C. 696 y C. 796, entre otras. En base a esos documentos, podemos afirmar que fue hijo de Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles, y de Beatriz de Solier, y señor de la villa de Zuhueros. Doctor en decretos y arcediano de Castro en Córdoba y miembro del Consejo Real ya en 1450. Cabe destacar la carta que el 7 de julio de 1465, una vez ya iniciada la guerra, le dirigió Enrique IV, titulándole aún como electo de Córdoba, agradeciéndole haberse puesto a su servicio. AHNOB, Luque, C. 77, doc. 5. Algunos datos socio-profesionales del mismo también en Más datos sobre este eclesiástico en SANZ SANCHO, I., *La iglesia de Córdoba*, op. cit., p. 98.

³⁸⁴ Sobre su actividad como obispo de Córdoba, sus posicionamientos en la guerra civil y su implicación en la lucha de bandos cordobesa, es esencial SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV”, op. cit., pp. 635-660.

³⁸⁵ En distintos documentos se indica que contaba con dicha formación, como en una escritura por la que don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles y hermano del obispo, le cedía a don Pedro, entonces arcediano de Castro del Río, “doctor en decretos e del Consejo del dicho señor rey”, sus derechos a la herencia del padre de ambos, Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles. AHNOB, Luque, C. 795, doc. 32.

³⁸⁶ De forma previa al inicio de la redacción de la Sentencia de Medina, en concreto, el 20 de noviembre de 1464, desde Valladolid el rey y en su nombre los miembros de su Audiencia Real, ordenaba a Pedro de Córdoba, al que aún titulaba solo como arcediano de Castro y miembro de su Consejo, que se ocupara de ver cierto pleito entre el concejo de Baeza y el linaje de los Quesada sobre la Dehesa de Don Ibáñez que ya se había comenzado a tratar en su Consejo por García Martínez de Bahamonde, obispo de Lugo, y el

administración de justicia dentro de la Iglesia³⁸⁷ y que poseía una magnífica biblioteca en la que las obras de carácter jurídico ocupaban un importante lugar³⁸⁸.

Esta preparación e independencia con respecto al partido rebelde no se limita a los prelados escogidos para formar parte del Consejo de Justicia, sino que también se extiende a la selección de caballeros y letrados: entre los caballeros, y aunque es cierto que fue nombrado un Manrique y el conde de Cifuentes, posteriormente alfonsino, se encuentra Alfonso de Velasco, presidente del Consejo de Justicia de Enrique IV antes³⁸⁹ y tras la guerra civil³⁹⁰ y fiel a Enrique IV durante el conflicto³⁹¹. Con respecto a los letrados, basta con señalar dos datos: el primero, que ninguno de los seleccionados en Medina se unió a la corte alfonsina tras la Farsa de Ávila³⁹², por lo que no eran tan cercanos a los rebeldes como se solía pensar; y el segundo, que algunos de ellos, en concreto, el doctor Sancho García de Villalpando, el licenciado de la Cadena y el licenciado de Vadillo, junto al obispo de Cartagena, ya formaron parte de los consejeros seleccionados en las ordenanzas de 1459³⁹³, dictadas por el propio rey sin encontrarse entonces condicionado por la oposición de una facción nobiliaria. Del resto de letrados, sabemos que varios de ellos ya se encontraban al servicio de Enrique IV en su Consejo

doctor Juan Sánchez de Zurbano. Le ordenaban verlo al arcediano porque “por las mudanças que mi corte ha fecho de vnos lugares a otros e por los dichos jueses estan ocupados en muchos fechos e negoçios que están pendientes en la mi Chancellería, donde ellos resyden e están a la presente, lo non han podido librar nin determinar”. AHNOB, Baena, C. 402, doc. 50, fols. 72v-74v.

³⁸⁷ Como arcediano de Castro, doctor en decretos y consejero del rey, y por comisión pontificia, dictaba sentencia el 23 de agosto de 1456 sobre este pleito sobre diezmos entre el obispo y cabildo de Jaén y la viuda e hijos del señor de Albendín. AHNOB, Luque, C. 498, docs. 10-11.

³⁸⁸ En una información solicitada por el obispo sobre los bienes que poseía cuando fue nombrado obispo de Córdoba, es decir, en los meses previos a la Sentencia, varios testigos admiten haber visto en las casas del obispo “muchos libros de derecho, de cánones, e de leyes, e de theología e otras corónicas que valen mucho e de grand preçio”. AHNOB, Luque, C. 77, doc. 19. Por otro lado, en GÓMEZ NAVARRO, S., *Mirando al cielo sin dejar el suelo*, op. cit., p. 631 se da noticia de una escritura a 18 de agosto de 1476, poco antes de la muerte del obispo, en la que se hacía relación de los libros de su biblioteca personal que el obispo donó al monasterio de Valparaíso, destacando entre ellos las obras de derecho canónico y civil.

³⁸⁹ Como presidente del Consejo Real, fue el encargado de actuar en el verano de 1464 contra los bienes, criados y parientes del arzobispo de Sevilla don Alfonso de Fonseca al creer el monarca que se había unido a sus opositores. OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, op. cit., pp. 275-276.

³⁹⁰ El 20 de septiembre de 1470, desde Segovia, Enrique IV le titulaba como “Alfonso de Velasco presidente del mi consejo, oydor de la mi abdiencia e veynte quatro de Sevilla”. PALENCIA, A., *Epístolas latinas*, op. cit., p. 13, nota al pie 13.

³⁹¹ El 22 de febrero de 1467, desde Madrid, el rey informaba a Luis de Chaves, regidor de Trujillo, que enviaba a Alfonso de Velasco, su vasallo y de su Consejo, a aquella ciudad para ocuparse de ciertas cuestiones. RAH, leg. 9/6483, fol. 315r. Tras la Sentencia de Medina continuaría sirviendo en el Consejo de Enrique IV, como puede observarse en a 7 de mayo de 1466 en RAH, col. Salazar, 9/149, fols. 153r-156v.

³⁹² Comparando el listado con la relación de miembros de la corte de don Alfonso que ofrece MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 338-359, se puede comprobar la ausencia de todos los aquí indicados.

³⁹³ DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real...”, op. cit., pp. 295-303.

de Justicia de forma previa a esta selección. Así ocurre con los doctores Diego Sánchez del Castillo³⁹⁴, Pedro de Rutia³⁹⁵ y García López de Madrid³⁹⁶. El licenciado Alvar Pérez, chantre de Salamanca, fue designado rector de la Universidad de Salamanca en el curso de 1465-1466 y de nuevo en 1471-1472³⁹⁷, por lo que tampoco podemos dudar de su preparación y adecuación al cargo para el que se le designaba en la Sentencia.

Por tanto, podemos observar que los personajes escogidos por los miembros de la comisión para formar parte del Consejo de Justicia, incluidos los obispos, no se trataban de criados, clientes o allegados de los componentes de la facción rebelde, sino que en la mayoría de los casos eran individuos con una alta formación y experiencia demostrable en el ejercicio de funciones técnico-burocráticas en la Corte que ya habían servido o se encontraban sirviendo a Enrique IV. En contra de lo que tradicionalmente se ha mantenido, el atender a quiénes eran aquellos individuos permite comprobar que los comisionados de Medina organizaron el Consejo de Justicia con la intención de que fuera eficiente, sin imponer en el mismo a personajes desafectos o desconocidos al monarca al que habrían de servir en dicha institución. Por otro lado, el constatar que buena parte de los aquí elegidos servían en dicho Consejo de forma previa a la rebelión, es un factor que obligaría, al menos, a matizar aquel estado caótico del Consejo de Justicia que proclamaban los rebeldes en sus manifiestos y con el que pretendieron justificar parcialmente su rebelión: con respecto al tema que nos interesa, la inserción del episcopado en este órgano, es interesante señalar que en una misma provisión real de 1462, con día y mes perdidos a causa del deterioro del documento, ya encontramos a nada menos que tres de los cinco obispos seleccionados en la Sentencia de Medina para componer el Consejo de Justicia y la Audiencia Real ejerciendo *de facto* como miembros del Consejo de Justicia del rey: los obispos de Lugo y don Cartagena y Juan Arias, entonces administrador de Segovia, junto a Luis Díaz de Toledo, relator de

³⁹⁴ Entre otras referencias que podrían señalarse, Enríquez del Castillo explica cómo a finales de 1463, cuando Enrique IV acudió a Sevilla para pacificar la ciudad, este letrado, mencionado como “oydor y del Consejo”, recibió el encargo regio de realizar una pesquisa sobre lo ocurrido en la urbe. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 208.

³⁹⁵ A 15 de mayo de 1464, actuando como miembro del Consejo de Enrique IV desde Madrid, en AMT, Archivo Secreto, C. 1, leg. 1, n. 10. Junto al obispo de Cartagena y otros miembros del entonces Consejo de Enrique IV residente en Madrid en AMT, Archivo Secreto, C. 7, leg. 1, n. 1.

³⁹⁶ En el verano de 1464 figura entre los consejeros de Enrique IV que asiste a sus negociaciones con los rebeldes. AGS, PTR, leg. 11, doc. 79. Las referencias documentales y bibliográficas que se podrían aportar sobre estos letrados laicos al servicio del rey en el Consejo Real son mucho más numerosas, pero nos es imposible señalar ahora su totalidad sin alargar demasiado la exposición.

³⁹⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. I, p. 218.

Enrique IV³⁹⁸, todos los cuales llevaban ya bastantes años al servicio del monarca en esta misma o en otras funciones.

Asimismo, los datos sobre los obispos escogidos para formar parte del Consejo de Justicia nos permiten rechazar también otra de aquellas conclusiones sobre esta reforma del Consejo a la que antes nos referíamos: es un error recurrente, y cada vez menos justificado debido al avance de las investigaciones, considerar al episcopado castellano bajomedieval como un todo uniforme. Al clero se entraba, no se pertenecía en origen, y a la dignidad episcopal era posible ascender desde diversas vías. De ello que nos encontremos en esta coyuntura con obispos con perfiles tan dispares como los de, por ejemplo, Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, y Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, que tenían tan solo en común la dignidad episcopal que ostentaban: el primero era descendiente de uno de los linajes más poderosos de la alta nobleza castellana que se oponía al monarca para lograr el control del gobierno del reino³⁹⁹; el segundo era miembro de una familia judeoconversa de oficiales regios en pleno proceso de promoción social a causa de sus servicios a la monarquía, que respaldaría junto a sus parientes al rey debido, precisamente, a que debían a este y a la institución a la que representaba su ascenso.

Así, y a pesar de que por su dignidad formasen parte del estamento privilegiado del reino, por su perfil, su origen, formación y carrera, los cuatro obispos seleccionados para formar parte del Consejo de Justicia estaban más cerca de aquellos ocho letrados y del monarca que de la alta nobleza rebelde y de aquella clase o grupo privilegiado al que pertenecían por la dignidad a la que habían accedido. De ello que aquel supuesto equilibrio que distintos autores señalaron que se pretendió establecer entre letrados y grupos privilegiados en el Consejo de Justicia no tenga para nosotros importancia más allá de la intención expresa de los jueces de representar el mismo, pues de hecho no existía. No podía ser de otra manera: lejos había quedado el tiempo en el que las instituciones regias podían ser administradas por personal que no se encontrara altamente cualificado, y aunque se mantuvo la representación estamental, el predominio

³⁹⁸ Se trata de una provisión dirigida a la Provincia de Guipúzcoa contra los Parientes Mayores. AGG, Sección 1.ª, Negociado 6, leg. 14.

³⁹⁹ Véase sobre el obispo y su linaje MONTERO TEJADA, R. M., *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique (siglos XIV-XV)*, Madrid, Caja de Madrid, 1996.

del letrado cada vez era mayor⁴⁰⁰. Ello se hace especialmente patente con respecto al estamento eclesiástico, pues al tiempo que se imponían en la Corte, los letrados se extendían en la Iglesia⁴⁰¹.

En definitiva, el Consejo de Justicia que en la Sentencia se reguló expresamente se trataba de un órgano técnico, formado por individuos independientes del bando nobiliario, cualificados y con experiencia para el ejercer la función que se les asignaba, y con el cual se pretendió que la justicia regia fuera administrada de forma correcta. Entonces, ¿desde dónde ejercerían los rebeldes al rey el control sobre el gobierno del reino al que aspiraban con su rebelión? Lo harían desde el Alto Consejo o Consejo Secreto, cuya reforma también reclamaron los firmantes del Memorial de agravios.

3.2. El Alto o Secreto Consejo en la Sentencia de Medina del Campo

En efecto, en el periodo en el que se redactó la Sentencia de Medina, los rebeldes al monarca no olvidaron su objetivo de asumir el control del Alto Consejo Real e imponer un predominio de este en la dirección del reino. El 12 de diciembre de 1464 se redactaron y fueron firmadas por parte de los miembros de la comisión de Medina varias órdenes de expulsión de la Corte contra Beltrán de la Cueva, ya duque de Alburquerque, y algunos miembros de la administración enriqueña a los que consideraban afines a este⁴⁰². Con la primera de estas órdenes lograban apartar del rey a uno de los miembros del binomio que, de forma previa a la rebelión, había logrado hacerse con el control del Alto Consejo Real.

Con respecto al otro componente de aquel binomio, el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, ya se ha señalado que el 25 de octubre se había acordado que el prelado, junto al marqués de Villena y Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y el vizconde de Torija, hermano del obispo, miembros como el prelado del clan de los Mendoza, habrían de componer en adelante el Alto Consejo del rey. En su momento señalamos que el marqués de Villena y sus compañeros de rebelión solo aceptaron esta composición del Alto Consejo coyunturalmente para que los Mendoza accedieran a las

⁴⁰⁰ Sobre el proceso de tecnificación de los organismos regios, y entre otros estudio, puede destacarse habla MONSALVO ANTÓN, J. M., “Poder político y aparatos de estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática”, *Studia Historica. Historia Medieval*, 4 (1986), p. 146.

⁴⁰¹ Fundamental para esta cuestión los recientes trabajos de VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Los poderes imbricados...”, *op. cit.*, pp. 89-107; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Formación para el servicio del rey...”, *op. cit.*, pp. 149-167.

⁴⁰² AHNOB, Frías, C. 9, docs. 4-9. Transcritas la mayoría en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, docs. CV-CVIII, pp. 348-355.

exigencias de los rebeldes en perjuicio del de la Cueva, perteneciente a aquel clan por vía matrimonial, pues difícilmente los nobles y prelados de la liga nobiliaria podrían asumir un reparto del poder en el Alto Consejo tan desproporcionado en favor de aquellos y la exclusión del mismo de buena parte de sus principales miembros. De ello que el 5 de diciembre de 1464 los firmantes del Memorial de agravios reclamasen aquella “reforma” del Alto Consejo⁴⁰³.

Que su intención era apartar de la Corte al otro miembro del clan Mendoza que hasta el estallido de la rebelión monopolizó el Alto Consejo Real junto a don Beltrán, el obispo de Calahorra, parece claro ante el hecho de que el mismo 12 de diciembre en que el Memorial de agravios fue presentado a los miembros de la comisión, se redactase y se preparase para ser emitida otra orden de expulsión de la Corte contra el propio obispo Mendoza, al que acusaban de ser parcial de Beltrán de la Cueva. En caso de que lo incumpliera, se aplicarían contra él las más severas penas⁴⁰⁴. Pero el documento conservado destaca con respecto al resto de órdenes de expulsión por no haber sido terminado: ni se incluyeron los plazos de su alejamiento de la Corte ni fue firmada por los miembros de la comisión. Seguramente en aquellos momentos la emisión de este escrito habría provocado una ruptura de las negociaciones perjudicial para los rebeldes, razón por la que se decidió postergar su publicación hasta una coyuntura más propicia. Así, Pedro González de Mendoza permaneció junto al rey mientras se redactaba la Sentencia: el 6 de enero de 1465 se encontraba con don Enrique en Olmedo cuando aceptó prorrogar el plazo concedido a los miembros de la comisión encargada de redactar aquella para que cumplieran su misión⁴⁰⁵.

Pero, como se ha señalado ya, en el Memorial de agravios los rebeldes reclamaron una reforma del “Alto Consejo”, también denominado por ellos como “Consejo Mayor e Secreto”, en el cual el rey debería “tener otra manera de la que fasta

⁴⁰³ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 5r.

⁴⁰⁴ En la orden de expulsión se indicaba que “entendiendo e conosciendo ser asý conplidero a seruiçio del dicho señor rey e al bien de la cosa pública de sus regnos e a la pas e sosyego e tranquilidad dellos, conosciendo ser cosa manifiesta quel obispo de Calahorra aver seydo e ser parçial del conde de Ledesma, duque que es agora, e es cosa muy convenible e justa para el bien de los negoçios quel dicho obispo de Calahorra sea apartado e lançado de la casa e corte del dicho señor rey e de la señora reyna...”. AHNOB, Frías, C. 9, doc. 8. Transcrita en Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CVI, pp. 350-352.

⁴⁰⁵ También se encontraba junto al rey el vizconde de Torija, su hermano. Por su parte, en Dueñas, término de Medina, el día 7 de enero aceptaron aquella prórroga los líderes rebeldes: el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla, el arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, el conde de Castañeda y el conde de Luna, entre otros nobles. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 363.

aquí ha tenido”. Este Alto Consejo habría de ocuparse del regimiento y gobierno con el monarca, y estaría compuesto por todos los prelados, caballeros y letrados hábiles e idóneos de sus reinos, los cuales servirían en el mismo divididos en dos grupos durante periodos de seis meses. En la Sentencia de Medina se recogió aquella propuesta sobre el “Consejo” junto a la del Consejo de Justicia y ambas fueron admitidas, tras lo cual, tal y como se ha explicado, pasaron a organizar el Consejo de Justicia sin más referencia al Alto Consejo. ¿Significa esto que se olvidaron del mismo? ¿O es que con la aceptación de la propuesta de reforma contenida en el Memorial bastó? Lo cierto es que en la Sentencia se vuelve a hacer referencia a aquel “Consejo Secreto” claramente diferenciado del de Justicia⁴⁰⁶ y se mencionan consejeros del rey que no se encuentran recogidos en el listado de miembros del Consejo de Justicia⁴⁰⁷, por lo que hemos de admitir que aquel Alto Consejo continuaba vigente, aunque no se especificase expresamente su composición.

Pero, aunque no se fijase una composición del Alto Consejo, en la Sentencia no se dejaron de otorgar distintas funciones y poderes a este Consejo Secreto o Mayor que habría de ocuparse de gobernar el reino junto al rey. Así, a lo largo de este texto se incluyeron distintos capítulos con los cuales se buscó fijar algunos de los ámbitos de gobierno en los cuales el monarca habría de contar con el concurso de los miembros de su “Consejo”, o dicho de otra manera, aquellos campos en los cuales el rey habría de compartir su poder con aquellos y aceptar que sus decisiones fueran mediatizadas por los mismos.

Pero si, como se ha indicado, no se vuelve a hacer referencia expresa en la Sentencia a un Alto, Secreto o Mayor Consejo, ¿cómo distinguimos aquellas parcelas que le correspondían? Partiendo de la base de que en la Sentencia de Medina siempre que se estipula alguna cuestión referente al Consejo de Justicia se le denomina expresamente “Consejo de Justicia” o “Consejo de la Justicia”, cabe deducir que el resto de menciones simples al “Consejo” del rey contenidas en dicho escrito se refieren a aquel Alto, Secreto o Mayor Consejo, sobre todo teniendo en cuenta que, como ya se ha indicado, al Consejo de la Justicia se le reservó expresamente el ejercicio de la justicia

⁴⁰⁶ En concreto, en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 400.

⁴⁰⁷ Para la reforma de la moneda se estipuló que habría de comisionar a “dos personas del su consejo é un Perlado”, proponiendo tras ello como a tales al obispo de Cartagena y al doctor Pedro González de la Hoz y Alonso González de la Hoz, no designados para formar parte del Consejo de Justicia. *Ibidem*, doc. CIX, p. 395.

regia, y estas otras cuestiones en las que se estipula la participación del Consejo pertenecen a otros ámbitos del gobierno. Por otro lado, cuando los miembros de la comisión recogen la propuesta del Memorial de agravios sobre el Alto Consejo, se refiere a este como el “Conseio” y al Consejo de Justicia como “Conseio de la Justicia”, lo que apoya que cuando en la Sentencia se habla únicamente del Consejo se estuviera refiriendo al Alto Consejo. Por último, y como tendremos ocasión de comprobar más adelante, los poderes reservados aquí al “Consejo” volverán a ser otorgados al Alto Consejo creado por los rebeldes cuando ordenen un gobierno conjunto para el reino ante la claudicación de Enrique IV tras la toma de Segovia de septiembre de 1467, lo que también respalda que en la Sentencia de Medina aquellos fuesen conferidos al Alto Consejo y no al de Justicia.

Así, en la Sentencia de Medina, aparte de aceptar la propuesta de creación de un Alto Consejo que habría de ocuparse junto al rey del regimiento y gobernación de sus reinos, se otorgó a los prelados, caballeros y letrados que habrían de formar parte de Alto Consejo facultad expresa para controlar los siguientes campos de la actuación regia:

1. En primer lugar y quizá uno de los puntos contenidos en la Sentencia que mayor importancia reviste para nuestra investigación, los firmantes del Memorial de agravios reclamaron al rey que, debido al deficiente uso que había hecho de su capacidad para influir en las provisiones de obispados y otras dignidades eclesiásticas desde que accedió al trono, debería contar en adelante con el acuerdo y consejo de los “prelados e grandes de vuestros regnos o de la mayor parte dellos” para realizar sus suplicasiones al papa⁴⁰⁸. La comisión de Medina recogió y aceptó esta propuesta, estipulando que, en adelante, “á su señoría plega de facer las dichas suplicasiones con acuerdo é consejo de los que al tiempo residieren en su consejo ó de la mayor parte dellos”⁴⁰⁹. Sobre esta cuestión ya hemos tratado en el apartado referente a las elecciones episcopales durante la guerra civil, señalando que con ello los rebeldes buscaban mediatizar la amplia capacidad adquirida por los monarcas castellanos para influir sobre la Iglesia de sus reinos.

⁴⁰⁸ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 4r.

⁴⁰⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 368.

2. El rey y sus sucesores solo podrían solicitar servicios (pedidos y monedas) a las Cortes tras acordarlo con “los Perlados é Grandes de sus regnos é con los otros que á la sazón residieren en su consejo”⁴¹⁰. No es necesario insistir en las limitaciones que a la actuación regia se podían imponer por esta vía, al pasar a depender de aquellos que el monarca pudiera reunir fondos extraordinarios para emprender cualquier empresa política de envergadura.

3. Para el nombramiento de corregidores y asistentes reales, en adelante “los que á la sazón residiesen en su corte é en su consejo ó la mayor parte dellos” propondrían tres o cuatro personas para que el rey escogiera a uno para ocupar el cargo en cuestión. La provisión por la que se nombraba a aquel corregidor o asistente solo tendría validez si contaba con las firmas “en las espaldas de los del dicho consejo ó de la mayor parte” de aquellos⁴¹¹.

En último lugar, en la Sentencia se crearon dos grandes comisiones en las que se insertarían determinados obispos que, en palabras de Morales Muñiz, “legalizaban en realidad la intervención de la nobleza en el gobierno de Castilla” y acababan por reducir el papel de la monarquía al de un mero arbitraje⁴¹². La primera es la que esta autora denominó “la comisión de los Grandes”: en la Sentencia se prevé una especie de *habeas corpus* por el que, en adelante, cada vez que el rey o sus sucesores quisieran proceder contra algún grande del reino, deberían convocar a una comisión que sería la encargada de juzgar si la pena decidida por el rey debía ser aplicada. Esta comisión estaría compuesta por quienes ostentaran en su momento los títulos de conde de Haro, conde de Plasencia, marqués de Villena y, en un intento de integrar a los Mendoza, marqués de Santillana, por el actual y siguientes mitrados de Toledo y por otros dos obispos “sin sospecha”, junto a tres procuradores de las ciudades de Toledo, Burgos y Sevilla. En los casos de tratarse de penas físicas, los prelados podrían ser sustituidos por tres letrados. Ellos tendrían la última palabra, y en el caso de que los monarcas no acataran sus decisiones, se estipulaba, literalmente, que “los dichos caballeros Grandes se puedan defender de fecho del dicho señor Rey é de los dichos Reyes que vernan despues”⁴¹³.

⁴¹⁰ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 374-375.

⁴¹¹ *Ibidem*, doc. CIX, p. 378.

⁴¹² MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 71.

⁴¹³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 397-398.

Como acertadamente señala Morales Muñiz, esta fórmula tenía como resultado “la inmunidad del estamento nobiliario y su status de prepotencia frente a la monarquía”⁴¹⁴.

Esta inmunidad se amplió también a los prelados del reino y a los maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara y al prior de San Juan: en el caso de que el rey quisiera proceder contra alguno de ellos, no podría suplicar al pontífice licencia o autoridad para privarles de sus dignidades, reducirles a prisión o aplicar contra ellos cualquier otra pena sin el consejo y acuerdo de los miembros de esa comisión, incluidos los prelados. Al igual que ocurría con los grandes, en el caso de que el rey intentara proceder contra los más importantes miembros del clero castellano sin seguir este procedimiento, aquellos prelados, maestros y prior podrían resistirle junto a “sus parientes é amigos”⁴¹⁵.

En segundo lugar, ante la comisión de Medina se presentaron tanto por parte del rey como de sus rebeldes reclamaciones en relación a muy variados conflictos existentes en aquellos momentos entre la Iglesia y la monarquía, especialmente referidos a los choques jurisdiccionales entre ambos poderes. Los jueces árbitros de Medina alegaron que no tenían tiempo ni potestad para decidir en ello, pero para que “cesen las alteraciones é questões que suele aver entre el estado eclesiástico é juredicion real é el estado real é juredicion eclesiástica, é las dichas jurediciones se ayuden una á otra”, decidieron crear otra comisión que habría de ocuparse de resolver las cuestiones y diferencias actuales y futuras que surgieran entre el estado eclesiástico y el poder real y sus jurisdicciones. La comisión estaría compuesta por nueve personas: dos obispos, dos caballeros, dos letrados eclesiásticos y otros dos seglares y un religioso letrado. Todos ellos deberían recibir del papa “abtoridad é poder” para que “puedan ver, decidir é determinar é igualar é convenir todas las cosas susodichas”. Habría de ser el rey quien solicitara en Roma aquel poder en el plazo de cien días⁴¹⁶.

Los miembros de la comisión de Medina designaron también a sus componentes, y nos interesa destacar que los dos obispos seleccionados fueron el obispo de Burgos Luis Vázquez de Acuña y Osorio, miembro del bando rebelde y pariente tanto del arzobispo de Toledo como del marqués de Villena⁴¹⁷, y el obispo de Osma Pedro García

⁴¹⁴ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, p. 70.

⁴¹⁵ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 398.

⁴¹⁶ *Ibidem*, op. cit., doc. CIX, pp. 372-373.

⁴¹⁷ La biografía más completa sigue siendo la de LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, *op. cit.*

de Huete o de Montoya⁴¹⁸, antiguo criado del arzobispo de Toledo que siguió a su señor en su rebelión contra el rey. Aparte de los dos obispos, que sin duda habrían de ser quienes contaran con mayor peso en esta comisión, entre el resto de sus miembros⁴¹⁹ también encontramos a otros personajes vinculados a algunos de los prelados en aquel entonces eran opositores a Enrique IV⁴²⁰, por lo que, a partir de su composición, parece clara la intención de que las decisiones de esta comisión no hubieran de ser favorables al monarca. Por tanto, a partir de estas dos comisiones, el rey pasaría a encontrarse mediatizado y controlado en sus relaciones con los estamentos privilegiados del reino, el clero y la nobleza.

Con aquellas facultades, la creación de aquellas comisiones y su concurso en un órgano destinado a administrar y regir el reino junto al rey, los prelados y nobles rebeldes pretendieron someter a la monarquía e imponer un predominio absoluto del Alto Consejo en la gobernación del reino ahora que, aunque no se indique expresamente, dicho Alto Consejo habría de pasar a estar compuesto y dominado por los firmantes del Manifiesto de Burgos y del Memorial de agravios, pues ya hemos mostrado la intención de excluir a los Mendoza del mismo⁴²¹. A través de este Alto Consejo los rebeldes pretendieron controlar el poder real, mediatizarlo y compartirlo, y en ningún caso minarlo o reducirlo ahora que dicho poder habría de estar sometido a su

⁴¹⁸ Dependemos aún de las clásicas biografías de PORTILLO CAPILLA, T., “Don Pedro de Montoya...”, *op. cit.*, pp. 231-243; y FRÍAS BALSA, J. V., “Don Pedro García Huete...”, *op. cit.*, pp. 315-325. Las propias crónicas de la época refieren esa vinculación a Carrillo. PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 288-290; y *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 279-281. Entre otras referencias que podrían señalarse, a 12 de septiembre de 1448 podemos encontrarle como arcediano de Sigüenza, canónigo de Toledo y mayordomo del arzobispo. ACT, X.8.B.1.3.

⁴¹⁹ El listado completo es: “los dos Prelados sean el Obispo de Burgos é el Obispo de Osma, é el religioso sea Fray Alfonso de Oropesa, general de la orden de sant Gerónimo, é los dos caballeros sean Alfonso de Velasco é el doctor Pero Gonzales de Avila, é los dos letrados eclesiásticos sean el doctor Luis Nuñez, Arcediano de Madrid é el doctor de Villagarcía, canónigo de Valladolid, é los dos letrados seglares sean Fernando Gonzales de Toledo é el doctor Diego Gomes de Zamora”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CIX, p. 373.

⁴²⁰ El doctor Pedro González de Ávila fue un destacado alfonsino que desde el mismo inicio de la guerra civil colaboró estrechamente con el arzobispo de Toledo en el control que a este se entregó sobre Ávila. Véase MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, *op. cit.*, p. 340; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXXIX, p. 515 y doc. CLIII, p. 567. El doctor Pedro Ruiz de Villagarcía, canónigo de la iglesia colegial de Valladolid, era nombrado testamentario de Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, junto a la madre de este y sus hermanos Pedro de Ulloa y Fernando de Fonseca, en su testamento redactado en septiembre de 1460. RAH, col. Salazar, 9/820, fols. 112r-118r.

⁴²¹ En distinta documentación emitida en el contexto de la redacción de la Sentencia se menciona a alguno de aquellos nobles y prelados rebeldes no incluidos en el Consejo de Justicia como consejeros del rey. Así, por ejemplo, cuando el 16 de enero de 1465, en Medina del Campo, los miembros de la comisión de Medina dictaron sentencia contra Beltrán de la Cueva para que la villa de Cuéllar fuera restituida a la infanta Isabel y su madre, se titulan como consejeros del rey, y lo mismo se hace con los testigos de dicha sentencia: los obispos de Coria y de Osma, rebeldes al rey, y el licenciado Alfonso Sánchez de Logroño, oidor y canciller del rey. AGS, PTR, leg. 32, doc. 4, fol. 58r-v.

control⁴²². El rechazo posterior de la Sentencia de Medina por Enrique IV y de este modelo de monarquía mixta o compartida con los más destacados miembros del episcopado y de la alta nobleza castellana sería lo que llevaría en último término a la deposición de Ávila y al alzamiento del príncipe don Alfonso como rey. Del mismo modo, la aceptación final por parte de Enrique IV de estos principios de gobierno tras la caída de Segovia en septiembre de 1467 marcaría el final de la contienda civil, al satisfacer así el monarca las aspiraciones de buena parte de la alta nobleza castellana que se alzó en 1464 para alcanzar dicho objetivo.

De esta forma, la preocupación demostrada en la Sentencia por el Consejo de Justicia y la Audiencia Real se entiende en tanto que eran órganos fundamentales para la buena dirección del reino, que ahora habría de ser gobernado por el monarca con el concurso de los nobles y prelados rebeldes que se insertarían en el Alto Consejo de Enrique IV. Por supuesto, reclamar un correcto funcionamiento del Consejo de Justicia y de la Audiencia era también un medio de ganar el respaldo y favor de las ciudades, que de forma continua reclamaban la necesidad de que ambas instituciones funcionaran eficazmente, por lo que, en caso de que el monarca rechazara su Sentencia, podrían acusar al monarca de impedir la aplicación de las reformas necesarias para el buen gobierno del reino y el bien común de este.

3.3. Misiones concretas encargadas a determinados obispos del Consejo en la Sentencia

Antes de concluir con este bloque referente a la Sentencia de Medina, debe señalarse que en ella también se encomendaron misiones concretas a algunos de los obispos seleccionados para formar parte del Consejo de Justicia y a otros que, aunque no se indique expresamente, habrían de formar parte del nuevo Alto Consejo o gobierno del rey.

Aparte de determinados encargos de carácter general dirigidos a “los del consejo de la justicia” que incluían a los prelados que habrían de formar parte del mismo, como indagar sobre los “coechos é estorsiones é injurias” que algunos secretarios, oficiales y

⁴²² Valoraciones en este sentido del modelo de monarquía contenido en la Sentencia de Medina en QUINTANILLA RASO, M. C., “La nobleza”, *op. cit.*, pp. 84-85; NIETO SORIA, J. M., “El «poderío real absoluto»...”, *op. cit.*, pp. 212-219; FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, *op. cit.*, p. 12 y p. 20. Asimismo, conviene destacar el estudio BECEIRO PITA, I., “Doléances et ligues de la noblesse...”, *op. cit.*, pp. 117-126, donde realiza un estudio sintético de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo y su sentido en relación con la aspiración de participar en el gobierno del reino de la nobleza.

escribanos de cámara y del Consejo habían cometido⁴²³ o averiguar y condenar los fraudes cometidos por los recaudadores de las rentas reales en la recaudación de aquellas⁴²⁴, se encargó a Lope de Rivas, obispo de Cartagena, investigar los fraudes cometidos por parte de los oficiales reales que se habían ocupado del avituallamiento de la hueste regia⁴²⁵. También don Lope fue propuesto, o más bien impuesto, por los miembros de la comisión para ser el prelado que habría de unirse al doctor Pedro González de la Hoz y Alonso González de la Hoz, a los que denominan “personas del su Consejo” del rey, al conde de Haro y nueve representantes de las casas de la moneda del reino para reformar la moneda⁴²⁶.

El obispo de Cartagena también formaría parte de otra importante comisión: los prelados y caballeros habían denunciado en su Memorial del 5 de diciembre⁴²⁷ la existencia de “muchos agraviados” en el reino que “non han seido oidos en justicia”, a los cuales se les había tomado y ocupado villas, lugares, rentas, heredamientos o bienes. Ante la comisión de Medina se presentaron diversas peticiones concretas en relación con esta cuestión, pero por “la brevedad del tiempo de la dicha nuestra deputacion é la gravedad é muchedumbre de los dichos negocios” no pudieron entender en ellos o en su mayoría. Por ello decidieron nombrar al obispo de Cartagena y a Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, como jueces para ver y sentenciar todos aquellos pleitos. El rey les debería dar poder “fasta diez dias primeros siguientes” a la publicación de la Sentencia para que “sumariamente é de plano é sin figura de juicio sabida solamente la verdad puedan conoscer é conoscan de los dichos negoçios” y dictar sentencia. Si alguno de estos obispos no pudiera entender en ello, el rey habría de nombrar y diputar “otro en su lugar”, otro obispo parece entenderse⁴²⁸.

Desconocemos si Enrique IV llegó a conceder aquel poder, pero el mismo 16 de enero de 1465 en que se publicó la Sentencia, los jueces compromisarios de Medina, en nombre del rey y declarándose miembros del Consejo Real, y titulando a ambos obispos como “oydores de la mi Abdiencia y del mi Consejo”, encargaron a ambos que se ocuparan, al menos, de la restitución de las villas de Mansilla y Rueda a Gutierre de

⁴²³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, pp. 384-385.

⁴²⁴ *Ibidem*, doc. CIX, p. 386.

⁴²⁵ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 387-388.

⁴²⁶ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 395-396.

⁴²⁷ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 8r.

⁴²⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CIX, p. 477.

Robles⁴²⁹ y de la restitución del oficio del juzgado de la fíaldad de Toledo a Ruy García de la Rúa, escribano de cámara y vecino de Talavera⁴³⁰.

Por otra parte, los miembros de la comisión de Medina transmitieron al rey la necesidad imperante de fijar un “corpus” legislativo claro que evitasen las dudas y pleitos que de la interpretación de las numerosas leyes y de las contradicciones existentes entre algunas de ellas nacían. Por ello ordenaron al rey que entregase los 600.000 maravedíes que en las Cortes de Toledo de 1462 ya había recaudado para aquel fin a Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo en un plazo de trece meses para que este, a su vez, se ocupara de nombrar, supervisar su actividad y abonar sus sueldos a los miembros de una comisión encargada de la reforma legislativa. La comisión estaría compuesta por cuatro doctores, dos en cánones y dos en leyes, y un teólogo, que habrían de ser “personas de ciencia e espertos en las cabsas é negocios é de buenas conciencias é de buenos entendimientos é hábiles é suficientes para lo sobredicho”, y dos notarios que residirían con aquellos diputados en el lugar que el arzobispo determinara⁴³¹. Todos ellos habrían de jurar, en manos del arzobispo, que cumplirían su cargo con diligencia y sin parcialidad o interés alguno, y contarían con un plazo de un año para concluir su trabajo, tras lo cual la compilación de leyes resultante sería enviada al rey para su aprobación, confirmación y publicación⁴³². El prelado toledano, por tanto, habría de ocuparse nada menos que de supervisar la redacción y fijación de las futuras leyes por las que se regiría el reino de Castilla. Hasta en este campo el poder del rey trató de ser sometido⁴³³.

4) El episcopado en el Alto Consejo y el Consejo de Justicia en los prolegómenos de la Farsa de Ávila

⁴²⁹ RAH, col. Salazar, 9/868, fol. 6r-7v.

⁴³⁰ AMT, Archivo Secreto, Cajón 2, leg. 3, n. 2. Ambas provisiones del 16 de enero iban dadas a nombre del rey pero dictadas por orden de los miembros de la comisión de Medina en virtud del poder que el monarca les concedió para ver esos agravios.

⁴³¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 474-475.

⁴³² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 476.

⁴³³ Analizan la ordenación de esta reforma MORALES MUÑOZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 76-77; y FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., pp. 169-171.

Como es conocido, Enrique IV rechazó el contenido de la Sentencia de Medina del Campo poco después de que concluyera su redacción, no llegando a alcanzar cumplimiento⁴³⁴. Mientras se redactaba la Sentencia, y según las fuentes cronísticas, se organizó una especie de complot por el cual el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y el conde de Paredes, es decir, el bando aragonésista al completo, regresaron al bando regio fingiendo su descontento con el marqués de Villena y sus aliados con el fin tanto de vigilar la acción del rey como de obtener del mismo mercedes y otros recursos con los que poder resistir al monarca en el caso de que estallase un conflicto con la Corona⁴³⁵. Algunas fuentes señalan que el arzobispo se reincorporó al servicio de Enrique IV para forzar a aquellos caballeros a alzar a don Alfonso como rey, tal y como él quería⁴³⁶, pero parece claro que estos ya habían decidido proceder contra el rey y alzar a su hermanastro como su nuevo monarca mucho antes de los actos de Ávila⁴³⁷.

Así lo explicaba el rey en una carta dirigida al papa el 14 de julio de 1465, que, en base al resto de testimonios con los que contamos sobre esta cuestión, parece verídico:

“Y estando así la cosa pacíficamente, los dichos don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, é Almirante don Fadrique, é Conde de Paredes con malvado é dapnado ánimo enviaron decir que las cosas por mí fechas é otorgadas por subjecion del dicho Marques, é ansimesmo la dicha entrega que yo hice del dicho Infante mi hermano, todo aquello fué en deservicio de Dios é

⁴³⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 229.

⁴³⁵ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 227-228 y pp. 232-233; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 300 coinciden al señalar que este paso del arzobispo y sus aliados al bando enriqueño fue fingido. Sobre el paso del bando aragonésista al bando de Enrique IV a comienzos de 1465 entendido como un complot nobiliario, hablan MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 87-88; QUINTANILLA RASO, M. C., “Discurso aristocrático...”, op. cit., p. 555; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 75-79.

⁴³⁶ Así lo indica ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 235: “A la misma ora llegó otro mensajero, notificándole cómo el marqués de Villena y los otros cavalleros que estavan en Plasencia, la noche de antes se avía partido para Avila a juntarse con el arzobispo de Toledo para alçar por rrey al príncipe, su hermano, e que para atraer a los cavalleros que hiziesen esto, se vían pasado a él [el arzobispo y el almirante], e no por servillo”.

⁴³⁷ En los meses de abril y mayo de 1465 los miembros del bando rebelde, el marqués de Villena, los condes de Plasencia y Benavente y el maestre de Alcántara, firmaron entre sí y, al menos, con la ciudad de Sevilla, una serie de acuerdos por los que se estipulaba aquellas mercedes o privilegios que el príncipe don Alfonso les debería conceder cuando llegara a ser rey o se titulara como tal. Así, el 26 de abril de 1465, en Plasencia, el marqués de Villena y el conde de Plasencia se comprometían con el de Benavente a que harían cumplir al príncipe Alfonso su promesa de hacerle merced de la ciudad de Toro “desque su señoría, plasiendo a nuestro señor, fuere rey”. AHNOB, Osuna, C. 417, doc. 17. En términos similares se expresaban en su acuerdo con la ciudad de Sevilla (“sy se yguale con el rey su hermano e se non llamare rey”) y con el marqués de Villena (“en el dicho caso que yo sea rey o me yntitulare por rey”). Dichos acuerdos se conservan en ADA, C. 3, n. 53 y ADA, C. 3, n. 52, respectivamente. Por tanto, la idea de deponer al monarca y alzar a su hermano ya había sido planteada con antelación a la reunión del arzobispo Carrillo con estos.

mio y dapno de la cosa pública de mis regnos, é que si ellos dieron favor al dicho Marques é á los otros sus parciales que se hiciese aquello, avia sido porque fueron engañados é atraídos á ello por el dicho Marques, haciéndoles entender que los querian destruir é desheredar, é que si á mi pluguiese remitirles lo pasado é facerles á ellos é á otros por su causa merced de ciertas cibdades, villas é castillos é de ciertos maravedis de juro de heredad, é ansimismo dé les dar otras grandes contías de maravedis, sueldos é mercedes é otras cosas, que ellos dejarían la parcialidad que tenían con los dichos Marques de Villena é Maestre de Calatrava é Conde de Placencia, é los dichos Arzobispo é Almirante é otros sus secaces, se tornarían á mi servicio, é ternían manera como el dicho Marques me diese é entregase al dicho Infante mi hermano para que lo criase é toviere como segund Dios é justicia se debia hacer”⁴³⁸.

Más allá de las mercedes concedidas por el rey en favor de estos individuos en aquellos momentos, tras la concesión de las cuales, continuaba señalando el rey en aquella carta, el arzobispo y sus aliados le traicionaron⁴³⁹, nos interesa ahora destacar que este cambio de bando tuvo como consecuencia la reincorporación del arzobispo al Alto Consejo del rey. Así, permaneciendo aún Enrique IV en Olmedo tras la redacción de la Sentencia de Medina, nos consta que los procuradores del reino, “con acuerdo del muy Reverendo yn Cristo padre don Alonso Carrillo, Arçobispo de Toloedo [sic], e del Almirante don Fadrique, vuestro tio, e de otros prelados e condes e cavalleros e de vuestro Consejo”, suplicaron al rey que llamase de nuevo al duque de Alburquerque a su corte y anulase lo dispuesto en torno a su expulsión por los jueces compromisarios de Medina⁴⁴⁰. Tras ello “el arzobispo de Toledo e el almirante don Fadrique se fueron a sus tierras para seguir al rrey, quando les llamase”, y, en efecto, cuando a finales de marzo de 1465 la Corte se trasladó de Segovia a Madrid, el arzobispo se reincorporó al servicio del monarca. Entonces este le “mandó llamar al arçobispo e a los otros de su alto Consejo” a una reunión en la cual el prelado, “como hera privado”, habló el primero, proponiendo al rey que ordenara al marqués de Villena la devolución de su hermanastro

⁴³⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIV, pp. 497-498.

⁴³⁹ Efectivamente, las mercedes conseguidas por el arzobispo Carrillo de manos de Enrique IV en los primeros meses de 1465 en favor suya y de sus parientes y clientes son numerosísimas. Puede señalarse, por ejemplo, las siguientes: la entrega a Luis de Antezana, criado y caballero de la Casa del arzobispo y regidor de Guadalajara, de un juro de heredad de 20.000 maravedíes el 12 de febrero de 1465, AGS, EMR, MyP, leg. 37, fol. 76; la merced de un juro de heredad de 200.000 maravedíes al propio arzobispo el 28 de febrero de 1465, y de otros 100.000 maravedíes el 20 de mayo de 1465, AGS, EMR, MyP, leg. 47, fol. 21; la gracia a Francisco García de Toledo, “fasedor” y criado del mitado, de convertir un juro de por vida de 24.900 maravedíes en un de heredad, el 24 de marzo de 1465, AGS, EMR, MyP, leg. 62, fol. 157; el privilegio, a 28 de marzo de 1465, de todos los bienes que Pedro Nieto, vecino de Albendea, en el término de Huete, debía heredar en favor de Lope Vázquez de Acuña, hermano del arzobispo, AGS, RGS, leg. 1477-10-20, fol. 123; o la donación a Alfonso Carrillo, sobrino homónimo del prelado, de las tercias de Jadraque, Mandayona y sus tierras por juro de heredad, AGS, EMR, leg. 12, fol. 79.

⁴⁴⁰ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., doc. 51, pp. 303-305.

y que procediera contra aquel y sus aliados como si rebeldes fueran en caso contrario, además de que la Corte debía trasladarse a Salamanca para desarrollar allí las Cortes que había convocado el rey⁴⁴¹.

A Salamanca acudirían con el rey en mayo de 1465 “el arzobispo de Toledo⁴⁴², el duque de Alburquerque, el obispo de Calahorra e los otros del Consejo”⁴⁴³. El obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza no se reincorporaba ahora al Alto Consejo, sino que no había llegado a abandonarlo nunca: en confirmación de que aquella orden de destierro contra el obispo de Calahorra no llegó a alcanzar cumplimiento, ya el 21 de febrero de 1465 es posible constatar la presencia del obispo de Calahorra en el Consejo de Enrique IV, pues ese día refrendaba en Segovia, junto a otros de los miembros del mismo, una provisión regia en favor del monasterio de Santa María de Guadalupe⁴⁴⁴. En las Cortes de Salamanca el prelado calagurritano realizaría una intensa labor en nombre del rey ante los procuradores del reino que analizamos en otro apartado.

Es interesante constatar que, como consecuencia de la reincorporación del arzobispo Carrillo al bando de Enrique IV y a su Consejo, otros nobles y prelados vinculados al arzobispo o pertenecientes a sus clientelas, los cuales ya le habían seguido en su anterior rebeldía, se reincorporaron junto a él al Consejo de Enrique IV. Solamente teniendo en cuenta que Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, era un antiguo servidor y criado del arzobispo de Toledo, se puede comprender que, tras ser uno de los primeros prelados que se incorporaron en mayo de 1464 a la rebelión nobiliaria⁴⁴⁵, durante las Cortes de Salamanca fuera uno de los miembros del Consejo Real que más activamente sirvieron a Enrique IV en sus negociaciones con los procuradores del reino⁴⁴⁶. En estos meses recibiría también múltiples mercedes de

⁴⁴¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 230-231. También el arzobispo es mencionado entre los miembros del “alto Consejo” del rey que apoyaron el cerco de Arévalo para arrebatarlo a sus rebeldes tras las Cortes. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 233.

⁴⁴² Documentalmente, nos consta la presencia de Carrillo en Salamanca el 16 de mayo de 1465. Dos días más tarde, también desde Salamanca, el rey autorizaba la renuncia que el arzobispo, al que se refería como miembro de su Consejo, había hecho el día 16 de 10.000 maravedíes de juro en favor de la catedral y cabildo de Calahorra para la fundación de dos capellanías en la capilla de los Mártires, donde se encontraba sepultada doña Isabel Enríquez, esposa del señor de los Cameros. SÁINZ RIPA, E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana*, op. cit., doc. 73, pp. 250-260.

⁴⁴³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 232.

⁴⁴⁴ AHN, Clero, Carp. 407, n. 16.

⁴⁴⁵ Las crónicas dan buena cuenta de ello: *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 141-142; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. II, p. 286.

⁴⁴⁶ Sobre su actuación en las Cortes de Salamanca tratamos en el apartado correspondiente.

Enrique IV⁴⁴⁷. Tras el alzamiento de don Alfonso, y siguiendo a su señor, el arzobispo, el prelado oxomense se unió a la causa alfonsina⁴⁴⁸.

Por otro lado, tras el rechazo de la Sentencia de Medina Lope de Rivas, obispo de Cartagena, continuó sirviendo al rey como uno de los más activos miembros de su Consejo de Justicia. El 27 de marzo de 1465 ejercía como tal desde la villa de Madrid⁴⁴⁹, y, aparte de ser uno de los principales asistentes del rey en las Cortes de Salamanca, también el obispo cartaginense figura entre los miembros del Consejo que, junto a Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, refrendaron a comienzos de 1465 un perdón regio en favor de los vecinos de Sevilla por los disturbios de los años previos⁴⁵⁰. Como ya explicamos en su momento, Barrientos permaneció en la Corte y Consejo de Enrique IV hasta que, al intentar regresar a Cuenca a finales de marzo-principios de abril de 1465, fue apresado por caballeros al servicio del marqués de Villena, por lo que dicho perdón hubo de ser refrendado antes de que se cometiera dicho acto.

Aparte del arzobispo de Toledo y de los obispos de Calahorra, Osma, Cuenca y Cartagena, nos consta que otro prelado anteriormente rebelde también se reincorporó al Consejo Real en el contexto de la emisión de la Sentencia de Medina: Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla. En efecto, un aspecto poco y mal conocido es la actitud mantenida por uno de los antiguos privados del rey, el arzobispo de Sevilla durante y tras la redacción de la Sentencia de Medina. El prelado hispalense se había unido a los opositores a Enrique IV durante los primeros meses de la rebelión. No podía ser de otra forma ante los intentos del rey, debido a sus sospechas sobre la lealtad de Fonseca, de privarle de su dignidad arzobispal y de sus bienes patrimoniales. El monarca acabó por reconocer su error y en octubre de 1464 revocó todas las órdenes

⁴⁴⁷ El 12 de febrero de 1465, Enrique IV le concedió al obispo de Osma un juro de heredad de 70.000 maravedís “acatando los muchos e buenos e leales seruicios quel reuerendo don Pedro, obispo de Osma, del mi Consejo, me ha fecho e fase de cada día e en alguna enmienda e remuneración dellos”. AGS, EMR, MyP, leg. 89, fol. 30. El 15 de febrero de 1465, el monarca le otorgó un juro de heredad de 32.000 maravedís por la misma razón. AGS, EMR, MyP, leg. 89, fol. 30. Y el 28 de marzo de 1465, le hizo entrega de dieciséis excusados. AGS, AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5 y leg. 62, fol. 121.

⁴⁴⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 313; VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 102.

⁴⁴⁹ AGS, RGS, leg. 1477-09-20, fol. 586.

⁴⁵⁰ AHNOB, Frías, C. 11, doc. 28.

que había dictado contra el prelado⁴⁵¹, a pesar de lo cual Fonseca continuó respaldando a los rebeldes en los meses siguientes⁴⁵².

Sin embargo, Enrique IV procuró reconciliarse con su antiguo favorito en el contexto de la redacción de la Sentencia de Medina. En concreto, el monarca y el prelado mantuvieron un encuentro en el monasterio de La Mejorada de Olmedo en diciembre de 1464 en el cual el rey prometió a Fonseca numerosas mercedes para compensarle por los daños que había causado en sus bienes en los meses previos, cuando trató de proceder contra él. Entre aquellas compensaciones, el monarca hizo entrega al arzobispo de 5.000.000 de maravedíes de moneda “vieja” con los que, a su vez, el prelado acuñó entre quince y dieciséis cuentos de maravedíes en su villa de Coca⁴⁵³; le prometió el señorío de la villa de San Felices de los Gallegos, la cual, no obstante, no alcanzaría cumplimiento⁴⁵⁴; y le otorgó un juro de heredad de 130.000 maravedíes, el 30 de enero de 1465, explicitando que ello era “por descargo de mi conciencia e enmienda e satisfacción de algunos dapnos e estragos que en sus vienes e vasallos e rentas yo le mandé faser los días pasados a sinrazón”⁴⁵⁵.

Tras ello Fonseca hubo de retirarse a sus estados, en concreto, a su villa de Coca, donde residía al menos el 16 de febrero⁴⁵⁶, pero no tardó mucho en acudir a la Corte: el 27 de febrero se encontraba en la Corte regia en Segovia para comunicar a los contadores mayores que renunciaba en favor de su primo, Rodrigo de Ulloa, 5.000 de aquellos 130.000 maravedíes de los que le había hecho merced el rey, lo cual aprobaría el propio monarca, también en Segovia, el 2 de marzo siguiente⁴⁵⁷. Poco después el prelado regresó a Coca pero no cortó lazos con la corte enriqueña, pues desde aquella villa, a petición y por contemplación de Enrique IV, y debido a que “el dicho señor rey

⁴⁵¹ Un seguimiento de estos acontecimientos en OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*

⁴⁵² Sería uno de los redactores del Memorial de agravios presentado a la comisión de Medina el 5 de diciembre de 1464. AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3. En Dueñas se encontraba el 7 de enero de 1465 junto a los principales miembros del bando rebelde, entre ellos el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y el conde de Plasencia, a la espera de que los miembros de la comisión de Medina terminaran de redactar la Sentencia. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CIX, p. 363.

⁴⁵³ La noticia la proporcionan numerosos testigos en el pleito que su sobrino y heredero mantuvo con el cardenal Mendoza por el expolio del prelado, oscilando la cifra entre los cuatro y los cinco cuentos. AGS, CCA, Personas, leg. 10-2, fol. 399-1. También se recogió el dato y la noticia de la reconciliación en el monasterio de Mejorada en el pleito entre Juan de Estúñiga y Alfonso de Fonseca, ambos sobrinos del arzobispo, también por su herencia, estudiado por VASALLO TORANZO, L., “La colección artística de Alonso de Fonseca...”, *op. cit.*, p. 113.

⁴⁵⁴ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, p. 51.

⁴⁵⁵ AHN, Clero, Carp. 3461, n. 9; y AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

⁴⁵⁶ Así puede observarse en AHNOB, Osuna, C. 117, doc. 48.

⁴⁵⁷ AHN, Clero, Carp. 3461, n. 9.

nos avía mandado restituyr e éramos e somos restituydo en todo lo nuestro que nos fue tomado e ocupado” cuando el monarca procedió contra él, el 17 de abril de 1465 perdonaba y ordenaba absolver de todas las censuras en que hubiese incurrido a Alfonso de Velasco, presidente del Consejo de Enrique IV, quien había ejecutado durante el verano anterior las órdenes regias contra el prelado hispalense⁴⁵⁸.

De esta forma Fonseca regresaba junto al rey y a su Consejo en los momentos previos a la Farsa de Ávila: durante el desarrollo de las Cortes de Salamanca, le encontramos entre los prelados, caballeros y letrados del Consejo del rey que refrendaron la cédula por la que el rey anulaba la orden de destierro de la corte que los jueces compromisarios de Medina dictaron contra Beltrán de la Cueva a finales de 1464⁴⁵⁹. Las crónicas también nos informan, aunque vagamente, de este acercamiento previo al acto de Ávila del prelado hispalense al rey⁴⁶⁰, el cual nos es confirmado documentalmente de nuevo por una carta del infante-rey don Alfonso dirigida a Burgos el 22 de julio de 1465 por la que informaba de que Enrique IV ya había mandado en repetidas ocasiones a Fonseca y a otros de sus consejeros para entablar negociaciones con él y sus partidarios⁴⁶¹. Sin embargo, una vez que estalló el conflicto Fonseca se movió a una posición intermedia entre los bandos que le permitió convertirse en pieza esencial de todas las negociaciones mantenidas entre las facciones con la aprobación tanto del marqués de Villena como del propio Enrique IV, adquiriendo así un papel político esencial durante el conflicto, como veremos al referirnos a las negociaciones mantenidas entre los bandos⁴⁶².

⁴⁵⁸ OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*, pp. 281-282.

⁴⁵⁹ Revocación transcrita en RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, *op. cit.*, pp. 54-59. No tiene fecha, pero es la respuesta a la petición realizada el 20 de mayo de 1465 en este mismo sentido por los procuradores de las Cortes de Salamanca que transcribe OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 51, pp. 303-305.

⁴⁶⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 302, desarrolla un pasaje en el que explica que en un momento indeterminado antes de la Farsa de Ávila, y “dando al olvido la persecución pasada”, el prelado trato de dirigirse desde Coca “a saludar al rey” Enrique, lo que trató de impedir la gente de Arévalo.

⁴⁶¹ AMB, Actas de 1465, fol. 78v.

⁴⁶² Aparte de lo indicado y lo explicamos en otros apartados, basta con señalar lo que indican las crónicas sobre la postura del prelado hispalense durante la contienda para rechazar la idea de que tras la Farsa de Ávila Fonseca se declaró contra Enrique IV o contra don Alfonso: “Entretanto, después de la salida de Valladolid del rey Alfonso con la confianza de la tregua antes mencionada [de octubre 1465 a marzo 1466], los grandes despidieron a sus casas todas las tropas menos unos pocos caballeros. En la marcha pasaron por Portillo y Coca, con el fin de consultar en Coca el consejo del arzobispo de Sevilla, que residía en aquella villa. Con su acostumbrada doblez no se declaraba franco partidario de ninguno de los reyes, sino que procuraba como siempre lisonjear a ambos. Tal habilidad y destreza eran del agrado del marqués porque servían para introducir en las negociaciones las artimañas de la zorra; y ahora se valía para muchos mensajes de aquel que antes había desdeñado cuando se trataba de seguir el camino recto”.

Sin embargo, la situación descrita cambiaría a finales de mayo-principios de junio de 1465, cuando el arzobispo de Toledo y sus aliados abandonaron el partido regio y se unieron al marqués de Villena y al resto de nobles y prelados de su parcialidad⁴⁶³ para alzar a don Alfonso como rey⁴⁶⁴. Hubo de ser en estos momentos, al tenerse noticia de la traición cometida por Carrillo en la Corte de Enrique IV, cuando este rey ordenó capturar a Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma y uno de los principales consejeros que asistieron al rey en las Cortes de Salamanca, al cual mantuvo sometido a prisión durante cuatro meses, según se expresa en una merced expedida en nombre del infante-rey Alfonso el 23 de octubre de 1467 en favor de dicho prelado en compensación por esta causa⁴⁶⁵.

En relación al tema que nos ocupa, es interesante destacar que el biógrafo particular del arzobispo, Pero Guillén de Segovia, señaló pocos años más tarde en sus *Hechos del arzobispo de Toledo*, obra escrita en alabanza del prelado⁴⁶⁶, que las principales causas que llevaron al arzobispo a este nuevo cambio de bando y al propio alzamiento fueron los “camino siniestros tomados por el duque de Alburquerque y por otros condes y rrycos onbres que con el rey a la sazón estauan” y, también, “quanto poco aprouechauan los loables consejos y buenas dotrynas que por vuestra señoría eran dadas así en seruicio del rrey commo en el pro comun de sus rreynos”⁴⁶⁷. Sin negar lo que de cierto debe haber en la connivencia del arzobispo con el marqués de Villena y

Palencia, *Gesta Hispaniensia*, vol. II, p. 347; “Entre tanto, despues de la partida del rey don Alfonso de la Villa de Valladolid e ser ydo a Portillo, acordose de yr a Coca por saber el proposito del arçobispo de Sevilla, que en aquella su villa residia, el qual a ninguno de los reyes derechamente seguia e a amos a dos con dulçes palabras engañava”. *Crónica anónima de Enrique IV*, Vol. II, p. 172.

⁴⁶³ Uno de los pocos obispos que apoyaron a los rebeldes que en esos meses continuaban en rebelión abierta contra el rey era Luis Vázquez de Acuña y Osorio, obispo de Burgos. De ello que el 18 de mayo de 1465, desde Salamanca, el rey dictara orden de confiscación de sus bienes y rentas tanto patrimoniales como eclesiásticas y contra aquellos otros nobles que continuaban oponiéndose al rey: el maestre de Calatrava, el marqués de Villena y el adelantado Juan de Padilla. AMB, Actas de 1465, fols. 55r-56v.

⁴⁶⁴ Relata los hechos ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 235.

⁴⁶⁵ “...por quanto por mi seruicio fue preso e detenido quatro meses en prisyoness por don Enrrique, mi antecessor, e le fueron robados e tomados muy muchos de sus bienes e de sus criados e seruidores, de lo qual yo entyendo que tengo grand cargo e soy obligado a la restituçión e satysfación de todo ello e de todas las costas, dannos e pérdidas quel dicho obispo por cava de lo susodicho resçibió”. Por ello le otorgaba por juro de heredad las tercias reales de los señoríos de su mitra episcopal. AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5. Como indicamos, parece seguro que fue en esos momentos finales de mayo de 1465 cuando sucedieron estos hechos que se alargaron por cuatro meses, por cuanto el 29 de enero de 1466 el papa Paulo II ordenaba a su nuncio en Castilla, Lianoro de Lianoris, procurar la liberación del obispo de Osma. FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 2, pp. 3-4. Esta es la causa de que, durante los primeros compases de la contienda, no existan noticias de la actividad del obispo de Osma, tras haber adquirido un protagonismo tan destacado en los primeros compases de la revuelta nobiliaria.

⁴⁶⁶ Fue analizada por BENITO RUANO, E., “Los *Hechos* del arzobispo de Toledo...”, op. cit., pp. 515-530; y FERNÁNDEZ GALLARDO, L. “La biografía como memoria estamental...”, op. cit., pp. 448-451.

⁴⁶⁷ GUILLÉN DE SEGOVIA, P., *La Gaya Ciencia*, op. cit., p. 13.

los otros líderes rebeldes cuando regresó al servicio regio, y siguiendo lo que indica el biógrafo del prelado, parece obvio que la posición subsidiaria que se había otorgado al arzobispo en un Alto Consejo Real dominado por los Mendoza y cada vez más amplio debido a la necesidad del monarca de incorporar al mismo a sus partidarios ante la abierta rebelión de parte de sus súbditos⁴⁶⁸, difícilmente podía satisfacer las ambiciones política del prelado toledano, inspirador y parte, como podrá comprobarse en las próximas páginas, de algunos de los contratos de privanza más relevantes de estas décadas. De este modo, la propia composición del Alto Consejo enriqueño en estos meses y la posición otorgada al arzobispo en el mismo deben ser vistas como un factor más que fomentó el radical cambio de postura del prelado toledano y su regreso al partido nobiliario.

4.1. *¿Un nuevo ordenamiento del Consejo de Justicia en mayo de 1465?*

Antes de concluir con el análisis de la inserción del episcopado en el Consejo Real en los prolegómenos de la Farsa de Ávila, debemos indicar que, en sus estudios sobre el Consejo Real de Castilla, Salustiano de Dios dio a conocer un ordenamiento del Consejo de Justicia redactado en el reinado de Enrique IV pero sin fecha, que dató en 1465, más en concreto, en el contexto de las Cortes de Salamanca, debido a que se encontraba junto a documentación emitida en aquellas Cortes⁴⁶⁹. Este ordenamiento, en principio, debería formar parte de nuestro estudio sobre la participación del episcopado en el Consejo Real durante la guerra civil, dado que en él se regula el número de consejeros prelados del mismo, que habrían de ser dos, se nombra al obispo de Lugo como uno de aquellos y se otorga poder a un “arzobispo”⁴⁷⁰, a “Diego Arias”, contador

⁴⁶⁸ El último en incorporarse, a comienzos de mayo, fue el conde de Alba. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 231-232.

⁴⁶⁹ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., pp. 114-115. Lo publicó en DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real...”, op. cit., pp. 303-306. La copia de este documento utilizada por este autor se encuentra en Biblioteca Universitaria de Santa Cruz, Mss. 32, fols. 37r-42r, manuscrito que hemos podido manejar a través del repositorio documental digital de esta biblioteca: <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/190>. Es en él donde se indica por parte de su copista anónimo, en concreto, en el fol. 37r, que “esta orden se copia al fin de las Cortes de Salamanca de 1465 y por eso, aunque no tiene fecha, se le señala la de arriba”, dándole por ello el título de “Orden para el Consejo. 1465”. Esta es la única razón, por tanto, de que se le haya dado tal data. Hemos localizado otra copia de este ordenamiento en BNE, Mss. 11.130, fols. 257r-262v, bajo el título “Reglamento para el Consejo Real publicado por D. Enrique el cuarto sin fecha”. A partir de la publicación de este documento y de la data dada por Salustiano de Dios, otros investigadores han analizado dicho documento condicionando su interpretación del mismo en base a un contexto que, como intentaremos demostrar, no le corresponde.

⁴⁷⁰ En las dos copias que hemos localizado de este documento se habla únicamente del “arzobispo”, al igual que se habla solo del “marqués”, sin nombres y sin especificar el arzobispo de qué sede metropolitana concreta (Sevilla, Toledo o Santiago) era. Desconocemos la razón por la que DIOS, S. de,

mayor del rey fallecido a comienzos de 1466⁴⁷¹, y a un “marqués” para supervisar las actividades del Consejo. Se trataría, por tanto, de un documento fundamental para el estudio de la inserción del episcopado en el gobierno del reino en el contexto que nos ocupa.

Sin embargo, un análisis detallado del documento no nos permite seguir admitiendo la datación a él dada, razón por la que hemos de excluir este ordenamiento de nuestra investigación. Las razones que nos llevan a rechazar la data de 1465 son las siguientes:

1. Enrique IV nombra como uno de los doctores del Consejo “al doctor de Paz”. Debido a que enviaba a este “a Francia, e tardara alla algund tiempo”, ordenaba que mientras tanto le sustituyera el licenciado de Villalpando. Las embajadas a Francia del doctor Alfonso de Paz son conocidas, y ninguna se realizó tras 1457. La primera tuvo lugar en 1454, poco después del fallecimiento de Juan II, y se alargaría bastante, pues no fue hasta mayo de 1455 cuando esta embajada regresó, coincidiendo con las bodas de Enrique IV con Juana de Portugal en Córdoba⁴⁷². El contexto de esta embajada no nos sirve como data del ordenamiento, pues en este documento, previo al envío del doctor a Francia, se habla ya de la “Regna, mi muy cara e muy amada mujer”. La segunda embajada real del doctor de Paz a Francia fue ordenada el 10 de enero de 1456 desde Ávila⁴⁷³, y la tercera y última en 1457, encontrándose el 19 de mayo ya en Francia⁴⁷⁴.
2. El licenciado y doctor Ruy García de Villalpando, sustituto del doctor de Paz durante su embajada, falleció antes del 11 de octubre de 1464, fecha en la que su viuda, María de Deza, vecina de Toro, otorgaba testamento en nombre de su

El Consejo Real de Castilla, op. cit., p. 114 indica que se trataba del arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio.

⁴⁷¹ RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte, op. cit.*, p. 111. Cuando el 15 de enero de 1466 sus hijos y herederos proceden a repartirse sus bienes, se indica expresamente que había fallecido: “honrrado señor Diego Arias de Ávila, contador mayor del rey nuestro señor e del su Consejo, cuya ánima Dios aya”. AHNOB, Osuna, C. 97, doc. 6-8, fol. 3r.

⁴⁷² GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 78 y p. 102.

⁴⁷³ DAUMET, G., *Étude sur l'alliance de la France, op. cit.*, p. 97.

⁴⁷⁴ *Ibidem*, p. 98. Se recoge esta embajada también en las crónicas, por ejemplo en GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 135.

hermano, el bachiller Bartolomé de Deza, mencionando expresamente su condición de viuda de aquel⁴⁷⁵.

3. Se habla continuamente de “el Relator” en el ordenamiento, quien habría de desempeñar distintas funciones en relación con el Consejo. Aunque podría estar aludiéndose simplemente al propio cargo en sí, creemos que el monarca se estaba refiriendo a Fernando Díaz de Toledo, más conocido como “el Relator”, el burócrata más importante de mediados del siglo XV, quien colaboró con Juan II y Enrique IV hasta su fallecimiento, el 2 de mayo de 1457⁴⁷⁶.
4. Se dispone que “entiendan en los fechos [de justicia] de las Ordenes de Santiago e Alcántara” dos comendadores, uno de cada orden, y dos doctores. En el resto de asuntos referentes a ambas órdenes y su gobierno, como “las cosas de hacienda”, debían ser tratados con el rey por medio de “los dichos arzobispo, e marques e Diego Arias”, para que el monarca entendiera en ellos. Dicha disposición coincide con las bulas dadas por Calixto III en 1456 por las que otorgó al rey de Castilla la administración de los maestrazgos de Santiago y Alcántara. En 1458 la administración de la Orden de Alcántara dejaría de ostentarla el rey al ser nombrado maestre Gómez de Cáceres y Solís⁴⁷⁷, y, por lo tanto, una disposición así ha de ser previa a esta fecha.
5. La existencia en los primeros años del reinado de Enrique IV de un equipo de gobierno formado por una tríada exacta a aquella que, según el ordenamiento, habría de supervisar la labor del Consejo: un “arzobispo”, el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca; un “marqués”, Juan Pacheco, marqués de Villena; y Diego Arias Dávila, contador mayor del rey⁴⁷⁸. En todo caso, no nos consta que en mayo de 1465 un “arzobispo” y un “marqués” dirigieran junto a Diego Arias

⁴⁷⁵ RAH, col. Salazar, 9/815, fols. 197v-199r.

⁴⁷⁶ Sobre este personaje, véase CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II*, op. cit., pp. 297-301. Aunque al tratarse de copias del documento original pierda fiabilidad, nos parece significativo que en ambas copias la palabra “Relator” comience en mayúscula, como un nombre propio y no un cargo, tal y como se empleaba en la documentación de la época cuando se referían a Fernando Díaz.

⁴⁷⁷ Véase sobre su nombramiento AYALA MARTÍNEZ, C. de, *Las órdenes militares hispánicas*, op. cit., pp. 746-747.

⁴⁷⁸ Todas las crónicas y estudios sobre el desarrollo del reinado de Enrique IV reflejan esto. Pueden consultarse en especial los trabajos de Suárez Fernández que citamos en la bibliografía, donde se da detallada cuenta de la evolución de la composición del gobierno de Enrique IV en los primeros años de su mandato.

el gobierno de Enrique IV, como sí en aquella época, y el documento no podría ser posterior dado el fallecimiento de Diego Arias a comienzos de 1466.

Todo lo expuesto nos lleva a concluir que este ordenamiento del Consejo debió redactarse entre 1456 y 1457⁴⁷⁹, en el contexto de la tercera embajada a Francia del doctor de Paz⁴⁸⁰. Estas deben ser, por extensión, las ordenanzas del Consejo a las que se refería Enrique IV el 5 de enero 1459 al expedir unas nuevas⁴⁸¹. No nos corresponde, por tanto, evaluar dicho ordenamiento en el contexto de nuestra investigación sobre la guerra civil, aunque nos interesa el dato de la designación de García Martínez de Bahamonde, obispo de Lugo, como consejero real, nada extraño si tenemos en cuenta su formación y experiencia al frente de los órganos de gobierno del reino, y que el monarca otorgase por entonces a aquel “arzobispo” capacidad para que junto a aquel “marqués”, sin duda Juan Pacheco, y a Diego Arias, sus privados, supervisaran la actuación del Consejo de Justicia y sirvieran de enlace entre aquel y el monarca.

Concluimos señalando que, a nuestro parecer, la relevancia de este ordenamiento no disminuye, sino que se incrementa con la data que hemos propuesto, pues pasaría así a ser muestra del modelo de gobierno que Enrique IV pretendía seguir en los primeros años de su reinado, cuando su actuación no se encontraba aún condicionada por la férrea oposición de la liga nobiliaria.

5) El episcopado en el Alto Consejo y en el Consejo de Justicia de Enrique IV durante la guerra civil (1465-1467)

⁴⁷⁹ En el ordenamiento se especifican los doctores y escribanos de cámara que formarían parte del Consejo. Por tanto, un estudio exhaustivo de los oficiales de la Corte de Enrique IV podría ayudar a fijar con mayor exactitud la data de este ordenamiento. Las indagaciones que hemos realizado nos han permitido conocer los esenciales datos del fallecimiento del licenciado de Villalpando antes de 1464 y de las embajadas del doctor de Paz, pero quizá se podría acotar aún más atendiendo a dichos oficiales.

⁴⁸⁰ Así, por ejemplo, el 15 de abril de 1458 nos encontramos una cédula real refrendada por el arzobispo de Sevilla y Diego Arias Dávila junto a un “Johanes, legum doctor” y un “Didacus, doctor” y un canciller, aparte de la firma del rey y su secretario, que parece corresponderse con lo establecido en esta ordenanza en cuanto al modo en el que habrían de expedirse determinados documentos. AGG, Sección 3.^a, Negociado 10, leg. 3.

⁴⁸¹ Así, en dichas ordenanzas Enrique IV señalaba que “Por quanto el Rey Don Enrique, mi abuelo, e despues el Rey Don Johan, mi sennor Padre, cuias animas Dios aya, ficieron algunas leyes e ordenanzas, e yo asi mismo fize otras de la orden e forma que se deviera tener e guardar en el mi conseio...”. DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real...”, *op. cit.*, p. 295.

Tras la defección del conocido como partido aragonesista, encabezado por el arzobispo Carrillo y el almirante de Castilla, en el Alto Consejo de Enrique IV se integraron aquellos prelados y caballeros presentes en la corte que permanecieron en su lealtad. Ya se ha señalado cómo en los primeros compases de la contienda el arzobispo de Sevilla acudió a negociar con los rebeldes en representación del rey, pero sería Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, quien encabezaría a partir de entonces el Alto Consejo del monarca⁴⁸². Como tal, le encontramos, por ejemplo, comprometiéndose junto al duque de Alburquerque y el conde de Alba, “todos del Consejo del rey nuestro señor”, con el conde de Feria a “que nosotros ternemos manera con el dicho señor rey” para que cumpliese toda una serie de promesas realizadas por el monarca a dicho conde si perseveraba en su servicio⁴⁸³. El prelado se afanaría en crear un potente partido que defendiese la causa del rey, siendo este caso tan solo una muestra de la amplia actividad desarrollada por el obispo Mendoza en estos primeros meses de la guerra como miembro del Alto Consejo del rey⁴⁸⁴, y que le sería ampliamente recompensado por el rey durante la guerra a partir de la concesión de diversas mercedes⁴⁸⁵.

El Alto Consejo de Enrique IV sufrió distintas modificaciones en su composición durante el conflicto al compás de los intentos del monarca, siempre inclinado a una solución negociada de la crisis, de acercar posturas con sus rebeldes. Los Mendoza y su principal representante en la Corte y el Alto Consejo Real, el obispo de Calahorra, eran contrarios a cualquier tipo de acercamiento a los alfonsinos, lo que

⁴⁸² Conocido es el discurso que como tal dirigió a algunos magnates del reino para convencerles de no apoyar lo realizado en Ávila por los rebeldes. PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, op. cit., Cap. I, pp. 7-8.

⁴⁸³ Juramento realizado el 15 de julio de 1465. RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 30r-30v; y RAH, col. Salazar, 9/812, fols. 253v-254r.

⁴⁸⁴ Como señalamos en el apartado correspondiente, las crónicas también informan de las actividades de Mendoza como miembro del Alto Consejo del rey dirigidas a reforzar el partido regio en la no menos importante guerra ideológica paralela al conflicto armado. Véase lo que señala PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. II, p. 361 en torno a los consejos de Mendoza al rey sobre esta cuestión y su intervención para que Francisco de Toledo, deán de Toledo, alegase por escrito la ilegitimidad del acto de Ávila. Como miembro de su Alto Consejo, también colaboraría en la diplomacia de Enrique IV durante el conflicto, siendo uno de los miembros del Consejo Real que el 6 de julio de 1465 estuvieron presentes en la entrega de poderes por parte del rey a la reina Juana para que acudiera ante Alfonso V de Portugal para firmar una alianza contra sus rebeldes. AGS, PTR, leg. 49, doc. 39. Véase VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Servir al rey en las ligas nobiliarias...”, op. cit., pp. 777-778.

⁴⁸⁵ Por ejemplo, Enrique IV hizo merced al obispo de Calahorra, el 13 de agosto de 1466, de 160.000 maravedís de juro de por vida que tenía don Pedro de Portugal, hijo de Dionís de Portugal, y también en recompensa a sus servicios, el 3 de abril de 1467 le concedió las tercias de los lugares de Pioz, El Pozo, Atanzón y los Yélamos, señoríos patrimoniales del prelado, por juro de heredad. AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

provocó que fueran repetidamente sacrificados o alejados por el rey cuando trataba de negociar con sus opositores⁴⁸⁶. En aquellas ocasiones serían reemplazados por un prelado que compartía el criterio regio: el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca. Así, en marzo-abril de 1466, cuando el monarca aceptó la propuesta presentada por el marqués de Villena, el maestre de Calatrava y el propio arzobispo de Sevilla⁴⁸⁷ sobre el matrimonio del maestre con la infanta Isabel, aquellos exigieron al rey que ordenase salir de su Corte al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra, que encabezaban en aquellos momentos su Alto Consejo⁴⁸⁸. Estos obedecieron el mandato regio, quedando entonces, según expone el cronista Enríquez del Castillo, el arzobispo de Sevilla “con el rrey, entendiendo en las negoçiaciones que traya” y, más importante para nosotros ahora, “en las cosas del Consejo”⁴⁸⁹.

Según las crónicas, el prelado calagurritano, cabeza hasta entonces del partido regio, permaneció fuera de la corte enriqueña y, por tanto, del Alto Consejo del rey, desde entonces hasta junio de 1467⁴⁹⁰. Sin embargo, la documentación nos permite rechazar aquella afirmación, pues es posible constatar que el obispo Mendoza y otros miembros de su clan regresaron al lado del rey poco después de que las negociaciones mencionadas concluyeran ante el fallecimiento del maestre de Calatrava, a comienzos de mayo de 1466. Así, en una carta dirigida por Enrique IV al concejo de Ágreda el 30 de agosto de 1466, el monarca explicaba que, tras el fracaso de aquellas negociaciones de Coca, “enbié mandar al marqués de Santillana e al duque de Alburquerque e al conde de Alva e a los obispos de Calahorra e Palencia e a otros perlados e grandes de mis reynos que luego fuesen conmigo en esta villa de Valladolid, los quales, continuando su buen deseo e propósito, a mi servicio lo pusieron luego en obra”⁴⁹¹. Todos estos prelados y magnates eran integrantes del linaje de los Mendoza o aliados del mismo, con lo cual podemos observar cómo el rey, ante el fracaso de las negociaciones

⁴⁸⁶ Esta exclusión de los Mendoza ante los intentos de negociar de Enrique IV ya fue señalado por MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Las confederaciones nobiliarias...”, *op. cit.*, p. 461.

⁴⁸⁷ El 27 de abril de 1466 el prelado hispalense declaraba tener en su poder la escritura en la que se contenían aquellos acuerdos. AHNOB, Frías, C. 14, doc. 2.

⁴⁸⁸ De ello que durante estos meses los miembros del clan Mendoza realizasen una serie de confederaciones que tuvieron como eje a la reina Juana que referimos en otro lugar.

⁴⁸⁹ Relata la salida y entrada de aquellos en la Corte ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 257.

⁴⁹⁰ Así lo hace Enríquez de Castillo, que no vuelve a mencionar la presencia del prelado junto al rey hasta junio de 1467, indicando entonces, además, que “avía grand tiempo que estava fuera de la corte”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 270.

⁴⁹¹ Documento transcrito en PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda...”, *op. cit.*, pp. 384-386.

mantenidas en los meses previos con sus rebeldes, acudió de nuevo a aquellos en busca de respaldo.

A partir de entonces y hasta finales de 1466 el prelado calagurritano aparece refrendando distintas provisiones regias junto a otros miembros del Consejo de Enrique IV, por lo que, al menos en aquellos momentos, continuaba junto al rey y a su servicio en este organismo. Así, es posible constatar que se encontraba ejerciendo como miembro del Consejo en Segovia los días 15⁴⁹² y 17 de octubre de 1466⁴⁹³. El 20 de diciembre su firma también se encuentra entre los consejeros de Enrique IV que en Madrid recibieron a los procuradores enviados por la Provincia de Guipúzcoa y expidieron distintas provisiones en respuesta a las demandas que presentaron al monarca⁴⁹⁴.

Por otro lado, también es constatable que, con el regreso de los Mendoza al Alto Consejo a mediados de 1466, el arzobispo de Sevilla no abandonó el mismo, sino que, al contrario, incluso colaboró en la reincorporación de aquellos a la Corte enriqueña: el 21 de junio de 1466 el rey y la reina otorgaron un seguro a don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, para que acudiera sin peligro a su Corte. Ese mismo día los principales miembros “del Consejo del rey nuestro señor” emitieron otro escrito en el mismo sentido, y entre ellos figuraba el arzobispo hispalense⁴⁹⁵. Pero debe señalarse que Fonseca, aliado con el marqués de Villena, no cortaría por ello en ningún momento lazos con el bando alfonsino. Su lugar estaba en un punto medio entre los bandos, sirviendo como enlace entre los mismos o, mejor dicho, entre el marqués de Villena y Enrique IV cuando alguno tratara de entablar contacto con el otro.

En un momento indeterminado entre finales de 1466 y junio de 1467 hubo de producirse aquel alejamiento de los Mendoza y del obispo de Calahorra de la Corte que indican las crónicas. Desconocemos las razones inmediatas del mismo, pero parece probable que fuera su descontento con el rumbo de las negociaciones que se estaban manteniendo en aquellos meses en la villa de Madrid lo que lo provocaron⁴⁹⁶. En todo

⁴⁹² AVM, Secretaría, 2-393-20.

⁴⁹³ AVM, Libro de Cédulas y Provisiones, A, fols. 7v-8v.

⁴⁹⁴ AGG, Sección 3.ª, Negociado 11, leg. 1; y Sección 1.ª, Negociado 11, leg. 16.

⁴⁹⁵ Transcritos por RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, op. cit., pp. 67-68.

⁴⁹⁶ En el acuerdo firmado entre el rey y los Mendoza el 6 de agosto de 1467 que señalamos más adelante, se indica expresamente que el rey habría de someter al criterio del marqués de Santillana y del obispo de Calahorra cualquier negociación que pensara entablar con los rebeldes debido a que en las negociaciones

caso, es el arzobispo de Sevilla, director de aquellas negociaciones entre los bandos en Madrid, quien aparece al frente del Consejo de Enrique IV en los primeros meses de 1467: el 31 de marzo de 1467, en las credenciales dadas en Madrid por el rey al obispo de Ciudad Rodrigo para firmar una nueva alianza con el rey de Inglaterra, Fonseca aparece entre los miembros de un Consejo Real enriqueño en el que los Mendoza y sus aliados brillan por su ausencia⁴⁹⁷, y en el que, en cambio, figuraba el propio hermano del arzobispo, Fernando de Fonseca, quien fallecería algunos meses más tarde a causa de las heridas recibidas combatiendo por la causa alfonsina en la batalla de Olmedo⁴⁹⁸.

El abrupto final de las negociaciones de Madrid en mayo de 1467 a causa de un alzamiento de la Hermandad madrileña y de los fieles a Enrique IV para evitar que el monarca abandonase la villa con el arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia para continuar las negociaciones con aquellos en Plasencia o Béjar⁴⁹⁹, provocó la salida del arzobispo Fonseca del Consejo y el regreso al mismo del obispo de Calahorra y otros de sus aliados, quienes decidieron que la Corte debía trasladarse a Segovia⁵⁰⁰. Allí el rey convocó al marqués de Santillana, y, en palabras de Enríquez del Castillo, “él e su hermano, el obispo de Calahorra, e el conde de Medinaçeli” volvieron a entender “en la governación e cosas del Consejo”⁵⁰¹. El arzobispo de Sevilla sería expulsado de forma definitiva por los Mendoza del Alto Consejo de Enrique IV durante una junta celebrada por los partidarios de este monarca en Segovia en torno a mediados de junio de 1467. En ella Fonseca se opuso al plan de acción trazado por los Mendoza para combatir y derrotar a los alfonsinos, y, tras un duro enfrentamiento con aquellos, se vio obligado a abandonar la Corte. Esta expulsión le llevó a declararse por primera vez en toda la

que había mantenido hasta el momento con los alfonsinos habrían sido perjudiciales tanto para el rey como para los Mendoza.

⁴⁹⁷ El listado de consejeros presentes aquel día es: Arzobispo de Sevilla, Andrés de Cabrera, mayordomo del rey, Antón Núñez de Ciudad Rodrigo, contador mayor, Juan Fernández Galindo, capitán de Enrique IV, Fernando de Fonseca, hermano del arzobispo, y Francisco de Tordesillas, camarero del rey. AGS, PTR, leg. 52, doc. 16. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXLIV, p. 542.

⁴⁹⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 425.

⁴⁹⁹ *Ibidem*, p. 412. Véase especialmente la descripción de estos hechos de Enríquez del Castillo, pp. 267-270, quien participó personalmente en el alzamiento.

⁵⁰⁰ “E por heso, luego que la rresystençia fue hecha, vinieron allí a Madrid algunos señores de su partido, señaladamente: don Luys de la Çerda, conde de Medinaçeli, e don Pero Gonçález de Mendoça, obispo de Calahorra, que avía grand tienpo que estava fuera de la corte, por cuya venida, el rrey fue muy contento, porque paresció estar su persona rreal con más abtoridad. Entonçes, avido su Consejo, determinó que el rrey se partiese para Segovia”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 270.

⁵⁰¹ *Ibidem*, p. 271.

contienda como abierto partidario de la causa de don Alfonso⁵⁰². Fue, por tanto, la pérdida de su posición en el Alto Consejo enriqueño y su enfrentamiento con los nuevos integrantes del mismo la causa de que el prelado hispalense, antiguo favorito y privado del rey, se decantase de forma clara por el bando alfonsino. En los meses siguientes ofrecería, en consecuencia, a estos su apoyo contra don Enrique⁵⁰³ y se incorporó al Alto Consejo de don Alfonso⁵⁰⁴.

De esta forma el obispo de Calahorra y sus parientes recuperaban el control del Alto Consejo de Enrique IV. El rey ya les había obligado a abandonar la Corte y el Alto Consejo en otras ocasiones ante sus intentos de entablar negociaciones con los alfonsinos, ya fuera por la negativa de los Mendoza a participar en aquellas o por ser exigencia expresa de sus rebeldes para iniciar esas negociaciones. Por ello el 28 de junio⁵⁰⁵ y el 6 de agosto de 1467⁵⁰⁶ este clan obligó al monarca a comprometerse mediante juramento a que no aceptaría ningún trato de sus opositores ni intentaría entablar negociaciones con aquellos sin el consejo y expreso consentimiento del obispo de Calahorra y de su hermano, el marqués de Santillana. Aparte, habría de entregarles a la princesa doña Juana como rehén⁵⁰⁷. El monarca otorgaba de esta forma a comienzos del verano de 1467 al clan de los Mendoza y al obispo de Calahorra el dominio pleno de su Alto Consejo, pero únicamente lograrían mantenerlo hasta que el 16 de septiembre de 1467 la ciudad de Segovia fuera tomada por los alfonsinos⁵⁰⁸. Entonces volverían a ser desplazados por un rey completamente derrotado que deseaba entrar de nuevo en

⁵⁰² Así, tras aquel enfrentamiento con los Mendoza, Fonseca “se marchó a Coca, donde buscó su venganza más abiertamente declarándose públicamente por Alfonso”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 417-418.

⁵⁰³ El 20 de junio de 1467 el infante-rey don Alfonso comunicaba al concejo de Murcia que la villa de Coca, señorío patrimonial del prelado hispalense, era una de las que le estaban ayudando a combatir a Enrique IV. AMMU, leg. 4271, n. 161. A la batalla de Olmedo enviaría en favor de los alfonsinos a su hermano, Fernando de Fonseca, que lucharía bajo el pendón del prelado hispalense. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 424-425; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 277.

⁵⁰⁴ Como miembro del bando alfonsino, acudió a la junta de Montejo de la Vega con el legado Veneris el 13 de septiembre de 1467. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 429.

⁵⁰⁵ AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 38. Transcrito en VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil*, op. cit., doc. III, pp. 53-59.

⁵⁰⁶ AHNOB, C. 1860, doc. 17.

⁵⁰⁷ Así se estipulaba en el concierto del 6 de agosto. Aparte, dicha exigencia de la entrega de la princesa como rehén es recogida por las crónicas: PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 418.

⁵⁰⁸ Aún el 10 de septiembre de 1467 el obispo de Calahorra, el duque de Alburquerque y el marqués de Santillana eran algunos de los miembros del Consejo Real enriqueño que se encontraban junto al rey cuando aprobó la alianza que en su nombre el obispo de Ciudad Rodrigo había firmado con el rey de Inglaterra. RYMER, T., *Foedera...*, op. cit., p. 590.

negociaciones con sus rebeldes, incumpliendo así los pactos realizados con los Mendoza a comienzos de verano.

En lo que se refiere al Consejo de Justicia, y como denunciarían en 1469 los procuradores del reino en las Cortes de Ocaña, según veremos más adelante, este entró en un caos absoluto ante el estallido del conflicto civil. A pesar de que múltiples prelados y nobles se titulaban como miembros del mismo, únicamente nos consta fehacientemente que, entre los obispos del reino, Lope de Rivas, obispo de Cartagena, ya miembro del Consejo de Justicia de forma previa al conflicto, continuó ejerciendo *de facto* en él durante el conflicto, en concreto, desde la villa de Madrid: el 15 de mayo de 1467 refrendaba desde esta villa enriqueña, junto al licenciado Antón Núñez Ciudad Rodrigo, la confirmación real de ciertos privilegios de la villa de Ferrol⁵⁰⁹. En Madrid hubo de permanecer este obispo durante todo el conflicto intentando mantener en funcionamiento dicho Consejo de Justicia, a pesar de las dificultades derivadas de la guerra. Precisamente, gracias a un pleito conservado de hacía finales de 1467 entre el escribano de cámara Diego González de Madrid y Pedro Gómez de Sevilla, tesorero mayor de Vizcaya, sabemos que las reuniones del Consejo de Justicia se celebraban por entonces en la propia posada del prelado:

“E después desto, en la dicha villa de Madrit, a nueue días del mes de disienbre anno susodicho, dentro de la posada del sennor obispo de Cartagena, que es en el arrual de la dicha villa, donde se fase e ayuntan los sennores del Consejo del rey a consejo sobre las cosas tocantes a la justiciã çeuil e criminal del dicho sennor rey...”⁵¹⁰.

En consecuencia, no parece arriesgado afirmar que la principal función y dedicación de este prelado durante la guerra fue intentar mantener en funcionamiento el Consejo de Justicia de Enrique IV, lo cual hizo desde una posición de preeminencia, al ser en sus propias casas donde se celebraban las reuniones del Consejo. No parece, en todo caso, que don Lope llegara a recibir el cargo de presidente del Consejo, por cuanto, como ya se ha señalado, tanto antes como después de la guerra el caballero Alfonso de Velasco ostentaría esta dignidad.

Aparte del obispo de Cartagena, parece probable que tanto García Álvarez de Toledo, obispo de Astorga y, al igual que el obispo de Cartagena, antiguo servidor de

⁵⁰⁹ AGS, PTR, leg. 58, doc. 11.

⁵¹⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 111.

Enrique IV y miembro de este Consejo de Justicia de forma previa al conflicto⁵¹¹, continuara sirviendo en el mismo durante la contienda⁵¹², pues al final de la guerra se encontraba en Getafe ejerciendo aquel cargo, como indicaremos al tratar sobre la reforma del Consejo de Justicia en el contexto de las Cortes de Ocaña. Algo similar puede señalarse con respecto a Juan Arias Dávila, administrador y, a partir de 1466, obispo de Segovia, quien también hubo de servir en el Consejo de Justicia enriqueño mientras permaneció en la lealtad a este monarca, al igual que había hecho en los momentos previos al conflicto⁵¹³. Su caso es especialmente significativo pues a través del mismo podemos observar cómo los posicionamientos políticos de este obispo afectaron a su inserción en los órganos gubernativos del reino.

6) El episcopado en el Alto Consejo y en el Consejo de Justicia del infante-rey Alfonso (1465-1467)

Tras la deposición y alzamiento de Ávila, los rebeldes a Enrique IV se afanaron en organizar una Corte y unos órganos de gobierno paralelos a los del monarca legítimo en torno a don Alfonso, su nuevo rey, con los que dirigir aquella parte del reino que se había declarado en favor de su causa. El Consejo Real⁵¹⁴, y, más en concreto, el Alto Consejo, no podía faltar, más si tenemos en cuenta que el objetivo prioritario de los rebeldes a Enrique IV era hacerse con su control para poder dirigir el gobierno del reino en favor de sus intereses, razón por la que, ante la negativa del monarca a satisfacer sus

⁵¹¹ El 22 de marzo de 1464, en Madrid, ambos, aunque don García aún como electo de Astorga, figuran como miembros del Consejo Real junto a Alfonso de Velasco, “Petrus, licençiatu” y Pedro de Rutia en una provisión regia enviada a Bilbao. ENRÍQUEZ FERNÁNDEZ, J., HIDALGO DE CISNEROS AMESTOY, C. y MARTÍNEZ LAHIDALGA, A., *Colección documental del Archivo Histórico de Bilbao, op. cit.*, doc. 93, p. 352.

⁵¹² Él y su hermanastro, Pedro Núñez de Toledo, permanecieron fieles a Enrique IV durante el conflicto. Precisamente, el 24 de abril de 1465 el rey nombraba a Pedro Núñez miembro de su Consejo y le ordenaba asentar 100.000 maravedíes de acostamiento. El 6 de agosto de 1466 el rey ordenaba también a sus contadores mayores que abonasen a Pedro Núñez el sueldo de las tropas que en su servicio había tenido en Villafranca y Madrid. Todos estos datos en documentación contenida en AHN, Clero, leg. 7042.

⁵¹³ A 2 de octubre de 1464 refrendaba junto a otros miembros del Consejo una provisión de Enrique IV dirigida al doctor Diego Sánchez del Castillo para que se ocupara de cierto pleito en Guadalajara. LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara, op. cit.*, doc. 40, pp. 113-115. Su incorporación al Consejo en los primeros momentos de la guerra civil en RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte, op. cit.*, p. 146.

⁵¹⁴ Los trabajos ya citados de Morales Muñiz y Salustiano de Dios dan buena cuenta de la creación de esta corte paralela.

pretensiones, habían acabado alzando a don Alfonso, un joven de tan solo once años de edad, como rey. Así lo indicaba expresamente el propio Enrique IV en una carta dirigida al concejo de Guadalajara el 4 de agosto de 1465:

“[...] trayendo en su poder al infante don Alfonso, mi muy caro e muy amado hermano, yntitulándole por rey destos regnos, seyendo él ynoçente de todo ello por ser, conmo es, en tan tyerna hedad [...] pénsandose con el dicho ynfante, mi hermano, asý yntytulado, substraerse de la obediencia e subjección real que yo sobrellos tengo e *apoderarse de los dichos mis regnos e del regimiento e governación dellos por medio del dicho mi hermano que es en tal hedad que los non puede regir nin costreñir nin apremiar en aquello que deven ser regidos nin apremiados, antes ellos han de regir e rigen a él por la ternez de su hedad* de que manifiestamente quieren conseguir su mal propósito de se querer apoderar destos mis regnos e los repartir entre sy”⁵¹⁵.

Aunque dicha denuncia forma parte de un texto con una clara finalidad propagandística, debe señalarse que cuando el 4 de junio de 1468 Juan Pacheco, entonces ya maestre de Santiago, y el arzobispo Carrillo firmaron entre ellos una relevante confederación, que más adelante analizaremos, por la que estipulaban cómo habría de dirigirse el gobierno alfonsino en adelante, se expresaron en términos casi idénticos a los empleados por el rey en aquel escrito:

“E por quanto el dicho señor rey don Alfonso es de tan tierna edad que por sí mesmo non puede regir e gouernar sus reynos, e es necesario que tenga personas que le acompañen e siruan e ayuden en lo que avrá menester, queremos e acordamos que nosotros amos tengamos cargo de su persona e de la dicha señora infante su hermana, e le ayudemos a gouernar e regir sus reynos e aquel o aquellos que nos quisiéremos e non otro alguno”⁵¹⁶.

En el Alto Consejo alfonsino se integraron los líderes de la facción rebelde, incluidos los obispos que formaban parte de la misma y, que junto a sus parientes y aliados, se habían alzado para obtener el poder e influencia en el gobierno del reino al que aspiraban con su rebelión⁵¹⁷. Basta echar un vistazo a la documentación emitida por la cancillería alfonsina en los primeros compases de la contienda para observar quiénes eran los miembros del Alto Consejo que controlaba el gobierno del infante-rey. Así, en

⁵¹⁵ LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 52, p. 142.

⁵¹⁶ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7. Las cursivas de ambos fragmentos son nuestras. Fue transcrita por FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 635-637.

⁵¹⁷ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 338-340 recogió un amplio listado de nobles que en algún momento recibieron la denominación de consejeros de don Alfonso, en el que únicamente se incluye al arzobispo de Toledo de entre los prelados que se unieron a la facción alfonsina. Aparte de que de dicho listado deberían ser restado los consejeros honoríficos, determinados obispos alfonsinos deberían ser incluidos en el mismo, pues nos consta que ejercieron como tales en determinados momentos.

uno de los primeros documentos emitidos, el privilegio de exención de tributos a los habitantes de Ávila, ciudad en la que se produjo la deposición y alzamiento, dado el 6 de junio de 1465, don Alfonso señalaba que había concedido dicho privilegio:

“Por quanto el muy reverendo padre don Alfonso Carrillo, arçobispo de Toledo, prymado de las Españas, mi chançiller mayor e del mi Consejo, e don Álvaro de Cúñiga, conde de Plasençia, mi justiçia mayor e del mi Consejo, e don Juan Pacheco, marqués de Villena e del mi Consejo, e don Gómez de Caçres [sic], maestre de Alcántara, e del mi Consejo, e don Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, e don Rodrigo Manrrique, mi condestable de Castilla e del mi Consejo, e otros grandes de los dichos mis reynos, que en el dicho mi alçamiento de rey se açertaron e estavan conmigo en esta dicha çibdad de Ávila, me lo suplicaron [...]”⁵¹⁸.

Todos estos miembros de su Alto Consejo aparecen, finalmente, refrendando dicho privilegio. Este refrendo de la documentación emitida por la cancillería alfonsina es para nosotros esencial, pues es el que permitirá en adelante conocer quiénes eran aquellos personajes que se encontraban junto a don Alfonso ejerciendo *de facto* como miembros de su Alto Consejo en distintos momentos.

Ese mismo 6 de junio se emitieron otras cédulas en nombre de don Alfonso para dar cuenta de lo sucedido en Ávila, en el refrendo de las cuales se unía a los ya indicados el obispo de Coria Íñigo Manrique de Lara⁵¹⁹, miembro de uno de los principales linajes de la alta nobleza opositora al gobierno de Enrique IV, los Manrique⁵²⁰. El obispo de Coria destaca por ser, junto al arzobispo Carrillo, el prelado que durante más tiempo permaneció al frente de la Corte del infante-rey y custodiando a este, hasta el punto de que son verdaderamente escasos los documentos emitidos por la cancillería alfonsina por nosotros consultados en los que no se incluyeron en su refrendo las firmas de “Alfonsus, Archiepiscopus Toletanus” y “Enecus, Episcopus Cauriensis”, o, al menos, una de ambas⁵²¹. Así, cuando el 26 de octubre de 1465 don Alfonso

⁵¹⁸ BARRIOS GARCÍA, A. *et al.*, *Documentación del Archivo Municipal de Ávila*, *op. cit.*, doc. 85, pp. 188-191, el fragmento en concreto en p. 188.

⁵¹⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXIX, pp. 490-492, en concreto p. 492; y AMMU, Cartulario real, n. 798bis, fols. 191r-192r.

⁵²⁰ Como miembro del linaje Manrique y del Consejo del infante-rey don Alfonso, también en MONTERO TEJADA, R. M., “Los Manrique en las instituciones de gobierno...”, *op. cit.*, pp. 822-823.

⁵²¹ Las muestras son numerosas, por lo que no podemos incluir ahora una relación exhaustiva de las mismas. Por ejemplo, el 26 de agosto de 1465, desde Valladolid, ambos prelados refrendaban junto a otros miembros del Alto Consejo alfonsino una merced a favor del señor de Aguilar. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 3. Otros numerosos ejemplos de cartas y provisiones de don Alfonso refrendadas por estos dos prelados se pueden encontrar en la utilísima colección documental elaborada

explicaba a las ciudades y villas que se habían unido a su causa la organización de su gobierno, señalaba que junto a él y al frente de su Alto Consejo se encontraban ambos prelados junto a otros de los principales nobles rebeldes:

“Vine a esta villa de Arévalo e truxe connigo al muy reuerendo padre in Christo arzobispo de Toledo e al marqués de Villena e maestre de Alcántara e los condes de Plasencia e Benaute e Alua de Liste e Miranda e a don Pedro de Velasco, fijo mayor del conde de Haro, e al reuerendo padre obispo de Coria e a otros perlados e caualleros del mi Consejo”⁵²².

Ambos serían por tanto, los principales miembros del episcopado que coparían, junto a otros líderes de la facción rebelde, el Alto Consejo de don Alfonso, pues aunque otros obispos se declararon temporal o circunstancialmente en favor de la causa alfonsina, como el arzobispo de Sevilla a partir de junio de 1467, solo a estos se les otorgó o permitió formar parte del Alto Consejo de aquel de forma continuada y disfrutar de los beneficios que de ello se derivaban, dado su relieve en la facción que se había alzado contra el rey y que ahora gobernaba aquella parte del reino que había retirado su obediencia a Enrique IV.

Junto a ellos deberíamos incluir al obispo de Burgos Luis Vázquez de Acuña y Osorio, pariente y siempre estrecho colaborador del marqués de Villena y del maestre de Calatrava Pedro Girón. Al contrario que Carrillo y Manrique, su presencia en la Corte alfonsina fue bastante reducida durante la guerra civil debido a que recibió el encargo de guardar y mantener para el bando alfonsino la ciudad de Burgos⁵²³, en la cual ya se encontraba a comienzos de julio de 1465⁵²⁴ y en la que permaneció buena parte de la contienda ocupado en aquel menester⁵²⁵. Sin embargo, nos consta que en

por LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*

⁵²² PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana*, *op. cit.*, doc. 35, pp. 276-278.

⁵²³ Así lo explicaba don Alfonso en aquella carta del 26 de octubre, al indicar que había mandado quedar “en la çibdad de Burgos al reuerendo padre obispo de Burgos e al mi adelantado Iohán de Padilla”, al igual que había “proueydo de otros perlado e caualleros e gentes” en otras ciudades de sus reinos para su guarda. *Ibidem*.

⁵²⁴ En AMB, Actas de 1465, fol. 64 y ss. se pueden observar las gestiones del prelado burgalés en nombre de don Alfonso y su partido para conseguir que Burgos alzara pendones por el nuevo rey y organizase sus defensas contra los partidarios de Enrique IV.

⁵²⁵ Véase LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, *op. cit.*, pp. 222-228, quien analiza a partir de la documentación que pudo localizar en el Archivo de la Catedral de Burgos, la actuación política del obispo durante la guerra civil, pues las actas concejiles burgalesas, que habrían resultado esenciales para conocerla, se interrumpen en julio de 1465 y no se conservan otras nuevas hasta mucho después de concluir la guerra. Como muestra de su ocupación en estos menesteres, podemos señalar la contestación que el 7 de diciembre de 1467 dio a una consulta que le realizó su cabildo catedralicio, ante la cual, alegando que “era ocupado en muchos negoçios en seruicio del rey e pas e sosiego desta çibdad”, les comunicó “que non podía él entender en esta causa”. ACB, Registro de Actas 18, fol. 76v.

determinados momentos se reincorporó a la corte de Alfonso y formó parte de forma directa de su Alto Consejo, aunque fuera de forma temporal. Así, estuvo presente en la junta del Alto Consejo alfonsino celebrada en Arévalo a comienzos de 1466 junto al arzobispo de Toledo, el obispo de Coria y otros principales miembros de este partido⁵²⁶, y se encontraba en su Corte cuando don Alfonso se trasladó con ella a Toledo durante mayo-junio de 1467⁵²⁷. Precisamente, el 14 de mayo de 1467 “L. Episcopus Burgensis” refrendaba junto a un “Alfonsus licenciatus” y Juan Fernández de Hermosilla, secretario de don Alfonso, una provisión para que se respetasen ciertos privilegios del prior, frailes y monasterio de Santa María de Guadalupe⁵²⁸. También el obispo de Burgos refrendó provisiones emitidas por el infante-rey en otros momentos, como el 18 de noviembre de 1466⁵²⁹. Le encontramos así, por tanto, ejerciendo *de facto* como miembro del Alto Consejo alfonsino en determinados momentos, aunque sería sobre todo desde Burgos como este prelado procuró apoyar a la causa rebelde.

En cuanto al funcionamiento del Alto Consejo alfonsino, no podemos profundizar demasiado en el mismo. Dado el estado de guerra civil y la necesidad de guardar sus propios estados, parece que en determinados momentos se llegaron a ordenar pequeños equipos que habrían de permanecer junto al infante-rey para “asistirle” en el regimiento de sus reinos. Así, poco después del fallecimiento del maestre de Calatrava Pedro Girón (2 de mayo de 1466), tuvo lugar una junta alfonsina en Talavera de la Reina “para discutir en consejo las resoluciones convenientes”, a la cual asistieron, entre otros magnates, el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria. Uno de los puntos tratados en fue “que el conde de Benavente y el obispo de Coria fuesen a Arévalo para asistir al rey Alfonso”, en sustitución de la marquesa de Villena y de Pedro de Hontiveros, que se encontraban junto a don Alfonso en lugar del marqués de Villena y del conde de Plasencia, respectivamente⁵³⁰. Ello se puso en práctica de forma inmediata: ya el 21 de mayo de 1466 el obispo de Coria y el conde de Benavente refrendaban en Arévalo una provisión de don Alfonso dirigida al concejo de Murcia⁵³¹.

⁵²⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 364.

⁵²⁷ El obispo de Burgos es uno de los nobles y prelados que participó en las ceremonias celebradas en la ciudad, junto al arzobispo de Toledo y el obispo de Coria. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 413.

⁵²⁸ AHN, Clero, leg. 1422.

⁵²⁹ Junto al conde de Benavente y el marqués de Villena, refrendaba una provisión dirigida ese día al concejo de Jerez de la Frontera. AMJF, Actas de 1467, fols. 8r-9r.

⁵³⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II p. 404.

⁵³¹ AMMU, Cartulario Real, N. 798bis, fol. 195v.

Nos consta que en junio⁵³² y julio⁵³³ el obispo de Coria aún permanecía junto al infante-rey cumpliendo esta función.

Por otro lado, y como se podía suponer por el modelo de monarquía defendido por los rebeldes a Enrique IV, aquellos prelados y nobles rebeldes del Alto Consejo no podían tomar decisiones de gobierno en nombre de don Alfonso de forma descoordinada, sino que debían ser aprobadas por una amplia representación de los mismos. Así, mientras que el 20 de enero de 1467, en la contestación de don Alfonso a las peticiones que los procuradores del principado de Asturias le habían presentado, el infante-rey señalaba que aquellas fueron vistas “en el mi Consejo, é por los Perlados é caballeros que en él están fue platicado sobre lo contenido en dichas peticiones, é por ellos fué acordado que yo debia responder á ellas é proveer” de determinada manera⁵³⁴, el 31 de agosto de 1467 don Alfonso explicaba al concejo de Toledo que, a pesar de que había recibido sus cartas y peticiones, “non se ha podido entender en ello” de momento debido a que “al presente non estaua aquí saluo el muy reuerendo padre in Christo arzobispo de Toledo, mi tío”. Esperaba que aquella semana acudieran a su corte los maestros de Santiago y Alcántara, el conde de Plasencia y otros grandes de su partido, y, “en viniendo aquí los susodichos”, continuaba, “yo mandaré entender en ello e se dará el despacho que cunpla a mi seruicio e a bien desa çibdad”⁵³⁵. Formalmente, siempre se trataría de mostrar que la toma de decisión por parte de aquellos miembros del Alto Consejo de don Alfonso era por delegación suya⁵³⁶.

Aunque no se haya localizado, creemos que no es arriesgado suponer que, en el contexto de la Farsa de Ávila, los principales prelados y caballeros del bando rebelde hubieron de suscribir un acuerdo, seguramente similar a los de septiembre-octubre de 1467 y al de junio de 1468 que expondremos más adelante, en el cual se hubo de estipular y regylar la forma en la que, en adelante, debería ser gobernada aquella parte

⁵³² En concreto, el 11 de junio, y aún en Arévalo. AMMU, Cartulario Real, N. 798bis, fol. 195v.

⁵³³ El 14 de julio, sin lugar, refrendaba una provisión de don Alfonso al concejo de Murcia solicitando tropas para combatir a Enrique IV. AMMU, leg. 4271, n. 158.

⁵³⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXLI, pp. 528-536.

⁵³⁵ AMT, Archivo Secreto, Cajón 5, leg. 6, n. 2.

⁵³⁶ Así ocurrió, por ejemplo, el 1 de noviembre de 1467, cuando don Alfonso comunicó a la ciudad de Toledo que había dado cargo al arzobispo de Toledo y al maestre de Santiago que atendiera al delegado enviado por la urbe, el bachiller Fernando Sánchez Calderón. AMT, Archivo Secreto, Cajón 1, leg. 4, n. 64B. Unos días más tarde, el 5 de noviembre, el arzobispo de Toledo comunicaba a la ciudad que con el dicho bachiller “fablamos algunas cosas que de nuestra parte vos dirá”. AMT, Fondo Histórico, Caja 2530.

del reino que se declarase en la obediencia de don Alfonso. Estas características señaladas hubieron de responder a alguna o algunas cláusulas del mismo.

En definitiva, aquellos tres serían los principales miembros del episcopado que durante el conflicto ejercieron junto a otros magnates laicos del bando rebelde el gobierno en nombre del infante-rey en tanto que componentes de su Alto Consejo. Como tal serían reconocidos por aquellos sectores del reino que se unieron al bando alfonsino, y, al igual que nos consta que ocurrió con otros prelados del Consejo de Enrique IV⁵³⁷, distintos concejos u otras instituciones laicas o eclesiásticas afines a los alfonsinos trataron de recurrir a la mediación del obispo de Coria o del arzobispo de Toledo para que en el Consejo de don Alfonso se abordaran ciertas cuestiones o se emitieran determinadas órdenes favorables a sus intereses⁵³⁸. Así, antes de que el alcázar de Palencia fuera derribado el 12 de julio de 1465⁵³⁹, el cabildo catedralicio de Palencia, dueño junto al obispo palentino de aquella fortaleza, recurrió al obispo de Coria, antiguo canónigo de aquella Iglesia⁵⁴⁰ y, como hemos señalado, miembro principal del Alto Consejo de don Alfonso, para que “toviese alguna manera” en que desde la Corte alfonsina se dictaran órdenes prohibiendo aquel derribo⁵⁴¹. Tendrían éxito en su objetivo, pues según se señalaba en un documento del 7 de enero de 1467, “se ganaron cartas por algunos prelados del consejo del Rey” don Alfonso para que no se derrocara el alcázar, aunque, finalmente, este sería destruido⁵⁴². Por su parte, nos consta que el concejo de la ciudad de Toledo recurrió tras los disturbios anticonversos del verano de 1467 al arzobispo de Toledo para que favoreciera sus negocios en la Corte alfonsina, pues se conservan distintas cartas del prelado dirigidas a aquella urbe en las que prometía hacerlo. Por ejemplo, el 15 de septiembre de 1467, víspera de la toma de Segovia por los rebeldes, el arzobispo se dirigió al concejo toledano para excusarse de

⁵³⁷ Ya hemos referido anteriormente las cartas que el concejo de Cuenca envió a don Lope de Barrientos mientras que permaneció en la corte y Consejo de Enrique IV entre finales de 1464 y comienzos de 1465 para que favoreciese los asuntos que enviaban tratar con el rey.

⁵³⁸ Por ejemplo, en una carta dirigida por el infante-rey Alfonso al concejo de Burgos el 12 de julio de 1465, explicaba que previamente aquella ciudad había escrito “a los grandes de mis reynos que conmigo están”, entre ellos, el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria, para que “touiesen manera conmigo que yo non ouiese por mal” que su recibimiento como rey en aquella ciudad se dilatase algunos días. AMB, Libro de Actas de 1465, f. 71v.

⁵³⁹ ESTEBAN RECIO, M. A. S., “La conflictividad social en Palencia...”, *op. cit.*, pp. 481-482.

⁵⁴⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, p. 650.

⁵⁴¹ Este dato se contiene en una carta escrita por el cabildo al obispo de Palencia el 19 de agosto de 1465, en el que le responsabilizaban del derribo del alcázar por haber prendido al mensajero que traía aquellas órdenes de la corte alfonsina. Transcrita en OREJÓN CALVO, A., “Don Sancho de Castilla...”, *op. cit.*, pp. 76-78.

⁵⁴² RODRÍGUEZ SALCEDO, R., “El reinado del primer Alfonso XII...”, *op. cit.*, doc. 4, pp. 77-83.

que no se hubieran abordado en la corte alfonsina aquellos “negocios” sobre los que previamente la ciudad le había escrito, asegurando que, “a Dios plasiendo, avida oportunidad, que esperamos muy presto, su alteza entendera en las cosas desa noble çibdad”⁵⁴³.

Por otro lado, y aunque se hayan conservado escasos testimonios, no cabe duda de que durante el mandato de don Alfonso actuó en su nombre un Consejo de Justicia. Así lo señalaba y denunciaba el propio Enrique IV el 31 de julio de 1469, cundo declaró nula una sentencia dictada por don Alfonso y su Consejo en un pleito sostenido entre Pedro Ponce de León y Fernando Ortiz sobre la propiedad de la hacienda de Villanueva, del término de Sevilla. El monarca señalaba que le había sido comunicado que “por el dicho prinçipe mi hermano llamandose Rey e los del su consejo fue fecho çierto proçeso e se dieron çiertas sentençias en su grand agrauio e perjuyzio [de Fernando Ortiz] por ser todo fecho en tienpo de tirania”. El rey anulaba aquella sentencia porque el “dicho mi hermano ni los que ansi se dixeron del dicho Consejo non tovieron poder ni juredición alguna para conoscer dello”⁵⁴⁴.

Morales Muñiz ya presentó una relación de individuos que fueron nombrados consejeros de don Alfonso en calidad de juristas durante la guerra civil. Entre ellos encontramos a varios eclesiásticos⁵⁴⁵, pero ningún obispo, dado que, como ya se ha señalado, aquellos obispos y arzobispos que formaron parte del partido alfonsino se insertaron en el Alto Consejo de aquel. Sin embargo, conviene destacar que varios de los miembros del Consejo de Justicia, de la Audiencia y de otras parcelas de la Casa y Corte del infante-rey Alfonso se trataban de criados y clientes de algunos de los obispos que formaban parte de su partido, por lo que cabe suponer que su nombramiento estuvo propiciado por aquellos. Con ello perseguirían un triple fin: colaborar en la mejora del funcionamiento del gobierno del infante-rey; situar fieles en la Casa y Corte del nuevo rey que les permitieran incrementar su influencia en ella, y recompensar, a partir de

⁵⁴³ AMT, Fondo Histórico, Caja 2530. Se conservas más cartas del prelado dirigidas en este contexto a la urbe en esta misma carta.

⁵⁴⁴ CARANDE, R. y CARRIAZO, J. de M., *El Tumbo de los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 146-148, el fragmento en concreto en p. 146. En base a este testimonio DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 115 señaló la existencia y actuación de aquel Consejo.

⁵⁴⁵ El listado, que hemos podido ampliar, en MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 340-341. Como señalamos a continuación, el nombramiento de algunos de aquellos hubo de estar condicionado por su vinculación previa a determinados obispos afines o integrados en el partido de don Alfonso.

dichos cargos y de las quitaciones y raciones a ellos aparejadas, los servicios prestados por aquellos.

No obstante, conviene destacar que un análisis exhaustivo de esta, sin duda, relevante, cuestión es verdaderamente complejo, por cuanto en los nombramientos no suele indicarse la relación clientelar del designado para ocupar cierto cargo⁵⁴⁶. Ello nos llevaría a la necesidad de realizar investigaciones previas individualizadas de las casas y cortes de cada uno de los prelados implicados en el conflicto para poder obtener unos resultados aproximados, dado que la documentación sobre este particular es escasa⁵⁴⁷. Sin embargo, la documentación consultada en el desarrollo de la presente investigación nos ha permitido conocer a un número significativo de los criados y clientes de estos prelados, especialmente del más destacado de los alfonsinos, el arzobispo Alfonso Carrillo.

En este sentido, podemos afirmar que el primado toledano, deseoso de que el gobierno alfonsino funcionara eficazmente y, también, de situar a fieles a él mismo en los principales órganos de gobierno del nuevo rey, destinó al Consejo de Justicia y Audiencia de don Alfonso a algunos de los letrados mejor preparados de los que se encontraban a su servicio personal. Entre ellos cabe destacar al doctor Tello de Buendía, consejero de Alfonso⁵⁴⁸, a quien ya desde 1448 es posible localizar entre los criados y familiares del arzobispo⁵⁴⁹; Pedro Díaz de Toledo, conocido miembro del círculo literario del arzobispo de Toledo⁵⁵⁰, oidor, refrendario y miembro del Consejo del infante-rey con una quitación de 30.000 maravedíes y ocho excusados⁵⁵¹; el bachiller Juan Pérez de Treviño, consejero y oidor de don Alfonso, nombrado el 29 de junio de

⁵⁴⁶ En algunos casos sí era así: por ejemplo, el 23 de febrero de 1467 se nombraba como escribano de cámara real, con una quitación de 3.000 maravedíes y 5.400 maravedíes de ración, a Fernando de Briviesca, especificándose que era criado del obispo de Burgos Luis de Acuña. AGS, Quitaciones de Corte, leg. 3, fols. 34-35. O el 6 de junio de 1465, cuando Juan Ortega del Castillo, criado expreso del obispo de Coria, era nombrado también escribano de cámara del infante-rey con 12.000 maravedíes de quitación y ración. AGS, Quitaciones de Corte, leg. 3, fol. 615. Este último era, en concreto, el propio secretario del obispo de Coria, cargo con el que figura ya a 14 de abril de 1459. AHN, Clero, leg. 5327.

⁵⁴⁷ Hemos tenido ocasión de comprobarlo a partir del análisis de la Casa de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla. GONZÁLEZ NIETO, D., “La casa de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla...”, *op. cit.*

⁵⁴⁸ Le titulaba como tal el 8 de marzo de 1466, al concederle un juro de heredad de 15.000 maravedíes. AGS, EMR, MyP, leg. 44, fol. 48.

⁵⁴⁹ El 16 de julio de 1448 aparece como uno de sus familiares y criados. BNE, Mss. 13.074, fols. 252v-253r. Más tarde, en julio de 1463, se le encuentra como arcediano de Toledo, doctor en decretos y familiar y continuo comensal del arzobispo. ACC, Caja H, n. 174.

⁵⁵⁰ ROUND, N., “Gómez Manrique’s Exclamación e querella de la governación...”, *op. cit.*, p. 160 y p. 163.

⁵⁵¹ AGS, QC, leg. 3, fol. 46-47.

1465 con una quitación de 30.000 maravedíes⁵⁵², a quien ya desde 1455 se le encuentra al servicio del mitrado toledano⁵⁵³, siendo su vicario general en Toledo desde al menos 1463⁵⁵⁴; o el bachiller en decretos Fernando Sánchez Calderón, oidor y consejero de don Alfonso⁵⁵⁵, eclesiástico al servicio del arzobispo de Toledo, al que ya el 6 de marzo de 1459 se le encuentra como canónigo de Ourense y vicario general de Carrillo⁵⁵⁶. También puede destacarse el caso del bachiller Juan de Ávila, nombrado alcalde de corte del infante-rey el 29 de noviembre de 1465 con 22.000 maravedíes de quitación anuales⁵⁵⁷, el cual era vicario y criado del obispo de Osma Pedro García de Huete o de Montoya⁵⁵⁸. Por el lado enriqueño también es posible detectar este fenómeno. Así, el 15 de marzo de 1468 el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos renunció su cargo de oidor en la Corte de Enrique IV, con su quitación, en favor del bachiller Alfonso González de Toledo, pidiendo al monarca su admisión al cargo porque era “buena persona e letrado y dóneo suficiente para rregir e administrar el dicho oficio e muy zelador de vuestro seruiçio”⁵⁵⁹. El obispo, así, estaría tratando de colaborar con el rey para la mejora de la administración de aquel organismo.

7) El resurgir del espíritu de Medina: la organización del Alto Consejo enriqueño y alfonsino en los pactos de Segovia (septiembre-octubre de 1467)

Entre finales de septiembre y comienzos de octubre de 1467 tuvieron lugar en Segovia, ciudad enriqueña que acababa de ser tomada por los alfonsinos, unas importantes negociaciones entre Enrique IV y sus rebeldes que afectaron sustancialmente a la organización y modelo de gobierno del reino y a la composición y

⁵⁵² AGS, QC, leg. 3, fol. 637.

⁵⁵³ Como bachiller en decretos y criado del arzobispo figuraba ya el 13 de noviembre de 1455. AGS, EMR, MyP, leg. 37, fol. 76.

⁵⁵⁴ AHN, Clero, Carp. 3104, n. 9.

⁵⁵⁵ Nombrado oidor el 30 de octubre de 1467 con una quitación de 30.000 maravedíes y ocho excusados. AGS, QC, leg. 3, fols. 142-143; y ACT, Z.11.B.1.9. No obstante, ya el 3 de julio de 1467 el infante-rey se refería a él como su oidor y consejero. ACT, Z.11.B.1.5a.

⁵⁵⁶ AHN, Clero, leg. 7249. Tras la guerra, figura como miembro del Consejo del arzobispo y obrero en la Iglesia de Toledo. AHN, Clero, leg. 7215.

⁵⁵⁷ AGS, QC, leg. 3, fol. 458-459.

⁵⁵⁸ A 3 de febrero de 1465 le encontramos como su vicario en AGS, EMR, MyP, leg. 85, fol. 13.

⁵⁵⁹ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos, op. cit.*, doc. 35, pp. 293-295.

funcionamiento del Alto Consejo tanto de Enrique IV como de don Alfonso. De ahí que consideremos necesario abordar estos acuerdos de forma individualizada.

Como es conocido, tras la traición de los hermanos Pedro Arias Dávila y Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, y la toma por parte de los alfonsinos de esta urbe (16-IX-1467), capital de Enrique IV y lugar en el que se encontraban la reina Juana, la infanta Isabel y el tesoro del rey, Enrique IV claudicó de forma incondicional ante sus rebeldes⁵⁶⁰. Por sí misma, la caída de Segovia ya tuvo una inmediata repercusión en la composición del Alto Consejo enriqueño: según refiere el cronista Diego Enríquez del Castillo, Juan Pacheco, ya maestre de Santiago, se puso en contacto con el rey tras tomar la ciudad para proponerle “diziéndole que sy se fuese a Coca”, es decir, que si se reunía con el arzobispo de Sevilla, “y dexase a los cavalleros que lo avían seguido”, le “prometía de hazer sus hechos mui enteramente”. El monarca, “syn más consultar su yda con aquellos que lo servían con tanta lealtad”, continúa el que fuera capellán y consejero de Enrique IV, “açebtó de lo hazer”⁵⁶¹.

Interviniera Pacheco o no, lo cierto es que Enrique IV decidió, sin acuerdo de sus partidarios, acudir a Coca para requerir al arzobispo de Sevilla que negociara en su nombre con los rebeldes, con lo que incumplía de forma flagrante los pactos firmados con los Mendoza en los meses previos. En consecuencia, y como señalan todos los cronistas, el obispo de Calahorra, el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque y el resto de personajes que en aquellos momentos componían el Alto Consejo de Enrique IV, abandonaron al monarca y se retiraron a sus estados⁵⁶². En el caso del obispo Mendoza, nos consta que no regresó al Consejo del rey hasta los momentos previos al fallecimiento del infante-rey don Alfonso, como referiremos más adelante.

Una vez llegado a Coca, y como medio de reconciliarse con el arzobispo de Sevilla, quien militaba en el bando alfonsino desde que el junio anterior fuera expulsado del Alto Consejo enriqueño por los Mendoza, Enrique IV le prometió “que todas sus cosas queria dexar a su arbitrio e voluntad”⁵⁶³, lo que podría ya ser entendido como una reincorporación de este prelado al Alto Consejo del rey. En todo caso, el arzobispo

⁵⁶⁰ Sobre la significación de la pérdida de Segovia para el rey, habla MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, pp. 224-228.

⁵⁶¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 288-289.

⁵⁶² *Ibidem*, p. 289 señala que “De aquesta partida del rrey tan açelerada quedaron mui sentidos los cavalleros de su partido y las otras gentes que lo avían venido a servir [...] Y así, pasado el rrey a Coca, todos los vnos y los otros derramaron y se fueron a sus casas y tierras”.

⁵⁶³ *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, p. 223.

hispalense pasó a negociar con los alfonsinos que se encontraban en Segovia en nombre del rey⁵⁶⁴. Antes de que el monarca entrara en la urbe segoviana el 28 de septiembre⁵⁶⁵, Fonseca ya había cumplido su cometido y alcanzado en nombre del rey un acuerdo con los alfonsinos que venía a suponer la total sumisión no ya de Enrique IV, sino de la institución monárquica castellana ante la coalición nobiliaria que en 1464 se había alzado contra el rey.

En efecto, el 23 de septiembre de 1467 el arzobispo de Sevilla y distintos prelados y caballeros alfonsinos, entre los cuales figuran el arzobispo de Toledo, el maestre de Santiago, el condestable Rodrigo Manrique, conde de Paredes, el almirante de Castilla y los condes de Miranda, Alba y Alba de Liste, entre otros, firmaron una concordia en la que se resucitaba la Sentencia Arbitral de Medina del Campo o, más en concreto, los escasos capítulos de la misma que verdaderamente importaban a los prelados y grandes que se alzaron contra el rey de Castilla: aquellos que perseguían una mediatización por parte de cierto sector de la nobleza castellana de las prerrogativas de un poder real cada vez más absoluto⁵⁶⁶. Por ello no creemos demasiado arriesgado el afirmar que este documento y su pareja, la ratificación y juramento de aquel acuerdo el 4 de octubre de 1467 por parte de distintos nobles y prelados alfonsinos, entre ellos los arzobispos de Sevilla y Toledo⁵⁶⁷, se tratan de los documentos más relevantes localizados hasta la fecha sobre las causas y fundamentos de la rebelión nobiliaria vivida en Castilla desde 1464: al contrario de lo que ocurriera cuando se redactó con la Sentencia de Medina, la sumisión completa de Enrique IV y de la reina Juana y el control que ya ejercían sobre el infante-rey don Alfonso y la infanta Isabel, no hizo necesario a los prelados y nobles de la facción rebelde encubrir sus verdaderos objetivos con exigencias en favor de otros actores políticos –Iglesia y ciudades, fundamentalmente– con el fin de ganar su apoyo para imponerse a la Corona. En

⁵⁶⁴ Así se señala, aparte de en otras crónicas, en *Repertorio de príncipes y obra poética*, op. cit., caps. CXLIII-CXLVIII, pp. 363-364, crónica redactada de forma contemporánea al conflicto (según señala el editor en p. LIII).

⁵⁶⁵ La fecha la indica PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 455.

⁵⁶⁶ Fue localizado y transcrito por AZCONA, T. de, *Juana de Castilla*, op. cit., Apéndice documental, doc. 14, pp. 356-362. Lo describe brevemente en pp. 60-61.

⁵⁶⁷ Azcona desconocía este documento que complementa al por él transcrito y descrito, conservado en el Archivo Catedralicio de Calahorra y editado tres años antes de la publicación de su obra por SÁINZ RIPA, E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana*, op. cit., doc. 78, pp. 285-287. El listado completo de participantes el 4 de octubre es: Arzobispo de Sevilla, conde de Plasencia, maestros de Santiago y Alcántara, conde de Alba, don Alfonso Enríquez, hijo del almirante de Castilla, conde de Alba de Liste, Condestable don Rodrigo Manrique, conde de Miranda, arzobispo de Toledo y Almirante de Castilla.

consecuencia, en estos escritos se contiene únicamente todo aquello a lo que los dirigentes de aquella facción aspiraban y por lo que hacía ya tres años se habían alzado contra Enrique IV⁵⁶⁸. Dado lo crucial de estos escritos y la nula atención que han recibido⁵⁶⁹, la participación en la negociación de sus cláusulas de, al menos, dos importantes miembros del episcopado castellano y a que todos sus puntos implicaban de una u otra forma a estos obispos e incluso alguno llegaba a condicionar el futuro de la institución episcopal castellana, vamos a analizarlos con detalle a continuación.

Difícilmente el preámbulo del concierto firmado en Segovia el 23 de septiembre de 1467 podría haber sido más arrollador para Enrique IV y la institución regia castellana, a pesar de que aquellos le depusieron en Ávila le volvían a titular como rey de Castilla:

“Conocida cossa sea a todos quantos esta presente escriptura vieren cómo nos los perlados y caualleros que aquí de yuso firmamos nuestros nombres, por quanto el Rey don Enrique, veyendo los grandes males e daños que en estos Reynos se syguían por las guerras e escándalos pasados en ellos, con deseo que los dichos daños e guerras se atajasen, acordó e deliberó de se poner en poder de nosotros e de estar a nuestro consejo e orden çerca de la gouernaçión de su persona e casa, de lo que le queda. Lo qual todo visto por nosotros e conosciendo quanto cumple a seruicio de dios e del Rey nuestro señor don Alfonso e al bien e al pro común destos Reynos, que las dichas guerras e males se atajen, fue e es por nosotros unánimemente acordado de aceptar la venida del dicho Rey don Enrique a nosotros e a nuestra orden e conseio, como dicho es, e que se diese e dé orden en forma cómo el Regimiento destos Reynos sea uno”.

A pesar de lo que señala Enríquez del Castillo en su crónica, nada se dice en este acuerdo ni en su ratificación del 4 de octubre de que en un plazo de seis meses Enrique IV habría de ser repuesto en su estado⁵⁷⁰. Puede o no que el prelado hispalense, el maestre de Santiago u otros de aquellos alfonsinos le prometieran algo similar a don Enrique para que acudiera a Segovia⁵⁷¹ o se planteara, fuera de estos acuerdos, algo similar, pero lo que aquí acordaban todos aquellos prelados y caballeros pertenecientes

⁵⁶⁸ Muy acertadamente Azcona ya señaló “que aquella elevada asamblea miró más por sus intereses que por los de la monarquía y el reino”. AZCONA, T. de, *Juana de Castilla*, op. cit., pp. 60-61.

⁵⁶⁹ Desde la edición de estos textos por sus respectivos editores, y hasta donde nos consta, ningún otro investigador los ha sometido a análisis y valoración, a pesar de su significación.

⁵⁷⁰ “...con que prometieron y aseguraron que dentro de seys meses rrestituyrían al rrey en todo su estado”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 190.

⁵⁷¹ También PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 456-457 habla de que el rey acudió a Segovia “con la confianza de las muchas ofertas, promesas y juramentos que ellos le habían proferido, a entregar en manos de los presentes su persona, su honor, su fortuna, su fama y su libertad”.

al partido alfonsino no era aquello, sino que habría en adelante dos reyes en Castilla pero un único regimiento que estaría controlado por los firmantes de este texto, a quienes ahora se entregaba sin condiciones Enrique IV.

A renglón seguido se procedió a especificar quienes serían los integrantes de aquel gobierno único y cuál sería su organización básica: debido a que “por la gracia de dios los perlados e caualleros que syguimos esta opinión e seruicio del dicho Rey don Alfonso e estamos en esta amistad, compañía e conformidad somos tantos que sy todos oviésemos de entender en las cosas sería grand confusión e avería grandes empachos en la execución dello”, se estipulaba que “agora aya de tener cargo de estar con la persona del Rey Enrique”, es decir, habrían de componer un Alto Consejo privativo de este monarca, el arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, el almirante de Castilla, Alfonso Enríquez, hijo del Almirante, y el conde de Alba⁵⁷². Por su parte, permanecerían “con el Rey don Alfonso, nuestro señor, todos los otros perlados e caualleros que han seguido e siguen su seruicio o aquellos que buenamente podieren estar e continuar en su corte”. No es difícil deducir que el maestre de Santiago, el arzobispo de Toledo⁵⁷³ y otros de sus aliados, como el obispo de Coria⁵⁷⁴ y los miembros de su clan, los Manrique, se encontraban entre aquellos, junto al resto de participantes en estas negociaciones que no se incluyeron en el Consejo de Enrique IV. Asimismo, puede observarse que se marginaba completamente a los Mendoza, incluido al obispo de Calahorra, y al resto de magnates y prelados que habían seguido el partido de Enrique IV del gobierno de Castilla, pues se indicaba que solo los que se encontraban al servicio de don Alfonso podrían formar parte del Alto Consejo de aquel, y ya habían sido excluidos del de Enrique IV.

⁵⁷² Es interesante comprobar que, a pesar de que las crónicas ni mencionan este acuerdo para la gobernación del reino, cosa que no debería extrañarnos ante la escasa atención que se presta en las mismas a otros de estos relevantes conciertos, el cronista Palencia sí señala en un momento determinado tras relatar los acuerdos de Segovia que Enrique IV “se había entregado al arbitrio del arzobispo de Sevilla, de los condes de Plasencia y de Alba y del primogénito del almirante Alfonso con la condición de no poder disponer sin su acuerdo unánime de las rentas concedidas para mantenimiento y sostén de sus criados, pero sólo en tanto se viese privado de jurisdicción y los citados nobles obedeciesen al rey Alfonso”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 459. Aunque el cronista ni mencione lo acordado el día 23 de septiembre, observamos que su aplicación si fue conocida por este.

⁵⁷³ Aparte de lo que reflejan las crónicas, en una carta dirigida al concejo de Toledo el 1 de noviembre de 1467, desde Segovia, don Alfonso señalaba que había encargado “al reuerendo padre yn Christo arçobispo de Toledo, mi mío, e al maestre de Santiago, mi mayordomo mayor, amos del mi Consejo”, que atendiesen a los procuradores que habían acudido a su corte de parte de la urbe. AMT, Archivo Secreto, Cajón 1, leg. 4, n. 64B.

⁵⁷⁴ Los cronistas señalan cómo el obispo de Coria, junto al maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo, permaneció en la corte alfonsina durante las navidades de aquel año, por lo que este prelado continuaba asistiendo a su Consejo. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 463; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 315.

La razón para la que eran nombrados estos prelados y caballeros se especifica de forma clara a continuación:

“Para que los susodichos principalmente por agora tengan cargo de la gouernación de las personas, casas, tierras e prouinçias e de las justicias dellas, que están en obediencia de los dichos Reyes, en lo qual todo es nuestro propósito e intención de estar e perseuerar en buena compañía e amor, en tal manera que los que estouieren presentes con los dichos Reyes e los que fueren absentes en otras partes se ayan de guardar e nos guardemos los unos a los otros e los otros a los otros”.

Dicho de otra manera, eran designados para gobernar Castilla. Repárese en que no se habla de futuras negociaciones para decidir quién sería el rey de Castilla, ni se especifica un reparto por zonas del reino, ni de nada que supusiera un intento de acabar con esta bicefalia de la Corona. Siguiendo estos documentos, da la impresión de que se evitó tan espinoso debate, probablemente por cuanto, al fin y al cabo, poco importaba el titular o titulares de la Corona ahora que el gobierno del reino se entregaba a una amplia representación de la alta nobleza y clero del reino.

Esto era lo que se “negociaba”, pues en realidad se imponía a un monarca derrotado, entre los rebeldes y Enrique IV. A partir de aquí el documento se transforma en una concordia entre todos aquellos nobles y prelados alfonsinos para regular la forma en la que compartirían el gobierno del reino ahora que todos los representantes de la monarquía, exceptuando a la princesa doña Juana, se encontraban bajo su tutela. En síntesis, se trató de articular un régimen de consenso entre aquellos nobles y prelados que evitase la formación de nuevas privanzas que pudieran suponer la exclusión de alguno de los participantes en este acuerdo del disfrute del poder conseguido al someter a la monarquía. Dicho de otra manera, reducido el rey, ahora los rebeldes negociaban entre sí sobre cómo compartirían el gobierno de la monarquía sin tener en cuenta a los representantes de esta, que habrían de acatar lo por ellos decidido. Este concierto de septiembre de 1467, por tanto, se trataba tanto del resultado de una negociación con Enrique IV como entre los propios rebeldes, con mayor peso de la segunda que de la primera al haber capitulado el monarca ante sus rebeldes. Vamos a exponer y a analizar a continuación los puntos acordados entre la nobleza rebelde sobre cómo habría de ejercerse el gobierno de Castilla en adelante:

- En primer lugar, y como se ha señalado, declaraban su “propósito e intención de estar e perseuerar en buena compañía e amor” en aquel gobierno compartido, “en tal manera que los que estouieren presentes con los dichos Reyes e los que

fueren absentes en otras partes se ayan de guardar e nos guardemos los unos a los otros e los otros a los otros”. En este sentido, renovaban toda alianza, amistad o confederación que hubiesen firmado entre sí hasta la fecha y juraban que todos ellos, tanto “los que quedaremos e estouiéremos con los dichos Reyes e con cada uno e qualquiere dellos”, como los que se marcharan a sus tierras o a otras partes, “seremos en que el Regimiento destos Reynos sea uno e enderesçaremos los fechos a pas e sosiego e conseruación de nuestra compañía, amistad e conformidad”.

- Segundo, se acordaba que “para que la justicia floresca e sea executada”, los prelados y caballeros que permanecerían junto a los reyes se ocuparían de poner “tales personas en las casas y cortes de cada una dellos de quien entendiéremos que dios sea seruido e los Reynos aprouechados”. Es decir, en adelante los componentes de los Altos Consejos de Enrique IV y don Alfonso se ocuparían de seleccionar y nombrar a los miembros de sus respectivas casas y cortes. Este punto ya debió ser acordado en junio de 1465 entre aquellos que alzaron a don Alfonso, pues es comprobable que buena parte de los miembros de la administración alfonsina procedían de las casas de los magnates que formaban parte de su partido.
- En tercer lugar, se estipulaba que “la chancillería sea toda una e un sello en ella”. La Audiencia, por tanto también se unificaba. En ella serían “puestas tales personas letrados con un perlado que sea para administrar justicia”, los cuales, según lo indicado en el punto previo, habrían de ser seleccionados por quienes compondrían los Altos Consejos de don Enrique y don Alfonso.
- Cuarto, ninguno de los miembros del bando alfonsino, presentes o ausentes de las cortes de don Enrique y don Alfonso, procuraría ni permitiría que “qualquiere de los dichos Reyes” hiciera merced alguna, ni a ellos ni a otros, de un valor superior a 50.000 maravedíes “syn voluntad e expreso consentimiento” de los arzobispos de Toledo y Sevilla, de los condes de Alba, Benavente y Plasencia, de los maestros de Santiago y Alcántara y del almirante de Castilla “e de los que fueren destos presentes en las cortes de los dichos Reyes”. Aparte de la capacidad que se arrojan para controlar la gracia regia, esta cláusula es clave al mostrar la desconfianza existente de que alguno de los monarcas, véase Enrique IV, tratase de atraer a alguno de aquellos con dádivas y promesas a su

causa y se produjera una ruptura del precario consenso que por esta concordia se establecía entre sus firmantes. Sería precisamente lo que ocurriría meses más tarde.

- Quinto, los oficios de las ciudades, villas y lugares, las mercedes de por vida, raciones, quitaciones y lanzas “que vacaren de qualesquiere personas de las casas de los que seguymos en esta compañía e conformidad”, deberían ser provistos a suplicación “de aquel o aquellos en cuya casa acaescieren las vacaciones e non en otra manera”. Con ello se buscaba mantener un *statu quo* entre las clientelas de cada uno de los prelados y nobles rebeldes que evitara que alguno de ellos viera reducido su grado de influencia en determinados ámbitos concejiles o su propio poder. Por otro lado, puede observarse que buscaban eludir el más mínimo debate que pudiera hacer peligrar su alianza, pues, en definitiva, a lo que se comprometían era a que ninguno trataría de tomar aquello que ya se encontraba bajo la influencia de sus otros compañeros de gobierno.
- En sexto lugar, un punto que adquiere especial relieve para para nosotros y al que ya nos hemos referido al abordar el análisis de las elecciones episcopales en este periodo. Retomando lo ya exigido en el Memorial de agravios y en la Sentencia de Medina, aunque ahora sin necesidad de justificarlo a partir de una crítica a la forma en la que el monarca había intervenido en las elecciones episcopales y en la provisión de beneficios eclesiásticos hasta la fecha, aquellos nobles y prelados rebeldes se arrojaron la potestad de dirigir, supervisar y, en definitiva, controlar el sentido de las suplicaciones regias para cubrir cualquier dignidad eclesiástica, mitras episcopales incluidas, o militares vacantes. Los miembros de los Consejos de don Enrique IV y don Alfonso habrían de llegar a un acuerdo en cada vacante concreta para enviar al papa una única súplica conjunta sobre la forma en la que aquella habría de resolverse, con el fin de asegurar que en Roma se accedería a lo por ellos solicitado y que desde Castilla no se trataría de impedir su ejecución. Lo más interesante de esta cláusula es que de nuevo puede comprobarse que el objetivo de los prelados y nobles rebeldes no era reducir el grado de intervención e influencia que la monarquía había adquirido en la provisión de las dignidades eclesiásticas y militares del reino, sino mediatizar aquella influencia para dirigirla en su favor. De ello la crucial frase de “e prosigan el derecho e preheminencia de la corona Real de Castilla”,

pues en ningún caso pretendían que la monarquía renunciase a los éxitos alcanzados frente al papado y las otras instituciones implicadas en la provisión de aquellas vacantes –los cabildos catedralicios y las órdenes militares, fundamentalmente–, sino mantener, cuando no incrementar, el grado de intervencionismo regio ahora que la monarquía se encontraba bajo su control. Lo precario de esta alianza vuelve a observarse al exigirse el compromiso de que ninguno intentaría que se realizara suplicación alguna sin tener en cuenta el criterio del conjunto de los que aquí se aliaban. Al igual que ocurría con las mercedes, las dignidades eclesiásticas y militares podían llegar a ser una tentación para alguno de aquellos magnates y suponer el fin del consenso alcanzado.

- En séptimo lugar, tras comprometerse de nuevo a que se guardarían las “vidas, casas, estados, e onrras” los unos a los otros, se estipulaba que si surgía alguna diferencia o debate entre algunos de ellos, Juan Pacheco, maestre de Santiago, y el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, habrían de ejercer como jueces árbitros para resolver aquella contienda. En un plazo máximo de tres días “después que la tal quexa naçiere, sy no lo más ayna que pudieren”, todos se comprometían a notificar a aquellos jueces el problema en cuestión, “porque ellos atajen los inconvenientes que de lo tal pudiesen resultar”. En el caso de que alguno de los jueces fuera parte del debate, nombraría a otro de los firmantes de esta concordia para ocupar su lugar. Sus sentencias habrían de ser acatadas por todos. Otra cláusula más, por tanto, dirigida a evitar las contiendas entre los que ya se creían amos de Castilla.
- En octavo lugar, y como seguridad de todo lo acordado, durante los dos próximos años⁵⁷⁵ el almirante y el maestre de Santiago habrían de custodiar una fortaleza de cada uno de los participantes en este acuerdo, que la entregarían en prenda como medio de asegurar que cumplirían lo pactado. En concreto, el arzobispo de Toledo habría de entregar la de Brihuega y el de Sevilla la de Almonaster, que, de forma significativa, pertenecían a sus mesas arzobispales y no a sus propios señoríos patrimoniales. Si alguno incumplía lo acordado, perdería automáticamente su posesión.

⁵⁷⁵ Otro dato más que contradice la versión de Enríquez del Castillo de que en un plazo de seis meses desde los pactos de Segovia Enrique IV debería ser repuesto completamente en su estado.

- Por último, todos se comprometían a juntarse con aquellos dos jueces, el almirante y el maestre, cuando hubieran de actuar contra algún quebrantador de lo aquí acordado. Los dichos jueces aseguraban cumplir, a su vez, todo lo encargado y que solamente mirarían en ello “el seruiçio de dios e del Rey [en singular] nuestro señor e la pas destos Reynos e la conseruaçión del amor e buena compañía e amistad de todos”.

Este era el acuerdo que, según las crónicas, el arzobispo Fonseca negoció en nombre de Enrique IV con sus rebeldes, aunque en la práctica, y ante la sumisión del monarca, lo que acabó llevándose a cabo realmente fue un concierto entre los rebeldes sobre cómo compartirían el gobierno del reino ahora que se encontraba en sus manos.

El 4 de octubre de 1467, estando ya el rey en Segovia se ratificaron los acuerdos del día 23 de septiembre⁵⁷⁶. En la introducción de este documento, que en apariencia se trataba de un juramento a favor del rey y su esposa, la reina Juana, de parte de todos aquellos prelados y caballeros a los que se entregaba el gobierno de Castilla, se sintetiza a lo que habría de acceder al rey, pues dicho juramento estaba condicionado a que don Enrique cumpliera con lo que se le había impuesto. De ello la doble naturaleza de este texto, que sirve tanto de validación de los acuerdos como de juramento a favor del monarca. Así, aquellos nobles y prelados rebeldes indicaban que:

“Vos el señor Rrey don Enrrique por algunas cabsas cunplideras a seruiçio de Dios e al bien comun destos rreynos acordastes de confiar vuestra persona e casa e de la senora Rreyna dona Iuana vuestra muger e la gobernaçion de aquellas e de las çibdades e logares e castillos e fortalezas que estan a vuestro seruiçio e obediencia en todos estos rreynos e sennorios de nos el arçobispo de Seuilla e conde de Plaçençia e de nos los maestros de Santiago e Alcantara e conde de Alua e don Alfonso Enrriquez fiio del almirante e del conde don Enrrique e condestable e conde de Miranda e del muy rreuerendo sennor arçobispo de Toledo e del sennor almirante e de todos los otros prelados e caualleros nuestros parientes e aliados que siguen el seruiçio del Rrey don Alfonso nuestro sennor e de aquellos perlados e caualleros que por nos los dichos perlados e caualleros de suso nombrados fuesen deputados e de non se apartar de nosotros e de los que nos deputaremos nin de tener con vos a nin otras personas contra nuestro conseio e consentimyento nin firmareys articulos prouisiones suplicaçiones nin escripturas algunas saluo refrendadas primeramente por nosotros”.

⁵⁷⁶ Como se ha indicado, localizado y transcrito por SÁINZ RIPA. E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana, op. cit.*, doc. 78, pp. 285-287.

En definitiva, nos encontramos ante un poder real completamente controlado por aquellos nobles y prelados alfonsinos, pues el rey tan siquiera podría emitir escrito alguno sin contar con el concurso de los mismos. Por cuanto Enrique IV había accedido a ello, aquellos nobles y prelados, por sí y por otdos los otros “que son de nuestra parçialidad”, realizaban un juramento en favor de Enrique IV en el que podemos observar aquellos compromisos adquiridos por, entre otros, el arzobispo Fonseca y el arzobispo Carrillo con el rey a cambio de entregarles el mando de sus reinos.

- En primer lugar, y de forma general, juraban que guardarían “bien e leal e verdaderamente la persona vida e estado de vos el dicho sennor rrey e de la sennora Rreyna donna Iuana vuestra muger e non seremos en dicho nin en fecho nin conseio de vuestra muerte lision nin presion nin de la dicha sennora Rreyna nin en desfaçimiento de vuestras casas e estados e bienes que teneys nin en que ningund desonor mal nin dapno rresçibays antes guardaremos a vuestra sennoria e a ella e a vos trataremos con mucho acatamiento e rreuerençia”.
- En segundo lugar, se comprometían a no tomar o guerrear contra ninguna de las ciudades, villas, lugares y fortalezas que el rey y la reina poseían en Castilla o que permanecían en su lealtad, ni consentirían que otros lo hicieran. Asimismo, tampoco les ocuparían las rentas reales en aquellos lugares percibían.
- En tercer lugar, y como complemento a aquella, se estipulaba que en el caso de que alguna de aquellas ciudades, villas, lugares o fortalezas “se alçen e rrebelen contra vuestra sennoria o contra la dicha sennora Rreyna non las rresçibiremos nin permitiremos quel dicho Rrey nuestro sennor don Alfonso” lo hiciera. Este fue el primer punto incumplido, pues el 8 de octubre Valladolid pasó de nuevo a manos de los alfonsinos, ante la indignación del conde de Plasencia⁵⁷⁷, quien como nuevo miembro del Consejo Real de Enrique IV el 4 de octubre juraba no permitir que nada de aquello ocurriera.
- Y en cuarto lugar, aquellos elegidos para formar parte el Consejo Real de Enrique IV, es decir, el arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, el conde de Alba y don Alfonso Enríquez, hijo del almirante⁵⁷⁸, juraron “de conseiar e que

⁵⁷⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, pp. 458-459.

⁵⁷⁸ El pacto del día 23 hubo de ser revisado en las negociaciones mantenidas en Segovia desde que el rey entró en aquella ciudad, pues el propio almirante de Castilla ya no aparece entre los que habrían de componer el Alto Consejo de don Enrique.

conseiaremos a vos el dicho sennor Rrey don Enrique bien e fielmente e vsaremos de la dicha gouernaçion commo entendieremos ser mas cunplidero a seruizio de Dios e vuestro e bien publico destos dichos rreyno”.

¿Sé llegó a aplicar este sistema? Ceballos-Escalera y Gila transcribe en su estudio una merced expedida a nombre del infante-rey Alfonso que nos confirma que sí, al menos, en las semanas posteriores. En concreto, el 15 de octubre de 1467, el infante-rey Alfonso confirmaba a Perucho, alcaide de la fortaleza de Segovia, una merced que le acababa de conceder Enrique “con acuerdo e consejo” del maestre de Santiago, el conde de Plasencia, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Alcántara, el conde de Alba y Alfonso Enríquez, hijo del almirante, “e de otros grandes que en ello entendieron”, quienes, además, firmaron “en las espaldas” de dicha merced, requisito, que, como se señalaba en los acuerdos, eran esencial para que cualquier gracia tuviera valor. Ese día, Alfonso, confirmaba dicha gracia, firmando en las “espaldas” de la suya “los grandes de mis reinos que conmigo a la saçón estavan”, el conde de Plasencia y los maestros de Santiago y Alcántara⁵⁷⁹.

No obstante, la vida de estos pactos fue verdaderamente fugaz, pues enseguida el consenso que aquellos nobles y prelados trataron de alcanzar entre sí para mantener este sistema de gobierno se rompió ante la tentación de algunos de sus firmantes, en concreto, de aquellos que se acabaron encargando de la custodia de Enrique IV, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, de adquirir una mayor preeminencia individual que la acordada.

8) La ruptura de los pactos de Segovia y la formación de un nuevo Alto Consejo enriqueño

En efecto, a finales de 1467 el monarca se trasladó con el conde de Plasencia a esta urbe, donde fue magníficamente recibido el 24 de diciembre⁵⁸⁰. Poco más tarde se

⁵⁷⁹ CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, A., *Alcaides, Tesoreros y Oficiales de los Reales Alcázares*, op. cit., doc. 19, pp. 247-249.

⁵⁸⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 291, ya señaló que el rey fue recibido “con mucha onrra” por los condes de Plasencia en aquella ciudad.

les unió el arzobispo de Sevilla, que acudió con la reina Juana, cuya custodia le había sido también confiada en Segovia, para pasar las fiestas de Navidad⁵⁸¹. Allí comenzó a desmoronarse lo acordado en Segovia: según exponen las crónicas, el rey derramó su gracia con los condes de Plasencia y el arzobispo de Sevilla y, “dispuestas así las cosas, el conde y el arzobispo prometieron a Enrique la plena restauración del cetro”⁵⁸².

Enríquez del Castillo achaca este cambio de actitud del arzobispo de Sevilla y del conde de Plasencia, a los que se sumaron poco más tarde el conde de Miranda, hermano del de Plasencia, y el conde de Benavente, a que el maestre de Santiago y sus aliados no cumplían nada de lo que se había acordado con el rey⁵⁸³. Pero la explicación creemos que es mucho más simple: los miembros del bando rebelde que se encontraban ahora al frente del Consejo de Enrique IV, y debido a que ya habían adquirido aquello por lo que se rebelaron en 1464, un puesto en el Alto Consejo desde el que influir en el gobierno del reino, no tenían ya razones para continuar oponiéndose al monarca ni para consentir que el poder regio que ahora se plegaba a sus deseos continuara dividido entre don Enrique y don Alfonso.

De ahí que en las vistas de Béjar, celebradas en febrero de 1468⁵⁸⁴ entre el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, por un lado, con el maestre de Santiago y otros dirigentes alfonsinos, por el otro, los primeros propusieran, según señalan las crónicas, “muchos puntos en daño del rey Alfonso”, que eran “perjudiciales al cetro y al legítimo poseedor del cetro, el rey Alfonso”, contra lo que protestó Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, en nombre del arzobispo de Toledo, del almirante de Castilla y de sus hermanos⁵⁸⁵. Sin duda, lo planteado por aquellos era la necesidad de reinstaurar completamente en el trono a Enrique IV⁵⁸⁶, ahora que el monarca se encontraba bajo su control. De esta forma debe entenderse la afirmación de las crónicas de que “en el

⁵⁸¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 463.

⁵⁸² *Ibidem*; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 315; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 232.

⁵⁸³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 291 y p. 297. Lo mismo se indica en *Hechos del condestable*, op. cit., pp. 363-364.

⁵⁸⁴ Del mes de febrero de 1468 son las cartas que desde Béjar el conde de Plasencia y el maestre de Alcántara escribieron en respuesta a otras del condestable Miguel Lucas de Iranzo por las que les agradecía su nueva disposición a servir a Enrique IV que se recogen en *Hechos del condestable*, op. cit., pp. 367-371.

⁵⁸⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464. Lo recogen también *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 233-234 y en las otras crónicas.

⁵⁸⁶ También MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 249 considera que en aquellas vistas fue eso lo propuesto.

comienço del dicho año se començaron a ronper las cosas en Segovia hordenadas”⁵⁸⁷. El arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia y Miranda marcharon tras el fracaso de aquellas vistas con el rey a Madrid, a donde acudió poco más tarde el conde de Benavente para reincorporarse al servicio de Enrique IV junto a aquellos⁵⁸⁸. El arzobispo de Sevilla y aquellos personajes compondrían el Alto Consejo del rey a partir de entonces.

Por otro lado, en estos primeros meses de 1468 el monarca y sus nuevos consejeros también comenzaron a acercar posturas con los Mendoza. Conocemos algunas mercedes concedidas por Enrique IV y la reina doña Juana a los miembros de este clan en aquel entonces, a pesar de que permanecían aún fuera de la Corte⁵⁸⁹. Así, el 1 de marzo, desde Alaejos, villa perteneciente al arzobispo de Sevilla, la reina Juana, que permanecía bajo lo custodia de aquel, hizo donación al conde de Tendilla, hermano del marqués de Santillana y del obispo Mendoza, de la villa de La Guardia⁵⁹⁰. Unos días más tarde, el monarca comenzó a conceder, “por contemplançión del mui reuerendo in Christo padre don Pero Gonçáles de Mendoça, obispo de Sigüença, del mi Consejo”, grandes mercedes a la ciudad de Sigüenza, nuevo señorío de aquel tras su reciente elección como prelado seguntino. Así, el 8 de marzo concedió a la ciudad un mercado semanal franco de alcabala; el 14 de marzo una feria franca anual de diez días de duración, y el 15 de marzo, hizo exentos del pago de pedidos y monedas a los vecinos y moradores cristianos, judíos y musulmanes de Sigüenza y sus arrabales⁵⁹¹.

Desconocemos si en aquellos meses el monarca y sus nuevos consejeros alcanzaron algún acuerdo con los Mendoza, pero sí sabemos que cuando el rey marchó en junio de 1468 a tomar Toledo, se encontraba en disposición de ordenar al arzobispo de Sevilla y a aquellos condes, miembros de su Alto Consejo, que guardasen Madrid y su alcázar y “que si algo de mal syntiesen, llamarían la casa de Mendoça y que vernía a socorrellos”⁵⁹². A pesar de que las crónicas indican que los Mendoza regresaron a la

⁵⁸⁷ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 233-234.

⁵⁸⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 297; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 324.

⁵⁸⁹ Aún el 27 de abril de 1468 el obispo de Sigüenza, el marqués de Santillana, el conde de Tendilla, el conde de Saldaña, el vizconde de Torija y otros de los miembros de su clan se encontraban en la ciudad de Guadalajara. LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 83, pp. 208-209.

⁵⁹⁰ RAH, col. Salazar, 9/808, fol. 21v.

⁵⁹¹ Todas se encuentran en AGS, EMR, MyP, leg. 28, fol. 13.

⁵⁹² ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 299.

Corte tras el fallecimiento de don Alfonso en Cardenosa⁵⁹³, documentalmente nos consta que para aquellos momentos el obispo de Sigüenza ya se había reincorporado previamente: el 6 de julio de 1468 Pedro González de Mendoza era mencionado, junto al arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia, Miranda y Benavente, como uno de los magnates que se encontraban junto al rey en Madrid cuando recibió la noticia de la muerte de su hermanastro⁵⁹⁴. De esta manera, aquellos que, según los acuerdos de Segovia, habían de permanecer al frente del Alto Consejo de don Alfonso, el arzobispo de Toledo y el maestre de Santiago, junto a los tradicionales aliados del arzobispo, el almirante y los Manrique, comenzaron a caer en un aislamiento cada vez mayor según avanzaba el año de 1468.

9) El último acuerdo sobre el Alto Consejo alfonsino: la confederación entre el maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo del 4 de junio de 1468

Satisfechas las aspiraciones de buena parte de aquellos magnates que en 1464 se alzaron en contra de Enrique IV para adquirir un puesto y un control sobre el gobierno del reino que hasta entonces se les había negado, el progresivo alejamiento de estos de la causa alfonsina era inevitable. Desconocemos si se llegó a producir una ruptura formal del pacto de Segovia, pero lo que está claro es que, tras las vistas de Béjar, contaba ya con un valor prácticamente nulo⁵⁹⁵, y aquellos que en virtud de aquel pacto permanecieron junto a don Alfonso, el maestre de Santiago, el arzobispo de Toledo y sus aliados aragonesistas, fueron cayendo en un aislamiento cada vez mayor.

En este crítico contexto para los partidarios de don Alfonso debe entenderse el pacto que el 4 de junio de 1468 el maestre de Santiago y don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, firmaron para reforzar su alianza⁵⁹⁶. Este documento ya fue

⁵⁹³ *Ibidem*, p. 308.

⁵⁹⁴ AMT, Archivo Secreto, Cajón 8, leg. 1, n. 65. Una copia en BNE, Mss. 13.110, fols. 9r-v. Transcrita en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXLVIII, p. 554.

⁵⁹⁵ Recordemos cómo en las propias crónicas se indicaba que en las vistas de Béjar de comienzos de 1468 “se comenzaron a romper las cosas en Segovia hordenadas”. *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 233.

⁵⁹⁶ El original del documento en AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7.

analizado por Franco Silva⁵⁹⁷, quien centró su valoración sobre el mismo en su naturaleza de confederación defensiva, reflejo de la apurada situación por la que los partidarios de don Alfonso pasaban ante el “reforzamiento” del partido enriqueño. Pero este autor no se detuvo a analizar lo que en nuestra opinión es la parte más relevante de dicho texto, y por la cual el arzobispo y el maestre acordaban compartir de forma exclusiva la tutela sobre don Alfonso y doña Isabel y dirigir en nombre del primero todos los aspectos del gobierno de su Casa y Corte y de aquella parte del reino que permanecía en su obediencia. Si el pacto de Segovia contaba con alguna validez aún, con este acuerdo se anulaba, pues ambos se proclamaban cabezas únicas del Alto Consejo de don Alfonso y reservaban para sí de forma exclusiva aquellas competencias que, según lo acordado en Segovia, debían ser compartidas entre un amplio número de magnates y prelados.

En efecto, aquel 4 de junio de 1468, tras relatar los peligros que les acechaban y reconocer que la seguridad de ambos dependía tanto de su alianza como “de la conseruación de la real persona del rey don Alonso, nuestro señor, e de la señora infante, su hermana”⁵⁹⁸, Carrillo y Pacheco procedieron a estipular cómo habría de dirigirse el gobierno alfonsino en adelante.

En primer lugar, y debido a que “el dicho señor rey don Alfonso es de tan tierna edad que por sí mesmo non puede regir e gouernar sus reynos e es necesario que tenga personas que le acompañen e siruan e ayuden”, acordaron que “nosotros amos” tendrían cargo de su persona y de la infanta Isabel y le “ayudarían” a gobernar y regir sus reinos. Se preveía que otros “ayudaran” también a don Alfonso en ello, pero solo “aquel o aquellos que nosotros quesieremos, e non otro alguno”. En definitiva, ambos se erigían como cabezas del Alto Consejo alfonsino y a ellos les correspondería decidir si otros se

⁵⁹⁷ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 100-102; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 319-321. Transcribe el documento en pp. 635-637 de esta última obra.

⁵⁹⁸ La introducción al pacto, como en el de septiembre de 1467, no tiene desperdicio: “Conosçida cosa sea a todos los que la presente escritura vieren como nos don Alfonso Carrillo, arçobispo de Toledo, e don Juan Pacheco, maestre de Santiago, por quanto sabemos e somos çertificados que algunas personas con dañados propósitos e desordenadas cobdiçias han atentado e de cada día procuran e trabajan por se apoderar de las personas de los señores rey don Alfonso, nuestro señor, e de la infante su hermana, e non çessan de tratar contra nosotros e contra cada vno de nos, e nos procuran muertes e prisiones e daños e desfasimiento de nuestros estados e priuaciones de nuestras dignidades, e porque el debdo e amor que entre nosotros es fase e requiere que seamos muy juntos e conformes e vnánimes, porque seyendo amos de vna voluntad e propósito e non discrepando vno de otro seremos guardados e defendidos e conseruaremos mejor nuestras casas e estados, personas e dignidades, e porque la seguridad nuestra e conseruación de nuestros estados depende principalmente de la conseruación de la real persona del rey don Alfonso, nuestro señor, e de la señora infante, su hermana, por ende...”. AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7.

incorporaban a dicho gobierno. Don Alfonso sería tutelado por ellos y ambos habrían de gobernar en su nombre.

En segundo lugar, regularon cómo habrían de ser designados los oficiales y demás personajes que habrían de residir y servir en la casa y corte alfonsina en adelante: “que estén con el dicho señor rey para su continuo seruiçio y guarda de su persona aquellos que nosotros quesiéremos poner e acordáremos que estén con él”. Ambos habrían de decidir, por tanto, la composición de la Casa y Corte alfonsina. Por otro lado, y a pesar de ser aquellos servidores del rey, se estipulaba que todos los designados deberían responder y actuar según el arzobispo y el maestre dictaran. En caso de que alguno de aquellos no cumpliera este punto, “que cada vno de nos tenga facultad de lo quitar de allí e poner otro e que cada vno de nos lo aya así por bien fecho e lo consienta e aprueue”. Como señalamos en otra parte, el haber podido constatar que al menos parte de los oficiales y demás miembros de la Corte alfonsina se encontraban vinculados a estos u otros magnates rebeldes y el hecho de que aquí y en el pacto de Segovia se regulase su nombramiento, nos hace pensar que en junio 1465 hubo de llegarse a un pacto similar sobre esta misma cuestión.

En tercer lugar, se previnieron ante la contingencia de que alguno de ellos hubiera de abandonar la corte para “yr a sus tierras o a otra parte”. En tal caso, el otro tendría “el cargo de guardar e governar la persona e casa del dicho señor rey” con aquellas otras personas que estuvieran en su servicio “de acuerdo e consentimiento de amos nosotros”.

En cuarto y último lugar, y dado que “los dichos señores rey e infante son en tienpo de se poder casar”, sus “casamientos” se habrían de hacer con el “concierto e acuerdo de amos, e non del vno sin el otro”.

De esta forma, “vnánimes e de una voluntad e concordia, ternemos e administraremos a él e a la dicha señora su hermana, la infante, seyendo todavía entramos como vn cuerpo e vna ánima como la rasón e el debdo lo requiere, sin faser otra mudança nin apartamiento”.

A pesar de esa declaración, la desconfianza y la debilidad de su posición se hace patente en seguida: ambos eran conscientes de que este acuerdo contravenía lo acordado en Segovia con Enrique IV y con otros muchos magnates. Por ello indicaban que, “por

quanto son apuntadas muchas cosas e firmadas acerca de la forma que se deue tener con el hermano del rey nuestro señor”, es decir, Enrique IV, “así en Segovia como en otras partes”, ambos prometían que ninguno trataría “de aquí adelante con el dicho hermano del rey nuestro señor nin con persona alguna de su parte sin acuerdo e sabiduría del otro”, debiendo comunicarse entre sí cualquier intento de tratar con aquellos y anulándose cualquier acuerdo si no contaba con el consentimiento de ambos. Asimismo, debían comprometerse a comunicar al otro inmediatamente los tratos que les fueran “mouidos” y todo aquello que pudiera ir en perjuicio del otro.

Este sería el postrero intento de los dos líderes de la revuelta de 1464 de ver satisfechos sus objetivos políticos de forma común. El fallecimiento de don Alfonso y el posterior acercamiento de Pacheco a Enrique IV, supondría que el maestre satisficiera sus ambiciones mientras que el arzobispo Carrillo y sus aliados aragonesistas quedaron temporalmente aislados.

10) El Alto Consejo del fallecimiento del infante-rey Alfonso a las Cortes de Ocaña de 1469

Como señalábamos, al llegar la noticia del fallecimiento del infante-rey don Alfonso a la corte de Enrique IV, en aquella se encontraban el arzobispo de Sevilla, los condes de Plasencia, Benavente y Miranda y el obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza. Las crónicas relatan que entonces acudió también a la corte el marqués de Santillana para reincorporarse al servicio de Enrique IV. Pero esta vuelta de los Mendoza al Alto Consejo enriqueño duró poco tiempo: una vez que se iniciaron las negociaciones con los rebeldes para pacificar el reino a partir del juramento de la infanta Isabel como princesa heredera, el obispo de Sigüenza y el marqués de Santillana se alejaron de nuevo de la Corte, tanto por su oposición a entrar en negociaciones con los alfonsinos como por ser perjudicial para los derechos de la princesa doña Juana, cuya guarda aún mantenían desde que en agosto de 1467 el monarca entregara a los Mendoza su custodia⁵⁹⁹.

⁵⁹⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 308-309.

Durante las negociaciones del verano de 1468, el arzobispo Fonseca, el conde de Plasencia y el maestre de Santiago Juan Pacheco se acabaron erigiendo como los miembros principales del futuro Alto Consejo de Enrique IV, según se puede observar ya en la concordia de Cebreros del 18 de septiembre de 1468⁶⁰⁰. Parte de aquellos que en 1464 se encontraban fuera del gobierno y que se alzaron por aquella causa contra el rey, eran ahora quienes dirigían los destinos del reino.

Enseguida podemos encontrar al prelado hispalense y a aquellos otros personajes colaborando con el monarca⁶⁰¹ en distintos actos de gobierno, como en la comunicación al reino de lo sucedido en Guisando⁶⁰² o en la convocatoria de Cortes⁶⁰³, y procurando que el rey recobrara el poder que durante los últimos cuatro años había perdido o había disipado ante la imposibilidad de ejercerlo por sí mismo: el 16 de octubre de 1468, desde Ocaña, el arzobispo, el conde y el maestre refrendaban una cédula de Enrique IV por la que comunicaba a sus reinos la anulación de los poderes que hubiera concedido desde 1464 a distintos caballeros y grandes del reino para que gobernaran en su nombre distintas ciudades, villas y regiones. El monarca exponía que ahora que sus reinos “son ya redusidos e puestos en toda pas e concordia e tranquilidad”, y “con acuerdo de los dichos perlados e grandes que conmigo están e estouieren, entiendo gouernar esas dichas çibdades e villas e logares e tierras e prouinçias e proueer en las cosas que a mi seruiçio e administración e esecución de la mi justiçia e a bien e pro común dellos cunpla”⁶⁰⁴. Aquel triunvirato sería en adelante el que habría de ejercer el poder real por y junto al rey, por lo cual se entiende que trataran de eliminar cualquier límite o condicionante para el mismo.

Cuatro años después de iniciarse la rebelión, los excluidos de la dirección del reino eran aquellos que en 1464 se encontraban junto al rey, el clan de los Mendoza, y la facción liderada por el arzobispo de Toledo, los Manrique y los Enríquez, ya que tras

⁶⁰⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. 152, pp. 561-566.

⁶⁰¹ Y con la princesa: el arzobispo de Sevilla sería uno de los testigos del juramento prestado por el conde de Cifuentes a la princesa Isabel como heredera del reino el 1 de noviembre de 1468 en Ocaña. AGS, PTR, leg. 7, doc. 113.

⁶⁰² El 25 de septiembre de 1468 el arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, el maestre de Santiago y el conde de Miranda refrendaban la cédula por la que Enrique IV comunicaba a Carmona lo jurado en Guisando y dictaba distintas órdenes tendentes a la pacificación del reino. Transcrito en COLLANTES DE TERÁN, F., HERNÁNDEZ DÍAZ, J. y SANCHO CORBACHO, A., *Colección diplomática de Carmona, op. cit.*, pp. 72-74.

⁶⁰³ Los tres, junto al conde de Miranda, hermano del conde de Plasencia, refrendan dicho escrito, al igual que toda otra serie de documentos emitidos en este contexto por el monarca. AGS, PTR, leg. 7, doc. 112.

⁶⁰⁴ AGG, Sección 1.ª, Negociado 6, leg. 15.

el fallecimiento de don Alfonso, Pacheco sacrificó a estos últimos ante la perspectiva de alcanzar sus propios objetivos políticos sin su concurso. En consecuencia, dos de las tres grandes facciones nobiliarias castellanas quedaron excluidas del gobierno de Castilla⁶⁰⁵.

Este inestable panorama, al que deben sumarse las disensiones en torno a la cuestión sucesoria, provocaba que existiera en aquellos primeros meses tras los Toros de Guisando la perspectiva del inminente estallido de un nuevo conflicto en Castilla⁶⁰⁶ que podría provocar que los ahora miembros del Alto Consejo de Enrique IV⁶⁰⁷ perdieran la posición que habían alcanzado. En este contexto debe entenderse la confederación firmada el 29 de enero de 1469 entre el arzobispo de Sevilla y don Juan Pacheco, a través de la cual ambos buscaban comprometer al otro en su objetivo de no verse desplazados del poder⁶⁰⁸. De ahí que Pacheco, Fonseca y Stúñiga, ahora cabezas del gobierno de Enrique IV y, por tanto, nuevos valedores de este, se propusieran atraer fidelidades a este monarca que evitaran que su continuidad al frente del gobierno de Castilla pudiera verse comprometida.

Así, en los meses posteriores a los Toros de Guisando aquellos miembros del Alto Consejo enriqueño mantuvieron negociaciones con determinados magnates y prelados del reino⁶⁰⁹ de las que resultaron distintos contratos en ampliación del círculo

⁶⁰⁵ Estas tres grandes bloques nobiliarios ya fueron descritos por VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, *op. cit.*, p. 268.

⁶⁰⁶ El 4 de diciembre de 1468 Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia y hermano del duque de Alburquerque, se confederaba con la duquesa de Castromocho para apoyarse mutuamente en sus conflictos en la región palentina. En dicha confederación se incluyó una cláusula esclarecedora en torno a la incertidumbre política que se vivía entonces en Castilla: “Yten, que sy por ventura guerras se reboluieren en estos reynos entre el rey e los caualleros o entre las prinçesas e parçialidades dellas, que jura el dicho señor obispo de non seguir ninguna de las tales opiniones syn primero conçertarlo e consultarlo con la dicha sennora duquesa para que sygan juntamente aquello que devieren seguir o vieren que bien les está, segund confederados de amistad verdadera”. AHNOB, Frías, C. 1588, doc. 10. A destacar que este obispo era hermano de Beltrán de la Cueva, miembro principal del clan de los Mendoza, con lo que adquiere un especial significado que ahora el prelado plantea la posibilidad de no seguir el partido del rey en el caso de estallar una contienda.

⁶⁰⁷ El propio cronista ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 314-315, dedica un capítulo de su crónica a exponer “cómo algunos grandes señores del rreyno quedaron descontentos de la estrecha conformidad del rrey con el maestre don Juan Pacheco” tras los Toros de Guisando, pues “el rrey estava determinado de le tener en su compañía e estar a su governaçión e consejo”.

⁶⁰⁸ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 10. Ambos miembros del Alto Consejo de Enrique IV redactaron también unas capitulaciones para el matrimonio de un sobrino del arzobispo y una nieta del maestre en este contexto, que nunca llegó a realizarse. AHNOB, Frías, C. 102, docs. 7 y 8.

⁶⁰⁹ Como por ejemplo con Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, con quien los tres consejeros del rey y el propio monarca firmaron un acuerdo el 15 de noviembre de 1468 en Colmenar de Oreja en el que le prometían determinadas cuestiones a cambio de que declarase su lealtad al rey. AHNOB, Osuna, C. 417, doc. 22 y doc. 23. Lo analizamos en otro lugar.

de nobles y prelados que habría de componer en adelante el Alto Consejo de Enrique IV, con el fin de generar un consenso suficiente en torno al nuevo equipo de gobierno que dirigía Castilla y al propio Enrique IV que permitiera que continuaran ostentando el poder. El más relevante de aquellos fue el firmado, tras arduas negociaciones⁶¹⁰, el 18 de marzo de 1469 entre Enrique IV, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia, por un lado, con el clan de los Mendoza, es decir, el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, Pedro de Velasco, primogénito del conde de Haro, y Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, por el otro⁶¹¹.

Como ya señaló Val Valdivieso, y más allá de la defensa de un determinado modelo de monarquía u opción sucesoria, “también los Mendoza desean tener poder político”⁶¹², y tras las negociaciones del verano de 1468 habían quedado fuera del gobierno del reino. Como medio de evitar que, a consecuencia de aquello, acercaran posturas con la facción aragonesista frente al nuevo gobierno enriqueño⁶¹³, aquel 18 de marzo se firmó un acuerdo por el cual el clan Mendoza se incorporó al Alto Consejo. Así, entre otras cláusulas, se estipuló lo siguiente:

“E otrosy, que el dicho señor rey aya de confiar e confíe de los dichos marqués [de Santilla], e obispo [de Sigüenza] e don Pedro de Velasco, juntamente con los dichos maestre [de Santiago], e arçobispo [de Sevilla] e conde [de Plasencia], o de los que dellos quiesieren ser con su altesa presentes en su corte, su persona, casa, estado e la gouernación de sus reynos, e non de otras personas algunas syn voluntad e consentimiento dellos todos seys e de los que dellos quiesieren ser presentes con el dicho señor rey en su corte como dicho es, e non de los vnos syn los otros”.

El arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza, junto a sus respectivos aliados, eran así reconocidos contractualmente por el rey como miembros del Alto Consejo Real y se les concedió poder para gobernar el reino, pues se estipulaba expresamente que el monarca habría de confiarles, de forma general y completa, su “casa, estado e la

⁶¹⁰ Aunque hasta marzo no se formalizara el acuerdo, de forma previa los Mendoza ya habían entrado en negociaciones con el nuevo Alto Consejo enriqueño. Así, el 30 de enero de 1469 ya figura entre los miembros del Consejo de Justicia de Enrique IV presentes en Ocaña el vizconde de Torija, hermano del obispo de Sigüenza y del marqués de Santillana. AGG, Sección 3.ª, Negociado 8, leg. 6 y leg. 8.

⁶¹¹ El documento en BNE, Mss. 19.703, n. 22. También en AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20. Fue transcrito por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 15, pp. 430-438.

⁶¹² VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, op. cit., pp. 256-257.

⁶¹³ Ya el 1 de noviembre de 1468 Juan II de Aragón dio instrucciones a su fiel condestable Pierres de Peralta para acudir ante el obispo de Sigüenza y el marqués de Santillana, aparte de ante el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria, para intentar atraerlos a su servicio en la cuestión del matrimonio de doña Isabel. PAZ Y MELIÁ, A. *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 17, p. 79. El 9 de mayo de 1469 el monarca aragonés daría instrucciones a otro de sus servidores para tratar con el clan Mendoza al completo, incluido el obispo de Sigüenza, doc. 23, pp. 88-90.

gouernaçión de sus reynos”. De forma particular, en dicho contrato también se estipuló, recuperando el *Habeas Corpus* de la Sentencia de Medina, que el rey solo podría proceder contra los miembros de su Alto Consejo y el duque de Alburquerque y “contra otros qualesquier o qualquier perlado e caualleros del reino que le non fueren rebeldes nin le touieren tomados e ocupadas algunas de sus çibdades e villas e fortalezas”, con el “acuerdo e consentymiento de los dichos arçobispo e maestre e conde e marqués e obispo e don Pedro”. Asimismo, si el rey quisiera hacer revocación general de las “merçedes nuevas”, es decir, aquellas que tanto él como el bando alfonsino emitieron indiscriminadamente durante la guerra, solo podría hacerlo “con acuerdo e consejo” de aquellos seis miembros de su Alto Consejo o, al menos, del arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza en representación de aquellos, “e non en otra manera”⁶¹⁴.

En adelante, por tanto, estos seis prelados y magnates habrían de representar al rey y dirigir sus actos. De ello que el 25 de abril de 1469, en el contexto de las Cortes de Ocaña de ese año, el arzobispo de Sevilla, el obispo de Sigüenza, el maestre de Santiago y Pedro de Velasco pudieran y debieran comprometerse en su propio nombre y en el del monarca a que se cumplirían toda una serie de puntos exigidos por los procuradores del reino a cambio de la concesión del servicio que solicitado por el rey:

“Nos, don Juan Pacheco, Maestre de Santiago, e don Alfonso de Fonseca, Arçobispo de Sevilla, e don Pero Gonçales de Mendoça, Obispo de Siguença, e don Pedro de Velasco, todos del Consejo del Rey nuestro Sennor, e cada uno de nos, seguramos e prometemos e damos cada uno su fee a vos, los procuradores de las çibdades e villas destos Reynos de Castilla e de Leon, que estades juntos en Cortes en esta villa de Ocanna por su mandado, e a cada uno de vos que haremos e procuraremos a todo nuestro leal poder que el dicho sennor Rey, en lo que a su Altesa atanne, hará e terná e guardará e cunplirá e que los sus contadores mayores e lugar tenientes en los dichos sus ofiqios toca e atanne, hará e terná e guardara e cunplirá e nosotros, en lo que nos toca e atanne, libre e pura mente faremos e ternemos e guardaremos e cunpliremos las cosas siguientes...”⁶¹⁵.

Dicho acto no responde, o no al menos únicamente, a que los procuradores desconfiaran de la palabra regia y buscaran comprometer a otros importantes magnates en sus reclamaciones, sino a que, dado que el monarca les había “confiado” el gobierno de sus reinos a estos personajes, la aceptación por parte de los mismos de las exigencias

⁶¹⁴ Dicha cláusula debe ser respuesta a la petición redactada por los procuradores del reino el 15 de marzo anterior en Madrid por la que solicitaban al rey y a los prelados y caballeros de su Consejo que revocaran aquellas mercedes y no consintieran que el patrimonio real fuera disminuido. AGS, CCA, Diversos de Castilla, leg. 1, doc. 90.

⁶¹⁵ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León, op. cit.*, Apéndice documental, doc. 65, pp. 332-333.

de los procuradores tenía la misma o mayor importancia que la del rey, pues en sus manos recaía ahora *de iure* el gobierno de Castilla⁶¹⁶. Por ello en los meses siguientes sería necesaria la concurrencia de estos nobles y prelados en otros compromisos adquiridos por el monarca⁶¹⁷, pues de ellos había pasado a depender en última instancia la actuación regia. Aquel mismo 25 de abril de 1469 encontramos otra muestra de ello: ese día Enrique IV, a cambio de la renuncia por parte del maestre de Santiago de una villa no especificada, prometía hacer merced a este de Carmona. Junto al compromiso regio, el arzobispo de Sevilla, el obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco hubieron de redactar otro escrito por el cual se declaraban “fiadores e seguradores” de “quel dicho señor rey fará e cunplirá con el dicho maestre de Santiago” lo prometido⁶¹⁸.

En definitiva, el arzobispo Fonseca y el obispo Mendoza formarían en adelante parte del Alto Consejo del rey y dirigirían, junto a las facciones nobiliarias que encabezaban y a las que pertenecían, el gobierno de Castilla tras la guerra civil. Poco después se uniría a ellos, tras fracasar en su misión de custodiar y vigilar a la princesa Isabel en nombre del maestre de Santiago, el obispo de Burgos Luis de Acuña⁶¹⁹. Sin duda, en su estrecho parentesco con Juan Pacheco, a quien siempre había seguido en sus actitudes políticas y el cual había procurado y procuraría favorecer su carrera eclesiástica⁶²⁰, hemos de encontrar la razón de su reincorporación al Alto Consejo del rey⁶²¹, quien ya en agosto de 1469 le prometía grandes mercedes⁶²².

⁶¹⁶ Ya interpretaron dicho acto en el mismo sentido: SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 425-426; OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 141. Vinculó dicho acto con el contrato del 18 de marzo de 1469 FORONDA, F., “Vers un gouvernement de jure...”, op. cit., pp. 224-225.

⁶¹⁷ Así debe entenderse la presencia del obispo Mendoza y Pacheco en el viaje de pacificación de Andalucía emprendido por Enrique IV tras las Cortes de Ocaña y en las negociaciones mantenidas durante el mismo con los magnates, villas y ciudades de aquella región.

⁶¹⁸ AHNOB, Frías, C. 7, doc. 12.

⁶¹⁹ LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., pp. 228-229.

⁶²⁰ En 1460 intentó hacerle arzobispo de Santiago, sin éxito. Desde 1471, el maestre procuraría hacerle cardenal, aunque tampoco lo lograría. El primer dato en VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., p. 48. El segundo es conocido por las crónicas: ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 372.

⁶²¹ En una carta a Toledo, sin data pero posterior a 1470, el rey explicaba que el obispo de Burgos era uno de los grandes que le acompañaban como miembros de su Consejo. AMT, Archivo Secreto, Cajón 5, leg. 6, n. 3. Las crónicas nos informan de que hacia comienzos de 1471 el monarca y el maestre de Santiago le encomendaron, junto al cronista y capellán Enríquez del Castillo, acudir a pacificar la ciudad de Toledo. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 373. En 1471 era uno de los prelados y caballeros del Alto Consejo del rey que recibieron en Medina del Campo una embajada del rey de Francia. PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, op. cit., Cap. XI, p. 38.

⁶²² Ya el 25 de julio de 1469 el monarca le prometía hacerle merced de 300 vasallos. CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, op. cit., pp. 90-91. En los meses y años siguientes se sucedieron las mercedes al mismo.

11) El Alto Consejo Real ante el matrimonio castellano-aragonés

Antes de concluir con el análisis del Alto Consejo Real durante estos críticos años de la historia bajomedieval castellana, debe señalarse que la futura composición del Alto Consejo Real de Castilla también fue empleada por Juan II de Aragón, el rey de Sicilia y príncipe de Aragón don Fernando, su hijo, y los partidarios de la opción aragonesa para el matrimonio de la princesa doña Isabel con el fin de atraer y asegurar partidarios para dicho enlace. Ya en las capitulaciones de Cervera del 7 de enero de 1469, refrendadas por el rey de Aragón el día 12 del mismo mes y año, don Fernando se comprometía a que, cuando fuera rey de Castilla tras su matrimonio con la princesa, conservaría la siguiente ordenación en el Alto Consejo:

“Iten, que observaremos e guardaremos e conseruaremos en el Consejo del Reximiento de los dichos reynos y en otras sus preheminencias, honores e prerogativas al ilustre reuerendo señor Arzobispo de Toledo, primado de las Españas, chanciller mayor de Castilla, nuestro mui caro e mui amado tío, e al Arzobispo de Seuilla e a los Ylustres e magníficos señores maestre de Santiago, conde de Plasencia, que fueron principales en la buena conclusión de la dicha paz y en jurar a la dicha serenísima princesa doña Isauel por heredera e sucesora dellos, e al obispo de Burgos e a los otros grandes, caualleros e señores que se conformaren al seruicio suyo e nuestro, e que non les faremos algún enojo real nin personal sin causa e sin expreso consentimiento e voluntad de ella [Isabel]”⁶²³.

Como ya señaló Vicens Vives, las capitulaciones de Cervera “son altamente significativas del espíritu con que la facción castellana que rodeaba a doña Isabel recibía al príncipe aragonés”, pues, en opinión de este autor, revelan “los intereses de un partido que hallaba o aspiraba hallar en don Fernando a un ciego instrumento de su causa; a un posible *condottiero* en una lucha que se temía inminente, después del breve intervalo pacifista de los Toros de Guisando”, siendo calculados sus capítulos “para que don Fernando estuviera sometido” a través de la princesa a aquellos nobles y prelados castellanos que promovían dicho matrimonio⁶²⁴. Con esta composición del Alto Consejo, inspirada por Carrillo, a quien se otorgaba el primer lugar, y los que en

⁶²³ Las capitulaciones en RAH, leg. 9/6483, fol. 408r-413r, y el fragmento en concreto en fol. 409r. Asimismo, se comprometió a que el Consejo de Castilla estaría compuesto únicamente por castellanos.

⁶²⁴ VICENS VIVES, J., *Historia crítica de la vida*, op. cit., p. 247.

Castilla amparaban este enlace, parece obvio que se trataba de atraer a los que ahora dirigían el Alto Consejo enriqueño a la causa aragonesa, pero su fracaso, como es sobradamente conocido, fue estrepitoso. Dicho listado y la presencia en el mismo de tres miembros del episcopado castellano nos interesa en tanto que refleja quiénes eran en aquellos momentos los principales miembros de la clase dirigente castellana.

La falta de apoyos para el enlace aragonés y la dependencia prácticamente exclusiva de su realización de los desvelos del arzobispo de Toledo, permitieron a Carrillo imponer al rey de Sicilia y a la princesa Isabel un contrato sumamente ventajoso para sí a escasos días de su matrimonio. El 12 de octubre de 1469, el primado firmaba con aquellos un convenio por el cual quedaría convertido, en el momento en el que aquellos accedieran al trono, prácticamente en un tercer rey, y, de momento, en el primero y único de los privados de aquellos, que habría de tutelar todos sus movimientos de ahora en adelante, tanto siendo príncipes como luego reyes⁶²⁵. En efecto, a través de las cláusulas de este acuerdo, el arzobispo Carrillo aspiraba a satisfacer de forma definitiva sus anhelos de preeminencia política y ansias de control sobre quien habría de ostentar el trono de Castilla, ahora sin el concurso de ningún otro magnate que le disputase aquel dominio o con el que hubiera de compartir el poder e influencia que, a través de este escrito, se le concedía sobre los príncipes.

Así, tras recordar los grandes y leales servicios y las buenas obras que habían recibido del prelado y ofrecerse a guardar su estado, doña Isabel y don Fernando se comprometieron a nada menos que lo siguiente:

“Desde agora en adelante e para en todos los días de nuestras vidas convenimos, contratamos e fasemos con vos el dicho arçobispo buena e verdadera amistad, e vos resçebimos por espeçial seruidor e verdadero amigo [...]. Et de aquí adelante vos ternemos e acataremos por primero e prinçipal seruidor e pariente e por amigo syngular e solo entre nosotros, e que todos tres seamos en las cosas e governaçiones de nuestras casas e de las tierras e reynos e prouinçias que a nuestra disposiçión e ordenança fueren juntamente conformes, et syn vos el dicho arçobispo non faremos nin dispornemos cosa alguna, más todos tres de vn acuerdo e determinaçión faremos e governaremos como sy vn cuerpo e vn ánima fuesemos; [...] et en dar ofiços, merçedes e graçias seguiremos vuestro consejo e esperaremos vuestro consentimiento e con él las faremos e encomendaremos. Et queremos que vos el dicho arçobispo, nuestro tío,

⁶²⁵ El documento ha sido comentado por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica, op. cit.*, pp. 184-185; AZCONA, T. de, *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y reinado*, Madrid, 1993, pp. 174-175; y recientemente por FORONDA, F., “Vers un gouvernement de jure...”, *op. cit.*, pp. 225-227, que lo ha calificado como un “contrat de privanza sans pareil”.

preçedays a todas las personas destos reynos en nuestro consejo, avnque las tales personas sean a nos e cada vno de nos conjuntas en qualquier grado de parentesto e consanguinidad, asçendiente e desçendiente o transversal, avnque sean de nuestra real stirpe. Otrosy, aseguramos e prometemos que nos nin alguno de nos faremos liga, amistad nin conformidad con ninguno nin alguno destos reynos de qualquier estado, dignidad o preheminençia que sean, avnque sea hermano de mi la dicha prinçesa, nin con otro mayor nin menor, syn espresso acuerdo e consentimiento de vos, el dicho arçobispo”.

Por su parte, el prelado juró guardar sus vidas y reales estados y ser “fiel e verdadero seruidor, e vos daré bueno, fiel e leal consejo, qual segund Dios e buena conçiençia lo deue dar seruidor a su señor”⁶²⁶. Sin duda, detrás de tal acuerdo debemos encontrar a Juan II de Aragón, antiguo aliado del prelado toledano, quien amonestó a su hijo antes de que partiera a Castilla “que tuviese en lugar de padre al arzobispo de Toledo, de quien él se confesaba deudor de tal agradecimiento, que ni con todos sus reinos podría pagarle los beneficios en repetidas ocasiones recibidos”⁶²⁷.

Pero el arzobispo disfrutaría por poco tiempo de tan ventajoso acuerdo, pues enseguida los ya príncipes de Castilla comenzaron a mostrar resistencia a someterse a los dictados del prelado toledano⁶²⁸. A pesar de los intentos del monarca aragonés de que los príncipes acataran el acuerdo firmado con Carrillo⁶²⁹, poco a poco la fractura entre ambos se ensancharía hasta tal punto que a partir de 1475 el arzobispo se convertiría en el principal opositor de aquellos a quienes había promocionado desde el fallecimiento del infante-rey don Alfonso⁶³⁰.

⁶²⁶ AGS, PTR, leg. 11, doc. 45. Una copia del documento en AGS, PTR, leg. 11, doc. 100. Fue transcrito por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 25, pp. 463-466.

⁶²⁷ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 278.

⁶²⁸ VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 199-200 relata la abrupta reunión del Consejo de los príncipes del 22 de octubre de 1469 en la que don Fernando mostró ya su oposición a los criterios del prelado.

⁶²⁹ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 171v da noticia de una carta enviada por el rey de Aragón a su hijo poco después de la boda con doña Isabel en la que le aconsejaba “que quanto huuiese de ordenar y disponer, de mucha o poca importancia, lo comunicasse primero con el Arçobispo de Toledo y se aconsejasse con él, assí en las obras como en las apariencias, porque conuenía que en todas las cosas tuuiese primero su parecer y consejo, y no solamente le diesse a entender que esto procedía de la voluntad del rey su padre, pero de la suya, porque sin ningunda duda este era el camino real, considerada la dignidad del Arçobispo y su condicion y ambicion. Por esto le parecia al rey que su hijo le reuerenciase y acatase como a propio padre, y que despues de entendido el parecer del Arçobispo, si él le aconsejasse que se deúa comunicar al Almirante y a otros, lo hiziesse, y si no, no, de suerte que el primero fuesse el Arçobispo y se tuuiese principal recurso a solo su consejo y despues al del Almirante en aquello que pareciesse al Arçobispo, y no mas adelante, porque el Almirante era su aguelo y de suyo estaua, que auia de tener tanta para en el como la razon y naturaleza lo requerían. Y parecía al Rey que si el Arçobispo le fuesse en aquello preferido, era lo que conuenia al seruicio del Rey su hijo, y lo contrario seria muy gran error”.

⁶³⁰ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, op. cit., pp. 159-164.

En definitiva, las capitulaciones de Cervera y el contrato del 12 de octubre son muestra de que aquellos magnates y prelados que habían quedado excluidos del Alto Consejo enriqueño continuaban aspirando a adquirir una posición preeminente en el gobierno del reino, siendo la oferta de aquella una baza empleada por la opción aragonesa para atraer a determinados miembros de la nobleza castellana. Asimismo, estos documentos son muestra de la ambición de poder del arzobispo de Toledo, que aspiraba a un modelo de monarquía en el que los monarcas compartieran su poder con él.

12) El Consejo de Justicia tras la guerra civil: el ordenamiento de las Cortes de Ocaña (1469)

Durante la guerra civil, y al igual que ocurrió con la Audiencia, el Consejo de Justicia se sumió en el caos. Los procuradores del reino enviados a las Cortes de Ocaña de 1469 no dudaron en reclamar al rey la necesidad de proceder a su reforma, “ca a vuestra alteza e a todos vuestros subditos e naturales es notorio quanto está desordenado e desfallecido e menguado de perlados e caualleros e letrados, que segund las leyes e ordenanças de vuestros rreynos en él devrian estar”⁶³¹, queja con la que, por otro lado, mostraban su conformidad con la presencia de miembros del clero en este organismo⁶³². Tras enumerar las razones por las que consideraban el Consejo de Justicia había sufrido tal quebranto⁶³³, los procuradores suplicaron al rey “que le plega diputar personas perlados e caualleros e letrados que esten e rresidan continuamente en el vuestro Consejo e en vuestra corte, donde quiera que vuestra rreal persona estouiere” que fueran “sufiçientes e abiles para ello”, y que fuesen “diputados mantenimientos rrazonables con que se puedan manthener”. Para ello solicitaban que el rey otorgase licencia, al

⁶³¹ *Cortes*, III, p. 770.

⁶³² Sobre la postura de los procuradores en Cortes ante la implicación del clero en actividades políticas ha trabajado ARRANZ GUZMÁN, A., “Los procuradores de las ciudades en Corte...”, *op. cit.*, pp. 273-290. Sobre el Consejo Real en concreto, indica en p. 286 que los procuradores no se opusieron a la presencia de eclesiásticos en el Consejo Real, sino que se limitaron a reclamar la presencia de representantes de su propio estamento en el mismo.

⁶³³ Los resume OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*, p. 139: “la mala provisión de oficios, el pago defectuoso de sus funcionarios y el alejamiento de la Corte del citado Consejo de justicia”.

igual que para reformar la Audiencia, a algunos de los procuradores y a determinados miembros de su Consejo para “nonbrar e proueer en el vuestro Consejo”⁶³⁴.

El rey respondió, al igual que en el caso de la Audiencia, que habían sido los “dichos escandalos e mouimientos acaesçidos en estos dichos mis rreynos de çinco annos a esta parte” lo que había provocado tal caos en el Consejo de Justicia, y accedió a su petición de reformarlo. Diputó entonces al arzobispo de Sevilla y al obispo de Sigüenza para que nombrasen a las personas que habrían de residir en su Consejo de Justicia y les asignasen su mantenimiento, que habría de correr, de momento, a cargo del pedido y monedas que solicitaba el rey en aquellas Cortes. Por tanto, ambos prelados, miembros del Alto Consejo tras la guerra civil, serían los encargados de reorganizar el Consejo de Justicia del rey, al igual que la Audiencia, según exponemos en otro apartado. El papel que se les otorgaba, por tanto, era crucial.

El monarca concluyó su contestación a los procuradores del reino a esta petición indicando que había ordenado “a los del mi Consejo que estan en Xatafe que luego se vengan a la mi corte donde quier que yo estouiere”⁶³⁵. El cuaderno fue publicado el 10 de abril de 1469⁶³⁶, y nos consta que don García Álvarez de Toledo, obispo de Astorga, era uno de los miembros del Consejo de Justicia a los que fue destinada esta orden del rey, pues al día siguiente, 11 de abril de 1469, figura entre los miembros del Consejo que emitieron desde Getafe una provisión por la que se dictaban determinadas órdenes al corregidor del Señorío de Vizcaya en relación con ciertos pleitos⁶³⁷.

¿Llegaron Mendoza y Fonseca a ordenar el Consejo de Justicia del rey? Salustiano de Dios pudo localizar el borrador de un ordenamiento del Consejo de Justicia que, efectivamente, parece haberse realizado en el contexto de las Cortes de Ocaña de 1469⁶³⁸. Aparte de las razones aducidas por este autor, apoya el hecho de que dichas ordenanzas fuesen dictadas en respuesta a las peticiones de los procuradores de Ocaña el que en dicho ordenamiento se regulase la presencia continua del Consejo junto

⁶³⁴ Cortes, III, pp. 770-771.

⁶³⁵ La contestación completa de Enrique IV a los procuradores en Cortes, III, p. 771.

⁶³⁶ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 130.

⁶³⁷ Únicamente firman “G. Episcopus Astoricensis” y “Petrus, licenciatus”, aparte de “Alfón de Alcalá”, escribano que especifica que “la fise escriuir por mandado de nuestro señor el rey con acuerdo de los del su conseio”. AMD, Armario 2, leg. 7(1), doc. 31.

⁶³⁸ Editado en DIOS, S. de, *Fuentes para el estudio del Consejo*, op. cit., pp. 55-62.

al rey⁶³⁹, como en dichas Cortes se exigió. Dado que el obispo Mendoza y el arzobispo Fonseca recibieron el encargo regio de organizar el Consejo de Justicia, y en el caso de que este ordenamiento pertenezca a este contexto, ambos hubieron de ser los responsables de dictarlo o, al menos, de supervisar su redacción, por lo que nos interesa su análisis.

En cuanto a la organización del Consejo de Justicia, en este ordenamiento se estipulaba que habrían de residir en el Consejo “dos perlados e dos cavalleros e doctores o letrados”, pero, dado que se trata de un borrador, los espacios destinados a albergar los nombres de los designados se encuentran en blanco⁶⁴⁰. En cuanto a los dos prelados que habrían de ser seleccionados, nos consta que don García Álvarez de Toledo, obispo de Astorga⁶⁴¹, y don Lope de Rivas, obispo de Cartagena⁶⁴², miembros del Consejo de Justicia de Enrique IV ya desde antes de la guerra civil, continuaron sirviendo en dicha institución en los últimos años del reinado de Enrique IV, por lo que parece probable que ambos fueran los escogidos para residir en el Consejo tras las Cortes de Ocaña. Pero a pesar de la indudable competencia de ambos prelados para ejercer como miembros del Consejo⁶⁴³, y tal y como se lamentaba el secretario del rey Fernando del Pulgar⁶⁴⁴, en los últimos años del reinado de Enrique IV el Consejo de Justicia no pudo

⁶³⁹ Otrosy ordeno que la casa o cámara do el mi consejo oviere de estar que sea sienpre en el mi palacio donde yo posare, e si ende non oviere logar que los mis posentadores den una posada para ello la más cerca que se fallare del mi palacio, e sy yo no estoviere en el logar donde estoviere el dicho mi consejo que se faga el dicho consejo en la posada que para mi fuere nonbrada, e sy non oviere posada señalada para mí que se dipute por los del mi consejo otra casa donde se faga el dicho mi consejo. E esto susodicho se entienda salbo sy yo otra cosa mandare e ordenare”. *Ibidem*, p. 56.

⁶⁴⁰ *Ibidem*, p. 55.

⁶⁴¹ Por ejemplo, el 3 de marzo de 1470, desde la villa de Madrid, emite una provisión junto a otros miembros del Consejo Real de Enrique IV en nombre del rey. AVM, Libro de Cédulas y Provisiones, B, fols. 29r-v. El 31 de marzo de 1470, desde Madrid, emitió otra provisión junto a otros miembros del Consejo Real confirmando a los vecinos de Yanguas un privilegio. AGS, RGS, leg. 1478-08-29, fol. 15.

⁶⁴² Como miembro del Consejo, se encontraba acompañando al rey con otros consejeros y miembros principales de su Corte cuando el 19 de marzo de 1469 los procuradores de las Cortes de Ocaña de 1469 presentaron al monarca una petición para que no se continuara enajenando el patrimonio real. OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 67, p. 337. El 28 de enero de 1470 le encontramos ejerciendo como Consejero Real desde Madrid. AMMU, Cartulario Real, 798bis, fols. 190r-v. El 27 de febrero de 1472 volvía a ejercer como miembro del Consejo desde Madrid. AGS, RGS, leg. 1480-02-15, fol. 193.

⁶⁴³ DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 246 señala que probablemente desde 1476 a 1479 fuera presidente del Consejo Lope de Rivas, obispo de Cartagena.

⁶⁴⁴ En una carta al deán de Toledo, futuro obispo de Coria, datada en 1473, Pulgar decía: “Los del consejo *squalidi*, contadores *gementes*, secretarios *querentes*... Hauemos dexado ya de facer alguna imagen de prouisión, porque ni se obedece ni se cunple, y contamos las roturas e casos que acaescen en nuestra Castilla como si acaesciesen en Boloña, o en reinos do nuestra jurisdicción no alcançase. Y porque más breuemente vuestra merced lo comprehenda certíficos, señor, que podría bien afirmar que los jueces no ahorcan hoy un omme por justicia por ningún crimen que cometa en toda Castilla, auiendo en ella asaz que lo merescen, como quier que algunos se ahorcan por iniusticia”. La causa de tal desgobierno la da

volver a funcionar de forma eficiente a causa del caos reinante en Castilla. Al igual que en el caso de la Audiencia, habría que esperar ya al reinado de los Reyes Católicos para que se aplicasen las reformas que habrían de devolverle su operatividad y autoridad⁶⁴⁵.

también el secretario real: “No hay más Castilla; si no, más guerras auría”. PULGAR, F., del, *Letras, op. cit.*, Letra XXV, pp. 121-122.

⁶⁴⁵ Sobre este tránsito, véase DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla, op. cit.*, pp. 136-153.

III – La Audiencia Real

La Audiencia Real fue la institución regia bajomedieval por excelencia que se encargó de la aplicación de la justicia del rey: tras un largo proceso de formación que arranca de la época previa a los Trastámara, acabaría por configurarse como el tribunal supremo de Castilla⁶⁴⁶. Desde su impulso e institucionalización por parte de la nueva dinastía en las Cortes de Toro de 1371 y hasta el reinado de Enrique IV, este organismo sufrió paulatinas modificaciones y reestructuraciones con las que se buscó aumentar su operatividad y eficiencia⁶⁴⁷, de tal manera que se acabó por convertir “en uno de los legados más relevantes de la estructura institucional de la Monarquía castellana a los tiempos modernos”⁶⁴⁸.

En el marco de nuestra investigación, el análisis de esta institución durante la guerra civil que nos ocupa no solo nos interesa por los servicios prestados en ella a la monarquía por numerosos eclesiásticos y, en especial, miembros del episcopado, tal y como han mostrado para esta y otras etapas a través de sus investigaciones Villarroel González⁶⁴⁹ y Nieto Soria⁶⁵⁰, sino también porque el estado, reforma y composición de la Audiencia Real formó parte de los debates mantenidos en torno a la organización del gobierno del reino por el rey y sus rebeldes, entre los cuales figuran un número relevante de obispos, que reclamaban al rey solución para el “crítico” estado de la Audiencia y del resto de instrumentos de justicia regia. Asimismo, porque dicha institución y, por extensión, los prelados que residían y formaban parte de ella, sufrirían las consecuencias del conflicto que estalló en Castilla.

1) El estado de la Audiencia Real en los prolegómenos de la guerra civil

⁶⁴⁶ MONSALVO ANTÓN, J. M., “Poder político y aparatos de estado...”, *op. cit.*, p. 122. Sobre el origen de esta institución es esencial el trabajo de DÍAZ MARTÍN, L.V., *Los orígenes de la Audiencia Real*, *op. cit.*

⁶⁴⁷ Tal proceso ha sido abordado en su conjunto por VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid*, *op. cit.*, pp. 39-52; y GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas*, *op. cit.*, pp. 61-128.

⁶⁴⁸ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, pp. 172-173.

⁶⁴⁹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, pp. 43-48 y pp. 121-129. Fundamental también para observar la propia evolución y modificaciones realizadas en esta institución durante la minoría y reinado de Juan II.

⁶⁵⁰ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, pp. 172-180.

Probablemente nunca llegaremos a conocer verdaderamente si la aplicación de la justicia regia en Castilla era tan caótica a la altura de 1464 como los rebeldes a Enrique IV proclamaron durante la guerra civil. Sí parece que de forma previa al inicio de la contienda su ejercicio y, en concreto, el estado de la Audiencia Real, se había deteriorado un tanto: en las Cortes de Toledo de 1462 los procuradores del reino hubieron de solicitar al rey que se abonase de forma puntual los salarios de los miembros del Consejo y de la Audiencia Real y que mandase “proueer en la justia de vuestra casa e corte e en la execucion della”, a lo que el monarca contestó estipulando que en adelante se escogerían, dos meses antes de que finalizara cada año, a un prelado presidente, seis oidores y tres alcaldes para residir en dicha institución durante el año próximo. El “prelado presidente” recibiría 100.000 maravedíes de quitación y ayuda de costa, mientras que los oidores percibirían 50.000 maravedíes, que les habrían de ser librados en “logares ciertos e bien parados”⁶⁵¹.

Pero a pesar de esta intención regia, el estado de la Audiencia Real sería uno de los principales objetos de crítica por parte de la liga nobiliaria desde los inicios de su rebelión⁶⁵². Ya en el Manifiesto de Burgos (28-IX-1464) aquellos nobles y prelados denunciaron que a los “oidores é alcaldes de vuestra corte y chancelleria non les son pagados nin librados los maravedis que en vuestros libros tiene”, a causa de lo cual la Chancillería se encontraba “en grand pobreza é decaimiento”⁶⁵³. Más aún, llegaron a condenar las tiranías cometidas en detrimento de su pueblo por los oficiales designados por el rey para administrar justicia⁶⁵⁴, clara crítica a los personajes que entonces ocupaban, por orden del rey, aquellos cargos.

⁶⁵¹ Cortes, III, pp. 702-704.

⁶⁵² GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas, op. cit.*, pp. 112-128 realiza un análisis sobre las razones que llevaron a la facción nobiliaria a criticar este campo concreto del gobierno de Enrique IV, concluyendo que, al igual que ocurre con otras muchas cuestiones, el fin último de dicha crítica era no verse desplazados del ejercicio del poder y del disfrute de la gracia regia. Asimismo, y en un contexto de revuelta contra el poder legítimo como este, la crítica hacia la falta de justicia en los actos del rey debía formar parte obligatoriamente de la propaganda dirigida a justificar los actos cometidos contra el monarca para minar su legitimidad.

⁶⁵³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCVII, p. 331.

⁶⁵⁴ “E quanto á la administracion de la justicia que es la principal virtud que despues de la fe los Reyes han de aver, para administrar esta son puestos tales oficiales, de los quales vuestros pueblos tienen grandes quejas por las grandes injusticias é tiranías de que algunos han usado”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCVII, p. 330. En una carta dirigida en el contexto de la Junta de Burgos a los habitantes del reino, se volvería a insistir en esa necesidad de reformar la justicia y en que este era uno de los objetivos perseguidos por los rebeldes. AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15.

En este sentido, hemos podido localizar una provisión real del 20 de noviembre de 1464 que confirma el caótico estado de la Audiencia Real o Chancillería en aquellos momentos. Ese día el monarca encomendaba al doctor en decretos Pedro de Córdoba y Solier, a quien se refería como arcediano de Castro, aunque para entonces ya era electo de Córdoba, y miembro de su Consejo, que se ocupara de ver cierto pleito entre el concejo de Baeza y el linaje de los Quesada. En esta provisión, el monarca explicaba que dicho pleito se había comenzado a tratar “en el mi Consejo” por parte del obispo de Lugo, García Martínez de Bahamonde, y el doctor Juan Sánchez de Zurbano, ambos miembros realmente de la Audiencia. Sin embargo, debido a que “los dichos jueses están ocupados en muchos fechos e negoçios que están pendientes en la mi Chancellería, donde ellos resyden e están a la presente, non lo han podido librar nin determinar”. Por esta razón le encomendaba al inmediato obispo de Córdoba resolver él mismo, durante el cual se titularía como “jues comisario diputado por su altesa” para este pleito⁶⁵⁵. Nos encontramos, por tanto, ante una Audiencia Real o Chancillería saturada en los prolegómenos de la guerra.

2) La reforma de la Audiencia Real en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo

Las críticas referidas acabaron materializándose, tras la claudicación del rey ante sus rebeldes, en el proyecto nobiliario de reforma del gobierno del reino que suponía la Sentencia Arbitral de Medina del Campo (16-I-1465), en el cual se incluyó un ordenamiento de la Audiencia y Chancillería que debería ser admitido y aplicado por Enrique IV en adelante y cuya importancia y proyección futura ya fue destacada por Varona García⁶⁵⁶. Tras insistir en “la mala administracion é gobernacion que se ha tenido en la abdiencia é chancillería”, a causa, fundamentalmente, de que “los dichos oidores é oficiales de la dicha chancillería non han seido bien pagados”⁶⁵⁷, los miembros

⁶⁵⁵ AHNOB, Baena, C. 402, doc. 50, los fragmentos recogidos en concreto en fol. 73r y 75r.

⁶⁵⁶ Esta autora señala que hasta la fecha nunca “se había tratado con tanto detenimiento e interés el tema de la Audiencia y de la Chancillería”, destacando cómo “varios de sus capítulos, y desde luego su espíritu, fue recogido después por los Reyes Católicos y plasmado en las famosas Ordenanzas de la Audiencia”. VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid*, op. cit., p. 51.

⁶⁵⁷ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 400.

de la comisión escogida para la reforma del reino se propusieron organizar, en todos sus aspectos, el funcionamiento, composición y atribuciones de la Audiencia⁶⁵⁸.

Debe señalarse que esta ordenación de la Audiencia en la Sentencia de Medina fue la respuesta a las exigencias que en torno a la reforma del reino el 5 de diciembre de 1464 una importante nómina de obispos y grandes rebeldes redactaron para ser vistas por aquellos. En aquel documento, sus firmantes, entre los que se encontraban los arzobispos de Toledo y de Sevilla y los obispos de Coria y Osma, denunciaron que desde el comienzos del reinado de Enrique IV la justicia había sido mal administrada por “non aver en la Chançellería quien” la administrase, ausencia provocada por no haberse librado ni pagado a los oidores y oficiales sus quitaciones y raciones. Por ello solicitaron que en la Audiencia residieran de continuo, como mínimo, un prelado y seis oidores junto al resto de oficiales acostumbrados, a los cuales habrían de librarse sus quitaciones en lugar seguro cada año⁶⁵⁹. En base a esta petición de aquellos prelados y nobles, se construyó el ordenamiento de Medina.

Entre los capítulos de este ordenamiento sobre la Audiencia inserto en la Sentencia de Medina nos interesan especialmente aquellos referidos a la participación de determinados miembros del episcopado en esta institución. En primer lugar, se estipulaba que la Audiencia estaría formada en adelante por dos prelados presidentes, ocho oidores legos y seis alcaldes, los cuales se dividirían por mitades para servir en la Audiencia en turnos rotatorios de seis meses⁶⁶⁰.

Al igual que harían con el Consejo de Justicia, los miembros de la comisión para la reforma del reino se arrojaron la potestad de designar a los integrantes de la Audiencia. En lo referente a los prelados presidentes, es especialmente llamativo que se estipuló de forma excepcional que el obispo de Lugo García Martínez de Bahamonde residiría permanentemente en la Audiencia como único prelado presidente “en quanto viviere”

⁶⁵⁸ Los capítulos referentes a la Audiencia en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 400-409. Fueron sintetizados por MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 72-76; y FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., pp. 140-143.

⁶⁵⁹ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 5v.

⁶⁶⁰ “Ordenamos é declaramos que en la dicha abdiencia é chancillería aya dos Perlados é ocho oidores legos é seis alcaldes los quales sirvan en esta manera: un Perlado é quatro oidores seis meses, é el otro Perlado é quatro oidores los otros seis meses, é los tres alcaldes seis meses, é los otros tres seis meses”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 400.

debido a que “es buen hombre é antiguo é letrado” y porque había expresado su deseo de que “quiere estar todo el año en la dicha abdiencia é chancillería”⁶⁶¹.

La aceptación por todas las partes del nombramiento del obispo de Lugo como presidente único y permanente de la Audiencia, no debe resultar extraña si tenemos en cuenta su larga experiencia al servicio de la monarquía en esta institución y el que se trataba de uno de los letrados más relevantes de su tiempo, a pesar de lo cual ha recibido una escasa atención por parte de la historiografía. En su monumental obra, Beltrán de Heredia nos informa de que era nepote del obispo Álvaro de Isorna, y que en 1421, siendo ya bachiller en decretos, fue recibido como familiar y refrendario pontificio. En 1435, cuando acompañaba a su tío al Concilio de Basilea, ya era doctor en decretos⁶⁶². Villarroel González nos muestra cómo pronto pasó al servicio de Juan II de Castilla, monarca que, el 24 de noviembre de 1439, solicitó al papa Eugenio IV que le concediera la mitra de Lugo, siendo efectivamente nombrado para ocupar la misma el 6 de abril de 1440. No obstante, más adelante fue nombrado obispo de Orense por un breve paréntesis antes de volver, ya de forma definitiva, a la sede de Lugo⁶⁶³. Su obispado, no obstante, hubo de administrarlo en la distancia, pues, como se indicaba en una súplica de 1442, residía de forma continua en la Chancillería Real ocupado en la administración de la justicia regia⁶⁶⁴.

En efecto, desde 1443 se conservan sus quitaciones como oidor y consejero real, cargos que ostentaría y ejercería en las décadas siguientes⁶⁶⁵ alejado de su sede: en cierta provisión enviada a su obispado en abril de 1452, se explicitaba que residía en aquellos momentos en la Audiencia Real, en la villa de Valladolid⁶⁶⁶, como en tantos otros documentos, de muy distinta procedencia, de este y los años siguientes, donde se puede comprobar su residencia continuada y casi ininterrumpida en Valladolid. Fue merecedor

⁶⁶¹ *Ibidem*, doc. CIX, p. 400.

⁶⁶² Algunos datos biográficos en BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, *op. cit.*, vol. I, pp. 349-351. Recoge también algunos valiosos datos sobre el mismo al abordar la trayectoria de Isorna VILLARROEL GONZÁLEZ, Á., “Álvaro Núñez de Isorna...”, *op. cit.*, pp. 263-292.

⁶⁶³ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, p. 652.

⁶⁶⁴ En concreto, en una súplica de enero de 1442 se indica que no solía residir en su diócesis porque “in cancellaria regis ubi deputatus est unus ex administratoribus iustitiae”. BELTRÁN DE HEREDIA, “Noticias y documentos para la biografía...”, *op. cit.*, p. 342, nota al pie 53.

⁶⁶⁵ GÓMEZ IZQUIERDO, A., *Cargos de la casa y Corte*, *op. cit.*, p. 85; y NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 177. Su quitación se encuentra en AGS, QC, leg. 3, fol. 247. Tenía 50.000 maravedís anuales de ayuda de costa “porque anda contynuamente e resyde en el dicho Consejo”.

⁶⁶⁶ AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 2.

del respeto y alabanza unánime de sus contemporáneos⁶⁶⁷, y durante el reinado de Enrique IV acabaría por convertirse en presidente y verdadero eje de la Audiencia o Chancillería Real y que desde hacía años ejercía como presidente y verdadero eje de la misma: en un proceso judicial de octubre de 1461 se nos informa de que sus propias casas de Valladolid eran el lugar donde se reunían los miembros de la Audiencia⁶⁶⁸, pues el prelado ejercía por entonces como presidente de aquella. Por tanto, hemos de concluir que, más que una elección, la designación del obispo de Lugo como presidente permanente de la Audiencia Real fue una necesidad, a fin de no provocar un empeoramiento en el funcionamiento de esta institución que sin duda se seguiría de la exclusión de la misma de uno de sus más experimentados integrantes.

Continuando con lo ordenado en la Sentencia sobre el prelado presidente de la Audiencia, se decidió que mientras viviera y ejerciera aquel cargo, el obispo de Lugo percibiría la quitación y ayuda de costa correspondiente a aquellos dos prelados que se estipulaba que habrían de residir en la Audiencia en cada una de las mitades del año, es decir, un total de 120.000 maravedíes anuales, que serían librados en las rentas reales de la villa de Medina del Campo y su tierra⁶⁶⁹. Aquella doble presidencia comenzaría a aplicarse tras el fallecimiento de don García, habiéndose de proceder entonces al nombramiento de dos nuevos obispos para ejercer aquel cargo, que pasarían a percibir 60.000 maravedíes cada uno⁶⁷⁰. La designación de estos también fue estipulada: cuando se produjera la vacante de don García o de cualquier otro oidor, alcalde o prelado, los oidores de la Audiencia residentes entonces habría de presentar una terna de candidatos al rey para ocupar la vacante, al igual que los miembros residentes del Consejo de

⁶⁶⁷ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 72 se refiere a él como “hombre muy notable, gran letrado y de honesta vida”, al igual que el autor de la *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 8. Incluso PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. I, p. 77 señala que era “hombre de gran autoridad y probada virtud”. Fray Alonso de Espina, en su *Fortalitium Fidei*, se refería a él como “homo quidem magnae scientiae et bonae conscientiae”. Este fragmento fue recogido por BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, op. cit., vol. I, p. 351.

⁶⁶⁸ Este proceso trataba sobre la usurpación de la ciudad de Lugo, perteneciente al señorío del propio prelado lucense: “En la noble villa de Valladolid, estando y la Corte e Consejo de nuestro señor el rey, a dies e nueue días del mes de octubre, año del nasçimiento del nuestro señor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e vn años, estando en la posada donde posa el reuerendo padre in Christo don García de Vaamonde, obispo de Lugo, oydor e del Consejo del dicho señor rey, donde se acostunbra tener e faser Consejo, e estando y presente el dicho obispo [...]. En Valladolid, veynte e nueue días de octubre, año del señor de mill e quatroçientos e sesenta e vn años, en la posada del reuerendo señor obispo de Lugo, donde los señores del Consejo del rey nuestro señor acostunbran tener consejo [...]. Et después desto, en la dicha villa, treynta días del dicho mes de octubre del dicho año, este día, estando en la posada del dicho señor obispo e los otros señores del Consejo teniendo consejo”. AHN, Clero, Libro 6273, fols. 627v-629v.

⁶⁶⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 402.

⁶⁷⁰ *Ibidem*, doc. CIX, p. 400.

Justicia. Entre aquellos seis individuos, el rey habría de escoger a uno⁶⁷¹. Aparte de por ser el sistema a seguir para nombrar al prelado presidente de la Audiencia, este protocolo también nos interesa debido a que venía a suponer que los dos prelados residentes en el Consejo de Justicia también tendrían una importante capacidad de intervención en la elección de los candidatos a presentar por dicho Consejo al rey cuando se produjera cualquier vacante en la Audiencia Real.

Por otro lado, “é porque los del dicho consejo é alcaldes é jueces mas libremente puedan facer é complir lo tocante á sus oficios é cargos”, se estipuló que todos los integrantes de la Audiencia, entre ellos el propio obispo de Lugo, hubiesen de jurar que no tenían ni tomarían acostamiento ni tierra de ningún grande o señor del reino o de otras personas ni vivirían con ellos, sino que residirían de forma permanente con el rey, so pena de ser privados de su cargo. Los restantes miembros de la Audiencia habrían de jurar esto ante su prelado presidente, es decir, don García⁶⁷².

Con estas y otras reformas en torno a la Audiencia, los grandes trataron de “solucionar” aquellos teóricos problemas en su funcionamiento. Sin embargo, poco más tarde el monarca rechazó la Sentencia de Medina y todo lo en ella contenido, dándose así inicio a una guerra civil que, como señaló Carlos Garriga, dejó “en precario, una vez más, la situación de la Audiencia y Chancillería”⁶⁷³. Esta situación hubo de producirse o agravarse tras los actos de Ávila, pues nos consta que a 22 de mayo de 1465 aún se encontraban sirviendo en la Audiencia de Valladolid el obispo de Lugo junto a los doctores Juan Sánchez de Zurbano y Fernando González de Toledo, en nombre de Enrique IV⁶⁷⁴.

3) La Audiencia Real durante la guerra civil

Al caos preexistente en la Audiencia hubo de ayudar una situación inédita: la formación de una Corte paralela a la de Enrique IV, la de don Alfonso, con sus propios

⁶⁷¹ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 407-408.

⁶⁷² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 408-409.

⁶⁷³ GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas*, op. cit., p. 125.

⁶⁷⁴ Dictaban en nombre del rey don Enrique una sentencia sobre una hidalguía. ARCHV, Pergaminos, Caja 92, doc. 5.

órganos de gobierno. En efecto, y como ya señalaron Carlos Garriga y Salustiano de Dios⁶⁷⁵, tras la deposición y alzamiento de Ávila, los rebeldes procuraron rodear al infante-rey de un aparato institucional suficiente con el que gobernar aquella parte de Castilla que se había declarado en su obediencia. La Audiencia era uno de aquellos órganos de gobierno a construir, y, como ya demostró Morales Muñiz, durante los años de la guerra se realizaron numerosos nombramientos de oidores y alcaldes por parte del infante-rey⁶⁷⁶.

En el listado de miembros de la Audiencia Real alfonsina ofrecido por esta última autora llama la atención la ausencia de un cargo esencial de esta institución, el más importante para nosotros en concreto: el del prelado presidente de la Audiencia. ¿No existió tal figura en el gobierno de don Alfonso? Conservamos una única referencia al prelado presidente alfonsino, pero deben tomarse grandes precauciones en su manejo.

El 26 de octubre de 1465, desde Arévalo, don Alfonso se dirigió por medio de una carta al concejo de Alcaraz, como seguramente también hizo ese día con respecto al resto de las villas y ciudades de su partido, con el fin de notificar “el estado de los fechos de acá”. Se trataba de un escrito claramente propagandístico con el cual los dirigentes del bando alfonsino pretendieron justificar las razones por las que habían establecido una tregua con su rival, Enrique IV, al tiempo que buscaban demostrar una superioridad de la causa alfonsina sobre la enriqueña que evitase que sus destinatarios flaqueasen en su lealtad ahora que habían entrado en negociaciones con su adversario. Para alcanzar dicho objetivo, en este documento se expuso de forma detallada el modo en el que el partido alfonsino había organizado el gobierno de aquella parte del reino que se había alzado por él, y aquí se hace referencia a la Audiencia Real. En efecto, en dicho documento don Alfonso explicaba que:

“En la dicha villa de Valladolid mandé quedar al almirante, mi tío, e al mi condestable de Castilla e a los condes de Santa Marta, e de Buendía e Ribadeo e visconde de Palaçios e a otros caualleros con ellos *e al reuerendo padre obispo de Lugo* con los oydores de la mi Audiencia e con el arca e sellos de mi chançellería para administrar la justiçia a todos los que ende vinieren”⁶⁷⁷.

⁶⁷⁵ GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas*, op. cit., pp. 127-128; y DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla*, op. cit., p. 115.

⁶⁷⁶ El listado en MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 354-355.

⁶⁷⁷ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana*, op. cit., doc. 35.

Don García Martínez de Bahamonde, por tanto, aparece en este documento como cabeza de la Audiencia Real de don Alfonso. No obstante, no podemos admitir una verdadera militancia alfonsina del obispo lucense, pues sabemos que el 15 de diciembre de 1466 Enrique IV expidió, a petición del propio obispo, una provisión para que el marqués de Astorga le reintegrara todo aquello perteneciente a su mitra que le había usurpado, en la cual el rey se refería al prelado como su consejero y oidor. Un procurador de don García solicitó en su nombre ante la Audiencia de Valladolid un traslado de dicho documento el 5 de enero de 1467, y este y los miembros de la Audiencia allí presentes se refirieron a Enrique IV como a su rey⁶⁷⁸. Sabemos, por otro lado, que el obispo de Lugo permaneció durante todo el conflicto en Valladolid, villa en la que residía debido a su cargo de presidente de la Audiencia. Esta villa cambió en repetidas ocasiones de mano durante la contienda, pero el prelado no la abandonó en ningún momento, ya fuera enriqueña o alfonsina⁶⁷⁹.

Atendiendo a todo lo dicho, es posible determinar que la postura del obispo de Lugo durante la guerra civil debió ser parecida a la seguida por otro importante prelado, fray Alfonso de Palenzuela, obispo de Ciudad Rodrigo, quien se mantuvo alejado de la lucha de bandos e hizo gala de una cierta neutralidad durante el conflicto, aunque sin dejar de reconocer en ningún momento al monarca legítimo⁶⁸⁰. El obispo de Lugo hubo de mantener una actitud muy similar a la del prelado civitatense, lo que le permitió no abandonar su residencia de Valladolid durante los cambios de bando de esta villa.

Concluimos, por tanto, que don García hubo de permanecer en Valladolid al frente de la Audiencia durante los años que duró la guerra civil, intentando desarrollar su labor en la misma sin implicarse en la lucha que se mantenía por el trono, lo que

⁶⁷⁸ La provisión y la solicitud del traslado en AHN, Clero, Libro 6288, fols. 63r-68r.

⁶⁷⁹ Según pudo comprobar Morales Muñiz en su obra ya citada, Valladolid fue alfonsina desde la deposición de Ávila hasta enero de 1466, y enriqueña hasta que el 8 de octubre de 1467 los alfonsinos la recuperaron. MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, op. cit., pp. 162-163 y pp. 231-232. La presencia de del obispo de Lugo en esta villa está documentada en todas aquellas etapas: por ejemplo, estaba allí el 14 de mayo de 1466 (AHN, Clero, carp. 1333B, n. 23), el 14 de marzo de 1467 (AHN, Clero, Libro 6288, fols. 256r-v), el 24 de mayo de 1467 (AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 25), el 14 de junio de 1467 (AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 26), el 7 de septiembre de 1467 (AHN, Clero, Carp. 1333C, n. 1) y el 23 de diciembre de 1467 (AHN, Clero, Libro 6298, fol. 128r). En todos estos documentos, dirigidas a su cabildo, se titula como oidor y consejero real. En octubre de 1465, siendo alfonsina, también residía allí, como indica Alfonso en la carta a Alcaraz ya referida.

⁶⁸⁰ Sobre la postura en el conflicto del obispo de Ciudad Rodrigo, véase ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 277-278.

permitió que tanto los alfonsinos como don Enrique⁶⁸¹ le considerasen como integrante de sus respectivas audiencias. No debió ser el único, pues sabemos que esta fue una postura extendida entre los letrados y juristas de la Audiencia de Valladolid, quienes, tras el paso de dicha villa al bando enriqueño en enero de 1466, sirvieron a Enrique IV, para volver a servir a don Alfonso tras retomar esta villa su partido en octubre de 1467⁶⁸². Como señalamos anteriormente, don García venía dirigiendo dicha institución desde tiempo atrás, y en pleno conflicto ambos bandos hubieron de considerar oportuno dejar que se ocupara de mantener operativa la Audiencia, dada su experiencia al frente de la misma. En esta precaria situación y en las dificultades que se hubieron de derivar de estos continuos enfrentamientos para su funcionamiento, debemos encontrar, sin duda, buena parte de las razones de que la Audiencia llegara en un estado aún más crítico a 1469.

En lo que se refiere al servicio de otros miembros del episcopado castellano en la Audiencia Real durante el desarrollo del conflicto civil, la revisión de las quitaciones de corte conservadas en el AGS permite comprobar que varios prelados continuaron percibiendo las quitaciones y raciones que, de forma previa a la guerra, habían recibido por ostentar el oficio de oidor real. Este es el caso de Luis Vázquez de Acuña y Osorio, obispo de Burgos, quien desde 1457 percibía una quitación de 30.000 maravedíes por el oficio de oidor. Una vez iniciada la guerra, su quitación como oidor pasó a ser librada por el partido al que se había unido en la guerra, el alfonsino: el 25 de febrero de 1466 le eran libradas sus quitaciones de los años 1465 y 1466 desde Portillo, es decir, desde la Corte alfonsina, y la del año 1467 desde Olmedo el 30 de junio de 1467, por parte del mismo partido⁶⁸³. También Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, continuó percibiendo durante la guerra la quitación de 50.000 maravedíes que tenía previamente

⁶⁸¹ Aparte de lo ya señalado, hemos de indicar que un dato que también apunta a esta actitud imparcial del prelado lucense durante la guerra es que don Enrique no tomó represalias contra él tras la contienda, sino que siguió ejerciendo como presidente de su Audiencia en los últimos años de su reinado, como puede observarse en AGS, RGS, leg. 1475-03-29, fol. 325.

⁶⁸² El 18 de diciembre de 1467, en nombre del infante-rey don Alfonso se ordenaba que Fernando Martínez, vecino de Valladolid y carnicero de su corte y chancillería, conservase aquel oficio, que previamente le había confiscado por haberse unido al partido de Enrique IV. En dicho documento se contienen las razones alegadas por este personaje para defenderse de tal acusación, y, entre ellas, indicaba que “sy él, en los tienpos pasados en que contra mi seruicio estouo la dicha villa, él estouo en ella sería porque más non podía faser, estando la dicha villa opresa e porque los oydores e ofiçiales de la dicha mi corte e chançellería estauan en la dicha villa más de premia que de su voluntad, los quales paresçieron asas dapños”. AGS, RGS, leg. 1467-12-18, fol. 393.

⁶⁸³ AGS, QC, leg. 4, fols. 49-51. La presencia de la Corte alfonsina en Portillo en febrero de 1466 y en Olmedo en junio de 1467 se puede comprobar en el itinerario de la misma elaborado por MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, pp. 321-336.

asignada como oidor de la Audiencia Real. En concreto, el 9 de marzo de 1465 Enrique IV ordenó que se le librara desde Segovia, y, significativamente, sus libranzas de los años 1466 y 1467 fueron emitidas desde la Corte alfonsina, en concreto, el 16 de noviembre de 1466 desde Madrigal y el 6 de marzo de 1467 desde Ocaña⁶⁸⁴. Por su parte, el obispo de Salamanca Gonzalo de Vivero, quien desde 1449 poseía una quitación como oidor de la Audiencia de 50.000 maravedís, recibió libramiento de la misma por orden de Enrique IV el 26 de mayo de 1465, desde la ciudad salmantina⁶⁸⁵. Sin embargo, no nos consta que ninguno de estos llegara a ejercer *de facto* como oidores reales en el periodo que nos ocupa. La inmensa mayoría de los obispos restantes se titularían como miembros del Consejo y de la Audiencia Real, pero creemos que estos se trataban de simples títulos honoríficos, en muchos casos, como en los recién referidos, con un sueldo aparejado, pero sin que llegaran a ejercer efectivamente el cargo por el que se otorgaba.

Conviene destacar que, en medio del conflicto se volvió a otorgar poder de nuevo a distintos prelados y magnates para influir en la organización y nombramiento de los miembros de la Audiencia Real, en un intento de reformarla y de evitar el caos en el que había entrado a causa de la contienda y de las duplicidades existentes. En efecto, cuando en septiembre de 1467, tras la caída de Segovia, Enrique IV claudicó ante los rebeldes y les entregó el gobierno de aquella parte del reino que permanecía en su lealtad, la Audiencia Real volvió a ser objeto de atención por parte de los prelados y magnates a los que ahora se les entregaba el gobierno completo de Castilla.

En concreto, el 23 de septiembre de 1467 los arzobispos de Sevilla y Toledo, junto al maestre de Santiago don Juan Pacheco y otros magnates del partido alfonsino, estipularon que, ahora que el “regimiento destos reynos” volvía a ser uno, la chancillería debía ser también “toda una”, es decir, habría una única Audiencia para todo el reino, eliminándose la duplicidad existente desde los hechos de Ávila. En ella deberían ser “puestas tales personas letrados con un perlado que sea para administrar justicia a los que a ella venieren e para reformar los males e injusticias pasadas”. Aunque aquí no se indique expresamente, en otra cláusula de este acuerdo se estipulaba que aquellos arzobispos y el resto de magnates y prelados escogidos para residir en los altos Consejos de Enrique IV y don Alfonso serían quienes nombrarían a partir de entonces a

⁶⁸⁴ AGS, QC, leg. 1, fol. 295.

⁶⁸⁵ AGS, QC, leg. 3, fols. 410-411.

las personas que conformarían “las casas y cortes” de ambos monarcas⁶⁸⁶, por lo que el nombramiento de aquel prelado y oidores para la Audiencia habría de correr a cargo de los arzobispos de Toledo y de Sevilla y del resto de sus compañeros alfonsinos, y no de don Enrique y don Alfonso. Así se volvía a afirmar en la ratificación de este acuerdo del 4 de octubre de 1467⁶⁸⁷.

Desconocemos quién fue el prelado escogido para presidir la Audiencia e incluso si esta cláusula llegó a alcanzar cumplimiento, dada la escasa vida de este gran pacto nobiliario para el gobierno de Castilla, pero el dato nos interesa igualmente porque se previó que los arzobispos de Sevilla y Toledo, junto a otros alfonsinos y como miembros de los altos Consejos de Enrique IV y don Alfonso, serían quienes ordenarían la nueva y unificada Audiencia Real castellana. Debe destacarse que la reforma de la Audiencia fue la única medida de gobierno concreta tomada aquel 23 de septiembre, lo cual es un claro reflejo del caótico estado en el que debía encontrarse en aquellas fechas.

4) La reorganización de la Audiencia Real en las Cortes de Ocaña de 1469

La mayor muestra de la desorganización a la que había llegado la Audiencia durante la guerra civil es que los procuradores del reino que acudieron a las Cortes de Ocaña de 1469 clamasen al rey por su reformación, pues se preveía la ruina inmediata de este tribunal⁶⁸⁸. En efecto, la primera petición presentada en el cuaderno de Cortes al monarca fue que atendiese a la reforma de la Audiencia, para lo cual le proponían que diera poder a dos o tres miembros de su Consejo para que “con otros dos o tres que nosotros deputemos de nuestro ayuntamiento” se ocupasen de la selección de los

⁶⁸⁶ AZCONA, T. de, *Juana de Castilla, op. cit.*, Apéndice documental, doc. 14, pp. 356-362. La cláusula relativa a la Audiencia Real, en concreto, en p. 358.

⁶⁸⁷ En dicho documento los arzobispos de Sevilla y Toledo y otros alfonsinos señalaban que el rey se había comprometido a “non se apartar de nosotros e de los que nos deputaremos nin de tener con vos a nin [sic] otras personas contra nuestro conseio”, por lo que cualquier integrante de la corte debía ser admitido por aquellos. SÁINZ RIPA, E. Y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana, op. cit.*, doc. 78, pp. 285-287.

⁶⁸⁸ TORRES SANZ, D., *La administración central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid, 1982, p. 167.

miembros de la Audiencia y fijasen sus salarios, debiendo el rey aceptar lo que aquellos ordenasen. Enrique IV admitió el estado en que había quedado la Audiencia tras la guerra civil, pero no aceptó la propuesta de los procuradores de forma completa: el monarca encargó a Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y a Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, ambos miembros del Alto Consejo regio surgido tras la guerra civil, que nombrasen a “vn perlado e seys oydores para que esten e rresidan en la dicha mi abdiencia este dicho anno y el anno venidero de setenta annos, de seys en seys meses, tres oydores con el dicho perlado e que esten tres alcaldes”. Sus quitaciones y mantenimientos, que habrían de fijar también aquellos prelados, les serían librados en el pedido y monedas que aquellas Cortes habrían de concederle. “E entre tanto”, terminaba el monarca”, plazerá a Dios que me dará lugar a que yo rreformo la dicha mi corte e chançillería en la manera que ha de estar para adelante”⁶⁸⁹. Pero esto, como se ha señalado⁶⁹⁰, solo ocurriría tras el acceso al trono de los Reyes Católicos, pues, aunque terminada la guerra civil, la crisis por la que atravesaba Castilla y su monarquía estaba lejos de remitir.

El prelado escogido por Fonseca y Mendoza para presidir la Audiencia Real según lo acordado en las Cortes de Ocaña debió ser de nuevo don García Martínez de Bahamonde, obispo de Lugo, pues él mismo así lo indicaba en algunas cartas que emitió en estos años. En concreto, el 15 de agosto de 1472 señalaba en una carta al cabildo catedralicio de Lugo que estaba “en la noble villa de Valladolid, donde al presente resedimos, en la Abdiencia del dicho señor rey”⁶⁹¹. No obstante, algunas crónicas señalan que a la altura de 1470 el prelado presidente de la Chancillería era don Gonzalo de Vivero, obispo de Salamanca⁶⁹².

Fuera cual fuera el obispo seleccionado, aquel recibió una importante misión a la conclusión de las Cortes de Ocaña: en mayo de 1469 Enrique IV ordenó al conde de Benavente, a don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y al duque de Alburquerque don Beltrán de la Cueva⁶⁹³, permanecer como virreyes en Valladolid para encargarse de la gobernación del reino mientras él marchaba con Pacheco, Fonseca y Mendoza a

⁶⁸⁹ Cortes, III, pp. 769-770.

⁶⁹⁰ VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid*, op. cit., pp. 51-52; y GARRIGA, C., *La Audiencia y las Chancillerías castellanas*, op. cit., p. 128.

⁶⁹¹ AHN, Clero, Carp. 1333C, n. 11.

⁶⁹² ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 359-360; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 391.

⁶⁹³ Aunque en las crónicas no se le menciona como tal al duque de Alburquerque, la documentación así lo muestra: AHNOB, Osuna, C. 417, doc. 31.

Andalucía para reintegrarla en su obediencia. Para asistirles, el rey ordenó que el presidente y los oidores de la Chancillería se unieran a ellos en su labor⁶⁹⁴.

⁶⁹⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 319; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 344.

IV – Las Cortes

Un aspecto fundamental a abordar en torno a la colaboración del episcopado castellano en la gobernabilidad del reino durante este conflicto que debemos es el que se refiere a la presencia de distintos arzobispos y obispos en la convocatoria de las Cortes del reino. El estudio de la participación del clero y, en especial, del episcopado castellano en las Cortes celebradas en los reinos de Castilla y León durante todo el periodo bajomedieval ya ha sido llevado a cabo de forma exhaustiva por Ana Arranz Guzmán en diversos trabajos⁶⁹⁵, a los cuales se han ido sumando diversos análisis focalizados en determinados ejes cronológicos⁶⁹⁶ o sectores del clero⁶⁹⁷. Nuestro objetivo en este apartado no es hacer una reconstrucción de las Cortes, su significado e importancia durante esta crítica coyuntura⁶⁹⁸, sino exponer y analizar la colaboración institucional de distintos prelados en las Cortes celebradas o planeadas durante este periodo, los móviles de dicha intervención y su relevancia y repercusión en un contexto conflictivo como el que nos ocupa, con el fin de adquirir una visión lo más completa posible sobre la participación del episcopado en la gobernación del reino castellano-leonés durante este conflicto.

1) Tentativas de Cortes en los inicios de la revuelta nobiliaria

Fracasadas las negociaciones del verano de 1464 y tras el intento de los rebeldes de prender al rey en San Pedro de las Dueñas, Enrique IV decidió ordenar el 21 de septiembre de 1464 a las ciudades del reino que le enviasen procuradores a la Corte con

⁶⁹⁵ ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, *op. cit.*; y “Reconstrucción y verificación de las Cortes...”, *op. cit.*, pp. 33-132.

⁶⁹⁶ Véanse, por ejemplo, ARRANZ GUZMÁN, A., “La presencia de prelados en cargos políticos...”, *op. cit.*, pp. 11-40; VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, *op. cit.*, pp. 147-151; SÁNCHEZ HERRERO, J., “Los obispos castellanos y su participación en el gobierno...”, *op. cit.*; y NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis op. cit.*, pp. 150-154.

⁶⁹⁷ El caso concreto de la intervención de los obispos bajomedievales de Cuenca fue abordado por DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, sociedad y poder en Castilla*, *op. cit.*, p. 362 y ss. y p. 417 y ss.

⁶⁹⁸ Es esencial y nos servirá de guía la investigación de OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*. Aparte, deben destacarse otros estudios fundamentales como los de DIOS, S. de, “La evolución de las Cortes de Castilla...”, *op. cit.*, pp. 137-169.

el objetivo de acordar con ellos las medidas a tomar contra sus rebeldes⁶⁹⁹. La intención del rey no era en esta ocasión solicitar el otorgamiento de un servicio, sino organizar a las hermandades del reino como medio de reforzar aquel poder real que se comenzaba a ver comprometido por la acción de sus opositores⁷⁰⁰. En esta organización de la Hermandad jugó un papel esencial el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos: aquel mismo 21 de septiembre el monarca se dirigió a los concejos de Cuenca, Huete, Uclés, Requena, Moya y Huélamo para ordenarles que se uniesen en Hermandad bajo la supervisión y dirección del prelado conquense, ante quien debían enviar procuradores para organizar “la dicha Hermandad segund que lo él ordenare”⁷⁰¹. De esta forma, el monarca y sus colaboradores, prelados incluidos, comenzaban a organizar su resistencia contra los rebeldes solicitando la colaboración de las villas y ciudades del reino.

Como réplica a estas primeras acciones, en Burgos los rebeldes se estaban preparando para celebrar una junta con la cual trataron de ofrecer, en palabras de Olivera Serrano, “una réplica a la reunión de Cortes organizada por el soberano”⁷⁰². En efecto, aquellos nobles y prelados rebeldes, entre los que destacó especialmente el obispo de Coria Íñigo Manrique de Lara, procuraron obtener el apoyo del concejo y cabildo catedralicio burgalés y su concurrencia a dicha junta⁷⁰³ para mostrar que sus reclamaciones contra el monarca contaban con el respaldo de representantes de todos los estamentos del reino, tal y como declararon en el Manifiesto de Burgos redactado el 28 de septiembre de 1464⁷⁰⁴.

En dicho Manifiesto los rebeldes, y entre ellos los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago y los obispos de Burgos, Osma y Coria, presentaron sus quejas al rey en nombre de los tres estados y le solicitaron que convocara unas Cortes generales en la ciudad de Burgos o en otro lugar seguro para todas las partes en las cuales ellos, los procuradores de las ciudades y el rey habrían de tratar sobre los agravios que en este

⁶⁹⁹ Reseñado en OLIVERA SERRANO, C., “Inventario de la documentación medieval...”, *op. cit.*, doc. 197, p. 390.

⁷⁰⁰ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*, p. 102; y ARRANZ GUZMÁN, A., “Reconstrucción y verificación de las Cortes...”, *op. cit.*, p. 123.

⁷⁰¹ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, *op. cit.*, doc. CV, pp. 341-342.

⁷⁰² OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*, p. 102.

⁷⁰³ En otro apartado referimos estas negociaciones entabladas por los rebeldes con aquellas dos instituciones, en las cuales colaboró el obispo de Coria.

⁷⁰⁴ “Los Perlados, Ricos-omes, caballeros de los regnos de Castilla é de Leon en vos é en nombre de los tres estados de vuestros regnos é señoríos...”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. XCVII, p. 327.

manifiesto recogieron para darles solución. Es importante destacar que exigieron que los procuradores de las ciudades habrían de ser escogidos por sus concejos con toda libertad⁷⁰⁵, tratando de evitar de esta forma que un intervencionismo regio cada vez más arraigado en el nombramiento de los procuradores hiciera que estos acabaran respaldando al rey en contra de sus objetivos⁷⁰⁶. Como explica Olivera Serrano, los grandes no pretendían conceder una mayor participación política a las ciudades, sino utilizar el marco de las Cortes para legitimar y llevar a cabo las reformas que ellos mismos estaban exigiendo. Para captar su favor incluyeron entre sus reclamaciones algunas de las tradicionales quejas presentadas a la monarquía por las ciudades y el clero⁷⁰⁷ aunque, como demostraron más adelante, solucionar aquellos problemas no era el fin último de su rebelión.

Aparte de este Manifiesto en el cual exigían al rey la convocatoria de unas Cortes, los nobles y prelados rebeldes también redactaron en este contexto una carta circular pensada para ser enviada a las ciudades del reino solicitando dos cuestiones de gran importancia en relación con la celebración de las mismas Cortes: primero, que mandasen procuradores a la ciudad de Burgos para que se unieran a sus reclamaciones contra el rey y jurasen al infante don Alfonso como príncipe heredero, con lo cual podemos observar que un objetivo de los rebeldes en aquellos momentos era convocar por su cuenta y de forma irregular unas Cortes que sirvieran para dar una apariencia de legitimidad a sus propias pretensiones políticas; y en segundo lugar, exigir a las ciudades que no respondieran a la petición de Enrique IV de que enviaran sus procuradores a su Corte mientras que el rey y los infantes estuvieran sometidos al conde de Ledesma Beltrán de la Cueva y mientras todo lo por ellos exigido a Enrique IV no hubiera sido concedido. Dicho de otra forma, lo que estaban solicitando a las ciudades era que no acudieran a la convocatoria publicada por el rey el 21 de septiembre. Con ello nos encontramos a un número relevante de miembros del episcopado castellano⁷⁰⁸

⁷⁰⁵ “...é mande llamar los Procuradores de las cibdades é villas de vuestros regnos que sean por ellos elegidos en libertad segund quieren las leyes é loable costumbre de estos regnos, é los Perlados é Ricos-omes, é quiera tener Cortes generales con todos ellos, é darles á ellos é á nosotros abdiencia segura, para que oidas estas é otras cosas que seran dichas...”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCVII, p. 332.

⁷⁰⁶ Sobre esta cuestión véase DIOS, S. de, “La evolución de las Cortes de Castilla...”, *op. cit.*, p. 144.

⁷⁰⁷ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León, op. cit.*, p. 104.

⁷⁰⁸ El documento está firmado por el marqués de Villena, el almirante de Castilla y los condes de Plasencia, Benavente, Alba de Liste y Paredes, pero todo ello lo solicitaban en nombre de otros muchos nobles y prelados, entre los cuales se menciona expresamente a los tres arzobispos de Castilla y a los obispos de Osma y Burgos. Debemos incluir también al obispo de Coria, pues nos consta su participación en esta Junta de Burgos. AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15. Dada en Burgos en el año de 1464, sin mes ni

oponiéndose a la convocatoria real de procuradores y tratando de emplear las Cortes para favorecer sus propios objetivos políticos en el contexto conflictivo. Desconocemos si finalmente esta circular fue enviada a las ciudades del reino, pero sí sabemos que aquellos nobles y prelados concedieron en ese contexto un poder a Pedro Girón, maestre de Calatrava, hermano del marqués de Villena y uno de los principales integrantes de la rebelión, para aceptar y jurar cumplir en su nombre las peticiones presentadas por cualquier noble, prelado, institución, ciudad o villa del reino a cambio de que se unieran a sus reclamaciones contra el rey, poder este que a su vez el maestre de Calatrava delegó en Fadrique Manrique el 29 de septiembre de 1464⁷⁰⁹.

Para mediados de octubre de 1464 Enrique IV ya había decidido, contra el acuerdo de sus partidarios, entrar en negociaciones con sus rebeldes. La cuestión esencial a negociar consistía en el reconocimiento como príncipe heredero de don Alfonso, para lo cual acabaría siendo necesario convocar a las Cortes⁷¹⁰. En estas negociaciones participaron varios miembros del episcopado por parte de ambos bandos, por lo que todos los que intervinieron hubieron de admitir, cuando no exigir, la decisión final de convocar a los procuradores de las ciudades para jurar a don Alfonso como rey.

Así, en la primera fase de estas negociaciones, el acuerdo firmado en Valladolid el 25 de octubre de 1464 por Enrique IV con el marqués de Villena, por un lado, y entre este y los miembros del Consejo Real, entre los cuales se encontraba el obispo de Calahorra don Pedro González de Mendoza, por el otro, ya se acordó convocar Cortes para que en ellas fuera jurado don Alfonso como príncipe heredero⁷¹¹; en unas segundas vistas, que tuvieron lugar el 11 de noviembre de 1464, se sumaron a la negociación y ratificaron el compromiso del día 25 de octubre el arzobispo de Sevilla, el almirante de Castilla y los obispos de Coria y Osma⁷¹²; y el día 30 de noviembre de 1464, en unas terceras vistas, el arzobispo de Toledo y el arzobispo de Sevilla, junto al rey y otros muchos nobles, establecieron de nuevo la necesidad de convocar a los procuradores

día, pero, obviamente, perteneciente al contexto de la Sentencia. La ciudad a la que se destinaba se encuentra en blanco. Editado en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCVIII, pp. 334-335; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 616-618.

⁷⁰⁹ Este documento fue publicado por CALDERÓN ORTEGA, J. M., “Pugnas nobiliarias para el control de las dignidades...”, op. cit., Apéndice 1, pp. 121-122.

⁷¹⁰ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 104.

⁷¹¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CI, pp. 337-340.

⁷¹² Aporta el dato de estas segundas vistas SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón de Valladolid*, op. cit., p. 62. Sobre lo en ellas tratado, MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 43 considera que, debido a que un día más tarde el infante don Alfonso fue entregado al marqués, en aquellas vistas se debieron ratificar los acuerdos del 25 de octubre.

para jurar a don Alfonso como heredero⁷¹³. Aunque no se indique en este último acuerdo, parece seguro que los obispos de Osma, Coria y Calahorra, presentes entre Cabezón y Cigales para jurar a don Alfonso como príncipe heredero⁷¹⁴, también tomaron parte en esta ocasión en la ratificación de la decisión de convocar las Cortes. Ese día fueron emitidas las cédulas reales por las que Enrique IV solicitaba a los magnates del reino y a las ciudades y villas que enviasen sus procuradores a Ayllón durante el mes de diciembre para la jura solemne de don Alfonso⁷¹⁵, siendo así, por tanto, la segunda convocatoria a Cortes de aquel año. Aparte de participar en la decisión de convocar las Cortes, no se conserva ningún otro dato sobre la intervención de los miembros del episcopado en la recepción o acuerdos con los procuradores convocados⁷¹⁶.

2) El episcopado en las Cortes de Salamanca de 1465

Tras la publicación y rechazo de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, Enrique IV convocó unas Cortes en Salamanca, a celebrar en mayo de 1465, con el objetivo principal de solicitar el otorgamiento de un servicio con el que sufragar el mantenimiento de su partido durante la guerra que estaba a punto de estallar en sus reinos⁷¹⁷. Don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, circunstancialmente aliado con el rey junto a los integrantes de su facción originaria, los Manrique⁷¹⁸, el almirante de

⁷¹³ AHNOB, Frías, C. 15, doc. 3; y AGS, PTR, leg. 11, doc. 69. El ejemplar de Simancas fue editado en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CII, pp. 340-345.

⁷¹⁴ AHNOB, Frías, C. 15, docs. 4 y 5.

⁷¹⁵ Se conservan múltiples testimonios de estos escritos: Por ejemplo, en AMMU, leg. 4271, n. 155; AVM, Secretaría, 2-311-22; AVM, Libro de Cédulas y Provisiones, A, fol. 5r-6r; y múltiples traslados insertos en AHNOB, Frías, C. 15, docs. 7-70. Estos últimos documentos, que son los juramentos y poderes para realizar el juramento de don Alfonso como príncipe heredero de varios magnates, villas y ciudades del reino, han sido analizados por MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 52-58.

⁷¹⁶ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., pp. 104-105.

⁷¹⁷ Véanse las razones por las que se justificaba el otorgamiento del servicio solicitado en aquellas Cortes: OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., doc. 48, pp. 294-297, en concreto, pp. 295-296.

⁷¹⁸ Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes y hermano del obispo de Coria, es uno de los testigos presentes en Salamanca el 21 de mayo de 1465 cuando los procuradores del reino acudieron ante el rey para confirmarle que le otorgarían el servicio solicitado. OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., doc. 48, p. 297.

Castilla⁷¹⁹ y el obispo de Osma Pedro García de Huete o de Montoya, acudió a estas Cortes y fue quien sugirió al rey la conveniencia de celebrarlas en la ciudad de Salamanca⁷²⁰.

La intervención de otros prelados en estas Cortes nos queda confirmado por el cuaderno de las mismas, cuando Enrique IV especificaba que las peticiones presentadas por los procuradores de las ciudades fueron vistas “en el mi Consejo e con acuerdo de los perlados e duques e condes e rricos omes caualleros e doctores del mi Consejo que agora comigo estan”⁷²¹. ¿Quiénes eran aquellos prelados y qué funciones concretas les fueron asignadas? Los dos obispos que desarrollaron una labor más intensa en las Cortes de Salamanca en lo que se refiere a la recepción y negociación de los procuradores de las ciudades fueron, sin duda alguna, Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, principal consejero de Enrique IV y acérrimo defensor del rey desde el inicio de las hostilidades, y Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma y uno de los opositores al monarca⁷²² que ahora, dada su pertenencia a las clientelas del arzobispo de Toledo⁷²³, se había reincorporado junto a este a la Corte a causa de aquella breve alianza de la facción liderada por Carrillo y el almirante con el rey tras la publicación de la Sentencia de Medina.

La ocupación principal de ambos prelados en estas Cortes, aparte de atender, como señalaba el rey, a aquellas cuestiones presentadas en común por los procuradores y que se incluyeron en el cuaderno de las Cortes del 20 de mayo⁷²⁴, fue la de negociar con los procuradores del reino, junto a otros miembros del Consejo Real, el otorgamiento de los 87.000.000 de maravedíes que el monarca solicitó con la intención

⁷¹⁹ NRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 227-228.

⁷²⁰ NRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 231-232; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 233. Véase también ARRANZ GUZMÁN, A., “Reconstrucción y verificación de las Cortes...”, op. cit., p. 123.

⁷²¹ *Cortes*, III, p. 749.

⁷²² Ya en mayo de 1464 fue convocado por el arzobispo de Toledo a la Junta de Alcalá de Henares y respaldó el manifiesto en ella redactado contra el rey *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 141-142; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 207-208; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 286.

⁷²³ El inicio y avance de su carrera eclesiástico-cortesana estuvo marcada por su servicio y vinculación al arzobispo Carrillo. Así lo describen los cronistas PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., vol. I, pp. 288-290; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 279-281. Entre las numerosas referencias documentales que podrían señalarse, podemos indicar que a 12 de septiembre de 1448 se le encuentra arcediano de Sigüenza, canónigo de Toledo y mayordomo del arzobispo en ACT, X.8.B.1.3.

⁷²⁴ *Cortes*, III, pp. 749-765.

de sufragar los costes de la inminente guerra⁷²⁵: cuando el 21 de mayo de 1465 distintos procuradores acudieron ante el rey para comunicarle que habían accedido a otorgarle el servicio solicitado, se especificaba que el rey había delegado en aquellos obispos y en Diego Arias Dávila, contador mayor, y los doctores Pedro González de Ávila y García López de Madrid, que “fablasen con nosotros las cosas que cunplia a vuestro servicio e paçificación e sosiego de vuestros Reynos e execuçion de vuestra justiçia e declarasen las grandes necesidades en que al presente Vuestra Sennoria estava” y por las cuales solicitaba aquel servicio, misión en la que triunfaron⁷²⁶.

Pero la actividad de estos prelados en las Cortes de Salamanca, no acabó, ni mucho menos, con esta fundamental negociación. Los obispos de Calahorra y Osma, como miembros del Consejo Real y junto a otros integrantes de este órgano, se ocuparon también de recibir en nombre y por delegación del rey las quejas y peticiones concretas presentadas por los procuradores de cada una de las ciudades y por otros personajes que acudieron en aquellos días a Salamanca. Ellos se encargaron de determinar las respuestas de la Corona a aquellas peticiones y quejas y, en su caso, de despachar las órdenes pertinentes. La relevancia de esta labor, que sin duda hubieron de desarrollar otros prelados en otras Cortes convocadas por los reyes castellanos bajomedievales, se ve incrementada en el contexto conflictivo en el que nos situamos dado que de su trato a los procuradores y las respuestas dadas a los mismos dependía en gran medida el lograr que toda una serie de villas, ciudades e individuos permanecieran o no junto al rey ante el inminente estallido de la guerra. Asimismo, no cabe duda de que el despacho de estas cuestiones particulares propició el otorgamiento del servicio solicitado por el rey.

Conservamos numerosos testimonios de las cuestiones particulares presentadas ante ambos prelados y otros de los miembros del Consejo del rey presentes en Salamanca para la celebración de las Cortes y despachadas por ellos. Vamos a enumerar tan solo algunas de las que hemos podido localizar, con el fin de que se pueda apreciar mejor la ardua labor desarrollada por estos obispos durante estas Cortes en representación del monarca.

⁷²⁵ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 109; y ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, op. cit., p. 152.

⁷²⁶ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., doc. 48, pp. 294-297, en concreto, p. 295.

El testimonio por nosotros localizado más destacado es el referente a las respuestas a las peticiones presentadas a las Cortes de Salamanca por los procuradores de la ciudad de Córdoba, un documento de un valor excepcional, dado que se han conservado la relación de reclamaciones particulares presentadas por la urbe, la contestación a ellas dadas por los Consejeros del rey encargados de atender a los procuradores y, lo más importante para nosotros, la identidad exacta de quiénes fueron los designados por Enrique IV para atender a los procuradores cordobeses. Así, en este documento, con fecha del 20 de mayo de 1465, el monarca comenzaba señalando que dichos procuradores presentaron ante él “çiertos capítulos a los quales yo, con acuerdo de los del mi Consejo, mandé responder e proueer”, y entre los consejeros que refrendan dicho documento, se encuentra el obispo Mendoza⁷²⁷. La presencia del obispo en este caso resulta especialmente significativa por cuanto entre las peticiones de Córdoba se incluían dos referentes a conflictos entre la jurisdicción laica y la eclesiástica en la ciudad, resolviéndose ambas, a pesar de ser Mendoza uno de los otorgantes, en favor de la primera⁷²⁸. Como señalábamos, cabría pensar que la cesión ante la urbe en esta y en otras peticiones tuviera su razón de ser en un intento de mantener a la urbe en la fidelidad al rey.

Aparte de este excepcional caso, se conservan en diversos archivos múltiples provisiones emitidas en el marco de las Cortes en favor de diversas ciudades y villas como respuesta a sus peticiones presentadas durante ellas al rey y a los miembros de su Consejo que le asistieron en su desarrollo. El refrendo de las mismas por los obispos de Osma y de Calahorra, nos indican su participación en las deliberaciones previas a su expedición. Por ejemplo, el 20 de mayo, desde Salamanca, como todas las demás,

⁷²⁷ Los otros consejeros eran Alfonso de Velasco, Diego Arias Dávila, el doctor García y Alonso González o Gómez.

⁷²⁸ En primer lugar, el concejo de Córdoba se había quejado de que, en contra de la tradición, “agora” el vicario del obispo no les permitía designar a un jurado, ciudadano u otra persona fiable para que asistiera a su audiencia en la ciudad y vigilara la forma en la que se llevaban en ella los diversos derechos que debían abonar los habitantes de la urbe que litigaban ante la justicia episcopal, con el fin expreso de evitar que “se leuasen más de lo justo e derecho”, es decir, que se cobraran derechos excesivos, “por lo que tocava al bien de la república”. El Consejo ordenó enviar una carta al obispo de Córdoba y a sus vicarios por la que les mandaba que respetaran la tradición. Los procuradores de Córdoba en las Cortes denunciaron que el obispo, sus vicarios y jueces contravenían con asiduidad las cartas dadas por el rey en protección de la justicia real, habiendo llegado a excomulgar a su corregidor y a las otras justicias seglares de la ciudad por tratar de defenderla. Por esta razón solicitaron al rey que mandara de nuevo a aquellos que respetaran su jurisdicción y, más aún, que les concediera poder para expulsar al prelado y a sus colaboradores de la ciudad y hacer “que les non recudan con las prerrogatias e preheminençias que han desa dicha çibdad nin cosa alguna de sus rentas” cada vez que actuaran contra la jurisdicción real. Los miembros del Consejo ordenaron que se guardaran sus anteriores mandatos en defensa de la jurisdicción real y a prometer que, cuando aquellas fueran contravenidas, convocaría al obispo, a sus vicarios y jueces a su Corte para ver la cuestión. AMC, Archivo Histórico, C. 17, n. 7.

ambos prelados refrendaban una cédula regia por la cual, a petición de los procuradores de la urbe toledana, se concedió permiso a su concejo para recuperar ciertas villas y lugares usurpados por Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, y sus descendientes, en perjuicio del concejo y cabildo catedralicio toledano y de diversos monasterios y clérigos de la ciudad⁷²⁹. Ese mismo día ambos refrendaron otra cédula real por la cual Enrique IV, a petición de los procuradores del reino, ordenaba que se guardase a los vecinos de Ágreda una merced que hacía dos años les había concedido y que ciertos oficiales regios no respetaban⁷³⁰. De forma particular, el obispo de Calahorra figura entre los miembros del Consejo Real que refrendaron diversas cédulas por las que Enrique IV, a petición de los procuradores enviados a las Cortes por la ciudad de Murcia, prometía al concejo murciano cumplir ciertas condiciones para el nombramiento de corregidores y asistentes en aquella ciudad⁷³¹, estipulaba el modo y casos en los que en los que las apelaciones de los pleitos mantenidos en esa urbe serían vistos en la Chancillería o Audiencia Real⁷³², ordenaba que los habitantes de abadengo de su región que pecharan por los bienes que poseían en los lugares de realengo⁷³³, y juraba guardar los privilegios que la ciudad poseía en la elección en los regimientos vacantes⁷³⁴. El obispo de Osma, por su parte, figura entre los miembros del Consejo Real que refrendaron dos cédulas de Enrique IV por las que, a petición de los procuradores de Murcia, se ordenaba guardar las leyes existentes en torno los regimientos y oficios acrecentados⁷³⁵ y se ponían restricciones a la salida de ganado hacia los reinos comarcanos⁷³⁶.

Por último, en un albalá del infante-rey don Alfonso, expedido el 27 de septiembre de 1465, se informa de que Enrique IV, poco antes de su deposición en Ávila, mandó ver a los miembros de su Consejo, y entre ellos el obispo de Osma, una queja presentada por parte de algunos arrendadores mayores del reino sobre “las tasas e baxa de moneda quel dicho don Enrrique mandó faser”. Se indica que la sentencia sobre esta cuestión la pronunciaron en la ciudad de Salamanca⁷³⁷, por lo que esta debió ser

⁷²⁹ RAH, leg. 9/6483, fol. 239r-248r; y AMT, Fondo Histórico, Caja 2530.

⁷³⁰ PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda...”, *op. cit.*, pp. 383-384.

⁷³¹ AMMU, Cartulario Real, 798bis, fol. 187v.

⁷³² AMMU, Cartulario Real, 798bis, fol. 188r.

⁷³³ AMMU, Cartulario Real, 798bis, fols. 188v-189r.

⁷³⁴ AMMU, Cartulario Real, 798bis, fols. 189r-v.

⁷³⁵ AMMU, Cartulario Real, 798bis, fols. 188r-v.

⁷³⁶ AMMU, Cartulario Real, 798bis, fol. 188v.

⁷³⁷ AGS, CCA, Diversos, leg. 5, fol. 47.

otra de las cruciales cuestiones vistas por los miembros del Consejo en el contexto de las Cortes allí celebradas.

Por otro lado, en aquellas Cortes también se trató de reorganizar el partido regio ante el inminente estallido de la guerra. Como ya analizó Olivera Serrano, el rey empleó el marco de las Cortes de Salamanca tanto para traer de regreso a su lado a Beltrán de la Cueva y a sus partidarios frente a lo dispuesto por los jueces compromisarios elegidos para redactar la Sentencia de Medina del Campo, como para dar legitimidad a la concesión de todas aquellas mercedes que el rey le había prometido a aquel con el fin de compensar su renuncia al maestrazgo de Santiago, pues, en palabras de este autor, “la recomposición del partido monárquico pasaba por la rehabilitación del conde de Ledesma”⁷³⁸.

Dicha cuestión nos interesa porque el 20 de mayo de 1465, en la súplica presentada por distintos procuradores del reino para que se confirmase la revocación de la orden de expulsión de don Beltrán de la Corte, se indicaba que aquella revocación la había dictado el rey con acuerdo del arzobispo de Toledo, del almirante don Fadrique “e de otros prelados e condes e cavalleros” y distintos miembros de su Consejo⁷³⁹. En la cédula de Enrique IV por la que accedía a aquella petición, señalaba que para ello había seguido las súplicas y consejos de muchos prelados y caballeros, de los procuradores de las ciudades y de los miembros de su Consejo, entre los cuales figuran refrendando el arzobispo de Sevilla y los obispos de Osma y Calahorra⁷⁴⁰, por lo que estos tres prelados, junto al arzobispo de Toledo, colaboraron también con el rey en el despacho de esta relevante cuestión tratada en el marco de las Cortes de Salamanca.

Antes de concluir con el análisis y descripción de la intervención de distintos miembros del episcopado castellano en las Cortes de Salamanca, cabe señalar que es posible advertir que otro prelado, don Lope de Rivas, obispo de Cartagena, colaboró, al menos, en la organización y planteamiento de las mismas.

⁷³⁸ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., pp. 108-109.

⁷³⁹ *Ibidem*, doc. 51, pp. 303-305.

⁷⁴⁰ Este documento, de 1465, sin mes ni día pero posterior a aquella súplica de los procuradores del día 20 de mayo a la que responde, fue transcrito por RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, op. cit., pp. 54-58.

Se conserva un documento, datado en 1465 y transcrito por García Oro y López Carreira⁷⁴¹, en el cual se informa de que Enrique IV y la reina Juana habían designado al obispo de Cartagena y al contador mayor Diego Arias Dávila, ambos de su Consejo, para llevar a cabo una importante misión: debían interrogar a unos procuradores anónimos de la ciudad y obispado de Orense sobre el estado del reino de Galicia y las reformas que creían que debían ser llevadas a cabo para mejorar la situación del mismo. Aunque solo se haya conservado este, parece seguro que dicho interrogatorio fue realizado también a los de otras muchas ciudades y villas gallegas dado el carácter general de muchas de las cuestiones. Lo que sí ha llegado a nosotros son las respuestas de esos procuradores a las preguntas planteadas, que no se incluyen y son difíciles de determinar en muchos casos, y las medidas que aquellos creían que debían ser tomadas para remediar los males de aquel reino. Entre ellas, aquellos procuradores de Orense plantearon al rey la necesidad de organizar hermandades en Galicia y de que se convocaran a partir de entonces a las celebraciones de las Cortes a procuradores del reino de Galicia. Llegaron a indicar al obispo y al contador mayor del rey que si, como desde hacía bastante tiempo, se continuaba sin convocar a representantes de aquel reino a las Cortes, no se sentirían obligados a pagar los servicios que en ellas fueran concedidos. Y es que, precisamente, Olivera Serrano pudo comprobar que “la mayor sorpresa” contenida en el otorgamiento de las Cortes de Salamanca de 1465 es la presencia en las mismas de Juan Blanco, procurador de la villa de Betanzos, del reino de Galicia. Este autor explica que el mencionado Juan Blanco había acudido a la Corte para solicitar al rey su aprobación para la formación de la hermandad general de Galicia y que Enrique IV, a su vez, le concedió poder para otorgar pedidos y monedas, es decir, para actuar como procurador del reino de Galicia, con el fin de propiciar la recaudación del servicio de Cortes que se solicitaba para financiar el inminente conflicto en el reino⁷⁴².

Como puede observarse, el documento mencionado cuadra a la perfección con la novedad señalada por Olivera Serrano en las Cortes de Salamanca y con el objetivo perseguido por Juan Blanco en la corte, por lo que parece bastante seguro que el

⁷⁴¹ Documento transcrito en GARCÍA ORO, J., *Galicia en la Baja Edad Media*, op. cit., doc. IV, pp. 291-296; y LÓPEZ CARREIRA, A., *Os Irmandiños*, op. cit., Apéndice documental, doc. 2, pp. 77-81. Documento sin fecha. Ambos autores lo datan en 1465. Refuerza dicha hipótesis el hecho de que en el mismo se hable “de las dichas necesidades e menesteres de Vuestra Alteza”, lo que nos situaría en el crítico momento de la guerra civil. No puede ser, en cualquier caso, posterior a aquella fecha, pues es conocido que el contador mayor Diego Arias falleció a comienzos de 1466.

⁷⁴² OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 110.

resultado de la misión encomendada al obispo Rivas y a Diego Arias Dávila fue lo que la provocó. En consecuencia, nos encontraríamos ante una intervención del obispo de Cartagena que tuvo como resultado último una modificación en el planteamiento de aquellas Cortes, en las que tanto se jugaba Enrique IV, con el fin de que tuvieran el mejor resultado posible para el monarca. No sirvió finalmente de nada, pues el destronamiento de Ávila provocó que aquellos servicios no se pudieran recaudar finalmente⁷⁴³.

3) Los intentos de convocatoria de Cortes durante la guerra civil por parte del bando enriqueño

No conservamos noticias de nuevas convocatorias de Cortes hasta finales de 1465. El 6 de diciembre de 1465, desde Segovia⁷⁴⁴, Enrique IV se dirigió, al menos, a algunas de las ciudades y villas con representación en Cortes para ordenarles que para el día de Reyes de 1466 le enviaran sus procuradores, que debían ser los mismos que acudieron a Salamanca, para celebrar un ayuntamiento en el que se trataría sobre la crisis por la que atravesaba el reino, y, sobre todo, sobre la recaudación del servicio otorgado en Salamanca, que no se había podido ejecutar⁷⁴⁵. En esta convocatoria no nos consta la colaboración o intervención de ningún obispo, pero sí en la siguiente, la cual ha pasado desapercibida hasta la fecha: el 17 de octubre de 1466, desde Segovia, Enrique IV se dirigió, al menos, al concejo de la villa de Madrid para solicitar que enviaran procuradores a su Corte, documento que aparece refrendado, y, por tanto, había sido respaldado y acordado, por algunos de los principales miembros de su Consejo en aquellos momentos, entre ellos el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza.

En la convocatoria el monarca explicaba que dicha villa había obedecido a su anterior petición, la del 6 de diciembre de 1465, y había enviado por sus procuradores a

⁷⁴³ *Ibidem*, p. 115.

⁷⁴⁴ Aparte de a Cuenca señalada por Olivera Serrano, ese 6 de diciembre de 1465 Enrique IV también se dirigió a la villa de Madrid con el mismo objetivo. La convocatoria para esta villa se conserva en AVM, Secretaría, 2-393-19.

⁷⁴⁵ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., pp. 116-118.

Fernando Contador y a Pedro Núñez de Toledo, a Segovia. Pero por la crisis del reino aquella convocatoria fracasó y algunos de los procuradores se habían marchado de su Corte. Pero ahora, “para ver e platicar e entender el asiento así en la pasificación destos dichos mis rreynos como en otras cosas conplideras al serviçio de Dios e mío e bien e pro común de ellos”, el rey había decidido llamar a algunos “de los grandes de los dichos mis reynos y a los dichos procuradores de las dichas çibdades y villas dellos, porque venidos, con acuerdo e consejo de todos ellos, se vean y platiquen y entienda en ello”. Por ello ordenaba a la villa de Madrid que le enviasen prioritariamente a esos dos procuradores o a otros “que sean buenas personas” en el caso de que aquellos no pudieran, a donde fuera que se encontrara el 30 de octubre siguiente⁷⁴⁶.

Por lo que se indica, el objetivo de este nuevo ayuntamiento, al cual también acudirían determinados “grandes”, era llegar a algún acuerdo para la “pasificación” del reino, lo que cuadra con las negociaciones que en aquellos mismos momentos se estaban llevando a cabo entre los bandos y para las cuales, como explicamos en el apartado correspondiente, se concedieron determinados poderes al arzobispo de Sevilla. Más allá del éxito de este ayuntamiento, lo que nos interesa es el hecho de que Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, colaborara con el rey en la organización de una convocatoria que tenía como fin implicar a las ciudades y villas del reino en las negociaciones entre los bandos. En este mismo contexto de convocatoria de Cortes debe situarse otra cédula de Enrique IV a 20 de diciembre de 1466, también refrendada por el obispo de Calahorra como uno de los miembros de su Consejo, por la que ordenaba a los justicias reales que no atentaran contra los procuradores que desde la Provincia de Guipúzcoa fueran enviados a él o a las Juntas de la Hermandad⁷⁴⁷. Esta reunión, no obstante, fracasaría, tal y como se indica de forma expresa en la convocatoria enviada a finales de 1468 para las Cortes de Ocaña, celebradas en 1469⁷⁴⁸.

4) Los intentos de convocatorias de Cortes por parte del bando alfonsino

⁷⁴⁶ Esta convocatoria del 17 de octubre de 1466 se conserva en: AVM, Libro de Cédulas y Provisiones, A, fols. 7v-8v.

⁷⁴⁷ AGG, Sección 1.^a, Negociado 11, leg. 16.

⁷⁴⁸ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 117. Las Cortes de Ocaña han sido analizadas con todo detalle por este mismo autor, pp. 119-152.

Antes de concluir con el desarrollo de la participación de los miembros del episcopado en las Cortes, debemos detenernos en los intentos del bando alfonsino de convocar Cortes en nombre del infante-rey durante la guerra civil. Ya fue señalado que en el contexto de la Junta de Burgos de septiembre de 1464 los nobles y prelados rebeldes trataron de evitar que los procuradores de las ciudades acudieran a la convocatoria realizada por Enrique IV y de que, por el contrario, se juntaran con ellos para reforzar su partido. No debe extrañar, en consecuencia, que tras el alzamiento de don Alfonso como rey intentasen también recurrir a las Cortes como medio de legitimar los actos por ellos realizados. Son muy escasas las noticias que sobre la convocatoria alfonsina de Cortes han llegado a nosotros, y no es posible determinar con absoluta seguridad, como ya señaló Morales Muñiz⁷⁴⁹, si llegó realmente a producirse una reunión de procuradores de las ciudades que permanecían leales a don Alfonso. Pero, aún así, nos parece lo suficientemente relevante el hecho de que se tratara de emplear este recurso por parte de aquel bando y que los prelados que se encontraban junto a don Alfonso participaran en la gestación de esta convocatoria y se ocuparan de atender a los procuradores que fueron enviados a la Corte del joven rey.

El primer testimonio de esta convocatoria a Cortes por parte del infante-rey data del 8 de abril de 1466, cuando desde Arévalo don Alfonso ordenó a la ciudad de Murcia que le mandase procuradores para las mismas. El documento no deja dudas de que lo que se pretendía era convocar unas Cortes generales y con respecto a que dicha convocatoria había sido planeada por los prelados y caballeros que controlaban su Corte. Así, en dicho documento se señala que:

“Por algunas cosas a mi seruicio conplideras e al pro e bien de mis regnos e sennoríos e de la Corona Real dellos, *con acuerdo de los perlados e caualleros e ricos omnes de mis regnos, yo he mandado llamar procuradores de todas las çibdades e villas e lugares de los dichos mis regnos e sennoríos de donde se suelen e acostunbran llamar*. Por ende, yo vos mando que sy plaser e seruicio me deseáys faser, helijades e nonbreds luego dos procuradores desa çibdad segund lo auedes de vso e de costunbre”.

Aquellos procuradores de Murcia se habrían de “juntar con los otros procuradores de mis regnos para entender en todas las cosas que ouieren de faser e

⁷⁴⁹ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, pp. 194-195.

entender e para me jurar e faser las otras solemnidades”⁷⁵⁰. De una forma más clara se exponen los motivos de la convocatoria en un pleito mantenido entre Juan Torres, uno de los procuradores enviados por Murcia, y el concejo murciano sobre el pago de su salario unos meses más tarde, el 27 de septiembre de 1466. Aquel procurador explicaba “que bien sabían de cómo *él era ydo por procurador de Cortes* este presente anno en vno con Juan Ferrándes de Hermosylla, otrosy regidor, *para jurar por rey e sennor nuestro en los regnos de Castilla e de León a nuestro sennor el rey don Alfonso e para las otras cosas conplideras a seruicio de Dyos e del dicho sennor rey e al bien de la cosa pública de sus regnos*”⁷⁵¹. El objetivo principal de aquellas Cortes era, por tanto, que se jurara a don Alfonso para dar legitimidad a su reinado⁷⁵².

¿Qué prelados se encontraban junto a don Alfonso en el momento de realizarse la convocatoria? Nos consta la presencia en Arévalo en aquellos momentos de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y de Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, junto a otros alfonsinos como el marqués de Villena, el conde de Benavente y el conde de Alba de Liste⁷⁵³, por lo que estos miembros principales del partido rebelde debieron ser los gestores de esta convocatoria.

Desconocemos qué otras ciudades fueron convocadas o cuáles de ellas respondieron a la primera convocatoria. Murcia tardó en responder, pues el 21 de mayo de 1466 Alfonso, desde Arévalo y acompañándole el obispo de Coria y el conde de Benavente, hubo de requerir de nuevo al concejo murciano que atendiese a su primera orden y enviara a sus procuradores para que se juntase con “todos los otros procuradores” que ya “son aquí venidos”. El 11 de junio, también desde Arévalo, hubo de repetir de nuevo aquella orden, refrendándola entonces únicamente el obispo de Coria⁷⁵⁴. En la corte alfonsina se desconocía que el 3 de junio el concejo de Murcia ya había nombrado a aquellos procuradores y les había otorgado poder para acudir a la

⁷⁵⁰ AMMU, leg. 4271, n. 157. Un traslado en AMMU, Cartulario Real, 798bis, fol. 189v.

⁷⁵¹ AMMU, leg. 4278, n. 59, fols. 1r-v. En este pleito se continúa hablando de “procuración de Cortes”.

⁷⁵² No parece que recaudar un servicio fuera un objetivo de las mismas, pues, según aquel pleito, la corte alfonsina informó al tiempo que se convocaron a los procuradores de que no se pagaría “salaryo nin satysfación alguna a los procuradores que allá fuesen”, razón por la que el concejo murciano se comprometió a abonárselo al mencionado Juan Torres, que ahora lo reclamaba. AMMU, leg. 4278, n. 59, fol. 1v. Los salarios solían abonarse con lo recaudado por el servicio, como explica OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 23, nota al pie 13.

⁷⁵³ El 22 de marzo de 1466 estaban en Arévalo el arzobispo de Toledo, el obispo de Coria y el marqués de Villena junto a don Alfonso, pues así consta en AHNOB, Feria, C. 1, docs. 8-10; y el 12 de abril figuran junto al infante-rey el arzobispo, el conde de Benavente y el conde de Alba de Liste. PALACIOS MARTÍN, B. (dir.), *Colección diplomática medieval*, op. cit., doc. 1118, p. 181.

⁷⁵⁴ Ambas cartas se encuentran en AMMU, Cartulario Real, 798bis, fol. 195v.

Corte y jurar a don Alfonso como rey en nombre del concejo⁷⁵⁵. El 6 de agosto de 1466, desde aquella misma villa, don Alfonso se dirigió al concejo de Murcia para agradecer el envío de los procuradores.

La convocatoria hubo de fracasar, pues don Alfonso informaba aquel día que había dado licencia a los procuradores para marcharse de la Corte “fasta ser juntos en la mi corte todos los perlados e caualleros e ricos omnes de mis regnos a dar orden en las cosas sobre que los yo mandé llamar”. Según Alfonso, aquellos procuradores juraron que regresarían inmediatamente a la corte en cuanto fueran convocados de nuevo⁷⁵⁶, y, en efecto, el procurador Juan Torres explicaba en aquel pleito “como él, en mano del rey nuestro sennor e de los del su Consejo, avía fecho juramento e pleyto e omenaje de yr a la dicha procuraçión quando lo enbiasen llamar”⁷⁵⁷. También en dicho pleito se muestra la conciencia de la ciudad de Murcia de que sus procuradores no tratarían directamente con el infante-rey, sino con “los sennores del su mui alto Consejo” y con “las personas que en nonbre de su altesa en los dichos negoçios oviesen de entender”⁷⁵⁸. De nuevo, el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria eran algunos de los miembros del alto Consejo alfonsino presentes en Arévalo en aquellas fechas⁷⁵⁹, por lo que hubieron de ser parte de aquellos que trataron con los procuradores y recibieron aquel juramento.

Desconocemos si los prelados y caballeros alfonsinos volvieron a convocar a los procuradores de Murcia para las Cortes, pero sí sabemos que a finales de ese año don Alfonso y los miembros de su Consejo trataron, al menos, con los procuradores del Principado de Asturias y recibieron y contestaron las peticiones por estos presentadas. El 20 de enero de 1467, desde Ocaña, se expedía dicha contestación, y, más allá de lo concedido por don Alfonso, nos interesa que se indica expresamente que aquellos procuradores fueron recibidos y trataron con los prelados y caballeros de su Consejo:

“Sepades que vi las peticiones que por Johan de Caso é por Fernando Alvares de la Ribera, mis vasallos, vuestros procuradores en vuestro nombre ante mí en el mi Consejo fueron presentadas, *las quales yo luego mandé ver en el mi Consejo, é por los Perlados é caballeros que*

⁷⁵⁵ AMMU, Libro de Actas Capitulares, n. 84, fols. 126r-127r.

⁷⁵⁶ La carta del 6 de agosto de 1466 en AMMU, leg. 4271, n. 159.

⁷⁵⁷ AMMU, leg. 4278, n. 59, fol. 4r.

⁷⁵⁸ AMMU, leg. 4278, n. 59, fol. 3r.

⁷⁵⁹ El 14 de julio acompañaban a don Alfonso el arzobispo de Toledo, el obispo de Coria y otros nobles, como los condes de Paredes, Benavente y Plasencia. AMMU, leg. 4271, n. 158. El 30 de julio se encontraban en Arévalo junto a don Alfonso el arzobispo de Toledo, el condestable don Rodrigo Manrique y el conde de Benavente. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 18.

en él están fue platicado sobre lo contenido en dichas peticiones, *é por ellos fué acordado que yo debia responder á ellas é proveer*, é por esta mi carta respondo á ellas é proveo é ordeno en la forma siguiente: [...]”⁷⁶⁰.

Este documento llevó a Morales Muñiz a plantearse si en aquellos momentos estaban teniendo lugar unas cortes en Ocaña⁷⁶¹. Sin embargo, nosotros tampoco hemos encontrado pruebas que nos permitan afirmarlo con seguridad. En todo caso, lo que nos interesa es que nos encontramos ante una acción de determinados prelados del Consejo Real alfonsino en nombre de don Alfonso ante los procuradores del Principado con el fin de ligar a aquella región a la causa del infante-rey.

5) El episcopado en las Cortes de Ocaña de 1469

En estas Cortes, convocadas, en principio para el juramento de la princesa Isabel como heredera de Enrique IV, pero nunca llevado a cabo, y con las cuales se intentó poner fin a la anarquía reinante en Castilla, también nos consta la participación y presencia de distintos miembros del episcopado, todos colaboradores de Enrique IV y miembros de su Consejo: Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, y Lope de Rivas, obispo de Cartagena⁷⁶².

Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, tuvo una intervención de especial relieve al inicio de las sesiones, pues fue el encargado de pronunciar un solemne discurso en nombre del rey ante los procuradores del reino en el que, según la versión que transmiten los propios procuradores, único testimonio que de dicho discurso nos ha llegado, explicó las razones por las que el monarca les había convocado, siendo la fundamental el reparo los males surgidos de la guerra que desde 1464 se había librado

⁷⁶⁰ Este extenso documento ha sido publicado en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXLI, pp. 528-536; y MARTÍNEZ MARINA, F., *Teoría de las Cortes*, *op. cit.*, doc. X, pp. 68-80. Ha sido analizado por ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., “Asturias en las Cortes...”, *op. cit.*

⁷⁶¹ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, *op. cit.*, pp. 194-195.

⁷⁶² La participación de estos prelados en las cortes de Ocaña de 1469 fue abordada por ARRANZ GUZMÁN, A., “Reconstrucción y verificación de las Cortes...”, *op. cit.*, pp. 124-125; y ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, *op. cit.*, pp. 152-154. Recogemos aquí las acciones fundamentales de estos prelados.

en el reino⁷⁶³. El discurso del prelado perseguía el objetivo de decantar a los procuradores del reino a favor del proyecto regio⁷⁶⁴, habiéndose de observar su eficacia en la aceptación final por parte de las Cortes de las peticiones del monarca. Como ya señaló Villarroel González al tratar los discursos pronunciados por eclesiásticos durante las Cortes celebradas durante el reinado de Juan II, “estas actuaciones episcopales tendrían, además, una validez más cercana a la de la impronta legitimadora y propagandística que pudiesen dar al acto en concreto, que a la propia funcionalidad política”⁷⁶⁵. No es casualidad que el monarca escogiera para pronunciar aquel discurso al prelado de mayor dignidad que permanecía entonces a su lado.

Sobre la actuación del obispo de Cartagena en estas Cortes, solo nos consta que se encontraba junto a Enrique IV en Villarejo de Salvanés, al igual que el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza, cuando el 19 de marzo de 1469 una representación de los procuradores del reino acudió ante el rey para presentarle una petición redactada el 15 de marzo anterior para que revocara ciertas mercedes y no realizara otras nuevas en perjuicio de la Corona⁷⁶⁶. También se encontraban junto al rey algunos de los burócratas más destacados de su Consejo, el licenciado de Ciudad Rodrigo y el doctor García López de Madrid, por lo que parece probable que ambos, junto al obispo de Cartagena, se encontraran junto al rey para asistirle en las Cortes y atender en su nombre a las reclamaciones de los procuradores, como en 1465 hicieron los obispos de Calahorra y de Osma.

Sobre las acciones concretas llevadas a cabo por parte de estos prelados durante las Cortes de Ocaña, es verdaderamente interesante comprobar como distintas peticiones presentadas por los procuradores del reino acabaron implicando el encargo de algunas misiones concretas a los obispos que acompañaron al monarca en aquellas Cortes, que fueron preferidos para llevarlas a cabo por encima de otros consejeros o servidores regios. La importancia de estas misiones puede apreciarse a través de su simple enumeración.

⁷⁶³ “Despues que somos venidos a la vuestra corte el muy rreuerendo padre don Alonso de Fonseca arçobispo de Seuilla, del vuestro Consejo, nos dixo de vuestra parte commo vuestra alteza nos mandó llamar aqui prinçipalmente por...”. *Cortes*, III, p. 766. Véanse las apreciaciones que sobre este discurso realiza SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 420-421.

⁷⁶⁴ DIOS, S. de, “Las cortes de Castilla y León...”, op. cit., p. 272.

⁷⁶⁵ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, op. cit., p. 150.

⁷⁶⁶ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 67, pp. 335-338, en concreto, p. 337.

Ya la primera de las peticiones de los procuradores, referente al estado caótico de la justicia en el reino tras la guerra civil, tuvo como respuesta la creación por parte del rey de una comisión compuesta por el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza que habría de designar de forma provisional para aquel año y el siguiente a un prelado, seis oidores y tres alcaldes para que residiesen en la Audiencia Real, mientras que el rey atendía en la reforma de este organismo. Se estipulaba que el prelado escogido por ellos residiría en la Audiencia durante todo aquel periodo, mientras que los oidores se dividirían en dos grupos que se turnarían cada seis meses. La coincidencia de esta cláusula sobre la residencia continua del prelado en la Audiencia con lo estipulado en la Sentencia de Medina del Campo sobre esta misma cuestión, nos lleva a pensar que el monarca tendría en mente que de nuevo el prelado escogido para formar parte de la Audiencia fuera don García Martínez de Bahamonde, obispo de Lugo. Fonseca y Mendoza deberían también asignar el sueldo que recibiría cada uno de ellos, que sería librado en el pedido y monedas que en aquellas Cortes solicitaba el rey⁷⁶⁷.

Por la segunda de las peticiones, también referente a la justicia, se solicitó al rey que atendiese al crítico estado del Consejo de Justicia. De nuevo, el rey accedió a su petición y ordenó a Fonseca y Mendoza que nombrasen a las personas que habrían de residir en adelante en este Consejo, en el que, como mínimo, se admitía ya que hubiese de formar parte del mismo un prelado⁷⁶⁸, y determinar el mantenimiento que recibirían, también a cargo del servicio que se otorgaría en aquellas Cortes⁷⁶⁹.

Por la décima petición, los procuradores del reino transmitieron al monarca su preocupación ante la posibilidad de que si le otorgaban el servicio de Cortes que solicitaba, gran parte de lo recaudado acabara en manos de los grandes del reino y no fuera destinado a la restauración del cetro. Como medio de reducir sus sospechas, el rey ordenó la creación de una comisión compuesta por los miembros principales de su Alto Consejo, el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el obispo de Sigüenza y Pedro de Velasco, junto a ciertos diputados nombrados por los procuradores del reino, que debería acordar o admitir y refrendar cualquier cédula, carta, albalá o nómina real en la que se librara a favor de algún individuo cualquier cantidad perteneciente al pedido y

⁷⁶⁷ Cortes, III, pp. 769-770.

⁷⁶⁸ En la petición y respuesta duodécima, el rey otorga una función concreta a los miembros del Consejo de Justicia, comenzando por “yo nonbre e diputo al rreuerendo padre...”, tras lo cual se dejó un espacio en blanco en el cuaderno de las Cortes para incluir a los miembros del Consejo seleccionados por Fonseca y Mendoza. Cortes, III, p. 799.

⁷⁶⁹ Cortes, III, p. 771.

monedas que se iba a recaudar. Sin tal refrendo, aquellos libramientos no tendrían, en teoría, validez⁷⁷⁰.

Y por la undécima, los procuradores protestaron por los excesivos derechos que los oficiales reales llevaban a sus súbditos, lo cual estaba provocado por ciertas cuestiones en las que no podemos entrar. En, respuesta, el rey diputó al arzobispo de Sevilla y al obispo de Sigüenza para que junto a unos diputados de los procuradores se ocuparan de esta cuestión, ordenando el rey que lo que esta otra comisión decidiera se guardase⁷⁷¹.

Antes de que las Cortes concluyeran y los servicios fueran otorgados, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza hubieron de realizar otra acción de gran relevancia. Los procuradores desconfiaban de que el monarca cumpliera todo lo que les había prometido en el contexto de las Cortes con el fin de que accedieran a concederle el servicio que solicitaba, y por ello fue necesario que aquellos personajes que controlaban ahora el gobierno del reino, el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla, el obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco, primogénito del conde de Haro, hubiesen de comprometerse a hacer cumplir al rey, al menos, los puntos más relevantes de lo tratado en las reuniones. Así, el 25 de abril de 1469 Fonseca y Mendoza, junto a Pacheco y Velasco, redactaron un escrito por el cual prometieron a los procuradores del reino “que haremos e procuraremos a todo nuestro leal poder que el dicho sennor Rey”, sus contadores mayores y lugartenientes y ellos mismos, cumplirían, en lo que a cada uno atañía, lo prometido a los procuradores, hablando tanto en su nombre como en nombre del rey⁷⁷². Como ya señaló Morán Martín, con esta acción se producía una transgresión al asumir aquellos miembros del Consejo la posición del rey en su relación con los procuradores del reino⁷⁷³. No obstante, ello solo era la consecuencia natural del pacto firmado el 18 de marzo de 1469 por el que el rey entregó el mando de su persona, casa y reino a aquellos grandes con el fin de contar con su apoyo frente a los magnates y regiones que aún se resistían a su gobierno⁷⁷⁴. Enrique IV les había concedido poder para dirigirle a él y a Castilla, para mediatizar sus actos, por lo que conseguir que

⁷⁷⁰ *Ibidem*, pp. 791-792.

⁷⁷¹ *Ibidem*, p. 793.

⁷⁷² Este juramento fue transcrito por: OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 65, pp. 332-333, y lo analiza en pp. 141-143.

⁷⁷³ MORÁN MARTÍN, R., “*Alteza...merçenario soys: Intentos de ruptura institucional...*”, op. cit., p. 97 y p. 106.

⁷⁷⁴ BNE, Mss. 19703, n. 22. También en AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20. Transcrita por VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 430-438.

aquellos personajes se comprometieran a cumplir lo acordado en las Cortes ofrecía a los procuradores del reino mayores seguridades que las propias promesas regias dirigidas en aquel mismo sentido. Como ya señaló Olivera Serrano, “sin duda, son ellos los indiscutibles miembros del estamento de gobierno”⁷⁷⁵.

Ambos prelados, Fonseca y Mendoza, junto a Pacheco y Velasco, y como no podía ser de otra forma ante el poder que en la Corte habían adquirido, fueron también los encargados de negociar con los procuradores la concesión del servicio solicitado por el rey en estas Cortes. El 28 de abril de 1469 sería finalmente concedido un servicio de noventa y tres cuentos de maravedís, habiendo alcanzado aquellos, por tanto, su objetivo⁷⁷⁶. En lo que respecta a la recaudación del pedido y monedas, dividido en dos otorgamientos, el arzobispo de Sevilla recibió el encargo de custodiar el segundo otorgamiento hasta noviembre de 1469, cuando los procuradores del reino decidirían si debía ser entregado al rey, en función si los fondos recaudados en el primer otorgamiento se destinaban realmente a los fines que se habían prometido⁷⁷⁷. Asimismo, se estipuló que Fonseca y Mendoza, junto a los otros miembros del Consejo Real, Pacheco y Velasco, hubieran de refrendar, junto a una diputación de los procuradores, las cartas que se enviarían a cada lugar para informar de las sumas que debían aportar al mencionado servicio para que estas tuvieran validez⁷⁷⁸, y que hubiesen de jurar que ayudarían al rey para evitar que otros grandes tratasen de tomar parte del servicio concedido⁷⁷⁹. A pesar de ello, y como ha estudiado Ortego Rico, el arzobispo de Sevilla y el obispo Mendoza, junto al resto de miembros del nuevo Alto Consejo enriqueño, fueron algunos de los magnates que mayores cantidades percibieron de aquel servicio recaudado⁷⁸⁰.

6) Otro tipo de colaboración: la injerencia de los miembros del episcopado en el envío y selección de los procuradores a Cortes

⁷⁷⁵ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 141.

⁷⁷⁶ ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, op. cit., p. 153; y OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 144 y Apéndice documental, doc. 68, pp. 339-345. Es en este documento donde se recoge su intervención.

⁷⁷⁷ *Ibidem*, p. 145 y Apéndice documental, doc. 68, p. 342.

⁷⁷⁸ *Ibidem*, pp. 146-147 y Apéndice documental, doc. 68, p. 344.

⁷⁷⁹ *Ibidem*, Apéndice documental, doc. 68, p. 343.

⁷⁸⁰ ORTEGO RICO, P., “Guerra y paz como fundamentos legitimadores...”, op. cit., pp. 102-104.

Ya hemos tratado sobre el protagonismo absoluto de don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, en el gobierno enriqueño tras la guerra civil y su relevante intervención en las propias Cortes de Ocaña de 1469. Para comprender en toda su amplitud su papel y repercusión en dichas Cortes, debe ser tenido en cuenta que los procuradores enviados a Ocaña por su ciudad natal, Toro, sobre la cual el arzobispo tenía un gran poder, al ser el líder de uno de los bandos que competían por su control⁷⁸¹, eran dos personajes estrechamente ligados al mitrado. En concreto, los procuradores enviados por Toro fueron sus primos Rodrigo de Ulloa, contador mayor del rey⁷⁸², y Alfonso de Deza⁷⁸³, regidor de Toro⁷⁸⁴ y guarda y vasallo del rey⁷⁸⁵. Teniendo en cuenta el papel fundamental del arzobispo de Sevilla en la Corte, su preeminente posición en Toro y su parentesco y cercanía con los dos procuradores escogidos, resulta evidente que el prelado hispalense intervino para que, al menos, los procuradores enviados por esta ciudad fueran favorables a los objetivos que en aquellas Cortes él y sus compañeros de gobierno se habían propuesto. Conviene destacar que Alfonso de Deza también fue enviado como procurador por Toro a las Cortes de Salamanca de 1465⁷⁸⁶, en las cuales, como hemos señalado, estuvo presente el prelado hispalense, por lo que también se podría intuir una intervención del arzobispo en su nombramiento en persecución de un fin similar.

En el caso del obispo don Pedro González de Mendoza se puede advertir una actuación similar con respecto a los procuradores enviados a las Cortes durante el

⁷⁸¹ El líder del otro era su primo Juan de Ulloa. Pueden encontrarse abundantes datos sobre el enfrentamiento entre estos dos parientes por el predominio en Toro entre las décadas de 1450 y 1470 en el reciente estudio sobre el linaje de Fonseca de VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit.

⁷⁸² Aparte de en la reciente obra citada por Vasallo Toranzo, el parentesco y estrecha relación entre ambos lo señalan todos los cronistas debido a que durante la guerra civil, en concreto, a finales de 1466, el arzobispo consiguió que Enrique IV le otorgara a este primo el sustancioso cargo de contador mayor del reino tras la confiscación del mismo a Pedro Arias Dávila. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 411; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 264-265.

⁷⁸³ Alfonso de Deza era hijo de Fernán Gómez de Deza y de Isabel Fernández de Ulloa, hija a su vez de Juan Pérez de Ulloa, abuelo, entre otros, del arzobispo hispalense. Ambos eran, por tanto, primos hermanos. Véase COTARELO Y VALLEDOR, A., *Fray Diego de Deza*, op. cit., pp. 20-21. Es significativo destacar que dos de sus hermanos se encontraron al servicio directo del arzobispo: el bachiller Bartolomé de Deza fue provisor de Fonseca cuando aquel ostentó la mitra abulense. AHN, Clero, Códices, L. 399, fols. 26v-27r. Por su parte, Fernando de Deza fue alcaide de Alaejos, villa patrimonial del mitrado. ARCHV, Registro de Ejecutorias, C. 17, doc. 66.

⁷⁸⁴ Como regidor de Toro a 26 de enero de 1463 en RAH, col. Salazar, 9/813, fol. 14r y 124v.

⁷⁸⁵ Ambos como procuradores por Toro en las Cortes de Ocaña de 1469 en OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 68, p. 339.

⁷⁸⁶ *Ibidem*, p. 113.

contexto conflictivo por Guadalajara, ciudad que, sin ser señorío del linaje, se encontraba completamente dominada por los Mendoza. Ya Sánchez Prieto señaló que a mediados del siglo XV el poder de los Mendoza sobre la ciudad se extendía a todos los aspectos de su gobernación, incluido el nombramiento de los procuradores que habrían ser enviados por la ciudad para representarla en las Cortes convocadas por los monarcas⁷⁸⁷. Y, en efecto, basta con revisar quiénes fueron aquellos procuradores enviados por la urbe a las Cortes de Salamanca de 1465 para comprobar este punto: los escogidos fueron Juan de Mendoza y Diego Hurtado de Mendoza, el primero hijo del marqués de Santillana y sobrino del entonces obispo de Calahorra⁷⁸⁸, como vimos, uno de los principales colaboradores del rey en aquellas Cortes y, más importante, inmediatamente convertido en cabeza del partido que habría de defender su causa frente a sus rebeldes. Sobre el segundo, es difícil establecer su filiación exacta por la homonimia propia de estos grandes linajes, pero parece obvio que se trataba también de un miembro de aquel poderoso clan. Es difícil determinar hasta qué punto el obispo Mendoza pudo influir en el nombramiento y envío de estos procuradores debido a la conocida actuación conjunta de su clan en cada proyecto político en el que se embarcaban, pero dado que fue el prelado quien sirvió de enlace entre la Corte y su linaje durante estos críticos años, parece más que probable que interviniera en la selección de tales procuradores.

Por otro lado, en las Cortes de Ocaña de 1469 fue procurador por la ciudad de Burgos Antonio Sarmiento⁷⁸⁹, hermano de Luis Vázquez de Acuña y Osorio, obispo de Burgos⁷⁹⁰, quien había regresado junto a su pariente y guía, Juan Pacheco, maestre de Santiago, al servicio a Enrique IV. Durante la guerra civil el obispo desempeñó un importante papel en Burgos como principal líder del partido alfonsino en la misma⁷⁹¹, por lo que cabría pensar que influyó para que su propio hermano fuera escogido para este cargo.

Por otro lado, para las Cortes de Ocaña de 1469 el concejo de Toledo envió como procuradores a Alfonso de Silva y a Álvaro de Toledo⁷⁹². Hemos localizado las

⁷⁸⁷ SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza*, op. cit., pp. 183-185.

⁷⁸⁸ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 113 y p. 174.

⁷⁸⁹ *Ibidem*, Apéndice documental, doc. 70, p. 347.

⁷⁹⁰ Sobre sus vínculos con el mitrado, puede verse GUERRERO NAVARRETE, Y., “Nobleza media, clientelismo y violencia...”, op. cit., pp. 20-21.

⁷⁹¹ LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit.

⁷⁹² OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 125.

instrucciones particulares dadas por esta ciudad a los procuradores enviados a estas Cortes sobre lo que debía ser solicitado a Enrique IV en nombre de la ciudad y las respuestas dadas por el monarca a las mismas⁷⁹³, y entre ellas se incluye una de especial relieve por la cual el concejo de Toledo solicitaba al rey que entregara a fray Pedro de Silva, obispo de Badajoz, a Pedro López de Ayala, señor y, poco más tarde, conde de Fuensalida, a María de Silva, hermana y mujer respectivamente del primero y segundo, y al mariscal Fernando de Ribadeneira, las mercedes que les había prometido por haberle ayudado a recuperar la obediencia de Toledo, tras haber pertenecido dicha ciudad al partido alfonsino, en junio de 1468. Solicitaban también que los miembros “del vuestro muy Alto Consejo” y “los procuradores de vuestros regnos” aprobasen aquellas mercedes, con el fin de que no pudieran ser anuladas. Sabemos que Enrique IV entregó el control de Toledo a estos personajes, líderes del bando de los Ayala en Toledo, tras la toma de la misma en junio de 1468 frente a sus rivales, el bando de los Silva⁷⁹⁴, lo que nos permite deducir que se hubo de producir una intervención del obispo de Badajoz, junto al resto de líderes del bando de los Ayala en la decisión de proceder al envío de procuradores a las Cortes por parte de aquella ciudad y una injerencia en beneficio propio en la redacción de las peticiones que Toledo habría de elevar al rey. En este sentido, no nos parece descabellado pensar que uno de los procuradores de Toledo, Alfonso de Silva, fuer el hijo homónimo de Pedro López de Ayala y María de Silva y, por extensión, sobrino del obispo de Badajoz⁷⁹⁵, aunque no se conservan referencias a cargos o dignidades de aquel procurador que permitan comprobarlo.

Olivera Serrano señaló en su estudio sobre las Cortes de Ocaña que los procuradores enviados por Toledo únicamente debieron asistir al comienzo de las sesiones, pues, aunque está comprobada su presencia, no aparecen en el otorgamiento del servicio. Hubieron de marcharse de las mismas en un momento indeterminado, por tanto⁷⁹⁶. En este sentido, las instrucciones dadas a los procuradores de Toledo y las respuestas a las mismas por el monarca y los miembros de su Alto Consejo pueden ayudar a esclarecer las razones de este abandono. En dicho documento puede observarse que Enrique IV, aunque aceptó algunas de sus peticiones, rechazó cumplir las de mayor

⁷⁹³ Se encuentra en AMT, Fondo Histórico, Caja 2530.

⁷⁹⁴ Véase sobre estos hechos BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV*, op. cit., pp. 102 y ss.

⁷⁹⁵ Alfonso de Silva, hijo de Pedro López de Ayala y de María de Silva, recibió el 29 de octubre de 1465 la merced de la encomienda de Yegros de parte del infante-rey Alfonso, mientras sus progenitores militaban en aquel partido. AHNOB, Frías, C. 838, doc. 49, fol. 8r. Colaboró también en la entrega de Toledo a Enrique IV. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 301-302.

⁷⁹⁶ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 125.

importancia, en especial, con la referente a la concesión de las mercedes que había prometido a los líderes del bando de los Ayala: el rey respondió que, “según los cargos que dellos tyene, su altesa les ha voluntad de faser merçedes”, pero que “esto se fará e le plase de lo faser dando el tienpo lugar a ello”⁷⁹⁷. En consecuencia, cabe plantear la hipótesis de que el rechazo de la principal petición de quienes ahora gobernaban Toledo, junto a aquellas del concejo no admitidas, fue lo que provocó el abandono de los procuradores de Toledo de las Cortes de Ocaña. El obispo de Badajoz, como miembro de aquella oligarquía que ahora gobernaba y dirigía Toledo y como directo perjudicado de esta negativa del rey, tenía capacidad y razones para influir en la marcha de los procuradores de Toledo de las Cortes, por lo que cabe suponer, creemos que con bastante fundamento, que hubo de intervenir junto al resto de los líderes del bando de los Ayala tanto en el envío como en la retirada de los procuradores de la ciudad. A comienzos de 1470, en concreto, el 12 de febrero, el maestre de Santiago se confederó con el obispo de Badajoz y aquellos personajes, siendo el centro de aquella confederación el que haría que el rey expidiese las mercedes prometidas⁷⁹⁸. Sin duda el nuevo contexto político de Castilla obligó a este cambio de actitud de la corte enriqueña, necesitados de apoyos ante el crecimiento del partido de los príncipes doña Isabel y don Fernando.

Una actuación similar a la del obispo de Badajoz en Toledo hubo de ser la desarrollada por don Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, con respecto al envío de procuradores por parte del concejo conquense a las Cortes de Ocaña de 1469. Como ya señaló Díaz Ibáñez, la guarda de la ciudad de Cuenca que ostentaba y había ostentado este prelado durante muchos años le había permitido intervenir en múltiples asuntos concejiles⁷⁹⁹. Durante la guerra civil el grado de influencia de Barrientos sobre esta ciudad y su concejo aumentó a causa de su firme compromiso en la defensa de los intereses de aquella y por los poderes ratificados por el rey en distintas ocasiones para que la guardase y rigiese en su nombre. De ello que el 28 de noviembre de 1468 el concejo conquense jurase ser obediente y leal al rey, pero también a Barrientos, que

⁷⁹⁷ AMT, Fondo Histórico, caja 2530.

⁷⁹⁸ AHNOB, Frías, C. 12, docs. 11 y 12. Entre otras muchas, el 20 de noviembre de 1470 Enrique IV le hacía entrega a Pero López de Ayala del título de conde de Fuensalida. AHNOB, Frías, C. 838, doc. 70. El 13 de noviembre de 1471 Enrique IV hacía merced al obispo de Badajoz del señorío sobre Villaseca de la Sagra. AHNOB, Baena, C. 424, doc. 1. Las fechas de concesión de estas mercedes ayudan también a datar previamente aquellas instrucciones para los procuradores en Cortes de Toledo.

⁷⁹⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, op. cit., p. 580.

tenía cargo de la guarda y gobernación de la ciudad⁸⁰⁰. Por ello no parece arriesgado suponer que el obispo interviniera en el envío de los procuradores de aquella ciudad a las Cortes de Ocaña de 1469, sobre todo si atendemos a que en las instrucciones dadas por el concejo conquense a los mismos, el 20 de marzo de 1469, se incluyeron algunas cláusulas favorables al prelado: en primer lugar, aquellos procuradores debían mirar por el bien del rey y por el bien común de la ciudad, pero también debían guardar el servicio, honra y estado de don Lope de Barrientos; y, en segundo lugar, debían procurar que el rey confirmase todos los privilegios que había concedido durante el conflicto a Pedro de Barrientos⁸⁰¹, señor de Serranos e hijo del obispo de Cuenca.

⁸⁰⁰ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, *op. cit.*, doc. CLIII, pp. 417-418.

⁸⁰¹ Estas peticiones en OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León y la crisis del reino (1445-1474). El registro de Cortes*, Burgos, 1986, p. 149; y OLIVERA SERRANO, C., “Inventario de la documentación medieval...”, *op. cit.*, doc. 232, p. 398.

V – La diplomacia

La participación de los miembros del clero, y entre ellos los miembros del episcopado, en la diplomacia externa regia durante la Edad Media es un fenómeno sobradamente conocido aunque, como ha puesto de relieve Vigil Montes en un reciente estado de la cuestión, aún no explotado en todas sus posibilidades⁸⁰². Nieto Soria⁸⁰³ y Villarroel González⁸⁰⁴ han abordado en distintos trabajos la participación del clero en la diplomacia castellana bajomedieval como agentes de la misma, los factores de su presencia o los tipos de misiones que les fueron encomendadas. Para el caso concreto del reinado de Enrique IV, ya Villarroel González pudo comprobar cómo los miembros del episcopado adquirieron un relieve especialmente destacado en las embajadas de este rey⁸⁰⁵, lo cual nosotros mismos hemos podido constatar a partir de un análisis específico del perfil de los agentes diplomáticos destinados a la Curia pontificia por este monarca durante su mandato⁸⁰⁶. El afán de este monarca por amparar y promocionar las carreras de sus principales colaboradores eclesiásticos le permitió contar con una amplia nómina de fieles servidores en la alta jerarquía eclesiástica que le sirvieron en muy distintos ámbitos, siendo el diplomático uno de los más destacados.

En el curso de la revuelta nobiliaria iniciada en Castilla en mayo de 1464, distintos miembros del episcopado continuaron desarrollando misiones diplomáticas en el exterior del reino en servicio y defensa de Enrique IV. Sin embargo, otros importantes prelados castellanos que se unieron a la facción rebelde y luego alfonsina no dudaron en desarrollar e impulsar tareas de índole diplomática en perjuicio del rey⁸⁰⁷,

⁸⁰² VIGIL MONTES, N., N., “Cuestiones metodológicas acerca del rol de los eclesiásticos...”, *op. cit.*, pp. 403-423. En este estudio puede encontrarse un estado de la cuestión en torno a la participación del episcopado en la diplomacia.

⁸⁰³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, aborda en varios capítulos la intervención de los miembros del estamento eclesiástico en la diplomacia regia castellana. Para el periodo y cuestión que nos ocupa, nos interesa especialmente su trabajo NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, donde analiza los enviados pontificios y regios en sus relaciones diplomáticas.

⁸⁰⁴ Es esencial su VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana...”, *op. cit.*, pp. 791-819. Podrían destacarse también otros en los que aborda la presencia del clero en la diplomacia castellana, como VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y el papa. Política y diplomacia*, *op. cit.*; VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la negociación de la paz...”, *op. cit.*; y “La formación de los diplomáticos...”, *op. cit.*, pp. 117-146.

⁸⁰⁵ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana...”, *op. cit.*, p. 816.

⁸⁰⁶ GONZÁLEZ NIETO, D., “Los agentes diplomáticos en la Curia pontificia...”, *op. cit.*, pp. 107-125.

⁸⁰⁷ La participación del clero en la “oposición diplomática” al rey ya fue destacada por VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, pp. 270-271.

aunque no nos consta que ningún obispo o arzobispo de la facción contraria a Enrique IV llegara a abandonar las fronteras del reino para ejecutar ninguna misión diplomática en favor de aquella.

En último término, es evidente que la participación del episcopado, como la de otros individuos o poderes, en la que podría ser denominada “política exterior” del reino, no se limitaba a la participación a título personal en las embajadas o legaciones. Como pusieron de relieve Olivera Serrano y Pastor Bodmer, la documentación y los textos cronísticos castellanos bajomedievales nos han dejado suficientes muestras de que los miembros del Alto Consejo Real o Consejo Secreto, “entendían en los grandes temas políticos del reino, incluyendo los de política exterior”. Los miembros de este influyeron de manera determinante en la orientación de dicha política, recibieron junto al monarca a los embajadores que les eran enviados, debatieron en torno a las propuestas o peticiones que estos presentaban y participaron en la formación de las embajadas que el rey destinaba al exterior⁸⁰⁸.

Otros autores también han reparado en este hecho. Por ejemplo, Péquignot, refiriéndose a Aragón, ya señaló que la elección de los embajadores no era un acto exclusivo del monarca, sino que solía ser objeto de deliberación en el Consejo del Rey, gracias a lo cual sus componentes podían influir en tal elección, aunque la decisión final se presentara formalmente como una decisión propia del soberano⁸⁰⁹. También Beceiro Pita, en su análisis de los agentes diplomáticos empleados en las relaciones entre Castilla y Portugal, pudo constatar que durante las épocas de crisis política, como la que nos ocupa, es cuando “los representantes de ambos reinos [Castilla y Portugal] están más ligados a las facciones políticas en el poder o a las relaciones personales con los privados”⁸¹⁰.

Las indicaciones de estos autores en torno a la labor de los miembros del Alto Consejo regio en la diplomacia nos interesa por cuanto durante la guerra civil que nos ocupa es documentable que distintos prelados pertenecientes a dicho organismo, tanto por el lado Enrique IV como por el Alfonso V, participaron a partir de varias de las vías expresadas en la política exterior de forma determinante. La valoración única del

⁸⁰⁸ OLIVERA SERRANO, C. y PASTOR BODMER, I., “La diplomacia castellana y Alfonso V...”, *op. cit.*, pp. 632-634.

⁸⁰⁹ PÉQUIGNOT, S., *Au nom du roi*, *op. cit.*, p. 218.

⁸¹⁰ BECEIRO PITA, I., “La consolidación del personal diplomático...”, *op. cit.*, p. 1738.

desempeño de labores diplomáticas al servicio de alguno de los bandos en pugna en el exterior del reino, en consecuencia, nos permitiría tan solo obtener una visión parcial de lo que realmente fue la intervención de los miembros del episcopado en el ámbito que abordamos.

A continuación vamos a analizar la participación del episcopado en la diplomacia externa tanto del bando Enriqueño como del rebelde o alfonsino durante la guerra civil. Obviamente, obviaremos el análisis de las relaciones diplomáticas en sí, pues estas requerirían de un análisis particularizado que, en relación a ciertos poderes, ya ha sido abordado. Con el objetivo de ser lo más claros posibles, vamos a dividir la exposición a partir de los ámbitos políticos en relación a los cuales tal labor se desarrolló.

1) El papado

La importancia de las relaciones mantenidas entre Enrique IV y el bando rebelde con el papado durante la guerra civil castellana ya ha sido destacada por Nieto Soria en diversos estudios⁸¹¹. Puede afirmarse sin asomo de duda que Roma fue donde en mayor medida se concentraron los esfuerzos diplomáticos de ambos bandos. La gravedad de los actos cometidos y la necesidad de contar con el respaldo pontificio para reforzar sus respectivas opciones y de alcanzar determinados objetivos políticos para los cuales era necesario el consentimiento pontificio fue lo que llevó a ambos bandos, Enriqueño y alfonsino, a mantener aquella relación constante con la Corte romana⁸¹². En estas relaciones, como no podía ser de otra manera⁸¹³, diversos eclesiásticos, y en especial los miembros del episcopado, tuvieron un gran protagonismo, cuando no fueron ellos mismos los gestores y promotores de tales contactos debido al preeminente papel que algunos de ellos asumieron en las Cortes de Enrique IV y el infante-rey Alfonso.

⁸¹¹ En especial, NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, pp. 186-197 y pp. 219-227; y NIETO SORIA, J. M., “Iglesia y crisis dinásticas...”, *op. cit.*, pp. 221-234. También es esencial la síntesis de VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y el papa*, *op. cit.*, pp. 317 y ss.

⁸¹² NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, pp. 219-220.

⁸¹³ El indiscutible protagonismo de los miembros del clero en las relaciones entre la monarquía castellana y el pontificado a lo largo del siglo XV ya fue destacado por VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana...”, *op. cit.*, pp. 804-806.

Debido a la intensidad de tales relaciones y al hecho de que los objetivos de los rebeldes al rey con respecto a la Curia variaron sustancialmente a partir de la Farsa de Ávila, hemos decidido subdividir dicho análisis en dos apartados diferenciados.

1.1. El episcopado en la diplomacia con Roma desde el inicio de la revuelta nobiliaria hasta la Sentencia Arbitral de Medina del Campo (mayo de 1464-enero de 1465)

Desde el mismo momento en que en el verano de 1464 estalla la rebelión nobiliaria, comienzan a aparecer las primeras noticias de la intervención de distintos miembros del episcopado en las relaciones entre Enrique IV y los rebeldes con la Corte de Roma. Como no podía ser de otra manera ante su liderazgo en el bando rebelde, Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, fue el prelado más precoz en este sentido, pues ya a comienzos de aquel verano, en torno a los meses de junio y julio, le encontramos preparando una campaña para informar al pontífice Pío II de los peligros que corría Castilla por el mal gobierno de Enrique IV a través del envío de ciertos embajadores propios.

El cronista Alfonso de Palencia nos da a conocer que el arzobispo “envió a cierto religioso elocuente y de recomendable honestad” de identidad desconocida a Roma en aquellos meses para exponer al pontífice los crímenes cometidos por Enrique IV y, en especial, para explicarle los males que para el reino se derivarían si concedía, como había solicitado el rey, el maestrazgo de Santiago a Beltrán de la Cueva, favorito del monarca y su principal sostén contra sus rebeldes. Dicho religioso partió a Roma con un escrito en el que el arzobispo acusaba a Enrique IV de una serie de crímenes nefandos con el objetivo de que el pontífice le retirara su apoyo y procediera contra él⁸¹⁴. Entre estos crímenes, el cronista Palencia señala que fue acusado de utilizar una tercera persona para conseguir prole; no tener el debido respeto a la religión católica y favorecer a los infieles; haber gastado de forma indebida los fondos recaudados por la bula de cruzada que le habían sido concedidos en los años previos; no implicarse en la guerra contra el reino de Granada ni dirigirla de forma adecuada; y haber concedido el maestrazgo de Santiago a don Beltrán, de lo cual, como ya se ha indicado, tan solo se seguirían males para el reino. Con esta embajada el arzobispo Carrillo buscaba justificar las acciones cometidas hasta el momento por el bando rebelde contra el rey y conseguir

⁸¹⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 289. Describen estas gestiones también GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 212-213; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 143-144.

que el pontífice censurase sus actos⁸¹⁵. Sin embargo, tras ella también había un objetivo político tan claro como evitar que acabase en manos de un partidario del rey la dignidad que mayores rentas y poder podía conceder en Castilla, el maestrazgo de Santiago, cuestión en la que era el pontífice quien tenía la última palabra al corresponderle su provisión. Evitar que se reforzase el partido regio, por tanto, era la razón última de esta embajada⁸¹⁶. El prelado fracasó, pues Pío II acabó otorgando a don Beltrán de aquella dignidad siguiendo las súplicas del rey, dando lugar con ello a las tensiones que dieron pie a los actos cometidos contra el rey en los meses siguientes.

Antes de que acabara el verano, el arzobispo Carrillo envió a otro representante ante el pontífice, aunque esta vez acompañado por los procuradores de otros magnates y prelados castellanos de su misma parcialidad. Su fin en esta ocasión era evitar que el papa accediera a la petición de Enrique IV para que el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca fuera privado de su sede ante las sospechas sobre su fidelidad. El rey había remitido, adoptando el consejo del obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, una carta al pontífice por medio de su procurador en Roma, Suero de Solís, canónigo de Burgos⁸¹⁷ y capellán real, en la que acusaba a Fonseca de varios crímenes para justificar tanto los actos que estaba cometiendo contra él en Castilla como su solicitud para que fuese privado del arzobispado⁸¹⁸. Encontramos así al obispo de Calahorra participando en la organización de esta otra misión.

En respuesta, el bando rebelde se movilizó en defensa del prelado hispalense, pero también para denunciar ante el pontífice los agravios que contra sus súbditos cometía Enrique IV en un contexto en el que las hostilidades con el monarca arreciaban. Así, aparte de los procuradores enviados por distintos nobles, Alfonso de Fonseca y Acevedo, arzobispo de Santiago y sobrino del mitrado hispalense, envió como su procurador a Diego Alfonso⁸¹⁹; el arzobispo de Toledo destinó a esta misión a Juan

⁸¹⁵ Las acciones de Carrillo son descritas por PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 289.

⁸¹⁶ Fundamentales para la contienda por el maestrazgo son los estudios de CARCELLER CERVINO, M. del P., “El privado como eje vertebrador del partido regio...”, *op. cit.*; y Beltrán de la Cueva, *el último privado*, *op. cit.*

⁸¹⁷ Su dignidad en ACB, Registro de Actas 17, fols. 47v-48r.

⁸¹⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 292. Como exponemos en otra parte, no podemos dudar de la implicación del obispo Mendoza en las gestiones para privar a don Alfonso de Fonseca de su sede porque también lo indica el cronista proenriqueño Diego Enríquez del Castillo. Véase ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 213.

⁸¹⁹ Probablemente se trate de Diego Alfonso Botello, arcediano de Salamanca, pariente de los Fonseca y poco más tarde miembro del Consejo Real del infante-rey don Alfonso. Sobre su condición de consejero real: MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, *op. cit.*, p. 340. Sobre sus dignidades, formación y

Fernández de Sigüenza; y el arzobispo de Sevilla requirió al propio cronista Alfonso de Palencia, antiguo criado de su Casa⁸²⁰, para que acudiera en su nombre a Roma. Este último, ya en la Curia, se erigió en representante de la embajada para defender a Fonseca ante los cardenales Bessarion y Guillaume d'Estouteville, delegados por el recién nombrado papa Paulo II para entender en esta cuestión, y para presentar las denuncias de la facción nobiliaria contra el rey Enrique⁸²¹. Los procuradores de los nobles y los arzobispos en Roma se ocuparían también, tras la Junta de Burgos de finales de septiembre de 1464, de presentar ante el papa las denuncias que en el Manifiesto de Burgos se lanzaron contra el rey como medio de minar su imagen en la Curia⁸²². El Manifiesto estaba respaldado por los obispos de Burgos, Osma y Coria y por los tres arzobispos castellanos, Carrillo y los dos Fonseca⁸²³. Podemos observar así la participación de un buen número de prelados en la organización de las embajadas que contra el rey se dirigieron a Roma en aquellos primeros momentos de la rebelión.

Como Villarroel González ha podido comprobar en sus investigaciones, Roma fue uno de los destinos prioritarios de las embajadas enviadas por los monarcas castellanos durante el siglo XV⁸²⁴. Las relaciones diplomáticas entre los monarcas castellanos y el papado eran cruciales para multitud de asuntos referentes al gobierno y estabilidad interna del reino, y ello no pasó desapercibido para aquellos eclesiásticos y nobles que en el otoño de 1465 lograron someter a Enrique IV e imponerle

su condición de sobrino del cardenal Pedro de Fonseca: BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, *op. cit.*, vol. I, pp. 181-182; y *Bulario*, *op. cit.*, vol. II, doc. 1051, p. 526. El cardenal Pedro de Fonseca era tío del arzobispo de Sevilla, tío a su vez del de Santiago. Véase VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, pp. 19-41.

⁸²⁰ En 1456, el futuro cronista Alfonso de Palencia entró en contacto con el arzobispo Fonseca, a cuya Casa se incorporó entonces, sirviéndole durante los años siguientes. Por su mediación, logró que a finales de 1456 Enrique IV le nombrara secretario de latín y cronista real. Bajo el mecenazgo de Fonseca escribió algunas de sus más relevantes obras, las cuales llegó a dedicar a otros criados del prelado. Ello no evitó que, años más tarde, el prelado fuera uno de los protagonistas de la historia política castellana más criticados en sus escritos. Existe una amplísima bibliografía sobre Alfonso de Palencia. La información señalada ha sido extraída fundamentalmente de PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. I, xxxv-xlvii; y MARTÍN ROMERO, J. J., *La batalla campal de los perros*, *op. cit.*

⁸²¹ Sobre el envío de estos procuradores, véase PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, pp. 292-293. El resto de crónicas del reinado de Enrique IV, exceptuando a Enríquez del Castillo, también se refieren a esta embajada siguiendo a Palencia, aunque cometen errores al atribuir a cada prelado su procurador correspondiente.

⁸²² Así lo explica *Ibídem*, p. 294: "De todas las sesiones de esta junta se formó una requisitoria, y desprovista de toda simulación, de los delitos cometidos. Ésta no sólo se presentó al rey, sino que se nos envió a los procuradores que nos hallábamos entonces en la curia romana, con instrucción de dar cuenta de ella primero al papa y luego a los cardenales españoles y a los franceses e italianos que pareciesen más favorables a nuestra causa". Véase también *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 148-149; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 220-221.

⁸²³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, p. 294, quien no menciona al obispo de Osma; y AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15.

⁸²⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., "Eclesiásticos en la diplomacia castellana...", *op. cit.*, p. 804.

temporalmente sus exigencias. Prueba de la importancia concedida por aquellos a las relaciones con la Curia, es que los rebeldes únicamente trataran de someter a su supervisión, al menos de forma expresa, las relaciones diplomáticas entre Castilla y Roma: en el Memorial de agravios del 5 de diciembre de 1465 y en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, y con la excusa del envío de un embajador a Roma para que prestara la obediencia debida en nombre del rey al nuevo pontífice, Paulo II, aquellos prelados y nobles rebeldes se arrojaron la potestad de elegir quién habría de ser el embajador de Enrique IV en Roma. En efecto, en el Memorial de agravios los arzobispos de Toledo y Sevilla y los obispos de Osma y Coria, junto al Almirante de Castilla y los condes de Luna, Alba y Santa Marta, exigieron al rey lo siguiente:

“Iten, suplicamos a vuestra altesa que para dar a nuestro sennor el papa la obediencia enbiede su enbaxada solepne *de acuerdo e consejo de los perlados, ricos omnes e cavalleros de vuestro regno*, en tal manera que a nuestro sennor el papa se guarde la çerimonia que se le deve guardar e le sea dada la obediencia syn condición alguna, e vuestra persona e corona real sea honrrada e non paresca de menor condición que los otros reyes de christianos. E los que ouieren de yr con la dicha obediencia sean naturales de vuestro regno e non estrangeros nin de otra naçión, por quanto fasiéndose el contrario es grand mengua de vuestra corona real e de los naturales de vuestros regnos”⁸²⁵.

El 16 de enero de 1465, con la publicación de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, se aprobó este punto, y se ordenó al rey “que envíe la dicha embajada con persona o personas notables e suficientes e discretas para ello con sabiduría e parescer de los dichos perlados e grandes omes de sus regnos”⁸²⁶. Resulta evidente que el verdadero objetivo de estos grandes del reino era controlar la relación entre Enrique IV y el papa a través de la elección del embajador, quien, sin duda, sería alguien mucho más cercano a sus intereses que a los del propio rey. Con ello estarían en condiciones de evitar que el monarca solicitara al pontífice cualquier cuestión que fuera en su contra, como por ejemplo condenas canónicas por su rebeldía o la provisión de maestrazgos y dignidades eclesiásticas, que también aspiraban a supervisar y reconducir en su favor⁸²⁷, y de utilizar a ese embajador regio, la voz del rey de Castilla ante el papa, para presentar en nombre del monarca sus propias súplicas con el fin de aumentar las posibilidades de que el pontífice las aceptase. Con ello nos encontramos ante una muestra más de que el

⁸²⁵ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3, fol. 4r-v.

⁸²⁶ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 369-370.

⁸²⁷ FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., p. 112 ya señaló que detrás de este intento de controlar la elección del embajador ante el papa muy probablemente se encontraba el objetivo de conseguir las bulas necesarias para que los rebeldes adquiriesen el control del maestrazgo de Santiago.

objetivo de los rebeldes no era reducir los poderes del rey de Castilla, sino adquirir un control sobre los mismos que les permitiera satisfacer sus intereses.

1.2. El episcopado en la diplomacia con Roma hasta la Farsa de Ávila

Con el rechazo de la Sentencia de Medina del Campo, aquella condición recién expresada no alcanzaría cumplimiento, pero es interesante comprobar cómo poco después Enrique IV decidió enviar aquel embajador reclamado a Roma para prestar obediencia al nuevo pontífice, Paulo II. El elegido por el rey fue Antonio Jacobo de Veneris, nuncio apostólico en Castilla y recientemente elegido obispo de la sede de León con el respaldo pontificio y regio. Este prelado no era natural del reino⁸²⁸, con lo cual su propia elección ya era una demostración de la intención del monarca de no someterse a los acuerdos alcanzados con sus rebeldes. Esto queda confirmado ante las provisiones de Enrique IV que el 28 de enero de 1465 Veneris presentó ante el cabildo catedralicio de León sobre su embajada a Roma, redactadas ambas en Olmedo el 20 de enero anterior⁸²⁹, y gracias a las cuales podemos reducir el tiempo durante el cual fue respetado por el rey la Sentencia Arbitral de Medina del Campo a tan solo cuatro días⁸³⁰.

Por la primera, el monarca comunicaba que mandaba a Veneris a prestar obediencia al pontífice en su nombre y a “fazer e procurar de Su Santidat otras cosas a mi serviçio cumplideras”. Con el fin de que pudiese acudir “más honradamente e presentar la embaxada que leváis”, el rey le hacía merced de todos los frutos y rentas que la mesa episcopal de León rentó durante el tiempo que estuvo vacante hasta el día en que Veneris fue provisto de dicha sede, lo cual podía hacer gracias a que el papa Pío II le hizo merced de ellos⁸³¹.

⁸²⁸ Natural de Recanati, en Italia, procedente de una familia noble originaria de Venecia estrechamente ligada a la Curia romana. CALCAGNI, D., *Memorie istoriche*, op. cit., pp. 193-203.

⁸²⁹ Da también noticia de estas dos provisiones del 20 de enero de 1465 ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., p. 28, y los reseña en Registro 3247, pp. 404-405.

⁸³⁰ Podemos afirmarlo dado que los objetivos de la misión de Veneris entraban en contradicción directa con lo dispuesto en las cláusulas de la Sentencia, por lo que el rey habría decidido ya no acatarla. La primera revocación expresa por parte del monarca de la Sentencia que conocemos se contiene en el juramento regio de guardar a don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y a algunos de sus criados ciertas mercedes el 2 de febrero de 1465, también desde Olmedo. El monarca indicaba allí, en resumen, que ninguno de los poderes dados a los jueces compromisarios de Medina les facultaba para limitar de modo alguno su poderío real absoluto. AHNOB, Frías, C. 598, doc. 23.

⁸³¹ RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, op. cit., pp. 351-352.

En la segunda provisión se incide más en las razones y objetivos de la embajada a Roma: dirigiéndose a él como nuncio y orador apostólico, obispo de León y miembro de su Consejo, Enrique IV le explicaba que le enviaba “por mi embaxador al Nuestro Muy Santo Padre, para dar a su Santidat la obediencia” como nuevo pontífice y, “entre otras cosas” para transmitirle una súplica de gran importancia: “que me quiera conçeder un indulto, por vigor del cual yo pueda nombrar a mis capellanes e a otras a mi açeptas personas en todas las eglesias de mis Regnos, a dignidades, calongías e préstamos que vacaren, como sus predeçesores, çerca desto sus indulto me otorgaron”. Como señalábamos, con estas provisiones Enrique IV anulaba el vigor de la Sentencia de Medina por cuanto esta súplica concreta iba directamente en contra de lo por sus rebeldes establecido en aquella Sentencia y contra lo exigido en el Memorial de agravios del 5 de diciembre de 1464, pues aquellos reclamaron que el monarca consultara y acordara con los grandes de su Consejo el sentido de tales súplicas, y, en especial, que aquellas no se dirigieran únicamente en favor de sus capellanes, cantores y servidores, sino también de los nobles e hijos de los caballeros y grandes de sus reinos y de los letrados de las universidades de Salamanca y Valladolid.

Sin duda con el fin de que el embajador se afanara en su misión, y alegando sus servicios, le ordenaba que debía suplicar al papa que “en mi nombre podades nombrar e nombredes a las personas o personas a vos açeptas, cuales vos quisierdes e por bien tovierdes, a las dignidades, calongías e préstamos que en la dicha vuestra eglesia de León vacaren”, prometiéndole, “como rey y señor soberano”, que nunca revocaría esta facultad⁸³². Sin duda, esta era una vía de asegurarse de que Veneris llevaría a cabo de la forma más eficiente que pudiera su misión. Por otro lado, aquel “entre otras cosas” señalado por el rey antes de explicar la anterior súplica, nos indica que detrás de esta embajada había otros objetivos que se nos escapan al no quedar registrados, aunque a causa del contexto no nos cabe duda de que debían estar relacionados con la revuelta nobiliaria que se vivía en Castilla.

Aunque en las provisiones regias mencionadas no se indicaba, la embajada encabezada por el nuncio Veneris no habría de estar compuesta únicamente por él. Contamos con datos que nos informan del envío de otros embajadores y de la colaboración de aquellos que ya se encontraban en Roma al servicio de Enrique IV en

⁸³² Esta segunda provisión está transcrita en *Ibidem*, p. 352.

su embajada. En concreto, conocemos que Rodrigo Sánchez de Arévalo, entonces obispo de Oviedo y, sin duda, el agente diplomático más relevante del rey de Castilla en la Curia romana, quien por entonces ejercía como uno de sus procuradores estables del monarca en la Curia⁸³³, se ocupó junto a otros de gestionar la recepción en la Curia de Veneris. Así, el 31 de mayo de 1465 el cabildo catedralicio de Burgos recibió una carta suya de con una data no expresada por la que les indicaba que él y otros, seguramente los demás embajadores y procuradores de don Enrique en Roma, no podían permitir que el procurador del cabildo que se encontraba entonces en Roma, en concreto, el arcediano de Palenzuela, regresara a Castilla, por cuanto “yua el nunçio [Veneris] allá” y era necesaria su presencia⁸³⁴.

Junto al obispo de Oviedo, acompañaron a Veneris en esta embajada otros eclesiásticos. En concreto, cuando el 6 de mayo de 1465 el obispo de León compareció ante el papa, se encontraba acompañado por otros dos embajadores regios, el ya mencionado Suero de Solís y, también, Juan López de Medina, arcediano de Almazán⁸³⁵. Este último, quien, sin duda como parte del ceremonial desplegado para la prestación de la obediencia al papa, acudió ante el pontífice antes que el obispo de León para anunciarle que aquel acudía ante él nombre de Enrique IV⁸³⁶, nos interesa especialmente por cuanto su sola presencia en esta embajada nos permite deducir una intervención de Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, en la preparación y organización de esta misión diplomática en la Curial.

En efecto, y más allá del papel principal de este obispo de Calahorra en el Consejo de Enrique IV durante estos meses⁸³⁷, conocemos de forma fehacientemente que el arcediano de Almazán era un antiguo servidor del obispo de Calahorra: cuando el 31 de diciembre de 1454 Nicolás V constituyó la maestrescolía en la catedral de Calahorra, confirió esta petición del ya obispo Mendoza a Juan de Medina, clérigo de Sigüenza, licenciado en decretos y su familiar y continuo comensal⁸³⁸. Desde entonces

⁸³³ Sobre este prelado, sigue siendo de obligada consulta la excelentemente bien documentada obra de TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo...*, *op. cit.*. Hemos tenido ocasión de acercarnos a su labor como agente diplomático de Enrique IV en GONZÁLEZ NIETO, D., “Los agentes diplomáticos en la Curia pontificia...”, *op. cit.*

⁸³⁴ ACB, Registro de Actas 17, fol. 303r.

⁸³⁵ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo...*, *op. cit.*, p. 131.

⁸³⁶ AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, p. 32.

⁸³⁷ Ya SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, p. 323 concluyó que tras las misiones diplomáticas dirigidas a Roma en estos primeros meses de 1465 se encontraba Pedro González de Mendoza a causa del liderazgo que ejercía por aquel entonces sobre el bando enriqueño.

⁸³⁸ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, *op. cit.*, vol. III, doc. 1158, p. 81.

es documentable que permaneció estrechamente ligado al prelado, hecho destacado por todos los autores que se han acercado a su trayectoria vital⁸³⁹. Por ello, y por cuanto no nos consta una vinculación o relación de servicio previa entre el arcediano y Enrique IV, parece más que probable que la selección de Juan de Medina para esta embajada respondiera a una intervención del obispo Mendoza, que puso al servicio de la causa del monarca su Casa⁸⁴⁰ y recursos frente a sus opositores.

Como se ha indicado, el 6 de mayo, y acompañado por todos aquellos otros procuradores y embajadores del rey, el obispo de León prestó obediencia a Paulo II en nombre de Enrique IV⁸⁴¹. Veneris fue el encargado de pronunciar la *Oratio* con la que se prestó dicha obediencia, la cual ha sido localizada y publicada recientemente por Azcona⁸⁴². Su contenido es de una gran relevancia para nosotros, pues, aunque no se hizo referencia alguna a la revuelta nobiliaria en todo el discurso, el prelado legionense, que, no olvidemos, regresaba a Roma tras ejercer como nuncio pontificio en Castilla, y había sido, por tanto, los ojos de la Curia en el reino, enalteció las virtudes y religiosidad del monarca en un momento en el que en la Corte pontificia ya se conocían los sucesos acaecidos en Castilla y se llevaba meses recibiendo denuncias de los rebeldes a Enrique IV contra su comportamiento como rey y como cristiano.

Así, y aparte de las debidas alabanzas al nuevo pontífice, manifestar la alegría del rey de Castilla por su elección y recordarle sutilmente al papa el favor y ayuda que Juan II de Castilla, padre de Enrique IV, prestó a Eugenio IV, su tío, en el contexto del Concilio de Basilea, Veneris dedicó una extensa alabanza a la figura y gobierno de Enrique IV, sin mención alguna a ningún otro miembro de la familia real. En su discurso, el obispo destacaba la devoción religiosa del rey, su veneración y acatamiento a la Santa Sede y su lucha incansable contra los musulmanes con el objetivo de expandir la fe. Tras mencionar las riquezas de sus tierras y las destacadas personalidades surgidas

⁸³⁹ Sería nombrado su vicario general en Sigüenza al ser trasladado en 1467 a esa sede. VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., “El obispado de Sigüenza...”, *op. cit.*, p. 45. Destacan su estrecho vínculo y el hecho de que debiera su carrera eclesiástica a Mendoza FERNÁNDEZ COLLADO, Á. y LOP OTÍN, M. J., “Documentación biográfica...”, *op. cit.*, pp. 160-161. Sobre el arcediano de Almazán y su vínculo con Mendoza, puede verse también CHACÓN GÓMEZ-MONEDERO, F. A., “La biblioteca de don Juan López de Medina...”, *op. cit.*

⁸⁴⁰ Ha realizado una reciente aproximación al personal que compuso la Casa y Corte del cardenal Mendoza CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., “De Calahorra a Toledo...”, *op. cit.*, pp. 89-109.

⁸⁴¹ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo...*, *op. cit.*, p. 131.

⁸⁴² Dio a conocer dicho discurso en AZCONA, T. de, *Juana de Castilla...*, *op. cit.*, p. 84, donde realizó un breve análisis y resumen del mismo. No obstante, recientemente lo ha publicado íntegramente en AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, pp. 32-34.

de sus reinos, Veneris alababa la clemencia, magnanimidad y liberalidad de Enrique IV, haciendo especial hincapié en su tendencia a elevar a muchos a las máximas dignidades y cargos. En relación a las virtudes expresadas del rey, el prelado legionense comparó expresamente a Enrique IV con Alejandro Magno, quien en la tradición medieval representaba al monarca liberal, el que sin avaricia empleaba todos sus recursos para el bien de su reino⁸⁴³. Como aquel, Veneris señalaba que Enrique IV destinaba sus riquezas a recompensar a aquellos que le servían y a la guerra contra los sarracenos, acción con la cual no solo estaba promoviendo el bien de Castilla, sino el de toda la cristiandad, al procurar la expansión de la fe cristiana. Vinculado a ello, el obispo refería el desprecio del rey hacia la pompa y la ostentación, pues, decía, prefería dedicar su tiempo, recursos y esfuerzos a la exterminación de los infieles. Como muestra de su devoción religiosa, el obispo de León concluía destacando su afán por promover la reforma y por construir grandes monasterios y templos.

Como señala Trame⁸⁴⁴ e indicó también uno de los más importantes curiales de la época, el cardenal Ammannati, en una carta enviada el 8 de mayo al cardenal Bessarion, el 6 de mayo los “oratores Hispani” solo prestaron aquel día obediencia al pontífice, sin presentar ningún tipo de petición al papa⁸⁴⁵. ¿Qué ocurrió entonces con las súplicas conocidas y desconocidas que Veneris debía presentar al papa? No sabemos si Veneris consiguió que el pontífice concediese la facultad reclamada por el rey para proveer las sedes y dignidades eclesiásticas de sus reinos en favor de sus capellanes y afectos, pero sí sabemos que el 28 de mayo de 1465 el papa emitió una bula en favor del propio Veneris por la cual le concedió facultad para disponer con total libertad de las dignidades y beneficios del obispado de León que vacaran en los meses pares, siempre y cuando no existiera una reserva pontificia previa⁸⁴⁶. Por lo tanto, y a pesar de lo señalado por Trame y Ammannati, Veneris sí debió cumplir con, al menos, parte de la misión encargada por el monarca y presentar aquellas súplicas regias.

1.3. El episcopado en la diplomacia con Roma tras la Farsa de Ávila

⁸⁴³ Sobre lo que representaba Alejandro Magno en los *Speculum principis*, ha tratado recientemente DÍEZ YÁÑEZ, M., “Los consejos aristotélicos...”, *op. cit.*, pp. 513-535.

⁸⁴⁴ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo...*, *op. cit.*, p. 131.

⁸⁴⁵ CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati*, *op. cit.*, doc. 141, p. 706. En esta carta también se indica que fue Veneris quien pronunció el discurso en nombre de todos los otros embajadores regios.

⁸⁴⁶ ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, *op. cit.*, Registro 3540, pp. 577-578. De esta bula el prelado hizo amplio uso en los años siguientes. En pp. 31-33, Álvarez Palenzuela enumera los distintos parientes y criados de Veneris que adquirieron distintas dignidades y beneficios durante estos años en León a partir de esta facultad.

No es hasta después de la Farsa de Ávila cuando tenemos nuevas noticias de embajadas o misiones encargadas por Enrique IV a distintos prelados ante Paulo II. Ante el acto realizado, Enrique IV necesitaba el respaldo y el reforzamiento que para su legitimidad supondría el apoyo del pontífice, y en el mes de julio de 1465, desde Toro, envió las preceptivas instrucciones a los procuradores que en aquellos momentos se encontraban en Roma. El 11 de julio el monarca ordenó al obispo de León Antonio de Veneris, a Juan de Medina, arcediano de Almazán, y a Suero de Solís, a los cuales calificaba como sus consejeros y embajadores en la Corte romana, que presentasen al papa y a los cardenales la suplicación que enviaba para que ser provisto él mismo de la administración del maestrazgo de Santiago⁸⁴⁷. El día 12 de julio dirigió la misma orden al obispo de Oviedo Rodrigo Sánchez de Arévalo y al futuro administrador de la sede de Tuy, el doctor Rodrigo de Vergara⁸⁴⁸, sus procuradores en la Corte romana⁸⁴⁹. Este último, el doctor de Vergara, debía haber sido enviado a la Curia poco tiempo antes por el monarca, pues nos consta su presencia sirviendo en la catedral de Toledo, donde ostentaba una canonjía, entre enero y abril de 1465, especificándose en los libros de presencias de la misma, además, que entre mayo y agosto de 1465 ya no se encontraba en ella⁸⁵⁰. Esto mismo nos lo confirma una bula emitida el 8 de julio de 1466 desde Roma por la cual se ordenaba al arzobispo de Toledo, a su vicario y al cabildo catedralicio toledano que dejaran de impedir al doctor Rodrigo de Vergara percibir los frutos de la canonjía que poseía en esa catedral, señalándose en ella que se encontraba en la Curia, al servicio del papa, desde el mes de julio de 1465⁸⁵¹.

Nos detenemos en el caso de Rodrigo de Vergara por dos razones fundamentales: primero, accedería al episcopado mientras se encontraba en Roma al servicio de Enrique IV. En concreto, y como señalamos en el apartado correspondiente, el 30 de octubre de 1467 fue nombrado administrador de la sede de Tuy, y el 6 de octubre de 1469, siendo aún procurador del rey en la Curia, fue seleccionado para ocupar la sede de León. En segundo lugar, porque al igual que el arcediano de Almazán,

⁸⁴⁷ BNE, Mss. 13.236, fol. 87r; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXX, p. 493.

⁸⁴⁸ Fue nombrado administrador perpetuo de Tuy el 30 de octubre de 1467 por el papa Paulo II. RUIZ DE LOIZAGA, S., “Documentos pontificios...”, *op. cit.*, doc. 80, pp. 193-194.

⁸⁴⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXXII, p. 494.

⁸⁵⁰ Y que, por tanto, ya no debía percibir los frutos que de dicha presencia se derivaban. ACT, Obra y fábrica, n. 1054, fol. 6v y fol. 29r.

⁸⁵¹ ACT, Z.12.G.2.15. Dado que Vergara se encontraba en Roma al servicio de Enrique IV frente al arzobispo Carrillo, líder del partido alfonsino, cabría plantear que las dificultades que se pusieron a que continuara percibiendo sus frutos como canónigo de Toledo se pudieron ver motivadas por ello.

se trataba de un antiguo criado del obispo Pedro González de Mendoza⁸⁵², quien se había erigido en líder del partido enriqueño tras el acto de Ávila. Por tanto, cabe concluir que su envío como uno de los procuradores del rey a Roma, precisamente para condenar los actos de sus rebeldes, hubo de ser promovido por el obispo de Calahorra, o al menos el que este influyera o favoreciera en su elección. No obstante, en el caso de Vergara contamos con una mención aislada de 1455 a que se trataba, de un consejero del rey⁸⁵³, por lo que también mantenía vínculos con el monarca.

Ambos, Sánchez de Arévalo y Vergara, habrían de unirse a sus embajadores para cumplir la misión expresada, cuya importancia se puede observar en la carta enviada por el rey los días 11⁸⁵⁴ y 13 de julio a los cardenales para que apoyaran su petición, pues les indicaba que la entrega al rey de la administración del maestrazgo era “complidero a seruicio de Dios e nuestro, e al pro e bien comun de la dicha orden, e de lo contrario se podria seguir en estos mis reynos intolerables daños e inconvenientes”⁸⁵⁵. Y, en efecto, Enrique IV no exageraba, pues, según denunciaba el rey ante el papa en una carta del 14 de julio de 1465 cuyo contenido, además, sus embajadores y procuradores habrían de defender ante el mismo, los rebeldes habían hecho ya que don Alfonso enviara súplicas a Paulo II para que proveyera el maestrazgo de Santiago en “alguna persona que es de los principales agresores e causadores de los dichos casos [...] mi rebelde e desleal y enemigo de la cosa pública de los dichos mis regnos”⁸⁵⁶. Aquel no era otro que el marqués de Villena Juan Pacheco, quien en el mes de mayo de 1465 alcanzó un acuerdo con el conde de Plasencia, el conde de Benavente y el maestre de Alcántara, junto con el entonces príncipe Alfonso, por el cual estipularon que en el momento en que este último “sea rey o me yntitulare por rey”, renunciaría y traspasaría el maestrazgo en Pacheco y enviaría las “suplicaçiones para nuestro muy Santo Padre” necesarias para ello⁸⁵⁷. Por tanto, la misión encargada a estos obispos y futuros obispos adquiere un relieve de primer nivel en el contexto conflictivo al deber, en resumidas

⁸⁵² Era reconocido como uno de los “familiares” del obispo Mendoza en un acta capitular del cabildo catedralicio de Calahorra del 25 de mayo de 1454. COOPER, E. y MIRETE MAYO, S., *La Mitra y la Roca*, op. cit., p. 48, nota al pie 103.

⁸⁵³ RUIZ DE LOIZAGA, S., *Documentación medieval de la diócesis de Bilbao*, op. cit, doc. 80, pp. 193-194.

⁸⁵⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXI, pp. 493-494.

⁸⁵⁵ El fragmento pertenece a la carta del 13 de julio, custodiada en RAH, col. Salazar, 9/1100, fol. 84l.

⁸⁵⁶ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIII, pp. 494-496; y BNE, Mss. 13.236, fols. 87r-89r.

⁸⁵⁷ ADA, C. 3, n. 52. Dado en Plasencia. El día esta blanco. No está terminado, quedando huecos vacíos para añadir más mercedes.

cuentas, de evitar que el principal de los nobles rebeldes se hiciera con el control de la mayor dignidad en poder y rentas de Castilla⁸⁵⁸.

Aparte, aquellos prelados recibieron otra misión. Como hemos señalado, el día 14 de julio Enrique IV envió una carta directamente al propio pontífice en la que, además, exponía los actos cometidos contra él por sus rebeldes y solicitaba que utilizara su poder contra aquellos para someterles a su servicio. Tras mostrar su sumisión a la sede apostólica, el rey también solicitaba al papa que privara de sus dignidades al arzobispo de Toledo, al obispo de Burgos y a los maestros de Calatrava y Alcántara e inhabilitase al marqués de Villena, al Almirante don Fadrique y a los condes de Plasencia, Benavente y Paredes para obtener y poseer cualquier dignidad, beneficio o renta espiritual y temporal en sus reinos, como podría ser el maestrazgo de Santiago recién mencionado. Finalmente, y como medio de conservar la lealtad de sus súbditos, el rey pedía al papa que mandara, bajo pena de excomunión y entredicho, a los habitantes de Castilla que no respaldaran a sus rebeldes⁸⁵⁹. El 17 de julio el rey se dirigió a los obispos de León y Oviedo, a Rodrigo de Vergara, futuro administrador de Tuy, a Juan de Medina, arcediano de Almazán, y a Suero de Solís, sus embajadores y procuradores en Roma, para informarles de que escribía al papa para ordenarles que “con todas vuestras fuerzas trabajéis e tengáis manera como” aquellas suplicaciones contenidas en la carta al papa tuvieran efecto, prometiéndoles “que por ello vos haré mercedes”⁸⁶⁰.

¿Cumplieron los mandatos regios? Gracias a una carta enviada en la primera semana de agosto de 1465 por el cardenal Ammannati, que se encontraba presente en aquellos momentos en la Curia, al también cardenal Francesco Piccolomini⁸⁶¹, hemos podido conocer no solo que aquellos embajadores y procuradores obedecieron la orden del rey, sino también el éxito inicial de sus gestiones. En efecto, Ammannati informaba en su carta de que habían llegado noticias a Roma de los movimientos que surgidos en Castilla. Tras explicar que el nuevo rey, don Alfonso, había escrito una carta al pontífice para justificar los hechos cometidos, asegurar su pronta victoria y pedir el favor papal, lo cual, por otro lado, nos sitúa también ante un intento temprano de la cúpula dirigente

⁸⁵⁸ Ya MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, p. 133 sospechaba que aquel rebelde al que se refería el rey era Pacheco.

⁸⁵⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXXIV, pp. 496-500. También en BNE, Mss. 13.236, fols. 89r-92r.

⁸⁶⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXXXVI, p. 502.

⁸⁶¹ La carta en CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati, op. cit.*, doc. 162, pp. 743-748.

del bando rebelde, prelados incluidos, de estrechar lazos con Roma, el cardenal relata las gestiones de los procuradores de Enrique IV⁸⁶².

En primer lugar, señalaba la presencia, de forma general, de los procuradores de Enrique IV, a los cuales conocemos por las órdenes regias, en Roma. Según Ammannati, estos estaban recibiendo el respaldo de una relevante figura que también nos interesa para nuestro estudio, el cardenal de Sant'Angelo y administrador perpetuo del obispado de Plasencia Juan de Carvajal⁸⁶³. En efecto, según Ammannati, el cardenal estaba favoreciendo las gestiones de los procuradores de Enrique IV y atrayendo partidarios a su causa, los cuales, según indica, no les faltaban⁸⁶⁴. El propio cardenal Ammannati debió ser uno de ellos, pues en esta misma carta criticaba duramente las intenciones de los rebeldes castellanos y alababa los servicios prestados por Enrique IV a la Santa Sede.

Esta carta, en consecuencia, nos permite conocer que el cardenal Juan de Carvajal no sólo se posicionó en el conflicto a favor de Enrique IV, sino que sirvió en la Corte romana a este monarca frente a sus detractores. Con este dato se comprenden mejor las críticas del cronista proalfonsino Alfonso de Palencia a este cardenal, a quien había tratado de atraer a la causa rebelde durante la embajada que los opositores al monarca enviaron a Roma en el verano de 1464 sin éxito⁸⁶⁵ y de quien omite su filiación a uno u otro bando en sus escritos, seguramente con el fin de no destacar un importante apoyo recibido por Enrique IV en el marco conflictivo⁸⁶⁶.

Tras señalar este relevante dato, el cardenal Ammannati pasaba a resumir lo hasta la fecha realizado por los embajadores y procuradores de Enrique IV: señala que habían denunciado lo que calificaban como una malvada rebelión y violación abierta de

⁸⁶² El fragmento de la carta que relata los hechos de Castilla, en concreto, en *Ibidem*, pp. 746-748.

⁸⁶³ Sobre su figura sigue siendo esencial GÓMEZ CANEDO, L., *Un español al servicio de la Santa Sede*, *op. cit.*

⁸⁶⁴ Esta intervención del cardenal Carvajal ya fue recogida por *Ibidem*, p. 233.

⁸⁶⁵ Palencia nos dice lo siguiente sobre él: “Da vergüenza decir y dolor referir lo que a los demás procuradores y a mí nos contestó [don Juan de Carvajal] cuando le leí la invectiva de los grandes [el manifiesto de Burgos] contra el Rey Enrique, y entre otros delitos sin número las violencias feas de sus satélites moros, que con licencia de Enrique arrancaban de los brazos de sus padres a doncellas y mancebos que luego torpemente corrompían –y esto en el ombligo del reino de Castilla, donde cualquier crimen de este tipo, aun perpetrado por culpa de hijos de reyes, se había castigado con extremado rigor. Omitiré las palabras de su respuesta porque hasta su repetición parecería abominable, especialmente cuando aquel cardenal era reputado por el más virtuoso y severo de todos, o por uno de los más graves”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, *op. cit.*, vol. II, pp. 298-299.

⁸⁶⁶ Sobre él se limitó a indicar que residía en Roma. *Ibidem*, p. 314. Como vemos, ello no fue óbice para que colaborase con Enrique IV.

la fe, y que habían suplicado que no se concediese nada de lo que solicitase don Alfonso –como el maestrazgo de Santiago– al ir contra los intereses de su señor, el rey de Castilla, de quien destacaron sus continuas muestras de devoción hacia la sede apostólica. Asimismo, requirieron al papa que no permitiera que se llamara a don Alfonso rey de Castilla⁸⁶⁷. Los obispos de Oviedo y León, el administrador de Plasencia y el futuro administrador de Tuy, junto a los otros procuradores, por tanto, fueron los pilares de la diplomacia castellana con Roma en los primeros compases de la guerra civil. Del éxito de sus gestiones no se puede dudar, pues, aparte de lo que ya indica el cardenal Ammannati, Paulo II se acabó inclinando de forma clara en favor de Enrique IV⁸⁶⁸.

Hemos de suponer que en los meses y años siguientes estos obispos y eclesiásticos continuaron representando a Enrique IV ante el pontífice, aunque nos hayan llegado escasas noticias de sus gestiones y de las nuevas misiones encargadas por el monarca. Por ejemplo, sabemos que en un momento indeterminado de 1466, Enrique IV solicitó al doctor Rodrigo de Vergara, su procurador en Roma y futuro administrador de Tuy, que solicitara a Paulo II la exención de la jurisdicción del maestre de Alcántara, miembro del bando alfonsino, para ciertos caballeros de su Orden, en concreto, Alfonso de Monroy, clavero de la Orden, y el comendador fray Rodrigo de Peñaranda, contra los que, por mantenerse en su lealtad, el maestre pretendía proceder⁸⁶⁹. Hemos de suponer que el monarca dirigió esta misma orden al resto de sus embajadores y procuradores en Roma, aunque solo nos haya llegado la dirigida a Vergara. Al año siguiente, el 23 de julio de 1467, encontramos a Rodrigo de Vergara como procurador de Enrique y Juana, reyes de Castilla y León, y como subdiácono y escritor de letras apostólicas⁸⁷⁰.

No obstante, conocemos de forma fehaciente que dos de estos prelados abandonaron, aunque fuera de forma temporal, la representación del rey castellano en Roma. Uno es el obispo de León, don Antonio Jacobo de Veneris, pues el 16 de marzo

⁸⁶⁷ CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati, op. cit.*, doc. 162, p. 748.

⁸⁶⁸ Muestra de ello, y también de los beneficios que pudo llegar a obtener este pontífice de su respaldo a Enrique IV durante la guerra civil, es que cuando a finales de 1469 el rey de Francia envió a dos eclesiásticos a la corte castellana para solicitar a este monarca que se uniese a su demanda de “consylio contra el papa Paulo”, el rey le respondiese, “syn consultar con los de su Consejo”, que “él hera en mucho cargo al papa, porque en las turbaciones pasadas, syenpre le avía seydo mui parçial y ayudador contra los perlados y cavalleros que lo avían desonrrado, por tanto que le rrogava que en este caso no curase de ynsystir, porque antes avía de ayudar al papa que ser contra él”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 342.

⁸⁶⁹ ADA, C. 3, n. 21.

⁸⁷⁰ HOFMANN, W., *Forschungen zur Geschichte der Kurialen, op. cit.*, 1914, p. 190 y p. 197.

de 1466 el cardenal Ammannati se dirigió a Bianca María Sforza para recomendarle al mismo, a quien califica como su familiar, debido a que se dirigía a Milán⁸⁷¹, por orden del pontífice, para solucionar la inestabilidad originada en el ducado a la muerte de Francisco Sforza⁸⁷². Nada más sabemos de su actuación hasta su envío a Castilla en 1467 como legado *a latere* del papa para conseguir la pacificación de Castilla. El otro es el cardenal Juan de Carvajal, administrador de la sede de Plasencia, quien fue enviado como legado pontificio a Venecia entre 1466 y 1467, por lo que no pudo intervenir mucho más en la contienda castellana al estar ocupado en complejos negocios pontificios⁸⁷³.

En cuanto a las relaciones diplomáticas del bando alfonsino con el pontificado, ya se ha indicado cómo, según el cardenal Ammannati, poco después de la Farsa de Ávila las primeras cartas del infante-rey don Alfonso o, mejor dicho, de los líderes del bando rebelde en su nombre ya habían llegado a Roma. Y, en efecto, nos consta que su relación con el pontífice fue una de las primeras cuestiones debatidas por los rebeldes, incluso de forma previa al acto de Ávila: reunidos ya en aquella ciudad en los primeros días de junio de 1465, los rebeldes, y entre ellos el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria⁸⁷⁴, discutieron sobre la conveniencia de recurrir a la intervención pontificia para llevar a cabo su proyecto de deposición, pues muchos sospechaban que Paulo II respaldaría a Enrique IV⁸⁷⁵. Como explica muy acertadamente Nieto Soria, la experiencia adquirida en las embajadas previas, en las cuales no se consiguió que ni Pío II ni Paulo II aceptasen sus reclamaciones contra Enrique IV, había provocado que se diese por hecho que Roma apoyaría al rey legítimo⁸⁷⁶, razón por la cual decidieron actuar sin consultar al papa y deponer por su cuenta al rey en aquel cadalso de Ávila.

Pero, como se ha señalado a partir de las cartas de Enrique IV a sus procuradores y la misiva del cardenal Ammannati, inmediatamente recurrieron al pontífice para comunicarle lo acontecido y solicitar su apoyo. En concreto, las crónicas exponen cómo, una vez conocidas las súplicas de ayuda de don Enrique al papa, “los grandes de la parcialidad del rey Alfonso”, entre los cuales siempre hemos de situar, como mínimo, al arzobispo de Toledo y al obispo de Coria, “cuidaran de que se diesen cartas de

⁸⁷¹ CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati, op. cit.*, doc. 201, pp. 855-857.

⁸⁷² CALCAGNI, D., *Memorie istoriche, op. cit.*, p. 89.

⁸⁷³ GÓMEZ CANEDO, L. *Un español al servicio de la Santa Sede, op. cit.*, p. 240 y ss.

⁸⁷⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 236.

⁸⁷⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi, op. cit.*, vol. II, p. 307.

⁸⁷⁶ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, *op. cit.*, pp. 220-221.

instrucción para hacer saber al sumo pontífice los orígenes de las rebeldías y de las guerras, y para asegurar que no se dejase persuadir por esta asechanza hostil de Enrique y de los cómplices que inventaban tan perverso plan”⁸⁷⁷. En esta labor continuaron ocupados en los meses siguientes, tal y como se desprende de la crónica de Alfonso Palencia, en la cual su autor critica que Paulo II se decantara a favor de Enrique IV y perjudicara al infante-rey don Alfonso. En concreto, al poner un ejemplo de la preferencia del papa hacia don Enrique, nos proporciona el dato de que aquel había ordenado “a los procuradores del rey Alfonso que en la curia romana no le llamasen a Alfonso rey de Castilla”⁸⁷⁸, lo que nos permite conocer, primero, que el pontífice aceptó, al menos, aquella exigencia que fue presentada por Enrique IV en su alegación al papa, y, segundo, que los rebeldes contaban con sus propios procuradores en Roma. Sin embargo, no nos consta que ningún prelado del partido alfonsino se trasladara entonces a Roma y desconocemos si entre aquellos procuradores se encontraba algún representante de los mismos, como sí ocurrió en el verano de 1464.

Sí conocemos que en los primeros momentos de la guerra los dirigentes del bando alfonsino intentaron que todas las ciudades pertenecientes a la facción rebelde enviaran cartas al papa para explicar las razones de su alzamiento contra el rey Enrique, con el fin de respaldasen las que en el mismo sentido enviaban en nombre de don Alfonso. Según el cronista Palencia, en aquellos meses se enviaron cartas desde las alfonsinas Toledo, Córdoba, Ávila, Palencia y Valladolid. El concejo de Burgos aceptó también realizar esta acción, pero, según los cronistas, el obispo burgalés Luis de Acuña lo impidió, al parecer siguiendo órdenes de su pariente y aliado, el marqués de Villena⁸⁷⁹. Solo conservamos el ejemplar de la carta enviada por la ciudad de Sevilla el 9 de diciembre de 1465, cuyo modelo, según el cronista Alfonso de Palencia, quien la reproduce completamente, siguieron el resto de ciudades y el propio arzobispo de Toledo en sus cartas enviadas al pontífice⁸⁸⁰.

No hemos podido localizar el original de la misiva sevillana, pero sí ciertas referencias a su gestación que nos permiten confirmar que la iniciativa de su envío surgió de la Corte alfonsina. En concreto, el 6 de septiembre de 1465, y en nombre del

⁸⁷⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 348; y *Crónica anónima de Enrique IV*, Vol. II, pp. 172-173. El fragmento es del primero.

⁸⁷⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 361.

⁸⁷⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 348; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 256; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 173.

⁸⁸⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 310-311.

infante-rey don Alfonso, se escribió una carta al conde de Arcos, uno de los principales magnates sevillanos, en la cual, entre otras cuestiones, le comunicaba que escribía “a esa çibdad e al duque, mi tío”, es decir, a Sevilla y al duque de Medina Sidonia, “sobre çiertas letras que han de escriuir a nuestro muy Santo Padre, e vos asyemesmo con ellos, segúnd la forma en que los perlados e grandes de mis reynos e muchas çibdades e villas han escripto a su Santidad”, lo cual le pedía que apoyase y realizase, “porque mucho cunple para obuair a las maliçias que por los contrarios”, es decir, por los partidarios de Enrique IV, “se han escripto al dicho Santo Padre”⁸⁸¹. Así podemos conocer que no solo las ciudades señaladas por Alfonso de Palencia, sino que también otras villas, nobles y prelados del bando alfonsino se dirigieron al papa para justificar los actos cometidos contra Enrique IV por orden directa de la corte alfonsina.

Sin duda el arzobispo Carrillo hubo de ser uno de los impulsores del envío de estas cartas al pontífice, pues, como se ha indicado, también Alfonso de Palencia refiere en su crónica cómo el mitrado toledano, ante el rechazo inicial de Roma a sus pretensiones, remitió a Paulo II “una carta llena de quejas” contra Enrique IV en la que reclamaba el respaldo de Roma para la causa de don Alfonso. Para la redacción de esta, se basó en el modelo de las cartas que las ciudades del reino, a las cuales “agregó citas extractadas de las propias leyes, junto con autoridades teológicas y confirmaciones canónicas”. Dicha carta fue respaldada por todos los nobles partidarios de don Alfonso⁸⁸².

Desconocemos más intervenciones específicas de prelados del partido alfonsino en la diplomacia con la Corte pontificia, aunque sin duda estas se produjeron, ya fuera por medio del envío de procuradores o de cartas en las que se solicitaba el favor del papa. En todo caso, las aspiraciones del bando rebelde de conseguir el respaldo de Roma estaban abocadas al fracaso. Como se ha indicado, Paulo II se negó a reconocer a don Alfonso como rey de Castilla. Su posicionamiento favorable a Enrique IV se hace especialmente patente ante el hecho de que en 1467 acabara designando a legado *al latere* en Castilla que habría de ocuparse de poner fin a estas contiendas. Este no era otro que el mencionado Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León, que partió de

⁸⁸¹ AHNOB, Osuna, C. 118, doc. 1.

⁸⁸² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 361.

Roma con el proyecto de lograr la paz en Castilla a partir del reconocimiento de don Enrique como monarca único de Castilla⁸⁸³.

Como muestra de lo que hubo de ser un constante cruce de mensajeros, cartas y procuradores del que apenas ha quedado rastro, pueden ser destacadas dos cartas conservadas entre los fondos medievales de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla de la Universidad Complutense de Madrid. La primera se trata de una carta redactada por el papa Paulo II el 1 de octubre de 1465 dirigida a los partidarios del infante-rey Alfonso, y la segunda, sin fecha, es la respuesta dada por aquellos a la carta del pontífice. Sin poder entrar aquí en el análisis de su contenido y los argumentos ideológicos en ellas expresados, cabe señalar que la simple dirección de la carta del pontífice no podía ser más desoladora para los líderes del partido alfonsino, pues el papa se dirigía a ellos como los prelados, próceres, maestros, caballeros y comunidades del reino de Castilla disidentes al rey (“a rege disidentibus”), y a Enrique IV como a “Karissimum in Christum filium noster Enrricus, regem”. En ella les reclamaba, en síntesis, que se sometieran a su arbitraje en este conflicto y a su decisión final sobre el mismo a fin de preservar la paz en el reino. Les explicaba que Enrique IV, le había solicitado que procediera contra ellos como perjurios y cismáticos y que empleara toda la dureza de las censuras eclesiásticas, prometiéndoles, en efecto, hacer uso de la “spirituali gladio” en el caso de que no atendieran a su mandato⁸⁸⁴. Sin embargo, en su respuesta, sin data, a esta carta, los prelados, caballeros y comunidades del reino de Castilla y León “in servicio et obediencia serenissimi regis Alfonsi”, ignoraban la petición del papa y le, en cambio, solicitaban su favor para el remedio de las calamidades del reino, negando ser disidentes al rey, sino aquellos que procuraban el bien del reino. Por otro lado, la labor de los embajadores y procuradores mencionados de Enrique IV en Roma, como señalaba el cardenal Ammannati, debía estar surtiendo un gran efecto, pues los propios prelados y nobles rebeldes al rey reconocían en su carta al papa que este se había dejado influenciar por los ministros de Enrique IV en la Curia para inclinarse en su favor en la contienda⁸⁸⁵.

⁸⁸³ Ya Nieto Soria señaló que la designación de Veneris, embajador de Enrique, como legado, “era todo un símbolo de la posición pontificia”. NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 56.

⁸⁸⁴ BHMV, Mss. 145, fols. 101r-106r.

⁸⁸⁵ BHMV, Mss. 145, fols. 106r-112v.

2) Aragón

Junto con el papado, las relaciones con el reino de Aragón fueron en las que mayores esfuerzos invirtió el bando alfonsino. No podía ser de otra manera dada la alianza que buena parte de la cúpula dirigente del partido alfonsino y, en especial, el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, mantenía con Juan II de Aragón, cuyos intereses en Castilla son sobradamente conocidos y de quien los rebeldes esperaban conseguir respaldo para sus objetivos⁸⁸⁶. Siguiendo la tónica de los años anteriores⁸⁸⁷, el prelado toledano dirigió durante todo el conflicto a los rebeldes en sus relaciones con el monarca vecino, siendo el principal enlace entre Juan II y la Corte alfonsina.

Ello ya puede comprobarse desde los primeros momentos de la rebelión, cuando la perspectiva de un matrimonio en Portugal para la infanta Isabel negociado por Enrique IV en los primeros meses de 1464, sin contar con Carrillo y Juan Pacheco, situó en una delicada situación a la liga nobiliaria, que no tuvo otra opción que acercar posturas con el monarca de Aragón para utilizarle como contrapeso frente a un posible respaldo del rey portugués a Enrique IV⁸⁸⁸.

Ya en la junta celebrada en Alcalá de Henares durante el mes de mayo de 1464 en la que se comenzó a organizar la rebelión, Carrillo, el obispo de Coria y el resto de nobles aliados desde hacía años con Juan II de Aragón, hubieron de otorgar ciertas seguridades al marqués de Villena Juan Pacheco y a su hermano, el maestre de Calatrava Pedro Girón, para hacer efectiva la alianza entre las facciones nobiliarias que encabezaban⁸⁸⁹, seguridades que nos muestran su intención de entablar contacto con el rey de Aragón. En efecto, el 23 de mayo de 1464 el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla, el conde de Alba de Liste, el conde de Paredes y el obispo de Coria, anunciaban de forma expresa su propósito “de suplicar al muy alto serenísimo rey de

⁸⁸⁶ Sigue siendo fundamental, tanto para los intereses de Juan II de Aragón en Castilla como para las relaciones de este monarca con el arzobispo de Toledo, la obra de VICENS VIVES, J., *Juan II de Aragón*, op. cit. También destaca esa alianza FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 43-44.

⁸⁸⁷ No es nuestro objetivo realizar un análisis de las relaciones entre Juan II de Aragón y el arzobispo Carrillo en los años previos a la guerra civil, cuestión que bien merece un estudio particularizado debido a la abundante documentación que sobre esta cuestión se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón.

⁸⁸⁸ Seguimos aquí a MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 27.

⁸⁸⁹ Una primera confederación tendría lugar de forma reducida, aunque especificándose aliados de uno y otros, entre Carrillo y Pacheco y Girón el día 16 de mayo. AHNOB, Frías, C. 696, doc. 11; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCII, pp. 302-304.

Aragón que nos ayude para con las cosas susodichas e nos fauoresca en otras que entendemos proseguir que son seruizio de Dios nuestro sennor e redundan en buena administración e gouernación destos regnos et en la tranquilidad e pas e sosiego dellos e en la vtilidad e bien de la cosa pública”. Debido a que se habían confederado con el marqués de Villena y con el maestre de Calatrava y entre estos y el rey de Aragón “es necesario aver de sanear algunas diferencias” sobre la posesión del maestrazgo de Calatrava y ciertos bienes que en su día pertenecieron al rey de Aragón y que ahora poseían Pacheco y su hermano⁸⁹⁰, los prelados y nobles aragonesistas les daban seguridades de conseguir la renuncia del rey de Aragón a todo ello⁸⁹¹, con el objetivo de que sus nuevos aliados aceptasen su intención de recurrir a Juan II para que les respaldara en los asuntos castellanos. Muestra del liderazgo de Carrillo sobre aquella facción y de su interés por realizar aquellos acuerdos con su aliado, el monarca aragonés, es que aquel mismo día otorgó otra seguridad por la que se comprometía “particularmente en este caso”⁸⁹². La orientación de la política exterior de la facción nobiliaria ya quedaba establecida: en Aragón se buscaría el remedio para todo.

Siguiendo lo acordado el 23 de mayo, casi dos meses más tarde, el 16 de julio de 1464, se firmó una confederación entre el rey de Aragón y aquellos prelados y nobles castellanos en Tárrega⁸⁹³. Es a través de Zurita como podemos conocer su contenido y las circunstancias concretas de su redacción⁸⁹⁴. Este documentado cronista explica que tras las reuniones entre Enrique IV y Alfonso V de Portugal, los rebeldes, entre los cuales se encontraban el arzobispo de Toledo y los obispos de Coria y Osma, se reunieron en Uceda, señorío de la mitra toledana, en junio de 1464, donde decidieron,

⁸⁹⁰ Un análisis de estas confederaciones y contiendas entre el rey de Aragón y Pacheco y Girón en FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 257-258.

⁸⁹¹ AHNOB, Frías, C. 12, doc. 2².

⁸⁹² AHNOB, Frías, C. 12, doc. 2¹.

⁸⁹³ Conviene señalar en este punto, para no caer en un error recurrente, que la confederación transcrita en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCV, pp. 321-326 entre el rey Juan II de Aragón y varios grandes de Castilla contra Enrique IV no es, como señalan los autores de esta edición, de 1464. Tanto aquí como en su original, custodiado en AHNOB, Osuna, C. 445, doc. 3, que no tienen data, podemos observar las firmas del marqués de Santillana y del obispo de Calahorra don Pedro González de Mendoza, lo que nos sitúa en un contexto bien distinto. En efecto, este documento se trata de la confederación firmada entre los entonces miembros de la liga nobiliaria y Juan II de Aragón en Tudela el 4 de abril de 1460, cuyo original se custodia en la BNE, Mss. Res. 261, n. 6. Ya NIETO SORIA, J. M., “El «poderío real absoluto» de Olmedo...”, op. cit., p. 211, nota al pie 182 dio cuenta de este error. No es por tanto, este documento la confederación que en julio de 1464 firmaron el monarca aragonés y los ya nobles rebeldes, aunque su contenido sea muy similar en algunos puntos, tanto que VICENS VIVES, J., *Historia crítica de la vida*, op. cit., p. 143, nota al pie 435, al compararlo con el resumen y transcripción que de la verdadera confederación de julio de 1464 ofrece Zurita en sus *Anales*, llega a indicar que este autor “tuvo un original más completo que el reproducido” en las *Memorias de Enrique IV*.

⁸⁹⁴ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fols. 130v-131v.

para tener mayor seguridad en su rebelión contra el rey, aliarse con el rey de Aragón⁸⁹⁵, aunque sabemos que esta idea era anterior. El dato de la presencia de los rebeldes en Uceda en junio de 1464 nos viene confirmado por Palencia, quien explica que allí se encontraba en junio Carrillo custodiando a los rehenes entregados para la primera negociación entre los rebeldes y el rey⁸⁹⁶. Podemos observar así una falta de interés verdadero de aquellos prelados y grandes por alcanzar una concordia con Enrique IV en estos momentos, pues buscaban alianzas en el exterior en su perjuicio al tiempo que negociaban con él.

Así, aquellos grandes hubieron de enviar sus procuradores ante los reyes de Aragón, quienes firmaron una confederación con ellos, según indica Zurita, estando en el real de Tárrega el 16 de julio de 1464. Más tarde se uniría a ella el propio príncipe de Aragón don Fernando. En las cláusulas de esta confederación o, más bien, verdadero tratado entre la nobleza castellana y el monarca aragonés⁸⁹⁷, podemos observar el papel crucial que estaba llamado a jugar el arzobispo de Toledo en las relaciones entre el bando rebelde y el monarca vecino.

En primer lugar, los reyes de Aragón se comprometieron a proporcionar todo su favor a aquellos prelados y nobles castellanos para la defensa de la fe, para la conquista del reino de Granada y para la liberación de los infantes don Alfonso y doña Isabel, declarándose defensores del bien común de Castilla, de los infantes y de la sucesión legítima de aquel reino. En segundo lugar, se ofrecieron a honrarles y defenderles con sus personas y reinos contra cualquier persona del mundo, aunque estuviesen constituidas en dignidad real o fuesen parientes suyos. Siempre que alguno de aquellos nobles y prelados se lo requiriesen, irían en persona “con todo su poder y gentes en su defensa”, al igual que lo harían para alcanzar la libertad de los infantes y la reformation y conservación del bien común de los reinos de Castilla. En tercer lugar, aseguraron que no entrarían en Castilla sin el acuerdo y consentimiento de aquellos nobles o, al menos, del arzobispo de Toledo, del marqués de Villena y de los condes de Alba de Liste y de Benavente, quienes también habrían de decidir cuánto se alargaría “su estada en Castilla”. Y en cuarto lugar, y en relación directa con los acuerdos del 23 de mayo, los reyes de Aragón se comprometieron a no pedir restitución de aquellos bienes y rentas ni

⁸⁹⁵ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 130v.

⁸⁹⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 288.

⁸⁹⁷ Entre el resumen y la transcripción literal se encuentra la versión que de este acuerdo nos ha legado ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fols. 131r-v.

del maestrazgo de Calatrava al marqués de Villena y a don Pedro Girón, ofreciéndose a darles cualquier confirmación que quisieran y a poner en poder del arzobispo de Toledo cualquier rehén o prendas, exceptuando al príncipe don Fernando. Los juramentos y seguridades de los grandes castellanos los tomó Ramón de Espés, mayordomo y ayo del príncipe Fernando, quien Zurita indica que fue enviado por Juan II ante aquellos junto a Sancho de Paternoy y Pedro Torroella, mayordomo del rey de Aragón, para concluir estos tratos⁸⁹⁸.

De esta forma los grandes castellanos se aseguraban un respaldo exterior nada desdeñable ante la ya rebelión que abiertamente cometían contra su rey. El arzobispo Carrillo se erigió en uno de los principales árbitros de las relaciones Aragón y los rebeldes, adquiriendo así cierta superioridad en esta alianza con respecto a los obispos de Coria y Osma, a quienes, a pesar de que participaron en esta confederación, no se les asignó ninguna función concreta. Lo crucial de esta alianza se puede entender mejor si tenemos en cuenta que en la concordia y confederación que los miembros del Consejo Real de Enrique IV, entre ellos el obispo Mendoza, trataron de alcanzar con la facción rebelde en el contexto de las negociaciones que mantenían con estos como medio de mitigar la rebelión, se exigió en dos cláusulas distintas que el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y sus aliados no pudiesen confederarse con ningún rey o príncipe extranjero contra el rey de Castilla⁸⁹⁹. En la Corte enriqueña debían ser conscientes del trato promovido con el rey de Aragón por los rebeldes.

Aunque no conservamos datos concretos, hemos de aceptar que en los meses siguientes los embajadores y mensajeros entre el rey de Aragón y los rebeldes continuaron circulando por las fronteras castellano-aragonesas, aunque, como ya señaló Vicens Vives, no reclamasen su auxilio, pues les bastaba con saber que podían contar con su apoyo⁹⁰⁰. Que los contactos entre el rey de Aragón y los rebeldes se mantuvieron en los meses siguientes nos lo confirma unas instrucciones dadas por Juan II a su embajador ante el duque de Saboya el 10 de febrero de 1465, por las cuales le ordenaba que expusiera al duque el estado de los conflictos que en Castilla se habían originado por la entrega del maestrazgo de Santiago a Beltrán de la Cueva frente a los derechos del infante don Alfonso, en un sugerente alarde de reduccionismo de las verdaderas

⁸⁹⁸ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fols. 131r-v.

⁸⁹⁹ El documento en AGS, PTR, leg. 11, doc. 79; y AGS, PTR, leg. 7, doc. 110.

⁹⁰⁰ VICENS VIVES, J., *Juan II de Aragón 1389-1479*, op. cit., pp. 288-289.

razones del conflicto. El rey de Aragón explicaba que tanto por parte del rey de Castilla como por parte de los barones de aquel reino le habían sido enviadas diversas embajadas, sin especificar los nombres de aquellos grandes ni de sus embajadores y sin explicar sus fines concretos. Juan II se limitaba a señalar que había provisto en aquellos negocios a servicio de Dios y en beneficio de aquel reino, y que aunque las cosas no estaban del todo reposadas, “stan en bona disposició a seruey de la dita majestat”, es decir, de él mismo⁹⁰¹. No parece demasiado aventurado suponer que los miembros del partido aragonés castellano, y, entre ellos, el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria, formaron parte de aquellos barones castellanos que continuaron en contacto con Juan II de Aragón durante aquellos primeros meses de rebelión tanto para informarle de los hechos de Castilla como para mantener vivas unas relaciones que les permitieran solicitar su respaldo en caso de serles necesario. No encontramos nuevos datos de las que indudablemente debieron ser unas fluidas relaciones entre la corte aragonesa y los rebeldes hasta que don Alfonso fue alzado como rey. A partir de ese momento, Alfonso Carrillo y Juan Pacheco se convirtieron en los principales contactos del rey de Aragón en Castilla.

Sobre las relaciones mantenidas por el arzobispo Carrillo con Juan II de Aragón tras la “Farsa de Ávila”, conservamos dos noticias principales: la primera, y que analizamos en otro lugar, que el 11 de enero de 1466 el monarca aragonés solicitó a su sobrino, el rey Fernando I de Nápoles, que enviase sus súplicas al papa para que Diego López de Madrid fuese provisto de la rica y potente sede de Sigüenza, pues así lo deseaba su aliado, el arzobispo de Toledo⁹⁰². Para transmitirle tal petición el arzobispo hubo de enviar emisarios al monarca aragonés. Dado que Juan II continuó remitiendo embajadas, misivas e instrucciones sobre esta cuestión hasta finales de 1467, hemos de suponer que Carrillo hizo lo propio con respecto al rey de Aragón para suplicarle que siguiera intercediendo en su favor en la vacante seguntina.

En segundo lugar, que Carrillo defendiera en distintas ocasiones ante el resto de líderes del bando alfonsino la necesidad de acordar los matrimonios tanto de don

⁹⁰¹ ACA, RC, reg. 3412, fol. 14v.

⁹⁰² Analizamos en extenso la intervención del rey de Aragón en la vacante de Sigüenza siguiendo las peticiones de Carrillo en el bloque referente a las elecciones episcopales durante la guerra civil. Esta carta al rey de Nápoles en ACA, RC, reg. 3446, fol. 5v.

Alfonso como de su hermana Isabel con los hijos del rey de Aragón⁹⁰³, indica que el prelado continuaba en contacto con el rey don Juan. Así lo planteó, sin resultado alguno, en la junta que tuvo lugar en Arévalo⁹⁰⁴ entre los meses de marzo y abril de 1466⁹⁰⁵, y los cronistas nos informan de que a finales de aquel mismo año el arzobispo “no çessava secretamente [de] buscar vias como el rey don Alfonso cassase con la fija del rey don Iohan de Aragon”⁹⁰⁶, razón por la que, junto al obispo de Coria, organizó una conjura que acabó fracasando para arrebatar al marqués de Villena el control del infante-rey y llevarle a Ávila, donde podrían organizar libremente aquel matrimonio⁹⁰⁷. Y es que en este punto difería con el marqués de Villena don Juan Pacheco, quien debido a sus conflictos ya señalados con el rey de Aragón, recelaba del mismo⁹⁰⁸.

Según Vicens Vives⁹⁰⁹, la gravedad de la situación en Cataluña en 1467 obligó a Juan II de Aragón, quien hasta el momento había mantenido las apariencias con respecto al conflicto castellano⁹¹⁰, a inclinarse hacia el bando alfonsino con el objetivo de conseguir su apoyo para sus propias contiendas internas. En torno al mes de abril de 1467, y seguramente a causa del inminente fracaso de las negociaciones que entre los bandos se estaban llevando a cabo en Madrid y a la noticia de los intentos de Enrique IV de concertar una alianza con Inglaterra, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el almirante don Fadrique y otros grandes de su partido, enviaron mensajeros al monarca aragonés para solicitarle que enviara a Castilla a su fiel servidor, el

⁹⁰³ Ya en la confederación firmada el 16 de mayo de 1464 entre Carrillo, Pacheco y Girón, todos ellos se arrogaron la capacidad de decidir los matrimonios de los infantes Alfonso e Isabel una vez que hubieran pasado a su control. AHNOB, Frías, C. 696, doc. 11; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCII, pp. 302-304. Lo mismo acordaron en la confederación que ya solo entre el arzobispo y el maestre de Santiago se firmó el 4 de junio de 1468. AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 635-637.

⁹⁰⁴ Según PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 364, el arzobispo pronunció un discurso en dicha reunión en la que reclamó lo siguiente: “Por otra parte, el tiempo y la razón ya exigen que tomemos alguna decisión sobre los matrimonios de este señor y de su hermana Isabel con los hijos del rey de Aragón, aun si Isabel está retenida contra su gusto entre los enemigos, o encarcelada o corrompida por las seducciones de la reina Joana que inducen a la doncella a dar su mano al rey de Portugal”.

⁹⁰⁵ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 164-166.

⁹⁰⁶ *Crónica anónima de Enrique IV*, Vol. II, p. 196.

⁹⁰⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 407; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 280.

⁹⁰⁸ El cronista Palencia, gran servidor de Carrillo, señala que “siempre había aconsejado el arzobispo de Toledo el matrimonio de la señora [doña Isabel] con el príncipe de Aragón Fernando, aunque contra la voluntad del maestre de Santiago [don Juan Pacheco], que vivamente lo contradecía”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 461.

⁹⁰⁹ VICENS VIVES, J., *Historia crítica de la vida*, op. cit., p. 232.

⁹¹⁰ A pesar de su claro favor a los rebeldes, el 28 de julio de 1466 el rey de Aragón pedía a su consejero, fray Bernat de Cardona, que comunicase al rey de Francia la existencia de dos embajadores suyos en Castilla: uno en la corte del “rey don Enrich”, Mosén Samper, y otro junto a su hermano y los caballeros que con él estaban, Mosén Pero Vaca. CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II*, op. cit., Apéndice documental, doc. 17, p. 528.

Condestable de Navarra Mosén Pierres de Peralta, “para concertar el matrimonio del principe don Alonso, que ellos llamauan rey, y de la infante doña Iuana hija del rey de Aragon, y del principe don Hernando con doña Beatriz Pacheco, hija del marques de Villena”⁹¹¹, matrimonios con los que Carrillo y sus aliados perseguían un claro objetivo: ligar al rey de Aragón a su causa y conseguir la aprobación del marqués de Villena a la alianza con este. Por las razones expuestas Juan II accedió, y a principios de mayo de 1467 ordenó acudir desde Tarragona al condestable Peralta para conseguir aquella deseada alianza con los rebeldes castellanos⁹¹².

En las instrucciones dadas al condestable⁹¹³ se especificaba que el arzobispo Carrillo era uno de los grandes castellanos que habían solicitado aquellos matrimonios y, en consecuencia, Peralta debía tratar con él. En ellas también se abría la posibilidad de que el marqués de Villena acabara rechazando el enlace entre su hija y el príncipe Fernando, razón por la cual Juan II ordenó a su embajador que diera poderes en su nombre al arzobispo y al almirante para tratar, “por aquellas mejores vias que les parezcan”, de alcanzar el matrimonio entre el príncipe Fernando y la infanta doña Isabel. Ambos, junto al condestable, deberían tantear qué hermano de la infanta y qué grandes de Castilla aceptarían tal enlace, con el fin de que el rey de Aragón y su hijo “fagan ligas, alianças estrechas e confederaciones” con todos aquellos⁹¹⁴. Carrillo se convertía así, por encima de su filiación alfonsina, en uno de los principales enlaces de Juan II de Aragón con el reino castellano.

Por otro lado, nos constan otras cuestiones que fueron tratadas por el rey de Aragón con Pacheco y Carrillo en tanto que máximos dirigentes de aquella parte del reino de Castilla que había declarado su fidelidad a don Alfonso. A comienzos del verano de 1467 se reactivó un conflicto entre el noble valenciano Hugo de Cardona y su hijo Juan de Cardona. Ambos se disputaban la posesión de ciertos señoríos en los reinos de Navarra y Valencia, y con la ayuda del adelantado mayor del reino de Murcia, Pedro

⁹¹¹ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 151v.

⁹¹² *Ibidem*, fol. 151v.

⁹¹³ También llevaba unos poderes del príncipe Fernando para negociar su matrimonio. PAZ Y MELIÁ, A., *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 15, pp. 73-77. Fueron dados, según ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 151v, el 1 de mayo de 1467 desde Tarazona. Este cronista también se especifica que se concedieron poderes a Carrillo para, en el caso de que se alcanzara el matrimonio entre la hija del marqués y el príncipe Fernando, negociar junto a la reina de Aragón la dote que el marqués habría de dar a su hija.

⁹¹⁴ BNE, Mss. 19.698, n. 13. Transcrito en PAZ Y MELIÁ, A., *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 14, pp. 72-73.

Fajardo, su cuñado, Juan realizó una entrada en el reino de Valencia y se apoderó de la fortaleza de Guadaleste, uno de los bienes en disputa con su padre. El peligro de que estallase una contienda fronteriza, obligó al propio rey de Aragón a trasladarse a Valencia. Como medio de excusar el conflicto, y debido a que el adelantado de Murcia pertenecía al bando rebelde, el rey don Juan decidió enviar una embajada a la Corte alfonsina para denunciar los hechos cometidos por el adelantado. Zurita relata que Juan II envió a Juan de Rebolledo, comendador mayor de Alcañiz, para que, junto con el Condestable Pierres de Peralta, quien ya se encontraba en Castilla como embajador del rey de Aragón en la Corte alfonsina, tratara con el arzobispo de Toledo, el Almirante de Castilla, el marqués de Villena y el condes de Paredes, Condestable de don Alfonso, “con quien el Rey [de Aragón] tenia su aliança” y “que tenian el gouierno de las cosas de aquel Principe”, para que ordenasen que el castillo de Guadaleste se restituyese⁹¹⁵. El 29 de julio de 1467 se emitieron tanto las cartas de creencia para el arzobispo y el resto de personajes mencionados en favor de sus embajadores como las instrucciones para estos⁹¹⁶.

Carrillo y sus aliados hubieron de acceder a las peticiones de los embajadores del monarca aragonés, pues el 6 de agosto de 1467 el adelantado Pedro Fajardo y el concejo de Murcia dieron poder al licenciado Alfonso López de la Cuadra, oidor de la Audiencia Real de don Alfonso y su asistente en las ciudades de Murcia y Lorca, para que acudiera ante el rey de Aragón y otras autoridades valencianas a tratar “sobre algunas cosas conplideras a la conseruación del sosyego, pas e tranquilidad deste regno de Murçia e de los logares del regno de Valençia comarcanos a esta çibdad e su regno”⁹¹⁷. El día 12 de julio el conflicto fue concluido a partir de un acuerdo entre el rey de Aragón y don Juan de Cardona⁹¹⁸. Como vemos, las negociaciones del condestable de Navarra con Carrillo y sus aliados alcanzaron resultados concretos que favorecieron las relaciones entre la facción rebelde y el monarca aragonés.

Por otro lado, es conocido cómo, tras la toma de Segovia de septiembre de 1467, se envió una embajada a Aragón en nombre del infante-rey, del arzobispo de Toledo, del marqués de Villena y del resto de grandes de aquel reino. Esta embajada fue

⁹¹⁵ Relatan los hechos ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 154v, y, siguiéndole, TORRES FONTES, J., *Don Pedro Fajardo*, op. cit., pp. 105-106.

⁹¹⁶ BNE, Mss. 20.212, doc. 35, n. 1.

⁹¹⁷ AMMU, Actas Capitulares, n. 86, fols. 26v-27r.

⁹¹⁸ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 155r.

encabezada por Troilos Carrillo⁹¹⁹, hijo del arzobispo de Toledo, que acudía también a Aragón para la celebración de su matrimonio con la hija del condestable de Navarra⁹²⁰, enlace que, sin duda, fue una de las recompensas recibidas por el prelado toledano por amparar los intereses del rey de Aragón en Castilla. No podemos dudar, por tanto, de la implicación e interés del arzobispo en estos tratos que ahora se enviaban a Aragón.

El contenido de esta embajada lo conocemos gracias a una misiva enviada el 10 de noviembre de 1467 por Juan II de Aragón a su embajador en Inglaterra, don Francés Berenguer, en la que, aparte de darle instrucciones, le daba cuenta de los últimos acontecimientos vividos en su reino⁹²¹. Según explicaba Juan II, había recibido “letras” que le habían informado de que en Tarragona le esperaba una embajada enviada desde Castilla “per lo rey don Alfonso, Arquebisbe de Toledo, maestre de Santiago, ques deya marqués de Villena, e de tots los grans de aquell regne”, razón por la que había deliberado acudir a dicha ciudad. Los embajadores castellanos le habían transmitido ya el motivo de su embajada, pues el monarca aragonés era capaz de explicársela a su embajador en Inglaterra. Según él, y siguiendo con las negociaciones comenzadas en mayo, los embajadores castellanos habían acudido para tratar sobre los matrimonios “dels dits ilustríssimo princep e ilustríssima infanta, nostres molt cars e molt amats fills”, con la oferta de ayudarle en sus propios conflictos internos con todo el “poder de Castella”, pues, dado que estaban “pacífichs e sens guerra” en aquellos momentos – debido a la capitulación de Enrique IV tras la toma de Segovia–, “no han mester gents d’armes, sino para pacificar e auidar a nos ab tot effecte”. Juan II terminaba manifestando su deseo de acudir a Tarragona para concluir estas negociaciones, pues con la ayuda de los castellanos esperaba recobrar los territorios a él rebeldes. El arzobispo de Toledo, por tanto, aparece de nuevo encabezando las negociaciones entre el bando alfonsino y el rey de Aragón con el fin de ligar a este al destino de su causa.

¿De esta embajada enviada a Tarragona por Carrillo y Pacheco resultó algún tipo de alianza o confederación entre don Alfonso y sus partidarios y el monarca de Aragón? Aunque no se haya conservado o localizado aún documentación directa que así nos lo muestre, distintos datos confirman que al menos desde aquel 10 de noviembre de 1467 y

⁹¹⁹ OCHOA BRUN, M. Á., *Historia de la diplomacia española*, op. cit., p. 283; y VICENS VIVES, J., *Historia crítica*, op. cit., p. 233.

⁹²⁰ La boda fue celebrada el 22 de noviembre en Tarragona. Según Zurita, había sido concertada en Ávila el 13 de septiembre de 1466 por el arzobispo. ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 156r.

⁹²¹ CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II*, op. cit., Apéndice documental, doc. 25, pp. 538-542.

en adelante, Juan II de Aragón consideró al infante-rey como un aliado. En primer lugar, ya en aquellas instrucciones del 10 de noviembre dirigidas a su embajador en Inglaterra, el rey de Aragón le explicaba que “plau a nos que, en la dita aliança e germandat, que s’ha de fermar ab lo dit illustrissimo rey de Anglaterra e su casa”, para la negociación de la cual se encontraba en aquel reino el mencionado don Francés Berenguer, entrara el rey de Castill (“hi entre lo rey de Castilla”), es decir, don Alfonso, pero sin añadir el nombre propio del mismo, sino que simplemente fuera llamado “lo rey de Castilla” (“sens nomenar nom propi de rey de Castilla, mes absolutament sia nomenat e posat *lo rey de Castilla*”)⁹²². El rey de Aragón no solo aceptaba como un aliado a don Alfonso, sino que pretendía incluirle en su juego de alianzas europeas. Resulta muy interesante la prevención de no especificar el nombre propio del rey de Castilla: Juan II de Aragón apoyaba a los rebeldes, pero aún era demasiado arriesgado declararse en su favor de forma abierta ante la doble incertidumbre castellana y aragonesa.

Tenemos que esperar hasta el 20 de mayo de 1468 para encontrar otra muestra de esa alianza. Aquel día el rey de Aragón se dirigió a su virrey en el reino de Mallorca y a otros de sus oficiales para comunicarles que había recibido una carta del rey de Castilla, su amado sobrino, fechada el 2 de mayo de 1468 en la villa de Arévalo, lo que indica que se trataba de don Alfonso y no de Enrique IV⁹²³. Don Alfonso le había solicitado que concediese cierto oficio a Diego Rodríguez de Sevilla, mercader natural de Castilla y vecino de la ciudad de Valencia. Lo interesante es que el monarca de Aragón accede a su petición a causa de la “bona pau, concordia e confederació que es entre nos e lo sereníssimo rey e nestres regnes”⁹²⁴, lo que vendría a confirmar la existencia de una alianza entre aquellos monarcas, impulsada, como vimos, por el arzobispo Carrillo entre otros dirigentes del bando alfonsino.

Es tras el fallecimiento de don Alfonso cuando volvemos a tener constancia de las relaciones entre el monarca aragonés y los rebeldes. Zurita nos informa sobre cómo “en el mismo instante” en que recibió la noticia de la muerte del infante-rey, Juan II de Aragón decidió enviar al condestable Pierres de Peralta a Castilla con poderes suficientes para prometer cualquier tipo de merced y gracia a los preladados y grandes de

⁹²² CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II, op. cit.*, Apéndice documental 25, p. 539.

⁹²³ Sobre el itinerario de don Alfonso en 1468, véase MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, p. 336.

⁹²⁴ ACA, RC, reg. 3449, fols. 43v-44r.

Castilla con el fin de que accedieran al matrimonio entre el príncipe don Fernando, ya rey de Sicilia, y la princesa doña Isabel⁹²⁵. Todo el proceso de negociación desarrollado entre distintos prelados y magnates castellanos con la corte aragonesa desde la muerte de don Alfonso hasta la boda entre doña Isabel y don Fernando para alcanzar dicho enlace ya ha sido debidamente analizado por la historiografía, en especial, por Val Valdivieso⁹²⁶, por lo que no es necesario insistir en el mismo. Tan solo destacar que el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo y, en menor medida, el obispo de Coria Íñigo Manrique de Lara, adquirieron un gran protagonismo esencial en este proceso.

3) Inglaterra

El 31 de marzo de 1467, desde la villa de Madrid, Enrique IV ordenó enviar una embajada al rey de Inglaterra, Eduardo IV, que estaría presidida por el obispo de Ciudad Rodrigo fray Alfonso de Palenzuela, miembro de su Consejo Real. Esta embajada tenía una gran trascendencia, pues el monarca castellano deseaba firmar una alianza con el inglés que habría de suponer el fin de la tradicional alianza franco-castellana que había orientado la política exterior del reino de Castilla desde la llegada al trono de los Trastámara. Ello era consecuencia directa de la lesiva mediación para los intereses castellanos de Luis XI de Francia en el conflicto entre Castilla y Aragón por Cataluña y Navarra en 1463⁹²⁷. Más allá de esta y otras razones, nuestro interés en esta embajada radica en que ella se encontraron implicados varios prelados castellanos que colaboraron durante el conflicto civil con Enrique IV y que con sus actos respaldaron tanto este giro en la diplomacia castellana como al propio monarca de cara a otros poderes externos en un contexto de claro déficit de legitimidad.

En efecto, y aparte del obispo de Ciudad Rodrigo, en las credenciales dadas el 31 de marzo⁹²⁸ el monarca especificaba que la elección de este embajador se había producido tras recibir el consejo de la reina Juana, su esposa, y de los miembros de su

⁹²⁵ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 157v.

⁹²⁶ VAL VALDIVIESO, I. del, *Isabel la Católica*, op. cit.

⁹²⁷ Sintetiza magníficamente las razones de este giro en la política exterior castellana VALDEÓN BARUQUE, J., “La política de la segunda mitad del siglo XV...”, op. cit., pp. 43-45.

⁹²⁸ Las credenciales en AGS, PTR, leg. 52, n. 16¹. Transcritas en *Memorias de Enrique IV*, doc. CXLIV, pp. 541-542.

Consejo, entre los cuales se menciona expresamente al arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, por lo que hemos de incluir también al prelado sevillano entre aquellos personajes que participaron en la organización y respaldaron la realización de esta importante embajada y alianza con el rey inglés⁹²⁹. Asimismo, cuando el 10 de septiembre de 1467, desde la villa de Medina del Campo, Enrique IV aprobó y ratificó el tratado resultante de la labor diplomática del obispo de Ciudad Rodrigo, se encontraban junto a él como miembros de su Consejo el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, su capitán Juan Fernández Galindo y el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza⁹³⁰, por lo que este, como miembro principal de su Consejo, aparece también aprobando el resultado de la alianza con Inglaterra.

Sobre las razones por las que Enrique IV escogió al obispo de Ciudad Rodrigo como su embajador, llama la atención que el monarca escogiese a un individuo que los cronistas indican que permaneció neutral durante el conflicto que se estaba desarrollando en aquellos momentos en Castilla⁹³¹. Pero lo cierto es que al acudir a esta embajada y a otra misión a ella adjunta en representación de Enrique IV como rey de Castilla, el prelado civitatense se estaba posicionando en contra de los propósitos del bando rebelde, cuya intención era destronar a don Enrique. Por tanto, creemos que aquella neutralidad no debe ser entendida como tal, sino como una expresión de la negativa de este prelado a implicarse de forma activa en la lucha de bandos que en aquellos momentos se libraba en Castilla. En términos prácticos, y en base a esta misma razón, el obispo de Ciudad Rodrigo también era una buena elección, porque su falta de implicación en el desarrollo del conflicto hacía que su presencia en Castilla no fuera tan necesaria para el monarca como, por ejemplo, la de Pedro González de Mendoza o Alfonso de Fonseca, de quienes Enrique IV no podría prescindir debido a su protagonismo en las negociaciones y conflictos.

Por otro lado, la confianza y estima del monarca hacia fray Alfonso pueden ser perfectamente observadas en las credenciales de la embajada, en las cuales el monarca expresaba que le nombraba como su embajador por su fidelidad, preparación y demás

⁹²⁹ Los miembros del Consejo Real presentes aquel día fueron el arzobispo de Sevilla, Andrés de Cabrera, mayordomo mayor, Antonio Núñez de Ciudad Rodrigo, contador mayor, Francisco de Tordesillas, camarero del rey, Juan Fernández Galindo y Fernando de Fonseca, hermano del arzobispo de Sevilla. AGS, PTR, leg. 52, n. 16¹, fol. 74v.

⁹³⁰ RYMER, T., *Foedera...*, op. cit., p. 590.

⁹³¹ Así lo señala el cronista PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 313-314, a quien siguen los demás: “el obispo de Ciudad-Rodrigo fray Alfonso de Palenzuela vacilaba entre la hipocresía y la neutralidad”.

virtudes⁹³². No exageraba el monarca, pues ya son varios los investigadores que han señalado la gran labor e implicación de este antiguo colaborador del monarca y confesor real en la diplomacia castellana durante los años centrales del siglo XV⁹³³. Precisamente, Arquero Caballero ha destacado cómo esta condición de confesor real y la cercanía y confianza con el monarca que de aquel y otros cargos se derivaban, convertían a estos personajes en “óptimos candidatos a representarlos en misiones diplomáticas”⁹³⁴, por lo que en ello hemos de encontrar la razón fundamental de su elección. Por otro lado, nos consta que sus cualidades para la diplomacia no pasaron desapercibidas a sus contemporáneos⁹³⁵.

En la primavera de 1467 partía hacia Inglaterra esta embajada, cuya mayor particularidad es que estuvo conformada únicamente por eclesiásticos: Fernando de Palenzuela, tesorero de la catedral de Plasencia, Pedro de Paradinas, capellán del obispo, y el clérigo Juan de Ribas serían sus acompañantes⁹³⁶. Tras llegar a Inglaterra, y haciendo uso de los poderes que de Enrique IV había recibido, el obispo hubo de negociar con don Guillermo, obispo de Ely, delegado a su vez de Eduardo IV de Inglaterra, el contenido de aquellos capítulos que conformarían la alianza entre aquel monarca y Enrique IV de Castilla⁹³⁷. Para el 6 de julio de 1467 dichas negociaciones ya habían terminado, pues ese día el obispo firmó en Westminster el tratado definitivo⁹³⁸.

⁹³² “Confidentes de fidelitate, legalitate et prudencia atque multiplici sufficencia et honestate quibus persona reuerendi patris domini fratris Alfonsi de Palençuela, minorum ordinis professores ac Ciuitaten. Episcopi, Consiliarii nostri carissimi decoratam, nominus ipsum harum serie facimus, creamus et constituimus nomine nostro et regnorum et dominiorum nostrorum ambaxiatorem solepnem et procuratorem specialem, cui committimus nomine nostro ac nomine regnorum”. AGS, PTR, leg. 52, n. 16¹, fol. 74r.

⁹³³ Así lo han puesto de manifiesto OCHOA BRUN, M. Á., *Historia de la diplomacia*, op. cit., pp. 277-278; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana...”, op. cit., 40 (2010), p. 816. Fundamentales sobre sus labores diplomáticas los recientes estudios de ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, op. cit., pp. 280-287; y ARQUERO CABALLERO, G. F., “Las labores diplomáticas...”, op. cit., pp. 229-231.

⁹³⁴ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, op. cit., pp. 570-571.

⁹³⁵ Véanse los halagos que a su intervención ante el papa para conseguir el reconocimiento pontificio para la opción de doña Isabel y don Fernando en el contexto de la Guerra de Sucesión dedica el deán de Toledo en una misiva dirigida a los Reyes Católicos en 1475. PAZ Y MELIÁ, A., *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 86, p. 191.

⁹³⁶ AGS, PTR, leg. 52, n. 16¹, fol. 74v.

⁹³⁷ Así lo expone Enrique IV al aceptar el tratado el 10 de septiembre de 1467. RYMER, T., *Foedera*, op. cit., pp. 583-590.

⁹³⁸ “Et ad haec omnia & singula suprascripta, pro parte praefati Domini Henrici Regis, & quantum ad ipsum haeredes & successores suos pertinet, bene & e fideliter adimplenda, Nos, Alfonsus Episcopus Civitatis, commissarius, procurator, & deputatus antedictus, vice & nomine dicti nostri domini Henrici Regis [...]”. *Ibidem*, p. 588.

Entre sus capítulos⁹³⁹ nos interesa especialmente la promesa de defensa mutua entre ambos monarcas debido al estado de guerra civil que se vivía en el reino castellano. El obispo de Ciudad Rodrigo, por tanto, colaboró en la búsqueda de aliados para su señor en un momento en el que los necesitaba con urgencia, aunque no nos consta ninguna intervención del monarca inglés en el conflicto castellano. Aun así, estos acuerdos alcanzados por él ayudarían a realzar una, sin duda, profundamente deteriorada imagen de Enrique IV en el contexto europeo. Antes de marcharse de Inglaterra, Eduardo IV obsequió al prelado civitatense con una rica cruz de oro que el prelado entregaría a la iglesia de San Juan Bautista de Palenzuela, donde se encontraba situado su panteón familiar⁹⁴⁰.

La misión de fray Alfonso no concluyó con la embajada y el acuerdo resultante. El 10 de abril de 1467 Enrique IV había previsto que, a su regreso de Inglaterra, el “reuerendo padre obispo de Çibdad Rodrigo, oydor de la mi Abdiencia e del mi Consejo, que es persona a mi açepta e de quien mucho confío”, debía comunicar a sus vasallos, y en especial, a las villas y lugares “de la costa de la mar”, el contenido de aquella alianza y paz perpetua que con el rey de Inglaterra le mandaba negociar. El rey ordenaba entonces a sus vasallos “que si el dicho obispo de Çibdad Rodrigo [...] de mi parte vos enbiare desyr de cónmo por él en mi nombre es firmada e otorgada” aquella alianza, “dende en adelante guardedes e tengades pas e amistad con el dicho rey [...] segund que por el dicho obispo de mi parte vos será dicho e mandado”⁹⁴¹. Es decir, la segunda parte de su misión consistía en notificar a los reinos y, en especial, a “los logares de la costa de la mar”, la alianza con Inglaterra y asegurarse de su cumplimiento. Esta intervención adquiere relieve al ser también una ocasión para

⁹³⁹ Fundamentalmente, se acordó la ayuda mutua entre ambos dignatarios, el compromiso de no apoyar a los enemigos del otro y mejoras en el tráfico mercantil entre Castilla e Inglaterra. El tratado completo inserto en *Ibidem*, pp. 583-590. Pueden ser consultado una síntesis del mismo en AGS, PTR, leg. 52, n. 16²; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXLIV, pp. 543-545.

⁹⁴⁰ En los años 1562 y 1575 se realizaron ciertas averiguaciones sobre la ascendencia de Urbano de Huergo, hijo de Gregorio de Herrera, ambos arcedianos de Grado. Dado que el último era sobrino del obispo de Ciudad Rodrigo, se recopiló una interesante información sobre el mismo. Con respecto a la cruz, en los interrogatorios a testigos y pesquisas en Palenzuela se señala su viaje a Inglaterra como embajador y se describe la cruz: “hiço sacar al sacristán de la dicha yglessia de San Juan de la dicha villa la cruz de oro que llaman del obispo, la qual es toda de oro con dos rramos, que en el uno está la ymaxen de Nuestra Señora y, en el otro, de San Juan. Y la dicha cruz es la que dio el obispo don Alonso de Herrera a la dicha yglessia de San Juan, y a él se la dio el rrey de Ynglaterra, como esto es muy público e notorio”. AHN, Inquisición, leg. 1376, Exp. 11, fols. 11v y 25r-v.

⁹⁴¹ AGG, Sección 1.^a, Negociado 1, leg. 2. Transcrito en ORELLA UNZUE, J. L., *Cartulario real de Enrique IV a la provincia de Guipúzcoa, op. cit.*, doc. 63, pp. 123-124.

mostrar ante el reino, en pleno conflicto civil, el respaldo que prestaba al monarca uno de los más importantes representantes del clero castellano.

4) Francia

En lo que respecta a las relaciones con Francia, no nos consta que ningún obispo fuera enviado como embajador o tuviera una intervención destacada en la preparación de ninguna embajada a este reino durante la guerra civil. No fue hasta una vez concluida esta, en el marco de los intentos del monarca de pacificar el reino tras el fallecimiento de don Alfonso, cuando, al ser enviada una embajada francesa a Castilla, un prelado asistió al rey en la recepción de la misma. En concreto, el 20 de abril de 1469 se disponía a partir de Tours en dirección a Castilla el cardenal obispo de Albi Jean Jouffroy para presentar una embajada en nombre del rey de Francia ante Enrique IV⁹⁴². Su principal misión era romper la alianza entre Castilla e Inglaterra y reactivar la tradicional alianza franco-castellana que en 1467 se había suspendido. En torno al mes de junio el cardenal llegó a Córdoba, donde se encontraba en la Corte enriqueña, y se reunió con el monarca y los miembros de su Consejo. En la recepción y negociación con este embajador tuvo un papel relevante el obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza⁹⁴³, quien había acompañado al rey a Andalucía para reintegrarla en su obediencia tras la guerra civil.

Según las crónicas, tras el discurso pronunciado por el cardenal⁹⁴⁴, el rey “se partió con el maestre de Santiago, con el obispo de Sygüença e los otros de su Consejo”, para deliberar sobre la respuesta que habrían de dar al embajador francés, tras lo cual “mandó al obispo de Sygüença y Alonso de Velasco, que le dixesen cómo él estava contento de su habla, e sobre aquello avría su acuerdo e le mandaría rresponder”. Finalmente el monarca aceptó la propuesta francesa⁹⁴⁵. Para el 11 de julio de 1469 estas

⁹⁴² Así se lo indicaba el embajador del duque de Milán en Francia al propio duque, según lo recoge SITGES, J. B., *Enrique IV y la Excelente señora llamada vulgarmente doña Juana la Beltraneja*, Madrid, Ribadeneyra, 1912, p. 192.

⁹⁴³ NIETO SORIA, *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 305.

⁹⁴⁴ Puede ser consultado en ACHERY, L. d', *Spicilegium*, op. cit., pp. 835-839.

⁹⁴⁵ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 321-322; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 348-349.

negociaciones ya habían terminado, pues ese día Enrique IV comunicaba al rey de Inglaterra las razones por las que debía abandonar su anterior propósito y volver aceptar la alianza con el rey francés⁹⁴⁶. También nos consta que el obispo de Burgos Luis de Acuña ordenó que, a su marcha de Castilla, se tributara un solemne recibiendo al cardenal francés en Burgos, para lo cual mandó a su cabildo catedralicio que ornamentase la catedral y preparase la ceremonia, mandato presentado el 18 de agosto de 1469 ante el cabildo⁹⁴⁷.

Aparte de esa misión, el cardenal francés tenía otro objetivo: conseguir el matrimonio entre la princesa Isabel y el hermano del rey de Francia, el duque de Berry y Guyena don Carlos⁹⁴⁸. En torno a esta cuestión nos consta la intervención de otros prelados castellanos: cuando el cardenal pasó por Toledo en su marcha hacia Córdoba, el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo envió ante él a su servidor, el arcediano de Toledo don Tello de Buendía, para “suplicarle con gran instancia” que “se dignase a señalar día y sitio para que el clero y la nobleza” de aquella ciudad le ofrecieran sus respetos. El verdadero objetivo del arzobispo era reunirse con aquel para conocer sus intenciones y disuadirle de proseguir su intención, pues iba en contra del matrimonio aragonés que por entonces él auspiciaba. Pero el cardenal rechazó su propuesta⁹⁴⁹. Por otro lado, y, durante su reunión en Córdoba, Enrique IV aceptó con el acuerdo de su Consejo que el cardenal presentase su propuesta de matrimonio a la princesa Isabel, para lo cual el rey ordenó que el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca le acompañara a Madrigal, donde entonces se encontraba aquella. No obstante, la princesa no consintió este enlace⁹⁵⁰.

5) Portugal

⁹⁴⁶ PAZ Y MELIÁ, A., *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 22, pp. 86-89.

⁹⁴⁷ LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., p. 108. El acuerdo del cabildo se encuentra en ACB, Registro de Actas 18, fols. 242r-243r.

⁹⁴⁸ VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 135-137.

⁹⁴⁹ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 275-276; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 269.

⁹⁵⁰ Así se contiene en una carta enviada por la princesa al rey el 8 de septiembre de 1469: “porque de la venida del Cardenal Atrebatense y del Arzobispo de Sevilla que por consentimiento y mandado de vuestra alteza vinieron á la villa del Madrigal donde yo era...”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLXVIII, p. 607. Lo exponen también los cronistas: ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 323 y p. 332; y PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 276-277; *Crónica anónima de Enrique IV*, Vol. II, pp. 270-271.

Cuando en junio de 1465 estalló la guerra civil en Castilla, Enrique IV decidió enviar a su esposa, la reina doña Juana ante su hermano, el rey de Portugal⁹⁵¹ don Alfonso V, para “demãdar ajuda ao dicto Rey de Purtugall pera a necessidade que ao presente nos ocorre comtra os caualeiros a Nos desobedientes e reuees e que contra Nos se ham leuantado e reuellado em estos nossos Regnos”. Dicha ayuda sería a cambio de la mano de la infanta Isabel, en virtud de la alianza previamente establecida entre ambos⁹⁵². Los poderes concedidos a la reina para tratar con el rey de Portugal fueron redactados el 6 de julio de 1465 en la enriqueña ciudad de Zamora⁹⁵³. Nos interesa esta embajada porque el monarca señalaba que las propuestas y peticiones al rey de Portugal y los propios poderes eran realizados “com acordo dos do Nosso comsselho”, especificándose inmediatamente que los miembros del Consejo que se encontraban junto al rey eran el duque de Alburquerque, el conde de Alba, y, más importante para nosotros, el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, “que pera o aucto sobredito e pera outorgamento deste dicto poder foram espiçialmente chamados e ajuntados”. Como el monarca “com acordo dos do seu consselho outorguou esta carta de poder”⁹⁵⁴, podemos determinar que el obispo de Calahorra tuvo una actuación relevante en este intento fracasado⁹⁵⁵ de conseguir un refuerzo exterior para el bando enriqueño que le permitiese triunfar rápidamente en la contienda⁹⁵⁶.

⁹⁵¹ Una visión de conjunto de las relaciones entre Castilla y Portugal en la época Trastámara en NOGALES RINCÓN, D., “La cultura del pacto en las relaciones diplomáticas luso-castellanas...”, *op. cit.*.

⁹⁵² Sobre esta negociación véase AZCONA, T. de, “Isabel la Católica bajo el signo de la revolución...”, *op. cit.*, p. 62.

⁹⁵³ Los poderes y concierto en AGS, PTR, leg. 49, doc. 39, y el fragmento en fol. 157v. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXXVIII, pp. 503-514, en concreto, p. 504; TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal*, *op. cit.*, doc. 10, pp. 43-57; y AZCONA, T., “Capitulaciones matrimoniales entre Alfonso V de Portugal...”, *op. cit.*, p. 146, cuya transcripción seguimos. Así lo señala también ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 239 y p. 247.

⁹⁵⁴ Los fragmentos han sido extraídos de la transcripción de AZCONA, T., “Capitulaciones matrimoniales entre Alfonso V de Portugal...”, *op. cit.*, p. 148.

⁹⁵⁵ A pesar de que el rey portugués ratificó el acuerdo el 15 de septiembre de 1465 (AGS, PTR, leg. 49, doc. 39), ya el propio cronista ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 239 nos señala que “aquellas vistas aprovecharon muy poco”, y, en efecto, no se conoce ninguna intervención del monarca portugués a favor de Enrique IV en estos años.

⁹⁵⁶ Aunque los poderes se concedieran el día 6 de julio, la decisión de negociar una alianza con el rey de Portugal contra sus rebeldes debía ser previa, pues ya el 30 de junio el infante-rey Alfonso denunciaba en sus cartas la intención de Enrique IV de entregar distintas ciudades y fortalezas al rey de Portugal para conseguir su “ayuda contra mí”. AMB, Actas de 1465, fol. 65v.

Será en 1468 cuando se reanuden los contactos con Portugal, en el contexto de la elección de un pretendiente para la que acababa de ser jurada como princesa heredera de Castilla, doña Isabel. De nuevo, el obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza alcanzó un importante papel en las relaciones con el reino vecino, ahora junto al arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca. Ya en octubre de 1468 tuvieron lugar unas vistas en Villarejo de Salvanés en las que los entonces miembros principales del Consejo de Enrique IV, el maestre de Santiago Juan Pacheco, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, se reunieron con el obispo de Sigüenza y con Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, en representación del clan de los Mendoza para intentar reconciliarles con el monarca⁹⁵⁷, pues el reciente juramento de la princesa Isabel como princesa heredera había entrado en contradicción con el respaldo que en aquellos momentos prestaba el clan de los Mendoza a la reina Juana y a su hija⁹⁵⁸.

Dichas vistas de Villarejo adquieren relieve para nosotros debido a que en ellas se acordó que Enrique IV solicitara al rey don Alfonso V un doble enlace portugués para las princesas castellanas: doña Isabel con el propio rey y doña Juana con el príncipe heredero de este, don Juan, lo cual abría la posibilidad, también señalada en las vistas, de que esta última, en el más que probable caso de que doña Isabel no tuviera descendencia con el rey portugués, heredase ambos reinos, siendo así una salida satisfactoria para los Mendoza, que aceptaron y respaldaron el proyecto. Para ello estos magnates acordaron que Enrique IV y la reina Juana tuvieran vistas con el rey de Portugal, pero la negativa de la reina a acudir a Portugal dificultó el proceso y agrió sus relaciones con los Mendoza⁹⁵⁹. De esta forma encontramos al obispo de Sigüenza y al arzobispo de Sevilla participando en la orientación que debía tomar la política exterior

⁹⁵⁷ Narran las vistas los cronistas ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 313-314; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 338-339. Véanse los análisis que de estas vistas hacen VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 112-114 y p. 128; y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón...”, op. cit., p. 289, entre otros autores.

⁹⁵⁸ Véase la apelación del 28 de septiembre de 1468 realizada por el conde de Tendilla don Íñigo López de Mendoza como tutor de la princesa Juana contra el juramento realizado en favor de Isabel. AGS, PTR, leg. 49, doc. 41. Transcrito en *Memorias de Enrique IV*, doc. CLVI, pp. 573-578; y TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal*, op. cit., doc. 13, pp. 59-65.

⁹⁵⁹ Véase el compromiso de enero de 1469 por el que el marqués de Santillana don Diego Hurtado de Mendoza declara su apoyo, junto al obispo de Sigüenza, el arzobispo de Sevilla y otros grandes, a los matrimonios mencionados y promete que procuraría por todas las vías posibles que la reina doña Juana accediese a los mismos y acudiese a las vistas con el rey de Portugal. Original en BNE, Mss. 18691, doc. 24. Transcrito en PAZ Y MELIÁ, A. *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 20, pp. 83-84. Comenta dicho documento CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit., p. 186.

del monarca castellano tras la guerra civil, pues este acuerdo suponía el rechazo de la opción aragonesa defendida por el arzobispo Carrillo y sus aliados.

El doble matrimonio portugués continuaría siendo objeto de negociación en los meses siguientes⁹⁶⁰: fue incluido entre las cláusulas de la confederación que el 18 de marzo de 1469 se firmó entre Enrique IV, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia, por un lado, y el obispo de Sigüenza, el marqués de Santillana, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y el duque de Alburquerque, por el otro, para sumar a estos últimos al gobierno enriqueño, comprometiéndose todos ellos a respaldar aquellos enlaces⁹⁶¹. El 30 de abril de 1469 se redactaron y firmaron por parte del rey, del arzobispo de Sevilla, el obispo de Sigüenza y sus otros aliados toda una serie de compromisos en favor del rey de Portugal por los cuales prometían apoyarle militarmente para alcanzar aquel matrimonio con la princesa Isabel⁹⁶². Poco más tarde, el 2 de mayo de 1469 estos mismos prelados y magnates redactaron y firmaron una confederación con el rey de Portugal en el mismo sentido⁹⁶³. Incluso se llegó a tramitar y conseguir en Roma una bula de dispensa en favor de este enlace⁹⁶⁴. Teniendo en cuenta lo señalado, es más que probable que Fonseca y Mendoza fueran también parte de aquellos “grandes que por estonçes estavan en la corte” establecida en Ocaña cuando llegaron en los primeros meses de 1469 los embajadores del rey de Portugal, encabezados por el arzobispo de Lisboa, para negociar el matrimonio entre el rey portugués y la princesa, rechazado finalmente por esta⁹⁶⁵.

Todos estos esfuerzos diplomáticos serían en vano ante el triunfo de la opción defendida por el arzobispo Carrillo, quien amparaba y promocionaba el matrimonio de doña Isabel con el heredero del trono de Aragón e hijo de su antiguo aliado, el rey de

⁹⁶⁰ Dado que dichas negociaciones, tanto con Aragón como con Portugal, para el matrimonio de la princesa han sido ya magníficamente analizadas por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., referimos únicamente la participación de estos prelados en las mismas.

⁹⁶¹ AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20. Esta confederación del 18 de marzo de 1469 también en BNE, Mss. 19703, n. 22; y en RAH, leg. 9/6483, fols. 441r-442v. Transcrita por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 15, pp. 430-438.

⁹⁶² AHNOB, Frías, C. 16, doc. 22. Transcrito por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 17, pp. 440-449.

⁹⁶³ AHNOB, Frías, C. 16, doc. 23; BNE, Mss. 18.759, n. 11. Transcrito por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 18, pp. 449-452.

⁹⁶⁴ La bula, con fecha del 23 de junio de 1469, en AGS, PTR, leg. 49, doc. 40. Transcrita por TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal*, op. cit., doc. 14, pp. 66-67.

⁹⁶⁵ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 318; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 342. En páginas previas ambos señalan la presencia de aquellos prelados en Ocaña junto a la corte.

Sicilia don Fernando⁹⁶⁶. Aun así, todas estas gestiones, confederaciones, juramentos y promesas son esenciales para nosotros al ser una muestra del papel que el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza, como miembros principales del gobierno de Enrique IV tras la guerra civil, jugaron en la diplomacia castellana en las postrimerías del conflicto civil. Sin duda, fue esa posición en el gobierno y el poder que les proporcionaba lo que les permitió influir e intervenir en estas esenciales cuestiones.

⁹⁶⁶ NIETO SORIA, J. M., “Dos prelados en la encrucijada de un trono...”, *op. cit.*, p. 56.

VI – Negociaciones y mediaciones políticas

Como ya puso de relieve Villarroel González, en los numerosos conflictos que se sucedieron en la Castilla bajomedieval, resulta sencillo encontrar a eclesiásticos participando en las negociaciones entre los rivales políticos que se enfrentaban en cada momento⁹⁶⁷. Durante la revuelta nobiliaria y posterior guerra civil acaecida en Castilla entre 1464 y 1468, hubo múltiples ocasiones en las que se intentó (o se aparentó intentar) resolver el conflicto a partir de la apelación a ciertas formas de consenso o de acuerdo. Y, en efecto, desde el mismo momento en que en mayo de 1464 se articuló una oposición al rey, comenzaron a sucederse vistas, negociaciones y otro tipo de fórmulas a través de las que se trató de alcanzar una concordia o acuerdo final que permitiera acabar con la conflictividad política en curso⁹⁶⁸ en las que encontramos participando activamente a un relevante número de miembros del episcopado castellano, hasta el punto que no creemos arriesgado afirmar que algunos de ellos fueron los principales protagonistas de aquellos. En este sentido, ya Nieto Soria señaló que la realización de tareas de negociación puede ser valorada “como una de las más genuinas de las ejercidas por los eclesiásticos en los contextos de tensión política”⁹⁶⁹. Sin duda, y como destacó también este autor, su propia condición clerical estimuló de forma notable su participación en este tipo de cuestiones, pues esta les otorgaba una especial respetabilidad que proporcionaría a sus interlocutores una mayor confianza en sus propuestas y actuaciones que la que podría aportar un laico⁹⁷⁰.

Por su parte, Villarroel González, en sus estudios dedicados al análisis de la participación de los eclesiásticos en la negociación de la paz en el reino castellano durante el periodo bajomedieval, y aparte de constatar el gran protagonismo de los prelados en este ámbito, ha puesto en valor otros factores o características que, en conjunción con el recién indicado, hicieron de determinados miembros del episcopado candidatos perfectos para la realización de este tipo de labores. En primer lugar, su relación de servicio o cercanía al monarca y, en nuestro caso, grupo o facción nobiliaria,

⁹⁶⁷ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 251.

⁹⁶⁸ Centrándose en el reinado de Juan II de Castilla, VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Negociación y representación del consenso...”, op. cit., pp. 241-257, expuso y analizó las vías preferentes a través de las cuales en dicho contexto se trató de alcanzar la paz entre dicho monarca y sus opositores.

⁹⁶⁹ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis...*, op. cit., p. 268.

⁹⁷⁰ *Ibidem*; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 251.

que permitía a estos confiar en ellos para ejecutar tan delicadas misiones, pues tendrían el convencimiento de que procuraría obtener el resultado más favorable posible para sus intereses. En segundo lugar, y muy vinculado al anterior, su pertenencia o adscripción a alguno de los principales grupos políticos en liza, ya fuera aquel que se posicionaba junto a la figura regia o el de los sublevados al rey, lo que otorgaba a estos prelados un peso político que no solo les capacitaba para actuar en representación y tomar decisiones en nombre de aquel, sino que, en determinados casos, hacía necesaria su concurrencia a las negociaciones o, al menos, su asentimiento al resultado de las mismas para que estas tuvieran verdadera validez. Y, en tercer lugar, sus contactos o relaciones con aquellos principales grupos políticos⁹⁷¹.

Estos dos últimos factores adquieren un relieve especialmente importante en el contexto concreto que abordamos. Primero, debido a que distintos miembros del episcopado alcanzaron un protagonismo y relieve político muy superior al de gran parte de la nobleza laica del reino en este conflicto, y, segundo, por cuanto, como ya pusieron de relieve en sus estudios Val Valdivieso⁹⁷² y Morales Muñiz⁹⁷³, dentro de lo que lo que podría entenderse como partido regio o enriqueño y partido nobiliario o alfonsino, no existió una postura unánime entre sus integrantes en torno al conflicto. En síntesis, y según la contienda avanzaba, comenzó a hacerse cada vez más patente que un sector de los partidarios del rey, encabezado por el linaje de los Mendoza, y otro de los rebeldes, liderado por el arzobispo Carrillo, habían asumido una postura radicalizada o extremista en base a la cual se negaban a una propuesta de paz verdadera con la facción rival. De ello que cuando Enrique IV, siempre proclive a la negociación, o, por el lado alfonsino, el llamado sector de los moderados, liderado por Juan Pacheco, deseaban entablar negociaciones, los prelados pertenecientes a aquellos sectores acabarían por ser excluidos de las negociaciones por el simple hecho de oponerse a las mismas. En este sentido, y como podremos comprobar, el concordar con las posturas políticas del líder o del grupo predominante en cada facción, sería también un condicionante esencial de la participación del episcopado en las negociaciones entre los partidos en liza.

En este apartado, pretendemos abordar la intervención del episcopado en las negociaciones entre los bandos durante el conflicto político abordado. Sin embargo,

⁹⁷¹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la negociación de la paz...”, *op. cit.*, pp. 340-341; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, p. 251.

⁹⁷² VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, *op. cit.*

⁹⁷³ MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Las confederaciones nobiliarias...”, *op. cit.*

debe señalarse que esta no fue la única manera en la que los prelados colaboraron en los intentos de aquellos de acercar posturas o alcanzar una solución al conflicto, pues algunos se ocuparon también de proporcionar las seguridades necesarias para que tales negociaciones pudieran ser desarrolladas. Asimismo, un último aspecto sobre el que también conviene llamar la atención es la intervención de ciertos prelados en las negociaciones que, una vez iniciado el conflicto, los bandos entablaron con distintos sectores del reino con el fin de atraerles a sus respectivas causas y reforzar estas.

1) La intervención del episcopado en las negociaciones entre los partidos en pugna

1.1. Las negociaciones de mayo de 1464 hasta la Farsa de Ávila

Desde que en mayo de 1464 conformara formalmente un partido rebelde contra el rey, comenzaron las negociaciones entre ambos bandos con el fin de tratar de llegar a un acuerdo que satisficiera sus respectivas aspiraciones. Ya en los primeros momentos, y a causa del protagonismo adquirido en sus respectivos bandos, encontramos a distintos obispos participando, de muy diverso modo, en las negociaciones entre Enrique IV y sus detractores. Son las crónicas del reinado las que nos informan de cómo, tras el fracaso de las primeras vistas entre el rey Enrique y el marqués de Villena en Madrid en torno a junio de 1464, el obispo de Calahorra, Pedro González de Mendoza, permaneció en la Corte junto al rey trabajando por alcanzar un acuerdo con los opositores al monarca con el que sofocar la rebelión⁹⁷⁴. Si el obispo de Calahorra actuaba por el lado del rey, a Madrid no tardaron en acudir, por el lado de los rebeldes, Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, e Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, junto a toda una serie de nobles favorables y contrarios al rey, con la intención de alcanzar un acuerdo que satisficiera a los rebeldes y pusiera fin a la rebelión, aunque las crónicas señalan que su intención principal era prender al rey y a Beltrán de la Cueva⁹⁷⁵. La presencia de estos últimos

⁹⁷⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 288.

⁹⁷⁵ *Ibidem*, op. cit., vol. II, p. 288; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 142; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 209.

prelados en las negociaciones respondería al hecho de que se trataban de algunos de los miembros más destacados del bando opuesto al rey.

A este contexto de las negociaciones del verano de 1464 pertenece un proyecto de pacificación por el cual Enrique IV y la reina Juana se comprometieron a recibir como “súbditos especiales” al arzobispo de Toledo, al almirante de Castilla, al marqués de Villena, a Pedro Girón, maestre de Calatrava, al marqués de Santillana y al obispo de Calahorra, entre otros grandes del reino y miembros principales de la Corte, a los cuales habrían de guardar y defender sus personas, honras, casas y estados y preferir en su Consejo. Todo ello a cambio de que jurasen servir al rey, a la reina y a la princesa Juana y no unirse a ninguna confederación o alianza contra ellos. Se planteaba también que otros grandes y prelados “que non están aquí” se quisieran unir a esta confederación, aunque se negaba la posibilidad de que entraran en esta confederación los arzobispos de Sevilla y de Santiago, lo cual nos permite contextualizar este proyecto en el verano de 1464, durante los enfrentamientos del monarca con el mitrado hispalense por su intención de privarle de su arzobispado que desarrollamos en otro lugar⁹⁷⁶. Sin embargo, el documento que a nosotros ha llegado tan solo aparece firmado por el obispo de Calahorra, su hermano el vizconde de Torija, el marqués de Villena⁹⁷⁷ y un conde que suponemos que se trata del de Ledesma, Beltrán de la Cueva, lo que nos lleva a plantear, como ya lo interpretara Suárez Fernández⁹⁷⁸, que este fuera de un proyecto de paz planteado en las primeras vistas de junio de 1464 por los consejeros de Enrique IV firmantes junto a Villena para tratar de atajar la revuelta nobiliaria que no alcanzó finalmente éxito⁹⁷⁹.

La presencia de prelados en las negociaciones mantenidas entre los bandos a partir de este momento es continua. En las siguientes grandes vistas que tuvieron lugar entre los bandos, las celebradas a comienzos de septiembre de 1464 en San Pedro de las Dueñas, se acordó que tanto el obispo de Coria por parte del bando rebelde, como el

⁹⁷⁶ También nos lo hace creer que en dos cláusulas se exigiera que aquellos nobles no pudieran hacer liga ni confederación con nadie de fuera de los reinos de Castilla, incluidos reyes y príncipes, contra el rey, sabiendo que el 16 de julio en Tárrega se firmó una alianza entre el rey, reina y príncipe de Aragón con los rebeldes a Enrique IV.

⁹⁷⁷ Hemos comparado la firma en este documento contenida con una que de forma fehaciente sabemos que es del marqués, en concreto, la contenida en las capitulaciones matrimoniales de uno de sus hijos con una hija del adelantado de Murcia don Pedro Fajardo, firmadas el 5 de junio de 1467. AHNOB, Frías, C. 102, doc. 4. Los signos son idénticos.

⁹⁷⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 294.

⁹⁷⁹ El documento en AGS, PTR, leg. 11, doc. 79; y AGS, PTR, leg. 7, doc. 110.

obispo de Calahorra por el lado de los enriqueños, acudiesen a las mismas, aunque estas vistas también fracasaron al tratarse, en realidad, de una conjura de los rebeldes para capturar al rey, lo cual el obispo Mendoza recriminó en persona a estos⁹⁸⁰.

Tras el Manifiesto de Burgos (28-IX-1464) y la primera de las claudicaciones de Enrique IV ante los rebeldes, se inició un largo proceso de negociaciones encadenadas – magníficamente desentrañado por Morales Muñiz⁹⁸¹– entre el rey y sus rebeldes que acabó resultando en el juramento del hermanastro del rey, don Alfonso, como príncipe heredero de Castilla, el nombramiento del marqués de Villena como su tutor y la renuncia de Beltrán de la Cueva al maestrazgo de Santiago como vías para apaciguar la revuelta. Aquí nos interesa especialmente resaltar el papel jugado por distintos prelados en aquellas negociaciones, pues es comprobable que un importante porcentaje de los miembros del episcopado castellano se involucró en aquellas⁹⁸², aunque no siempre en el sentido deseado por el rey.

En efecto, nos consta cómo los principales obispos partidarios de Enrique IV y pertenecientes a su Alto Consejo, el obispo de Calahorra y, en especial, el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos, mostraron su disconformidad con la intención del monarca de avenirse a negociar con los rebeldes tras los agravios e injurias que contra él habían cometido. Conocida es la reunión del Alto Consejo Real celebrada a mediados de octubre de 1464 en Valladolid en la que el obispo de Cuenca, como el más experimentado entre los asistentes en la gobernación del reino, pronunció un discurso por el cual trató de convencer al rey de “que su altesa no viniese con ellos [los rebeldes] a partido ninguno, salvo en todo caso dalles la batalla”⁹⁸³. Barrientos se situaba de esa forma en contra del criterio regio, favorable a la negociación, lo que sin duda fue la causa de que, a pesar de que permaneció en la Corte junto al rey en los meses siguientes, no participara en ninguna de las siguientes vistas y negociaciones con sus rebeldes, aunque se mantuvo atento a su desarrollo⁹⁸⁴. Muy probablemente, ello se

⁹⁸⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 218-219; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-219.

⁹⁸¹ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 39-52.

⁹⁸² Ello es posible de conocer a través de la documentación, pues las crónicas son verdaderamente confusas y escuetas en la información que aportan sobre estos y otros importantes acuerdos firmados durante la guerra civil entre alfonsinos y enriqueños.

⁹⁸³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 223-224.

⁹⁸⁴ Aunque Barrientos no ratifique ninguno de los acuerdos alcanzados, nos consta que durante los meses finales de 1464 permaneció en Valladolid con la Corte, pues se conservan dos cartas por él escritas desde aquella villa al concejo de Cuenca en las que muestra su conocimiento sobre el estado de las negociaciones. De ellas puede extraerse que no participó en aquellas vistas. Por la primera, dada el día 27

encontrara provocado por sus discrepancias políticas con el rey, pues de su lealtad al monarca y experiencia previa en el desarrollo de este tipo de negociaciones, no se puede dudar.

Quien sí participó, y con un papel francamente relevante, fue el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, quien había intervenido en todas las negociaciones habidas entre el rey y la liga hasta la fecha. El obispo Mendoza sería el único prelado presente en la negociación y juramento del primero de los conciertos alcanzados, firmado por él y otros miembros del Consejo Real el 25 de octubre de 1464 en Valladolid⁹⁸⁵. El propio documento aclara en su introducción que ante lo que nos encontramos no es solo ante un acuerdo entre el rey y sus rebeldes, sino también ante una avenencia entre dos facciones nobiliarias, la liga nobiliaria y el clan de los Mendoza, que competían por la preeminencia en el gobierno del reino⁹⁸⁶, lo que confiere un doble carácter a la intervención del obispo de Calahorra en las mismas: actuó como garante de los intereses del rey, pero también de los de su linaje y sus aliados, los cuales coincidían coyunturalmente debido a que los segundos se encontraban al frente del Alto Consejo del rey desde 1462⁹⁸⁷. Desde esta doble condición como miembro principal del Alto Consejo del rey y como integrante del clan de los Mendoza y del partido nobiliario que este encabezaba, deben ser entendidas las actuaciones de Mendoza en lo que resta de conflicto, pues de la coincidencia o no de los proyectos del rey con los intereses de su clan dependió su colaboración o alejamiento

de noviembre, se refería a que “con las grandes ocupaciones quel rey nuestro señor ha tenido si bien la concordia e pacificacion destos fechos non ha asy podido entender” en cierta petición de aquel concejo, “pero agora se vera”, anunciando así un cercano fin de las negociaciones. Por la segunda, dada el 7 de diciembre y también referente a ciertas súplicas del concejo, el obispo les comunicaba que “su señoría a rrespondido que lo mandara ver que por la ocupacion que a tenido que en estas vistas non a podido entender en otras muy grandes fechos e por gracia de Dios entiendo esta dada conclusion et las cosas son acabadas e concordadas”. Ambas en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXI, pp. 354-355. Su presencia en Valladolid también está confirmada por ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 225 y por SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón*, op. cit., pp. 65-66, que señala que Enrique IV “partió de Valladolid para Segovia, viernes siete de diciembre [de 1464], y con él el obispo de Cuenca”.

⁹⁸⁵ Firmado por Enrique IV, el marqués de Villena, Beltrán de la Cueva, el obispo de Calahorra, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y Lorenzo Suárez de Figueroa, vizconde de Torija y hermano del obispo Mendoza. El documento en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CI, pp. 337-340.

⁹⁸⁶ Muy significativamente el documento establece en su introducción un doble nivel de negociación entre el rey y el representante de la liga y, por otro lado, entre éste y los partidarios del monarca: “Las cosas que son apuntadas, concertadas é seguras por el Rey nuestro Señor con don Johan Pacheco, Marques de Villena” y representante de la liga en estos acuerdos, “é entre el dicho Marques é don Beltran, Maestre de Santiago, Conde de Ledesma é el reverendo padre Obispo de Calahorra, é don Pedro de Velasco, fijo del Conde de Haro é don Lorenzo, Vizconde de Torija son las siguientes”. *Ibidem*, doc. CI, p. 337.

⁹⁸⁷ VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, op. cit., pp. 261-262 y p. 267.

(nunca oposición) con respecto a Enrique IV, ya que esos últimos intereses fueron los que para él primaron en última instancia.

Tras estas primeras vistas continuaron las negociaciones entre el monarca y sus rebeldes, constándonos que a finales de octubre de 1464 el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, miembro principal del bando rebelde, se incorporó a las mismas: el 4 de noviembre el rey Enrique notificaba al conde de Cabra que había negociado con el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia y “los otros caualleros e personas de su amistad” una tregua “por tienpo de quarenta días que començaron primero día deste mes de nouienbre”⁹⁸⁸.

El 11 de noviembre de 1464 tuvieron lugar las siguientes vistas entre las facciones en pugna, las cuales solo conocemos a través del *Cronicón de Valladolid*, que indica que aquel día “volvió á vistas el dicho Señor Rey con los sobredichos Caballeros”, lo cual indica la presencia en las mismas de los participantes en la reunión del 25 de octubre, entre los cuales se encontraba el obispo Mendoza. Esta fuente también nos informa de la incorporación a las negociaciones de otros magnates por parte del bando rebelde: el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, el almirante de Castilla y los obispos de Coria y de Osma⁹⁸⁹. No se conoce la razón de estas vistas, pero Morales Muñiz apuntó que en ellas hubo de ratificarse el concierto del 25 de octubre⁹⁹⁰.

Desde este momento, y hasta que don Alfonso fue jurado príncipe heredero, se desarrolló “una segunda fase de la negociación”, en palabras de Morales Muñiz⁹⁹¹. El 30 de noviembre tuvieron lugar las vistas de Cabezón y Cigales, en las cuales el rey y los prelados y caballeros rebeldes acordaron finalmente los capítulos previos al reconocimiento de don Alfonso como príncipe heredero. Más allá de las cláusulas acordadas, entre las cuales las más importantes eran el propio nombramiento de don Alfonso como heredero de Enrique IV y la formación de una comisión para la reforma del reino, nos interesa señalar que entre aquellos representantes de la liga nobiliaria que negociaron dichos acuerdos con el rey se encontraban los arzobispos de Toledo y de Sevilla⁹⁹². Cierta documentación emitida ese día nos permite conocer la presencia de

⁹⁸⁸ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 72.

⁹⁸⁹ SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón*, op. cit., p. 62.

⁹⁹⁰ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 43.

⁹⁹¹ *Ibidem*, p. 43.

⁹⁹² AHNOB, Frías, C. 15, doc. 3; y AGS, PTR, leg. 11, doc. 69. El ejemplar de Simancas fue editado en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CII, pp. 340-345.

otros obispos en estas vistas, aunque no se indica en ella de forma expresa si participaron en dichas negociaciones. Así, en la orden dada entonces por el rey para que se instituyera aquella comisión para la reforma del reino y el juramento de acatar sus decisiones por parte del rey y de los rebeldes, entre ellos Carrillo y Fonseca, figura como uno de los testigos que vieron al rey firmar dicho poder y jurar lo mencionado el obispo de Calahorra⁹⁹³; y entre los personajes que juraron en aquellas vistas a don Alfonso como príncipe heredero se encontraban, aparte de los ya mencionados arzobispos de Sevilla y Toledo y obispo de Calahorra, los obispos de Coria y de Osma, que, como vimos, se incorporaron a las negociaciones el 11 de noviembre. Por ello, aunque no se les mencione en los acuerdos finales, parece bastante probable que ambos prelados intervinieran en alguna medida en la negociación de los mismos⁹⁹⁴. Mendoza, como ya se ha señalado, había sido parte esencial de todas las negociaciones habidas entre el rey y sus rebeldes hasta la fecha, por lo que resultaría extraño que se encontrara presente en las vistas y no participara de algún modo en las negociaciones.

Esta segunda fase de la negociación concluyó cuando el 4 de diciembre de 1464 Enrique IV reconoció ante el reino a don Alfonso como príncipe heredero⁹⁹⁵ y anunció el final de sus conflictos con los rebeldes⁹⁹⁶. Con ello se entraba en una tercera fase de la negociación, que concluiría con la publicación de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo el 16 de enero de 1465⁹⁹⁷. Es necesario que nos detengamos a analizar la naturaleza y origen de la Sentencia para comprender el papel que diversos miembros del episcopado jugaron en su redacción y, también, negociación.

⁹⁹³ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 16. Copias de dicho poder en BNE, Mss. 13.109, fols. 161r-163v; y BNE, Mss. 9546, fols. 3v-7r.

⁹⁹⁴ AHNOB, Frías, C. 15, docs. 4 y 5.

⁹⁹⁵ AHNOB, Frías, C. 15, doc. 6. Editado con fecha incorrecta de 4 de septiembre de 1464 en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCVI, pp. 326-327.

⁹⁹⁶ Ante el reino dichos acuerdos del 30 de noviembre se presentaron como el final del conflicto entre el monarca y los magnates y prelados. Por ejemplo, en las cuentas del cabildo catedralicio de Toledo de aquel año se recoge la siguiente entrada: “Iten, di por otro mandamiento a Françisco de Medina, que troxo las nuevas de la paz e concordia de nuestro sennor el rrey e caualleros, mill maravedíes. Fecho a XV días de diçienbre. Firmado del deán e Ferrando de Ayala”. ACT, Obra y fábrica, n. 288, fol. 31v. Como vimos, el obispo Barrientos, a pesar de ser contrario a las negociaciones, transmitió esta misma versión al concejo de Cuenca.

⁹⁹⁷ La sentencia fue publicada en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 355-479. Ha sido analizada total o parcialmente por distintos investigadores. Por ejemplo BECEIRO PITA, I., “Doléances et ligues de la noblesse...”, op. cit., pp. 117-126, hace un estudio sintético de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, relacionando las reclamaciones de los rebeldes a Enrique IV con otras realizadas por la nobleza castellana en los años y reinado anteriores, mostrando un cierto sentido tópico de estas reclamaciones. Destacamos especialmente los estudios de MORALES MUÑOZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 63-86; y FRANCO SILVA, A., *Los discursos políticos de la nobleza*, op. cit., quien dedica la mayor parte de esta obra al análisis individualizado de cada una de las cláusulas de dicha Sentencia.

Como se ha señalado, en aquellos acuerdos del 30 de noviembre entre el rey y sus rebeldes se estableció la formación de una comisión para la reforma del reino. Esta estaría formada por don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, y el comendador Gonzalo de Saavedra, representantes de Enrique IV, y por el marqués de Villena y el conde de Plasencia por parte de los rebeldes al rey, y como tercero o mediador, en el caso de que surgieran discrepancias entre ellos, fray Alonso de Oropesa, general de la Orden de San Jerónimo. Ellos habrían de acudir a la villa de Medina del Campo “con poder que se les dé por el dicho sennor rey e por los dichos perlados e caualleros” para una misión concreta: “entender en las cosas que los dichos perlados e caualleros han suplicado a su sennoría e otras que le quieren suplicar, e asymismo para entender e entiendan en las cosas que por parte del dicho sennor rey serán pedidas e expresadas”. Estos diputados habrían de jurar que “syn mirar a afección nin parçialidad alguna, disçidirán, determinarán e sentençiarán en todas las cosas susodichas”, debiendo, por su parte, jurar el rey y los caballeros aceptar el resultado de su sentencia⁹⁹⁸.

Como vemos, la función de estos diputados no era en principio la de elaborar un programa de gobierno que en adelante Enrique IV habría de acatar, sino la ejercer como árbitros entre el rey y los rebeldes, pues ahora, tras el juramento de don Alfonso, se abría la perspectiva del desarrollo de unas nuevas negociaciones mucho más amplias en las que se abordarían todas aquellas cuestiones ajenas a la sucesión que ya en el Manifiesto de Burgos se solicitaron al rey que remediara o corrigiera y, por otro lado, aquellas otras exigencias que el rey quisiera presentar a sus rebeldes, con el fin de solucionar los males que agobiaban al reino, pero, sobre todo, de poner fin a las discrepancias entre el monarca y sus opositores. Sin embargo, dada la amplitud de las cuestiones abordadas y a los verdaderos objetivos perseguidos por los rebeldes con estas negociaciones, se acabó llegando a aquella verdadera reforma del gobierno del reino que suponía la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, la cual ha llegado a ser calificada por Quintanilla Raso como “la expresión máxima de un proyecto de constitución nobiliaria frente al absolutismo regio”⁹⁹⁹.

En consecuencia, se otorgaron poderes a aquellos jueces compromisarios para que arbitraran, supuestamente de forma neutral, aquellas negociaciones entre el rey y los rebeldes y para que tomaran una decisión vinculante para ambas partes en torno a cada

⁹⁹⁸ AHNOB, Frías, C. 15, doc. 3, en concreto, fol. 4v.

⁹⁹⁹ QUINTANILLA RASO, M. C., “Claves de la política nobiliaria castellana...”, *op. cit.*, p. 539.

una de las cuestiones que les fueran presentadas, no siendo, por tanto, la voluntad de alcanzar un consenso entre las partes la que les guiaba, sino imponer determinadas decisiones a alguna de ellas o a ambas que permitiera acabar con el conflicto¹⁰⁰⁰. Por tanto, tenemos tres actores principales en estas negociaciones, el rey, los rebeldes y los árbitros escogidos, de los cuales los dos primeros tendrían capacidad para presentar sus exigencias o reclamaciones, y el tercero sería el único que tendría potestad para decidir. A pesar de ello, el papel en esta negociación de los dos primeros no pierde ningún valor, pues ambos eran los encargados de presentar a los árbitros sus reclamaciones para con el otro y aquellas cuestiones a debatir que acabarían conformando la Sentencia Arbitral de Medina del Campo¹⁰⁰¹. Por consiguiente, todos aquellos prelados que participaron en la presentación de aquellas formaron parte de estas negociaciones que resultaron en la redacción de la Sentencia de Medina.

¿Quiénes fueron los obispos que participaron, por tanto, en estas negociaciones? Por el lado rebelde es sencillo de determinar gracias a que se ha conservado el memorial que los opositores al rey presentaron ante los jueces compromisarios. Este documento es fundamental, pues basta realizar una lectura conjunta del mismo y de la Sentencia de Medina para comprobar que el primero, junto al más sintético Manifiesto de Burgos, fue la base del segundo, pues, adelantándonos un tanto, los jueces compromisarios nombrados por Enrique IV le acabaron traicionando y aceptaron todas las exigencias de los rebeldes¹⁰⁰², dando lugar a aquella Sentencia que tanto control sobre el poder real entregaba a los opositores del rey.

Sin sorpresas, en dicho memorial nos encontramos las firmas de los arzobispos de Toledo y Sevilla y de los obispos de Coria y Osma junto a las de otros magnates como los condes de Luna, Alba y Santa Marta y el almirante de Castilla. Fue terminado de redactar el 5 de diciembre en la villa de Cigales, y el 11 de diciembre García Fernández Azor, capellán del arzobispo Carrillo, presentó estos capítulos ante los jueces

¹⁰⁰⁰ Esta tipo de negociaciones ha sido analizado a partir de ejemplos del reinado de Juan II por VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Negociación y representación del consenso...”, *op. cit.*, pp. 242-243.

¹⁰⁰¹ Una simple lectura de la Sentencia permite observar cómo antes de cada decisión se incluyen fórmulas como la siguiente: “á lo que fué suplicado al dicho señor Rey diciendo quanto notorios é manifiestos [...]”, decidiéndose a continuación si se acata o no esta petición y su aplicación. Fragmento en concreto en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, CIX, p. 390.

¹⁰⁰² Así lo denunciaba el cronista proenriqueño ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 228: “E aquesto fue porque las cosas de la diputación sucedieron tan adversarias, que ansy los diputados de su parte [de Enrique IV], como los otros, estrecharon el poderío del rrey”, tras lo cual critica la traición de Velasco y Saavedra.

compromisarios “e pidióles que sobre todo lo en ellos contenido librasen e determinasen e sentençiasen lo que fuese justiçia”¹⁰⁰³. Enrique IV también hubo de presentar un memorial similar, pues en la propia Sentencia así se indica, aceptándose algunas de sus peticiones¹⁰⁰⁴, pero, al no conservarse el original, desconocemos si alguno de los prelados que se encontraban junto a él, el obispo de Cuenca y el obispo de Calahorra, respaldaron las exigencias del rey.

Hasta la publicación de la Sentencia, distintos prelados continuaron atentos a su desarrollo: cuando el 6 de enero, desde Olmedo, Enrique IV aceptó una prórroga extraordinaria de ocho días para que los miembros de la comisión pudiesen terminar de redactar la Sentencia, se encontraban junto a él obispo de Calahorra y el hermano de este, el vizconde de Torija, como miembros de su Consejo¹⁰⁰⁵. El día 7, desde Dueñas, esta prórroga fue aceptada por los rebeldes, figurando entre ellos el arzobispo de Toledo y el arzobispo de Sevilla¹⁰⁰⁶. El 16 de enero de 1465 sería finalmente publicada, pero la clara inclinación de los jueces compromisarios a favor de sus rebeldes llevó al rey a rechazarla¹⁰⁰⁷. Desde este momento, y hasta que tuviera lugar la Farsa de Ávila, no se volvieron a producir nuevas negociaciones entre los bandos, pero si entre el rey y distintos personajes, prelados incluidos, a título particular con el fin de atraerlos a su bando. Los casos más relevantes para nosotros son los de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, reconciliado con el rey en unas vistas en el monasterio de La Mejorada de Olmedo a cambio de importantes retribuciones¹⁰⁰⁸, y el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo y el almirante Enríquez, que regresaron tras la publicación de la Sentencia a la lealtad a Enrique IV al parecer en respuesta a un plan dirigido a controlar

¹⁰⁰³ El original se encuentra en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3. Parcialmente transcrito, sin las firmas de los emisores y sin el acta de recepción por parte de los jueces compromisarios, en FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 618-631. Fue transcrito, con bastantes errores, como confundir la firma del obispo de Coria con la del cardenal don Juan de Mella, obispo de Zamora, en SALVÁ, M. y SAINZ DE BARANDA, P., *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, op. cit., pp. 369-395.

¹⁰⁰⁴ “Recibimos ciertos capítulos é peticiones que nos fueron dadas é presentadas, así por el dicho señor Rey como por parte de los dichos Prelados é caballeros, en los quales capítulos é peticiones platicamos mucho entre nosotros é con el dicho fray Alfonso de Oropesa, general”. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 363. A partir del capítulo LXVII de la Sentencia se desarrollan las exigencias presentadas por el rey. Lamentablemente, no se ha conservado, o aún no ha podido ser localizado, el memorial del rey.

¹⁰⁰⁵ *Ibidem*, doc. CIX, pp. 362-363.

¹⁰⁰⁶ *Ibidem*, doc. CIX, p. 363.

¹⁰⁰⁷ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 87.

¹⁰⁰⁸ VASALLO TORANZO, L., *Alfonso de Fonseca*, op. cit., p. 51.

los actos del rey en los meses previos a la guerra y obtener determinadas gracias con las que reforzar sus posiciones ante el inminente conflicto¹⁰⁰⁹.

1.2. La intervención del episcopado en las negociaciones entre los bandos en pugna durante la guerra civil

Poco después de la Farsa de Ávila, encontramos ya la primera referencia a la participación de los miembros del episcopado en las negociaciones entre los bandos. Según una carta emitida por la cancellería del infante-rey don Alfonso el 22 de julio de 1465, Enrique IV, tras conocer la noticia de su deposición, había tratado de negociar un rápido final para el conflicto, para lo cual, según don Alfonso, había mandado “muchas veces a mi Corte” al arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, acompañado de dos fieles servidores del rey, Alfonso González de la Hoz y Diego de Saldaña, para tratar de llegar a un acuerdo con los rebeldes. Sin negar lo que de cierto pueda haber en el hecho que Enrique IV enviase a estos personajes a negociar con los alfonsinos en su nombre en los primeros compases de la guerra, creemos una falsedad el que aquellos acudieran a ofrecer entonces en nombre del rey su rendición incondicional a cambio de “que le queramos dar alguna pas e dexarle alguna cosa con que biua”¹⁰¹⁰. Por otro lado, el fuerte tono propagandístico de este escrito nos inclina a pensar que verdaderamente el rey envió al arzobispo de Sevilla a negociar con los rebeldes en su nombre, pues a los alfonsinos no les favorecía en nada reconocer que uno de los prelados más relevantes del reino actuaba en servicio del rey Enrique en una coyuntura donde se trataba de demostrar su debilidad a fin de que perdiera los apoyos con los que contaba. Fonseca se trataba de un antiguo servidor del rey muy cercano a uno de los principales líderes del nuevo Alto Consejo alfonsino, el marqués de Villena Juan Pacheco¹⁰¹¹, que aunque se había enfrentado al rey el año previo, se había reconciliado con el mismo mientras se redactaba la Sentencia Arbitral de Medina del Campo¹⁰¹². En consecuencia, fue, por tanto, su vínculo con ambos el que sin duda condicionó el que el monarca le seleccionara para acudir ante Pacheco y tratar de poner remedio pronto a la contienda.

¹⁰⁰⁹ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 87; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 73-79.

¹⁰¹⁰ AMB, Actas de 1465, fol. 78v.

¹⁰¹¹ Sobre la trayectoria política del arzobispo Fonseca, sigue siendo de imprescindible consulta el trabajo de FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca...”, op. cit.

¹⁰¹² VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., pp. 47-53.

La siguiente intervención en las negociaciones de un miembro del episcopado de la que nos informan las crónicas fue poco después de que la villa de Valladolid pasara al bando Enriqueño, en enero de 1466, cuando el marqués de Villena y sus aliados decidieron “de tratar vistas con el rrey” Enrique, según Enríquez del Castillo, con el verdadero objetivo de prenderle. Sin embargo, según este cronista, el monarca, conocedor de este hecho, decidió enviar a negociar con el marqués en su nombre al obispo Pedro González de Mendoza y a uno de sus capitanes, Juan Fernández Galindo. Estas negociaciones fracasaron, pues de ellas “ningund buen fruto, nin conclusión de paz se pudo tomar”¹⁰¹³. No podía ser de otra manera debido a la resistencia demostrada por los Mendoza y sus aliados a que Enrique IV llegara a cualquier tipo de acuerdo con los rebeldes. Desde el bando alfonsino, el arzobispo Carrillo y sus principales aliados, los Manrique y el almirante, también se negaban a cualquier intento de negociar una solución pactada al conflicto¹⁰¹⁴.

Como consecuencia de ello, a partir de este momento, cuando desde el lado de Enrique IV o desde el de los alfonsinos, representados por el marqués de Villena, se intentaron promover negociaciones, hubo de recurrirse a otro personaje, también miembro del episcopado castellano, que siempre fue favorable a la negociación: el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca¹⁰¹⁵.

Todas las crónicas del reinado coinciden al señalar que durante el desarrollo de la guerra civil fue el arzobispo de Sevilla quien se encargó de liderar la mayor parte de las negociaciones o de proporcionar las seguridades suficientes para llevar a cabo las vistas entre los bandos cada vez que se trató de alcanzar un acuerdo con el que poner fin al conflicto. Morales Muñiz, que ha estudiado a la perfección el periodo, señala que a partir de comienzos de 1466, cuando el conflicto se centra en la negociación, Fonseca se convirtió en un personaje “omnipresente”, pues, junto a otros nobles, fue el artífice de buena parte de las reuniones en las que se intentó alcanzar una solución negociada a la contienda¹⁰¹⁶. Desde una postura intermedia entre las facciones y no radicalizada, ya que no se decantó hasta bien avanzada la guerra por ninguna de las partes, se convirtió en un instrumento útil tanto para Enrique IV como para el marqués de Villena, con

¹⁰¹³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 256; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 277.

¹⁰¹⁴ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 164-168. Existen numerosas muestras de ello en las crónicas. Por ejemplo, en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 399.

¹⁰¹⁵ PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV*, op. cit., pp. 199-200.

¹⁰¹⁶ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit. p. 168.

quienes se encontraba estrechamente unido desde sus tiempos en la Corte del entonces príncipe don Enrique, cuando les interesaba acercar posturas. Sería, por tanto, un intermediario entre Enrique IV y aquellos alfonsinos más proclives a la negociación. Probablemente esta sea una de las razones principales de que los cronistas del reinado, radicalmente favorables a Enrique IV y a los Mendoza (Enríquez del Castillo) o a don Alfonso y al arzobispo Carrillo (Alfonso de Palencia), coincidan al transmitirnos una visión especialmente crítica de la actuación del arzobispo hispalense en las negociaciones que se sucedieron a partir de entonces¹⁰¹⁷ que no compartió el propio Enrique IV, quien en un momento indeterminado, pero previo al 2 de mayo de 1469, llegó a prometer a Fonseca el señorío de la villa de Sepúlveda como recompensa, entre otras cuestiones, por su labor en procurar la paz, sosiego y tranquilidad de sus reinos durante los movimientos previos¹⁰¹⁸. A las razones anteriormente dichas para su selección, habría que añadir sus indudables dotes para la negociación, que ya fueron percibidas por sus contemporáneos desde que entró a servir en la Corte del entonces príncipe don Enrique¹⁰¹⁹, y que tanto contribuyeron entonces, como ahora a su encumbramiento político.

La documentación es parca y las crónicas confusas en la exposición de los hechos, pero todo parece indicar que, tras el referido envío por Enrique IV del arzobispo ante sus rebeldes en los momentos posteriores a la Farsa de Ávila, la siguiente de las intervenciones del prelado hispalense tuvo lugar tras el paso de Valladolid al partido enriqueño en los primeros meses de 1466. Entonces el marqués de Villena recurrió a Fonseca para plantear al monarca un proyecto de paz en unas reuniones que se celebraron en una de las villas patrimoniales del prelado, Coca, entre Enrique IV y

¹⁰¹⁷ Así lo hace el proalfonsino PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 347: “En la marcha pasaron por Portillo y Coca, con el fin de consultar en Coca el consejo del arzobispo de Sevilla, que residía en aquella villa. Con su acostumbrada doblez no se declaraba franco partidario de ninguno de los reyes, sino que procuraba como siempre lisonjear a ambos. Tal habilidad y destreza eran del agrado del marqués porque servían para introducir en las negociaciones las artimañas de la zorra; y ahora se valía para muchos mensajes de aquel que antes había desdeñado cuando se trataba de seguir el camino recto”.

¹⁰¹⁸ “...e otrosy, aviendo acatamiento que después de los mouimientos acaesçidos en estos dichos mis regnos avedes fecho e fasedes grandes gastos de vuestra fasienda e avedes auido e avedes grandes trabajos de vuestra persona por la defensión de mi estado rreal e por la pas e sosyego e tranquilidad destos mis regnos...”. Como en aquel momento le era imposible entregarle la villa, le hacía merced de 300.000 maravedís de juro en empeño hasta que le pudiera dar posesión de aquella. Finalmente, el 20 de diciembre de 1471, y por no poder hacer efectiva esta merced, el rey transformó este juro en un juro de heredad. AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁰¹⁹ En una carta dirigida a don Lope de Barrientos, se decía lo siguiente sobre sus habilidades para la negociación en los críticos años finales del reinado de Juan II, cuando aún era obispo de Ávila (1445-1454): “Si don Alonso de Fonseca sabe fazer de buen Obispo, tambien de listo conponedor, ca al Condestable [Álvaro de Luna] é al Marqués de villena los ha desposado en vna volunta”. PONS-RODRÍGUEZ, L., “Centón epistolario...”, *op. cit.*, p. 420.

algunos miembros del partido alfonsino¹⁰²⁰. Estas vistas debieron tener lugar en marzo de 1466, pues en ellas se acordó una tregua entre los bandos desde marzo hasta fines de abril¹⁰²¹. Por otro lado, y aunque las crónicas no señalen nada al respecto, la participación de otros miembros el episcopado en aquellas vistas de Coca nos queda confirmada por una carta de Enrique IV dirigida al concejo de Ágreda el 30 de agosto de 1466, en la que el monarca recordaba cómo estuvo “en la villa de Coca, entendiendo *con los perlados e cavalleros del mi Consejo, que conmigo estaban e con otros de la otra parte*, por dar forma e asiento a la pas e bien destos dichos mis Reynos”¹⁰²². Por tanto, en aquellas vistas participaron prelados de uno y otro bando, aunque los cronistas únicamente señalen la presencia de Fonseca en las mismas¹⁰²³.

En estos primeros meses de 1466, Fonseca también acudió ante Enrique IV para plantearle en nombre de cierto sector del bando alfonsino otra propuesta de paz: Pedro Girón, maestre de Calatrava, y Juan Pacheco, marqués de Villena, ofrecieron al rey por medio del arzobispo un acuerdo con el que poner fin al conflicto consistente en el matrimonio del primero de ellos con la infanta Isabel. A cambio, ambos hermanos ofrecían regresar con todo su poder a su servicio y entregarle a su hermanastro, don Alfonso, terminando así con el conflicto. Enrique IV aceptó el plan y acordó con el arzobispo de Sevilla la salida de la Corte del duque de Alburquerque y del obispo de Calahorra, para eliminar a aquel sector del partido enriqueño contrario a los tratos con Villena, siendo otra exigencia presentada por el arzobispo de Sevilla de parte del marqués y del maestre para poder llevar a cabo aquella negociación. De esta forma, y según las crónicas, quedó tan solo el arzobispo de Sevilla con el rey, “entendiendo en las negoçaciones que traya y en las cosas del Consejo, e como el conçierto del

¹⁰²⁰ “[...] el marques secretamente tratava con el arçobispo de Sevilla por dilatar las cossas, el qual dava medio quel rey don Enrrique se contentasse con solamente nonbre de rey e con alguna pequeña parte destos reynos donde pudiesse ussar del campo, estando apartado de todos los negoçios e cuydados de la cossa publica destos reynos; entonçes todos los grandes que en Arevalo estavan acordaron de yr a Coca, donde fue oydo todo lo quel arçobispo de Sevilla falssamente dizia”. *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 184-185.

¹⁰²¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 365.

¹⁰²² La carta transcrita en PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda...”, op. cit., pp. 384-386. La cursiva es nuestra.

¹⁰²³ En efecto, a pesar de esa afirmación del rey, PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 365 se ocupa de destacar cómo tras las vistas de Coca, Enrique IV se dirigió a Alba de Tormes para tratar con el conde de Alba y el obispo Pedro González de Mendoza, que, por tanto, no se habrían encontrado presentes en aquellas.

casamiento que estuviese capitulado con las seguridades e firmezas que para ello convenía por entramas las partes”¹⁰²⁴.

La escasa documentación conservada también nos permite comprobar que Fonseca jugó un papel capital en estas negociaciones: el 27 de abril de 1466, desde Arévalo, el prelado reconocía que había recibido “en depósytto vna escriptura” firmada y sellada por Enrique IV, los condes de Plasencia y Benavente y el marqués de Villena “con çiertos términos” o cláusulas, y prometía que no la haría pública ni se la entregaría a ninguna de las partes hasta que “de acuerdo e consentimiento” del rey y aquellos nobles o del monarca y el marqués “sean llenos los dichos términos”¹⁰²⁵. Aunque no se especifique, parece casi seguro que aquella escritura trataba sobre el proyecto del matrimonio y sobre las condiciones concretas del regreso a la obediencia enriqueña de aquellos magnates¹⁰²⁶. No fue, por tanto, un acuerdo improvisado, sino objeto de unas intensas negociaciones en las que Fonseca fue un actor principal. No obstante, todo sería en vano, pues la repentina muerte de Pedro Girón¹⁰²⁷ echó por tierra estos planes.

No tenemos noticias de nuevas negociaciones entre los bandos hasta finales del verano de 1466, aunque ciertos pasajes de las crónicas dan a entender que a mediados de aquel año el arzobispo de Sevilla continuaba tratando de mediar entre los bandos¹⁰²⁸. En septiembre de 1466, tras la estancia del infante-rey Alfonso en Palencia, en las crónicas se hace referencia a la participación del arzobispo Fonseca y del obispo de Calahorra, este último sin duda por parte de Enrique IV, en unas reuniones con otros grandes que tuvieron lugar en Tariego de Cerrato, señorío del hermano del arzobispo Carrillo, el conde de Buendía¹⁰²⁹, tras las cuales don Alfonso se trasladó a Cigales¹⁰³⁰. Poco es lo que sabemos de estas vistas, en las cuales también hubo de participar el alfonsino Luis de Acuña, obispo de Burgos, pues se encontraba presente en Tariego en

¹⁰²⁴ Los fragmentos son de ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 257. Recoge en términos similares esta negociación GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 271.

¹⁰²⁵ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 2.

¹⁰²⁶ Así lo señala también SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 354.

¹⁰²⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 257.

¹⁰²⁸ “Porque el arzobispo de Sevilla, fingiendo el oficio de mediador, sembraba abundantes gérmenes de discordia contra las obligaciones del cargo, fuerte con el apoyo del marqués”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 404.

¹⁰²⁹ Este lugar como señorío del conde en ORTEGA CERVIGÓN, J. I., “El arraigo de los linajes portugueses...”, op. cit., p. 76.

¹⁰³⁰ Se acordó que el rey [Alfonso] fuese desde Baquerín de Campos por la villa de Ampudia a Tariego de Cerrato, adonde en aquellos días se habían reunido el arzobispo de Sevilla y el obispo de Calahorra con algunos otros grandes”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 406. También lo señala *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 195.

aquel mes de septiembre¹⁰³¹. Según Galíndez de Carvajal, esta reunión se acabó disolviendo a petición del almirante de Castilla Fadrique Enríquez, quien protestó por la ausencia del marqués de Villena¹⁰³², aunque también indica que estas reuniones sirvieron de preparación para las siguientes, en las cuales se acordaron unas nuevas treguas entre los bandos en pugna.

En los meses siguientes las negociaciones continuaron desarrollándose en Madrid bajo el amparo del arzobispo de Sevilla, como señalamos más adelante. Las crónicas señalan que allí acudieron, por los alfonsinos, el marqués de Villena y el conde de Plasencia a negociar con Enrique IV “e los del su Consejo”¹⁰³³. Aunque no se indique en las crónicas, es documentable la presencia del obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza en Madrid en aquellos meses¹⁰³⁴, por lo que parece factible que fuera uno de los miembros del Consejo enriqueño que asistieron al rey en sus negociaciones con los rebeldes.

Tras la abrupta ruptura de las negociaciones entre Enrique IV y los rebeldes en mayo de 1467, los Mendoza regresaron al lado del monarca, encabezados por el obispo de Calahorra¹⁰³⁵. Estos, que habían visto durante la guerra cómo el rey les desplazaba en repetidas ocasiones con el fin de negociar con los rebeldes, no se conformaron con el buen recibimiento del monarca, sino que exigieron a este toda una serie de seguridades a través de los cuales intentaron evitar que el rey volviera a tratar con aquellos nada que pudiera resultar perjudicial a sus intereses. A pesar de que las crónicas únicamente señalan que el marqués de Santillana, “para seguridad de su estado e de sus hermanos e

¹⁰³¹ El 13 de septiembre de 1466, desde Tariego, el obispo escribió una carta a su cabildo por la cual les comunicaba que otorgaba el arcedianato de Treviño a Pedro Girón, su hermano. ACB, Registro de Actas 17, fols. 419r-v.

¹⁰³² “El rey don Alonso ovo consejo que desde la villa de Vaquerin se fuesen a Tariego, donde avian de venir a hablar con el arçobispo de Sivilla y el obispo de Calahorra y otros algunos grandes, mas el almirante dixo al conde de Benavente que a causa de no estar presente su suegro esta habla se devia dissimular por entonzes, y ansi el rey no fue a Tariego, sino a Cigales”. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 280.

¹⁰³³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 263-264.

¹⁰³⁴ El 20 de diciembre de 1466 se encontraba en Madrid junto a otros miembros del Consejo Real de Enrique IV y refrenda las cédulas por las cuales Enrique IV daba respuesta a las peticiones presentadas por unos procuradores de la provincia de Guipúzcoa. ORELLA UNZUE, J. L., *Cartulario real de Enrique IV*, op. cit., doc. 60 y doc. 61.

¹⁰³⁵ Tras la expulsión de la villa por parte de la Hermandad de Madrid del arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia, “vinieron allí a Madrid algunos señores de su partido, señaladamente: don Luys de la Çerda, conde de Medinaçeli, e don Pedro Gonçález de Mendoza, obispo de Calahorra, que avía grand tienpo que estava fuera de la corte, por cuya venida, el rrey fue muy contento, porque paresció estar su persona rreal con más abtoridad. Entonçes, avido su Consejo, determinó que el rrey se partiese para Segovia”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 270. Lo mismo en GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 290.

parientes, que le avían de servir”, exigió al rey que le entregara como rehén a su hija, la princesa doña Juana¹⁰³⁶, se conserva cierta documentación que nos permite conocer hicieron jurar al rey, el 28 de junio y el 6 de agosto de 1467, que en adelante habría de contar con la participación y aprobación del obispo Pedro González de Mendoza para emprender cualquier negociación con el bando rebelde:

“de aquí adelante non faré trato nin conçierto alguno con el ynfante, mi hermano, nin con ninguno nin algunos de los perlados e caualleros que están en su compaña e de su opinión, nin con otro o otros por ellos pública nin ascondidamente syn consejo e acuerdo del reuerendo padre yn Christo don Pedro Gonçáles de Mendoça, obispo de Calahorra”¹⁰³⁷.

La importancia de esta cláusula radica no solo en que se acordase que el obispo de Calahorra hubiese de participar en las negociaciones entre los bandos durante lo que restaba de conflicto, lo que ya hubiera revestido especial interés para nuestro estudio, sino que el inicio de toda negociación o ruptura de ella con los rebeldes del monarca de Castilla, dependería del criterio único del prelado. No obstante, Enrique IV no tardaría en romper este juramento, al caer Segovia en manos de los alfonsinos y claudicar ante sus rebeldes.

No podemos insistir más de lo que ya se ha hecho en la crítica situación que la toma de Segovia dejó al monarca, pues la reina Juana, la infanta doña Isabel y su tesoro acabaron en manos alfonsinas con aquel ataque¹⁰³⁸. Incumpliendo los pactos que había firmado con los Mendoza en junio y agosto de 1467, el rey abandonó entonces a sus aliados y se marchó a Coca, con el objetivo de suplicar al arzobispo de Sevilla que negociara en su nombre con los rebeldes para intentar llegar un acuerdo que le salvase de aquella crítica situación¹⁰³⁹. Sin apoyos¹⁰⁴⁰, el rey entraba en unas negociaciones que más bien parecían una capitulación o rendición, aunque su resultado a la larga hubiera

¹⁰³⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 271.

¹⁰³⁷ El fragmento pertenece al juramento del 28 de junio de 1467. Se encuentra en AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 38. Transcrito por VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil castellana*, op. cit., doc. 3, pp. 53-59. El del 6 de agosto, y aparte de especificar que en seguridad de ello el rey entregaría a la princesa Juana en custodia al marqués de Santillana, otorgaba ese mismo poder a aquel. AHNOB, C. 1860, doc. 17. Transcrito en LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, op. cit., pp. 456-457.

¹⁰³⁸ Sobre la significación de la pérdida de Segovia para el rey, habla MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 226-227.

¹⁰³⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 288-289; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 455.

¹⁰⁴⁰ El 19 de octubre de 1467 Enrique IV así se lo transmitía al alcaide de Andújar Pedro de Escavías, indicándole que se encontraba en negociaciones “con los caualleros de mis rreynos que están con el ynfante mi hermano” y solicitándole que mantuviese aquella ciudad de la que era alcaide en buena guarda. RAH, col. Salazar, 9/337, fol. 200r.

de ser muy distinto del que se podía intuir entonces. El arzobispo hispalense, con aquellos poderes concedidos por el rey para que negociara en su nombre, “començo de tratar luego con los cavalleros questavan en Segovia”¹⁰⁴¹. Más allá de la noticia del envío por parte del arzobispo de distintos nobles y mensajeros al rey, que permaneció en Coca, desde Segovia para favorecer el desarrollo de las negociaciones¹⁰⁴², nos interesa que antes de que el rey entrara en esta ciudad el 28 de septiembre¹⁰⁴³, Fonseca ya había logrado alcanzar un acuerdo con los alfonsinos que suponía la total sumisión no ya de Enrique IV, sino de la institución regia castellana ante los rebeldes, el cual analizamos en el apartado referente al Consejo Real. Como allí explicamos, el arzobispo de Sevilla fue actor principal en unas negociaciones dobles del rey y los rebeldes y de los propios rebeldes entre sí en las que se alteraba sobremanera el gobierno de Castilla, al plantearse un modelo por el cual la monarquía estaría sometida y dirigida por una amplia representación de la nobleza del reino.

A pesar de que, sin duda, durante los meses siguientes las negociaciones entre el rey y sus opositores continuaron, no volvemos a encontrar una intervención de un miembro del episcopado en las negociaciones entre los bandos hasta comienzos de 1468, cuando el partido alfonsino comenzaba a desintegrarse. Entre los meses de enero y febrero de 1468, y estando con su Corte en Béjar, Enrique IV solicitó al maestre de Santiago Juan Pacheco que acudiera a unas nuevas vistas en las que se trataría sobre los acuerdos de Segovia, siguiendo los consejos del conde de Plasencia y del arzobispo de Sevilla, miembros ahora de su Alto Consejo según dichos pactos de Segovia y desde entonces más cercanos al rey Enrique que a don Alfonso¹⁰⁴⁴. Juan Pacheco convocó, a su vez, al obispo de Coria, quien, como ya indicamos, debía ser uno de los miembros del Alto Consejo de don Alfonso formado en el pacto de Segovia, para que le acompañara a aquellas vistas de Béjar en representación de don Alfonso, a las cuales también acudieron, aparte de los mencionados, el maestre de Alcántara y los condes de

¹⁰⁴¹ Así lo señala, aparte de otros cronistas, GARCÍA, M. (ed.), *Repertorio de príncipes, op. cit.*, caps. CXLIII-CXLVIII, pp. 363-364.

¹⁰⁴² “Por su parte el arzobispo de Sevilla, antiguo artífice de aquel baratillo, apenas llegó a Segovia aconsejó la partida de los condes de Plasencia y de Alba a Coca. Cuando previnieron este plan las sospechas, se diputó a Rodrigo de Ulloa y a Juan Fernández Galindo, que acompañaban al arzobispo de Sevilla y no eran malquistos del maestre de Santiago, para que actuasen de mensajeros entre unos y otros”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 455.

¹⁰⁴³ *Ibidem*, p. 455.

¹⁰⁴⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 297; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 463 coinciden al señalar que en las navidades previas ambos se declararon servidores de Enrique IV y procuraron favorecerle frente a don Alfonso desde el momento en el que se les encomendó la supervisión del rey.

Alba y de Alba de Liste¹⁰⁴⁵. También nos consta la presencia en Béjar en aquellos momentos del legado pontificio y obispo de León Antonio Jacobo de Veneris¹⁰⁴⁶, aunque desconocemos cualquier tipo de intervención del mismo en estas negociaciones, seguramente debido a que no pudo llegar a intervenir debido al rápido fracaso de las vistas.

En efecto, los cronistas señalan cómo el obispo de Coria, viendo que “en las pláticas preliminares se trataban muchos puntos en daño del rey Alfonso”, protestó en nombre propio y en el del arzobispo de Toledo, el almirante don Fadrique y el condestable don Rodrigo Manrique, entre otros grandes, y negó su consentimiento a lo propuesto en aquellas juntas al ser contrarios a la paz y bien común del reino y “perjudiciales al cetro y al legítimo poseedor del cetro, el rey Alfonso”¹⁰⁴⁷. Aunque no se explicita, parece claro que lo que se propuso en estas vistas planeadas por el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia fue el reconocimiento único de Enrique IV como rey de Castilla ahora que ambos dirigían su Consejo, en perjuicio, por tanto, de don Alfonso y sus consejeros, razón por la que aquellos prelados y nobles, representados por el obispo de Coria, se negaron de forma tajante a aceptarlo. Poco a poco se iba formando un nuevo partido proenriqueño que acabaría aislando a aquella facción alfonsina¹⁰⁴⁸, y de lo cual es muestra la tardía confederación firmada por el maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo el 4 de junio de 1468¹⁰⁴⁹, a un mes del fallecimiento del joven rey.

En los momentos previos a la muerte del infante-rey, hubo de plantearse por parte de alguno de los bandos la necesidad de entablar nuevas negociaciones, pues cuando Enrique IV notificó el 6 de julio de 1468 la muerte de don Alfonso al concejo de Toledo, indicaba que había recibido dicha noticia encontrándose en la villa de Madrid junto al arzobispo de Sevilla, los condes de Plasencia, Benavente y Miranda, que se habían unido en los meses previos en su servicio¹⁰⁵⁰, y el ya obispo de Sigüenza Pedro

¹⁰⁴⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464.

¹⁰⁴⁶ El 23 de febrero de 1468, desde Béjar, hacía colación de una ración en León a favor de Juan Rodríguez de Arévalo. ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., Registro 3364, p. 492.

¹⁰⁴⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464. Lo recogen también los otros cronistas del reinado.

¹⁰⁴⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 297 señala que poco más tarde de estas vistas el arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia, Benavente y Miranda “se declararon por servidores del rey”.

¹⁰⁴⁹ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7. La analizamos en otro apartado.

¹⁰⁵⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 291 y p. 297.

González de Mendoza, todos a la espera de que “otros perlados e grandes de mis regnos” acudieran allí “para entender e dar orden en la pas e sosiego destos mis regnos”. Como explica Val Valdivieso, dicho documento es muestra de que de forma previa a la muerte de don Alfonso se estaba trabajando en unas nuevas negociaciones para intentar reinstaurar la paz en el reino¹⁰⁵¹, pero el fallecimiento de aquel supuso el fin de aquellas, o, mejor dicho, el que pudieran continuar desarrollándose en los mismos términos que previamente se habían planteado, pues por este mismo documento el monarca solicitaba a la urbe toledana que se enviara a su Corte dos procuradores “para que juntamente con los dichos perlados e grandes, e los otros procuradores de las otras cibdades, se entienda en el arreglo de la dicha pas e sosiego”¹⁰⁵². Por tanto, el monarca planeaba desarrollar unas nuevas negociaciones, en las cuales habrían de intervenir aquellos y otros prelados, para buscar la vía de acabar con el conflicto ahora que el otro pretendiente al trono había desaparecido.

Según las crónicas, cuando el rey recibió la noticia de la muerte de don Alfonso, el arzobispo de Sevilla y los condes de Plasencia, Benavente y Miranda, sin incluir al obispo Mendoza, aunque documentalmente nos consta su presencia, acordaron que el rey hubiese de requerir a los prelados y caballeros que en Ávila se encontraban junto a la infanta Isabel, que regresaran a su obediencia, para lo cual el monarca envió a tres miembros de su Consejo, el doctor García López de Madrid, Rodrigo de Ulloa, contador mayor y primo del arzobispo de Sevilla, y Antón Núñez de Ciudad Rodrigo. Estos acudieron a Ávila, donde a pesar de la negativa inicial del arzobispo de Toledo a tener vistas con el rey¹⁰⁵³, el maestre de Santiago recibió su requerimiento y, “en nonbre de todos, rrespondió que ellos enbiarían a su alteza tal persona de estado e abtoridad, que tratase entre ellos, de tal forma que las cosas viniesen a bien de paz e concordia”. Aquellos nobles y prelados presentes en Ávila rogaron entonces al arzobispo de Sevilla que se trasladase Ávila “para que por su mano se contratase e concluyese la paz e concordia”, y este, con licencia del rey, acudió ante ellos y recibió la propuesta de paz

¹⁰⁵¹ VAL VALDIVIESO, I. del, “La herencia del trono...”, *op. cit.*, pp. 17-18.

¹⁰⁵² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CXLVIII, p. 554.

¹⁰⁵³ “El arçobispo de Toledo, conociendo la poca firmeza del rey don Enrrique, contradezia este acuerdo y no dava consentimiento a las vistas, empero el maestre don Juan Pacheco trabajo tanto en ello, que lo ovo de consentir”. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 333.

nobiliaria: doña Isabel debía ser jurada como princesa heredera como condición previa a que le obedecieran de nuevo como su rey¹⁰⁵⁴.

Fonseca se trasladó entonces a la Corte regia para comunicar aquella propuesta al rey, la cual aceptó “syn consultar cosa alguna con los Mendoças”, lo que provocó que el marqués de Santillana, el obispo de Sigüenza y el resto de sus hermanos se marcharan de la Corte, pues, aparte de ir en perjuicio del monarca y su hija, cuya custodia tenían¹⁰⁵⁵, la aceptación de dicho trato sin su consentimiento volvía a suponer un incumplimiento de los acuerdos que un año antes el rey y dicho clan habían firmado para que cualquier negociación entre el rey y los rebeldes pasara a depender del criterio del obispo Mendoza.

De esta forma comenzaron unos tratos liderados por el arzobispo Fonseca, cuyo hito más significativo es la junta de Castronuño, comenzada el 17 de agosto de 1468 y a la que asistieron el arzobispo de Toledo, los obispos de Burgos y Coria, el maestre de Santiago, el adelantado don Pedro López de Padilla, el almirante don Fadrique, el conde de Alba de Liste, don Alfonso Enríquez, primogénito del almirante, el conde de Alba, el vizconde de los Palacios y los procuradores del maestre de Alcántara. Según las crónicas, en los cinco días que duró esta junta, únicamente se acordó aceptar una entrevista que los condes de Plasencia y Benavente y el arzobispo de Sevilla trataban de celebrar con aquellos antiguos alfonsinos, arzobispo de Toledo y obispos de Burgos y Coria incluidos, entre Cebreros y Cadalso de los Vidrios para tratar sobre la paz del reino¹⁰⁵⁶.

Pero lo cierto es que documentalmente nos consta que en dicha junta se hubo de alcanzar ya o comenzar a redactar un acuerdo entre los bandos en cuya negociación estaba participando el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, pues el 21 de agosto de 1468, sin lugar, este juraba que no sacaría a la luz “vna escriptura de capitulaçion sellada e firmada de çiertos nonbres e sellos oy de la presente” ante Rodrigo de Ulloa, el licenciado Antón Núñez de Ciudad Rodrigo y Fernando de Arce, “en la qual escriptura están por fenchir e asentar çiertos nonbres de personas e fortalezas e términos e otras

¹⁰⁵⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 308.

¹⁰⁵⁵ *Ibidem*, p. 309. Un desarrollo de tales negociaciones para la jura de doña Isabel también en GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 332-333, y un análisis en VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., p. 69 y ss.

¹⁰⁵⁶ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 260; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 248-249.

cosas que en ella quedan en blanco e se han de nonbrar e poner e fenchir segund fuere acordado por el sennor maestre de Santiago e por nos juntamente con el dicho liçençiado Antón Núñnes”. El prelado juraba guardar dicho documento hasta que aquellas cosas que quedaban en blanco “se pongan e finchan de acuerdo e consentimiento del dicho sennor maestre de Santiago e nuestro e del dicho liçençiado Antón Núñnes e non en otra manera”¹⁰⁵⁷.

Por tanto, en el contexto de dicha junta se estaba comenzando ya a redactar un acuerdo en el que el prelado hispalense aparece representando, junto al licenciado Antón Núñez, los intereses de Enrique IV. Como ya explicó Val Valdivieso¹⁰⁵⁸, el arzobispo de Sevilla fue uno de los personajes que se encargaron negociar las cláusulas de los pactos que llevaron al reconocimiento de doña Isabel como princesa heredera y de don Enrique como rey por parte de los rebeldes, cuya expresión final fueron los acuerdos firmados el 18 de septiembre por Enrique IV y la princesa doña Isabel¹⁰⁵⁹, y escenificados en los Toros de Guisando, acabándose con ello en apariencia el conflicto iniciado cuatro años antes.

Conviene señalar antes de concluir que durante el conflicto existieron otras negociaciones y mediaciones llevadas a cabo por distintos obispos entre particulares, aunque por razones directamente vinculadas a la contienda que se estaba desarrollando por el trono. Este es el caso de la mediación desarrollada a finales de 1465 por el obispo de Ciudad Rodrigo fray Alfonso de Palenzuela. Tras varios meses de prisión en Belmonte a manos del marqués de Villena, el 19 de diciembre de 1465 el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos se dirigió al concejo de Cuenca para comunicarles la noticia de su pronta liberación. Según el prelado conquense, aquel mismo día el obispo de Ciudad Rodrigo había llegado a Belmonte a instancias del marqués para tratar sobre su liberación, “la qual, por gracia de Dios nuestro señor, es concluida del todo”¹⁰⁶⁰. Fray Alfonso, por tanto, acudió a Belmonte para mediar entre el prelado y el marqués y concluir un acuerdo entre ambos que permitiera liberación de Barrientos, aunque, por la rapidez de su acción, es muy probable que dichas negociaciones estuviesen ya prácticamente terminadas. Otro caso similar es la mediación llevada a cabo por el

¹⁰⁵⁷ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 8.

¹⁰⁵⁸ VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 73-74 y p. 77.

¹⁰⁵⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLII, pp. 561-566.

¹⁰⁶⁰ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLIII, p. 397.

arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, entre el marqués de Villena y el conde de Benavente, por un lado, y Diego Arias Dávila, contador mayor de Enrique IV y padre del obispo de Segovia Juan Arias Dávila, por el otro, en la segunda mitad de 1465, para que los primeros liberasen al hijo del segundo y hermano del obispo, Pedro Arias Dávila, quien había sido capturado por ellos en el contexto de la lucha de bandos por el trono. El arzobispo logró alcanzar un acuerdo para que Pedro Arias fuera liberado, pero solo tras el pago de un cuantioso rescate por parte del padre¹⁰⁶¹.

2) La colaboración en la negociación: seguridades y rehenes

Como ya destacó Villarroel González, más allá de la propia intervención en las negociaciones como una de las partes o como mediadores, otro relevante tipo de participación en tareas negociadoras en el marco de los contextos conflictivos de un relieve nada despreciable se refiere a la colaboración o intervención, de muy diversas formas, para asegurar las condiciones necesarias para que una determinada reunión en la que se pretendían negociar o tratar determinados debates políticos pudiera tuviera lugar¹⁰⁶². Durante el conflicto político que analizamos, distintos miembros del episcopado colaboraron en repetidas ocasiones en crear el entorno adecuado para el desarrollo de las negociaciones entre los diversos bandos.

Precisamente, la primera intervención, tras la articulación formal del bando rebelde en mayo de 1464, de un miembro del episcopado en las negociaciones entre el rey y sus rebeldes, fue de este tipo. En concreto, cuando los rebeldes remitieron al rey el requerimiento que redactaron en la Junta de Alcalá de Henares y el monarca convocó a la Corte al principal líder de los rebeldes, Juan Pacheco, marqués de Villena, para tratar con él, este se negó a acudir sin ciertas seguridades. Entonces el rey y sus partidarios accedieron a que el marqués de Santillana, su primogénito y Pedro de Velasco, hijo primogénito del conde de Haro, fueran entregados a Alfonso Carrillo, arzobispo de

¹⁰⁶¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 354 dice que: “Apenas podría describir la rabia del padre, que al fin logró persuadir al marqués de Villena y al conde de Benavente por la mediación de los ruegos del arzobispo de Sevilla, árbitro aceptable a los dos bandos, que los caballeros liberaran a su hijo a condición del pago de un rescate bastante cuantioso”.

¹⁰⁶² VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia, op. cit.*, p. 258.

Toledo y, junto a Pacheco, principal líder del movimiento nobiliario, para que este los tuviera como rehenes en su castillo arzobispal de Uceda mientras el marqués negociaba con el rey a Madrid. Aunque las reuniones fracasaron, ello no reduce el valor a la acción del arzobispo, pues esta fue la que aseguró que la propia reunión tuviera lugar¹⁰⁶³.

Más adelante encontramos otras intervenciones de miembros del episcopado en el mismo sentido. Así, para las negociaciones que tuvieron lugar entre septiembre y octubre de 1466 entre los bandos, el arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, que venía sirviendo como mediador entre los bandos, fue el encargado de custodiar a los rehenes entregados por ambas partes. Así lo explicaba el infante-rey don Alfonso en una carta dirigida a Córdoba el 2 de junio de 1467:

“...estando yo en Çigales e el dicho mi anteçesor en Valladolid en el mes de setiembre del anno pasado de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos, fue dado orden que los debates e quisiones que entre mí e el dicho mi anteçesor son fuesen vistos e determinados por çiertos jueses, e para esto se dieron çiertasprehendas e rehenes por el dicho mi anteçesor e por los grandes de mis regnos que conmigo estauan. *Las quales se pusieron en poder del reuerendo padre arçobispo de Seuilla*, segúnd más largamente se contiene en çiertos apuntamientos que entre mi e el dicho mi anteçesor allí pasaron”¹⁰⁶⁴.

Las crónicas también nos hablan de ello, y especifican los rehenes que se habrían de entregar por ambas partes al mitrado hispalense para la realización de estas vistas, siendo especialmente llamativo que otro miembro del episcopado proporcionó uno de los rehenes necesarios para que pudieran tener lugar aquellas negociaciones, propiciando así su desarrollo. En concreto, dichos rehenes por parte de los rebeldes fueron Francisco, hijo del conde de Plasencia; Juan Pacheco, hijo del marqués de Villena; Francisco Enríquez, hijo del almirante de Castilla; y Lope Vázquez, hijo de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Por parte de Enrique IV, fue entregada al mitrado hispalense la princesa doña Juana. También habrían de convertirse otros caballeros partidarios del rey no especificados que no se entregaron finalmente¹⁰⁶⁵. Las crónicas indican, asimismo que entre los rehenes entonces entregados al arzobispo

¹⁰⁶³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 288. Por su parte, ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 213 no señala como uno de los rehenes al primogénito del marqués de Santilla e indica que fue en la fortaleza de Alcalá de Henares donde el arzobispo custodió a los rehenes. Las discrepancias no eliminan el valor de la acción del arzobispo para que pudiesen llevarse a cabo las primeras negociaciones entre los bandos.

¹⁰⁶⁴ ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 29.

¹⁰⁶⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 406; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 195-196.

Fonseca se encontraba también la reina Juana, esposa de Enrique IV¹⁰⁶⁶. Más adelante en la guerra, en el contexto de los pactos de Segovia de septiembre-octubre de 1467, la reina Juana sería entregada como rehén al arzobispo de Sevilla de nuevo como forma de asegurar que el rey Enrique cumplía con lo entonces capitulado con sus rebeldes¹⁰⁶⁷.

Incluso en este conflicto encontramos el caso de un obispo que tuvo que entregarse como rehén para que una negociación pudiera tener lugar: nos referimos a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia. Juan Pacheco exigió su entrega a mediados del verano de 1464 como rehén bajo la custodia de su hermano, el maestre de Calatrava Pedro Girón, en la fortaleza de Peñafiel, como seguridad para las negociaciones y reuniones que continuaban desarrollándose entre el rey y sus rebeldes¹⁰⁶⁸. En este caso, su selección vendría dada por el hecho de que se trataba del hermano de Beltrán de la Cueva¹⁰⁶⁹, favorito del rey y al que, en consecuencia, se pretendía acallar con esta condición en el marco de dichas negociaciones. Unos meses más tarde, el 8 de noviembre de 1464, Enrique IV concedió al obispo de Palencia, como recompensa y compensación por su prisión en Peñafiel, “donde por seruiçio mío entrastes e fuestes puesto en rehenes”, un juro de heredad de 60.000 maravedíes, el cual el prelado no tardó en renunciar en favor de su hermano Beltrán, en concreto, el 16 de febrero de 1465. En la merced el rey informaba de que el obispo no fue debidamente tratado mientras estuvo en Peñafiel, llegando a serle “robado” gran parte de los bienes que allí llevó¹⁰⁷⁰. Seguramente ello fue a consecuencia de que, durante su prisión, las negociaciones del rey con los rebeldes se rompieron.

En otras ocasiones, los miembros del episcopado se encargaron de proporcionar el entorno o escenario seguro donde habría de tener lugar el proceso negociador¹⁰⁷¹. En este ámbito, vuelve a adquirir un protagonismo principal Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, quien, en distintos momentos durante la contienda, y en el desarrollo de su labor como intermediario entre los bandos, ofreció sus propios señoríos o recibió el

¹⁰⁶⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 410.

¹⁰⁶⁷ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 224; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 290.

¹⁰⁶⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 216; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 213.

¹⁰⁶⁹ Remitimos a CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit.

¹⁰⁷⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 53, fol. 9.

¹⁰⁷¹ A los criterios de selección de los espacios de negociación ha dedicado un detallado estudio NOGALES RINCÓN, D., “Los escenarios del pacto y de la negociación política...”, op. cit.

mando de una determinada fortaleza o villa con el fin de proporcionar a las partes en pugna la seguridad suficiente como para reunirse y negociar.

Así, las crónicas nos transmiten cómo las vistas de Coca de marzo de 1466 tuvieron lugar en aquella villa, señorío patrimonial del arzobispo de Sevilla, porque este lugar ofrecía la seguridad necesaria a los asistentes. Ello no era por el propio emplazamiento en sí, sino porque todas las partes se fiaban del arzobispo y de que les protegería mientras tales vistas se desarrollaban¹⁰⁷².

En septiembre de 1466 volvieron a tener lugar otras vistas en Coca bajo el amparo del mitrado hispalense, en las cuales este prelado actuó de nuevo como fiador de la seguridad de quienes acudieran a negociar en nombre de ambos bandos¹⁰⁷³. Los rehenes que, según hemos señalado, fueron entregados para su custodia al prelado hispalense y la seguridad ofrecida por su villa de Coca, permitieron que el marqués de Santillana, por el bando de Enrique IV, y el conde de Plasencia, por el alfonsino, junto a fray Alonso de Oropesa, que volvía a ejercer como tercero, se pudieran reunir para tratar de negociar un acuerdo que pusiera “término a los pleitos sobre el cetro según las leyes del reino y la utilidad y paz de la república”¹⁰⁷⁴. Las crónicas señalan que ningún acuerdo de paz pudo alcanzarse en estas vistas¹⁰⁷⁵, pero documentalmente nos consta que en ellas se volvió a establecer una tregua en base a ciertos capítulos en cuyo plazo se proyectó alcanzar ese acuerdo de paz. Así se contiene en una provisión dirigida por el infante-rey don Alfonso a todos sus súbditos el 30 de septiembre de 1466 desde Cigales, por la que indicaba que ahora “son tratadas e fabladas algunas cosas de pas e concordia en todos los dichos debates, e para dar fin e conclusión es menester más largo tienpo de tregua”, razón por la cual el marqués de Santillana y el conde de Plasencia habían prolongado aquella hasta finales del mes de diciembre¹⁰⁷⁶.

¹⁰⁷² “[...] el marques, que tenia este cargo, concerto con el rey don Enrrique que los cavalleros que estavan alli en Arevalo con el rey don Alonso con los de su parte se juntasen en la villa de Coca, so la guarda de don Alonso de Fonseca, arçobispo de Sivilla, ansi por que la villa era suya como por que ambas las partes se fiavan del mas sin sospecha”. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 277.

¹⁰⁷³ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 184; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 262-263. Véase también PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 406; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 195-196.

¹⁰⁷⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 406.

¹⁰⁷⁵ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 263.

¹⁰⁷⁶ Estos fragmentos pertenecen a una carta dirigida a Córdoba el 8 de octubre de 1466 en la cual se contienen también algunas de las cláusulas de la tregua establecida. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 19. Sobre la tregua, MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., pp. 185-186.

Según la ya mencionada carta de don Alfonso a Córdoba del 2 de junio de 1467, una vez acordadas las condiciones de dicha tregua, “estando yo en Madrigal e el dicho mi antecesor [Enrique IV] en Coca”, se acordó que, para que los jueces mencionados continuar con su labor, el arzobispo de Sevilla se trasladara al alcázar de Madrid con los rehenes que le habían sido confiados “e los dichos jueces estouiesen en la villa [de Madrid] so saluaguarda e seguro del dicho arçobispo de Seuilla e allí diesen conclusión e determinación en los negoçios”¹⁰⁷⁷. Este punto nos es confirmado por todas las crónicas del reinado¹⁰⁷⁸, que señalan cómo al arzobispo de Sevilla se le entregó el control de la villa de Madrid y su alcázar y determinados rehenes, entre ellos la propia reina Juana y su hija¹⁰⁷⁹, para que en aquella villa se pudieran llevar a cabo las negociaciones entre los bandos. El marqués de Villena y el conde de Plasencia serían los elegidos para acudir a negociar con Enrique IV “e los del su Consejo” por los alfonsinos, mientras que el arzobispo de Toledo y el resto de miembros de este partido permanecían en Ocaña.

Estas negociaciones amparadas por Fonseca se alargaron durante los meses siguientes sin llegarse a acuerdo alguno: tras un intento del prelado de que Enrique IV se trasladara a Béjar o Plasencia para tener vistas con los condes de Plasencia en mayo de 1467, un alzamiento popular en la villa de Madrid impidió la marcha del monarca y provocó la huida del arzobispo hispalense y de los otros caballeros¹⁰⁸⁰, acabando de esta forma las negociaciones emprendidas en septiembre de 1466. Cada bando culparía al otro de la ruptura de las negociaciones de Madrid¹⁰⁸¹, pero lo que a nosotros nos interesa es el papel esencial que jugó el prelado hispalense para que durante ocho meses

¹⁰⁷⁷ AMD, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 29.

¹⁰⁷⁸ “...la villa de Madrid, con el alcázar e las puertas se pusiesen en poder del arçobispo de Sevilla, don Alonso de Fonseca, para que él la tuviese por espacio de seys meses, donde el rrey, con çiertas personas de su partido y el marqués de Villena e conde de Plasençia, con otras personas de su bando, se juntasen a dar medio e forma de paz e sosiego, e que allí estoviesen todos seguramente, so la saluaguarda del arçobispo de Sevilla, lo qual muy libremente otorgó el rrey, e gelo mandó luego entregar; donde apoderado el arçobispo de Sevilla en la villa, el rrey vino allí en su persona, fue aposentado en el alcázar e los suyos por la villa. Donde a pocos días vinieron el marqués de Villena e el conde de Plasençia, e otras personas de menos condiçión [...] Después que así se juntaron en Madrid e començaron a negoçiar con el rrey e los de su Consejo, más dilatando que concluyendo, mas engañando que aprovechando, e mas multiplicando discordia que senbrando parz; en tal manera que ninguna conclusión se tomava”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 263-264; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 282-283.

¹⁰⁷⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 410.

¹⁰⁸⁰ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 201-202; PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 411-412; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 269-270.

¹⁰⁸¹ Así lo hacía don Alfonso en aquella carta del 2 de junio de 1467, ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 29, y Enrique IV en una cédula enviada a Antequera el 7 de junio de 1467. AMA, Fondo Municipal, C-34-2.

se pudiesen desarrollar unas negociaciones con las que, en teoría al menos, se pretendía acabar con el conflicto.

Por otro lado, el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo también colaboró, estuviera de acuerdo o no, con alcanzar una solución pactada al conflicto con los enriqueños, para que las negociaciones planeadas entre los bandos a finales del verano de 1466 pudiesen llevarse a cabo, pues, en los capítulos de aquellas treguas acordadas en septiembre de 1466, se contenía una cláusula por la cual se otorgó poder para que “allende el puerto” el arzobispo y el marqués de Santillana vigilaran el cumplimiento de la tregua entonces establecida. Su labor era esencial, el desarrollo de las negociaciones quedó condicionado a la vigencia y respeto de la tregua¹⁰⁸².

3) La participación del episcopado en las negociaciones políticas con otras instancias de poder durante la guerra civil

A pesar de la importante participación de determinados arzobispos y obispos en las vistas y negociaciones que tuvieron lugar durante la guerra civil entre el monarca y el bando rebelde o alfonsino, la actividad negociadora desplegada por los miembros del episcopado en el contexto conflictivo fue mucho más amplia. En efecto, es posible constatar cómo determinados prelados, tanto del bando alfonsino como del enriqueño, colaboraron o intervinieron, con un protagonismo y de formas diversas, en las negociaciones emprendidas por sus respectivos bandos dirigidas a alcanzar o mantener la lealtad para su causa de determinados señores, ciudades y villas o instituciones del reino. Se trata esta de una labor de una importancia innegable en el marco conflictivo, pues resulta obvio que las posibilidades de éxito de cada bando en sus objetivos dependían de forma directa de los apoyos que lograran recabar para sus respectivas causas.

¹⁰⁸² “[...] a los cuales ayan de ser e sean dados poderes bastantes para guardar la dicha tregua e pugar e castigar los quebrantadores della”. Esta cláusula contenida en una cédula dirigida por don Alfonso al marqués de Villena el 8 de octubre de 1466 por la cual le otorgaba poder para que ejerciera aquella misma función en Andalucía. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 20. El marqués renunció aquel poder a favor del señor de Aguilar, y por ello el 15 de noviembre de 1466 don Alfonso emitió otra cédula concediendo tales poderes a este noble cordobés en la que también se incluye aquella cláusula. ADM Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 21.

Son las propias crónicas las que nos muestran cómo el arzobispo Carrillo, junto al marqués de Villena Juan Pacheco, comenzaron, desde el mismo inicio de sus tensiones con Enrique IV, a entablar contacto y negociaciones con los más importantes magnates castellanos y ciudades del reino para atraerlos a su causa. Así, durante y tras la junta de Alcalá de Henares de mayo de 1464, el cronista Enríquez del Castillo denuncia que “quanto quiera quel arçobispo e él [Pacheco] pareçían estarse allí de rreposito no a lo menos tan descuydados, que sus mensajeros çesasen de andar por todo el rreyno, conmoviendo e alterando las gentes, para escandalisallos”¹⁰⁸³.

Poco más adelante, ya tenemos constancia documental de estas acciones. En concreto, tras la publicación del Manifiesto de Burgos, el 29 de septiembre de 1464, Pedro Girón, maestre de Calatrava, ya contaba con poderes concedidos por los prelados y caballeros que se habían unido, decía, para procurar el bien común del reino y la “deliberación” de los infantes Alfonso e Isabel, es decir, los rebeldes al rey participantes en la Junta de Burgos, entre los cuales se encontraban los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago y los obispos de Osma y Coria, para poder “reçibir en la dicha amistad, unión e conformidad a todos los perlados e cavalleros”, ciudades, villas o personas singulares “que con nosotros se querrán juntar para proseguir lo susodicho”, es decir para procurar la incorporación a su partido de todo aquel que pudiera. Ese día cedía dichos poderes a Fadrique Manrique, encomendándole acudir en su nombre y en el de los otros “perlados e cavalleros” rebeldes para conseguir partidarios para su causa. Lo más relevante es que le traspasaba las facultades otorgadas por aquellos a él mismo para “que les podades dar e dedes e fazer e fagades en nobre de todos e de cada uno de nos qualesquier seguridades, prometimientos e juramentos e pleitos e omenajes e para prometer qualesquier graçias e merçedes, libertades e franquezas, las que vos quisieredes e conoçieredes que cumplen al bien de la cosa” y fueran necesarias para conseguir su alianza, comprometiéndose el maestre por sí y en nombre de todos los prelados y caballeros rebeldes a que cumplirían todo lo por Fadrique Manrique prometido¹⁰⁸⁴. Como resulta evidente, este mismo proceder continuó una vez iniciada la propia guerra, siendo denunciado por Enrique IV en las cartas que enviaba al reino. Por ejemplo, así se indica en una carta enviada por el rey a Guadalajara el 4 de agosto de

¹⁰⁸³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 212; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 206.

¹⁰⁸⁴ Documento transcrito por CALDERÓN ORTEGA, J. M., “Pugnas nobiliarias...”, op. cit., Apéndice documental, doc. 1, pp. 121-122.

1465, en la que, a la vez que denunciaba que aquellos “perlados e grandes de mis regnos” rebeldes “ynçitaron a vosotros e, asymismo, a otras çibdades e villas de mis regnos con palabras e ofreçimientos engañosos e syn ninguna verdad” para que se alzasen por don Alfonso, les ofrecía distintas mercedes si permanecían en su lealtad¹⁰⁸⁵.

Las crónicas y la documentación conservada, empero, nos permite tan solo atisbar lo que sin duda fue una intensa diplomacia interna que se desarrolló durante toda la guerra civil¹⁰⁸⁶ y el papel de los miembros del episcopado que más se significaron en ella desempeñaron en dicha diplomacia en favor de sus respectivos bandos.

Como acertadamente señaló Villarroel González, durante la guerra civil que nos ocupa el obispo de Calahorra y, luego, de Sigüenza Pedro González de Mendoza actuó “como aglutinador de todo un bando nobiliario que se situaría junto al rey” Enrique¹⁰⁸⁷. En efecto, este autor comparó la intervención en la formación de los bandos durante esta guerra civil entre los prelados enriqueños y alfonsinos, fundamentalmente, el obispo de Calahorra y el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, y ya pudo comprobar que, mientras el primero aparece como eje del bando regio, el segundo se vio eclipsado por la figura del marqués de Villena, en torno al cual se articularía el partido alfonsino¹⁰⁸⁸. Aun así, y como podremos comprobar inmediatamente, el papel de Carrillo en las negociaciones emprendidas para formar el partido alfonsino no fue, ni mucho menos, de orden menor.

Volviendo al obispo Mendoza, nos consta, efectivamente, que este trabajó por atraer o mantener a algunos de los principales linajes nobiliarios castellanos junto a Enrique IV, para lo cual hubo de negociar en repetidas ocasiones con estos con el fin de ofrecerles las seguridades suficientes como para que aceptasen servir al rey ante las ofertas presentadas por el bando rebelde. Aunque de forma algo simple, el cronista Fernando de Pulgar expone que el obispo pronunció un discurso tras la deposición de Ávila con el que consiguió que distintos nobles, entre los cuales se encontraban, aparte de sus hermanos, los condes de Haro, Alba, Treviño y el marqués de Astorga, se

¹⁰⁸⁵ LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 52, pp. 142-144.

¹⁰⁸⁶ La existencia de dicha diplomacia interna es innegable. Por ejemplo, en los meses de abril y mayo de 1465 los miembros del bando rebelde, el marqués de Villena, los condes de Plasencia y Benavente y el maestre de Alcántara, ya firmaron con la ciudad de Sevilla un acuerdo en el que se estipulaban aquellas mercedes o privilegios (la mayoría de naturaleza fiscal) que aquellos habrían de conseguir para la urbe a cambio del respaldo a sus intenciones contra el rey Enrique, ya fuera tras el alzamiento al trono del príncipe Alfonso o si aquellos alcanzaban un acuerdo con Enrique IV. Conservado en ADA, C. 3, n. 53.

¹⁰⁸⁷ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Servir al rey en las ligas nobiliarias...”, op. cit., p. 777.

¹⁰⁸⁸ *Ibidem*, pp. 778-779.

mantuvieran en el partido enriqueño¹⁰⁸⁹, la documentación nos permite conocer que el prelado negoció o participó en las negociaciones con algunos de aquellos magnates en nombre y a favor de Enrique IV con el fin de atraerlos o mantenerlos en su partido.

Así, en una carta dada el 22 de julio de 1465 desde su real sobre Simancas, el infante-rey Alfonso informaba a la ciudad de Burgos de que “postrimeramente vino a la villa de Simancas el obispo de Calahorra e ha procurado fabla con don Pedro de Velasco, fijo del [sic] mayor del conde de Haro, que conmigo está e en mi seruiçio”¹⁰⁹⁰. Este es un dato interesante, pues nos consta que en el verano de 1467, cuando los Mendoza regresaron al frente del gobierno enriqueño, estos, y entre ellos el obispo, trataron de atraer a don Pedro de Velasco a su partido, para lo cual procuraron que el rey le realizase distintas ofertas¹⁰⁹¹. En este sentido, nos consta que unos meses antes, el 17 de noviembre de 1466, el propio obispo solicitó licencia al rey para renunciar en favor de Pedro de Velasco, al que calificaba como su pariente, 110.000 maravedíes de juro de por vida que poseía¹⁰⁹², lo que podría ser interpretado como una gracias cedida por el prelado a aquel para predisponerle a regresar a la obediencia regia. Veríamos así cómo el prelado trató de entablar contacto con el primogénito del conde de Haro, que se encontraba circunstancialmente aliado con el partido alfonsino, desde el mismo comienzo de la guerra con el fin de reforzar la causa enriqueña, probablemente llevando distintas ofertas del rey con el fin de atraerle a su bando. En 1465 fracasaría, pero en 1467 lograría junto a sus aliados atraer a este importante caballero a su causa.

Algo similar nos encontramos con respecto al conde de Feria, Gómez Suárez de Figueroa, pues conservamos una seguridad dada a dicho conde por el obispo de Calahorra, Beltrán de la Cueva y el conde de Alba el 15 de julio de 1465, en tanto que miembros principales del Alto Consejo del rey Enrique, por la cual le prometieron que trabajarían porque el monarca cumpliera las promesas que le había realizado cuando le juró servir en la presente rebelión, siempre y cuando, obviamente, continuara al servicio

¹⁰⁸⁹ PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, op. cit., Cap. I, pp. 7-8.

¹⁰⁹⁰ AMB, Actas de 1465, fol. 78v.

¹⁰⁹¹ “En tanto que estas cosas se hazian como el marques de Santillana e los grandes que al rey don Enrrique siguian, oviessen gran desplazar del creçimiento del marques de Villena, començaron a buscar vias como aquella grandeza que a muchos era enojossa fuesse reprimida; e como conoçiessen para esto ser muy nesçesaria la reconçiliacion de don Pedro de Velasco al rey don Enrrique, començaron a tratar con el”. *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 205-207. También lo señalan PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 417; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 292-293.

¹⁰⁹² AGS, EMR, MyP, leg. 117, fol. 11.

del rey¹⁰⁹³. El resultado favorable al monarca de esta negociación con el conde de Feria adquiere especial relieve debido a que el 5 de febrero anterior el marqués de Villena había logrado ligarle a la causa rebelde a través de una confederación¹⁰⁹⁴, con lo que con su acción el obispo de Calahorra y sus aliados colaboraron en mantener a este grande fuera de la órbita de la causa alfonsina¹⁰⁹⁵.

También es muy probable que algún tipo de acuerdo o confederación similar fuese firmada en estos momentos entre estos principales miembros del partido enriqueño y el conde de Trastámara e inmediato marqués de Astorga Alvar Pérez de Osorio, pues cuando Enrique IV le hizo merced, en recompensa por haberse unido a su causa, del título de marqués de Astorga y del señorío sobre esa ciudad el 16 de julio de 1465, es decir, tan solo un día después de la realización de aquellas promesas por el obispo Mendoza y sus aliados al conde de Feria, el monarca especificaba que para realizar tal gracia había “auído consejo sobre ello con los prelados y grandes y letrados del mi Consejo que al presente con connigo”¹⁰⁹⁶, por lo que consideramos bastante probable que dichas mercedes y, por extensión, la militancia del nuevo marqués de Astorga en el bando enriqueño, fuesen consecuencia de otra negociación similar a la habida con el conde de Feria en la que sin duda hubo de participar el obispo Mendoza, principal miembro del Consejo enriqueño en aquellos momentos.

Asimismo, y como también destacó Villarroel González, el obispo Mendoza se convirtió durante la guerra en eje o, al menos, parte esencial, de un entramado de alianzas nobiliarias en torno al monarca y cuyo objeto era servir al mismo frente a los alfonsinos y unirse en defensa mutua¹⁰⁹⁷. Así, en 1466 firmó una confederación con la reina Juana, Beltrán de la Cueva, el marqués de Santillana y el conde de Alba¹⁰⁹⁸, y en marzo de aquel año otra con los mismos personajes, exceptuando a la reina¹⁰⁹⁹. Lo

¹⁰⁹³ RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 30r-30v; y RAH, col. Salazar, 9/812, fols. 253v-254r. Fue transcrito por MAZO ROMERO, F., *El condado de Feria*, op. cit., Apéndice documental, doc. 30, p. 590.

¹⁰⁹⁴ RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 29r-v; y RAH, col. Salazar, 9/812, fols. 253v-254r. Transcrita por MAZO ROMERO, F., *El condado de Feria*, op. cit., Apéndice documental, doc. 29, pp. 589-590.

¹⁰⁹⁵ Así lo señala GERBET, M. C., *La nobleza en la Corona de Castilla*, op. cit., p. 180.

¹⁰⁹⁶ AHNOB, Osuna, C. 1647, doc. 9.

¹⁰⁹⁷ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Servir al rey en las ligas nobiliarias...”, op. cit., p. 778.

¹⁰⁹⁸ En esta confederación la reina expresaba como motivación para su realización el que “entyendo que es asý complidera a seruizio de Dios e del rey mi sennor e mío e al bien e paçífico estado destos regnos tomar e ayuntar al seruizio del dicho sennor rey e mío algunos prelados e caualleros...”. AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 15-1. Copas en docs. 15-2 y 15-3.

¹⁰⁹⁹ RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 34r-35r.

relevante de estas confederaciones es que nacían con una vocación agregadora¹¹⁰⁰, es decir, se pretendía la inclusión de otros en ellas, constándonos, precisamente, que otros miembros del episcopado se unieron a ellas. En concreto, el 17 de octubre de 1466 Martín Fernández de Vilches, obispo de Ávila, se confederaba con el conde de Alba, considerando el obispo que aquel era “leal servidor del muy alto e muy esclarecido señor, nuestro señor, el rey don Enrique”, adhiriéndose además a la confederación mencionada con la reina Juana¹¹⁰¹.

Tenemos noticias de otras acciones similares emprendidas por el obispo Pedro González de Mendoza en favor de Enrique IV. Así, por una carta del rey Enrique, del 5 de octubre de 1465, que conocemos que el monarca había ordenado al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra que acudieran ante García Álvarez de Toledo, conde de Alba, para darle las seguridades suficientes en su nombre de que, como le había prometido, le sería entregada la fortaleza de Ciudad Rodrigo. Enrique IV le había hecho merced al conde de aquella ciudad con su fortaleza y tierra tanto para recompensar sus servicios como para mantenerle en su servicio, pero el conde sospechaba que no podría tomar el castillo, por lo que se hallaba descontento con rey¹¹⁰². Vemos en este caso cómo el rey envía a los dos principales miembros de su bando para evitar que uno de sus aliados pudiera alejarse de su causa.

El poder y recursos con los que contaba el conde de Alba provocó que en el verano de 1467, en un contexto de aumento de las tensiones entre los bandos, enriqueños y alfonsinos procuraran negociar con él con el fin de mantenerle, los primeros, y atraerle, los segundos, a su causa¹¹⁰³. Estas negociaciones con el conde de Alba del verano de 1467 son especialmente interesantes para nosotros por cuanto por parte de ambos bandos participaron dos prelados en su desarrollo: el arzobispo de Toledo por el bando alfonsino y el capellán real Diego Enríquez del Castillo y el obispo de Calahorra don Pedro González de Mendoza por el enriqueño.

¹¹⁰⁰ Sobre la “vocación agregadora” de las confederaciones, trata ASENJO GONZÁLEZ, M., “La aristocratización política en Castilla...”, *op. cit.*, p. 174.

¹¹⁰¹ MONSALVO ANTÓN, J. M., *Documentación histórica del Archivo municipal de Alba de Tormes*, *op. cit.*, doc. 184, pp. 238-239.

¹¹⁰² “[...] e mandé al duque de Alburquerque e al reverendo padre obispo de Calahorra que vos asý segurasen de mi parte”. ADA, C. 156, n. 30bis. Fue transcrito por MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Contribución al estudio de la nobleza extremeña...”, *op. cit.*, p. 525.

¹¹⁰³ Sobre la evolución de los posicionamientos políticos del conde de Alba durante la guerra, es esencial el trabajo de MONSALVO ANTÓN, J. M., “Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV...”, *op. cit.*

Dejando a un lado la misión de Enríquez del Castillo, enviado por el rey antes de la batalla de Olmedo para requerir al conde de Alba que le enviara sus tropas¹¹⁰⁴, este mismo cronista explica cómo, tras la mencionada batalla el rey ordenó al obispo de Calahorra que acudiera ante el conde para saber las razones por las que no había acudido a su llamada. Según el cronista, el prelado en persona se trasladó a la villa de Alba para requerirle “que viniese a su servicio” del rey, y que “después de muchas hablas que entre ellos pasaron”, el conde prometió acudir en ayuda de Enrique IV¹¹⁰⁵. Pero esta negociación fracasó debido a que desde unos meses antes el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo se encontraban en tratos con el conde para atraerle al partido alfonsino.

Según los cronistas, Pacheco y Carrillo, como líderes del bando alfonsino, se ocuparon de negociar con el conde de Alba las condiciones de su paso a dicho bando, al cual lograron atraer a su causa por medio de la promesa de señoríos y mercedes¹¹⁰⁶. En concreto, le entregaron La Puebla de Montalbán, perteneciente al maestrazgo de Santiago, que acababa de ser otorgado al marqués de Villena, y Puente del Arzobispo, villa de la mesa arzobispal de Toledo, como prendas hasta que el infante-rey Alfonso hiciera efectiva la verdadera merced que le habían prometido para atraerle a su partido: el señorío sobre Ciudad Rodrigo¹¹⁰⁷, que aún no había conseguido. El 28 de agosto de 1467, desde Olmedo, el arzobispo de Toledo juraba al conde de Alba que todo lo que le había sido prometido sería cumplido¹¹⁰⁸, y unos días más tarde, el 4 de septiembre de 1467, Fernando de Ayala, comendador de Yegros y caballero del conde de Alba, realizaba los juramentos necesarios para tener en prenda en nombre del conde de Alba la villa de Puente del Arzobispo.

Según este documento, en dichos acuerdos se había estipulado que “el sennor rey don Alfonso e los sennores grandes e prelados de su partido”, es decir, aquellos mencionados en el documento anterior, debían entregar al conde de Alba Ciudad Rodrigo con su fortaleza y tierra y abonarle el sueldo que le era debido por el rey don Enrique antes de que acabara el año. Si Ciudad Rodrigo no pudiese ser entregada antes

¹¹⁰⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 272.

¹¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 281; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 304.

¹¹⁰⁶ Lo señala también MONSALVO ANTÓN, J. M., “Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV...”, op. cit., p. 157 y p. 178.

¹¹⁰⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 281-282; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 416-417.

¹¹⁰⁸ ADA, C. 62, doc. 5.

de que acabara el plazo fijado, el conde de Alba debería elegir entre la ciudad de Toro con su fortaleza y tierra o la villa de Madrigal para que le hicieran merced de una de las dos en su lugar. En este caso, el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y el conde de Plasencia, o al menos dos de ellos, deberían comparar el número de vasallos de Ciudad Rodrigo con los de la villa o ciudad elegida para que don Alfonso le hiciera entrega al conde de Alba de tantos vasallos como diferencia se hallase. También en el caso de que el sueldo que se le debía no le fuese abonado o no completamente, se le compensaría con la entrega de los vasallos que el arzobispo y aquellos nobles determinasen que equivalían a lo adeudado. Como seguridad de que todo ello sería cumplido, el maestre de Santiago y el arzobispo de Toledo debían entregar en prenda al conde de Alba sus villas antes mencionadas¹¹⁰⁹.

En conclusión, el arzobispo de Toledo jugó un imprescindible papel en estas negociaciones mantenidas por los alfonsinos con el conde de Alba con el fin de que el poder de su Casa pasara a engrosar las filas de su partido. El prelado no solo aparece como uno de los principales actores de dichas negociaciones y adquiere un protagonismo esencial en el cumplimiento de los acuerdos alcanzados, sino que son sus propios bienes, una de sus villas arzobispales, los que sirven como prenda para asegurar los tratos. Las negociaciones tendrían finalmente éxito, y, según explica el cronista Enríquez del Castillo, el conde de Alba mandó despedirse de Enrique IV, quien permanecía aún en Medina del Campo tras la batalla de Olmedo, y se unió a los rebeldes con medio millar de tropas, lo que causó un gran escándalo en la Corte enriqueña¹¹¹⁰. Aparte del conde de Alba, conocemos que tras la Farsa de Ávila Carrillo envió, junto al almirante de Castilla, ciertos mensajeros al conde de Haro para que se uniera al bando alfonsino, lo cual este también rechazó debido a su descontento porque se hubiera depuesto al rey sin consultárselo, aunque permitió que su primogénito y heredero, don Pedro de Velasco, militara en aquel partido¹¹¹¹.

Por otro lado, nos consta que el arzobispo Carrillo formó también parte de una compleja y delicada doble negociación mantenida por la Corte alfonsina con Diego Fernández de Quiñones, conde de Luna, por un lado, y con la ciudad de Oviedo y otros concejos del principado de Asturias, por el otro, a finales de 1465. El 28 de noviembre

¹¹⁰⁹ Este juramento a 4 de septiembre de 1467 en ADA, C. 62, doc. 28.

¹¹¹⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 282.

¹¹¹¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 313.

de 1465 don Alfonso se dirigió al conde de Luna y a su hermano, Suero de Quiñones, para comunicarles que, tras haber requerido a la ciudad de Oviedo y otros lugares del Principado de Asturias que se unieran a su causa y le jurasen como rey, habían rechazado su solicitud debido a su temor a que concediese al conde de Luna y a su hermano, cabezas del linaje con mayor poder en aquella región¹¹¹², ciertas tierras y lugares a ellos pertenecientes que ambos hermanos ambicionaban y cuya posesión les disputaban. Por ello don Alfonso ordenó al conde que notificara y prometiera a Oviedo y a aquellos otros concejos que, recibéndole por rey, él y su hermano renunciarían en favor de la Corona cualquier derecho que pretendiera haber en cualquier villa, tierra o concejo del Principado. Pero esta dura medida, con la que se pretendía atraer a los concejos, podía provocar, al mismo tiempo, la defección del conde de Luna de su partido. En previsión de ello, por aquel mismo documento don Alfonso prometió que les compensaría por todo a lo que renunciaran, y “designaba” al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena para que negociaran con el de Luna aquello que a él y a su hermano debería ser entregado en compensación¹¹¹³. Con ello se buscaba eliminar cualquier obstáculo que impidiera que el conde o el Principado permanecieran o se unieran a la causa alfonsina¹¹¹⁴. Este caso es un buen ejemplo de lo complejas que podían llegar a ser las estrategias desarrolladas por el bando rebelde para articular un partido potente con el que hacer frente a Enrique IV.

Con respecto a la aspiración compartida por alfonsinos y enriqueños de que el mayor número posible de ciudades y villas del reino se unieran a sus respectivas causas, la documentación, como en el recién expuesto caso del Principado de Asturias, nos permite confirmar que, en muchos casos, la unión de una ciudad o villa a uno de los bandos en pugna fue resultado de unas intensas negociaciones en las cuales se ofrecieron determinadas compensaciones a cambio de que declarasen su fidelidad a una determinada opción, tal y como ocurrió, por ejemplo, con la ciudad de Sevilla en mayo de 1465 o con Jerez de la Frontera, en enero de 1466¹¹¹⁵.

¹¹¹² Remitimos a ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El Condado de Luna*, op. cit.

¹¹¹³ MARQUÉS DE ALCEDO, *Los merinos mayores de Asturias*, op. cit., doc. 98, pp. 137-139.

¹¹¹⁴ El 30 de noviembre don Alfonso expedía ya una carta de merced a favor del conde de Luna por la cual le concedía la villa de Tordesillas en prenda de aquello que le debía conceder en remuneración por renunciar a las villas de Llanes y Ribadesella, ratificando dicho documento el obispo de Coria entre otros alfonsinos. CASTRO TOLEDO, J., *Colección diplomática de Tordesillas*, op. cit., pp. 433-435.

¹¹¹⁵ En el mes de mayo de 1465 los principales miembros del partido alfonsino en aquellos momentos, es decir, el marqués de Villena, tutor de don Alfonso, los condes de Plasencia y Benavente y los maestros de Alcántara y Calatrava, juraron a la ciudad de Sevilla que harían cumplir a don Alfonso toda una amplia

Son muy escasos los testimonios documentales que de estas negociaciones han llegado a nosotros, pero a través de ellos es posible observar cómo distintos miembros del episcopado castellano y otros eclesiásticos¹¹¹⁶ intervinieron en ellas en representación de alguno de los partidos en pugna con el fin de que una determinada villa o ciudad se uniera a su causa.

El caso mejor documentado es el del envío por parte del bando alfonsino de Luis Vázquez de Acuña y Osorio, obispo de Burgos, a la propia ciudad burgalesa en julio de 1465 para atraer a dicha urbe a su lealtad. La misión del prelado en esta ciudad era muy amplia, pero nos interesa especialmente destacar una fase o aspecto concreto de la actuación del obispo de Burgos para conseguir que esta ciudad se declarase a favor de don Alfonso: las propias negociaciones que mantuvo con el concejo burgalés en nombre del bando rebelde para que aceptaran unirse a este partido¹¹¹⁷.

Tras la resistencia de Burgos a obedecer las primeras cartas enviadas a la urbe por don Alfonso, que llegaron a ser ocultadas¹¹¹⁸, el partido alfonsino decidió enviar al obispo a la ciudad para conseguir que se alzaran en ella pendones por don Alfonso. El 7 de julio de 1465 don Luis ya se encontraba en ella¹¹¹⁹, y desde entonces sus actuaciones para alcanzar dicho reconocimiento pasan a ocupar buena parte de las páginas del libro de actas del concejo burgalés de ese año. El 15 de julio de 1465, y en presencia del

lista de exigencias que había presentado la ciudad para prestarse a defender la causa del príncipe. Entre ellas destacan amplias exenciones fiscales y ciertas medidas para regular el mercado del pan en favor de la urbe. El listado de exigencias incluía la siguiente: “Yten, que sy [don Alfonso] se yguale con el rey su hermano e se non llamare rey, que non fará partido alguno syn que el dicho sennor rey su hermano aprueue e confyrme todo lo sobredicho”. ADA, C. 3, n. 53. Cuando este documento fue redactado, por tanto, la decisión definitiva de deponer al rey no había sido aún tomada, pero sí planteada y comunicada la posibilidad de llevarla a cabo a algunas de las ciudades del reino. Ya avanzada la guerra civil, el duque de Medina Sidonia y el conde de Arcos realizarían en nombre del partido alfonsino una negociación similar con Jerez de la Frontera, redactándose unos capítulos por parte de la ciudad que el bando alfonsino habría de aceptar si querían que aquella ciudad se uniera a ellos. De nuevo la confirmación de privilegios y las exenciones fiscales son las principales reclamaciones. ABELLÁN PÉREZ, J., *Fuentes Históricas Jerezanas: Documentos del infante-rey Don Alfonso*, op. cit., pp. 15-16.

¹¹¹⁶ Es magnífico el testimonio que se ha conservado sobre el modo en que Jerez de la Frontera se unió al partido Enriqueño al comienzo de la guerra civil, interesante para nosotros porque de las negociaciones mantenidas con esta ciudad se ocupó un eclesiástico. Tras la Farsa de Ávila, Enrique IV mandó a Alfonso González de Orihuela, su capellán, a Jerez de la Frontera con la misión de conseguir que se mantuvieran en su lealtad. Para ello llevaba cartas del rey contra sus rebeldes, la promesa de diversas mercedes y poderes para influir en el gobierno de la ciudad. Como medio de favorecer el acatamiento al rey, el capellán hizo celebrar una procesión en favor de Enrique IV y mandó pregonar las mercedes que el monarca concedía a la ciudad. RALLÓN, E., *Historia de la ciudad de Jerez de la Frontera*, op. cit., Vol. II, pp. 304-305.

¹¹¹⁷ Dicha actuación puede seguirse completamente a través de AMB, Libro de Actas de 1465, fols. 64r y ss. La labor del obispo para que la ciudad alzara pendones por don Alfonso ya fue destacada por LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 79 y ss.

¹¹¹⁸ AMB, Actas de 1465, fol. 59v y fol. 65r.

¹¹¹⁹ AMB, Actas de 1465, fol. 64r.

obispo, que se encontraba negociando con los miembros del concejo las condiciones de su alzamiento por don Alfonso, los representantes de la urbe presentaron un listado de exigencias a las que el partido alfonsino debía acceder para que la ciudad se uniera a la causa. Entre ellas se encontraba el guardar su privilegios y costumbres; no enajenar bienes o vasallos de la ciudad; respetar las leyes y ordenanzas de las cortes de Toledo de 1462 y de Salamanca de 1465; exenciones fiscales varias; y un mercado franco, entre otras¹¹²⁰.

Muy significativamente, el 16 de julio, y antes de que se alzaran los pendones por don Alfonso, el obispo ya había concedido, “en nonbre del rey nuestro sennor”, el mercado franco que habían solicitado¹¹²¹, lo cual fue pregonado por la ciudad con el fin de favorecer el acatamiento de sus habitantes a don Alfonso. Las negociaciones continuaron al día siguiente, el 17 de julio, y antes recibir el juramento debido al nuevo rey, el “sennor obispo” hubo de jurar “de traer confirmado de nuestro sennor el rey don Alonso todos los susodichos capítulos e otros que auía asentado con los alcalldes e regidores”, mandando el concejo también por su cuenta aquellos capítulos a la Corte alfonsina “para que, segúnd los auía firmado el obispo de Burgos por virtud de los poderes que de su sennoría tenía, los confirmase” el nuevo rey, lo cual también fue solicitado al arzobispo de Toledo y al resto de líderes de aquel partido¹¹²². Este juramento del prelado y la confirmación de estos capítulos en base a los poderes que tenía del bando alfonsino fue exigencia previa para reconocer a don Alfonso como rey, siendo esta negociación mantenida por el prelado con el concejo, por tanto, la que permitió dicha unión de Burgos a la causa rebelde. La Corte alfonsina respaldó las gestiones de don Luis de Acuña, y el 26 de julio don Alfonso escribió una carta esta ciudad, refrendada únicamente por el obispo de Coria, para confirmar los “capítulos firmados del reberendo padre in Cristo obispo de Burgos e del mi Consejo”¹¹²³. De esta forma concluían las negociaciones del prelado burgalés a través de las cuales se aseguró la militancia alfonsina de esta ciudad durante todo el conflicto.

Asimismo, nos consta que Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, actuando como líder del bando alfonsino, entabló negociaciones o participó en las mantenidas por aquel bando con otras ciudades y villas del reino con el fin de atraerlos a su causa o

¹¹²⁰ AMB, Actas de 1465, fols. 69r-v.

¹¹²¹ AMB, Actas de 1465, fol. 70r.

¹¹²² AMB, Actas de 1465, fol. 72r.

¹¹²³ AMB, Actas de 1465, fols. 79r-v.

conseguir que permanecieran en la lealtad a don Alfonso en distintos momentos de la contienda. Así ocurrió con la realenga villa de Molina de Aragón, en la cual, a pesar de que permaneció fiel a Enrique IV al inicio de la guerra, estalló una revuelta¹¹²⁴ al entregar el rey su señorío a don Beltrán de la Cueva¹¹²⁵. Según las crónicas, hacia finales de 1465 el arzobispo envió a uno de sus servidores, Martín de Salinas, a aquella villa para que junto a Diego de Aguilera, criado del marqués de Villena, y Fernando de Arce, secretario de don Alfonso, les convencieran de unirse al bando alfonsino¹¹²⁶. Lograron su objetivo, pues según una cédula de los Reyes Católicos emitida el 28 de enero de 1478, “puede aver dose annos” que parte de los naturales de Molina alzaron “pendones por el rey don Alonso nuestro hermano”¹¹²⁷. El prelado toledano fue el impulsor de la unión al bando rebelde de Molina¹¹²⁸, lo que desde la villa no se dudó en recordarle cuando, agobiados por la presión de los enriqueños, a finales de 1467 le exigieron su auxilio¹¹²⁹. Como analizamos más en detalle en el apartado referente a las elecciones episcopales, también el arzobispo Carrillo, junto con Juan Pacheco, negoció con el deán Diego López de Madrid la incorporación de aquel, el cabildo catedralicio seguntino y la ciudad de Sigüenza al partido alfonsino a cambio de la promesa de respaldar al primero para obtener la mitra vacante de Sigüenza¹¹³⁰. Otros cabildos catedralicios también fueron objeto de esta diplomacia interna. Así, poco antes de la publicación del Manifiesto de Burgos, el 26 de septiembre de 1464, el marqués de Villena, los condes de Plasencia, Benavente y Paredes e Íñigo Manrique, obispo de Coria, comparecieron ante el cabildo catedralicio burgalés para solicitarles que se unieran a ellos en sus reclamaciones contra el rey¹¹³¹. El cabildo atendió a sus súplicas,

¹¹²⁴ El estallido de la revuelta y sus razones se explican en AGS, RGS, leg. 1491-02-23, fol. 230.

¹¹²⁵ CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit., p. 131 y p. 137. Un desarrollo de los acontecimientos en CORTÉS RUIZ, M. E., *Articulación jurisdiccional y estructura socioeconómica en la comarca de Molina de Aragón*, op. cit., pp. 664-665 y pp. 671-675.

¹¹²⁶ Así lo exponen PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 355; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 177-178; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 257-258, que también explican la coyuntura concreta de la revuelta que se vivía en la villa ante la entrega de su señorío al duque de Alburquerque.

¹¹²⁷ AGS, RGS, leg. 1478-01-28, fol. 174.

¹¹²⁸ El 19 de septiembre de 1468, en las capitulaciones firmadas entre el mitrado y la princesa Isabel para que el primero aceptara regresar a la obediencia a Enrique IV, Carrillo exigiría múltiples seguridades para “los caualleors de Ávila e de Molina que le han seguido”. AGS, PTR, leg. 11, doc. 44.

¹¹²⁹ Sánchez Portocarrero sintetiza el contenido del mensaje enviado al prelado, en el cual se destacaron “los aprietos y calamidad en que se veyea el señorío, que siguiendo el dictamen del arzobispo se hauía resuelto a perderse” y en el que se indicó “que era de la obligación de la grandeza del arzobispo no desamparar a los que se auenturaron por su causa, a su instancia”. BNE, Mss. 1558, fol. 158v.

¹¹³⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 291-292.

¹¹³¹ ACB, Registro de Actas 17, fols. 232v-233r. Recogen el dato LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, pp. 220-221; y LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 66-68.

y designó nada menos que al hermano del prelado cauriense, Juan Manrique, como su delegado para asistir a las reuniones con los grandes¹¹³².

Las negociaciones con el conde de Alba no son las únicas documentables en las que participó el mitrado toledano durante los meses centrales de 1467 con el fin de atraer o asegurar la lealtad de distintos magnates al partido alfonsino. El recrudecimiento de las tensiones que tuvo lugar en aquellos meses obligaba a buscar nuevas alianzas o asegurar las ya alcanzadas antes de enfrentarse al partido contrario. Así, el apoyo del reino de Murcia a la causa rebelde, a pesar se trataba de una de las primeras regiones que se declararon a favor del infante-rey don Alfonso¹¹³³, era muy inestable debido a que dicho respaldo dependía únicamente del criterio personal del poderoso adelantado de Murcia don Pedro Fajardo, señor *de facto* de aquel reino¹¹³⁴. Al igual que ocurría con otros muchos magnates, era el marqués de Villena quien servía de enlace entre el adelantado y la causa alfonsina y se ocupaba de mantener al primero en su partido. Sin embargo, a la altura de 1467 esta alianza comenzó a flaquear, lo cual dejaba en una delicada situación al marqués de Villena tanto por la posible pérdida de un considerable apoyo para el bando que lideraba como por ser Murcia, en palabras de Franco Silva, “un territorio clave para el mantenimiento y la defensa de las posesiones patrimoniales del marqués”¹¹³⁵. En consecuencia, el Consejo alfonsino consideró conveniente reforzar la alianza con Fajardo. El 5 de junio de 1467, desde Toledo, el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y el condestable de Castilla Rodrigo Manrique, conde de Paredes, plantearon a Fajardo unos nuevos capítulos de alianza a través de los cuales trataron de asegurar su permanencia en el bando alfonsino y su respaldo para las campañas que durante aquel verano se pretendían emprender. Aunque el marqués de Villena es quien aparece como principal actor de esta alianza, en estos nuevos capítulos se otorgaba un papel fundamental al arzobispo Carrillo y al conde de Paredes.

En efecto, a través de esos capítulos del 5 de junio de 1467 lo que se pretendió fue reforzar la confederación ya existente entre el marqués de Villena y el adelantado de

¹¹³² ACB, Registro de Actas 17, fols. 239r-v. El 9 de junio de 1473, en Burgos, Juan Manrique, protonotario apostólico y arcediano de Valpuesta, expedía una carta de poder en favor de su hermano, el obispo de Coria, para que pudiera hacer su testamento por él. LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV*, op. cit., doc. 3277, p. 1157.

¹¹³³ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 140.

¹¹³⁴ Sigue siendo fundamental la obra de TORRES FONTES, J., *Don Pedro Fajardo*, op. cit.

¹¹³⁵ FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 308.

Murcia y asegurar el cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales que para el enlace entre un hijo e hija de estos se habían firmado, a través de la incorporación del arzobispo de Toledo y del condestable don Rodrigo a dichos acuerdos como “seguradores” o “fiadores” de los mismos¹¹³⁶. Con ello se buscaba dar mayor seguridad a Fajardo en su alianza con el marqués de Villena y evitar su alejamiento del partido alfonsino ante cualquier sospecha de incumplimiento por parte de Pacheco de lo acordado. El arzobispo y el condestable juraron e hicieron pleito homenaje de obligar al quebrantador de la alianza a cumplir lo acordado haciendo uso de todas sus fuerzas, lo cual debió ser suficiente seguridad para Fajardo, que firmó este documento en Murcia el 22 de junio siguiente, asegurándose de esta forma su lealtad y la del reino murciano a la causa alfonsina¹¹³⁷.

El arzobispo Carrillo también fue parte esencial en las negociaciones que entre los hermanos Pedro y Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, y el bando alfonsino se desarrollaron durante el verano de 1467 para conseguir que los primeros entregaran al infante-rey don Alfonso la ciudad de Segovia, cuya guarda les había encargado Enrique IV, y abandonasen el partido del rey legítimo. Todas las crónicas refieren esta traición y su aparente causa: el intento de Enrique IV de prender a los hermanos Arias Dávila a finales de 1466 por sugerencia del arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca¹¹³⁸.

Las crónicas señalan que, ya desde antes de la batalla de Olmedo (agosto de 1467) Pedro Arias Dávila “trató con el arzobispo de Toledo de ser suyo, e dar al rey don Alfonso la çibdat de Segovia”¹¹³⁹. Para negociar su paso y el del obispo de Segovia, que también colaboró en estos tratos con su hermano¹¹⁴⁰, al bando alfonsino, Pedro Arias

¹¹³⁶ Así se indica expresamente en aquel documento, cuyo único objetivo era incorporar a estos dos fiadores: “Et porque mejor esto se faga e guarde e cunpla por nosotros e por cada vno de nos, queremos tomar e elegir por seguradores de la dicha alianza, amistad e confederación e debdo e del cumplimiento de todo ello al muy reuerendo padre e sennor don Alfón Carrillo, arzobispo de Toledo, e al sennor don Rodrigo Manrique, condestable de Castilla. Por ende queremos que sea conosciada cosa a todos quantos esta presente escriptura vieren”, que los tomaban como fiadores. AHNOB, Frías, C. 102, doc. 4.

¹¹³⁷ “et si, lo que Dios non quiera, alguno de vosotros la quebrantare o fuere o veniere o pasare contra ello o contra cosa alguna o parte dello, que nosotros et cada vno de nos con todas nuestras fuerças trabajaremos conmo el que lo quebrantare faga hemienda al que la guardare en la vía e forma que bien visto nos fuere”. AHNOB, Frías, C. 102, doc. 4.

¹¹³⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, pp. 410-411; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 264-265. Remitimos a RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte*, op. cit., pp. 145-147 para este cambio de bando.

¹¹³⁹ El fragmento pertenece a *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 217. Se expresa en términos similares PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 428.

¹¹⁴⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 286 señala expresamente que “en el tracto de la trayción fueron con él, el obispo, su ermano, el maestre de Préxano, que entonces hera provisor por el obispo de Segovia, y governaba a entramos hermanos, fray Rodrigo de Mesa, prior del

envió a aquella Corte a uno de sus criados, Luis de Mesa, con quien estos llegaron a un acuerdo y se asignó el día en el que habrían de permitirles entrar en Segovia¹¹⁴¹. Gracias a un privilegio concedido por el infante-rey don Alfonso el 15 de noviembre de 1467 para que a los caballeros, escuderos y quignoneros de Segovia, nos consta que el arzobispo de Toledo y el maestre de Santiago mantuvieron unas negociaciones con Pedrarias en las cuales se redactaron ciertos capítulos, siendo la concesión de aquel privilegio parte de aquellos que, lamentablemente, no se han conservado¹¹⁴². No obstante, sabemos sin duda que entre las promesas realizadas por parte del arzobispo de Toledo y otros alfonsinos a los hermanos Arias Dávila, se encontraba la restitución de todos los bienes y cargos que por haber sido leales a Enrique IV les habían sido embargados¹¹⁴³.

Asimismo, conviene señalar la acción emprendida por fray Pedro de Silva, obispo de Badajoz, en junio de 1468, cuando, convencido de la necesidad de abandonar el bando alfonsino, convenció a su hermana y al esposo de esta, Pedro López de Ayala, de unirse a la causa de Enrique IV. El obispo y aquella se encargaron de negociar con el rey su vuelta a la obediencia, y emprendieron una serie de acciones que resultaría en la reintegración de toda la ciudad de Toledo en el partido enriqueño, lo que el rey se ofrecería a recompensarles con grandes mercedes¹¹⁴⁴.

Parral, y Luys de Mesa, su hermano, que yva con los tratos al marqués y a los otros de su partido, y Perucho de Monjaraz, el alcayde de la fortaleza” de Segovia. El propio Enrique IV, en la confiscación general de los bienes temporales del obispo de Segovia que decretó el 2 de agosto de 1468, declaraba que fueron ambos hermanos, Pedro y don Juan, quienes trataron con los rebeldes para entregarles Segovia. AHNOB, Osuna, Cp. 105, doc. 9.

¹¹⁴¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 285-287; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 305 y p. 307. La entrega de la ciudad en pp. 307-309.

¹¹⁴² “E por quanto al tiempo que yo, conmo rrey e señor, entré en esta muy noble çibdad de Segovia, en los capítulos que se apuntaron e concordaron entre el muy rreverendo padre don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, primado de las Españas, e don Ihoan Pacheco, maestre de Santiago, amos del mi Consejo, por sy e en mi nombre, con Pedro Arias Dávila, mi contador mayor e de mi Consejo, se contiene vn capítulo, el tenor del qual es este que se sigue: [...]”. AGS, RGS, leg. 1467-11-15, fol. 5. Esta merced está refrendada por el arzobispo y el maestre.

¹¹⁴³ Así lo expresaba el infante-rey Alfonso, por ejemplo, el 20 de abril de 1468, al anular dichas confiscación a Pedro Arias, al obispo de Segovia y a sus hermanos: “Mis contadores mayores, al tienpo que Pedro Arias de Ávila, mi contador mayor e del mi Consejo, vino a mi seruiçio, por mí, con acuerdo de los grandes de mis regnos que conmigo estauan, le fue prometydo de mandar tornar e restituyr, a él e a sus hermanos, todos sus bienes e ofiçios e marauedies de juro e de por vida e otras qualesquier cosas que por qualesquier personas les estouiesen tomadas e ocupadas por mis cartas e mandamientos”. AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87. Sobre estas restituciones, véase RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte*, op. cit., p. 147.

¹¹⁴⁴ Así, las crónicas señalan que “Estonçes el obispo y ella [su hermana] enbiaron su mensajero secretamente al rrey notificándole el deseo propósyto que tenía de servillo, y dalle su çibdad, de que el rrey fue mui alegre. Y ansy les rrespondió, que sy ellos ponía en obra lo que le proferían no solamente les haría grandes merçedes, más que les acreçentaría los estados”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D.,

Sin embargo, la mayor parte de las referencias a las que contamos a la participación del episcopado en este tipo de negociaciones o diplomacia interna son de carácter general, limitándose a la confirmación de que los prelados y caballeros del Alto Consejo de Enrique o Alfonso participaron en ellas, como en el caso ya expuesto de la merced del marquesado y señorío de Astorga al conde de Trastámara. Lo mismo ocurre cuando en enero de 1466 el duque de Medina Sidonia y el conde de Arcos se ocuparon de negociar las condiciones por las que la ciudad de Jerez de la Frontera habría de abandonar la causa enriqueña para pasarse a la alfonsina. El concejo de esta urbe exigió entonces, como condición previa para recibir a Alfonso como rey y para la conclusión de las negociaciones propiamente dichas, que desde la Corte alfonsina les fueran remitidas “carta o cartas del dicho sennor rey don Alfonso firmada o firmadas en las espaldas de los tutores e perlados e ricos onbres de su Alto Consejo de confirmación de todas las cosas contenidas en los dichos capítulos”¹¹⁴⁵. Asimismo, el 28 de enero de 1468 el infante-rey don Alfonso se dirigió a Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, para jurarle que concedería y cumpliría “las dichas mercedes que yo vos tengo fechas e ansimismo las cosas que de mi parte vos fueron prometidas e con vos fueron capituladas e firmadas por los prelados e caballeros que siguen mi servicio” para que se uniera a su partido¹¹⁴⁶, habiéndose desarrollado, por tanto, unas capitulaciones previas por parte de los principales prelados y caballeros rebeldes con el conde para atraerle a su causa. Aunque no se especifica quiénes fueron aquellos, resulta probable que, al menos, el arzobispo de Toledo fuera uno de los mismos, pues en los meses finales de 1467 no se separó del infante-rey. El 8 de enero de 1468 Mosén Diego de Valera ya se encontraba

Crónica de Enrique IV, op. cit., pp. 297-301. Véase BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV*, op. cit., pp. 103 y ss. El 12 de febrero de 1470, Juan Pacheco, maestre de Santiago, como miembro principal del Alto Consejo de Enrique IV, se comprometió con el obispo de Badajoz, su hermana María de Silva, el esposo de esta, Pedro López de Ayala, y Fernando de Rivadeneyra, a hacer que el rey les concediera las mercedes que les hubo prometido “al tiempo de los mouimientos que en este reyno pasaro ouo apoderado la noble çibdad de Toledo que a la sazón estaua en su contraria oponiõn a mano de vos”. AHNOB, Frías, C. 12, doc. 11. Transcrito por BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV*, op. cit., doc. 55, pp. 256-259.

¹¹⁴⁵ AMJF, Actas de 1466, fol. 19v.

¹¹⁴⁶ ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 2, doc. 22. El documento fue editado por PAZ Y MELIÁ, A., *Serie de los más importantes documentos del Archivo*, op. cit., doc. LIX, p. 74. Se encuentra firmado por el secretario alfonsino Fernando de Arce. Sobre la actuación del conde de Medinaceli en la guerra civil y los intentos del bando rebelde de captarle para su causa, trata SÁNCHEZ GONZÁLEZ, A., *Medinaceli y Colón. La otra alternativa del descubrimiento*, Madrid, Editorial Mapfre, 1995, pp. 82-87, aunque atribuye el documento de enero de 1468 que señalamos a continuación a Enrique IV y no a don Alfonso. La firma del secretario es determinante.

en Arévalo para jurar en nombre del de Medinaceli fidelidad a don Alfonso¹¹⁴⁷, debiendo haberse desarrollado dichas negociaciones de forma previa¹¹⁴⁸.

Por otro lado, conviene destacar que los miembros del episcopado también fueron objeto de esa misma diplomacia interna desplegada por los bandos. Así, en mayo de 1465 Pedro Girón, maestre de Calatrava, trató de atraer a la causa rebelde a Alfonso de Acuña, obispo de Jaén, a la causa rebelde. Ante la negativa de este, le cercó en su castillo episcopal de Begíjar, tras lo cual el prelado hubo de claudicar y entrar en unas negociaciones con aquel en las que se firmaron ciertos capítulos no conservados en seguridad de los cuales el prelado hubo de entregar como rehén al maestre a Leonor de Acuña, “su parienta”¹¹⁴⁹. Al año siguiente, el 6 de febrero de 1466, Enrique IV le concedería ciertas mercedes para compensarle por los daños padecidos por su lealtad¹¹⁵⁰, sin embargo, tanto solo unos meses más tarde, el 18 de junio de 1466, el prelado firmaba una confederación con el marqués de Villena Juan Pacheco por la cual se comprometía a servirle a él, a sus parientes y al infante-rey Alfonso. Sin duda, dicha confederación surgía de la presentación de una serie de ofrecimientos por parte del marqués al prelado¹¹⁵¹. Por su parte, a finales de 1466 el propio Enrique IV se encontraba en negociaciones con Pedro de Córdoba y Solier, obispo de Córdoba, para que abandonara el partido alfonsino y regresara a su obediencia. Así, el 12 de diciembre de 1466 el monarca le ofrecía al prelado porque “dexases la vía del príncipe don Alfón”, suplicar al papa que le quitara la pensión que sobre las rentas de su mesa episcopal tenía el obispo de Calahorra¹¹⁵², y el 20 diciembre el monarca añadía a dicha oferta el señorío sobre la villa cordobesa de Santaella si el prelado lograba que la ciudad de Córdoba abandonara también la causa del infante-rey¹¹⁵³.

¹¹⁴⁷ A ello se negaron “algunos de los del Consejo del dicho Señor Rey” debido a que el poder del conde “non era para ello bastante, por ser condicional”. PAZ Y MELIÁ, A., *Series de los más importantes documentos del Archivo*, op. cit., doc. LVIII, p. 73.

¹¹⁴⁸ El 10 de noviembre de 1467 don Alfonso expedía ya una de aquellas mercedes ofrecidas al de Medinaceli, consistente en 700 vasallos en la tierra de Cuenca a cambio de sus derechos sobre Huelva. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 33.

¹¹⁴⁹ Así se explica en una carta de dote concedida por el obispo a aquella el 11 de noviembre de 1469. AHNOB, Baena, C. 68, doc. 5.

¹¹⁵⁰ En ella el monarca detalla la razón por la que fue cercado el obispo. RAH, leg. 9/6483, fols. 218v-219v.

¹¹⁵¹ La confederación en AHNOB, Frías, C. 14, doc. 3.

¹¹⁵² AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 76.

¹¹⁵³ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 77.

4) La participación del episcopado en las negociaciones políticas con otras instancias de poder en las postrimerías de la guerra civil y hasta las Cortes de Ocaña

Tras el fallecimiento de don Alfonso y el juramento como princesa heredera de doña Isabel, el arzobispo de Sevilla don Alfonso de Fonseca pasó a formar parte de forma efectiva del Alto Consejo de Enrique IV. Recuperaba así de nuevo aquella privanza con el monarca de la que habría disfrutado en los primeros años de su reinado. Ello llevaba aparejado grandes responsabilidades, como asegurar en un momento de aún evidente inestabilidad en el reino el gobierno de Enrique IV. Para ello Fonseca, junto a sus otros compañeros de gobierno, debieron de entablar negociaciones con distintos magnates del reino con el fin de reintegrarlos en la obediencia a Enrique IV y articular consensos en torno a su mandato que permitieran dar continuidad a su reinado. Más adelante, y tras su reincorporación a la corte por esta misma vía, el obispo de Sigüenza don Pedro González de Mendoza habría de colaborar con Fonseca con el mismo fin.

La primera de aquellas negociaciones que conocemos fue la entablada con el conde de Benavente Rodrigo Alfonso Pimentel. Las reuniones mantenidas por el nuevo Consejo de Enrique IV con el conde de Benavente en noviembre de 1468 en Colmenar de Oreja¹¹⁵⁴ tienen una gran importancia debido que fue el medio empleado por los ahora defensores de Enrique IV de apartar a dicho conde del arzobispo Carrillo, por cuya parcialidad parecía entonces inclinarse¹¹⁵⁵. Como se explica en los acuerdos firmados el 15 de noviembre de 1468, en aquellas vistas se llevaron a cabo unas negociaciones entre el rey y los miembros de su Consejo, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia, con el conde de Benavente por las cuales se reintegró a este en la obediencia del rey. A cambio de volver al servicio de Enrique IV y jurar que procuraría el bien de aquellos consejeros del rey, arzobispo de Sevilla incluido, estos se confederaron con el conde para la conservación de su estado de forma general y se comprometieron a que el monarca cumpliría su palabra de otorgar distintas mercedes al conde y favorecerle en otras cuestiones que Fonseca y sus compañeros

¹¹⁵⁴ Refiere estas vistas de pasada PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 266.

¹¹⁵⁵ VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, op. cit., p. 269; BECEIRO PITA, I., *El condado de Benavente*, op. cit., p. 195; y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 412.

habían acordado con el de Benavente para atraerle junto al rey¹¹⁵⁶. De esta forma se lograba reintegrar a este importante magnate en la corte enriqueña.

Mayor importancia revisten las negociaciones mantenidas en estos meses con el clan de los Mendoza, en el que se integraba el duque de Alburquerque Beltrán de la Cueva, para reintegrarlos en la Corte tras su oposición a los acuerdos alcanzados por el monarca y los antiguos rebeldes durante el verano de 1468. Los Mendoza ya se habían unido a la liga nobiliaria anteriormente, y para el rey y los nobles que ahora dirigían su gobierno era perentorio atraerles en su causa para evitar que todo el poder de esta casa se situara frente a ellos. Y es que el descontento de los miembros de este clan con el rey por los acuerdos de Guisando es más que palpable. Una muestra de ello especialmente relevante para nosotros es la confederación que el 4 de diciembre de 1468 firmó Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia y hermano del duque de Alburquerque, con la duquesa “de Castromocho”, quien creemos que debe ser identificada con Inés de Guzmán, duquesa de Villalba y condesa de Trastámara¹¹⁵⁷, por la cual se comprometían a acordaron juntos qué partido seguir “sy por ventura guerras se reboluieren en estos reynos entre el rey e los caualleros o entre las prinçesas e parçialidades dellas”¹¹⁵⁸. El 11 de diciembre siguiente, su hermano, el duque don Beltrán, realizaba otra confederación con el almirante de Castilla, abuelo de Fernando de Aragón y uno de los principales impulsores del matrimonio de este con la princesa Isabel, que, aunque destinada específicamente a que el almirante le apoyaría para que ni la princesa ni ningún otro le reclamara su villa de Cuéllar¹¹⁵⁹, junto a la de su hermano nos estarían hablando de una estrategia desplegada por el linaje de la Cueva para buscar nuevas alianzas en ese inestable contexto. En estas negociaciones participarían, junto a otros magnates, el arzobispo de Sevilla, por parte del rey y su nuevo equipo de gobierno, y el obispo de Sigüenza por el lado de los Mendoza, y de ello su interés para nosotros.

¹¹⁵⁶ “Lo qual todo que dicho es fue asý concordado e asentado por el dicho sennor rey e los dichos arçobispo e maestre e conde de Plasencia con el dicho conde de Benauente e por él con ellos, segund e conmo en estos capítulos se contiene”. AHNOB, Osuna, C. 417, doc. 22, con una copia en doc. 23. Fue transcrito por VAL VALDIVIESO, I. del, “Los bandos nobiliarios...”, *op. cit.*, Apéndice documental, pp. 284-289.

¹¹⁵⁷ Creemos que Inés de Guzmán asumió ese título después de que Enrique IV entregase el señorío de Castromocho al conde de Benavente en abril de 1468. La duquesa, fiel al monarca hasta el momento, había ocupado y defendido la villa y aspiraba a adquirir su posesión. La decepción vino cuando, tras la reconciliación entre Enrique IV y el conde de Benavente, rival de la duquesa por esta y otras villas, el monarca le entregó a éste su dominio, en perjuicio de sus intereses. Poco después de esta confederación, la villa le sería arrebatada por la fuerza por dicho conde. Véase BECEIRO PITA, I., *El condado de Benavente*, *op. cit.*, pp. 191-193.

¹¹⁵⁸ Documento original, conserva el sello del prelado. AHNOB, Frías, C. 1588, doc. 10.

¹¹⁵⁹ RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, *op. cit.*, p. 76.

En octubre de 1468 tuvieron lugar unas primeras vistas en Villarejo de Salvanés, en las cuales los ahora miembros principales del Consejo de Enrique IV, el maestre de Santiago Juan Pacheco, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, se reunieron con el obispo de Sigüenza y con don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, para intentar reconciliar a los segundos con el monarca e incorporarles a su facción. A cambio de la promesa de que el monarca favorecería a la princesa doña Juana, el obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco volvieron a la Corte¹¹⁶⁰.

Pero como ya explicó Sánchez Prieto, la alianza firmada entre la facción dirigida por don Juan Pacheco y el clan de los Mendoza era inestable debido a que los intereses de ambos eran completamente opuestos¹¹⁶¹, y de ello que en enero de 1469 tengamos ya noticia de una ruptura de los Mendoza con la Corte¹¹⁶². La crítica situación política obligaba a Pacheco a recuperar el favor y alianza de los Mendoza, razón por la cual en marzo de 1469 entró de nuevo en negociaciones con este clan¹¹⁶³. Se ha conservado el acuerdo resultado de estas negociaciones, firmado por el propio rey, el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, por un lado, con el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, el obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco, por el otro, el 18 de marzo de 1469. El principal de los compromisos adquiridos aquel día fue que, a cambio de que los Mendoza regresaran al servicio al rey y le respaldasen en su objetivo de recuperar todo lo que había sido tomado de la Corona desde septiembre de 1464, el rey debía “de confiar e confíe de los dichos marqués, e obispo e don Pedro de Velasco, juntamente con los dichos maestre, e arzobispo e conde, o de los que dellos quiesieren ser con su altesa presentes en su corte, su persona, casa, estado e la gouernación de sus reynos, e non de otras personas algunas syn voluntad e consentimiento dellos todos seys”¹¹⁶⁴. Dicho de otra manera, se acordó que el monarca habría de entregar el control completo del gobierno del reino a estos dos grupos nobiliarios con el fin de mantenerlos en su servicio. Más allá de los objetivos realmente

¹¹⁶⁰ Narran las vistas los cronistas ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 313-314; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 338-339. Véanse los análisis que de estas vistas hacen VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 112-114 y p. 128; y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón...”, op. cit., p. 289.

¹¹⁶¹ SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza*, op. cit., pp. 131-132.

¹¹⁶² El 30 de enero de 1469 uno de los agentes de Juan II de Aragón en Castilla para negociar el matrimonio entre doña Isabel y don Fernando, Ferrer, informaba a su rey de que “don Pedro de Velasco y el Marqués y el Obispo de Sigüenza se son ya ydos ronpidos, que es cosa que aprovecha mucho á vuestra Señoría”. PAZ Y MELIÁ, A. *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 21, p. 85.

¹¹⁶³ FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 334-335.

¹¹⁶⁴ BNE, Mss. 19.703, n. 22. También en AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20. Transcrita por VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 430-438.

perseguidos por cada una de las partes o las implicaciones políticas de este acuerdo¹¹⁶⁵, nos interesa destacar la participación de dos relevantes prelados en la negociación de este pacto para la gobernación de Castilla y la incorporación de ambos, como resultado del mismo, al Alto Consejo Real. Ello sucedía en el contexto de las Cortes de Ocaña de 1469, tras las cuales, un nuevo escenario político se abría en el reino ante la perspectiva del matrimonio aragonés de la princesa Isabel.

Tras el fallecimiento de don Alfonso, cuando los partidarios del matrimonio aragonés para la princesa Isabel comenzaron a movilizarse para alcanzarlo, el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria, junto con el almirante don Fadrique y el conde de Paredes¹¹⁶⁶ aparecen en las crónicas trabajando por conseguir que distintos magnates del reino se adhirieran a su causa, tanto con el fin de conseguir los apoyos suficientes en Castilla para dicho matrimonio, como para formar una facción con la que oponerse al nuevo equipo de gobierno que dirigía el reino junto a Enrique IV. Con este mismo objetivo, ya el 17 de julio de 1468, desde Cervera, don Fernando, rey de Sicilia y príncipe de Aragón otorgó poder al arzobispo de Toledo y al condestable Pierres de Peralta para concertar su matrimonio con quien titulaba ya como “la serenísima Princesa doña Isabel, primogénita heredera de los regnos de Castilla”. Lo que más nos interesa de dicho escrito es que por el don Fernando concedía poder al arzobispo y al condestable para pudieran prometer en su nombre cualquier merced a los prelados y caballeros del reino que consideraran necesaria para lograr su respaldo a dicho enlace.¹¹⁶⁷ El 21 de julio de 1468 el propio Juan II de Aragón ratificaría estos poderes¹¹⁶⁸.

Respondiendo a esta procuración, nos consta que, ya poco después de los Toros de Guisando Alfonso Carrillo envió dos emisarios a Andalucía, Diego Rangel, su secretario, y Juan de Cardona, para entrevistarse con los magnates de aquel reino y convencerles de que apoyaran sus intenciones, pero tuvieron escaso éxito. Como mínimo acudieron ante el duque de Medina Sidonia, el conde de Arcos y don Pedro Enríquez, adelantado de Andalucía y tío de don Fernando, que fue el único que aceptó

¹¹⁶⁵ Véase sobre ello SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 419; AZCONA, T. de, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 152-153; y VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 114-115.

¹¹⁶⁶ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 343.

¹¹⁶⁷ El documento inserto en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLIX, pp. 585-588. Sobre estos poderes para negociar el enlace nos habla VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 60-61 y p. 142.

¹¹⁶⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLIX, pp. 588-589.

respaldar de forma abierta el matrimonio¹¹⁶⁹. También nos consta el arzobispo envió al cronista Alfonso de Palencia a solicitar el apoyo del conde de Medinaceli, quien accedió a concederlo¹¹⁷⁰. Por su parte, el obispo de Coria, junto con el almirante don Fadrique, logró atraer a aquel partido a algunos caballeros de la región toledana, al igual que a otros de los principales representantes de los linajes de mayor relieve del reino¹¹⁷¹.

5) Los intentos de mediación pontificia: la legación de Antonio de Veneris, obispo de León

Creemos conveniente dedicar un apartado específico al análisis de la única legación pontificia que tuvo lugar durante la contienda civil en Castilla, por cuanto esta, aparte de ser protagonizada por un miembro del episcopado castellano, se trató del principal intento del papa Paulo II de imponer su mediación y autoridad en el conflicto castellano. En efecto, según la guerra se alargaba, en la Curia Romana cada vez se observaba con mayor preocupación los sucesos de Castilla y sus repercusiones para la Iglesia castellana. Ya el 3 de enero de 1466 Paulo II hubo de emitir una bula, conocida como la bula *paulina*, por la que ampliaba las penas contenidas en una anterior de Calixto III, dirigida expresamente a quienes atentaban contra las iglesias y clérigos en el reino de Galicia, a toda Castilla debido a la multiplicación de los agravios cometidos contra el clero en aquel reino a causa del estado de guerra civil¹¹⁷². Unas semanas más tarde, el 29 de enero, hubo de emitir las órdenes pertinentes para alcanzar la liberación de tres prelados que habían sido sometidos a prisión en el contexto de la confrontación en curso¹¹⁷³: Lope de Barrientos, obispo de Cuenca¹¹⁷⁴, Alfonso de Fonseca, arzobispo

¹¹⁶⁹ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 271; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 267; y ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 162v.

¹¹⁷⁰ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 259; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 339.

¹¹⁷¹ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 271; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 263; y ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit. fol. 162v; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 151. Describe estas negociaciones entabladas por el arzobispo y el obispo de Coria VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., p. 140.

¹¹⁷² Se han conservado distintos ejemplares de esta bula misma, por ejemplo, en AGS, PTR, leg. 60, doc. 176 y ACT, O.8.A.1.3.

¹¹⁷³ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 2, pp. 2-3.

¹¹⁷⁴ Capturado por caballeros del rebelde marqués de Villena a finales de marzo-principios de abril de 1465. DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, op. cit., pp. 596-597.

de Santiago¹¹⁷⁵, y Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma¹¹⁷⁶. Asimismo, y como analizamos en el apartado referente a las elecciones episcopales durante la guerra civil, el conflicto estaba permitiendo que diversos cabildos catedralicios o magnates castellanos se entrometieran en la provisión de las mitras episcopales en oposición a la reserva pontificia, generándose graves cismas en distintas sedes.

Estos y otros problemas ya habían obligado al papa Paulo II a enviar a comienzos de 1466 al nuncio Lianoro de Lianoris a Castilla para ocuparse de diversas cuestiones referentes a la Iglesia castellana y a los intereses pontificios en este reino en los campos benefical, jurisdiccional y fiscal, el cual no tuvo demasiado éxito en sus cometidos debido a la inestabilidad existente en el reino. Este nuncio hubo de informar a Roma de la gravedad de la situación castellana¹¹⁷⁷, y en 1467 el papa se decidió finalmente¹¹⁷⁸ a enviar a un legado *a latere* a Castilla con una misión precisa: mediar entre los bandos para acabar con el conflicto bajo el reconocimiento de Enrique IV como rey. Dicha legación resulta relevante para nosotros por cuanto fue encomendada a un prelado del reino: Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León¹¹⁷⁹.

La elección de Veneris respondió, sin duda, a su amplia experiencia en los asuntos castellanos, pues desde la década de los cincuenta había desarrollado múltiples misiones en este reino en nombre de distintos pontífices. Sin embargo, su nombramiento es ya clara muestra de cuál era el objetivo del papa con esta legación, pues Veneris se trataba de uno de los embajadores que en julio de 1465 recibieron el encargo de Enrique IV de defender en Roma su causa frente a sus rebeldes. Y es que, en efecto, el objetivo del pontífice era que el conflicto concluyera con el reconocimiento de Enrique IV como único rey de Castilla.

¹¹⁷⁵ Sometido a prisión estando en Noya por Bernal Yáñez de Moscoso en los primeros meses de 1465. Dicha prisión duró hasta 1467. Más que en el conflicto civil, esta respondía a los conflictos de la mitra de Santiago con la nobleza de su obispado. VÁZQUEZ BERTOMEU, M, “El Arzobispo Don Alonso II de Fonseca...”, *op. cit.*, pp. 87-131.

¹¹⁷⁶ Según una merced concedida por el infante-rey a este prelado alfonsino, Enrique IV le sometió a prisión durante cuatro meses. AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5.

¹¹⁷⁷ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 57; NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, pp. 222-223; y AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, *op. cit.*, pp. 79-80.

¹¹⁷⁸ Ya el 1 de octubre de 1465, el papa, en una dura carta dirigida contra los disidentes al rey Enrique, les avisaba de la posibilidad de enviar un legado *a latere* al reino si persistían en su rebeldía tanto al monarca como a sus órdenes de sometimiento al rey. BHMV, Mss. 145, fols. 101r-106r. Probablemente, el periodo de negociaciones entre los bandos prácticamente ininterrumpido que entre los bandos hubo desde entonces hasta los primeros meses de 1467, fue lo que retrasó el envío del legado.

¹¹⁷⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 282; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 305.

No existen dudas sobre la intención del pontífice de imponer su mediación en el conflicto castellano por medio de su legado, y que habría de resultar, independientemente de las cláusulas contenidas en el acuerdo alcanzado, en la restauración de la paz en el reino bajo el reconocimiento por parte de los rebeldes de Enrique IV como único rey de Castilla. En efecto, ya algunos cronistas proalfonsinos señalan un especial favor del pontífice hacia Enrique IV previo al envío del legado¹¹⁸⁰. Pero si Paulo II trató de ocultar en algún momento su preferencia por el rey legítimo, aquello cambió ante el envío de Veneris como legado a Castilla, pues ya en su nombramiento como legado y en los poderes a él concedidos señalaba expresamente que la misión del legado era interponer su mediación para solucionar los conflictos surgidos entre Enrique IV, a quien califica como “carissimo in Christo filio nostro Henrico, Castelle et Leginis regi illustri”¹¹⁸¹, y los prelados, nobles, marqués y demás súbditos de la corona rebeldes al rey, sin mención alguna a don Alfonso¹¹⁸². Ya Nieto Soria señaló que con estas fórmulas cancillerescas el pontífice abandonó la apariencia de neutralidad en el conflicto para demostrar su favor al monarca¹¹⁸³.

La relevancia y dificultad de la misión encargada al obispo de León quedan de manifiesto ante el importante número de autorizaciones y ampliaciones de poderes que, desde su nombramiento como legado *a latere* el 18 de abril de 1467, expidió la cancillería apostólica en su favor hasta el 13 de junio siguiente¹¹⁸⁴. En todas ellas se expresaba que su objetivo no era otro que restaurar la paz en el reino de Castilla. Como ya explicó Nieto Soria, “al Papa no se le ocultaba la enorme dificultad de la empresa, por lo que Veneris reunirá para esta ocasión poderes extraordinariamente extensos [...]”

¹¹⁸⁰ Así lo señalan tanto PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 403, como ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 282, que dice que Paulo II, “aviéndolo por cosa mui detestable” el alzamiento contra Enrique IV, “con acuerdo y consejo de sus cardenales, fue determinado que enbiase su nunçio apostólico, con poderío de legado *a latere*, para que amonestase a los perlados y cavalleros que se avían rrevelado contra el rrey, se tornasen a su obediencia y tomase en su serviçio”.

¹¹⁸¹ Así se refiere a él en la bula del 18 de abril de 1467. FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas, op. cit.*, doc. 15, p. 33.

¹¹⁸² La misión de Veneris se resume una la bula de 13 de junio de 1467: “Tractanda et componenda pace et concordia inter carissimum in Christo filium nostrum Henricum, Castelle et Legionis regem illustrem, ac nonnullos archiepiscopos, episcopos, duces et marchiones, barones, proceres et milites ac alias ecclesiastice mundaneve dignitatis personas, necnon communitates et universitates super quibusdam eorum differentiis et dissensionibus tanquam pacis angelum nuntium et oratorem nostrum cum potestate legati de latere impresentiarum destinemus”. *Ibidem*, doc. 21, p. 41.

¹¹⁸³ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, p. 224.

¹¹⁸⁴ Todos estos documentos fueron editados y reseñados por FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas, op. cit.*, docs. 15 a 21, pp. 33-43.

con los que se pretendía que el legado pudiera disponer de todos los resortes posibles de que podía dotarse como representante personal del Pontífice”¹¹⁸⁵.

Como se ha señalado, el 18 de abril de 1467 se llevó a cabo el nombramiento de Veneris como legado *a latere* en Castilla. El papa exaltaba sus cualidades personales y, en especial, su experiencia en los asuntos castellanos como razones para confiarle el conseguir la paz en dichos reinos¹¹⁸⁶. Por aquella bula y por otras dos emitidas los días 11¹¹⁸⁷ y 15¹¹⁸⁸ de mayo de 1467, Paulo II confería a Veneris la categoría de legado *a latere* con unos extensos poderes con el fin de que pudiera mediar para alcanzar un acuerdo de paz entre las dos facciones que se enfrentaban en Castilla. En términos genéricos, se le otorgó facultad para llevar a cabo todos los actos jurídicos necesarios, como el disolver cualquier tipo de juramento y homenajes, exceptuando aquellos especialmente reservados al pontífice, y recurrir a todos los resortes posibles, incluido el emplear las censuras eclesiásticas contra los opositores al monarca, para alcanzar el objetivo de su legación. El 13 de junio de 1467 se emitió otra bula¹¹⁸⁹ en la cual se recogieron todos los poderes anteriormente mencionados y se establecían ciertos límites a los acuerdos entre los bandos que Veneris habría de refrendar con autoridad apostólica: el legado habría de poner especial cuidado para que en los capítulos y acuerdos de paz que se habrían de firmar no se incluyera ninguna cláusula contraria a la libertad eclesiástica o que redundara en perjuicio de la Iglesia¹¹⁹⁰.

Por otro lado, entre aquellos poderes extraordinarios concedidos a Veneris para llevar a cabo su misión pacificadora, se incluyó la facultad de ofrecer dignidades y beneficios eclesiásticos y conceder dispensas varias en favor de los principales magnates y preladados del reino como objeto de transacción en el curso de las negociaciones. Así, el 14 de mayo de 1467, y siendo el pontífice consciente de la necesidad de contar con la anuencia de Juan Pacheco, marqués de Villena, para llevar a

¹¹⁸⁵ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, p. 223.

¹¹⁸⁶ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. 15, pp. 33-34; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, doc. 4, p. 26.

¹¹⁸⁷ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. 17, pp. 37-38; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, doc. 5, p. 27.

¹¹⁸⁸ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. 16, pp. 34-37; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, doc. 7, pp. 29-30.

¹¹⁸⁹ AGS, PTR, leg. 11, doc. 70. Transcrita por FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, *op. cit.*, doc. CXLII, pp. 536-538.

¹¹⁹⁰ Han analizado estas bulas y la misión de Veneris NIETO SORIA, *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 89 y p. 280; “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, pp. 223-224; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, pp. 57-63; y AZCONA, T. de, *Isabel la Católica*, *op. cit.*, pp. 118-120.

cabo cualquier proyecto político en aquel reino, Paulo II autorizó a Veneris para otorgar dispensa de edad y nacimiento a Rodrigo Téllez Girón, hijo del fallecido maestre de Calatrava Pedro Girón y sobrino, por tanto, del marqués de Villena, para que pudiera obtener en encomienda, primero, y en título, después, el maestrazgo de Calatrava que hasta su muerte había ostentado su padre, siempre y cuando, y aquí se encuentra el móvil de esta concesión, colaborase con Veneris para lograr la paz en Castilla en los términos planteados por el pontífice. Aquellas dispensas solo habrían de concederse cuando la paz hubiese sido definitivamente alcanzada¹¹⁹¹. No es necesario insistir en la importancia de esta oferta para el marqués de Villena, pues a pesar de que desde la muerte de Pedro Girón había logrado mantener un control *de facto* sobre la Orden, existían voces contrarias al nombramiento de su sobrino como nuevo maestre que, sin duda, serían silenciadas y deslegitimadas ante el reconocimiento pontificio¹¹⁹².

Del mismo modo, y como medio de atraer a la paz con los rebeldes a los más fieles miembros del partido enriqueño, el 25 de mayo de 1467 Paulo II autorizó al obispo de León a conceder en encomienda a Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, el monasterio de Sahagún, aunque ello era con la condición de que este prelado accediera también a colaborar en favor de su misión¹¹⁹³. La existencia misma de este ofrecimiento corrobora el grado de influencia política que incluso en Roma se reconocía al obispo Mendoza en aquellos momentos en Castilla. Este documento se combinaba con otro del 11 de mayo de 1467, por el cual Paulo II se comprometía a otorgar al propio Veneris la encomienda del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, en la diócesis de Sigüenza, si se producía la entrega de aquella otra encomienda en favor de Mendoza¹¹⁹⁴. Sin duda, se trataba de una recompensa con la que el papa pretendía alentar al legado a esforzarse en su misión.

Se trataban, como vemos, de unos amplios poderes que en el contexto de la mediación que habría de llevar a cabo Veneris podrían servirle para decantar en su favor a algunos de los magnates y eclesiásticos que contaban con mayor influencia política en el reino en aquellos momentos: el marqués de Villena, tío de Rodrigo Téllez Girón, y el

¹¹⁹¹ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 19, pp. 39-40; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, op. cit., doc. 6, p. 28.

¹¹⁹² Sobre la obtención del maestrazgo de Calatrava por don Rodrigo Téllez Girón y el interés del marqués de Villena en ello, es esencial CIUDAD RUIZ, M., “El maestrazgo de don Rodrigo Téllez...”, op. cit., pp. 321-325.

¹¹⁹³ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 20, p. 40; y NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, op. cit., p. 223, nota al pie 233.

¹¹⁹⁴ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 18, pp. 38-39.

clan de los Mendoza, representado por el obispo de Calahorra. Si el prelado lograba el respaldo de ambos a los objetivos y planteamientos del pontífice, sin duda el conflicto habría de resolverse tal y como Paulo II deseaba. Consideramos bastante probable que Veneris acudiera también con ofertas similares a otros de los principales prelados y caballeros del reino, especialmente a los que respaldaban a don Alfonso, debido a la necesidad de compensarles por tener que reconocer de nuevo a Enrique IV como rey.

Con estos amplios poderes, el legado llegó a Castilla en uno de los momentos de mayor tensión entre los bandos, en concreto, en los días previos a que tuviera lugar la batalla de Olmedo del 20 de agosto de 1467. Nada más llegar al reino, el obispo y legado procuró dejar claro cuál era el objetivo de su misión: el 19 de agosto de 1467, un día antes de la batalla, solicitó a los miembros del cabildo catedralicio de la alfonsina ciudad de Burgos que realizaran una procesión solemne para rogar por la paz del reino, lo cual sus miembros aceptaron¹¹⁹⁵.

El cronista Enríquez del Castillo es quien nos informa con mayor detalle de la recepción del legado en la corte enriqueña, que se encontraba en Medina del Campo después de la batalla de Olmedo, a finales de agosto de 1467. Tras un solemne recibimiento¹¹⁹⁶, el legado pronunció un discurso mediante el cual explicó la postura pontificia ante el conflicto castellano y la manera en la que desde Roma se deseaba que fuera solventado. Así, al tiempo que calificaba el acto de deposición cometido por los rebeldes como “exorbitante” y denunciaba que fue realizado “con poco temor de Dios”, indicó al monarca que no debía procurar la solución a la contienda a través del sometimiento de sus rivales. Al contrario, le instó a no tomar represalias contra sus detractores, sino a ser clemente y perdonarles en el caso de que se sometieran de nuevo a su obediencia tras su mediación. Por tanto, el papa se posicionaba al lado del rey, quien habría de ser reconocido como monarca único en el reino, aunque no deseaba que a ello se llegara a través del enfrentamiento, sino de unas negociaciones de paz, encabezadas por su legado, en las que el monarca habría de mostrarse generoso y

¹¹⁹⁵ ACB, Registro de Actas 18, fol. 48v.

¹¹⁹⁶ “Aqueste nunçio se llamava Antonio de Veneris, que hera obispo de León, el qual como llegó allí a Medina, mandó que le fuese hecho aquel solepne rresçibimiento y onrra que a semejante nunçio pertenesçia, y ansy rresçebido por los perlados y capellanes del rey con la clerezia en proçesion hasta la yglesia; él luego, desde allí, se fue al palacio rreal, donde el rrey lo rresçibió con mucha graçiosydad”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 282-283. El recibimiento también es recogido por PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 428.

clemente con sus rivales¹¹⁹⁷. En su respuesta a este discurso, don Enrique mostró su escepticismo ante la idea de que los rebeldes quisieran volver a su lado si perdonaba sus agravios, pero aceptó lo por el legado y el papa propuesto y se ofreció a recibir a sus detractores de nuevo en su obediencia y “hazelles merçedes y acreçentar sus estados” en el caso de que cesaran en su rebeldía¹¹⁹⁸.

En apariencia, el obispo de León había alcanzado de forma rápida el cumplimiento de la mitad de su misión, al convencer a una de las partes de la necesidad del desarrollo su mediación en los términos propuestos por el papa. Sin embargo, y como muy acertadamente señaló Nieto Soria, la actuación de Veneris no era percibida por nadie como un verdadero arbitraje. Su misión era reinstaurar a Enrique IV en el trono, lo cual difícilmente podía ser aceptado en aquella tensa coyuntura del verano de 1467 por unos alfonsinos que, además, no debían haber olvidado que el obispo de León era de uno de los embajadores del rey encargados de condenar sus actos en Roma, razón por la que no podrían ver en él a un mediador neutral. Por ello, y como señalan los propios cronistas¹¹⁹⁹, tras la aceptación sin condiciones por parte del rey Enrique de la propuesta de mediación del legado, se encontraba realmente el deseo regio de que, una vez intentada esta y rechazada por sus rivales, aquel utilizara los amplios poderes de los que le había provisto el papa para forzarles a someterse a su obediencia¹²⁰⁰. Nos consta documentalmente que así lo concibieron también los propios partidarios del rey. Es especialmente significativo en este sentido el contenido de una protesta dirigida al legado por Martín Fernández de Vilches, obispo de Ávila y uno de los más fieles y antiguos servidores del rey Enrique, el 29 de octubre de 1468, surgida de la suspensión por parte del obispo de León en tanto que legado papal de un entredicho que había lanzado sobre la ciudad de Ávila. El obispo, notoriamente molesto por su intervención, le recriminaba lo siguiente:

“Paresçería más santo, justo e honesto quel dicho nunçio e legado pusiese entredicho en todas las otras çibdades que se reuelaron contra el rey nuestro sennor fasta que fuese en ellas

¹¹⁹⁷ Así resume el sentido de la legación NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, p. 224.

¹¹⁹⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 282-284.

¹¹⁹⁹ “[...] el rey le llevo a su palacio, donde le trato con mucha graciosidad todo con vana esperança que tenia, que por censuras eclesiasticas puestas con el por autoridad del Sancto Padre traia, compeleria a los cavalleros que siguian al rey don Alonso y que diesen a el la obidiencia”. GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 305. Lo mismo indica *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 217.

¹²⁰⁰ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, p. 225.

restituydo, pues que para esto vino e a esto se estiende su poder, que non quererse entrometer en el dicho entredicho, que lo non pudo alçar nin suspender, antes pues, que es notoriamente justo, lo deuría fauoresçer”¹²⁰¹.

No se equivocaban los cronistas, por tanto, al afirmar que los enriqueños aspiraban a que el legado acabara aplicando sus poderes contra los rebeldes para alcanzar su sometimiento, no siendo una mediación, por tanto, lo que desde el bando de Enrique IV esperaban de su actuación. Muy probablemente en este planteamiento hayamos de encontrar la razón de que el obispo Mendoza, a quien el monarca había entregado en junio y agosto de 1467 poder absoluto para supervisar cualquier negociación con sus rebeldes, no se alejara descontento del rey al aceptar la mediación de Veneris, pues muy probablemente estaría de acuerdo con el objetivo realmente perseguido por el rey¹²⁰².

Teniendo todo lo expuesto en cuenta, se comprende mejor el estrepitoso fracaso del obispo de León al tratar de conseguir que los rebeldes accedieran a su mediación. Tras sus vistas con Enrique IV en Medina del Campo, el legado:

“mandó publicar sus cartas patentes, por las quales mandava así a los cavalleros de la parte del rrey como a los çismáticos, que estavan en Olmedo, so pena de descomuniõn papal que todos dipusyesen las armas, y depuestas, les ponía yndiçias y treguas por vn año, para que entre tanto se diese medio de paz y concordia y los rrebeldes tornasen a la obediencia de su rrey”¹²⁰³.

Tras ello escribió una carta a Juan Pacheco, maestre de Santiago, solicitándole que se reuniera con él en el monasterio de Mejorada, cercano a Olmedo. El maestre acudió acompañado por Íñigo Manrique, obispo de Coria y los condes de Paredes y Luna. Aquellos rechazaron los planteamientos del legado¹²⁰⁴, pero aceptaron acudir a una nueva entrevista con aquel en Montejo de la Vega el 13 de septiembre de 1467, junto a una más amplia representación del partido rebelde. Allí acudieron el legado, los arzobispos de Toledo y de Sevilla, circunstancialmente aliado con el bando rebelde, el maestre de Santiago, los condes de Paredes y Luna, Alfonso Enríquez, primogénito del

¹²⁰¹ AHN, Clero, leg. 372.

¹²⁰² Diferimos así de la interpretación de SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón...”, *op. cit.*, p. 279, quien consideró que al aceptar la mediación pontificia tras la victoria de Olmedo Enrique IV “maltrataba los frutos de la victoria abandonando su posición victoriosa”.

¹²⁰³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 284.

¹²⁰⁴ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, *op. cit.*, p. 58 habla de una “manifiesta falta de tacto diplomático” por parte de Veneris al no tratar de ocultar que su misión no tenía otro objetivo que someterles de nuevo a la obediencia a Enrique IV.

almirante don Fadrique, y otros nobles de su parcialidad¹²⁰⁵. Veneris no logró su objetivo: todos los cronistas coinciden en la falta de acuerdo, en la fuerte tensión que se produjo, en el rechazo al legado y sus propuestas y en que incluso se llegaron a producir escenas de violencia contra el representante papal que le obligaron a salir huyendo, no siendo acatadas ni sus peticiones ni las censuras con las que amenazó a los presentes¹²⁰⁶.

A partir de este momento, quedó claro que la solución al conflicto no pasaba por la mediación pontificia a través del obispo de León¹²⁰⁷, a pesar incluso de que tras lo ocurrido en Montejo de la Vega, y según Enríquez del Castillo, el pontífice mando dos breves en Castilla en consuelo de Enrique IV y condena de la acción de los rebeldes¹²⁰⁸. Nos consta que el legado estuvo presente en las negociaciones entre los bandos que tuvieron lugar en adelante, pero no parece que su intervención fuera determinante en ningún caso. Así, todos los cronistas señalan cómo para las negociaciones entre Enrique IV y los rebeldes tras la pérdida de Segovia, Veneris se estableció en el monasterio de Santa María del Parral de Segovia para intervenir en las mismas¹²⁰⁹, pero en ninguno de los documentos conservados de dichas negociaciones se menciona una intervención del legado¹²¹⁰. También nos consta que el legado estaba presente en Béjar¹²¹¹, cuando a comienzos de 1468 se realizaban allí negociaciones entre los rebeldes y los nuevos miembros del Consejo de Enrique IV, pero tampoco consta su intervención. Su presencia ni siquiera es mencionada en las crónicas.

Hasta septiembre de 1468 el legado no volvería a adquirir un papel relevante en la resolución del conflicto castellano, aunque su intervención de cara al decisivo acuerdo de los Toros de Guisando, por el que se aceptó la restitución de la obediencia a Enrique IV y el nombramiento de la princesa Isabel como princesa heredera del reino, no fue negociadora o mediadora. El 19 de septiembre de 1468, el legado, como explica

¹²⁰⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 428-429.

¹²⁰⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 284-285; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-218; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 306.

¹²⁰⁷ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, op. cit., pp. 225-226.

¹²⁰⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 294-295; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 319-320.

¹²⁰⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 455; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 311.

¹²¹⁰ AZCONA, T. de, *Juana de Castilla*, op. cit., Apéndice documental, doc. 14, pp. 356-362; y SÁINZ RIPA, E. y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana del siglo XV*, op. cit., doc. 78, pp. 285-287.

¹²¹¹ Documentalmente, está comprobada su presencia allí el 23 de febrero de 1468. RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, op. cit., p. 361.

Nieto Soria, se convirtió “en la referencia fundamental de legitimidad en todo el desarrollo del acto”, siendo él el encargado de recibir el juramento regio al acuerdo y de desvincular, en base a los poderes otorgados para su legación, de cualquier juramento o compromiso previo de los asistentes que resultara contrario a lo que entonces se establecía. De esta forma, podía entenderse que había concluido la principal misión que le había llevado a Castilla¹²¹².

¹²¹² NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis...*, *op. cit.*, p. 90; y NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla...”, *op. cit.*, pp. 226-227.

VII – Actuaciones de carácter militar

La implicación de los obispos y del resto del clero en la guerra fue una constante durante el medievo. A pesar de que en multitud de sínodos y concilios fue reiterada la prohibición para los eclesiásticos de empuñar las armas e intervenir en las guerras y de que distintos canonistas y juristas llegaron a considerar como injustas aquellas guerras en las que se implicaban los miembros del clero¹²¹³, las fuentes y los estudios realizados sobre este particular nos muestran una realidad muy distinta. Ya García Fitz, al analizar la evolución medieval de la doctrina sobre la posibilidad y las formas en las que los hombres de religión podían intervenir en la guerra, señaló que las condenas a tal intervención chocaban “frontalmente con la realidad contemporánea, en la que los obispos y otras autoridades eclesiásticas, incluyendo al propio papa, reclutaban huestes, encabezaban ejércitos y participaban directamente en las operaciones militares”¹²¹⁴.

Los clérigos¹²¹⁵, y muy especialmente los miembros del episcopado¹²¹⁶, realizaron durante la Edad Media un amplio abanico de tareas relacionadas con la guerra, que fueron desde su participación personal en las contiendas al frente de sus propias mesnadas hasta la predicación desde los púlpitos en favor de distintas campañas militares, pasando por la colaboración en la recaudación de los fondos necesarios para el

¹²¹³ Sobre esta cuestión han tratado diversos autores: ARRANZ GUZMÁN, A., “Justificación ideológica y participación armada del episcopado...”, *op. cit.*, pp. 313-334, en especial el primer apartado, titulado “En torno a la colaboración armada del clero: legalidad y justificación social”. También son relevantes las reflexiones de MINOIS, G., *L'Eglise et la guerre*, *op. cit.*, pp. 195-198 y SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *Guerra y guerreros en España*, *op. cit.*, pp. 65-70 en torno a las posturas tomadas por la Iglesia a lo largo de la Edad Media sobre la participación del clero en los hechos de armas y las formas en las que se negaba o permitía cierta forma de intervención del clero en aquellos. Un ejemplo de la época que nos ocupa es el de fray Hernando de Talavera, quien señalaba que pecaba el clérigo que se implicase en una pelea, aunque fuese justa, salvo si lo hacía en su propia defensa, citado por ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, *op. cit.*, pp. 477-478.

¹²¹⁴ El fragmento en GARCÍA FITZ, F., *La Edad Media. Guerra e ideología*, *op. cit.*, p. 69. En pp. 67-71 su estudio sobre la evolución de tal doctrina, aunque a lo largo de esta obra aparecen otras muchas referencias de interés sobre esta cuestión, como en pp. 116-117. A pesar del reiterado incumplimiento de estas disposiciones, aún a mediados del siglo XV encontramos distintos autores continuando oponiéndose a que el clero acudiese a la guerra. Véase SOTO RÁBANOS, J. M., “Consideraciones jurídico-morales sobre la guerra...”, *op. cit.*,

¹²¹⁵ Sobre el clero regular, son de especial interés las reflexiones y casos recogidos por PRIETO SAYAGUÉS, J. A., “La clerecía regular ante los conflictos internos...”, *op. cit.*

¹²¹⁶ Una aproximación bibliográfica a los últimos estudios sobre la intervención militar del episcopado durante la Edad Media en CURTO ADRADOS, I., “Fuentes documentales y bibliográficas...”, *op. cit.*, en especial, pp. 74-75. Para el caso aragonés destacan los recientes estudios de DORRONZO RAMÍREZ, P., “El episcopado ‘batallador’ en tiempos de Alfonso I...”, *op. cit.*

desarrollo de tales campañas y por la justificación doctrinal de aquellas guerras emprendidas por los poderes laicos que los amparaban¹²¹⁷.

No cabe duda de que el reino de Castilla y León es una de las regiones de la Europa medieval que mayor importancia adquiere para el análisis de la participación en la guerra de los eclesiásticos. La existencia de un fenómeno como el de la Reconquista ya de por sí convierte a este reino en un espacio privilegiado para el análisis de dichas intervenciones militares del clero, en este caso dirigidas contra el “otro” religioso, frente al cual la actuación militar de los eclesiásticos, aparte de ser considerable, no estaba tan mal vista¹²¹⁸. Asimismo, las frecuentes guerras de Castilla con los reinos cristianos vecinos fueron ocasiones propicias para que distintos miembros del episcopado colaborasen con los monarcas en la defensa o en los intentos de expansión del reino. Esto último a pesar del rechazo existente a que los miembros del clero participasen en guerras contra cristianos¹²¹⁹.

Pero, y como ya algunos autores se han ocupado de destacar, las intervenciones de carácter militar del episcopado castellano no se limitaron a la guerra contra el enemigo religioso o exterior. Que desde mediados del siglo XIV hasta las últimas décadas del XV la actividad militar de Castilla se enfocara más en las luchas internas que en las externas, provocó que durante estos años predominasen las intervenciones militares del clero dentro del propio reino. Las continuas guerras civiles que sacudieron Castilla durante la baja Edad Media fomentaron una intensa participación militar de aquellos prelados que más cerca se encontraban del monarca o de aquellas facciones que trataron de mediatizar el poder regio durante aquellas crisis. Óscar Villarroel González ha analizado en profundidad la intervención militar del clero en su conjunto

¹²¹⁷ Muestras de este tipo de intervenciones pueden ser observadas en los diversos estudios que serán citados en las notas siguientes. Un estudio de caso sobre la última década del reinado de Alfonso XI de Castilla en ARRANZ GUZMÁN, A., “Cuando el clérigo va a la guerra...”, *op. cit.* Esencial es también el estudio de esta autora sobre la intervención del episcopado en las Cortes castellanas en apoyo de la recaudación de aquellos fondos para las campañas militares de los monarcas: ARRANZ GUZMÁN, A., “El episcopado y la guerra contra el infiel...”, *op. cit.* El papel de los religiosos en la justificación de las guerras como justas o injustas fue destacado por GARCÍA FITZ, F., *La Edad Media. Guerra e ideología*, *op. cit.*, pp. 40-41 y p. 83.

¹²¹⁸ En este campo destacan los trabajos de AYALA MARTÍNEZ, C., de, “Alfonso VII y la cruzada...”, *op. cit.*; “Obispos, Guerra Santa y Cruzada...”, *op. cit.*; y “Los obispos leoneses y las guerras santas...”, *op. cit.*, entre otros trabajos de este autor referidos a las campañas reconquistadoras de los reyes de Castilla y León.

¹²¹⁹ ARRANZ GUZMÁN, A., “Cuando el clérigo va a la guerra...”, *op. cit.*, pp. 277-278; y ARRANZ GUZMÁN, A., “Justificación ideológica y participación armada del episcopado...”, *op. cit.*, pp. 313 y ss.

en los conflictos internos que tuvieron lugar durante el reinado de Juan II de Castilla¹²²⁰, análisis que adquiere especial importancia para nuestro estudio sobre la guerra civil de 1465-1468 no solo por la continuidad de problemas subyacentes entre una y otra etapa, sino también por el protagonismo militar que adquirieron en ambos períodos algunos prelados concretos –don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, o fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca–, lo que ya nos sitúa ante la existencia de un perfil de obispo que, sin importar la coyuntura, estaba más inclinado que otros a implicarse de forma activa en los asuntos militares.

Ante la amplia casuística observada, hemos decidido dividir dichas actividades en tres tipos principales, con el fin de clarificar la exposición: la participación en los enfrentamientos armados; la defensa y guarda de villas, urbes y regiones para los bandos por los que estos prelados se decantaron; y las labores de escolta. Advertimos que, dado el carácter de este trabajo, centrado en lo que afecta a la política general del reino, nos centraremos en acontecimientos militares relacionados con el curso general de la guerra, dejando para futuros estudios aquellas actuaciones de carácter militar referidas a ámbitos locales, como pudieran ser las luchas de bandos urbanas, agravadas por el conflicto general del reino y en las que numerosos eclesiásticos alcanzaron un protagonismo destacado¹²²¹, o aquellas actuaciones militares derivadas de los conflictos que determinados prelados mantuvieron con la nobleza de sus obispados como consecuencia de la actuación de los mismos contra los bienes y derechos dependientes de sus mitras en este periodo¹²²².

1) Los enfrentamientos armados

¹²²⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, pp. 237-241.

¹²²¹ Véase DÍAZ IBÁÑEZ, “Los eclesiásticos castellanos en los enfrentamientos urbanos...”, *op. cit.*, pp. 141-162.

¹²²² Quizás el caso más relevante en este sentido sea el del arzobispo de Santiago Alfonso de Fonseca y Acevedo, enfrentado con la práctica totalidad de la nobleza de su arzobispado por las apetencias de esta sobre el amplio patrimonio de su sede, razón por la que desde marzo de 1465 y hasta comienzos de 1467 permaneció sometido a prisión por aquellos. Véase VÁZQUEZ BERTOMEU, M., “El arzobispo don Alonso II de Fonseca...”, *op. cit.*; y CARRASCO Y CIFUENTES, L., “La venganza: raíz de la conflictividad...”, *op. cit.*

En el conflicto civil que analizamos, nos encontramos con la particularidad de que no solo es documentable una destacada participación de diversos miembros del episcopado en las luchas armadas que tuvieron lugar durante su curso, sino también el que algunos de ellos fueron los principales valedores de que tan solo por medio del sometimiento militar del contrario, la contienda civil podría ser resuelta, negándose determinados obispos a cualquier tipo de negociación o acuerdo entre los bandos en pugna. Así, en una reunión del Consejo de Enrique IV que tuvo lugar en Valladolid el 14 de octubre de 1464, en la que habría de decidirse cómo el rey tendría que proceder ante la rebelión nobiliaria ya declarada, el obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos defendió la ineludible necesidad de recurrir a las armas frente a ellos para acabar con dicha revuelta, posición a la que se sumaron, a pesar de la entonces negativa regia, otros de los consejeros del rey, entre ellos, Beltrán de la Cueva y Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra¹²²³. Es interesante constatar que el prelado conquense, siempre leal al soberano, participó muy activamente en los enfrentamientos que mantuvo Juan II de Castilla con la nobleza y los infantes de Aragón durante su reinado¹²²⁴, siendo consciente de lo perjudicial que para el monarca habría de resultar el que la facción rebelde continuara actuando e incrementando su poder. No se equivocaba, pues nueve meses después, aquellos a los que el rey no quiso someter desoyendo su consejo, le depondrían.

Por su parte, tras la Farsa de Ávila, Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, fue, junto a Rodrigo Manrique, conde de Paredes, quien más defendió la necesidad de marchar con sus ejércitos inmediatamente a donde quiera que se encontraran Enrique IV y sus partidarios para someterles, pues, decían, para la verdadera “exaltación” de Alfonso como rey, “se requería una victoria verdadera”¹²²⁵. El mitrado toledano fue especialmente proclive durante todo el conflicto civil a alcanzar una solución militar al mismo, rechazando que las negociaciones que promovían algunos de sus compañeros de

¹²²³ Así, tomada la palabra, el obispo de Cuenca “dixo que su voto era que su altesa no viniese con ellos a partido alguno, salvo en todo caso dalles la batalla”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 223-224. Véase también PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV*, op. cit., p. 165; y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., “Los Trastámaras de Castilla y Aragón...”, op. cit., p. 259.

¹²²⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 239; y MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit.

¹²²⁵ Todos los cronistas recogen esta opinión del arzobispo: PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 340-341; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 166-167; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 246; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 104. Los fragmentos pertenecen al primero.

partido pudieran servir realmente para dar solución a la contienda. Es especialmente significativo en este sentido el contenido de la carta que, tras la batalla de Olmedo del 20 de agosto de 1467, dirigió el mitrado toledano al duque de Medina Sidonia para explicarle el desarrollo de la batalla y la victoria que decía haber obtenido su bando en ella. En esta carta, Carrillo le indicaba al duque que su intención entonces era “mouer con el rey [Alfonso], nuestro sennor, para ellos”, es decir, contra Enrique IV y sus partidarios, “e morir o acabar este fecho”, por cuanto “sy acabamos de bençer, en toda Castilla vençemos”¹²²⁶. Este convencimiento de algunos de los prelados más relevantes del reino de que solo una solución militar serviría para acabar con el conflicto, tendría su reflejo en la destacada participación que en hechos de armas tendrían un relevante número de ellos durante la contienda.

Ya antes de que tuviera lugar la deposición de Ávila, encontramos a determinados obispos realizando actuaciones militares de diverso tipo. Las crónicas relatan cómo, en el contexto de las Cortes de Salamanca, y poco antes la deposición de Enrique IV, las tropas de este monarca trataron de tomar la villa de Arévalo, bajo el control de los rebeldes al rey y cuya defensa había sido encomendada a Luis de Acuña, obispo de Burgos y al adelantado mayor de León don Juan de Padilla. Ambos no solo consiguieron defender la villa, sino que, además, atacaron y derrotaron a las tropas apostadas por Enrique IV en la cercana aldea de Tornadizos, a las cuales despojaron de sus caballos y armas¹²²⁷. Por su parte, el obispo de Jaén Alfonso de Acuña, fue sometido a un duro cerco en su castillo episcopal de Begíjar por parte de Pedro Girón, maestre de Calatrava, como consecuencia de su negativa que mostró entonces a unirse a la causa rebelde contra Enrique IV. Según explicaba Enrique IV en una merced que en compensación por ello concedió al obispo el 6 de febrero de 1466, el prelado resistió el cerco “por más tiempo de treinta días”, pero finalmente fue derrotado. El maestre le robó entonces los bienes que allí tenía¹²²⁸, y, por un escrito del propio prelado, sabemos que hubo de firmar “çiertos capítulos” con aquel en seguridad de los cuales hubo de

¹²²⁶ AMJF, Actas de 1467, fols. 94r-95r.

¹²²⁷ Describen este enfrentamiento PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 301; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 154.

¹²²⁸ RAH, leg. 9/6483, fols. 218v-219v. Editado en CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., pp. 272-274.

entregar a su “parienta”, Leonor de Acuña, como rehén. Esta permaneció bajo el control del maestre y sus parientes durante algo más de cuatro años¹²²⁹.

Una vez depuesto Enrique IV en Ávila, las crónicas señalan que el marqués de Santillana Diego Hurtado de Mendoza y sus hermanos, entre ellos, Pedro González de Mendoza, obispo calagurritano, fueron quienes más tropas proporcionaron al ejército enriqueño, variando la cantidad según el cronista¹²³⁰. Preparados para marchar a Simancas para levantar el cerco que los rebeldes habían puesto sobre aquella villa, el rey ordenaría que “donde el pendón e las vanderas del rrey yvan desplegadas, fuese capitán el obispo de Calahorra”¹²³¹. Cumplieron su misión y el cerco de Simancas fue retirado¹²³², tras lo cual el ejército de Enrique IV, con el obispo Mendoza como capitán de uno de sus escuadrones, marchó sobre Valladolid, refugio de los rebeldes, para sitiarnos, lo que ocupó el resto del verano hasta el inicio de las primeras negociaciones entre el monarca y sus opositores¹²³³.

El mismo rey Enrique solicitó este servicio militar a los obispos en ocasiones. En concreto, el 4 de junio de 1465, ya antes de la Farsa de Ávila, el rey comunicaba por medio de una carta a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia, que había ordenado a Ruy Díaz de Mendoza, su vasallo, que reuniera al mayor número de gente posible. El monarca le ordenaba que hiciera lo mismo y se uniera con sus tropa a aquel para “faser guerra a las villas e lugares que en esas partes tyenen los caualleros que están en mi deseruiçio”. El rey encomendaba al prelado intentar apoderarse de los señoríos de aquellos o, al menos, hacerles “todo danno que pudierdes”¹²³⁴. Sin duda en parte como respuesta a esta orden, don Gutierre ordenó a los caballeros en el alcázar de la ciudad de Palencia, señorío de su mitra, que actuaran contra la propia urbe, por cuanto esta, aprovechando los disturbios del reino, se había declarado por el infante-rey y alzado en contra de su obispo y señor. Por estos actos desde el alcázar y otras razones, don Sancho de Castilla, hijo del anterior obispo de Palencia, alfonsino y cabecilla de la rebelión palentina contra el prelado, solicitó el derribo de dicho alcázar el 10 de julio de

¹²²⁹ El 11 de noviembre de 1469, y en compensación por los padecimientos sufridos, el obispo le otorgaba una generosa dote. AHNOB, Baena, C. 68, doc. 5.

¹²³⁰ El fragmento es de PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, pp. 343-344. Véase también *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 169; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 106.

¹²³¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 244.

¹²³² GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 249.

¹²³³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 245 y p. 247.

¹²³⁴ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 75.

1465¹²³⁵, el cual se produjo pocos días después, iniciándose con ello un periodo de graves enfrentamientos entre el prelado enriqueño y la urbe alfonsina liderada por Sancho de Castilla¹²³⁶, quien contó con el respaldo de los rebeldes al rey para combatir al prelado palentino¹²³⁷.

Probablemente el monarca dictara órdenes similares para otros prelados de su parcialidad¹²³⁸, como Pedro de Solier, obispo de Córdoba, pues se conserva una carta del rey del 17 de julio de 1465, desde Toro, en la que Enrique IV, en respuesta a una carta de aquel perdida, le agradecía “el buen celo y deseo que tenedes de me servir y los trauijos que por la guarda e defensa desta tierra [de Córdoba] tomades”, solicitándole que continuase en su propósito de servirle contra sus rebeldes¹²³⁹.

El nombre de Alfonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, no debería tardar en aparecer en cualquier estudio sobre la participación militar del clero durante la Edad Media. Este aspecto de su actividad no pasó desapercibido por sus contemporáneos: ya Fernando de Pulgar en sus *Claros varones de Castilla* describió al arzobispo como un “ombre belicoso”, “grand trabajador en las cosas de la guerra”, al que le placía “tener continuamente gentes de armas y andar en guerras e juntamientos de gentes”¹²⁴⁰; y su fiel servidor, Gómez Manrique, le dedicó estrofas en las que se refería al prelado como “espejo de los perlados,/ la flor de los caualleros”¹²⁴¹. No por nada Pero Guillén de Segovia, miembro del círculo literario del arzobispo¹²⁴², le dedicó una obra conocida como los “Hechos del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo”¹²⁴³, en la que, siguiendo las palabras de Fernández Gallardo, se mostraba que la verdadera vocación

¹²³⁵ El 10 de julio de 1465 don Sancho de Castilla presentó ante el concejo de Palencia los poderes y órdenes que de don Alfonso traía para derribar el alcázar, este personaje denunciaba “que bien sabían todos los males e dapños e muertes e robos e fuerças que la gente del obispo auia fecho e façia de cada día del alcázar de la dicha çibdat”. RODRÍGUEZ SALCEDO, S., “El reinado del primer Alfonso XII...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 3, pp. 75-76.

¹²³⁶ Un análisis de estos enfrentamientos en ESTEBAN RECIO, M. A. S., “La conflictividad social en Palencia...”, *op. cit.*, pp. 481-483.

¹²³⁷ El 3 de noviembre de 1466 el infante-rey Alfonso le otorgó 74.385 maravedíes para que tuviera cierta gente en guarda y defensión de la ciudad de Palencia y de la casa de Villamuriel, que había usurpado también al prelado. AGS, EMR, MyP, leg. 6, fol. 53.

¹²³⁸ En realidad, fueron dictadas de forma general a todo el reino: el 16 de junio de 1465, y aparte de condenar los actos cometidos por el arzobispo Carrillo, el marqués de Villena y sus aliados, el rey ofrecía la hidalguía a cualquier que acudiera a servirle en esta necesidad. ADA, C. 262, n. 1-32.

¹²³⁹ AHNOB, Luque, C. 77, doc. 5.

¹²⁴⁰ Por ello este autor decía que “era desamado de muchos por ser belicoso, seyendo obligado a religión”. PULGAR, F. de, *Claros varones*, *op. cit.*, pp. 180-181.

¹²⁴¹ MANRIQUE, Gómez, *Cancionero*, *op. cit.*, p. 310.

¹²⁴² Véase MORENO HERNÁNDEZ, C., “Pero Guillén de Segovia...”, *op. cit.*, pp. 17-49.

¹²⁴³ Editada por TUULIO, O. J. y CASAS HOMES, J. M., *La Gaya Ciencia*, *op. cit.* Analizado por BENITO RUANO, E., “Los *Hechos* del arzobispo de Toledo...”, *op. cit.*, pp. 515-530.

del prelado era el ejercicio de las armas, pues en ella “aparece caracterizado como guerrero antes que como eclesiástico”. En ella se relatan los principales hechos de armas del prelado sin prestar prácticamente atención por parte de aquel de sus obligaciones eclesiásticas¹²⁴⁴. Y es que creemos poder afirmar que Carrillo fue el prelado de todo el siglo XV que mejor se adapta a la definición de lo que Ana Arranz Guzmán ha definido como un obispo guerrero o “peleador”: “un eclesiástico volcado en las armas hasta el punto de abandonar totalmente sus obligaciones litúrgicas y pastorales, o relegándolas a un plano muy secundario, a la vez que un hombre experto en materia bélica”¹²⁴⁵.

Durante la guerra civil que nos ocupa, Alfonso Carrillo se ganó buena parte de su fama como prelado guerrero¹²⁴⁶, ya que, a causa de su posición como uno de los principales líderes del bando alfonsino, desarrolló una actividad militar muy amplia y en múltiples frentes, como continuaría haciéndolo hasta que finalmente fuera sometido por los Reyes Católicos durante la guerra de Sucesión¹²⁴⁷. Como ya señaló Tarsicio de Azcona, Alfonso Carrillo pudo destacar en el ámbito político-militar gracias al “enorme poderío temporal que la ostentación del cargo de arzobispo de Toledo ponía a su disposición”¹²⁴⁸.

El anteriormente expuesto criterio del arzobispo de someter a los enriqueños por la fuerza tras la Farsa de Ávila, fue parcialmente aplicado, y a comienzos de julio de 1465 el mitrado y otros rebeldes pusieron cerco sobre la villa enriqueña de Simancas. Mientras que aquel cerco duraba, el arzobispo acudió personalmente con sus soldados a Peñaflor de Hornija, defendida por enriqueños. “Los hombres de armas” de Carrillo, “excitados por el ejemplo de su caudillo el arzobispo”¹²⁴⁹ lograron tomar aquella tras un breve enfrentamiento¹²⁵⁰. Tras ello el prelado regresó al cerco de Simancas, el cual no

¹²⁴⁴ FERNÁNDEZ GALLARDO, L. “La biografía como memoria estamental...”, *op. cit.*, pp. 449-450.

¹²⁴⁵ ARRANZ GUZMÁN, A., “Cuando el clérigo va a la guerra...”, *op. cit.*, pp. 307-308.

¹²⁴⁶ Ya MESEGUER FERNÁNDEZ, J., “El arzobispo Carrillo y el cardenal Cisneros...”, *op. cit.*, p. 169 le definió como “el prototipo del obispo medieval político y guerrero, que se ajustaba con más gusto la cota militar que vestía la sobrepelliz clerical”.

¹²⁴⁷ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, *op. cit.*,

¹²⁴⁸ AZCONA, T. de, *La elección y reforma del episcopado*, *op. cit.*, p. 55. En pp. 38-42 una magnífica síntesis los lugares, villas y fortalezas pertenecientes al señorío temporal del arzobispo de Toledo.

¹²⁴⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensis*, *op. cit.*, vol. II, pp. 342-343.

¹²⁵⁰ Así resume este enfrentamiento Pero Guillén de Segovia en sus “Hechos del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo”: “Notese aquí tambien conjunto a esto, la entrada y vençimiento de Peñaflor, villa tenedera por largo tiempo a gran numero de gente, la qual vuestra señoria en breue y pequeño espacio, dandole conbate por todas partes, con sola la vista de vuestras vitoriosas yanderas y gente avillada desmayando los tenedores de aquella. Fue entrada por fuerça quedando sojecta a vuestra señoria”. TUULIO, O J. y CASAS HOMS, J. M., *La Gaya Ciencia*, *op. cit.*, p. 14. El apologista del prelado nada

iba tan bien como se esperaba. Tras reconocer su fracaso en el intento de tomar la villa y presenciar una humillante ceremonia en la que los enriqueños vejaron y quemaron una estatua del propio prelado, el cerco fue levantado¹²⁵¹. El arzobispo, sus aliados y sus tropas se refugiaron entonces en Valladolid, donde se dispusieron a resistir el cerco de las tropas enriqueñas hasta que las primeras negociaciones de la guerra resultaron en la primera de las múltiples treguas que se firmaron durante el conflicto¹²⁵².

La siguiente gran acción militar en la que participó un prelado durante este conflicto también estuvo protagonizada por el arzobispo Carrillo. Nos referimos al cerco de la ciudad de Huete. Hacia finales de 1465, Garci Méndez de Badajoz, capitán de Enrique IV, acudió con sus tropas a Huete, centro del poder en la región conquense del hermano del arzobispo de Toledo, Lope Vázquez de Acuña, con el fin de arrebatarle la ciudad. Recibida esta noticia a finales de noviembre de 1465, el arzobispo partió hacia Huete desde Ávila, donde se encontraba junto al infante-rey Alfonso, con el triple fin de mantener la ciudad al servicio de la causa rebelde, socorrer a su hermano y proteger los intereses señoriales de su linaje en aquella región¹²⁵³. Las crónicas destacan cómo el arzobispo fue convocando a sus tropas por el camino, mientras marchaba al rescate de su hermano, lo cual también nos consta gracias a las cuentas del mayordomo de Alcalá de Henares: en dichas cuentas se encuentran pagos a distintos personajes que formaron parte de los “vallesteros e lançeros que desta villa fueron a la çibdad de Huepte en seruiçio de nuestro sennor el arçobispo en el mes de nouienbre” de 1465. También el 28 de noviembre de ese año se daba noticia de que el arzobispo había ordenado a los de Alcalá que llevasen provisiones a la ciudad de Huete, y el 5 de diciembre de 1465 se pagaba el sueldo a ciertos personajes que se ocuparon de acudir a los lugares de dicha villa a “dar recabdo de los peones, vallesteros e lançeros que desta villa e de los lugares de su tierra fueron a la çibdad de Huepte”¹²⁵⁴. Las tropas del arzobispo y de Garci

dice de su fracaso en el cerco de Simancas, como ya notó BENITO RUANO, E., “Los Hechos del arzobispo de Toledo...”, *op. cit.*, p. 526.

¹²⁵¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 242-243.

¹²⁵² Pueden seguirse los hechos por ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 242-243, p. 247 y p. 249.

¹²⁵³ Sobre el control de los Acuña sobre Huete ORTEGA CERVIGÓN, J. I., “El arraigo de los linajes portugueses...”, *op. cit.*, p. 78.

¹²⁵⁴ AMAH, leg. 422, n. 1. Contamos con otras noticias aisladas del requerimiento por parte del prelado a los vasallos de su mitra de tropas para servir a la causa del infante-rey. Así, en una carta del 20 de octubre de 1465 dirigida por el arzobispo a los concejos de Cazorla, Iznatoraf, La Iruela, Villanueva del Arzobispo y Villacarrillo, todos en el Adelantamiento de Cazorla, se hablaba de una orden previa relativa a “los cavalleros e peones que para serviçio del rei, nuestro señor, e nuestro enbiamos demandar”, la cual entonces dejaba en suspenso alegando “la çercanía enemiga que tenedes con los moros”. GARCÍA

Méndez de Badajoz se enfrentaron finalmente, saliendo vencedor el prelado¹²⁵⁵. Este capitán del rey permaneció desde entonces y hasta después de la batalla de Olmedo, en agosto de 1467, preso por el arzobispo en la fortaleza arzobispal de Almonacid, siendo liberado a condición de jurar al arzobispo que no tomaría las armas contra el bando alfonsino¹²⁵⁶.

La crisis surgida en el bando rebelde por la muerte del maestre de Calatrava Pedro Girón a principios de mayo de 1466, fue otra ocasión en la que se planteó la posibilidad de que el arzobispo de Toledo hubiera de recurrir a las armas. Según una carta que el 2 de mayo de 1466 un personaje anónimo presente en la Corte alfonsina dirigió a otro que tampoco se indica¹²⁵⁷, al llegar allí la noticia de la inminente muerte del maestre, se acordó que el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo marchasen “çerca de Villarreal [Ciudad Real] do el maestre está, e, sý lo fallasen muerto, quel marqués pasase adelante”, es decir, a Andalucía, “a poner remedio en su fasienda e fortalezas”. Mientras, el arzobispo debía permanecer “allí en Villarreal” para reunir quinientas lanzas con las que “faser espaldas al marqués en eso que ouiere de faser”. Se planteaba, por tanto, que si el marqués de Villena encontrara alguna resistencia para tomar la hacienda y fortalezas en poder de su hermano¹²⁵⁸, Carrillo habría de marchar a Andalucía al frente de un ejército para apoyarle. También en relación al fallecimiento del maestre de Calatrava, el arzobispo de Toledo relevó a este a su muerte en el

GUZMÁN, M. del M., *Colección diplomática del Adelantamiento de Cazorla*, op. cit., doc. 232, pp. 314-315. Una aproximación al ejercicio de este derecho señorial por parte del arzobispo Carrillo en CASTILLO GÓMEZ, A., “Las prestaciones militares de los concejos del señorío arzobispal de Toledo...”, op. cit.

¹²⁵⁵ Una descripción completa de los hechos en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 348-350.

¹²⁵⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 356 y p. 427; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 215-216.

¹²⁵⁷ Muy probablemente el destinatario de esta carta fuera el conde de Arcos, al señalarse que debía aprovechar la marcha al sur de Carrillo y Villena para solicitarles ayuda en los hechos del duque, probablemente el duque de Medina Sidonia. Lo curioso es que esta carta, donde se critica agriamente los modos del marqués de Villena y que todo el bando alfonsino se movilizase para ayudarle al marqués mientras que al destinatario de dicho escrito no le prestaban ninguna ayuda en sus asuntos, se conserva junto a otra correspondencia privada de Juan Pacheco. La carta se encuentra en AHNOB, Villena, C. 1, doc. 1, n. 104.

¹²⁵⁸ El remitente, magníficamente informado, señala que el marqués “va muy desesperado porque Caruajales [sic, Carvajal] e quatro o çinco hermanos suyos tienen todas sus fortalezas, espeçial[mente] Caruajales [sic] el mayor todo su dinero e oro e plata e joyas e quanta fasienda tenía, el qual es casado con vna hermana del duque de Alburquerque”. En efecto, tras la muerte de Girón y su marcha a Andalucía, Pacheco apresó Diego de Carvajal, gran colaborador de Pedro Girón, que tenía el alcázar de Baeza en su nombre, y a su esposa, doña María de la Cueva, hermana de Beltrán de la Cueva. El comendador Mendoza, hermano de Carvajal, “que tenía la villa e castillo de Martos e la Peña, alcóse con todo ello, e con gran parte del thesoro e joyas quel maestre don Pedro Girón avía dexado en su poder”, según *Hechos del condestable*, op. cit., pp. 326-327.

mantenimiento del asedio de la fortaleza de Consuegra, perteneciente al enriqueño Juan de Valenzuela, prior de la Orden de San Juan, que Pedro Girón había comenzado antes de fallecer. A pesar del regreso del prior a las comarcas toledanas, el arzobispo consiguió finalmente, en torno a junio de 1466, que la guarnición de Consuegra se rindiera¹²⁵⁹. Ese verano de 1466 el prelado también participó en el inconcluso cerco alfonsino de Castromocho, donde sus tropas rechazaron tanto las salidas de los cercados como los ataques que los enriqueños lanzaban contra el cerco alfonsino desde la cercana aldea de Capillas¹²⁶⁰.

Durante esas mismas campañas del verano de 1466, Enrique IV contó con la colaboración militar de algunos obispos de su partido. Gracias a una carta dirigida por Enrique IV al concejo de Ágreda el 30 de agosto de 1466, sabemos que el obispo de Palencia y Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, junto al marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, el conde de Alba y otros magnates enriqueños no especificados, recibieron en la primavera-verano de 1466 una orden del rey para que se unieran a él en Valladolid para marchar con sus tropas en rescate del marqués de Astorga, del duque de Valencia de don Juan y de Gutierre de Quijada, quienes habían sido cercados por el alfonsino conde de Luna y otros en la villa de Valencia de don Juan. No obstante, no parece que los obispos llegaran a acudir a este cerco, pues, en esta misma carta, el rey indicaba que otros partidarios suyos levantaron dicho cerco antes de que terminara de reunir sus fuerzas en Valladolid. Probablemente ambos obispos permanecieron junto al rey las campañas regias por tierras vallisoletanas posteriores a esos hechos que se describen también en este escrito¹²⁶¹. En septiembre de 1466 alfonsinos y enriqueños, volverían a firmar una tregua, en este caso hasta finales de diciembre de 1466. De ella nos interesa que se estableció que el arzobispo de Toledo, junto al marqués de Santillana, se ocuparían de que “allende el puerto” se cumplieran los términos de dicha tregua al frente de un número indeterminado de tropas con las que habrían de castigar a los quebrantadores de la misma. Así se explicaba en una carta del

¹²⁵⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 401-402; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 190-191; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 275-276.

¹²⁶⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 405; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 194; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 280.

¹²⁶¹ La carta fue transcrita por PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda...”, op. cit., pp. 384-386.

8 de octubre de 1466 que, desde Cigales, envió el infante-rey a sus partidarios ordenándoles el cumplimiento de dicha tregua¹²⁶².

Tras la ruptura de las negociaciones entre enriqueños y alfonsinos en mayo de 1467, se reanudaron las hostilidades entre los bandos. Tras el paso de la villa de Olmedo al bando alfonsino, las crónicas señalan cómo el marqués de Villena, el conde de Benavente y el arzobispo acudieron con sus tropas a tomar Tudela del Duero¹²⁶³, con el objetivo de mejorar su posición con respecto a Valladolid, villa controlada por los enriqueños en aquellos momentos, que pretendían tomar. El 1 de julio de 1467 el infante-rey Alfonso comunicaba la victoria de Tudela al concejo de Murcia por medio de una carta, en la que indicaba que el día 30 de junio el arzobispo y los otros nobles mencionados partieron de Olmedo con sus tropas con el objetivo de “castigar a los robadores e salteadores de caminos de don Enríque, mi antecesor”, que se encontraban en Tudela, tras lo cual “la entraron por fuerça”¹²⁶⁴. El 13 de julio, por otra carta a Murcia, Alfonso explicaba que tomaron Tudela de Duero el 1 de julio, y que Carrillo y sus aliados capturaron a unos 250 caballeros de don Enrique. También les informaba de que el arzobispo y los otros habían planeado utilizar su nueva posición en Tudela para tratar de “recobrar la villa de Valladolid”, pero que lo habían descartado “por la grand pestilencia que allí avía”¹²⁶⁵.

Conocida es la participación relevante de dos prelados en la batalla de Olmedo del 20 de agosto de 1467, que enfrentó por primera y única vez en esta guerra a dos ejércitos encabezados por Enrique IV y el infante-rey Alfonso y cuya victoria ambos bandos se atribuyeron. Estos prelados fueron el arzobispo de Toledo y Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, siendo el propio mitrado toledano quien provocó la batalla al decidir no dejar pasar por Olmedo a las tropas de Enrique IV sin presentarles batalla¹²⁶⁶. Ello respondía a que los enriqueños trataban de dirigirse a Medina del Campo para combatir la Mota, su fortaleza, controlada por el arzobispo Carrillo desde

¹²⁶² AMD, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 20 y doc. 21. “Aquende el puerto” debían permanecer Alfonso Enríquez, hijo del Almirante de Castilla, y Juan Fernández Galindo, capitán de Enrique IV, con 150 lanzas cada uno, por lo que podemos suponer que las tropas que se preveía que mantuviera el arzobispo para vigilar el cumplimiento de las treguas serían similares.

¹²⁶³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 414. Al relatar esta batalla en sus “Hechos del arzobispo”, Pero Guillén de Segovia llegaba a comparar la pericia militar del prelado demostrada en esta batalla con la de Julio César. TUULIO, O J. y CASAS HOMS, J. M., *La Gaya Ciencia, op. cit.*, pp. 15-16.

¹²⁶⁴ AMMU, CAM 785, n. 10.

¹²⁶⁵ AMMU, leg. 4271, n. 162.

¹²⁶⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 422.

que Enrique IV se la entregara en mayo de 1465, y desde donde los capitanes del arzobispo hostigaban a los habitantes de aquella villa, leales a Enrique IV¹²⁶⁷. El propio Carrillo se ocupó de ordenar el ejército alfonsino¹²⁶⁸, compuesto en gran medida por las propias tropas del prelado¹²⁶⁹, y él mismo se puso al frente de la batalla principal como su capitán¹²⁷⁰. Los cronistas destacan sus acciones durante esta batalla de resultado incierto¹²⁷¹, pues ambos bandos quisieron atribuirse la victoria¹²⁷². El obispo de Calahorra también intervino directamente en la batalla, enfrentándose con sus huestes a las tropas del clavero de Calatrava y a las dirigidas por el hermano del arzobispo de Sevilla, Fernando de Fonseca¹²⁷³, siendo destacado por algún cronista su arrojo durante el combate¹²⁷⁴.

Como se acaba de indicar, en dicha batalla de Olmedo también participaron las tropas de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla. La abrupta ruptura de las negociaciones entre Enrique IV y sus rebeldes, dirigida por Fonseca, a causa de la intervención de los Mendoza, hizo que, a comienzos del verano de 1467, el prelado hispalense se declarara a favor de la causa alfonsina. Ante la noticia de que tropas enriqueñas iban en dirección a Medina, el arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla requirieron al arzobispo Fonseca que, en respuesta a su nueva alianza, enviara tropas a Olmedo en refuerzo de la causa del infante-rey. El prelado hispalense, a pesar de todo, se mostraba contrario al enfrentamiento armado entre los líderes de los partidos en pugna, razón por la que salió al encuentro del rey Enrique, al paso de su ejército por la villa de Coca en su camino hacia Olmedo, con el objetivo de convencer a aquel y al duque de Alburquerque de que evitaran la batalla. Sin embargo, fracasó en su intento. Finalmente, por las presiones de Carrillo y el almirante Enríquez, Fonseca hubo de ordenar a su hermano Fernando, capitán de sus huestes, que abandonara el cerco de la

¹²⁶⁷ El objetivo de los enriqueños y el favor que los alfonsinos prestaban al alcaide del arzobispo en: ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 271-273 y p. 275.

¹²⁶⁸ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 210.

¹²⁶⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 423.

¹²⁷⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 277.

¹²⁷¹ El cronista y criado del arzobispo de Toledo Alfonso de Palencia es alaba su actuación y valor en el combate. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 423-425. Pero Guillén de Segovia llega a decir que esta victoria del arzobispo fue mayor que las de Aníbal o César. TUULIO, O J. y CASAS HOMS, J. M., *La Gaya Ciencia*, op. cit., pp. 16-17.

¹²⁷² En AMMU, leg. 4271, n. 163, se conserva la versión alfonsina de la batalla en una carta enviada por Alfonso a Murcia el 20 de agosto de 1467. En dicha carta se destaca el papel del arzobispo en dicho enfrentamiento.

¹²⁷³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 422-423; ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 278; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 127.

¹²⁷⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 278.

ciudad de Toro, el cual tenía puesto por orden del prelado como consecuencia de sus pugnas con su primo, Juan de Ulloa, por el control de esa ciudad, y marchara a Coca para situarse al frente de las mesnadas del arzobispo que habrían de acudir a Olmedo en favor de la causa alfonsina¹²⁷⁵. A causa de las heridas recibidas en la batalla, el hermano del prelado falleció poco después de la batalla¹²⁷⁶. El pendón del arzobispo de Sevilla hondeó entre las tropas alfonsinas, siendo uno de los que las tropas enriqueñas lograron capturar¹²⁷⁷.

Aparte de estos prelados, conocemos que se previó la participación en la batalla de Olmedo de otros obispos, la cual, no obstante, finalmente no pudo darse por el simple hecho de que no llegaron a tiempo de intervenir en el choque. Así, el 20 de agosto de 1467, en la carta que don Alfonso envió a Murcia (y otras ciudades) para anunciar la victoria alfonsina en Olmedo, indicaba que antes de la batalla se encontraban esperando las tropas que había solicitado a distintos prelados y caballeros para enfrentarse a Enrique IV, entre las cuales se encontraban las de Luis de Acuña, obispo de Burgos y las de Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma¹²⁷⁸. Al final de dicho escrito indicaba, además, que pretendía salir en persecución de don Enrique en cuanto llegaran los primeros refuerzos, que creía que serían las “de la parte de Burgos con el reuerendo padre yn Christo obispo de la dicha çibdad”¹²⁷⁹.

La carta que el arzobispo Carrillo envió al duque de Medina Sidonia tras la batalla de Olmedo es mucho más detallada que la anterior, pues aparte de incidir más en las circunstancias del combate¹²⁸⁰, el mitrado especificaba, hablando en primera persona, que “agora abemos enbiado” a los obispos de Burgos y de Osma, al conde de Buendía, su hermano, a la propia gente del prelado y a la de otros caballeros, “que anden todos”, es decir, que se dieran prisa, por cuanto “los quales llegados entendemos mouer con el rey, nuestro sennor, para ellos”, es decir, contra Enrique IV y sus partidarios en Medina del Campo, “e morir o acabar este fecho”. El arzobispo concluía pidiendo al duque que acudiera inmediatamente a ayudarles por cuanto “sy acabamos de

¹²⁷⁵ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., pp. 51-52.

¹²⁷⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 420 y p. 423.

¹²⁷⁷ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 213.

¹²⁷⁸ por a mi non aver venido las [gentes] que esperaua de los maestros de Santiago e Alcántara, e alguna del conde de Plasencia non hera llegada, e toda la del conde de Benaute e de los reuerendos obispos de Burgos e Osma...”. AMMU, leg. 4271, n. 163.

¹²⁷⁹ AMMU, leg. 4271, n. 163.

¹²⁸⁰ El propio arzobispo detallaba su participación en la batalla, indicando que fue herido “de lança vn poco por el braço, más, a Dios graças, non es cosa”.

bençer, en toda Castilla vençemos”¹²⁸¹. Según las crónicas, el obispo de Burgos y otros nobles burgaleses llegaron poco después de la batalla con trecientos¹²⁸² o quinientos caballeros¹²⁸³, pero las cifras aportadas por los cronistas no son fiables.

Durante los meses siguientes la actividad militar del mitrado toledano no se redujo. A finales de 1467 logró completar la toma de la villa y Alcázar de Molina de Aragón¹²⁸⁴, arrebatándosela definitivamente a don Beltrán de la Cueva, a Enrique IV se la había donado en 1465¹²⁸⁵. Como explica Cortés Ruiz¹²⁸⁶, a raíz de esta donación, los bandos que dentro de la propia villa pugnaban por su control, se unieron, respectivamente, a la causa de don Beltrán y Enrique IV y a la de los alfonsinos y del arzobispo Carrillo. Ello dio lugar a luchas internas en la villa ya desde 1465, en las cuales Carrillo y otros prelados alfonsinos intervinieron en favor de sus aliados en la villa. Así, las crónicas relatan cómo en el otoño de 1465 el obispo de Sigüenza Fernando de Luján, que se declaró a favor de la causa rebelde, envió cincuenta lanzas al mando de su capitán Diego Cherino para apoyar a Álvaro de Luna, caballero al servicio del arzobispo de Toledo al que a su vez este había mandado con otras doscientas lanzas a Molina de Aragón para socorrer y abastecer a los alfonsinos de la villa, que estaban siendo cercados por los enriqueños en la Torre de Aragón, la parte alta del alcázar de la villa¹²⁸⁷. En el desarrollo de estos enfrentamientos, Carrillo lograría capturar a Álvaro de Hita, capitán enriqueño en Molina, al que encerró en la fortaleza arzobispal de Almonacid¹²⁸⁸.

No es hasta finales de 1467 cuando volvemos a tener información de la intervención de Carrillo en Molina, aunque debemos suponer que sus tropas continuaron apoyando a sus partidarios en ella en los años previos. Los cronistas únicamente señalan que en torno a la navidad de 1467 el arzobispo “extendió su posesión sobre toda Molina, cosa que anhelaba desde hacía mucho tiempo; hasta

¹²⁸¹ AMJF, Actas de 1467, fols. 94r-95r.

¹²⁸² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 427; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 216.

¹²⁸³ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 304.

¹²⁸⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 233.

¹²⁸⁵ CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit., p. 131 y p. 137.

¹²⁸⁶ Un desarrollo de los acontecimientos en CORTÉS RUIZ, M. E., *Articulación jurisdiccional y estructura socioeconómica en la comarca de Molina de Aragón*, op. cit., pp. 664-665 y pp. 671-675.

¹²⁸⁷ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 177-178. En términos similares se expresa GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 257-258.

¹²⁸⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 356; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 177-178.

entonces había sido incompleta su posesión, porque la fortaleza baja resistía a sus muchos intentos”¹²⁸⁹. Hemos de recurrir a los “Hechos del arzobispo” de Pero Guillén de Segovia para saber que “vna tenebrosa noche”, el arzobispo, “comme sabio guerrero”, envió a sus capitanes a tomar el alcázar de Molina, resultando victorioso¹²⁹⁰. Previamente, el día de Santa Catalina de 1467, había tenido lugar la batalla de Rueda de la Sierra, donde las tropas del concejo de Molina, con el apoyo de la caballería enviada por el arzobispo de Toledo al mando de su hijo, Troilos Carrillo, derrotaron a las tropas del duque de Alburquerque¹²⁹¹. Una vez tomada la fortaleza, Molina quedó en manos del arzobispo Carrillo, que delegó en su hijo Troilos su gobierno¹²⁹². Dicha toma definitiva de Molina hubo de producirse antes del 15 de diciembre de 1467, cuando el infante-rey Alfonso concedió al arzobispo la alcaidía de Molina con 200.000 maravedíes de salario¹²⁹³.

Durante la guerra también tuvieron lugar diversas escaramuzas entre los partidarios de los bandos en pugna en las que se encontraron implicados algunos miembros del episcopado. Una de ellas tuvo lugar entre los meses de octubre y noviembre de 1465, cuando la Corte del infante-rey Alfonso se trasladó de Valladolid a Arévalo. En ese contexto, el obispo de Burgos o el de Coria (varía según la fuente), se topó a salir de Valladolid con caballeros de don Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia, a los cuales logró derrotar¹²⁹⁴.

Asimismo, por los pleitos que, tras la guerra civil tuvieron lugar entre el obispo de Córdoba Pedro de Solier y Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, conocemos que, en torno a septiembre de 1467, el prelado cordobés participó en un intento de tomar por las armas la urbe cordobesa y arrebatar su control al alfonsino señor de Aguilar. En dichos pleitos se menciona cómo ciertos caballeros y escuderos del obispo se “encastillaron” en los palacios obispaes y en las torres que se encontraban

¹²⁸⁹ Eso indica Palencia, *Gesta Hispaniensia*, vol. II, p. 464. Menos información aporta *Crónica anónima de Enrique IV*, Vol. II, p. 233.

¹²⁹⁰ TUULIO, O J. y CASAS HOMS, J. M., *La Gaya Ciencia*, op. cit., pp. 17-19.

¹²⁹¹ CORTÉS RUIZ, M. E., *Articulación jurisdiccional y estructura socioeconómica en la comarca de Molina de Aragón*, op. cit., p. 674.

¹²⁹² *Ibidem*, p. 675.

¹²⁹³ MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, op. cit., p. 153.

¹²⁹⁴ El enfrentamiento es descrito en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 347; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 172; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 254-255; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit. p. 109. El primero indica que se trataba del obispo de Burgos don Luis de Acuña y los otros del obispo de Coria Íñigo Manrique de Lara.

junto a él como parte de un plan del prelado y sus aliados dirigido a “dar la ciudad a sus aduersarios, auiendo de venir dicho sennor obispo con ellos para apoderarse della”. Tras ello se produjo un enfrentamiento que resultó en la quema de los palacios obispaes y en el encastillamiento de la catedral por los partidarios del señor de Aguilar¹²⁹⁵. Aunque tales hechos se encuentran, sin duda, relacionados con la lucha de bandos entre aguilaristas y cabristas que se desarrollaba en Córdoba de forma paralela a la guerra civil¹²⁹⁶, contamos con una carta de Enrique IV, del 20 de diciembre de 1466, por la que encomendaba al obispo Solier “que la çibdad de Córdoba se torne a mi obediencia e seruiçio”, prometiéndole a cambio retirar cierta pensión que se encontraba impuesta sobre los frutos de su obispado y hacerle merced de la villa de Santaella¹²⁹⁷. En consecuencia, entre las motivaciones del obispo Solier y sus aliados para proceder así debemos incluir el deseo de cumplir con este encargo del rey que también les beneficiaba.

Para concluir, conviene destacar que, una vez que falleció el infante-rey Alfonso, el 18 de marzo de 1469, Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, junto a otros numerosos magnates que habían pasado entonces a conformar el nuevo Alto Consejo de Enrique IV, se comprometieron con el rey a ayudarle “con sus personas, casas, e gentes e poder” a defender su persona y reinos y recobrar todas las urbes, villas, lugares y fortalezas arrebatadas a la Corona Real durante los disturbios del reino. Para ello, el rey habría “de les pagar el sueldo de las gentes que touieren en su seruiçio en qualesquier partes que las touieren por su mandado en fyn de cada vn mes”, lo que nos permite comprobar que se proyectó una larga e intensa colaboración militar entre aquellos prelados y magnates con el rey. No obstante, lo más relevante de dicha confederación para el tema que nos ocupa es que se incluyó una cláusula por la que todos aquellos nobles y prelados se comprometieron a servir al rey “con mano armada” en caso de estallara otra revuelta en Castilla. El texto es claro:

¹²⁹⁵ Los fragmentos y datos proceden de los pleitos entre el prelado y el señor de Aguilar por esta cuestión. ACC, Cajón P, n. 260 (Instrumento 008-16, Cajón P, n. 260). Se refiere a la quema del palacio SANZ SANCHO, I., *La iglesia de Córdoba*, op. cit., p. 158.

¹²⁹⁶ QUINTANILLA RASO, M. C., “El dominio de las ciudades por la nobleza...”, op. cit., pp. 109-123; y “Les confédérations de nobles et les *bandos* dans le Royaume de Castille au bas Moyen Âge...”, op. cit., pp. 165-179.

¹²⁹⁷ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 77.

“Que si alguno o algunos perlados e caualleros e otras personas destos dichos regnos e sennoríos de qualquier estado, condiçión, preheminencia o dignidad que sean, avnque sean reales o de stirpe real e al dicho sennor rey o a los dichos perlados e caualleros o a qualquier dellos conjuntos en qualquier grado de consanguinidad o afinidad o amistad, se rebelaren al dicho sennor rey o lo non reconocieren o obedescieren conmo su rey e sennor natural o le ocuparen o retouieren contra su voluntad qualquier o qualesquier de sus çibdades, e villas, e logares, e castillos e fortalezas que le fueron ocupadas o enbargadas desde el día de Santa Crus de setyenbre del dicho anno de sesenta e quatro acá, ora por título de su hermano o por otra qualquier tytulación o cabsa o en otra qualquier manera, o dieren fauor e ayuda para ello, que los dichos marqués, e duque, obispo e don Pedro e cada vno dellos sean tenidos e obligados de se juntar e junten con el dicho sennor rey e con los dichos arçobispo e maestre e conde e con qualquier o qualesquier dellos *e ayan de yr o vayan luego por sus personas e con sus gentes, e casas e poder a sueldo del dicho sennor rey contra las personas de los tales perlados e caualleros e contra sus dignidades, e tierras, e bienes, e vasallos e rentas e las ocupen e tomen con mano armada* para que el dicho sennor rey pueda disponer e disponga dello conmo cunpla a su seruicio e execuçión de su justiçia, con acuerdo e consentymiento dellos e non en otra manera”¹²⁹⁸.

Como puede observarse, se preveía el estallido inminente de un nuevo conflicto en el reino. Para nuestro tema, es interesante destacar que en este documento se acepta y requiere que dos poderosos miembros del episcopado castellano, el obispo Mendoza y el arzobispo Fonseca, intervengan “con mano armada” en favor del rey; pero también es importante señalar que se preveía que “alguno o algunos perlados” formasen parte de los que se habían de alzar contra el rey. Se puede apreciar así cómo se tenía muy en cuenta la experiencia de lo ocurrido en los años previos, cuando un porcentaje relevante del episcopado castellano se implicó de forma directa en la contienda por el trono.

Sabemos fehacientemente que, al menos, uno de los prelados firmantes de este acuerdo colaboró de la forma indicada con el rey. En concreto, el 22 de diciembre de 1469 Enrique IV ordenaba a sus contadores mayores que hicieran cuenta con el arzobispo de Sevilla del sueldo que le era debido por “la gente que por mi mandado ha tenido e tiene en mi seruicio este anno”. El monarca calculó inicialmente que habrían de serle entregados 240.000 maravedíes, a pagar de los pedidos y monedas otorgados por las Cortes de Ocaña. Sin embargo, los contadores comprobaron que por las “çient gentes con armas” que durante dicho año había tenido el arzobispo en su servicio, había

¹²⁹⁸ El ejemplar de este documento que sigo de esta confederación se conserva en BNE, Mss. 19.703, n. 22. La cursiva es nuestra. Otra copia en AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20, que fue transcrita por VALDIVIESO, I. del, *Isabel la Católica, op. cit.*, doc. 15, pp. 430-438.

de serle entregado 620.000 maravedíes¹²⁹⁹. Por otro lado, el 10 de septiembre de 1470 Enrique IV entregaba un juro de heredad de 160.000 maravedíes a Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, en compensación porque renunció a cobrar todas las sumas que le debía librar por treinta lanzas y por el sueldo de la gente que tuvo en su servicio de ciertos años no especificados hasta entonces¹³⁰⁰, por lo que, al menos, se constata que este prelado también mantuvo huestes por el rey.

Por último, convendría destacar que algunos prelados se comprometieron con el rey durante la guerra a apoyarle con sus tropas. Es el caso del obispo de Salamanca Gonzalo de Vivero, quien al jurar lealtad al rey Enrique el 27 de diciembre de 1465, se comprometió a servir y seguir “con mi persona, e casa e gente” al rey, y a que “guardaré e defenderé vuestra vida, e persona, e honrra, e patrimonio e real estado de vuestra sennoría e me porne por ello a todo peligro e arrisco e trabajo que me pueda venir en mi persona, e casa e estado”. Además, juró al rey, aparte de que no tomaría ninguna de sus villas, ciudades y fortalezas, a que “sy alguno o algunos” habían ocupado aquellas, “trabajaré por todas las vías que podré e con todas mis fuerças de lo recobrar e faser tornar e restituyr a vuestra altesa”. En último lugar don Gonzalo indicaba al rey que “faré por vuestro mandado, por mi persona e con mis gentes e mis villas, e lugares, e castillos e fortalezas guerra o pas, segúnd e en los tienpos e por la forma e manera que vuestra sennoría me lo mandare o enbiare mandar”. Todo ello lo juró el prelado “en manos del rey nuestro sennor que presente está”¹³⁰¹. Parece probable que este prelado ejecutara algún servicio de naturaleza militar al monarca durante la guerra, pues del servicio y monedas recaudado en las Cortes de Ocaña de 1469, se destinaron 90.000 maravedíes al pago de los acostamientos debidos al obispo de Salamanca y a sus hermanos¹³⁰², aparte de que el monarca le concedió durante la guerra un número importante de mercedes¹³⁰³ alegando unos servicios de los que no sabemos nada seguro¹³⁰⁴.

¹²⁹⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27.

¹³⁰⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹³⁰¹ El pleito-homenaje del obispo de Salamanca en AGS, PTR, leg. 7, doc. 151.

¹³⁰² ORTEGO RICO, P., “Guerra y paz como fundamentos legitimadores...”, *op. cit.*, p. 102.

¹³⁰³ Conservadas en AGS, EMR, MyP, leg. 121, fol. 20. Por ejemplo, el 20 de febrero de 1466, titulándole como su oidor y consejero, y en recompensa a sus servicios, convertía los 50.000 maravedíes de los que disfrutaba de quitación en un juro de heredad, añadiendo otros 10.000 maravedíes de juro de heredad más. Ya el 20 de junio de 1465 le había hecho merced de un juro de heredad de 50.000 maravedíes; y el 15 de septiembre de 1470, alegando sus servicios de nuevo, otro juro de 60.000 maravedíes.

¹³⁰⁴ En los archivos salmantinos, en concreto, en el catedralicio, hemos podido encontrar cierta documentación referente a un pleito que en mayo de 1468 mantenía el obispo Vivero con su cabildo por

2) La defensa y guarda de villas, urbes y regiones

El servicio militar a los bandos en pugna de los obispos se presentó durante la guerra de formas distintas a la presencia en el campo de batalla o a la aportación de tropas para la misma. Su labor militar también se extendió a actuaciones de cabría calificar como de naturaleza defensiva. En efecto, durante el transcurso de la guerra los bandos en pugna encomendaron a algunos prelados la defensa y guarda de determinadas villas, urbes y regiones con el fin expreso de que aquellas no pudieran ser tomadas por la parcialidad contraria y defenderlas de las repercusiones de la guerra.

El caos generado por la guerra civil entre Enrique IV y los partidarios de don Alfonso tuvo como una de sus consecuencias más inmediatas el que desde la Corte, ya fuera la alfonsina o la enriqueña, se hiciera imposible o, al menos, difícil el atender a la gobernación y defensa de diversas regiones del reino. La necesidad de ambos bandos de que distintas ciudades y regiones fueran correctamente asistidas y defendidas para evitar que pudieran ser atraídas o tomadas por sus rivales, llevó a Enrique IV y a los rebeldes a expedir amplios poderes en favor de determinados caballeros y prelados fieles a sus respectivos partidos con el fin de que se ocuparan del regimiento, administración y protección de aquellas. Así lo manifestaba el propio Enrique IV cuando el 16 de octubre de 1468 comunicaba a todos sus súbditos la revocación general de las facultades concedidas en este sentido:

“Bien sabedes los grandes mouimientos e escándalos e bolliçios que de quatro años a esta parte en estos mis regnos ha auido e los grandes e yntolerables males e daños que a causa dello en los dichos mis regnos vniversalmente a toda cosa pública se han seguido. E como porque yo non podía así proueer nin remediar por mí mismo en todas partes en las cosas como a seruiçio de Dios e mío e a la buena gouernaçión de mis regnos conplía, por evitar aquellos e porque esas dichas çibdades e villas e logares e tierras e prouinçias fuesen anparadas e

múltiples cuestiones. Entre las acusaciones del cabildo contra el mitrado, se denunciaba de forma expresa que el obispo tenía “encastellada e apoderada” la catedral “por tener mayor poder en la dicha çibdad e yglesia e beneficiados della”, habiendo logrado, efectivamente, encontrarse “apoderado en la dicha yglesia e çibdad”. ACS, Caja 24, leg. 1, n. 10 y n. 28. Teniendo en cuenta las mercedes regias, cabría plantear que los servicios que prestaba el obispo al rey estuvieran relacionados con una defensa de la ciudad de Salamanca para su causa que le había acabado enfrentado a su cabildo. No obstante, la parquedad de la documentación no nos permite asegurarlo.

defendidas e estouiesen en toda pas e sosiego, yo dí mis cartas de poderes a algunos caualleros e grandes de mis regnos e a otras personas dellos para que fuesen capitanes e gouernadores desas dichas çibdades e villas e logares e tierras e prouinçias, e proueyesen en las dichas cosas, e quitasen e pusiesen justiçias e alcaydes, e cobrasen mis rentas, e fisyesen las otras cosas que a mi seruiçio e a la guarda e defensa dellas conplía. Por las quales vos enbié mandar que los rreçibiesedes e acogesedes en esas çibdades e villas e logares e tierras e prouinçias e les acudiesedes e vos juntasedes con ellos cada que por ellos o por su parte fuesedes requeridos e fisyessedes las cosas que por ellos de mi parte vos fuesen mandadas, dándoles grandes poderes e facultades para ello e para otras en las dichas mis cartas e poderes contenidas”¹³⁰⁵.

Este aspecto reviste especial interés para nuestro estudio debido a que tanto Enrique IV como los alfonsinos otorgaron las facultades mencionadas y encomendaron, en consecuencia, la dirección y defensa de determinados núcleos urbanos o regiones a algunos de los más relevantes obispos castellanos del momento, llegando a ser este, en determinados casos, el campo fundamental en el que se desarrolló la actividad de estos prelados durante la guerra civil. Debemos señalar que aunque hemos podido localizar lo que consideramos un número significativo de casos, cabe sospechar la existencia de otros por algunas referencias aisladas a ello. En concreto, nos referimos a carta dirigida por el infante-rey don Alfonso al concejo de Alcaraz el 26 de octubre de 1465, en la cual, tras explicar cómo había organizado su Consejo y quienes eran los magnates a los que había confiado la guarda y gobierno de Valladolid, Palencia, Burgos, Galicia y el Principado de Asturias, indicaba que “por las otras çibdades e [roto] de mis regnos he proueydo de otros perlados e caualleros e gentes según cunple a mi seruiçio”¹³⁰⁶; aunque, por supuesto, cabe la posibilidad de que esta afirmación general se encuentre condicionada por el evidente carácter propagandístico del escrito en el que se inserta.

El caso más destacado es el del obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos, antiguo ayo de Enrique IV y uno de los prelados que, en tiempos de Juan II, más se significó en los conflictos internos del reino tanto en el ámbito militar como en el de la negociación, aunque siempre en defensa de los titulares de la Corona¹³⁰⁷. A pesar de lo avanzado de su edad (nació en torno a 1382¹³⁰⁸), fray Lope de Barrientos fue uno de los obispos que más destacó en el campo militar durante esta guerra civil. Su labor principal

¹³⁰⁵ AGG, Sección 1.^a, Negociado 6, leg. 15.

¹³⁰⁶ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, op. cit., doc. 35, p. 277.

¹³⁰⁷ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit. Una actualizada biografía del mismo en ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 227-263.

¹³⁰⁸ DÍAZ IBÁÑEZ, J., *La iglesia de Cuenca en la Edad Media*, op. cit., p. 634.

durante la misma fue defender y mantener la ciudad de Cuenca al servicio de Enrique IV, para lo cual hubo de enfrentarse a una nobleza conquense, encabezada por los alfonsinos Juan Pacheco y el linaje de Acuña, que no dudó en aprovechar la oportunidad que les ofrecía la inestabilidad en el reino para incrementar sus estados a costa de la enriqueña urbe¹³⁰⁹. Su labor en defensa de la ciudad, siempre en colaboración con su concejo, ha llevado recientemente a Jara Fuente a calificar al mitrado como “el gran adalid de la defensa del realengo en el sector conquense”¹³¹⁰. No es de extrañar, en consecuencia, que los alfonsinos tomaran represalias contra sus bienes¹³¹¹.

En el caso concreto del obispo Barrientos, las facultades necesarias para que guardase Cuenca y otras villas y lugares comarcanos le hubieron de ser concedidas en tres ocasiones debido a la prisión a la que fue sometido en los primeros compases del conflicto por el marqués de Villena Juan Pacheco. Fue el 22 de septiembre de 1464, y ante los graves actos cometidos por sus rebeldes en San Pedro de las Dueñas, cuando Enrique IV encomendó por primera vez la guarda de Cuenca al obispo Barrientos, extendiendo entonces sus poderes también a las villas de Moya y de Requena, en un intento de que el prelado mantuviera en su lealtad a aquella parte de la región conquense que aún escapaba al control de sus rebeldes¹³¹².

Enrique IV alegó ante aquella ciudad y villas que “por algunas cosas conplideras al mi servicio e al bien público e pas e sosiego e pacífico estado e tranquilidad de mis regnos e señoríos”, había ordenado al obispo Barrientos “que faga algunas cosas a mi

¹³⁰⁹ Véase el apartado que a la actividad político-militar del obispo Barrientos en la defensa de la urbe conquense realiza DÍAZ IBÁÑEZ, J., *La iglesia de Cuenca en la Edad Media*, op. cit., pp. 986-993. SÁNCHEZ BENITO, J. M., “Violencia y pugna política...”, op. cit., p. 249 resume los acontecimientos de septiembre de 1464 y explica el peligro en que se encontraba Cuenca por la cercanía de los señoríos del marqués de Villena y de Lope Vázquez de Acuña, hermano del arzobispo de Toledo, ambos rebeldes. Se entiende así la urgencia de tomar las medidas que expondremos a continuación.

¹³¹⁰ JARA FUENTE, J. A., “*Más por fuerça que de grado: La acción y el lenguaje...*”, op. cit., p. 128.

¹³¹¹ El 17 de junio de 1467, el infante-rey Alfonso hizo merced a Gonzalo de Castañeda, su trinchante, de un juro de 13.877 maravedíes que el obispo de Cuenca tenía situado en Arévalo por estar en su “deseruiçio”. AGS, EMR, MyP, leg. 6, fol. 70. También contra sus parientes: el 28 de agosto de 1467 hacía lo propio con un juro de heredad de 10.000 maravedíes que poseía Diego de Barrientos, sobrino del prelado conquense, el cual entregó a Troilos Carrillo, hijo del arzobispo de Toledo. AGS, EMR, MyP, leg. 6, fol. 81.

¹³¹² No conviene perder la perspectiva de lo que sucedía en aquellos mismos momentos en otros lugares del reino: también el 22 de septiembre Enrique IV encomendaba la guarda de Badajoz, Coria, Trujillo, Alburquerque y otras villas de Extremadura al conde de Feria y a otros caballeros. RAH, col. Salazar, 9/812, fol. 270v. Algo más tarde, el 26 de octubre de 1464, encomendaría la guarda de las principales urbes y villas gallegas al conde de Lemos. ADA, C. 3, n. 39 y n. 40². Aquellos condes y caballeros recibieron unos poderes idénticos a los que el 22 de septiembre Enrique IV concedía a Barrientos sobre Cuenca, Moya y Requena, gracias a lo cual podemos observar que la misión encomendada por el monarca a Barrientos formaba parte de una estrategia regia que buscaba valerse de sus fieles con el fin de mantener en su obediencia al mayor número posible de regiones, ciudades y villas ante el alzamiento nobiliario.

servicio muy conplideras tocantes a la pacificación de toda esta tierra e comarca e otras cosas que por mí le son encomendadas”, razón por la que les mandaba que cada vez que “por el dicho reverendo padre obispo fueredes requeridos”, le debían prestar ayuda, poner a su disposición a sus hombres de armas y cumplir “todas las cosas que por él de mi parte vos serán dichas e mandadas” con el fin de que “toda esta tierra esté en toda pas e sosiego e non rescibades males ni daños algunos” de quienes “andan en mi deservicio e en daño e escándalos de los dichos mis regnos”. El monarca concedía capacidad al obispo, por tanto, para que pudiera ordenar a aquella ciudad y villas todo aquello que considerara necesario para mantenerlas en servicio del rey y defenderlas de las acciones que contra las mismas pudieran emprender sus rebeldes, prácticamente como si fuera un virrey. La cesión de poder que hacía el monarca al prelado era total, pues también le facultó para dictar y ejecutar las penas que hubieran de ser aplicadas contra aquellos que se resistieran a obedecer en adelante sus mandatos¹³¹³.

Aunque durante la prisión a la que le sometió el marqués de Villena el obispo no dejó de colaborar con el concejo conquense y de emprender acciones directamente relacionadas con la misión que en septiembre de 1464 le había sido confiada, tras su liberación Enrique IV hubo de volver a otorgarle por segunda vez las facultades necesarias para ejercer este cargo en Cuenca, pues en su ausencia había encomendado la guarda de esta ciudad a su hijo, Pedro de Barrientos, y a su provisor, Alfonso García de San Felices, siendo significativo el hecho de que el monarca dejara la urbe en manos de los principales colaboradores del obispo, sin duda con el objetivo de que la influencia que ejercía su antiguo preceptor sobre la ciudad y que tan útil podía serle en esta coyuntura no se disipara¹³¹⁴. Así, el 15 de marzo de 1466 el rey comunicaba su decisión al concejo conquense y ordenaba de nuevo a todos los habitantes de la urbe “que vos juntedes e conformedes con el dicho obispo” y cumplieran “todas las cosas quel vos dixere de mi parte e vos mandare e entendiere ser conplideras a mi servicio e a la buena

¹³¹³ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CV, pp. 342-344.

¹³¹⁴ En este sentido, conviene señalar que el obispo continuó durante su prisión supervisando las acciones de su provisor y de Pedro de Barrientos, o así al menos lo creía el concejo conquense cuando el 27 de septiembre de 1465 se dirigían al obispo para solicitarle que ordenara a Pedro de Barrientos que permaneciera en la ciudad ante su intención de marcharse de la misma “por algunas cosas de enojo que él tenía sobre la guarda de la fortaleza”. Dado el cargo que de guardar la ciudad le había dado el rey, decían al obispo, era esencial que permaneciera en la urbe. *Ibidem*, doc. CXXXIV, p. 384.

guarda e recabdo desa dicha cibdad, bien asy como si yo vos lo dixere e mandase”, para lo cual le concedía “poder conplido para todo ello”¹³¹⁵.

La tercera y última vez en que el monarca emitió aquellos poderes sobre Cuenca en favor del obispo fue dos meses más tarde, en concreto, el 12 de mayo de 1466. En esta ocasión el nuevo mandato regio se encontraba motivado por la decisión de Enrique IV de ampliar las facultades que en marzo había concedido al obispo para encomendarle también la guarda de la villa de Moya y su tierra, con el fin expreso de evitar que “personas algunas se non puedan dellas apoderar en mi deservicio”. El rey, “confiando de la grand lealtad que sienpre ha mostrado et muestra a mí” el obispo, le concedía amplísimas facultades para emprender en aquella ciudad y villa todas “las cosas qué entendiere que son nescerias et conplideras de se faser para la buena guarda et defensión dellas”, al tiempo que ordenaba a los concejos y habitantes de Moya y Cuenca:

“que lo acogades et rrescibades en esa dicha cibdad e villa con toda la gente que consigo levare e toviere et vos juntedes con el poderosamente con vuestras personas et con vuestras gentes et armas et vallades con el e con la persona o personas que vos el dixere e su poder oviere a los lugares que vos el dixere e entendiere ser conplidero a mi servicio et fagades todas las cosas que por el o por el que su poder oviere vos fueran dichas o mandadas et él entendiere ser conplideras a mi servicio, bien asy e tan conplidamente como sy yo por mi persona vos lo dixere e mandase”.

Asimismo, le concedió de nuevo poder para dictar y ejecutar las penas que considerara pertinentes contra las personas y bienes de los que no acataran sus órdenes¹³¹⁶. La ampliación de los poderes del obispo y el fuerte tono bélico del escrito nos hablan tanto de un incremento de la tensión entre los partidos como de una recuperación por parte del prelado del poder que antes de su prisión estuvo en condiciones de ejercer en aquella región. Como guarda de Cuenca, el prelado estaba encargado de supervisar todo aquello relacionado con la defensa militar de la urbe. Por ejemplo, el 19 de noviembre de 1466 declaraba aprobar, “por virtud de los poderes que tenía del rey nuestro señor”, las velas y rondas que el concejo había encomendado a Bartolomé Lozano por el plazo de un mes¹³¹⁷.

¹³¹⁵ *Ibidem*, doc. CXLIV, pp. 398-399.

¹³¹⁶ *Ibidem*, doc. CXLV, pp. 400-402. Ese mismo día el monarca escribió de forma particular a Cuenca para que acatara su mandato. *Ibidem*, doc. CXLV, p. 400.

¹³¹⁷ *Ibidem*, doc. CXLVIII, p. 409.

Entre las diversas medidas tomadas y acciones emprendidas por el obispo Barrientos en tanto que guarda por el rey de la ciudad de Cuenca durante esta guerra civil, una de las más relevantes fueron los juramentos que hizo pronunciar a los miembros del concejo y a los habitantes de la ciudad en favor de Enrique IV en distintos momentos de la contienda. Dichos juramentos, más allá de su contenido propagandístico y legitimador en favor del monarca cuestionado, nos interesan debido a que el prelado hizo incluir entre sus cláusulas varias referentes a la misión que en Cuenca se le había encomendado.

Así, una de las primeras medidas que Barrientos tomó tras recibir por primera vez en este conflicto la misión de guardar Cuenca, en concreto, el 27 de septiembre de 1464, fue hacer pronunciar a los habitantes de la urbe, tanto laicos como eclesiásticos, un juramento por el cual, aparte de declarar su lealtad al rey, debían comprometerse a hacer todo lo que estuviera en su mano para “guardar e conservar para vos e para vuestro servicio esta vuestra noble cibdad de Cuenca e su tierra”. En concreto, los habitantes de Cuenca hubieron de jurar que revelarían enseguida al obispo, “que tiene la guarda della por vuestra real señoría” y “cuyo estado, servicio e onrra” también prometían defender, cualquier noticia o sospecha que tuvieran de que se tramaba algo contra el rey o en perjuicio del bien común de la urbe y de “la buena guarda e conservación” de la misma; que colaborarían para resistir los intentos de ocupación de la ciudad y su tierra o de alguna parte de ella, aunque quienes trataran de hacerlo fueran parientes o afines al rey o “constituidos en qualquier dinidad o titulo eclesiastico o seglar”; que serían obedientes a los mandamientos del monarca y del obispo en tanto que guarda de la misma; que no permitirían que entraran en la ciudad caballeros o personas algunas sospechosas al servicio del rey, aunque fuera vecino de la misma u oficial de su regimiento, sin que contara con un permiso regio o con el consentimiento del obispo y de aquellos miembros del regimiento que hubieran pronunciado este juramento; y que acatarían las penas que les fueran impuestas en el caso de incumplir su juramento y apoyarían la aplicación de las mismas contra cualquier persona que quebrantara lo entonces dispuesto.

El obispo Barrientos anunció también que todas aquellas personas que “non entendían seguir e guardar” lo contenido en el juramento serían por él obligadas a “que saliesen de la dicha cibdad e se fuesen della”, tras lo cual todo lo señalado fue jurado

por el propio prelado¹³¹⁸, seguido por el corregidor, el alcaide la fortaleza, los regidores de la ciudad, los más relevantes miembros del cabildo catedralicio conquense y otros numerosos clérigos y vecinos laicos de la urbe¹³¹⁹. El 16 de diciembre de 1466, tras ser liberado de su prisión y de recibir de nuevo poderes del rey para guardar Cuenca, el prelado haría que se renovara, en su propia cámara, el juramento de lealtad en favor de Enrique IV prestado por los miembros del concejo conquense, en cuyo texto se incluyeron las mismas cláusulas destacadas del anterior, aunque en este ya se indicaba expresamente que en adelante los miembros del concejo habrían de cumplir todas las órdenes que dictara el obispo en relación a la misión que le había sido encomendada¹³²⁰.

El fin de la contienda por el trono entre Enrique IV y el infante-rey Alfonso no trajo la paz a Castilla, y por esta razón el 28 de noviembre de 1468 el obispo, el concejo y el cabildo catedralicio de Cuenca realizaron otro juramento¹³²¹ por el que reiteraban su lealtad al monarca y por el que los segundos se comprometieron a “ser obedientes al muy reverendo padre e señor don Lope de Barrientos nuestro obispo [...], asý por ser nuestro perlado como por estar en esta cibdad en nonbre del dicho señor rey”, de quien, declaraban, “tiene poder para la regyr et governar”. Juraban servir y acatar al obispo y ser con él “para anparar et defender esta dicha cibdad contra qualquier persona o personas que la quisiesen tomar e ocupar e porquel dicho señor obispo la tenga para servicio del dicho señor rey”, razón por la cual prometían que no consentirían que “entre ni este en ella sin licencia e mandado del dicho señor obispo persona alguna”¹³²².

Por otro lado, en los primeros compases del conflicto Enrique IV demostró también su confianza en el obispo Barrientos al encargarle que dirigiera y organizase una de las principales fuerzas militares que habrían de ponerse al servicio del monarca ante el estallido del conflicto: la Hermandad. El 21 de septiembre de 1464, don Enrique

¹³¹⁸ El juramento del 27 de septiembre de 1464 en *Ibidem*, doc. CVI, pp. 345-348.

¹³¹⁹ Se refiere a este juramento DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca...”, *op. cit.*, pp. 295-296.

¹³²⁰ “[...] ellos e cada uno dellos con todas sus fuerças e a todo su leal poder guardarían e guardarán el servicio e honrra e preminençia del dicho señor Rey don Enrique nuestro soberano señor asy que lo que toca a la conservaçión de su patrimonio e con esas mismas fuerças e a todo su real poder conserbarían e conserbarán e defenderían e defenderán esta dicha su cibdad para su servicio acerca de lo cunplirían e cunplirán las cartas e mandamientos del dicho señor obispo que presente estava e en su nonbre con toda lealtad e fidelidad [...]”. GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, *op. cit.*, doc. CXLIX, pp. 410-411.

¹³²¹ Comentan dicho juramento DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca...”, *op. cit.*, pp. 298-299; y JARA FUENTE, J., “Urban political identity...”, *op. cit.*, pp. 202-203.

¹³²² GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, *op. cit.*, doc. CLIII, pp. 417-418.

ordenaba a los concejos de las ciudades y villas de Cuenca, Huete, Uclés, Requena, Moya y Huélamo que hiciesen “hermandad para que vos guardedes e defendedes amparedes de qualesquier personas que mal o daño vos quieran faser e favorescades las mis justicias”. Para ello debían enviar sus procuradores a la ciudad de Cuenca, “donde esta el muy reverendo padre don Lope de Barrientos”, y “el presente fagades la dicha hermandad segund que lo el ordenare”¹³²³. Al obispo le correspondía, por tanto, dirigir a través de la hermandad la defensa de toda aquella región¹³²⁴. Por todo lo expuesto, podemos concluir, que fray Lope de Barrientos se revela como una pieza fundamental para que Cuenca mantuviera su leal a Enrique IV durante la guerra civil¹³²⁵.

Por su parte, ya una vez iniciada la guerra, el bando alfonsino hubo de otorgar poderes similares a los recién expuestos para Barrientos, en favor de Luis de Acuña, obispo de Burgos. En efecto, tras cumplir eficazmente la misión que en los primeros momentos tras la Farsa de Ávila el partido alfonsino le confió, lograr que la ciudad de Burgos se uniera a la causa de don Alfonso, el obispo recibió otro importante encargo de la corte alfonsina relacionado de nuevo con la sede de su obispado: ocuparse de la guarda y regimiento de aquella. En efecto, según la mencionada misiva dirigida por don Alfonso al concejo de Alcaraz el 26 de octubre de 1465, los rebeldes habían ordenado al obispo y a Juan de Padilla, adelantado mayor de Castilla, permanecer en Burgos para regir y proteger esta ciudad, al igual que otros prelados y caballeros de este partido fueron escogidos para custodiar otras importantes regiones y ciudades de aquellas partes del reino que se habían declarado leales a don Alfonso¹³²⁶. Lamentablemente, la pérdida de las actas concejiles de Burgos desde julio de 1465, nos impide conocer el momento exacto en que se le hizo entrega de los poderes necesarios para ejercer esta labor y cómo se desarrolló lo que sin duda hubo de ser una intensa labor por parte del prelado burgalés dirigida a cumplir esa misión. Tan solo contamos con algunos retazos documentales que nos permiten observar su labor en la defensa de la urbe contra los enriqueños.

Así, el 17 de julio de 1465, el concejo se reunió con el obispo en sus palacios episcopales para redactar y publicar un ordenamiento por el cual se aprobaron diversas

¹³²³ *Ibidem*, doc. CV, pp. 341-342.

¹³²⁴ Sobre el papel de Barrientos en la organización de las hermandades, puede verse SÁNCHEZ BENITO, J. M., “Observaciones sobre la Hermandad castellana en tiempos de Enrique IV...”, *op. cit.*, pp. 211-212.

¹³²⁵ Esto ya fue destacado por DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, *op. cit.*, p. 117.

¹³²⁶ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, *op. cit.*, doc. 35, p. 277.

medidas que habrían de tomarse en la urbe para su protección en tan inestable coyuntura. Aparte de participar en su redacción, en dicho ordenamiento se atribuyeron al obispo diversas funciones que, sin duda, habrían de formar parte de sus obligaciones más adelante, cuando el bando alfonsino le confió la guarda y regimiento de Burgos. Así, se acordó que el obispo sería uno de los que decidirían si debía aplicarse la pena de destierro contra las “personas sospechosas” que fuesen halladas en la urbe; debería proporcionar a “vna persona de su casa aconpannado con algunos otros suyos” para que se uniera a los alcaldes y merino de Burgos para evitar los “ruydos”, procurar “pas e sosiego” y “que la justiçia se esfuerçe” en la ciudad; y habría de ocuparse de poner “recabdo” en las torres de las iglesias. También el obispo fue escogido para ser uno de los individuos a los que cualquier persona de la ciudad habría de acudir en el plazo máximo de una hora si tenía noticia de que se trataba algo “por palabra o por escripto” contra el servicio de don Alfonso o del “prouecho e bien común desta çibdad e de todas las singulares personas della, de qualquier estado que sean”¹³²⁷. Todo ello iba dirigido a proteger a la urbe de los enriqueños, enemigos ahora de Burgos.

Nos consta que don Luis se ocupó de forma casi exclusiva durante la guerra civil de llevar a cabo la misión que los alfonsinos le encomendaron en Burgos, hasta tal punto que el 7 de diciembre de 1467 llegó a negarse a atender a una consulta de los miembros de su cabildo alegando que “era ocupado en muchos negoçios en seruiçio del rey e pas e sosiego desta çibdad”¹³²⁸. En relación a dicha misión, sabemos que don Luis intervino en cuestiones tan fundamentales como la referente a la expulsión de la urbe de los partidarios que de Enrique IV permanecían en la misma tras su alzamiento en favor de don Alfonso¹³²⁹. Así, tras la salida de Burgos, en septiembre de 1465, de Íñigo de Mendoza, arcediano de Huete, el canónigo Diego de Mendoza y otros personajes debido a las sospechas de que se trataban de fieles al rey depuesto en Ávila¹³³⁰, el obispo formó parte de aquellos que, en octubre de 1465, tomaron la decisión de permitirles regresar a

¹³²⁷ El ordenamiento se encuentra en AMB, Actas de 1465, fols. 72r-73v.

¹³²⁸ ACB, Registro de Actas 18, fol. 76r.

¹³²⁹ El 25 de septiembre de 1465 don Alfonso informaba al conde de Arcos de las prisiones, ajusticiamientos y expulsiones que los partidarios de Enrique IV en Burgos habían sufrido. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIX, p. 516.

¹³³⁰ La expulsión de estos eclesiásticos fue promovida desde la corte alfonsina, desde donde se informó al concejo y cabildo de Burgos “cómo algunos de la çibdad la tenían vendida para la entregar a sus contrarios e que le habían dicho [a don Alfonso] que eran en ello el arçediano de Huepte y Santotis escribano”. Transcribe el texto LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., p. 225. El episodio de la expulsión de los canónigos burgaleses ha sido abordado también por DÍAZ IBÁÑEZ, “Los eclesiásticos castellanos en los enfrentamientos urbanos...”, op. cit., p. 80; y LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 92-93.

la urbe tras comprobar su inocencia, aunque se les obligó a prestar juramento de fidelidad a don Alfonso¹³³¹. Don Luis también participó en la defensa de Burgos frente a los envites de las tropas enriqueñas: en mayo de 1466 marchó para tomar la villa de Torresandino, que había sido ocupada por soldados de Enrique IV¹³³² con el “fin de fatigar e faser mal e dampno a los veçinos desta çibdad”. El cabildo burgalés llegaría a calificar esta acción del obispo como “cosa que cumple a la república”¹³³³.

En definitiva, durante todo el conflicto el prelado se afanaría en cumplir la principal misión para la cual aquellos poderes se le habían entregado: mantener a Burgos en la órbita alfonsina. Con este fin, el 1 de abril de 1466 don Luis llegó a comparecer ante su cabildo catedralicio para arengarles a permanecer en la lealtad alfonsina ante el paso de la villa de Valladolid al bando enriqueño. Según el obispo, la defección de aquella villa no era razón para dudar de su lealtad a Alfonso, pues “sy aquella villa auían perdido, auían alçado otras más”, razón por la que exigió a sus capitulares y al clero de la ciudad que ratificaran el juramento de fidelidad al infante-rey que habían prestado¹³³⁴. Tras el fallecimiento de don Alfonso y el regreso de Burgos a la obediencia de Enrique IV, aquellas facultades que se otorgaron al obispo para guardar la ciudad hubieron de serle retiradas, pues en adelante don Luis pasó a integrarse en la Corte de la princesa Isabel, primero, y de Enrique IV, después¹³³⁵.

Los casos de los obispos de Cuenca y Burgos no fueron únicos. Sabemos que otros obispos recibieron órdenes y poderes similares de los bandos en pugna para ocuparse de la gobernación y, lo que nos interesa ahora, guarda, de una determinada ciudad y región. Este es también el caso de Pedro de Córdoba y Solier, obispo de Córdoba, quien tras su paso al bando rebelde y su alianza con los dirigentes de aquella facción en la región cordobesa, recibió los mismos poderes que el señor de Aguilar y sus aliados para guardar y gobernar la ciudad de Córdoba y mantenerla al servicio de la

¹³³¹ En las actas capitulares del cabildo catedralicio burgalés, se informa a 9 de octubre de 1465 que, cuestionados sobre la expulsión del arcediano, “al sennor obispo e a los sennores deputados de la çibdad les plasía que veniese e asy mesmo mandaron escreuirle para que se venga a esta çibdad”. ACB, Registro de Actas 17, fol. 338v. El 11 de octubre siguiente se indicaba que “que auían escripto al sennor arcediano de Huepte que presente estaua para que se veniese que ya plasía al sennor obispo e a los sennores de la çibdad e que se conformase con ellos”. ACB, Registro de Actas 17, fol. 339v.

¹³³² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 403.

¹³³³ ACB, Registro de Actas 17, fol. 395r. Se refiere a esta hecho LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., p. 226, nota al pie 197.

¹³³⁴ ACB, Registro de Actas 17, fol. 376r.

¹³³⁵ Junto a otros allegados al maestre de Santiago, se ocuparía de custodiar a doña Isabel hasta mediados de 1469, cuando el arzobispo de Toledo y sus aliados acudieron a sacarlo de su poder. *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 273; y PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 281-282.

causa alfonsina. El 3 de enero de 1467, desde Ocaña, se expidió en nombre del infante-rey Alfonso una provisión dirigida al concejo de Córdoba en la que se informaba de la entrega de estas facultades al prelado y sus aliados:

“Sepades que, entendiendo ser conplidero a mi seruïço e al pro e bien e guarda e pas e sosiego desa dicha çibdad e su tierra, mi merçed e voluntad es que don Alfón, cuya es la casa de Aguilar, e el reuerendo padre in Christo obispo de la Iglesia desa çibdad, e Luys Méndes de Sotomayor, cuya es la villa del Carpio, e Martín Ferrándes, mi Alcayde de los Donseles, todos del mi Consejo, agora e de aquí adelante tengan cargo de la guarda desa dicha çibdad e su tierra, echando e lançando della a qualesquier persona o personas escandalosas a mi seruïço e la tener en toda pas e sosiego, proueyendo e remediando en todas las cosas que ellos vieren e entendieren ser conplideras a mi seruïço e a pro e bien e guarda e defendimiento desa dicha çibdad e su tierra, porque vos mando que agora e de aquí adelante fagades e cunplades todas las cosas que por los susodichos vos fueren dichas e mandadas de mi parte como si yo por mi persona vos las dixiese e mandase, así çerca de la guarda desa dicha çibdad e su tierra como en todas las otras cosas que ellos vieren e entendieren ser conplideras a mi seruïço”¹³³⁶.

Este caso es especialmente interesante debido a que la razón por la que se expidió esta orden era extender aquellos poderes al obispo, pues nos consta que el resto de caballeros cordobeses aquí señalados disfrutaban de aquellas prerrogativas desde el mismo inicio de la guerra civil, en concreto, desde el 4 de agosto de 1465¹³³⁷, cuando don Pedro aún militaba en el bando Enriqueño. Por tanto, los partidarios de don Alfonso, ahora que el prelado se había declarado en favor de su causa, pretendían hacerle entrega de los señalados poderes con el fin de contar con su colaboración para regir y guardar Córdoba y mantenerla en la lealtad alfonsina. Sin embargo, no parece que el obispo ejerciera esta función por un período de tiempo prolongado, pues ya se encontraba en tratos con Enrique IV para regresar a su bando y, poco más tarde, se reiniciarían sus contiendas con el señor de Aguilar, tras lo cual hubo de abandonar la urbe cordobesa¹³³⁸.

También hubo de recibir poderes similares Juan Arias Dávila, obispo de Segovia. En efecto, tanto las fuentes cronísticas¹³³⁹ como las documentales¹³⁴⁰ nos

¹³³⁶ ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 22.

¹³³⁷ ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 2.

¹³³⁸ Sobre la trayectoria política de este prelado en la contienda civil, seguimos remitiendo a SANZ SANCHO, I., “Los obispos del siglo XV...”, *op. cit.*, pp. 635-660.

¹³³⁹ “... mandó llamar a entramos hermanos, y después de aver hablando con ellos largamente, encomendóles la guarda de la çibdad, diciendo que dellos confiava, e ansy tomados grandes juramentos e fidelidad, que la ternían y defenderían para su serviço, se partió”. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 285.

informan de que Enrique IV encomendó al obispo de Segovia y Pedro Arias Dávila, su hermano, la guarda de la ciudad de Segovia en el verano de 1467, antes de emprender la marcha hacia Medina del Campo que resultaría en la batalla de Olmedo. Poco es lo que sabemos de su actuación al frente de la urbe más allá de que, valiéndose de esta posición, llevaron a cabo su traición al rey: tras ciertas negociaciones con los líderes del partido rebelde, facilitaron la entrada en la ciudad de los alfonsinos, que tomaron la “capital” enriqueña el 16 de septiembre de 1467¹³⁴¹ y asumieron el control de la misma¹³⁴².

En un momento indeterminado en torno a finales de 1467 y comienzos de 1468, don Alfonso encomendó, al igual que hiciera Enrique IV, la guarda y gobierno de Segovia al obispo y a Pedrarias¹³⁴³. Más allá de la idea general de que ambos hermanos hubieron de dedicar entonces sus esfuerzos a conseguir que esta urbe permaneciera en la lealtad de don Alfonso¹³⁴⁴, apenas contamos con información referente a sus acciones para que ello fuera así. En todo caso, el obispo y Pedrarias hubieron de estar en condiciones de disfrutar de un poder similar en Segovia al que otros prelados ejercieron sobre las urbes que les fueron encomendadas. Tras el fallecimiento de don Alfonso, el obispo y Pedrarias continuaron por un tiempo al frente de la ciudad y sometiénola a su control, circunstancia que aprovecharon para negociar unas condiciones ventajosas a la hora de reducirse de nuevo a la obediencia a Enrique IV, como explicamos en el

¹³⁴⁰ Así lo explicaba Enrique IV en una cédula del 2 de agosto de 1468 por la que informaba de que había embargado todos los bienes temporales del obispo de Segovia: “Segúnd que a todos en estos mis regnos es público e notorio, yo, confiando del obispo de Segouia e Pedrarias de Ávila, su hermano, la mi çibdad de Segouia et dexádoles por guardado della e de la reyna, mi muy cara e muy amada muger, e de la ynfanter, mi muy cara e muy amada hermana...”. AHNOB, Osuna, Cp. 105, doc. 9.

¹³⁴¹ Sobre la entrega de Segovia a los alfonsinos por los hermanos Arias Dávila, véase RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte*, op. cit., pp. 145-147. La notificación al reino de la toma de Segovia por parte de los alfonsinos, a 16 de septiembre de 1467, en AMMU, Cartulario Real, N. 798bis, fol. 207v.

¹³⁴² ASENJO GONZÁLEZ, M., *Segovia. La ciudad y su Tierra*, op. cit., p. 361.

¹³⁴³ Es ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 293 y p. 311 quien proporciona las referencias cronológicas, aunque son contradictorias entre sí: primero indica que los rebeldes “dexaron a Pedro Arias en guarda della, y al obispo, su hermano”, cuando la corte del infante-rey se trasladó a Arévalo, lo cual tuvo lugar en torno a mediados de noviembre de 1467, pues allí celebrarían el 15 de noviembre el infante-rey su cumpleaños, según explica MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 236. Sin embargo, al relatar la expulsión de ambos de Segovia a finales de septiembre de 1468, el cronista indica que habían “mandado e governado ocho meses” esta urbe.

¹³⁴⁴ El 20 de abril de 1468 el infante-rey Alfonso ordenaba restituir a Pedro Arias Dávila y a su hermano, el obispo de Segovia, todos los bienes, rentas y oficios que les fueron por su orden embargados por haber sido parciales de Enrique IV como consecuencia de los servicios que entonces le prestaban. AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87. Aquí se conservan otras mercedes concedidas a los hermanos Arias Dávila por el infante-rey.

apartado correspondiente. Tras firmar cierto pacto con el rey¹³⁴⁵, el obispo y Pedrarias entregaron a Enrique IV el control de la urbe y hubieron de acabar abandonándola¹³⁴⁶.

Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, tuvo también encomendada la guarda de dos posiciones clave para el partido alfonsino¹³⁴⁷: la ciudad de Ávila y la villa de Molina de Aragón. Como es conocido, en los meses previos a la Farsa de Ávila, el arzobispo de Toledo y varios de sus más estrechos aliados se unieron, independientemente de si fuera de forma sincera o no, a Enrique IV frente a un marqués de Villena que se había hecho con el control del ya príncipe Alfonso. Ello lo hicieron a cambio de varias contraprestaciones, entre las cuales se encontraba la entrega del cimborrio de la catedral abulense, fuerte fortaleza que le permitió tomar el control de la ciudad y, en su momento, abrir sus puertas, al volver a las filas del bando rebelde, al príncipe Alfonso para ser alzado por él mismo como rey allí¹³⁴⁸. Parece que, desde el bando alfonsino, se aceptó que el mitrado asumiera la defensa de esta urbe para su causa, pues según una carta dirigida por don Alfonso al conde de Arcos el 25 de septiembre de 1465, habían sido las tropas del doctor Pedro González de Ávila y de Álvaro de Bracamonte, dos importantes caballeros abulense, junto a las tropas que el arzobispo de Toledo había dejado en la ciudad para su guarda, los que resistieron y rechazaron un ataque de los enriqueños contra la urbe en las semanas previas¹³⁴⁹.

Contamos con algunos indicios de que el mitrado toledano se implicó en la organización de la defensa de la ciudad en favor de su partido: el 30 de agosto de 1465, en reunión capitular, los miembros del cabildo catedralicio abulense juraron “de tener secreto la carta que escreuieron al sennor arçobispo de Toledo sobre las rondas que

¹³⁴⁵ El 27 de septiembre de 1468, Enrique IV indicaba que “en çierto asyento e apuntamiento que yo mandé faser con el reuerendo padre don Juan Arias, obispo de Segouia, e con Pedrarias de Áuila su hermano, amos del mi Consejo, al tiempo que ellos fueron redusidos a mi obediencia e seruiçio e me entregaron la dicha çibdad de Segouia, que me estaua reuelada [...]”, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87.

¹³⁴⁶ RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte de los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 147-148.

¹³⁴⁷ También tenía bajo su control la torre de la catedral de Toledo. Desde ella, en junio de 1468, el abad de Medina servidor del arzobispo, resistiría la entrega de la ciudad a Enrique IV. LOP OTÍN, M. J., “La catedral de Toledo y los escándalos ciudadanos...”, op. cit., p. 356. Todo ello se refiere en un memorial presentado años más tarde por el propio abad custodiado en ACT, A.12.1.A.1.17a.

¹³⁴⁸ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 77-78; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 105.

¹³⁴⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIX, p. 515. El combate tuvo lugar realmente, pues el 28 de febrero de 1466 el cabildo catedralicio de Ávila dio poder a un procurador para recibir en su nombre los maravedíes que los de Ávila les debían de entregar por “la quema que se fiso” de las casas que el cabildo poseía en los arrabales de la ciudad “el verano pasado [...] quando la gente del rey don Enrrique vino a conbatir la dicha çibdat”. AHN, Clero, Códices, Libro 411, fol. 54r.

echauan a los senhores de la dicha Iglesia e cleresía de la çibdat”¹³⁵⁰. Aunque no se especifica el contenido de dicha carta, es ya de por sí significativo que el cabildo de Ávila tratara con el arzobispo Carrillo esta cuestión de índole militar, el cual, como denunciaría el enriqueño obispo de Ávila Martín Fernández de Vilches años más tarde, mantuvo encastillada la catedral durante todo el conflicto civil¹³⁵¹. Su control sobre la ciudad abulense aumentaría el 13 de agosto de 1466, cuando el infante-rey don Alfonso otorgó al arzobispo la alcaldía de Ávila por juro de heredad, con 120.000 maravedíes de sueldo¹³⁵², lo cual, según Castrillo Llamas, implicaba la tenencia conjunta del alcázar de la ciudad y del cimborrio de la catedral¹³⁵³. Por otro lado, Gómez Manrique, caballero al servicio del arzobispo, fue nombrado corregidor de Ávila por don Alfonso¹³⁵⁴, constándonos la presencia junto a él de diversos escuderos del arzobispo durante el desarrollo de la contienda que, sin duda, el mitrado hubo de destinar a la urbe para su defensa¹³⁵⁵.

Por otro lado, según señala Alfonso de Palencia en su crónica, el arzobispo levantó una fortaleza dentro de Ávila, la cual hubo de entregar tras los Toros de Guisando a Gonzalo Chacón por orden de la princesa Isabel¹³⁵⁶. Este dato es erróneo¹³⁵⁷ en parte, pues, gracias a los acuerdos firmados por la princesa Isabel y el arzobispo el 19 de septiembre de 1468 en Cebreros, sabemos que el arzobispo emprendió durante la

¹³⁵⁰ AHN, Clero, Códices, Libro 411, fol. 30r. El 7 de septiembre mandaron pagar a un mozo de coro cuatro reales por “la yda e venida que fue a Valladolid al sennor arçobispo con cartas sobre las rondas”. AHN, Clero, Códices, Libro 411, fol. 32r.

¹³⁵¹ El 9 de octubre de 1468 el obispo de Ávila protestaba ante la orden del legado *a latere* del papa Antonio Jacobo de Veneris para que levantase el entredicho que había puesto sobre Ávila porque, entre otras razones, “es notorio en estos regnos de Castilla, espeçialmente en la çibdad de Áuila e en toda esta nuestra diócesis, la yglesia de la dicha çibdad de Áuila ha estado e está encastellada, avrá çerca de quatro annos, poco más o menos, e en poder del muy reuerendo sennor don Alfonso Carrillo, arçobispo de Toledo, en grand vituperio, dapno e opresyón de la dicha yglesia e en perjuysio nuestro como a su perlado, a quien pertenesçe tenerla”. AHN, Clero, leg. 372.

¹³⁵² MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Contribución al registro diplomático del rey Alfonso*, op. cit., doc. VIII, pp. 61-63.

¹³⁵³ CASTRILLO LLAMAS, M. C., *La tenencia de fortalezas en la Corona de Castilla*, op. cit., pp. 1482-1483.

¹³⁵⁴ Sobre este personaje y los datos que indicamos, puede consultarse el estudio previo contenido en MANRIQUE, G., *Cancionero*, op. cit.

¹³⁵⁵ Por ejemplo, el 18 de marzo de 1467, en Ávila, y junto a Gómez Manrique, al que se titulaba como consejero de don Alfonso y su corregidor en Ávila, se encontraban Juan de Barrionuevo, Diego de Santander y Juan de Lasarte, escuderos del arzobispo de Toledo. AHNOB, Osuna, C. 2182, doc. 3.

¹³⁵⁶ Así lo señala el cronista: “Por acuerdo de esta señora dio a Gonzalo Chacón la fortaleza que había levantado dentro de Ávila, para desvanecer las murmuraciones de los que decían estaba apoderado del señorío de la ciudad”. PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 265.

¹³⁵⁷ El resto de cronistas señalan que lo que le entregó fue el Cimborrio de la catedral, por ejemplo, *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 255; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 337; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., pp. 146-147. En realidad entregó ambas fortalezas, el alcázar y el Cimborrio.

guerra importantes obras en el alcázar de Ávila. En efecto, en dichos acuerdos se estipulaba que el arzobispo debía entregar a la señora princesa “el alcáçar e Çimorro de Ávila”, que hasta entonces el prelado había controlado a través de su hombre de confianza, Gómez Manrique. Pero antes de dicha entrega, la señora princesa debía poner en poder del maestre de Santiago 500.000 maravedíes que se habrían de abonar al arzobispo “por el gasto de las lauores que se han fecho en el dicho alcáçar a costa del dicho arçobispo” y por el sueldo de la tenencia que de dicho alcázar hubo de haber Gómez Manrique, entendemos que por delegación, a su vez, del arzobispo, “destos annos pasados”. También debían serle entregados a Carrillo otros 500.000 maravedíes por los mismos conceptos, en seguridad de lo cual se acordó que la princesa hubiera de permitirle mantener la tenencia de la villa y fortalezas de Molina de Aragón¹³⁵⁸. Por otro lado, nos consta que el arzobispo se ocupó de pertrechar militarmente a la ciudad de Ávila, pues por este acuerdo la princesa se comprometió a dar a Gómez Manrique “seguridades de escripturas bastantes” del rey Enrique y suyas para que pudiese sacar “todos los pertrechos, armas e basteçimientos, e cosas e fasienda que el dicho arçobispo e el dicho Gómes Manrique e los suyos tyenen en la dicha çibdad e fortalezas e en su tierra” y para poder “leuar lo que quesyeren a la tierra del dicho arçobispo o a la suya e disponer dello como quesyeren”¹³⁵⁹. El arzobispo Carrillo, por tanto, controló las principales fortalezas de Ávila durante la guerra civil, se ocupó de reforzar sus defensas y mantuvo a su costa una guarnición en la ciudad durante el conflicto a la que él mismo pertrechó.

En lo que respecta a Molina de Aragón, tras la toma definitiva de la villa a finales de 1467 por parte de los caballeros del arzobispo Toledo del alcázar de Molina de Aragón, último reducto resistente al dominio alfonsino en la villa, el infante-rey don Alfonso, hizo merced al prelado de la alcaldía del propio alcázar de Molina¹³⁶⁰ y le encomendó la guarda y dirección de esta villa. Así lo explican las crónicas¹³⁶¹ y el

¹³⁵⁸ AGS, PTR, leg. 11, doc. 44, fols. 156r-v. Transcrito, con errores, en *Memorias de Enrique IV*, doc. CLIII, p. 568.

¹³⁵⁹ AGS, PTR, leg. 11, doc. 44, fol. 157r. También se estipuló que la princesa debía mandarles dar “las bestias e carretas” que hubiese menester para “sacar e leuar todo lo susodicho”.

¹³⁶⁰ Dada el 15 de diciembre de 1467. PAZ, J., *Castillos y fortalezas*, op. cit., p. 103.

¹³⁶¹ “E dende adelante la villa y el alcaçar e la torre de Aragon fue por el rey don Alfonso dado en tenencia al arçobispo de Toledo”. *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 177-178. En términos similares se expresan PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 356; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 257-258. La encomienda de la defensa de Molina de Aragón al arzobispo por parte de los alfonsinos es destacada también por MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 153.

propio Enrique IV cuando el 25 de septiembre de 1468 entregó a la princesa Isabel el señorío sobre Molina en virtud de los pactos alcanzados el 18 de septiembre previo¹³⁶². El monarca debía ordenar entonces al prelado toledano que acatara esta orden debido a “que por mý tiene la dicha villa e el alcázar e fortalezas della e Torre de Aragón”¹³⁶³, no debiendo entenderse la primera persona literalmente, pues sabemos por las crónicas que fue don Alfonso quien le hizo entrega de aquellos poderes.

Tras la muerte del infante-rey Alfonso, este tipo de funciones continuaron siendo encomendadas a otros obispos. Así, según nos transmite el cronista Alfonso de Palencia, al marchar Enrique IV y su Corte a Andalucía a mediados de 1469 para reintegrarla a su obediencia, confiaron al obispo de Osma la guarda de su obispado¹³⁶⁴, y el 22 de abril de 1470, Enrique IV ordenaría a la ciudad de Baeza que, siempre que fuera requerido por Alfonso de Acuña, obispo de Jaén, o Rodrigo de Valderrábano, su asistente en Jaén y Andújar, se unieran a ellos con sus gentes de armas¹³⁶⁵.

A un nivel menor, durante la guerra se encomendó la guarda de determinados enclaves y fortalezas a algunos prelados. Es el caso del arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca, el cual se ocupó, cuando Enrique IV marchó a Toledo para tomar la ciudad en junio de 1468, de defender Madrid y su alcázar por el rey tanto de los rebeldes al monarca como de los sospechosos al rey que se encontraban en la villa¹³⁶⁶.

3) Las labores de escolta de miembros de la realeza por parte de miembros del episcopado

El último tipo de intervención militar del episcopado que queremos destacar es su presencia en las escoltas de miembros de la familia real o de la propia figura regia. Esta es una acción donde se combina el carácter militar con el propagandístico, pues la presencia de algunos de los más relevantes prelados del reino y sus huestes junto a los reyes o sus parientes en público no deja de ser una muestra de apoyo a ellos y a su

¹³⁶² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLII, p. 563.

¹³⁶³ AGS, CCA, Diversos de Castilla, leg. 40, doc. 43, fol. 492r.

¹³⁶⁴ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 288-290.

¹³⁶⁵ CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., p. 276.

¹³⁶⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 298-299.

causa. Un caso en el que esta doble naturaleza puede observarse a la perfección es el de la escolta realizada por el arzobispo de Toledo al príncipe Alfonso cuando este se dirigía a Ávila para su coronación. El arzobispo salió de la urbe abulense con una leva de caballeros que habrían de acompañarle lo que restaba de distancia hacia la ciudad¹³⁶⁷. Obviamente, se buscaba proteger al príncipe, pero también dotar de su entrada a la urbe de un mayor boato. El arzobispo Carrillo se ocuparía también de escoltar a Alfonso durante gran parte de la guerra. Es especialmente destacado su acompañamiento a este el 16 de septiembre de 1467, cuando don Alfonso entraba en la recién conquistada para su causa urbe de Segovia. Según relataba el hermano del duque de Medina Sidonia a su hermano, el duque, en una carta escrita desde la urbe segoviana el 16 de septiembre, la conquista de la ciudad fue realizada por los caballeros laicos que acompañaban al infante-rey. Cuando la ciudad se encontraba prácticamente sometida, entró Alfonso acompañado del arzobispo de Toledo y otros señores con 2.000 lanzas. Este destacaba que ambos entraron “muy solepnemente, más non con çerimonia de panno, más como quien la tomó por fuerça”¹³⁶⁸.

Ya a comienzos de la rebelión, en concreto, a mediados de septiembre de 1464, el obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza escoltaría a Enrique IV, junto a otros, a las vistas de San Pedro de las Dueñas, haciendo otro tanto, pero en favor del marqués de Villena, el obispo de Coria Íñigo Manrique de Lara¹³⁶⁹. Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, también participó en un intento fallido de escolta, pues en mayo de 1467 él, junto a la condesa de Plasencia y uno de sus capitanes, debían custodiar al rey Enrique hasta Béjar o Plasencia para que negociase allí con los miembros del bando rebelde, pero un levantamiento de la Hermandad madrileña y de los partidarios del rey frustraría su intento¹³⁷⁰, haciendo huir al prelado y a los suyos¹³⁷¹. Asimismo, Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, quien permaneció durante la prácticamente toda la guerra junto al infante-rey Alfonso, no se implicó directamente en la batalla de Olmedo del 20 de agosto de 1467, por cuanto fue encargado de custodiar, junto al conde de Miranda, al infante-rey Alfonso y al resto de los cortesanos “menos

¹³⁶⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 303.

¹³⁶⁸ AMJF, Actas de 1467, fols. 112v-113r.

¹³⁶⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 218-219; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-219.

¹³⁷⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 269-270; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 289; PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 411-412; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 201-202.

¹³⁷¹ A 2 de junio de 1467 el infante-rey Alfonso condenaba los actos cometidos por los enriqueños en Madrid contra el arzobispo de Sevilla. ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 29.

aptos para pelear” al frente de cierto número de caballeros durante el curso de la batalla¹³⁷². Por otro lado, las crónicas también nos informan de que en la primavera de 1468 la princesa Isabel quiso acudir a las ferias de Medina del Campo, para lo cual la “escoltaron” el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria¹³⁷³.

Tras el fallecimiento de don Alfonso, el arzobispo de Toledo junto a los obispos de Burgos y Coria se ocuparon también de custodiar a la princesa Isabel en todo el proceso previo a los Toros de Guisando junto a otros nobles y prelados¹³⁷⁴, labor que Luis de Acuña, prelado burgalés, continuaría desarrollando tras aquellos acuerdos y hasta que el arzobispo de Toledo y el Almirante de Castilla acudieron en su busca para el matrimonio con Fernando¹³⁷⁵.

¹³⁷² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 421; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 210; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 298-299.

¹³⁷³ “Escoltaron a su excelencia el arzobispo de Toledo y el obispo de Coria...”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 472. De forma similar se indica en *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 239.

¹³⁷⁴ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 260-262; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 249-252; ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 310; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 334.

¹³⁷⁵ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 357.

CONCLUSIONES

Tras la realización de la búsqueda bibliográfica y documental, analizados cada uno de los aspectos que se plantearon como objetivos, expuesto el tema de forma amplia y desarrollados en cada uno de los apartados y subapartados, resta solamente presentar las conclusiones generales a las que podemos llegar en la presente tesis doctoral en torno a la participación de los miembros del episcopado castellano-leonés en la guerra civil de 1465 a 1468.

En el primer apartado, el referente a las elecciones episcopales, hemos podido comprobar cómo el acceso al ministerio episcopal se vio profundamente afectado por la conflictividad política en curso. Ya el propio inicio de la rebelión nobiliaria provocó que un Enrique IV que había mantenido un férreo control sobre las elecciones episcopales de sus reinos desde el comienzo de su mandato, se viera obligado a cambiar de actitud respecto a las provisiones episcopales en curso, las de León y Orense, y en torno a las cuales había mantenido un largo enfrentamiento con Roma por la manera en la que habían de ser resueltas. El mismo día en el que el Manifiesto de Burgos contrario a su gobierno era publicado, el monarca claudicaba ante Roma y aceptaba que la provisión de ambas sedes fuera finalmente como desde la Santa Sede se venía reclamando desde años atrás, haciendo referencia expresa al temor a que sus opositores trataran de hacer con el control de aquellas mitras y emplearan sus recursos materiales y simbólicos en su “deservicio”. Sin duda, con ello también el rey procuraba mejorar las relaciones con una Curia romana cuyo favor y amparo no habría de tardar demasiado en reclamar para hacer frente a sus rebeldes.

Como se ha expuesto, el referido temor del monarca a que sus opositores intentaran controlar las elecciones episcopales se encontró perfectamente fundado, pues enseguida, en sus manifiestos y negociaciones con el rey, aquellos pasaron a reclamar un obligatorio control o, si se prefiere, mediatización de la capacidad de acción y poder de intervención sobre las elecciones episcopales que durante los siglos bajomedievales los monarcas de Castilla habían logrado progresivamente consolidar por parte de un Alto Consejo que habría de estar compuesto por los nobles y prelados que se habían alzado contra el rey, con el fin de poder satisfacer sus aspiraciones sobre las mismas y

evitar que el monarca continuara haciendo uso de las sucesivas vacantes para continuar construyendo una alta jerarquía eclesiástica fiel y allegada a él mismo y que le respaldara en su gobierno, como había intentado hacer, con bastante éxito, durante la primera mitad de su mandato. A través de estas reclamaciones, y como otra de las conclusiones de este estudio, los rebeldes al rey no hacían sino poner en evidencia el valor político que se advertía en la función episcopal desde los intereses de la gobernación del reino, siendo considerada la identidad del eclesiástico que habría de ostentar una sede determinada como un aspecto políticamente relevante. Esto se pone de relieve a través de la cuestión también analizada de cómo los líderes de los partidos en pugna trataron de privar, aunque en ningún caso con éxito, de sus dignidades episcopales a algunos de los prelados que se habían significado políticamente en favor del partido contrario. Con ello se pretendía, como se ha podido comprobar en algún caso, hacer entrega de dichas sedes a eclesiásticos afines para incrementar la fuerza del partido propio.

Una vez que estalló la contienda civil, nos ha sido posible comprobar que en la práctica totalidad de las provisiones episcopales que se realizaron en los años de disturbios del reino se hizo presente, en diverso grado y forma, el propio conflicto político. Enrique IV, monarca que había procurado y llegado a pugnar con la Curia en los años previos para que las mitras vacantes de sus reinos fueran otorgadas en su inmensa mayoría a sus más estrechos colaboradores eclesiásticos o a los hijos y parientes de sus más destacados servidores, hubo de pasar a admitir las reservas y provisiones realizadas por el papa, Paulo II, sin duda con el fin de procurar el favor de Roma en tan crítica coyuntura. Como consecuencia de ello, el perfil de los eclesiásticos escogidos como obispos cambió de forma sustancial, pues de un predominio durante los diez primeros años del reinado de Enrique IV de clérigos estrechamente ligados al propio rey, pasamos a encontrarnos con que el papa destinó a las sedes vacantes a prelados allegados y perfectamente integrados a la Curia romana, en muchos casos sin vínculos de servicio previo o relación con el monarca, aunque siempre de origen castellano. Sin embargo, el sentido de varias de las elecciones impulsadas por el papa fue una muestra palpable de su favor a Enrique IV durante la lucha que por el trono se desarrollaba en Castilla, ya que nominó para distintas sedes a algunos eclesiásticos, como es el caso de Rodrigo Sánchez de Arévalo y el doctor Rodrigo de Vergara, que, aunque ambos se encontraban en Roma al servicio de la Curia, eran también estrechos

colaboradores del rey y, más aún, sus procuradores ante el papa, encargados desde el comienzo de la guerra de defender su causa frente aquellos que le habían depuesto y alzado como rey a su hermanastro Alfonso.

Sin embargo, los nombramientos realizados por el papa y aceptados por Enrique IV, no fueron igual de bien recibidos en Castilla. Hemos podido comprobar cómo muchos cabildos catedralicios, mediatizados o no por otros poderes, trataron de oponerse en este contexto a la reserva pontificia e intentaron hacer valer sus derechos en las elecciones, dando lugar a sonados debates por la provisión de las sedes. Entre estos conflictos son especialmente relevantes para nosotros aquellos en los que intervinieron los partidarios del infante-rey Alfonso. Su intervención se encontró motivada desde una doble perspectiva: evitar que el control de determinadas mitras pasara a manos de prelados opuestos a su causa y que escaparan al control de determinados eclesiásticos que se habían significado en su favor en la guerra. Así ocurrió en el caso de Córdoba, cuya provisión episcopal en favor de Pedro de Córdoba y Solier, partidario de Enrique IV en los momentos iniciales de la guerra, se encontraba prácticamente resuelta cuando tuvo lugar el acto de Ávila. Los alfonsinos y sus seguidores en Córdoba trataron entonces de apelar a Roma para conseguir su anulación a partir de una encendida defensa de los derechos del “nuevo” rey de Castilla en las elecciones episcopales de sus reinos. Significativamente, este conflicto se terminaría tras la incorporación del electo a la causa rebelde, permitiéndosele por ello tomar posesión de su sede. No obstante, el caso más destacado es el de Sigüenza, donde el candidato capitular a la sede, el deán Diego López de Madrid, prometió su unión a la causa rebelde a cambio de que se le ayudara a conseguir la posesión de una sede que desde Roma se había reservado y entregado al cardenal Juan de Mella. Se iniciaron dos años de pugna por el control de esta mitra en los que los principales líderes del partido alfonsino, Juan Pacheco y, en especial, Alfonso Carrillo, respaldaron las pretensiones del deán a fin de mantener a la potente iglesia seguntina en su causa. El interés por el control de esta mitra fue tal que el arzobispo de Toledo llegó a servirse de sus buenas relaciones y estrecha alianza con el rey de Aragón para que este se uniera a sus suplicas a Roma para que se aceptara la elección de Diego López de Madrid. Tras el fallecimiento del cardenal en octubre de 1467, el conflicto concluyó expeditivamente tras la elección pontificia, a suplicación de Enrique IV, de Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y el mayor de sus

partidarios en la guerra, como nuevo obispo. La ciudad de Sigüenza sería tomada al asalto, siendo apresado el deán y entregada la efectiva posesión de la sede a Mendoza.

El final de la guerra civil, en el contexto del cual Enrique IV hubo de entregar el gobierno de su persona, casa y reino a un Alto Consejo compuesto por antiguos opositores y partidarios de su causa durante la guerra, también afectó a las elecciones episcopales, por cuanto estos procuraron valerse de su posición para influir en su desarrollo y sentido. Sería Juan Pacheco, maestre de Santiago, el primero de aquellos que procuró que las vacantes castellanas, comenzando por la de Cuenca, se resolvieran de una forma que no era la que deseaba un rey que, no obstante, ya se encontraba sometido a sus designios.

En el segundo apartado, se ha analizado la presencia del episcopado en el Consejo Real, órgano esencial para la gobernación del reino, entendiendo este como dos realidades distintas, el Consejo de Justicia y el Alto o Secreto Consejo, contando ambos con la presencia de miembros del episcopado en él pero siendo por el control y presencia en último, desde el cual sus miembros habrían de gobernar el reino junto al rey, por el que pugnaron durante estos años los principales miembros del episcopado y de la nobleza del reino. Creemos que las precisiones iniciales realizadas en torno a su distinción sirven, más allá de para el correcto estudio de la inclusión de los miembros del episcopado en el mismo, también como aportación para ayudar solventar las dudas y confusiones historiográficas existentes en torno a este organismo, su funcionamiento y significación.

En primer lugar, y como conclusión de conjunto, se ha podido comprobar cómo este fue un periodo sumamente significativo en lo que se refiere la participación de los miembros del episcopado en este doble organismo, por cuanto, según se ha podido comprobar, su organización y, por ende, el modo en el que habría de producirse la inserción del episcopado en él, fue objeto de distintas remodelaciones durante el conflicto en curso.

En efecto, y tras una breve introducción en torno a la situación del Consejo de Enrique IV ante el inicio de la rebelión nobiliaria y la identificación de los miembros del episcopado que efectivamente formaban parte del mismo entonces, se ha analizado en detalle la remodelación exigida, por los numerosos prelados y caballeros opuestos a Enrique IV el 5 de diciembre de 1464, del Alto Consejo y del Consejo de Justicia en la

Sentencia Arbitral de Medina del Campo, y cuál habría de ser la presencia de los miembros del episcopado en ella. El estudio de dicho texto, de las funciones otorgadas tanto a los miembros del episcopado como a los letrados y caballeros que habrían de formar parte de este organismo y el análisis específico del perfil de los prelados que fueron seleccionados por la comisión de Medina para formar parte del mismo, los obispos de Segovia, Ciudad Rodrigo, Cartagena y el electo de Córdoba, nos ha permitido, primero, comprobar que, a pesar del requerimiento anteriormente señalado, en la Sentencia tan solo se pretendió regular el Consejo de Justicia, y, segundo, rechazar definitivamente el tópico historiográfico de que este “Consejo” del que se hablaba en la Sentencia y del que habrían de formar parte los prelados señalados, fuera el instrumento que los rebeldes al rey pretendieron utilizar para imponerse en la gobernación del reino y someter a la monarquía a su control.

Al contrario, en relación al Consejo de Justicia se trató de regular un órgano gubernativo que habría de encargarse de la aplicación de la justicia regia, y que se encontraría compuesto por unos caballeros, letrados y prelados que, refiriéndonos en especial a estos últimos, se trataban de individuos sobradamente capacitados para ocupar el cargo técnico que se les otorgaba, que ya contaban con una amplia formación y experiencia previa en las labores burocrático-administrativas al servicio, precisamente, de Enrique IV, y que no se trataban, en aquellos momentos, de personajes afectos a los rebeldes al rey, siendo comprobable cómo al estallar la guerra ninguno de los prelados allí seleccionados se unió a la causa alfonsina, aunque dos, el obispo de Córdoba y el de Segovia, circunstancialmente, y una vez ya avanzada la guerra, si lo harían. En consecuencia, en contra de lo que tradicionalmente se ha mantenido, hemos podido concluir que los comisionados de Medina pretendieron organizar el Consejo de Justicia con la intención de que fuera eficiente, sin imponer en el mismo a laicos o prelados desafectos o desconocidos al monarca al que habrían de servir en adelante en dicha institución. Sería, en consecuencia, desde el Alto o Secreto Consejo desde donde los nobles y prelados desafectos al rey habrían de tratar de controlar a la figura rey y la gobernación del reino. Aparte de este ordenamiento del Consejo de Justicia en la Sentencia de Medina, se ha solido admitir que en torno a mayo de 1465 fue redactado otro similar cuyo estudio debíamos abordar por cuanto en él también era regulada y se especificaba la presencia de miembros del episcopado en el mismo, pero el análisis

detallado de este ordenamiento nos permitió descartar la datación que se le había dado y situarlo en los primeros años del reinado de Enrique IV.

Tras una relación de los prelados que, en el periodo que media entre el rechazo por parte del rey de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, conformaron el Alto Consejo y el Consejo de Justicia de Enrique IV, hemos analizado de forma individualizada la composición de dichos Consejos en la Corte de Enrique IV y en la del infante-rey Alfonso tras la Farsa de Ávila y hasta los esenciales pactos de Segovia de septiembre de 1467. Ha sido posible comprobar que ambos contaron con prelados en sus Consejos, aunque con diferencias. Por el lado alfonsino, en el Alto Consejo del infante-rey se integraron todos aquellos prelados que habían encabezado la rebelión nobiliaria contra Enrique IV, encabezados por el arzobispo Carrillo, y que aspiraban a asumir el gobierno del reino a partir de su presencia en este órgano. Sin embargo, en su Consejo de Justicia no encontramos a ningún miembro del episcopado del reino. No obstante, hemos podido comprobar cómo miembros de las clientelas de algunos prelados, y en especial del mencionado arzobispo de Toledo, se integraron en el Consejo de Justicia del infante-rey y en otros sectores de su Casa y Corte, lo que debe ser valorado como otra forma de colaboración del episcopado en la gobernación de aquella parte del reino que quedó en la lealtad del infante-rey. Sin embargo, sobre esta cuestión concreta no se pueden obtener aún conclusiones ni siquiera aproximadas, pues es necesario y perentorio un análisis previo individualizado de las Casas y Cortes de los prelados y, también, magnates laicos que formaron parte del Alto Consejo alfonsino para comprender el grado de integración de sus clientelas y, por tanto, poder y control de cada uno de ellos en la Corte alfonsina.

Por el lado enriqueño, al comienzo de la guerra puede señalarse como miembro principal de su Alto Consejo al obispo de Calahorra Pedro González de Mendoza, que actuó como verdadero jefe de su partido. Sin embargo, según la contienda avanzaba, la composición de su Alto Consejo también fue transformándose, dándose en ocasiones entrada al mismo al arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca y abandonado el obispo Mendoza y sus parientes aquel. En este sentido, se ha podido comprobar cómo la composición de dicho Alto Consejo y la presencia de determinados obispos en él varió según la voluntad regia y sus necesidades políticas circunstanciales. Por otro lado, en el Consejo de Justicia enriqueño sí es posible encontrar a prelados, entre los cuales destaca especialmente el obispo de Cartagena Lope de Rivas, prelado con perfil letrado con al

menos más de una década al servicio de la Corona en este organismos, el cual trató de mantener en funcionamiento durante la guerra, desarrollando una labor muy similar a la del obispo de Lugo con respecto a la Audiencia.

Asimismo, dentro del bloque referente al Consejo, han podido ser analizados en conjunto por vez primera dos documentos, que, aunque editados, no habían recibido aún un tratamiento historiográfico pormenorizado dentro de su contexto y que creemos que resultan esenciales para conocer los verdaderos objetivos de los prelados y caballeros que se alzaron en 1464 a Enrique IV. Nos referimos a los compromisos que, tras la claudicación de Enrique IV ante sus rebeldes por la toma alfonsina de Segovia, se firmaron entre los opositores al rey Enrique y el juramento prestado a este último por aquellos los días 23 de septiembre y 4 de octubre de 1467. Por ellos el arzobispo de Sevilla, el arzobispo de Toledo y otros alfonsinos, debido a que Enrique IV se había sometido a ellos, acordaban la reducción tanto de Enrique IV como de don Alfonso al control de dos Altos Consejos, formados por ellos, que habrían de ocuparse de forma conjunta y con el consenso de todos sus integrantes de todos los aspectos de la gobernación del reino. Como se ha analizado, su pronto fracaso vino dado por su propia naturaleza, pues una vez que determinados caballeros y prelados, encabezados por el arzobispo de Sevilla y el conde de Plasencia, obtuvieron un puesto en el Alto Consejo del rey Enrique, comenzaron a procurar la restitución de aquel como único rey de Castilla para poder influir y controlar la gobernación del conjunto del reino sin necesidad de compartirlo con una amplia representación de la nobleza castellana. Esta situación, que provocó un cada vez mayor aislamiento de los partidarios del infante-rey y recelos entre sus miembros, llevó a la confederación firmada entre el maestre de Santiago y el arzobispo Carrillo en junio de 1468 por la que se arrojaban para sí el gobierno en nombre del infante-rey Alfonso como miembros principales de su Alto Consejo, pacto este de una breve vida, por cuanto don Alfonso falleció un mes más tarde.

Tras el fallecimiento del infante-rey y la conclusión de las negociaciones que desembocaron en los Toros de Guisando y el perdón de Enrique IV a sus rebeldes, se fraguó un nuevo Alto Consejo regio compuesto por el maestre de Santiago, el arzobispo de Sevilla y otros caballeros, al que no tardaron en integrar al ya obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza y a los miembros de su linaje y alianza. Todos ellos eran miembros principales de la oligarquía nobiliaria del reino, a los que el monarca

entregaba el gobierno de Castilla con el fin de conservar su fidelidad ante la contienda sucesoria que cada vez comenzaba a verse más clara. La aceptación de la entrada del poderoso clan de los Mendoza en el Alto Consejo de Enrique IV fue procurada con el fin de evitar que se unieran a los partidarios del matrimonio entre la princesa Isabel y Fernando de Aragón, dirigidos por el arzobispo de Toledo, el obispo de Coria y el almirante de Castilla, quienes, excluidos de la gobernación del reino, procuraron que aquellos alcanzaran la sucesión del reino bajo la promesa formulada desde Aragón de que, una vez que alcanzaran el trono, habrían de contar con su colaboración para la dirección del reino.

En lo que se refiere a la presencia del episcopado en el Consejo de Justicia, se ha podido comprobar cómo durante la guerra este se sumió en el caos. Así lo denunciaron los procuradores de las ciudades en las Cortes de Ocaña de 1469, que reclamaron al monarca la necesidad de su reforma y de proveerlo de letrados, prelados y caballeros suficientes. Es este sentido, y como ha podido ser analizado, resulta sumamente relevante el hecho de que el monarca diputara a los dos miembros del episcopado que entonces formaban parte de su Alto Consejo, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza, para que reorganizaran dicho Consejo de Justicia y nombraran a los prelados y demás miembros que habrían de formar parte del mismo. A esta misión debe pertenecer un nuevo ordenamiento, con casi toda seguridad redactado bajo la dirección de Mendoza y Fonseca, por el que se establecía la residencia de otros dos prelados en dicho Consejo de Justicia en adelante para el servicio del rey, siendo probablemente los escogidos para ello el obispo de Astorga García Álvarez de Toledo y el ya referido Lope de Rivas, obispo de Cartagena, a los cuales hemos podido documentar actuando como miembro del Consejo de Justicia del rey ya ese mismo año y en los siguientes. La misión, en consecuencia, del obispo Mendoza y el arzobispo Fonseca se revela así como esencial para la estructuración de este organismo fundamental para la gobernación del reino durante lo que restaba del mandato de Enrique IV.

En síntesis, ha sido posible comprobar cómo, durante toda la contienda civil, y también en sus prolegómenos y postrimerías, existió una importante presencia de miembros del episcopado tanto en el Alto Consejo como en el Consejo de Justicia, respondiendo el perfil de los primeros a aquellos prelados que mayor poder político acumulaban en el reino y que mayor participación política tuvieron en la contienda y, en el segundo, a obispos de un perfil más letrado y de orígenes más humildes, que habían

ascendido en la jerarquía eclesiástica a partir de sus servicios a la Corona en los órganos burocrático-administrativos de la Corona.

En lo que respecta a la Audiencia Real, la otra gran institución de la monarquía encargada de la aplicación de la justicia regia, no solo se ha podido comprobar que su estado y organización formó parte de los debates entre el monarca y sus rebeldes, sino también la presencia de miembros del episcopado en ella, entre los que destaca García Martínez de Bahamonde, obispo de Lugo. Precisamente, el papel de este prelado en la dirección de la Audiencia durante estos años es crucial, pues cuando en la Sentencia Arbitral de Medina, y por exigencia de los nobles y prelados opuestos al rey, se abordó una reorganización de la Audiencia en la que se estipuló el nombramiento de dos prelados presidentes de esta institución que servirían la mitad del año cada uno, se admitió excepcionalmente que el obispo de Lugo ejerciera permanentemente como único prelado presidente, alegándose sus virtudes y condición de letrado. Y es que, según se ha podido analizar, parece que este obispo trató durante toda la contienda, y alejándose de la conflictividad política existente, de mantener en funcionamiento la Audiencia desde Valladolid. Como en el caso del Consejo de Justicia, la Audiencia también sufrió las secuelas de la división del reino, reclamando los procuradores de las Cortes de Ocaña una reorganización de la misma para la cual también fueron diputados por el rey el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza. De esta forma, estos dos prelados, miembros principales del Alto Consejo regio en aquellos momentos, se revelan como dos figuras vitales para la recomposición de las principales instituciones de gobierno de la monarquía a nivel central en las postrimerías de la guerra civil. El obispo de Lugo continuaría formando parte de la Audiencia en los años siguientes.

Sin abandonar el ámbito de la gobernabilidad del reino durante el conflicto civil, en el apartado referente a las Cortes del reino se ha podido detectar una importante colaboración institucional de numerosos prelados en las Cortes celebradas o cuya celebración se planteó en dicho periodo. En efecto, se ha podido comprobar cómo diversos prelados, en los primeros momentos de la revuelta nobiliaria, colaboraron con el rey o impulsaron desde el bando rebelde la celebración de unas Cortes con las que respaldar sus respectivas aspiraciones políticas y, más adelante, intentar efectuar el juramento de don Alfonso como príncipe heredero. Es en las Cortes de Salamanca de mayo de 1465 donde se puede observar una colaboración directa de distintos prelados con el rey en la celebración de las mismas, siendo, sin duda, Pedro González de

Mendoza, obispo de Calahorra y entonces principal miembro del Alto Consejo del rey, y Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, los dos miembros del episcopado que desarrollaron durante dichas Cortes una labor más intensa en servicio del rey, ya que fueron, como miembros del Consejo y entre otros delegados regio, los encargados de interactuar en representación del monarca con los procuradores de unas ciudades del reino a las que Enrique IV necesitaba mantener en su lealtad ante el ya inminente estallido de las hostilidades. Así, estos prelados fueron los encargados de atender a las peticiones tanto generales como particulares presentadas por los procuradores de las distintas ciudades del reino y de negociar el otorgamiento del servicio que el monarca reclamaba a aquellas para, principalmente, hacer frente a sus opositores. Durante el desarrollo de la guerra civil, se ha podido detectar también la participación de distintos miembros del episcopado en los intentos de los dos bandos en pugna por celebrar unas Cortes generales que habrían de reforzar sus respectivas causas que, no obstante, no llegarían a celebrarse durante la contienda.

No sería ya hasta después del fallecimiento del infante-rey, cuando pudieron celebrarse unas nuevas Cortes generales, esta vez en Ocaña. En ellas, de nuevo ha podido ser detectado y analizado el papel especialmente relevante que jugaron dos miembros del episcopado, en concreto, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza, a los cuales, en tanto miembros principales del nuevo Alto Consejo del rey Enrique, les fueron confiadas numerosas comisiones particulares en el contexto de las Cortes, entre ellas las ya mencionadas para reformar el Consejo de Justicia y la Audiencia Real, entre otras tendentes a reconducir la gobernación del reino tras la crisis pasada. Ambos prelados, junto con otros miembros del Alto Consejo regio, fueron los encargados de negociar también con los procuradores de las ciudades la concesión del servicio solicitado por el rey y las condiciones y seguridades necesarias para el mismo. Por último, dentro de este bloque referente a las Cortes han podido ser analizadas otras formas de colaboración de los miembros del episcopado con los monarcas en las Cortes, entre las que destaca en especial su injerencia o intervención para la selección de los procuradores que determinadas urbes habían de mandar a las mismas. Con este tipo de acciones, los prelados que más cerca se encontraban del rey estarían asegurando que los escogidos fueran favorables a las peticiones que el monarca y su equipo de gobierno habrían de presentarles.

En el quinto bloque, hemos abordado el análisis de la participación de los miembros del episcopado en la diplomacia, en las relaciones exteriores al reino, tanto del rey, Enrique IV, como sus detractores. Una visión de conjunto del desarrollo de dichas relaciones nos permite comprobar que en este periodo nos encontramos ante la particularidad de que, a pesar de que fueron numéricamente pocos los miembros del episcopado que fueron enviados o les fueron encomendadas misiones diplomáticas en el exterior del reino, estos intervinieron activamente en las relaciones exteriores como miembros principales del Alto Consejo de Enrique IV o de la facción nobiliaria opuesta al rey, los cuales no dudaron en impulsar acciones de cara al exterior del reino en perjuicio del monarca legítimo.

Los miembros del episcopado jugaron un papel especialmente relevante en las relaciones entre Enrique IV y el bando rebelde y, después alfonsino, durante la guerra, con Roma, sin duda, el lugar donde mayores esfuerzos diplomáticos se concentraron en estos años por parte de ambos bandos. Así, desde el bando alfonsino, encontramos a un grupo de prelados y magnates, encabezados por Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, encargados de convencer al pontífice de la legitimidad de sus actos contra un monarca que se encontraba férreamente respaldado en la Curia por un nutrido grupo de procuradores y embajadores entre los que se encontraban el obispo de León Antonio Jacobo de Veneris, el obispo de Oviedo Rodrigo Sánchez de Arévalo, el cardenal Juan de Carvajal, administrador de la sede de Plasencia, y el doctor Rodrigo de Vergara, quien durante la contienda civil, y mientras ejercía como procurador estable en la Curia del monarca castellano, se convirtió en administrador de la sede de Tuy y obispo de León. El caso de este último y el de otro de los embajadores en 1465 en la Curia del rey, el arcediano de Almazán Juan de Medina, son especialmente relevantes por cuanto mantenían un estrecho vínculo con el obispo Pedro González de Mendoza, cabeza del Alto Consejo enriqueño cuando estalló la guerra, y cuya intervención para la selección de ambos para efectuar esta misión resulta por tanto presumible. Estos procuradores y embajadores de Enrique IV jugaron un papel fundamental en que Paulo II se decantara en la contienda por su causa, tal y como los prelados y magnates alfonsinos señalaban en sus cartas al papa para intentar convencerle de cambiar de parecer.

En el caso del reino de Aragón, tan solo hemos podido conocer la participación de miembros del episcopado en estas relaciones entabladas con dicho reino desde el bando alfonsino, siendo el arzobispo Carrillo, antiguo aliado del monarca aragonés, el

que impulsó unas embajadas con las cuales se procuró alcanzar determinados objetivos favorables a las pretensiones de su partido, siendo especialmente destacado el hecho de que logró que Juan II se implicara de forma activa a sus gestiones en Roma para lograr que el papa aceptara la provisión de la mitra seguntina de su aliado, Diego López de Madrid. Con respecto a Inglaterra, Enrique IV envió a un prelado de su más absoluta confianza, fray Alfonso de Palenzuela, para firmar una alianza con el monarca de aquel reino. En este caso, es destacable cómo la documentación conservada permite constatar que en la organización y planificación de esta embajada participaron los miembros de su Consejo, entre los cuales mencionaba expresamente al arzobispo hispalense, desarrollando una labor similar a la que en 1465 el obispo de Calahorra hizo como miembro del Alto Consejo cuando la propia reina Juana fue enviada a Portugal a procurar una alianza con el monarca luso. Con respecto a Francia, es ya en las postrimerías de la guerra, cuando, estando el rey en Córdoba, fue recibida una embajada del rey de Francia en cuya recepción y negociación con el embajador francés desempeñó un relevante papel el ya obispo de Sigüenza Pedro González de Mendoza en tanto que miembro de su Alto Consejo.

En los dos últimos apartados hemos podido analizar los dos tipos de intervenciones del episcopado que más directamente se encuentran relacionadas con el curso de la guerra: su papel en las negociaciones y mediaciones políticas y sus actuaciones de carácter militar.

En el sexto apartado, ha sido analizada la participación de los miembros del episcopado en las negociaciones y mediaciones políticas que se plantearon a lo largo del conflicto. Ha sido posible comprobar, desde el inicio de la rebelión nobiliaria de mayo de 1464, la presencia e intervención continua de un muy significativo número de prelados en las sucesivas negociaciones y vistas que tuvieron lugar entre los bandos en pugna. Que en estas se plantearan acuerdos de paz para acabar con el conflicto e incluso verdaderas reformas del modelo de monarquía, no es sino una muestra más del importante papel político que asumieron numerosos miembros del episcopado en la evolución de la guerra. Sin duda, su propia condición episcopal les otorgaba un especial valor para desarrollar este tipo de actuaciones por la especial respetabilidad que emanaba de su alta dignidad. Sin embargo, el análisis detallado de los procesos de negociación entre el rey y sus rebeldes y de los prelados que intervinieron en ellas, nos ha servido para constatar que tan solo se produjo la intervención de aquellos arzobispos

y obispos que más se habían significado políticamente en la contienda en favor de uno u otro bando, por lo que puede concluirse que fue en primer término la significación y relieve político de estos prelados la que condicionó su presencia en los procesos de negociación. Asimismo, también se ha podido comprobar cómo, según avanzaba la guerra y las posturas se radicalizaban, la participación de determinados obispos en las negociaciones quedó condicionada a su concordancia personal con las posturas o líneas de acción política de Enrique IV, por un lado, o de la facción predominante en aquel momento en el bando formado en torno al infante-rey don Alfonso. De esta manera prelados que habían asumido posturas radicalizadas en el conflicto contra el bando rival, como Lope de Barrientos o Pedro González de Mendoza por el partido regio o Alfonso Carrillo por el alfonsino, fueron progresivamente desplazados para dar paso a la figura omnipresente de Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, quien, una vez que estalló el conflicto, se situó en una posición indefinida entre los bandos que le permitió convertirse en pieza esencial tanto para Enrique IV como para el marqués de Villena, cuando deseaban entablar negociaciones con sus rivales, siendo un intermediario o mediador esencial para ambos en sus contactos.

También hemos podido analizar otros tipos de intervenciones del episcopado en las negociaciones entre los bandos, aquellas a través de las cuales se buscó o procuró proporcionar las condiciones necesarias para que los representantes de los partidos enfrentados pudieran entrevistarse con garantías de seguridad y tratar de llegar a un acuerdo con el que poner fin al conflicto. La figura del mitrado hispalense también alcanza una importancia fundamental desde esta perspectiva en las negociaciones mantenidas durante la guerra por los partidos en pugna, por cuanto fue en numerosas ocasiones el encargado de custodiar a los rehenes que habían de ser entregados por los bandos para que distintos miembros de los mismos pudieran reunirse sin temor a represalias con sus rivales. Asimismo, fue el encargado de proporcionar en varias ocasiones un entorno seguro al que los comisionados por cada bando e incluso el propio rey Enrique pudieran reunirse para negociar, asumiendo él la protección de todos aquellos mientras tuviera lugar el diálogo entre las partes. No fue Fonseca el único prelado que colaboró en este sentido, pues también, al inicio de la rebelión, el arzobispo Carrillo se ocupó de la custodia de los rehenes exigidos por los opositores al rey para que el marqués de Villena acudiera por primera vez a negociar con el rey tras formalizarse la oposición al monarca. Asimismo, otros prelados, como el propio

Carrillo, proporcionaron los rehenes necesarios para el desarrollo de tales negociaciones, e incluso el obispo de Palencia Gutierre de la Cueva, se convirtió en uno de los rehenes exigidos por los rebeldes al rey para el desarrollo de las negociaciones del verano de 1464.

Por otro lado, y sin abandonar el ámbito de la negociación política en el marco del desarrollo del conflicto, hemos podido analizar el papel fundamental que determinados miembros del episcopado integrados en alguno de los bandos en pugna jugaron a la hora a negociar con otras instancias de poder del reino con el fin de atraerles a la causa política por la que se habían significado o mantenerles en ella, labor esencial esta por cuanto las posibilidades de éxito de cada bando dependía de los apoyos que pudieran reunir. Sin embargo, las crónicas y fuentes hasta ahora encontradas tan solo nos permiten atisbar lo que sin duda hubo de ser una intensa diplomacia interna desde el mismo momento en el que se planteó la revuelta nobiliaria y la participación del episcopado en la misma. No obstante, hemos podido comprobar cómo Pedro González de Mendoza, obispo de Mendoza, realizó una labor fundamental al aglutinar en torno a Enrique IV y la reina Juana todo un bando nobiliario frente a sus opositores; cómo determinados obispos, como el obispo de Burgos, fueron enviados a determinadas regiones o urbes del reino para negociar su inclusión en los bandos en pugna; o cómo el arzobispo de Toledo, en colaboración con Juan Pacheco, mantuvo también unas intensas negociaciones con algunas villas y caballeros del reino con el fin de alcanzar su inclusión en la causa rebelde, siendo en este sentido especialmente destacadas las negociaciones en las que participó en el verano de 1467 con el conde de Alba para atraerle a su partido y con los hermanos Arias Dávila para conseguir tomar la urbe Segovia para la causa del infante-rey. Por otro lado, también ha podido comprobarse cómo algunos miembros del episcopado fueron objeto de esta misma diplomacia interna, destacando los ofrecimientos realizados por Enrique IV al obispo de Córdoba para que regresara a su obediencia o los intentos Pedro de Girón, maestre de Calatrava, de conseguir que el obispo de Jaén se uniera a la causa rebelde, cercándole en su castillo episcopal de Begíjar como consecuencia de su negativa.

En último lugar dentro de este apartado, se ha analizado en detalle la legación enviada a mediados de 1467 por el papa Paulo II a Castilla para mediar y poner fin al conflicto por cuanto esta se encontró encabezada por un miembro del episcopado castellano, Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León. La postura favorable al rey del

papa ya quedó de manifiesto con la propia elección del legado, pues este fue uno de los embajadores regios encargados en 1465 de defender su causa frente a sus detractores. Esto y la solución que trató de imponer el papa al conflicto, que habría de pasar en cualquier caso por el reconocimiento único de Enrique IV como rey, condujeron al fracaso de la misma ante el rechazo de los opositores al monarca.

En el séptimo y último bloque, ha sido posible comprobar y reconstruir los distintos tipos de actuaciones de carácter militar de los miembros del episcopado en este conflicto. No solo se ha podido comprobar una alta participación, sino que también se ha podido constatar que fueron algunos prelados los que en mayor medida apelaron al recurso a las armas para poner fin al conflicto en este contexto. Así, obispos como Pedro González de Mendoza, Lope de Barrientos y, sobre todo, el arzobispo Alfonso Carrillo, no dudaron en abogar en favor de la utilización de la fuerza con el fin de acabar con el rival de su respectiva facción desde el mismo comienzo de la revuelta nobiliaria. Como consecuencia de ello, se ha podido documentar una destacada participación de distintos miembros del episcopado de los dos bandos que entonces se encontraban en pugna en los enfrentamientos armados, de muy distinta escala, que tuvieron lugar durante la contienda. Su implicación fáctica fue cuantitativamente elevada, ya que un relevante número de prelados participó en actos bélicos de distinto tipo, aunque ninguno alcanzó el nivel de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, quien no dudó en recurrir a las armas a lo largo de todo el conflicto. La participación del episcopado en actos bélicos respondió a la lógica de que fueran parte principal de la oligarquía socioeconómica del reino, lo que implicaba que pudieran mantener huestes, y al alto nivel de implicación en el marco conflictivo en curso de determinados prelados. En directa relación con esto último, es comprobable que fueron especialmente aquellos obispos que ostentaban las sedes más ricas y con mayores recursos materiales, encabezados por el mitrado toledano, los que en mayor medida se implicaron en este tipo de actos.

Más allá de su actuación militar en el campo de batalla, se ha podido constatar el hecho de que, al igual que otros magnates laicos, algunos prelados recibieron el encargo de sus respectivos partidos para ocuparse de la defensa de una determinada urbe o región durante la guerra. Este es el caso, entre otros, del obispo Luis de Acuña respecto a la ciudad de Burgos o de fray Lope de Barrientos con respecto a Cuenca, a los cuales les fueron encomendadas la guarda y protección de esas ciudades con unos amplísimos

poderes que les otorgaban la facultad de emitir los mandatos y órdenes que consideraran pertinentes con el fin principal de conseguir que aquellas se mantuvieran en la lealtad de sus respectivas causas y de defenderlas de las actuaciones que por parte de los miembros de la facción contraria se pudieran tratar de emprender contra ellas. Por último, dentro de este apartado de actuaciones de naturaleza militar, también ha podido ser comprobado cómo algunos prelados se ocuparon durante el conflicto de la escolta de determinados miembros de la realeza.

A partir de todo lo expuesto, podemos concluir sin dudas que la presencia y participación del episcopado en esta contienda fue cualitativa y cuantitativamente muy relevante. El análisis de los diversos apartados en el cuerpo de la tesis nos ha servido para comprobar la gran influencia política y repercusión de los actos de los miembros del episcopado en el marco conflictivo general en curso y su papel en la gobernación del reino en esta crítica coyuntura, y que un número relevante de ellos adquirieron una entidad muy superior en el curso de los acontecimientos a la de la mayor parte de los otros miembros de la oligarquía política castellano-leonesa que se implicó en la contienda.

Por supuesto, con ello no queremos decir que los prelados tuvieran un mismo nivel ni formas de participación y de repercusión en la guerra. Algunos obispos como Pedro González de Mendoza, Luis de Acuña, Íñigo Manrique Lara o fray Lope de Barrientos, junto a los arzobispos Alfonso Carrillo de Acuña y Alfonso de Fonseca y Ulloa, fueron los que tuvieron mayor protagonismo en el contexto conflictivo, logrando (o intentando) condicionar a través de sus actuaciones la evolución del conflicto en muy diversos momentos. Su capacidad para ello respondió al relieve político con el que contaban en el reino, ya fuera por su papel pasado o presente en la gobernación del mismo; por su destacada posición en las ligas y bandos que se habían opuesto al monarca desde el inicio de su mandato; por la potencia del linaje nobiliario en el que se encontraban integrados y que respaldaba e impulsaba sus acciones; o por el poder político, social y económico que les otorgaban las altas dignidades que ostentaban. En algunos casos, por todos los factores antedichos al unísono. Asimismo, también se puede constatar que los miembros del episcopado no fueron simples instrumentos de los líderes de sus respectivos bandos o partidos, sino que muchos actuaron y persiguieron en la guerra sus propios objetivos particulares, en la mayoría de los casos de entre aquellos que se implicaron activamente en la contienda, obtener para ellos o para sus

parientes y linaje un lugar en la gobernación del reino, una cercanía al poder que les permitiera satisfacer sus ambiciones particulares o del grupo en el que se encontraban integrados. Imitaban de esta manera las formas de actuación del estamento nobiliario del que buena parte de ellos procedían, aunque, en la mayoría de los casos, las principales bases socioeconómicas de las que se sirvieron para actuar en el conflicto fueron las que les proporcionaban su dignidad episcopal.

Llegados a este punto, solo queda reconocer los límites de este estudio o, si se prefiere, los campos de investigación que quedan abiertos y pendientes de análisis y cuyo abordamiento desbordaría los límites razonables de una tesis doctoral con un desarrollo necesariamente acotado en el tiempo, lo que no impide dejar testimonio de sus posibilidades como objeto de estudio futuro. El primero, es el que se refiere a la participación del episcopado en los procesos de propaganda y legitimación emprendidos por los bandos en pugna durante la guerra. Es fácilmente comprobable que distintos miembros del episcopado participaron en diversos actos y ceremonias, pronunciaron discursos e incluso promovieron la redacción de tratados y obras de naturaleza literaria dirigidos a legitimar o deslegitimar las pretensiones políticas de sus rivales durante el conflicto político, cuando no fueron ellos mismos quienes los redactaron. Al análisis parcial de estas cuestiones hemos podido dedicar algunos trabajos en nuestro proceso de formación predoctoral¹³⁷⁶. Sin embargo, la cantidad verdaderamente ingente de fragmentos cronísticos con referencias a actos de naturaleza propagandística y legitimadora; de cartas y manifiestos emitidos por ambos partidos con contenido propagandístico y legitimador que se han conservado; de testimonios documentales a ceremonias u otros actos realizados en estos años en este sentido; y la existencia de obras literarias de naturaleza propagandística y tratados político-jurídicos completos, parciales o cuyo contenido nos ha llegado de forma fragmentaria o de segunda mano redactados en favor de ambos bandos, nos permiten comprobar la existencia de unos programas de legitimación propia y deslegitimación del contrario por parte del bando enriqueño y del bando rebelde que bien justificaría la realización de un estudio monográfico, en el cual la actuación del episcopado y su significación legitimadora para los bandos en pugna debería ser objeto esencial de estudio y entendido como parte del

¹³⁷⁶ GONZÁLEZ NIETO, D., “Episcopado castellano y derecho de resistencia...”, *op. cit.*; y “El episcopado como agente de la comunicación rey-reino...”, *op. cit.* Para los argumentos de legitimación empleados por los rebeldes, y dos ejemplos de los tratados elaborados en este periodo mencionados, véase el estudio previo y edición realizado por David Nogales Rincón en CHINCHILLA, P. de, *Carta y breve compendio*, *op. cit.*

mismo. Por esta misma razón, en el presente estudio este ámbito no ha sido abordado, en el convencimiento de que sin la realización de ese amplio análisis de conjunto, que jamás podrá ser completo por la pérdida de muchas fuentes, no se podría entender verdaderamente la significación y valor de la intervención del episcopado en este ámbito. Y, en segundo lugar, nos quedaría abordar el estudio del abundante material recopilado en torno a lo que en la introducción hemos denominado como conflictividades particulares en relación a los obispos que afectaban a estos durante los años de la guerra civil, teniéndose previsto la realización de su análisis en el periodo de investigación postdoctoral, dado que, como se ha explicado, su análisis se ha dejado fuera a fin de mantener un hilo vertebrador coherente en el que se abordara el papel del episcopado en el curso de la guerra y en la gobernación del reino durante el conflicto político analizado, objetivo este que creemos haber alcanzado. En cualquier caso, en el desarrollo de la tesis es mucho el material que hemos podido acumular y, en muchos casos, analizar con cierta profundidad sobre estas conflictividades particulares de encaje inviable en el trabajo que ahora presentamos a riesgo de desbordar lo que nos parecían unos objetivos coherentes y razonables. Habrá de ser ya en estudios de otra naturaleza en los que se dé salida a esa, si se quiere, “otra tesis” de imposible inserción en la que ahora se presenta.

APÉNDICES

APÉNDICE I

TRAYECTORIAS CRONO-BIOGRÁFICAS DE PRELADOS POLÍTICAMENTE RELEVANTES DURANTE EL CONFLICTO CIVIL

A continuación se presenta una relación de datos vitales referentes a algunos de los prelados más relevantes que han sido objeto de análisis de la tesis doctoral. Debe advertirse que no se pretende realizar una reconstrucción completa de las biografías o trayectoria de los mismos, labor que, en varios casos, como los de los arzobispos Fonseca y Carrillo o Pedro González de Mendoza, justificaría por sí misma la realización de un trabajo monográfico, dado el relieve y amplitud de la actividad político-eclesiástica de los mismos. Lo que se pretende es proporcionar algunos datos sobre sus trayectorias político-eclesiásticas y orígenes que ayuden a situar y comprender su desempeño y actuación durante el conflicto civil en curso, en la que, dado que esta es abordada en el cuerpo de la tesis doctoral, se procurará insistir en menor medida para evitar reiteraciones. En el caso de que existan trabajos monográficos dedicados a las figuras de estos prelados, será indicado al inicio de cada apartado para que el lector pueda recurrir a ellos. Debido precisamente a la cuestión antes dicha, la existencia de algunos prelados sobradamente conocidos por la historiografía, se insistirá especialmente a la hora de proporcionar información en aquellos prelados más “desconocidos”, pero no por ello menos relevantes en el marco conflictivo.

ARIAS DÁVILA, JUAN¹³⁷⁷

- 1436: Fecha aproximada de nacimiento¹³⁷⁸.
- Segundo hijo de Diego Arias Dávila, judeoconverso que llegó a ser contador mayor y uno de los principales consejeros de Enrique IV de Castilla, y de su esposa Elvira González. Hermano de Pedro Arias Dávila, consejero y contador mayor de Enrique IV. El encumbramiento de su familia vino dado por sus servicios a la monarquía¹³⁷⁹.
- Licenciado en Decretos. Estudiante en San Bartolomé de Salamanca y discípulo del canonista y catedrático Juan Alfonso de Benavente¹³⁸⁰.
- 1454, 09: Se le concede una canonjía en Burgos¹³⁸¹.
- 1455, 01, 01: Nombrado capellán real de Enrique IV de Castilla, con una quitación de 5.400 maravedíes¹³⁸².
- 1455, 04, 20: Tras el fallecimiento del obispo de Mondoñedo don Alfonso de Segura, Enrique IV obtuvo algunos de sus beneficios eclesiásticos para Juan Arias¹³⁸³.
- 1456: Canónigo de Toledo y Protonotario Apostólico¹³⁸⁴.
- 1456, 01, 30: Canónigo de Burgos. Capellán real. Hijo de Diego Arias, consejero Real. Se le reservan parte de los beneficios que habían quedado vacantes al acceder Martín Fernández de Vilches a la sede de Ávila. En concreto, un beneficio de 70 libras turonenses¹³⁸⁵.
- 1456, 06, 19: Canónigo de Burgos. Capellán Regio. Calixto III le concede cierto beneficio eclesiástico indicando que lo hacía a petición de Enrique IV de Castilla¹³⁸⁶.
- 1456, 07, 15: Canónigo de Toledo y Burgos e hijo de Diego Arias Dávila, contador mayor del rey y “del su muy Alto Consejo”. Renunciaba ciertos préstamos en favor de la catedral de Salamanca¹³⁸⁷.
- 1456, 10, 01: Capellán real, presenta ante el cabildo de Burgos una carta de Enrique IV por la que solicitaba para él el arcedianato de Lara¹³⁸⁸.
- 1457, 02, 17: Canónigo de Burgos, da poder para que se tome poder en su nombre de la abadía de Fonseca¹³⁸⁹. A 10 de septiembre de 1459 se le encuentra como protonotario y abad de Fonseca¹³⁹⁰.
- 1458-1460: Canónigo de Toledo¹³⁹¹.

¹³⁷⁷ Un completo estudio biográfico del mismo en RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder*, op. cit., pp. 101-172. Puede complementarse con los trabajos de RUIZ HERNANDO, J. H., “Documentación sobre la familia...”, op. cit., pp. 455-509; y GITLITZ, D., *The Arias Davila Family of Segovia*, op. cit..

¹³⁷⁸ RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder*, op. cit., p. 109.

¹³⁷⁹ *Ibidem*, pp. 101-172.

¹³⁸⁰ NIETO SORIA, *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 425.

¹³⁸¹ SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María*, op. cit., p. 234.

¹³⁸² AGS, QC, leg. 3, fols. 450r-454v.

¹³⁸³ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 44, p. 15.

¹³⁸⁴ ACT, Obra y fábrica, n. 285, fol. 7r.

¹³⁸⁵ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 1479, p. 470.

¹³⁸⁶ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. II, doc. 2066, pp. 163-164.

¹³⁸⁷ ACS, Caja 14, leg. 1, n. 10.

¹³⁸⁸ ACB, Registro de Actas 14, fols. 238v-239r.

¹³⁸⁹ ACB, Registro de Actas 11, fol. 73r.

¹³⁹⁰ ACB, Registro de Actas 16, fol. 122v.

¹³⁹¹ ACT, Obra y fábrica, n. 287, fol. 6r, 7r y 15v y n. 288, fol. 17r.

- 1458, 04, 14: Nombrado oidor de la Audiencia Real con una ayuda de costa de 44.000 mrs. Existen libranzas hasta 1464¹³⁹².
- 1458: Juan Arias Dávila, hijo de Diego Arias Dávila, ocupaba una canonjía en Segovia¹³⁹³.
- 1460, 04, 09: Protonotario apostólico. Por respeto a su padre y al propio Juan Arias y a los beneficios y buenas obras que la Iglesia de Ávila había recibido de ambos, el cabildo catedralicio abulense accede a que don Juan cobrase los frutos de los préstamos que en aquel obispado tenía y que por no ser beneficiado de aquella Iglesia y por cierta bula apostólica pertenecían realmente al cabildo catedralicio de Ávila¹³⁹⁴.
- 1461, 02, 20: Nombrado administrador de la sede de Segovia¹³⁹⁵ a suplicación de Enrique IV de Castilla¹³⁹⁶.
- 1462, 02, 13: Administrador de la Iglesia y obispado de Segovia. Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Debido a sus posibles ausencias, el cabildo segoviano solicitó al obispo que diera poder a una persona para que en su nombre pudiese concederles poder para realizar transacciones referentes a los bienes del cabildo¹³⁹⁷.
- 1462, 03, 30: Administrador de la Iglesia y obispado de Segovia. Ejerce *de facto* como miembro del Consejo de Enrique IV desde Madrid¹³⁹⁸.
- 1464, 10, 02: Administrador de la Iglesia y obispado de Segovia. Abad de San Sahagún. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Medina del Campo¹³⁹⁹.
- 1465, 01, 16: Elegido en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo para formar parte del Consejo de Justicia del rey¹⁴⁰⁰.
- 1465, 06, 05: Tras la Farsa de Ávila, se mantiene en la fidelidad a Enrique IV¹⁴⁰¹.
- 1466, 12: Inducido por el arzobispo de Sevilla y el marqués de Villena, Enrique IV manda apresar a Pedro Arias, hermano del obispo de Segovia, y planea capturar al propio obispo, desistiendo finalmente de su intento¹⁴⁰².
- 1467, 09, 17: Tras haberle encomendado Enrique IV la guarda de Segovia junto a su hermano Pedrarias, traicionan al rey y entregan la ciudad a los rebeldes¹⁴⁰³.
- 1467, finales de año: El infante-rey Alfonso encomienda la guarda de Segovia a los hermanos Pedro y Juan Arias Dávila¹⁴⁰⁴.
- 1468, 04, 20: El infante-rey don Alfonso ordena restituir todos sus bienes a Pedro Arias Dávila y a Juan Arias Dávila, obispo de Segovia¹⁴⁰⁵.

¹³⁹² AGS, QC, leg. 3, fols. 450r-454v.

¹³⁹³ SANTAMARÍA LANCHO, M., "El cabildo catedralicio de Segovia...", *op. cit.*, p. 62.

¹³⁹⁴ AHN, Clero, Libro 816, fol. 44r.

¹³⁹⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 234.

¹³⁹⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 285.

¹³⁹⁷ AHN, Clero, leg. 6381.

¹³⁹⁸ AHN, Clero, Carp. 407, n. 13.

¹³⁹⁹ LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, *op. cit.*, doc. 40, pp. 113-115.

¹⁴⁰⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CIX, p. 399.

¹⁴⁰¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, pp. 313-314; *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 164-165; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 243-244; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, *op. cit.*, pp. 102-103.

¹⁴⁰² ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 264-265.

¹⁴⁰³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 285-286; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 307-309; PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, pp. 452-453; y *Hechos del condestable*, *op. cit.*, pp. 362-363.

¹⁴⁰⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 293.

¹⁴⁰⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87.

- 1468, 08, 02: Enrique IV declara que Pedro Arias Dávila y don Juan Arias, obispo de Segovia, han perdido todos sus bienes por su traición. Hace merced de las casas que en Valladolid tenía el obispo al conde de Benavente¹⁴⁰⁶.
- 1468, 09, 27: Enrique IV desembargaba a los hermanos Arias Dávila todos sus bienes, rentas y oficios por haberse reducido a su obediencia y haberle devuelto el control de la ciudad de Segovia¹⁴⁰⁷.
- 1468, tras los Toros de Guisando: Llegado a Rascafría, Enrique IV ordena a los hermanos Arias Dávila abandonar la ciudad de Segovia, perdiendo con ello ambos hermanos su influencia y poder sobre la urbe. También son expulsados de la Corte¹⁴⁰⁸.
- 1469, 01, 04: Ejecuta desde su fortaleza episcopal de Turégano la falsa bula de dispensa pontificia de consanguinidad empleada en la boda entre la princesa Isabel y Fernando, rey de Sicilia y príncipe de Aragón¹⁴⁰⁹.
- 1471: Enrique IV consigue que el papa dicte una bula contra él para examinar su suficiencia para su cargo y para responder por su traición al rey¹⁴¹⁰. Finalmente no tendría ningún efecto.
- 1475: Con la llegada al trono de los Reyes Católicos recupera su posición y cargos en la Corte de miembro del Consejo Real y oidor de la Audiencia Real¹⁴¹¹.
- 1478, 01, 28: Ejerce como miembro del Consejo Real de los Reyes Católicos desde Sevilla¹⁴¹².
- 1478, 12, 10: Ejerce como miembro del Consejo Real de los Reyes Católicos¹⁴¹³.
- 1497: Redacta su testamento¹⁴¹⁴.

BARRIENTOS, LOPE DE¹⁴¹⁵

- 1382 o 1395: Fechas posibles de nacimiento. Proveniente de una familia relevante de Medina del Campo¹⁴¹⁶.
- 1406: Estudia artes y teología en Salamanca¹⁴¹⁷.

¹⁴⁰⁶ AHNOB, Osuna, Cp. 105, doc. 9. Un fragmento en RAH, leg. 9/6483, fol. 359r.

¹⁴⁰⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87.

¹⁴⁰⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 312; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 256; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 337-338; y PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 266.

¹⁴⁰⁹ RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder*, op. cit., p. 159.

¹⁴¹⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 364; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 397-398.

¹⁴¹¹ RÁBADE OBRADÓ, M. del P., *Una élite de poder en la corte de los Reyes Católicos. Los judeoconversos*, Madrid, Sigilo, 1993, p. 148.

¹⁴¹² AGS, RGS, leg. 1478-01-28, fol. 172 y fol. 174.

¹⁴¹³ AGS, RGS, leg. 1478-12-10, fol. 131.

¹⁴¹⁴ AHN, Clero, leg. 6392.

¹⁴¹⁵ Como en el caso de otros prelados, su relevante papel político y eclesiástico ha hecho que sea objeto de atención en la mayor parte de las obras referentes a esta época. La obra de referencia sobre el mismo es la que le dedicó MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., superando la anterior de ALONSO GETINO, L. G., *Anales Salmantinos*, op. cit. También destacamos la síntesis biográfica realizada por DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, sociedad y poder en Castilla*, pp. 115-122; NIETO SORIA, J. M., "Los proyectos de reforma eclesiástica...", op. cit.; GARCÍA-MONGE CARRETERO, M. I., *Estudio y edición crítica*, op. cit., pp. 13-34; y RÍSQUEZ MADRID, A., *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae*, op. cit., pp. 21-80. Por otro lado, a destacar el estudio de VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., quien a lo largo de toda su obra se refiere a la actividad política de este prelado en el reinado de Juan II. Una actualizada biografía del mismo en ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 227-263.

¹⁴¹⁶ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 228.

¹⁴¹⁷ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 426.

- 1415: Profesor de teología en Salamanca¹⁴¹⁸.
- 1429, 11 a 1434: Nombrado maestro o preceptor del príncipe Enrique, futuro Enrique IV, cuyo cuidado le encomienda Juan II de Castilla¹⁴¹⁹.
- 1434: Designado confesor real de Juan II de Castilla. Se comienza a convertir en uno de los más estrechos colaboradores y consejeros de Juan II¹⁴²⁰.
- 1436-1437: Administrador del monasterio de Santa María de la Peña de Francia¹⁴²¹.
- 1438, 03, 01: Nombrado como nuevo obispo de Segovia¹⁴²².
- 1438, 08, 22: Mencionado por el papa como obispo de Segovia, confesor de Juan II de Castilla y maestro del príncipe Enrique. Por ello se le concede dispensa para no acudir a visitar su diócesis y permanecer en la Corte¹⁴²³.
- 1438 a 1439: Comienza a implicarse en los vaivenes políticos del reino, siempre a favor del rey. Parece que muy cercano a la parcialidad del condestable Álvaro de Luna. Se incorpora al Consejo Real¹⁴²⁴. Comienzan en estos años sus tensiones con el favorito del príncipe, Juan Pacheco, futuro marqués de Villena, por su influencia sobre el mismo¹⁴²⁵.
- 1440, 03, 15: Obispo de Segovia, oidor y consejero real, confesor del rey Juan II y del príncipe Enrique. El rey le concede ocho excusados¹⁴²⁶.
- 1440, 04, 01: Es designado canciller mayor del príncipe Enrique¹⁴²⁷.
- 1440 a 1441: Adquiere un gran protagonismo en los enfrentamientos con los infantes de Aragón, uniéndose a los que se oponían a su influencia en la Corte. Participa activamente durante estos años en las luchas y negociaciones con los mismos, ya como miembro clave de la Corte de Juan II de Castilla¹⁴²⁸.
- 1441, 07, 27: Trasladado a la sede de Ávila. Las crónicas aluden a que su traslado se vio influenciado por sus enfrentamientos con Juan Pacheco, quien como favorito del príncipe Enrique, dominaba Segovia¹⁴²⁹.
- 1443-1444: Obispo de Ávila, consejero del rey y del príncipe. Continúa implicado en las luchas contra los infantes de Aragón, siendo uno de los principales valedores de Juan II de Castilla en los enfrentamientos nobiliarios de aquellos años. Acaba por convertirse en uno de los principales encargados de la gobernación del reino y de las negociaciones entre los sectores en pugna¹⁴³⁰.
- 1445, 04, 07: Nombrado obispo de Cuenca¹⁴³¹.
- 1445, 05, 19: Consejero real, interviene en la batalla de Olmedo en el ejército regio dirigiendo sus propias huestes¹⁴³².

¹⁴¹⁸ *Ibidem*, p. 426.

¹⁴¹⁹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 570; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 229-230.

¹⁴²⁰ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 230.

¹⁴²¹ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 232; y MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 24-25.

¹⁴²² MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., p. 27.

¹⁴²³ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 233.

¹⁴²⁴ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 28-29.

¹⁴²⁵ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 234.

¹⁴²⁶ AGS, EMR, MyP, leg. 1, fol. 198; y MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 2, pp. 170-171.

¹⁴²⁷ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 571.

¹⁴²⁸ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 571; ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 237-239; y MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 29-31.

¹⁴²⁹ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 239.

¹⁴³⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 572; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 240-243.

¹⁴³¹ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., p. 38.

- 1445 a 1446: Interviene y media en los enfrentamientos entre el príncipe Enrique y su favorito, Juan Pacheco, por un lado, y su padre, el rey Juan II y el condestable Álvaro de Luna¹⁴³³.
- 1447 a 1449: Presente en Cuenca para defender la ciudad por el rey frente a Diego Hurtado de Mendoza, partidario de los nobles desafectos al gobierno regio y de los infantes de Aragón. Defendió la ciudad también de las arremetidas de Alfonso, hijo bastardo del rey Juan de Navarra, aliado con los Hurtado de Mendoza¹⁴³⁴.
- 1450 a 1452: Encargado por el rey Juan II de la defensa de Cuenca, participa en los enfrentamientos nobiliarios desde ella¹⁴³⁵.
- 1450: Acusado de procurar alianzas contra Juan Pacheco, marqués de Villena, y Pedro Girón, favoritos del príncipe Enrique¹⁴³⁶.
- 1454: Tras el ajusticiamiento de Álvaro de Luna, es convocado por Juan II para ocuparse del gobierno del reino junto a otros destacados eclesiásticos¹⁴³⁷.
- 1454, 07: Juan II le nombra albacea de su testamento y recomienda a su hijo que se sirva de su consejo para el gobierno¹⁴³⁸.
- 1454, 07, 22: Al inicio de su reinado, Enrique IV le confirma en todos sus cargos cortesanos¹⁴³⁹. Sin embargo, poco a poco Barrientos acabó siendo relegado de la Corte¹⁴⁴⁰. Según las crónicas, fue el marqués de Villena Juan Pacheco, favorito del príncipe, quien procuró su salida de la Corte desde el mismo comienzo del reinado¹⁴⁴¹. También se ha destacado su diferencia de carácter con el rey como condicionante de este alejamiento¹⁴⁴².
- 1457: Miembro del Consejo Real. Dicta sentencia como juez especial comisionado por el rey en un pleito de términos entre Medina del Campo y Valdefuentes¹⁴⁴³.
- 1457, 03, 23: Miembro del Consejo del rey junto al conde de Alba, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Calatrava y el marqués de Villena. Todos prestan fidelidad al rey y el monarca realiza una promesa similar¹⁴⁴⁴.
- 1458: Estando ya retirado en Cuenca, interviene en la contienda que se había iniciado en la Corte entre Juan Pacheco y Miguel Lucas de Iranzo, que aspiraban a que el rey les concediera el maestrazgo de Santiago. Iranzo contaba para ello con el

¹⁴³² VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 573; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 243.

¹⁴³³ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 40-41.

¹⁴³⁴ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 42-49; y DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca...”, op. cit., pp. 289-293.

¹⁴³⁵ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca...”, op. cit., pp. 293-295.

¹⁴³⁶ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 574.

¹⁴³⁷ *Ibidem*, p. 574; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 247-250.

¹⁴³⁸ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 61-62; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 250-251.

¹⁴³⁹ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., p. 251. El 2 de agosto de 1454 el rey le confirmaba todas las mercedes y cargos concedidos por Juan II. MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 27, pp. 251-254.

¹⁴⁴⁰ FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, privado de Enrique IV*, op. cit., p. 191.

¹⁴⁴¹ “... así que el marqués, receloso de la audacia de varón tan famoso, tuvo cuidado de expusarlo de la corte inmediatamente después de la entronización de Enrique”. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. I, p. 97. Versión apoyada por Franco Silva.

¹⁴⁴² ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 251-254.

¹⁴⁴³ ARCHV, Registro de Ejecutorias, Caja 17, doc. 66.

¹⁴⁴⁴ ADA, C. 3, n. 13.

respaldo del prelado conquense, quien no deseaba que Villena alcanzara aquella dignidad. Finalmente, el monarca retuvo la administración del maestrazgo para sí¹⁴⁴⁵.

- 1458, 12, 14: Obispo de Cuenca, confesor del rey, oidor y consejero real. Cesado como canciller de la poridad del rey. Se le concede en compensación 50.000 maravedíes de por vida¹⁴⁴⁶. Martínez Casado considera que ello fue consecuencia de su oposición al influjo del marqués de Villena sobre el rey y a haber colaborado en que no consiguiera entonces el maestrazgo de Santiago¹⁴⁴⁷.
- 1458-1464: Se retira a Cuenca y se mantiene alejado de la vida cortesana¹⁴⁴⁸.
- 1462: Mantiene conflicto en Cuenca con el caballero Juan Hurtado de Mendoza, las cuales obligan al concejo conquense a intervenir¹⁴⁴⁹.
- 1462, 08, 27: Desde Monteagudo, titulándose como humilde servidor del rey, confesor, oidor y consejero real, comunica al monarca su renuncia a su ración de 14.400 maravedíes al año como confesor real en favor del doctor fray Pedro de Villacastín, prior del monasterio de San Pedro de Riomoros, suplicando al monarca que recibiera a aquel como su confesor¹⁴⁵⁰.
- 1464, 09, 21: Enrique IV ordena a los concejos de Cuenca y otras ciudades y villas conquenses que se unan en hermandad bajo la dirección y supervisión del obispo de Cuenca para su propia defensa¹⁴⁵¹.
- 1464, 09, 22: Enrique IV ha encomendado la guarda y defensa de la comarca conquense. Ordena a los concejos de Cuenca y otros que pongan a disposición sus gentes y armas y obedezcan sus órdenes¹⁴⁵².
- 1464, 09, 27: Como consecuencia de la rebeldía de algunos caballeros contra el rey y el alzamiento de Valladolid en su contra, el obispo requiere a todos los habitantes de Cuenca que juren mantenerse en servicio del rey, so pena de destierro¹⁴⁵³.
- 1464, 09, finales: Convocado por el rey a su Corte ante el incremento de las tensiones con sus rebeldes¹⁴⁵⁴.
- 1464, 10, mediados: Presente en una reunión del Alto Consejo de Enrique IV en Valladolid reunida para decidir el proceder contra los rebeldes al monarca. El obispo de Cuenca vota por darles batalla, y, ante la inclinación del monarca por negociar, tienen un enfrentamiento¹⁴⁵⁵.
- 1464, 12, 02: Enrique IV le concede facultad para testar y poder renunciar sus oficios cortesanos y los maravedíes que poseía en los libros del rey¹⁴⁵⁶.
- 1464, 12, 07: Permanece en la Corte, en Valladolid. Escribe a Cuenca dando a entender que está atento a las negociaciones que estaban teniendo lugar entre el rey y sus rebeldes¹⁴⁵⁷. Permanece en la Corte los meses siguientes¹⁴⁵⁸.

¹⁴⁴⁵ FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, privado de Enrique IV*, op. cit., p. 197; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. I, p. 100.

¹⁴⁴⁶ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 32, pp. 285-286.

¹⁴⁴⁷ *Ibidem*, pp. 67-68.

¹⁴⁴⁸ RÍSQUEZ MADRID, A., *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae*, op. cit., p. 70.

¹⁴⁴⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, J., "Las relaciones Iglesia-nobleza en el obispado de Cuenca...", op. cit., p. 295.

¹⁴⁵⁰ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 33, pp. 286-288.

¹⁴⁵¹ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CV, pp. 341-342.

¹⁴⁵² *Ibidem*, doc. CV, pp. 342-344.

¹⁴⁵³ *Ibidem*, doc. CVI, pp. 345-348.

¹⁴⁵⁴ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., p. 72.

¹⁴⁵⁵ ENRÍQUEZ DE CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 223-224.

¹⁴⁵⁶ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 34, pp. 288-290.

¹⁴⁵⁷ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXI, pp. 354-355.

- 1465, 03 finales-04 comienzos: El prelado deja la Corte y se dirige a Cuenca, siendo apresado en el camino por Juan de Haro con gente del marqués de Villena. Es llevado preso a Belmonte, villa de aquel. El 4 de abril la ciudad de Cuenca escribe al rey Enrique denunciando los hechos. Su prisión se prolonga durante los meses siguientes¹⁴⁵⁹.
- 1465, 12, 19: El obispo comunica al concejo conque se la llegada a Belmonte del obispo de Ciudad Rodrigo de parte del marqués de Villena para terminar de acordar los términos de su liberación, que cree próxima¹⁴⁶⁰.
- 1466, 03, 15: Enrique IV vuelve a encomendar al obispo de Cuenca, ahora que era libre, la guarda de la ciudad de Cuenca¹⁴⁶¹. En adelante se ocupa de defender Cuenca y mantener la urbe en la fidelidad al rey¹⁴⁶².
- 1466, 05, 12: Enrique IV amplía los poderes del obispo de Cuenca y le encomienda también la guarda de la villa de Moya¹⁴⁶³.
- 1466, 12, 16: Juramento hecho por la ciudad de Cuenca de mantenerse en la lealtad a Enrique IV y cumplir todos los mandamientos del obispo, a quien habrían de avisar de cualquier noticia o sospecha de que se tramaba algo contra la ciudad¹⁴⁶⁴.
- 1468, 03, 15: Solicita al rey que acepte la renuncia que realizaba de su oficio y quitación de 30.000 maravedíes y otros derechos como oidor real en favor del bachiller Alfonso González de Toledo, vecino de Cuenca, para que este fuera su nuevo oidor. Destaca las virtudes de este para el cargo¹⁴⁶⁵.
- 1468, 11, 28: Juramento realizado en Cuenca sobre unas ordenanzas redactadas por el obispo para el buen regimiento y defensa de la ciudad, en las que sus vecinos se comprometen a permanecer al servicio del rey y obedecer y amparar al obispo, que tenía poder del rey para regir y gobernar la ciudad¹⁴⁶⁶.
- 1469, 05, 30: Fecha de su fallecimiento¹⁴⁶⁷.

CARRILLO DE ACUÑA, ALFONSO¹⁴⁶⁸

- 1412, ca.: Nacido en Cuenca en 1412. Hijo del caballero Lope Vázquez de Acuña, señor de Buendía y Azañón, y teresa Carrillo de Albornoz. Emparentado con el

¹⁴⁵⁸ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., pp. 74-75.

¹⁴⁵⁹ *Ibidem*, pp. 75-76. La carta al rey en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXX, p. 365.

¹⁴⁶⁰ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLIII, p. 397.

¹⁴⁶¹ *Ibidem*, doc. CXLIV, pp. 398-399.

¹⁴⁶² MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., p. 79.

¹⁴⁶³ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLV, pp. 400-402.

¹⁴⁶⁴ *Ibidem*, doc. CXLIX, pp. 410-411.

¹⁴⁶⁵ MARTÍNEZ CASADO, A., *Lope de Barrientos*, op. cit., doc. 35, pp. 293-295.

¹⁴⁶⁶ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CLIII, pp. 417-418.

¹⁴⁶⁷ RÍSQUEZ MADRID, A., *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae*, op. cit., p. 73.

¹⁴⁶⁸ La figura de Alfonso Carrillo, dado también su absoluto protagonismo político, ha sido abordada en múltiples estudios. Entre los que se centran en su figura, cabe destacar ESTEVE BARBA, F., *Alfonso Carrillo de Acuña*, op. cit.; RIVERA RECIO, J. F., *Los arzobispos de Toledo en la Baja Edad Media*, op. cit., pp. 119-122; MIRECKI QUINTANA, G., "Apuntes genealógicos y biográficos de Don Alfonso Carrillo...", op. cit.; COOPER, E. y MIRETE MAYO, S., *La Mitra y la Roca: Intereses de Alfonso Carrillo*, op. cit.; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit. Contamos con una reciente revisión historiográfica del prelado realizada por DÍAZ IBÁÑEZ, J., "El arzobispo Alfonso Carrillo...", op. cit.

- condestable Álvaro de Luna y con Juan Pacheco, marqués de Villena, y Pedro Girón, maestre de Calatrava. Sobrino del cardenal Alfonso Carrillo de Albornoz¹⁴⁶⁹.
- 1429, 05, 04: Nombrado por el papa arcediano de Moya a petición de su tío, el cardenal¹⁴⁷⁰.
 - 1431, 01, 23: Arcediano de Moya, protonotario pontificio¹⁴⁷¹.
 - 1434, 09, 06: Embajador ante el Concilio de Basilea¹⁴⁷².
 - 1435, 07, 06: Nombrado administrador de la sede de Sigüenza al fallecer su tío¹⁴⁷³. Sería nombrado obispo, tras cumplir la edad suficiente, el 9 de mayo de 1440¹⁴⁷⁴.
 - 1445, 05, 09: Participa en la primera batalla de Olmedo junto al rey Juan II¹⁴⁷⁵.
 - 1446, 08, 03: Nombrado arzobispo de Toledo, según algunos cronistas, por intermediación del condestable Álvaro de Luna¹⁴⁷⁶.
 - 1447, 01: Comienza a participar en el asedio de la fortaleza de Torija al servicio de Juan II¹⁴⁷⁷.
 - 1451-1452: Vuelve a asediar la fortaleza de Torija al servicio de aquel monarca¹⁴⁷⁸.
 - 1455-1457: Colabora con Enrique IV en los primeros momentos de su reinado. Cuando el monarca emprende las campañas granadinas, deja como virreyes en Valladolid, encargados de la administración de la justicia, al arzobispo de Toledo y al conde de Haro¹⁴⁷⁹.
 - 1457-1460: Retirado abruptamente por el rey de la gobernación del reino, forma parte y comienza a encabezar las ligas nobiliarias contrarias al gobierno de Enrique IV, controlado entonces por Juan Pacheco¹⁴⁸⁰. Las crónicas le comienzan a mostrar desde entonces como el principal de los líderes de los opositores al monarca¹⁴⁸¹.
 - 1460: Juan II de Aragón se alía con Carrillo, el almirante, Girón, los Manrique y otros caballeros contra Enrique IV y sus altos consejeros. Se unen a la liga nobiliaria los Mendoza¹⁴⁸². Carrillo respalda el Manifiesto de Yepes contra el gobierno de Enrique IV¹⁴⁸³.

¹⁴⁶⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, *op. cit.*, pp. 138-139.

¹⁴⁷⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, p. 579.

¹⁴⁷¹ *Ibidem*.

¹⁴⁷² *Ibidem*.

¹⁴⁷³ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁴ *Ibidem*; y DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, *op. cit.*, p. 141.

¹⁴⁷⁵ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, p. 579.

¹⁴⁷⁶ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁷ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, *op. cit.*, p. 144.

¹⁴⁷⁸ *Ibidem*.

¹⁴⁷⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 149; y PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 103-111; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, *op. cit.*, pp. 36-37.

¹⁴⁸⁰ Tenemos que ser necesariamente sintéticos en la referencia a estos hechos: es imposible enumerar todos los pactos, acuerdos y confederaciones realizadas en estos años en los que el arzobispo Toledo tuvo un papel fundamental. Remitimos al monumental SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV*, *op. cit.*; y a las síntesis de PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 115-118; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, *op. cit.*, pp. 38-40.

¹⁴⁸¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, *op. cit.*, vol. I, pp. 93-94, p. 96, pp. 123-124.

¹⁴⁸² GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 154 y pp. 158-159; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, *op. cit.*, vol. I, pp. 123-124.

¹⁴⁸³ *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, Vol. II, pp. 106-108.

- 1461-1462: La presión de la Liga nobiliaria obligan al rey y a Pacheco a realizar un cambio en el equipo de gobierno del reino, dándole un sitio en el Alto Consejo al arzobispo de Toledo, aplacando así a este y a sus aliados¹⁴⁸⁴.
- 1462-1463: Durante el conflicto castellano-aragonés, Pacheco y, en especial, Carrillo comienzan a acercar posturas a Juan II de Aragón¹⁴⁸⁵, mientras que Enrique IV comienza a dar lugar en su Consejo a Beltrán de la Cueva y a Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, para descontento de aquellos y sus aliados de la liga¹⁴⁸⁶.
- 1463, 07, 16: Enrique IV le hace merced de un juro de heredad de 100.000 maravedíes.
- 1464, comienzos: La constatación de que Carrillo y Pacheco han favorecido al rey de Aragón en las negociaciones con el arbitraje del rey de Francia, lleva al rey a entregar el gobierno a los Mendoza y a Beltrán de la Cueva completamente¹⁴⁸⁷.
- 1464, 05, 16: Preside la Junta de Alcalá de Henares, en la que un importante número de nobles y prelados se unieron para exigir al rey la reforma del reino y la liberación de los infantes Isabel y Alfonso, que no podrían casarse sin su consentimiento. Comienza formalmente la rebelión nobiliaria contra Enrique IV, con el objetivo inicial principal de apartar a Beltrán de la Cueva del monarca¹⁴⁸⁸.
- 1464, 05, 23: El arzobispo de Toledo y toda una serie de nobles pertenecientes a la antigua liga nobiliaria, prometen a Juan Pacheco, maestre de Santiago, que su aliado, Juan II, jamás le reclamará a él ni a su hermano, Pedro Girón, ninguno de los bienes que poseían ni el maestrazgo de Calatrava¹⁴⁸⁹.
- 1464, 06: Se encarga de custodiar a los rehenes entregados por Enrique IV para que el marqués de Villena pudiera acudir a Madrid a negociar¹⁴⁹⁰.
- 1464, verano: El arzobispo envía un procurador al papa para impedir que el maestrazgo de Santiago fuera entregado a Beltrán de la Cueva, denunciar el mal gobierno de Enrique IV y defender que el arzobispo de Sevilla no se viera privado de su mitra¹⁴⁹¹.
- 1464, septiembre, 28: Respalda, junto al resto de nobles y prelados rebeldes al rey, el Manifiesto de Burgos contra su gobierno¹⁴⁹².
- 1464, octubre, 04: Enrique IV comunicaba al conde de Cabra que había negociado una tregua con los nobles rebeldes, entre ellos, el arzobispo de Toledo¹⁴⁹³.

¹⁴⁸⁴ PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV, op. cit.*, pp. 120-122; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, op. cit.*, pp. 41-46.

¹⁴⁸⁵ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 191-193.

¹⁴⁸⁶ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., "Los Trastámaras de Castilla y Aragón...", *op. cit.*, p. 253.

¹⁴⁸⁷ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, op. cit.*, pp. 49-57. Un resumen de los hechos previos en PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV, op. cit.*, pp. 143 y ss.

¹⁴⁸⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCII, pp. 302-304; ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 211-212; *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, p. 141; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 207. Véase también SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla, op. cit.*, p. 276 y ss.; FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, op. cit.*, pp. 58-60; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, pp. 25-28.

¹⁴⁸⁹ AHN, Frías, C. 12, doc. 2; y FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, op. cit.*, pp. 61-64.

¹⁴⁹⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 288; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 213.

¹⁴⁹¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 289 y p. 293.

¹⁴⁹² *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, pp. 148-149; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila, op. cit.*, p. 34.

¹⁴⁹³ AHN, *Diversos-Colecciones*, leg. 287, n. 72.

- 1464, 11, 30: Presente en las vistas de Cabezón y Cigales donde se juró como príncipe heredero al infante Alfonso¹⁴⁹⁴.
- 1464, 12, 05: Es uno de los prelados y grandes del reino que refrendan ese día un extenso memorial dirigido a los jueces escogidos para atender a las diferencias entre el rey y los grandes¹⁴⁹⁵, que sería la base de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo¹⁴⁹⁶.
- 1465, 01-02: El arzobispo de Toledo y otros de sus aliados, como el almirante de Castilla, regresan junto a Enrique IV, apartándose del marqués de Villena y otros nobles que controlaban ahora a la figura del príncipe Alfonso. Como prenda de esta alianza, el arzobispo habría de recibir del rey la Mota de Medina del Campo y el Cimborrio de Ávila¹⁴⁹⁷. Todas las fuentes cronísticas coinciden al señalar que fingieron regresar a la obediencia al rey para obtener mercedes y la concesión de esas y otras fortalezas¹⁴⁹⁸.
- 1465, 02, 28: Enrique IV hace merced al arzobispo de un juro de heredad de 200.000 maravedíes¹⁴⁹⁹.
- 1465, 05, 20: Enrique IV le hizo merced de 100.000 maravedíes de juro de heredad alegando sus servicios¹⁵⁰⁰.
- 1465, 05, 30: Enrique IV ordenaba librar al arzobispo 107.677 maravedíes del juro de 200.000 maravedíes concedido por él mismo el 28 de febrero previo¹⁵⁰¹.
- 1465, 05, finales de mes-06, primeros días: El arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y otros de sus aliados traicionan al rey Enrique y se apoderan de Ávila, donde convocan a los otros grandes¹⁵⁰².
- 1465, 06, 05: El arzobispo respalda y participa en la “Farsa de Ávila”, quitando él mismo la corona de la efigie del rey¹⁵⁰³. Se convierte en uno de los principales miembros del Alto Consejo del nuevo infante-rey Alfonso y del gobierno de aquella parte del reino que había quedado en su obediencia. Encabeza la facción más radical de sus partidarios, contraria a cualquier acuerdo de paz con los enriqueños¹⁵⁰⁴.
- 1465, 07, 14: Enrique IV de Castilla solicita a Paulo II que prive de su dignidad al arzobispo de Toledo, en una carta en la que incide en la traición que este y el almirante habían cometido contra él¹⁵⁰⁵.
- 1465, verano: Intenta atraer partidarios a la causa alfonsina: envía mensajeros en este sentido al conde de Haro, pero sin éxito¹⁵⁰⁶. Participa activamente en las campañas del verano de 1465, en concreto, en el fracasado cerco de Simancas¹⁵⁰⁷ y en la toma de Peñaflor¹⁵⁰⁸. Se retira a Valladolid con las huestes

¹⁴⁹⁴ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 16; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 44.

¹⁴⁹⁵ El Memorial en AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3.

¹⁴⁹⁶ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo*, Alonso Carrillo, op. cit., p. 73.

¹⁴⁹⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 300; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 227-228.

¹⁴⁹⁸ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo*, Alonso Carrillo, op. cit., pp. 75-77; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 87.

¹⁴⁹⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 47, fol. 21.

¹⁵⁰⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 47, fol. 21.

¹⁵⁰¹ AGS, EMR, MyP, leg. 47, fol. 21.

¹⁵⁰² ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 236; y MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Alfonso de Ávila*, op. cit., p. 105.

¹⁵⁰³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 236.

¹⁵⁰⁴ DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo de Acuña...”, op. cit., p. 147.

¹⁵⁰⁵ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIV, pp. 496-500.

¹⁵⁰⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 313.

¹⁵⁰⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 242-243.

- alfonsinas¹⁵⁰⁹. Escribió una carta al papa justificando la necesidad de la deposición de Enrique IV¹⁵¹⁰.
- 1465, 10, 26: El infante-rey Alfonso explica en una carta a Alcaraz la composición de su gobierno. Indica que el arzobispo de Toledo era uno de los principales miembros de su Consejo que le acompañaban¹⁵¹¹.
 - 1465, finales: El arzobispo acude a descercar la ciudad de Huete, donde los enriqueños sitiaban a su hermano, Lope Vázquez de Acuña, para tomar la ciudad. Colabora en los intentos de tomar Molina de Aragón para el bando alfonsino¹⁵¹².
 - 1466, mayo-junio: Mantiene el cerco de la fortaleza de Consuegra, logrando que se rindiera¹⁵¹³.
 - 1466, verano: Participa en el cerco de Castromocho¹⁵¹⁴.
 - 1466, 10, 08: Según una carta del infante-rey Alfonso, había acordado prolongar sus negociaciones con Enrique IV, para lo cual era necesario establecer unas treguas. Para el mantenimiento de estas, se estableció que “allende el puerto” el marqués de Santillana y el arzobispo de Toledo se ocuparían de mantenerla al frente de una hueste de tamaño indeterminado¹⁵¹⁵.
 - 1467, 05: Acompaña al infante-rey Alfonso en su entrada a la ciudad de Toledo y en las ceremonias celebradas en ella¹⁵¹⁶.
 - 1467, 06, 30: Toma de Tudela de Duero por las tropas alfonsinas encabezadas por el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y el conde de Benavente¹⁵¹⁷.
 - 1467, verano: Participa en las negociaciones del bando alfonsino para atraer al conde de Alba a su causa. Le entrega su villa arzobispal de Puente del Arzobispo como seguridad de que le sería entregada Ciudad Rodrigo, como se le había prometido¹⁵¹⁸.
 - 1467, 08, 20: Encabeza al ejército alfonsino en la batalla de Olmedo¹⁵¹⁹.
 - 1467, 08, 21: El arzobispo de Toledo escribe al duque de Medina Sidonia para relatarle la batalla del día previo, comunicarle que pretende perseguir a Enrique IV en cuanto reúna las tropas suficientes y le pide, como dice que ya lo ha hecho en otras ocasiones, que envíe sus tropas en refuerzo suyo¹⁵²⁰.
 - 1467, ¿comienzos de septiembre?: Pedro Arias Dávila negocia con el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo la entrega de la ciudad de Segovia al partido alfonsino¹⁵²¹.
 - 1467, septiembre, 16: Custodia al infante-rey Alfonso en su entrada a una recién conquistada ciudad de Segovia¹⁵²².

¹⁵⁰⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 342-343.

¹⁵⁰⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 243.

¹⁵¹⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 310-311.

¹⁵¹¹ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, op. cit., doc. 35, p. 277.

¹⁵¹² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 348-350 y pp. 355-356.

¹⁵¹³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 401-402; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 190-191; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 275-276.

¹⁵¹⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 405.

¹⁵¹⁵ AMD, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 20 y doc. 21.

¹⁵¹⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 412-413.

¹⁵¹⁷ AMMU, CAM 785, n. 10; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 414.

¹⁵¹⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 416-417; y ADA, C. 62, doc. 5 y doc. 28.

¹⁵¹⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 422-426.

¹⁵²⁰ AMJF, Actas de 1467, fols. 94r-95r.

¹⁵²¹ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 217 y p. 219.

¹⁵²² AMJF, Actas de 1467, fols. 112v-113r.

- 1467, noviembre, 10: Juan II de Aragón informa de que en Tarragona le esperaba una embajada del rey Alfonso, el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y otros grandes de aquel reino¹⁵²³.
- 1467, 12: El arzobispo concluye la conquista de Molina de Aragón para el bando alfonsino¹⁵²⁴.
- 1468, 06, 04: Firma una confederación con Juan Pacheco, maestre de Santiago, por la que asumen el gobierno del reino en nombre del infante-rey y la potestad de decidir con quién habría de casarse la princesa Isabel¹⁵²⁵.
- 1468, 07, 05: Ante el fallecimiento del infante-rey Alfonso, escolta a la princesa Isabel a Ávila, desde donde comenzaron a desarrollarse unas negociaciones entre los enriqueños y alfonsinos que concluyeron en los acuerdos de los Toros de Guisando de septiembre de 1468, con el reconocimiento de Enrique IV como rey de Castilla y de Isabel como princesa heredera del reino¹⁵²⁶.
- 1468, 09, 19: El arzobispo Carrillo y la princesa Isabel firman una concordia por la que esta se compromete a conseguir ciertas cuestiones a cambio de que el mitrado accediera a los acuerdos de Guisando. Entre otras cuestiones, la princesa debería conseguir que Enrique IV desembargara todos sus bienes y rentas confiscados por su rebeldía, al igual que los de sus parientes, allegados y criados¹⁵²⁷.
- 1468-1474: Principal impulsor y gestor del matrimonio entre los príncipes Isabel y Fernando y, luego, defensor de sus derechos a la sucesión en el trono castellano, enfrentándose durante gran parte de este periodo por esta causa con Enrique IV¹⁵²⁸.
- 1475 a 1478: A la muerte de Enrique IV, y tras tensarse sus relaciones con Isabel y Fernando por su negativa a otorgarle las capacidades de gobierno a las que aspiraba y el protagonismo y favor que daban a su rival, el cardenal Mendoza, el arzobispo se unió a los defensores de los derechos al trono de Juana “la Beltraneja”, combatiendo a los Reyes Católicos. Acabó siendo derrotado y claudicando ante los monarcas. A partir de entonces y hasta su muerte, pasó a un plano político secundario en el reino¹⁵²⁹.
- 1482, 07, 01: Fecha de su fallecimiento¹⁵³⁰.

CUEVA, GUTIERRE DE LA

- Hermano de Beltrán de la Cueva, caballero de origen hidalgo pero que ascendió a la más alta nobleza como favorito del rey Enrique IV¹⁵³¹.
- 1461, 06, 03: Pío II informa a su nuncio en Castilla de que había sabido por el obispo de Oviedo que la sede de Palencia había vacado y que el rey de Castilla enviaba una suplicación para cubrir su vacante¹⁵³².

¹⁵²³ CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II*, op. cit., Apéndice documental, doc. 25, pp. 538-542.

¹⁵²⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464.

¹⁵²⁵ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7. Transcrita en FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 635-637.

¹⁵²⁶ FRANCO SILVA, A., *El arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo*, op. cit., pp. 102-108.

¹⁵²⁷ AGS, PTR, leg. 11, doc. 44; y PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV*, op. cit., pp. 232-241.

¹⁵²⁸ Sigue siendo esencial sobre este periodo el estudio de VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit.

¹⁵²⁹ Una síntesis de este periodo, con las principales referencias bibliográficas al mismo, en DÍAZ IBÁÑEZ, J., “El arzobispo Alfonso Carrillo...”, op. cit., pp. 158-162.

¹⁵³⁰ *Ibidem*, p. 163.

¹⁵³¹ Véase CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit.

¹⁵³² BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., Vol. III, doc. 1506, pp. 425-426.

- 1461, 10, 19: Prior de Osma. Agustino. Consejero de Enrique IV de Castilla. Nombrado obispo de Palencia¹⁵³³. Probablemente fue nombrado a suplicación regia¹⁵³⁴.
- 1462, 03, 05: Se le da la posesión de la sede palentina por medio de un procurador. Este llevaba con él una bula del papa y una carta del rey Enrique¹⁵³⁵.
- 1464, verano: Obispo de Palencia, entregado por Enrique IV como rehén para que el marqués de Villena tuviera la seguridad necesaria para acudir a negociar con el rey. Fue encerrado en el castillo de Peñafiel, en poder del maestre de Calatrava¹⁵³⁶.
- 1464, 11, 08: Enrique IV hace merced a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia y de su Consejo, de 60.000 maravedíes de juro de heredad en compensación a sus servicios y a sus padecimientos mientras estuvo en la fortaleza de Peñafiel como su rehén¹⁵³⁷.
- 1465, 02, 16: Se titula como obispo de Palencia y capellán del rey al comunicar al monarca la renuncia que realizaba del juro de 60.000 maravedíes que le había concedido unos meses antes en favor de su hermano, Beltrán de la Cueva¹⁵³⁸.
- 1465, 06, 04: Enrique IV le ordena hacer guerra a las tierras de sus rebeldes¹⁵³⁹.
- 1465, 06, 26: La ciudad episcopal de Palencia se declara, liderada por Sancho de Castilla, hijo del anterior obispo de Palencia Pedro de Castilla, a favor del partido alfonsino y se alza contra su obispo y señor respaldados por los partidarios del infante-rey. Comienza un enfrentamiento que se alargaría más allá de la guerra entre el prelado y su ciudad, apoyada por los alfonsinos¹⁵⁴⁰.
- 1465, 10-11: Enfrentamiento entre sus caballeros y el obispo de Coria o el de Burgos y sus tropas¹⁵⁴¹.
- 1466, 08, 30: Enrique IV explica que había sido uno de los prelados y grandes del reino a los que convocó en los meses previos para combatir a sus rebeldes¹⁵⁴².
- 1468, 12, 4-7: Firma una confederación de ayuda mutua con la duquesa de Castromocho en la que, entre otras cuestiones, se comprometen a no tomar partido si estallaba un nuevo conflicto en el reino sin antes ponerse de acuerdo sobre qué parcialidad seguir¹⁵⁴³.
- 1469, 04, 27: Fecha de su fallecimiento¹⁵⁴⁴. Legó a su muerte todos sus bienes a su hermano Beltrán¹⁵⁴⁵.

FERNÁNDEZ DE VILCHES, MARTÍN

¹⁵³³ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 210.

¹⁵³⁴ GONZÁLEZ NIETO, D., Propaganda y realidad de las elecciones episcopales..., op. cit., p. 57.

¹⁵³⁵ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, op. cit., p. 55.

¹⁵³⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 216; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 213.

¹⁵³⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 53, fol. 9.

¹⁵³⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 53, fol. 9.

¹⁵³⁹ AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 75.

¹⁵⁴⁰ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, op. cit., pp. 99-100; y RODRÍGUEZ SALCEDO, S., "El reinado del primer Alfonso XII...", op. cit.

¹⁵⁴¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 347; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 172; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 254-255; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit. p. 109.

¹⁵⁴² PORRAS ARBOLEDAS, P. A., "Colección diplomática de Ágreda...", op. cit., pp. 384-386.

¹⁵⁴³ AHNOB, Frías, C. 1588, doc. 10.

¹⁵⁴⁴ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, op. cit., pp. 258-259.

¹⁵⁴⁵ CARCELLER CERVIÑO, M. del P., *Beltrán de la Cueva, el último privado*, op. cit., p. 193.

- Natural de Baeza¹⁵⁴⁶. Tío de Martín de Vilches, racionero¹⁵⁴⁷ y canónigo de Ávila e hijo de Fernando Sánchez de Vilches y Juana Sánchez, vecinos de Baeza¹⁵⁴⁸. Fernando Sánchez de Vilches, hermano del obispo, parece ser de condición humilde¹⁵⁴⁹. El prelado, por tanto, parece ser de origen social humilde, como destacan los cronistas del reinado, que también explican que su promoción eclesiástica se debió al gran favor que tenía del rey Enrique¹⁵⁵⁰.
- 1436: Capellán real y maestro de la capilla de los Reyes Nuevos de la catedral de Toledo¹⁵⁵¹.
- 1448: Canónigo de Jaén. Capellán del príncipe Enrique¹⁵⁵².
- 1449: Canónigo de Jaén. Secretario y capellán del príncipe Enrique, futuro Enrique IV¹⁵⁵³.
- 1449, 10, 30: El príncipe Enrique ordena al deán y cabildo de Jaén que le otorgasen la primera canonjía que quedase vacante¹⁵⁵⁴.
- 1452: Capellán y secretario del entonces príncipe Enrique. Canónigo en Jaén y Segovia. Vicario general en el obispado de Jaén, tras lanzar entredicho contra los que violaban el privilegio de exención de posada de los clérigos de Jaén, interviene ante el príncipe Enrique para que defendiera aquel privilegio¹⁵⁵⁵.
- 1454: Desde comienzos del reinado de Enrique IV fue capellán y secretario real y canciller de la poridad¹⁵⁵⁶. Además, era cantor del rey¹⁵⁵⁷.
- 1454, 08, 07: Secretario y canciller de Enrique IV de Castilla¹⁵⁵⁸.
- 1454, 08, 22: Canónigo de Toledo y Jaén. Notario apostólico y público. Secretario y canciller de Enrique IV de Castilla¹⁵⁵⁹.
- 1454, 12, 23: Secretario y canciller de Enrique IV de Castilla¹⁵⁶⁰.
- 1455, 03, 11: Capellán real. Secretario real. Nombrado canciller mayor del sello de la poridad con una ración de 80 maravedíes diarios y 12.000 maravedíes de quitación anual¹⁵⁶¹.
- 1455, 08, 29: Deán de la Iglesia de Sevilla. Ejerce como secretario de Enrique IV de Castilla¹⁵⁶².

¹⁵⁴⁶ JIMENA JURADO, M de., *Catálogo de los obispos de las iglesias catedrales de la diócesis de Jaén*, op. cit., p. 404.

¹⁵⁴⁷ AHN, Clero, Códices, L. 412, fol. 29v.

¹⁵⁴⁸ AGS, RGS, leg. 1480-09-26, fol. 220.

¹⁵⁴⁹ A 26 de septiembre de 1480 se denunciaba que Juan de Mendoza, vecino de Baeza, le había robado una piara de cerdos en 1473. Debido a que el ladrón era una “persona poderosa e muncho enparentada en esa çibdad e comarca”, Fernando Sánchez no pudo alcanzar justicia contra él. AGS, RGS, leg. 1480-09-26, fol. 124.

¹⁵⁵⁰ Así lo destacan los cronistas: *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 61-62; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 121-122.

¹⁵⁵¹ ACT, O.5.B.1.3; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 613.

¹⁵⁵² RODRÍGUEZ MOLINA, J., *El obispado de Baeza-Jaén*, op. cit., p. 120.

¹⁵⁵³ *Ibidem*, p. 108 y p. 110.

¹⁵⁵⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 613.

¹⁵⁵⁵ RODRÍGUEZ MOLINA, J., *El obispado de Baeza-Jaén*, op. cit., p. 99 y p. 119.

¹⁵⁵⁶ NIETO SORIA, J. M., “La capilla real castellano-leonesa...”, op. cit., p. 28.

¹⁵⁵⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. I, p. 99.

¹⁵⁵⁸ RAH, col. Salazar, 9/819, fol. 179v.

¹⁵⁵⁹ AGS, PTR, leg. 49, doc. 38.

¹⁵⁶⁰ LÓPEZ VILLALBA, J. M., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 39, p. 124.

¹⁵⁶¹ AGS, QC, leg. 4, fols. 116-120.

¹⁵⁶² SANZ FUENTES, M. J. y SIMÓ RODRÍGUEZ, M. I., *Catálogo de documentos contenidos*, op. cit., doc. 615, p. 102.

- 1455, 10, 20: Fernando Ruiz de Aguayo, chantre y canónigo de Córdoba y provisor del obispo de Córdoba, daba posesión de un canonicato en Córdoba a Martín Fernández de Vilches, canciller del rey Enrique IV y deán de Sevilla¹⁵⁶³.
- 1456: Canónigo de Toledo antes de ser obispo de Ávila. Debía 550 mrs. a la fábrica de la catedral de Toledo¹⁵⁶⁴.
- 1456, 01, 30: Deán de Sevilla¹⁵⁶⁵. Nombrado obispo de Ávila¹⁵⁶⁶ a suplicación de Enrique IV por tratarse de uno de sus favoritos¹⁵⁶⁷.
- 1456, 04, 25: El bachiller Juan González, canónigo de Segovia y capellán real, actúa como vicario del arcipreste de Segovia Martín Fernández de Vilches¹⁵⁶⁸.
- 1456, 07, 20: Obispo de Ávila. Miembro del Consejo Real. Enrique IV ordena retirarle el oficio, quitación y ración de Canciller Mayor del Sello de la Poridad para entregárselo a don Miguel Lucas de Iranzo¹⁵⁶⁹.
- 1456, 09, 17: Se titula como obispo de Ávila, oidor y consejero real¹⁵⁷⁰.
- 1465, 06, 05: Tras la Farsa de Ávila, se mantiene en la lealtad a Enrique IV¹⁵⁷¹.
- 1466, 10, 17: Firma una confederación con el conde de Alba por la fidelidad que este demostraba al rey Enrique. El obispo se compromete a proporcionarle hasta veinte caballeros cuando quisiera. Además, se une a la confederación que el conde había realizado con el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque y la reina Juana¹⁵⁷².
- 1468, 10, 29: Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Apela contra el contenido de una carta que le había enviado don Antonio de Veneris, legado del papa, por la que alzaba y suspendía el entredicho que el obispo había puesto en Ávila por el encastillamiento de su catedral por parte del arzobispo de Toledo y otros por él. El obispo declara nulas aquellas órdenes y, entre sus razones para ello, indica que debería utilizar sus poderes para conseguir el sometimiento a Enrique IV del resto de ciudades del reino¹⁵⁷³.
- 1469, 11, 13: Fecha de su fallecimiento¹⁵⁷⁴.

FONSECA Y ULLOA, ALFONSO¹⁵⁷⁵

¹⁵⁶³ MARAVER Y ALFARO, L. de, *Historia de Córdoba: desde los tiempos más remotos*, op. cit.

¹⁵⁶⁴ ACT, Obra y fábrica, Mss. 285, fol. 7r.

¹⁵⁶⁵ Al acceder a Ávila el deanato pasa a don Rodrigo Sánchez de Arévalo. BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. III, doc. 1162, pp. 83-84.

¹⁵⁶⁶ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 1469, p. 468.

¹⁵⁶⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. I, p. 149.

¹⁵⁶⁸ AHN, Clero, leg. 6381.

¹⁵⁶⁹ ARRIBAS ARRANZ, F., *Sellos de placa de las cancellerías*, op. cit., doc. VI, pp. 194-195.

¹⁵⁷⁰ AHN, Clero, leg. 574.

¹⁵⁷¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 313-314.

¹⁵⁷² MONSALVO ANTÓN, J. M., *Documentación histórica del Archivo municipal de Alba de Tormes*, op. cit., doc. 184, pp. 238-239.

¹⁵⁷³ AHN, Clero, leg. 372.

¹⁵⁷⁴ SOBRINO CHOMÓN, T., “La restauración de la diócesis...”, op. cit., pp. 431-432.

¹⁵⁷⁵ Aunque, debido a su incuestionable protagonismo político, su trayectoria político-eclesiástica es abordada en muy diversas obras generales del reinado de Enrique IV, existen en la actualidad dos trabajos esenciales dedicados en expreso a la figura del arzobispo Fonseca, el de FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, op. cit., pp. 43-92; y VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit. No obstante, se necesita de un estudio mucho más exhaustivo y en profundidad de esta compleja y capital figura de los años centrales del reinado de Enrique IV. Recientemente hemos tenido ocasión de acercarnos a su figura a partir del análisis de su Casa: GONZÁLEZ NIETO, D., “La casa de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla...”, op. cit.

- 1415, ca.: Fecha de nacimiento¹⁵⁷⁶. Nieto por parte de madre de Pedro Rodríguez de Fonseca e Inés Díaz Botello, nobles portugueses exiliados en Castilla tras los sucesos de Aljubarrota, junto con la reina Beatriz de Portugal. Sobrino del cardenal Pedro de Fonseca, obispo de Sigüenza¹⁵⁷⁷. Hijo de Beatriz Rodríguez de Fonseca y del doctor Juan Alfonso de Ulloa (fallecido en 1419), hermano del doctor Pedro Yáñez de Ulloa, ambos destacados miembros del Consejo y la Audiencia Real en los reinados de Enrique III y Juan II de Castilla¹⁵⁷⁸.
- 1422, 03, 18: Porcionario en Sigüenza y poseedor de un prestimonio en Palencia. Recibe el arcedianato de Salnés, en el arzobispado de Santiago, que había ostentado hasta entonces su tío, el cardenal Pedro de Fonseca, quien falleció entonces y había dejado reservada esta prebenda para él¹⁵⁷⁹.
- 1442, ca.: Abandona el estudio y se incorpora al servicio del príncipe Enrique, futuro Enrique IV¹⁵⁸⁰. Su entrada a la Corte se vio facilitada por su tío, el doctor Periañez de Ulloa, consejero del rey y próximo al condestable Álvaro de Luna. Se inicia entonces una estrecha relación entre ambos que perduraría hasta el fallecimiento del prelado¹⁵⁸¹.
- 1442: Doctor, deán de Zamora. El príncipe Enrique eleva al papa una serie de súplicas de beneficios eclesiásticos en favor de sus allegados, entre los cuales se encuentra Alfonso de Fonseca¹⁵⁸².
- 1442, 08, 22: Jura su cargo como nuevo abad de Valladolid¹⁵⁸³.
- 1442, 11, 02: Abad de Valladolid, capellán mayor del príncipe Enrique, sobrino del doctor Periañez. Era designado ejecutor del testamento de su tío¹⁵⁸⁴.
- 1443, 05, 09: Abad de Valladolid. Miembro del Consejo de Juan II. Se le conceden ocho excusados¹⁵⁸⁵.
- 1443, 09, 02: Juan II lamenta comunicar a su hijo, el príncipe Enrique, que no podía suplicar al papa que concediera la mitra vacante de Calahorra a su capellán mayor [Fonseca], por cuando quería que esta fuera para el obispo de Coria, miembro de su Consejo, cuyos servicios necesitaba recompensar. El rey se ofrece, no obstante, a suplicar al papa que otorgue la sede de Coria a su capellán mayor. Si no quisiera esta sede, el monarca promete conseguir que le fuera concedida la próxima “buena dignidad” que quedara vacante¹⁵⁸⁶.
- 1444: Desde ese año percibe una quitación anual de 30.000 maravedíes como oidor real¹⁵⁸⁷.
- 1444, 09, 10: Abad de Valladolid, oidor del rey y de su Consejo y capellán mayor del príncipe Enrique. Juan II le concede ocho excusados que tenía su tío, Pedro Yáñez¹⁵⁸⁸.
- 1445, 04, 07: Abad de Valladolid. Nombrado obispo de Ávila¹⁵⁸⁹ a suplicación y por intercesión del príncipe Enrique¹⁵⁹⁰.

¹⁵⁷⁶ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 47.

¹⁵⁷⁷ OLIVERA SERRANO, C., *Beatriz de Portugal, op. cit.*, pp. 266-275.

¹⁵⁷⁸ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, pp. 25-27.

¹⁵⁷⁹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia, op. cit.*, p. 615; y VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 47.

¹⁵⁸⁰ PULGAR, F. de, *Claros varones de Castilla, op. cit.*, p. 183.

¹⁵⁸¹ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 47.

¹⁵⁸² BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario, op. cit.*, vol. I, p. 179.

¹⁵⁸³ CASTRO ALONSO, Manuel, *Episcopologio vallisoletano, op. cit.*, p. 97.

¹⁵⁸⁴ ARCHV, Pergaminos, Caja 90, doc. 5.

¹⁵⁸⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 7, fol. 1.

¹⁵⁸⁶ AHNOB, Frías, C. 129, doc. 45.

¹⁵⁸⁷ AGS, QC, leg. 1, fol. 295.

¹⁵⁸⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 7, fol. 29.

- 1445-1454: Como miembro del círculo más estrecho del príncipe Enrique, comienza a intervenir en la política general del reino junto Juan Pacheco, marqués de Villena, con quien el prelado mantendría una estrecha alianza política desde entonces. El partido del príncipe procura ganar peso político en el reino¹⁵⁹¹. Sirvió en repetidas ocasiones como “componedor” entre el rey Juan II y su hijo, el príncipe Enrique en este contexto¹⁵⁹².
- 1446, 11, 18: Obispo de Ávila y miembro del Consejo Real. Juan II, en virtud de los servicios prestados a él y al príncipe Enrique, le hace merced de 20.000 maravedíes de juro de heredad¹⁵⁹³.
- 1448, 04, 24: Obispo de Ávila, oidor de la Audiencia Real, miembro del Consejo Real, capellán mayor del príncipe Enrique¹⁵⁹⁴.
- 1448, 05, 11: Obispo de Ávila. Media entre Juan Pacheco, marqués de Villena, y el condestable Álvaro de Luna para alcanzar el acuerdo de Zárrago¹⁵⁹⁵.
- 1448, 07, 18: Nicolás V le designa juez ejecutor de una gracia concedida al príncipe Enrique para que pudiera presentar hasta cuarenta personas para ser provistos de beneficios eclesiásticos en todas las iglesias de Castilla y León¹⁵⁹⁶.
- 1448, 10, 20: Obispo de Ávila. Juan II le hace merced de la villa de Saldaña, confiscada al conde de Castro¹⁵⁹⁷. Más adelante, en 1451-1452, cambiaría dicha villa por la de Coca con el marqués de Santillana¹⁵⁹⁸.
- 1452, 02, 04: Obispo de Ávila, consejero real. Juan II aprueba el trueque que el príncipe Enrique había hecho con la villa de Medina del Campo de un juro de heredad de 20.000 maravedíes a cambio del lugar de Alaejos, con Castrejón y Valdefuentes, y la donación que había hecho de dicho lugar a Fonseca en recompensa a sus servicios¹⁵⁹⁹.
- 1452, 06, 26: Se le titula como obispo de Ávila, oidor, consejero y refrendario real en la permuta de la villa de Saldaña por la de Coca¹⁶⁰⁰.
- 1453, 07, 15: Oidor y consejero del rey. Juan II le concede licencia para levantar una fortaleza en Alaejos¹⁶⁰¹.
- 1454, 01, 24: Juan Pacheco, marqués de Villena, renuncia en su favor las tercias de Coca¹⁶⁰².
- 1454, 02, 04: Nombrado arzobispo de Sevilla¹⁶⁰³ también a intercesión del príncipe Enrique¹⁶⁰⁴.

¹⁵⁸⁹ AJO GONZÁLEZ, C. M., *Historia de Ávila y de toda su tierra*, op. cit., pp. 499-500.

¹⁵⁹⁰ PULGAR, F. de, *Claros varones de Castilla*, op. cit., p. 183; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., p. 184.

¹⁵⁹¹ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., pp. 47-48; y FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, op. cit., p. 48 y ss.

¹⁵⁹² VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., p. 48.

¹⁵⁹³ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 21-1.

¹⁵⁹⁴ AHN, Clero, Códices, L. 399, fols. 284v-385r.

¹⁵⁹⁵ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., p. 48; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 615.

¹⁵⁹⁶ ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., doc. 3600, pp. 309-310.

¹⁵⁹⁷ AHNOB, Osuna, C. 1826, doc. 1.

¹⁵⁹⁸ ADA, C. 245, n. 5, n. 7, n. 21.

¹⁵⁹⁹ ADA, C. 245, n. 9; y AGS, EMR, MyP, leg. 3, fol. 127.

¹⁶⁰⁰ ADA, C. 245, n. 21.

¹⁶⁰¹ ADA, C. 245, n. 10.

¹⁶⁰² AGS, EMR, MyP, leg. 7, fol. 2.

¹⁶⁰³ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 616.

¹⁶⁰⁴ PULGAR, F. de, *Claros varones de Castilla*, op. cit., p. 183.

- 1454-1461: Miembro principal del Alto Consejo y gobierno de Enrique IV durante los primeros años de su reinado junto al marqués de Villena y Diego Arias Dávila¹⁶⁰⁵. Los cronistas explican que su influencia era tal que todo lo que sucedía en la Corte pasaba por su mano¹⁶⁰⁶.
- 1456: Enrique IV le hizo entrega de los 50.000 maravedíes que tenía de quitación como oidor el obispo de Burgos Pablo de Santamaría. Existen libramientos desde entonces hasta 1463¹⁶⁰⁷.
- 1456, 01, 25: Nombrado refrendario real con una quitación diaria de 40 maravedíes. Existen libranzas hasta 1463¹⁶⁰⁸.
- 1458, 11, 05: Enrique IV, en recompensa a sus servicios, le concede facultad para renunciar en quien quisiera los maravedíes que tenía asentados en los libros del rey¹⁶⁰⁹.
- 1460-1464: El arzobispo de Sevilla se aleja de Corte debido a su intento de conseguir la conflictiva sede de Santiago para su sobrino homónimo, Alfonso de Fonseca y Acevedo. El monarca suplica al papa la sede para aquel a instancia suya, y tío y sobrino truecan sus sedes para que el primero se hiciera con el control de la sede de Santiago, usurpada por el conde de Trastámara. Para este proyecto el prelado cuenta con la oposición de Juan Pacheco, quien quería la sede para su pariente, el obispo de Burgos. Se inician las campañas militares para recuperar Santiago y el señorío de esa mitra¹⁶¹⁰.
- 1460, comienzos de la década: Divididos en torno a su idea de incluir a los miembros de la liga nobiliaria al gobierno de Enrique IV, el marqués de Villena procura y consigue el alejamiento de Fonseca del gobierno del reino¹⁶¹¹.
- 1463 a comienzos de 1464: El arzobispo Fonseca procura recuperar la sede hispalense para intentar volver a recuperar su antiguo lugar en el gobierno del reino, en especial como consecuencia de la aparición de unos nuevos favoritos regios, Beltrán de la Cueva y Pedro González de Mendoza. Sin embargo, se encuentra con la negativa de su sobrino, iniciándose un grave enfrentamiento en la urbe hispalense. La intervención de Enrique IV a finales de 1463-comienzos de 1464,

¹⁶⁰⁵ FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, *op. cit.*, pp. 52-53; y VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, p. 48. Las referencias tanto documentales como cronísticas a su intervención en la política del reino como uno de los principales consejeros del rey en ese intervalo de tiempo son numerosísimas. Su papel en la diplomacia, en las campañas de Granada, en las negociaciones internas del rey con la nobleza descontenta con su gobierno y en otros muchos asuntos fue tal que su enumeración implicaría la práctica reconstrucción de los seis primeros años del reinado de Enrique IV. Para conocer esta labor de Fonseca en el gobierno, remitimos a las obras generales del reinado de Enrique IV, en especial, al minucioso SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*

¹⁶⁰⁶ *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 49; ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 145; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 112. Por su parte SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, p. 203, llega a señalar que en estos años “Pacheco, Fonseca y Diego Arias lo controlaban todo”.

¹⁶⁰⁷ AGS, QC, leg. 2, fols. 55-62.

¹⁶⁰⁸ AGS, QC, leg. 2, fols. 55-62.

¹⁶⁰⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁶¹⁰ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, pp. 48-50; y FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, *op. cit.*, pp. 54-57. Un análisis de estos hechos en OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*

¹⁶¹¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, pp. 211-217. También lo recogen las crónicas ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 172; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 155.

- obliga al sobrino a marchar a Santiago. El prelado espera en las afueras de Sevilla a que el rey Enrique le restituya completamente de su sede¹⁶¹².
- 1464, verano: En el contexto de las primeras negociaciones de Enrique IV y sus rebeldes, y, al parecer por iniciativa del marqués de Villena, los miembros del Consejo de Enrique IV, y entre ellos el obispo Pedro González de Mendoza, aceptaron un plan para desposeer al arzobispo de Sevilla de la sede hispalense y a su sobrino de la de Santiago para hacer entrega de ellas, respectivamente, a los obispos de Calahorra y de Palencia. Avisado de todo ello, el arzobispo huye a Béjar al amparo de los condes de Plasencia. El monarca ordena suplicar al papa la privación de su sede para el prelado y confiscar todos sus bienes. Ambos, tío y sobrino, se unen a la liga nobiliaria contra el rey por ello, que les apoyan en Roma frente al monarca¹⁶¹³.
 - 1464, septiembre: El arzobispo de Sevilla y su sobrino, el arzobispo de Santiago, respaldan el Manifiesto de Burgos de la nobleza rebelde contra el rey¹⁶¹⁴.
 - 1464, 10, 06: Enrique IV, reconociendo su error con Fonseca, y confesando que actuó contra él indebidamente, ordena la cesación de todos los actos que había emprendido para desposeerle de su sede y bienes, ordenando su inmediata restitución¹⁶¹⁵.
 - 1464, 12: Se reconcilia personalmente con el rey Enrique en el monasterio de La Mejorada. El monarca le entrega cinco cuentos de maravedíes de moneda vieja con los que acuñó en Coca unos dieciséis cuentos de maravedíes; la tenencia de la fortaleza de la Mota de Medina del Campo con 183.000 maravedíes de sueldo; y la promesa de la villa de San Felices de los Gallegos, aunque esta última, finalmente, no alcanzó cumplimiento¹⁶¹⁶.
 - 1465, 01, 12: El rey le concede ocho excusados de juro de heredad vacantes por el fallecimiento de su primo, el bachiller Bartolomé de Deza, oidor real¹⁶¹⁷.
 - 1465, 01, 30: Enrique IV, en recompensa a sus servicios y en enmienda de los daños que le había causado recientemente sin causa, le concede un juro de heredad de 130.000 mrs¹⁶¹⁸.
 - 1465 a 1468: El arzobispo de Sevilla, desde una postura intermedia entre los bandos, se convierte en una figura esencial durante la guerra civil como promotor de las negociaciones que entre Enrique IV y sus rebeldes se desarrollaron durante la misma¹⁶¹⁹.
 - 1465 a 1468: Durante la contienda civil, Enrique IV prometió al arzobispo de Sevilla que le haría merced de las villas de Olmedo¹⁶²⁰, Sepúlveda, Siete Iglesias de Trabancos, Madrigal y Tordesillas, pero no consiguió finalmente ninguna de

¹⁶¹² VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, pp. 48-50; FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, *op. cit.*, pp. 54-57; y OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*, pp. 247-272.

¹⁶¹³ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 50; y OLLERO PINA, J. A., “El trueque de sedes de los Fonseca...”, *op. cit.*, pp. 273-277.

¹⁶¹⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, pp. 327-334.

¹⁶¹⁵ ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares, op. cit.*, Vol. III, pp. 29-31.

¹⁶¹⁶ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 51. Sobre la entrega de los cuentos de maravedíes se habla en AGS, CCA, Personas, leg. 10-2, fol. 399-1.

¹⁶¹⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 7, fol. 27.

¹⁶¹⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁶¹⁹ Sus actuaciones en este sentido se contienen en el cuerpo de la tesis.

¹⁶²⁰ Son los propios cronistas del reinado los que nos han dejado sobrados testimonios del interés del prelado por la villa, que trató de conseguir tanto de Enrique IV como del infante-rey Alfonso, tras unirse a su causa en el verano de 1467. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, pp. 414-415 y p. 463; y *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, p. 206 y p. 232.

- ellas¹⁶²¹. El 18 de mayo de 1467 la villa de Tordesillas se preparaba ante el intento del prelado de ocuparla¹⁶²². Poco después de concluir la contienda, el arzobispo fracasó en su intento de tomar Madrigal y Olmedo por la fuerza con el fin de forzar la ejecución de estas mercedes¹⁶²³.
- 1466: Enrique IV confirma al arzobispo un juro de heredad de 200.000 maravedíes¹⁶²⁴.
 - 1467, 08, 20: Envía tropas por el bando alfonsino a la batalla de Olmedo, capitaneadas por su hermano Fernando de Fonseca, quien fallece a causa de las heridas recibidas en ella¹⁶²⁵.
 - 1469, 03, 18: Miembro del Alto Consejo. Forma parte de una confederación junto a Enrique IV, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia con el duque de Alburquerque, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro y el propio obispo de Sigüenza, por la cual, entre otras cuestiones, se decidió que todos se incorporaran a la gobernación del reino¹⁶²⁶. Desde entonces y hasta su muerte, se mantuvo como uno de los principales miembros del Alto Consejo de Enrique IV, siendo uno de los principales protagonistas de los hechos políticos del reino desde entonces.
 - 1469, 05, 02: El rey le entrega 300.000 maravedíes anuales en empeño hasta que pudiera hacer efectiva la donación de la villa de Sepúlveda que le había prometido en recompensa a sus esfuerzos durante los movimientos del reino por defender su estado real y procurar la paz, sosiego y tranquilidad en el reino. Ante la imposibilidad final de otorgar esta merced, el rey convirtió esos 300.000 maravedíes en un juro de heredad el 20 de diciembre de 1471¹⁶²⁷.
 - 1469, 12, 20: Enrique IV convierte en juro de heredad 35.000 maravedíes de los 87.820 que tenía de por vida¹⁶²⁸.
 - 1469, 12, 22: Mandamiento del rey para que le fuera librado al arzobispo de Sevilla, de su Consejo, el sueldo de la gente que tenía a su servicio. Los contadores reales calcularon dicho sueldo en 600.000 maravedíes¹⁶²⁹.
 - 1470: Por medio de su intervención, el rey Enrique suplicó al papa que proveyera de las sedes de Ávila y Orense a Alfonso de Fonseca, sobrino del arzobispo, y a Diego de Fonseca, su primo, respectivamente¹⁶³⁰.
 - 1470: Enrique IV otorgó al arzobispo de Sevilla un juro de 600.000 o 700.000 maravedíes sobre las rentas reales de Medina del Campo en empeño hasta que el rey le pudiera hacer entrega de una merced no especificada¹⁶³¹. No obstante, según las crónicas, tras el nacimiento de la princesa Isabel, hija de los príncipes

¹⁶²¹ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 55.

¹⁶²² Ese día, “por quanto se desia e hera fama” que el mitrado hispalense pretendía apoderarse de la villa, el concejo de esta villa solicitó ayuda a la abadesa del monasterio de Santa Clara de Tordesillas para su defensa, a lo cual aquella accedió bajo la promesa de que también colaborarían en la guarda de los bienes y rentas de su monasterio. CASTRO TOLEDO, J., *Colección diplomática de Tordesillas, op. cit.*, doc.776, pp. 446-448.

¹⁶²³ FRANCO SILVA, A., “El arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca el Viejo...”, *op. cit.*, p. 63; y VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 55.

¹⁶²⁴ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27.

¹⁶²⁵ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, pp. 51-52.

¹⁶²⁶ AHNOB, Osuna, leg. 1860, n. 20; RAH, leg. 9/6483, fols. 441r-442v; y Biblioteca Nacional, Mss. 19703, n. 22. Transcrita por VAL VALDIVIESO, I. del, *Isabel la Católica, op. cit.*, doc. 15, pp. 430-438.

¹⁶²⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁶²⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁶²⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

¹⁶³⁰ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 20.

¹⁶³¹ AGS, CCA, Personas, leg. 10-2, fol. 399-1; y VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca, op. cit.*, p. 94.

Isabel y Fernando, en octubre de 1470, Enrique IV ordenó a Rodrigo de Ulloa, primo del arzobispo, y a Álvaro de Bracamonte, ocupar Medina del Campo, villa perteneciente entonces a la princesa Isabel, y sus rentas, haciendo donación de ellas al conde de Alba y al arzobispo de Sevilla con el fin de animarles a seguir su partido frente a los príncipes¹⁶³².

- 1472, 02, 20: Enrique IV comunica a sus contadores mayores que había encomendado al conde de Alba y al arzobispo de Sevilla, de su Consejo, que se ocuparan de la gobernación y administración de la justicia real “allende los puertos” mientras iba a vistas con el rey de Portugal, para lo cual les debían proporcionar fondos para el mantenimiento de 150 lanzas durante dos meses¹⁶³³.
- 1473, 05, 18: Fecha de su fallecimiento, al parecer como consecuencia de un cáncer colorrectal¹⁶³⁴.

GARCÍA DE HUETE O DE MONTOYA, PEDRO¹⁶³⁵

- Servidor y protegido del arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo. De orígenes humildes (“abyecta condición”, “hombre rústico”). Entró a servir en la casa de Carrillo como “onbre de pie”, tras lo cual fue nombrado su despensero. Su carrera eclesiástico-cortesana fue impulsada y amparada por el prelado toledano¹⁶³⁶.
- 1435, 12, 01: “Petro de Huepete”, familiar de Alfonso Carrillo, protonotario apostólico y administrador de la sede de Sigüenza (futuro arzobispo de Toledo), se encontraba junto a él como testigo en cierto acto en Florencia¹⁶³⁷.
- 1438, 04, 20: Pedro García de Huete, prior y canónigo de Cuenca, figura como camarero del protonotario Alfonso Carrillo, administrador de la iglesia y obispado de Sigüenza y futuro arzobispo de Toledo¹⁶³⁸.
- 1438, 05, 19: Canónigo de Sigüenza. Eugenio IV le hace entrega de los beneficios que en la diócesis seguntina hubiera tenido el cardenal Alfonso Carrillo, difunto. No llegaría a ostentarlos todos¹⁶³⁹.
- 1443, 09, 16: Arcediano de Sigüenza. Adquiere algunas heredades en Juara¹⁶⁴⁰.
- 1448, 05, 20: Arcediano de Sigüenza. Miembro del Consejo del arzobispo de Toledo. Refrenda una provisión dirigida por Carrillo a parte de sus señoríos arzobispales¹⁶⁴¹.
- 1448, 06, 30: Arcediano de Sigüenza. Canónigo de Toledo. Doctor en decretos. Alfonso Carrillo le encarga ocuparse de la reforma de Sopetrán y de su unión a la congregación de san Benito de Valladolid¹⁶⁴².

¹⁶³² PALENCIA, A., de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 315; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 394.

¹⁶³³ ADA, C. 156, n. 40.

¹⁶³⁴ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., pp. 52-53.

¹⁶³⁵ Existen dos aproximaciones a su figura en PORTILLO CAPILLA, T., “Don Pedro de Montoya...”, op. cit., pp. 231-243; y FRÍAS Balsa, J. V., “Don Pedro García Huete...”, op. cit., pp. 315-325.

¹⁶³⁶ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 288-290; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 279-281.

¹⁶³⁷ ARCHV, Registro de Ejecutorias, Caja 1190, doc. 1.

¹⁶³⁸ RAH, col. Salazar, 9/288, fols. 5r-15r.

¹⁶³⁹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 620.

¹⁶⁴⁰ YABEN, H., *Catálogo del Archivo Catedralicio de Sigüenza*, op. cit., doc. 451, p. 76.

¹⁶⁴¹ GARCÍA GUZMÁN, M. del M., *Colección diplomática del Adelantamiento de Cazorla*, op. cit., doc. 192 y doc. 193.

¹⁶⁴² ACT, V.12.A.1.1; BNE, Mss. 13.074, fols. 241r-253v; y VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 620.

- 1448, 09, 12: Arcediano de Sigüenza. Canónigo de Toledo. Mayordomo del arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo. Solicita que se levante acta de cómo el arzobispo venía con el rey desde Navarrete hasta Burgos con la cruz alzada sin contradicción alguna por parte del obispo de Burgos¹⁶⁴³.
- 1448, 12: Arcediano de Sigüenza. El cabildo catedralicio de Sigüenza le eligió como su obispo, pero el papa rechazó su candidatura¹⁶⁴⁴.
- 1449, 05, 30: Nombrado oidor de la Audiencia Real, con 30.000 maravedíes de quitación y ocho excusados¹⁶⁴⁵. Capellán de Juan II de Castilla¹⁶⁴⁶.
- 1450, 08, 07: Arcediano de Sigüenza. Testigo del juramento prestado por el arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo en una confederación entre este y el marqués de Santillana Íñigo López de Mendoza, junto a otros servidores y parientes del prelado¹⁶⁴⁷.
- 1451, 08, 21: Arcediano de Sigüenza. Miembro del Consejo del arzobispo de Toledo. Refrenda una provisión dirigida por Carrillo a parte de sus señoríos arzobispales¹⁶⁴⁸.
- 1453: Capellán del rey, miembro de su Consejo y arcediano de Sigüenza. Tenía ese año 2.000 mrs. de juro de por vida. En 1453, Francisco García de Toledo, “fasedor del dicho arzobispo de Toledo”, se encarga de la gestión de su libramiento¹⁶⁴⁹.
- 1453: Deán de Toledo. Prior de Aracena. Juan II le concede la merced de que ni él ni sus sucesores pagasen tributos por los bienes que tuviesen en el mencionado priorazgo¹⁶⁵⁰.
- 1453, 06, 10: Deán de Toledo. Capellán mayor de Juan II de Castilla¹⁶⁵¹.
- 1453, 09, 27: Oidor de la Audiencia Real. Capellán mayor del rey. Refrendario del Consejo y prior de Aracena¹⁶⁵².
- 1454, 01, 09: Deán de Toledo. Es nombrado obispo de Osma por el papa¹⁶⁵³.
- 1454: Noticia de que el nuevo obispo de Osma fue el anterior capellán mayor de la capilla de los Reyes Nuevos de Toledo¹⁶⁵⁴.
- 1454, 06, 22: Toma posesión de la mitra de Osma. Fue consagrado por el propio arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, asistiéndole Fernando de Luján, obispo de Sigüenza, y Fernando, obispo titular de Guadix¹⁶⁵⁵.
- 1454, Ca.: El propio obispo de Osma se dirige a Enrique IV e indica que se encontraba en su servicio “en el vuestro Consejo”¹⁶⁵⁶.
- 1455: Enrique IV confirmaba la quitación de 30.000 mrs. que como oidor real tenía el obispo de Osma. Existen libranzas desde 1456 a 1464¹⁶⁵⁷.

¹⁶⁴³ ACT, X.8.B.1.3.

¹⁶⁴⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 620; y MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., pp. 148-149.

¹⁶⁴⁵ AGS, QC, leg. 1, fol. 238.

¹⁶⁴⁶ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., pp. 177-178.

¹⁶⁴⁷ RAH, Col. Salazar, 9/816, fols. 400r-v.

¹⁶⁴⁸ GARCÍA GUZMÁN, M. del M., *Colección diplomática del Adelantamiento de Cazorla*, op. cit., doc. 207, p. 282.

¹⁶⁴⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 62, fol. 121.

¹⁶⁵⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 1, fol. 708.

¹⁶⁵¹ SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María*, op. cit., p. 204.

¹⁶⁵² VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 620.

¹⁶⁵³ Eubel, II, p. 209.

¹⁶⁵⁴ ACT, I.7.I.1.10, fol. 33r; y ACT, Obra y fábrica, n. 285, fols. 4r-v.

¹⁶⁵⁵ LOPERRÁEZ CORVALÁN, J. de, *Descripción histórica del obispado de Osma*, op. cit., Vol. I, p. 355.

¹⁶⁵⁶ LOPERRÁEZ CORVALÁN, J. de, *Descripción histórica del obispado de Osma*, op. cit., Vol. III, Madrid, 1788, doc. CXXVIII, pp. 295-296, en concreto, en p. 295.

- 1458, 04, 13: Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Enrique IV ordena a sus contadores mayores que libren al obispo de Osma 50.000 mrs. de quitación para ayuda de su costa. El rey le había ordenado residir en su Consejo con los otros prelados y caballeros que mandaba quedar “allende los puertos”¹⁶⁵⁸.
- 1458, 10, 03: En una apelación interpuesta por el deán y cabildo de Sevilla por lo excesivo del repartimiento del subsidio hecho por el colector y jueces pontificios, se indica que don García, obispo de Lugo, y don Pedro, obispo de Osma, eran jueces subdelegados para la recaudación de dicho subsidio¹⁶⁵⁹.
- 1459, 06, 01: Enrique IV le concede al obispo de Osma, por sus servicios, un juro de por vida de 12.000 mrs¹⁶⁶⁰.
- 1461, 10, 03: Enrique IV ordena el pago de 12.730 mrs. al obispo de Osma por el sueldo de la gente que llevó a la frontera de Navarra. Asimismo, ordenó pagarle 19.882 mrs. de sueldo para veinte lanzas para su guarda. El 2 de diciembre se entregaron otros 16.440 mrs. para el pago del sueldo de aquellas veinte lanzas¹⁶⁶¹.
- 1462, marzo: Asiste, junto a los obispos de Calahorra y Cartagena, al arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo en el bautizo de la princesa Juana¹⁶⁶².
- 1464, mayo: Convocado por el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, asiste a la Junta de Alcalá de Henares y respalda el manifiesto en ella redactado contra Enrique IV¹⁶⁶³.
- 1464, junio-julio: El obispo de Osma, junto al de Coria y al arzobispo de Toledo y otros nobles rebeldes, acude a Madrid, donde se encontraba la Corte de Enrique IV, para negociar con Enrique IV¹⁶⁶⁴. Formaron parte del complot por el que se intentó prender a don Beltrán de la Cueva y al propio rey¹⁶⁶⁵.
- 1464, sin mes [septiembre], sin día. Desde Burgos, los magnates del reino escriben una carta a una ciudad indeterminada para que se unieran a sus reclamaciones contra Enrique IV. Entre los nobles y prelados que apoyan su causa, se menciona al obispo de Osma¹⁶⁶⁶.
- 1464, 11, 11: Presente en unas vistas entre Cabezón y Cigales entre Enrique IV y sus rebeldes¹⁶⁶⁷.
- 1464, 11, 30: El obispo de Osma es uno de los nobles y prelados del reino que juraron en manos del marqués de Villena al infante don Alfonso como príncipe heredero de la Corona de Castilla en las vistas celebradas entre Cabezón y Cigales¹⁶⁶⁸.

¹⁶⁵⁷ AGS, QC, leg. 4, fol. 288-289.

¹⁶⁵⁸ LÓPEZ VILLALBA, J. M., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 94, pp. 210-211.

¹⁶⁵⁹ AHNOB, Luque, C. 584, doc. 17.

¹⁶⁶⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 62, fol. 121.

¹⁶⁶¹ ORTEGO RICO, P., “Propaganda, fiscalidad e ideal cruzadista...”, op. cit., pp. 262-263.

¹⁶⁶² GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 174; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 184.

¹⁶⁶³ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 141-142; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 207-208; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 286.

¹⁶⁶⁴ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 209.

¹⁶⁶⁵ Negociación y complot en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, pp. 288-289; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 142.

¹⁶⁶⁶ AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCVIII, p. 335; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 616-618.

¹⁶⁶⁷ SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón*, op. cit., p. 62.

¹⁶⁶⁸ AHNOB, Frías, C. 15, doc. 5.

- 1464, 12, 05: El obispo de Osma es uno de los nobles y prelados que firmaron el Memorial de agravios presentado a Enrique IV y a los jueces encargados de redactar la Sentencia Arbitral de Medina del Campo para la reforma del reino¹⁶⁶⁹.
- 1465, 01, 16: El obispo de Osma es elegido para formar parte de la llamada comisión eclesiástica creada por la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, la cual debía ocuparse en delante de los conflictos jurisdiccionales entre el estado eclesiástico y el poder real¹⁶⁷⁰.
- 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se estipula que para ver los agravios y reclamaciones que muchos particulares no dejaban de presentar, el rey debía diputar y conceder poderes a los obispos de Osma y Cartagena para resolverlos¹⁶⁷¹.
- 1465, 01, 16: Los jueces compromisarios diputados para redactar la Sentencia de Medina del Campo ordenan que se restituya de las villas de Mansilla y Rueda a Gutierre de Robles. Los miembros del Consejo Real (el conde de Plasencia, Pedro de Velasco y el comendador mayor don Gonzalo de Saavedra), comisionan a su vez a los obispos de Osma y de Cartagena, oidores y consejeros reales, para que hagan cumplir dicha orden¹⁶⁷².
- 1465, 01, 16: Presente en Medina del Campo. Del Consejo del rey. Testigo de la sentencia de los comisionados para la reforma del reino sobre la posesión de la villa de Cuéllar, la cual Enrique IV había entregado a don Beltrán de la Cueva. Se ordena que fuera devuelta a la reina Isabel de Portugal¹⁶⁷³.
- 1465, 01, 16: Mencionado, junto al obispo de Cartagena, como oidor y consejero real. Los jueces compromisarios elegidos para redactar la Sentencia Arbitral de Medina del Campo les ordenan que vean el pleito pendiente por el que Ruy García de la Rúa, escribano de Cámara y vecino de Talavera, reclamaba el oficio del juzgado de la fiedad de Toledo¹⁶⁷⁴.
- 1465, 02, 03: El obispo de Osma cede a Catalina de Montoya, su sobrina, un juro de heredad de 70.000 mrs. que Enrique IV le había concedido ese mismo año en recompensa a sus servicios¹⁶⁷⁵. No obstante, la merced del rey, refiriéndose al prelado como miembro de su Consejo, fue expedida el 12 de febrero de 1465¹⁶⁷⁶.
- 1465, 02, 15: Enrique IV convierte los 30.000 mrs. y ocho excusados que el obispo de Osma tenía por el oficio de oidor y los 2.000 mrs. de merced de por vida que poseía, en un juro de heredad¹⁶⁷⁷.
- 1465, 03, 28: Enrique IV hace merced al obispo de Osma de dieciséis excusados¹⁶⁷⁸.
- 1465, 05, 20: Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV en el contexto de las Cortes de Salamanca¹⁶⁷⁹.
- 1465, 05, 21: Durante las Cortes de Salamanca de 1465, Enrique IV encargó la tarea de negociar con los procuradores del reino el otorgamiento de los 87 cuentos de

¹⁶⁶⁹ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3.

¹⁶⁷⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 373.

¹⁶⁷¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 477.

¹⁶⁷² RAH, col. Salazar, 9/868, fol. 6r-7v.

¹⁶⁷³ AGS, PTR, leg. 32, doc. 4, fol. 58r-v.

¹⁶⁷⁴ AMT, Archivo Secreto, Cajón 2, leg. 3, n. 2.

¹⁶⁷⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 85, fol. 13.

¹⁶⁷⁶ AGS, EMR, MyP, leg. 89, fol. 30. Confirmada el 20 de marzo de 1465. AGS, EMR, MyP, leg. 85, fol. 20.

¹⁶⁷⁷ AGS, EMR, MyP, leg. 89, fol. 30.

¹⁶⁷⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5.

¹⁶⁷⁹ RAH, leg. 9/6483, fol. 239r-248r; y AMT, Fondo Histórico, caja 2530, sin numerar.

- mrs. que se solicitaba al reino a los obispos de Calahorra y Osma, entre otros miembros de su Consejo Real¹⁶⁸⁰.
- 1465, ¿05?, ¿26?: Miembro del Consejo Real de Enrique IV. Refrenda la orden de Enrique IV por la que se anula el destierro del duque de Alburquerque don Beltrán de la Cueva de la corte regia¹⁶⁸¹.
 - 1465, 06, 05: Según las crónicas, el obispo de Osma se unió al bando alfonsino tras la Farsa de Ávila¹⁶⁸².
 - 1466, 01, 29: Paulo II comisiona a Lianoro de Lianoris, su nuncio en Castilla, para procurar la libertad del arzobispo de Santiago y de los obispos de Cuenca y Osma, quienes se hallaban presos a causa de las discordias nacidas en Castilla¹⁶⁸³.
 - 1467, 08, 20: Tras relatar la victoria sobre los enriqueños en Olmedo, el infante-rey don Alfonso explica que esperaba contar para aquella batalla con las tropas del obispo de Osma, las cuales no llegaron a tiempo. Cuando reuniera estas y otras tropas, planeaba perseguir a don Enrique y a sus partidarios¹⁶⁸⁴.
 - 1467, 10, 23: El infante-rey Alfonso hace merced al obispo de Osma, oidor de su Audiencia y miembro de su Consejo, de las tercias de ciertos lugares de la obispalía y mesa obispal de Osma en recompensa a sus servicios y por los perjuicios que por seguirle había padecido, en concreto, por la prisión de cuatro meses a la que le sometió a él y a varios de sus servidores Enrique IV¹⁶⁸⁵. Teniendo en cuenta la bula pontificia de enero de 1466, parece probable que el rey apresara al obispo en las postrimerías de las Cortes de Salamanca de 1465.
 - 1468, antes de julio: Francisco González de Huete debía pagar 2.500 mrs. a la fábrica de la Iglesia de Toledo de parte del obispo de Osma por un traslado que don Pedro solicitó de la bula que en 1466 dictó Paulo II en defensa de la Iglesia castellana¹⁶⁸⁶.
 - 1469, septiembre: Para esta fecha ya habían regresado los 150 caballeros que por orden del arzobispo de Toledo el obispo de Osma envió tiempo atrás a la guerra de los magnates navarros en auxilio del condestable Pierres de Peralta, consuegro de Carrillo¹⁶⁸⁷.
 - 1469, septiembre: En la reunión que mantuvo con el cronista Alonso de Palencia cuando este acudía a Aragón para finalizar los trámites para el matrimonio entre Isabel y Fernando, el obispo de Osma explica que Enrique IV le había encomendado la guarda de aquella región de Osma¹⁶⁸⁸, mientras el rey se encontraba en Andalucía.
 - 1469, septiembre: Como parte de su misión para traer a don Fernando a Castilla para su matrimonio con doña Isabel, el arzobispo de Toledo encargó a Alonso de Palencia que solicitase al obispo de Osma que enviase 150 lanzas/caballeros para

¹⁶⁸⁰ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 109 y doc. 48, pp. 294-297; y ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, op. cit., p. 152.

¹⁶⁸¹ RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, op. cit., p. 58.

¹⁶⁸² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensi*, op. cit., vol. II, p. 313; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 102.

¹⁶⁸³ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., Vol. III, doc. 1211, pp. 125-126; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 2, pp. 3-4.

¹⁶⁸⁴ AMMY, leg. 4271, n. 163.

¹⁶⁸⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5.

¹⁶⁸⁶ ACT, Obra y fábrica, n. 288, fol. 67r.

¹⁶⁸⁷ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 288-290; y ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 169r.

¹⁶⁸⁸ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 279-281.

recibir al rey de Sicilia. No llegaría a transmitirle esta orden, pues el obispo se había aliado con los Mendoza y otros magnates de la región contrarios al matrimonio aragonés¹⁶⁸⁹.

-1474, 12: Fecha de su fallecimiento¹⁶⁹⁰.

GONZÁLEZ DE MENDOZA, PEDRO¹⁶⁹¹

-1427, ca.: Fecha aproximada de nacimiento. Hijo del I marqués de Santillana, Íñigo López de Mendoza. Hermano de don Diego Hurtado de Mendoza, II marqués de Santillana y I duque del Infantado; Pedro Laso de Mendoza; don Íñigo López de Mendoza, I conde de Tendilla; don Lorenzo Suárez de Mendoza, I conde de Coruña, vizconde de Torija; don Juan Hurtado de Mendoza, I señor de Fresno de Torote; y don Pedro Hurtado de Mendoza, señor de Argecilla, Tamajón, Serracines y Palazuelos, adelantado de Cazorla¹⁶⁹².

-Se forma junto a su tío, el arzobispo de Toledo Gutierre Álvarez de Toledo (1442-1446). Pasa tras ello a la Universidad de Salamanca, donde se doctora en cánones y leyes¹⁶⁹³.

-1443, 12, 01: Con 16 años de edad, el pontífice le otorga el arcedianato de Guadalajara tras un pleito por su posesión¹⁶⁹⁴.

-1453, 11, 18: Capellán real¹⁶⁹⁵. Contaba con 26 años de edad. Protonotario apostólico. Arcediano de Guadalajara. Es nombrado obispo de Calahorra¹⁶⁹⁶ a suplicación de Juan II de Castilla¹⁶⁹⁷.

-1455, 08, 08: Se le encuentra ejerciendo como miembro del Consejo Real¹⁶⁹⁸.

-1456, 04, 29: Se titula como Obispo de Calahorra, asistente y refrendario pontificio¹⁶⁹⁹.

-1458: Al fallecer su progenitor, comienza a asumir progresivamente la dirección de su linaje¹⁷⁰⁰.

¹⁶⁸⁹ *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, pp. 279-281. Su oposición al enlace también en URITA, J., *Los cinco libros postreros, op. cit.*, fol. 169r.

¹⁶⁹⁰ FRÍAS BALSA, J. V., "Don Pedro García Huete...", *op. cit.*, p. 324.

¹⁶⁹¹ Su caso es similar al de Fonseca y Alfonso Carrillo: dado su protagonismo político en los reinos de Enrique IV y de los Reyes Católicos, gran parte de las obras generales que abordan esos reinados se centran en su figura. Existe una abundante producción bibliográfica en torno a la figura del cardenal Pedro González de Mendoza y su trayectoria político-eclesiástica. Destacamos los trabajos de VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza, op. cit.*; y *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil castellana, op. cit.*; LAYNA SERRANO, F., *El cardenal Mendoza, op. cit.*; SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza, op. cit.*; y la síntesis de FERNÁNDEZ COLLADO, A., *Los Arzobispos de Toledo, op. cit.*, pp. 9-14. Puede encontrarse una recopilación de los principales estudios en torno al cardenal en el reciente trabajo de CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., "De Calahorra a Toledo...", pp. 89-109.

¹⁶⁹² SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza, op. cit.*, p. 16.

¹⁶⁹³ RODRÍGUEZ MOLINA, J., "Poder político de los arzobispos de Toledo...", *op. cit.*, p. 26; y NIETO SORIA, *Iglesia y génesis...*, p. 441.

¹⁶⁹⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana, op. cit.*, p. 635.

¹⁶⁹⁵ *Ibídem*, p. 482.

¹⁶⁹⁶ *Ibídem*, p. 635. Que ostentaba el arcedianato de Guadalajara cuando accedió a la sede de Calahorra también en ACT, I.7.I.1.10, fol. 32r.

¹⁶⁹⁷ MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza, op. cit.*, p. 170.

¹⁶⁹⁸ La firma "P. Episcopus Calagurritanus" aparece junto a otros consejeros regios como "Andreas Licenciatus" y el abad de Alcalá, Juan Alfonso de Cuenca. SOLÍS, A. de, *Memorial de la Calidad i Servicios de Don Cristóbal, op. cit.*, fol. 35v.

¹⁶⁹⁹ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense, op. cit.*, doc. 274, p. 29.

- 1460, 04, 04: Participa en una confederación firmada entre los miembros de la liga nobiliaria contraria al gobierno de Enrique IV y Juan II de Aragón en Tudela¹⁷⁰¹.
- 1462: Enrique IV se reconcilia con los Mendoza. El obispo de Calahorra se incorpora como consecuencia de esta reconciliación a la Corte, llegando a ser, junto a don Beltrán de la Cueva, el principal miembro del Alto Consejo Real de Enrique IV¹⁷⁰². Para algunos autores, Mendoza llegaría a actuar en adelante como cabeza rectora del Consejo Real de Enrique IV¹⁷⁰³.
- 1463, finales: Cuando Enrique IV marcha a Andalucía, deja obispo Mendoza en Madrid a cargo del Consejo Real y, por tanto, del gobierno del reino¹⁷⁰⁴.
- 1464, 01, 02: Enrique IV hace merced al obispo de Calahorra, miembro de su Consejo, de un juro de heredad de 80.000 maravedíes en recompensa a sus servicios, situado en las salinas de Atienza. Fue confirmado el 4 de abril de 1464¹⁷⁰⁵.
- 1464, 03, 02: Refrenda como miembro principal del Consejo Real una provisión dictada en nombre de Enrique IV desde Corella junto al arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y Alvar Gómez de Ciudad Real, por la cual se ordenaba guardar la cesación de guerra y tregua firmada con el rey de Aragón¹⁷⁰⁶.
- 1464, 03, 21: Desde Madrid, se titula como obispo de Calahorra, asistente y refrendario pontificio y miembro del Consejo Real. Concede indulgencias y dispensas a los fieles que ayudasen con sus limosnas a la catedral de La Calzada y a su hospital¹⁷⁰⁷.
- 1464, 05, 20: Enrique IV le hace merced de las tercias de Guadalajara y su tierra en recompensa a sus servicios¹⁷⁰⁸.
- 1464, 06: Participa en las primeras negociaciones entre Enrique IV y sus rebeldes¹⁷⁰⁹.
- 1464, 06-08: Como miembro principal del Consejo Real, firma e impulsa una concordia y confederación entre el rey y los rebeldes con el fin de reintegrar a estos en su obediencia que fracasó¹⁷¹⁰.
- 1464, 08, 15: El rey convirtió 3.333 maravedíes que el obispo de Calahorra tenía de merced para su mantenimiento y 100.000 maravedíes que libraba en su favor anualmente “porque anda continuamente en la mi Corte en mi seruicio en el mi Consejo”, en un juro de por vida. El 10 de octubre de 1465, en Olmedo, se expidió la carta de privilegio de esta merced, siéndole confirmado al prelado un

¹⁷⁰⁰ SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza, op. cit.*, pp. 234-235 opina que esto no ocurre hasta que en 1462 entre a formar parte del Consejo Real. En todo caso, para la guerra civil el obispo ya dirige el destino de su linaje.

¹⁷⁰¹ AHNOB, Osuna, C. 445, doc. 3; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. XCV, pp. 321-326.

¹⁷⁰² ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 176-177 y pp. 206-207; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 161, p. 164 y pp. 199-200.

¹⁷⁰³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis, op. cit.*, p. 161; y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y Monarquía, op. cit.*, p. 204.

¹⁷⁰⁴ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía: Entendimiento y rivalidad, op. cit.*, p. 303; y PÉREZ BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. A., *Enrique IV, op. cit.*, p. 152.

¹⁷⁰⁵ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷⁰⁶ AMMU, leg. 4271, n. 149.

¹⁷⁰⁷ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense, op. cit.*, doc. 287, p. 58.

¹⁷⁰⁸ AHNOB, Osuna, C. 1862, doc. 3⁸. Transcrito por VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil castellana, op. cit.*, doc. 2, pp. 45-53. Noticia de esta merced también en AHNOB, Osuna, leg. 1862, doc. 3¹.

¹⁷⁰⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 288; *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, p. 142; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 209.

¹⁷¹⁰ AGS, PTR, leg. 11, doc. 79; y AGS, PTR, leg. 7, doc. 110.

- juro total de por vida de 130.876 maravedíes, ya que poseía previamente otros maravedíes de por vida¹⁷¹¹.
- 1464, 09, comienzos: Acude a las vistas de San Pedro de las Dueñas junto a Enrique IV y otros miembros de su Consejo para negociar con los rebeldes. Las negociaciones fracasaron ante el intento de los rebeldes de prender al rey. El obispo recriminó personalmente a estos su actitud¹⁷¹².
 - 1464, 10, mediados: Presente en una reunión del Alto Consejo de Enrique IV en Valladolid en la que se leyó y debatió el contenido del Manifiesto de Burgos¹⁷¹³.
 - 1464, 10, 25: Participa en las negociaciones que llevaron a la redacción aquel día de unos acuerdos entre Enrique IV y el marqués de Villena como representante del bando rebelde, por un lado, y entre el marqués y los miembros del clan de los Mendoza, por el otro, para alcanzar la pacificación del reino¹⁷¹⁴.
 - 1464, 10, 29: Participa en las negociaciones entre Enrique IV y Beltrán de la Cueva y aparece como fiador de los capítulos acordados entre ellos para compensar al segundo por renunciar al maestrazgo de Santiago y otros bienes, como habían exigido los rebeldes al rey¹⁷¹⁵.
 - 1464, 11, 11: Participa en unas segundas vistas entre el rey y los rebeldes entre Cabezón y Cigales¹⁷¹⁶.
 - 1464, 12, 12: Los miembros de la comisión elegida para la reforma del reino ordenan la expulsión del obispo de Calahorra de la Corte por ser parcial de don Beltrán de la Cueva bajo severas penas. No alcanzó cumplimiento¹⁷¹⁷.
 - 1465, 02, 21: Miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Segovia. Refrenda junto a otros miembros del Consejo un privilegio de Enrique IV a favor del monasterio de Santa María de Guadalupe¹⁷¹⁸.
 - 1465, 05, 21: Durante las Cortes de Salamanca de 1465, Enrique IV encargó la tarea de negociar con los procuradores del reino el otorgamiento de los 87 cuentos de maravedíes que se solicitaba al reino a los obispos de Calahorra y Osma, entre otros miembros de su Consejo Real¹⁷¹⁹.
 - 1465, 06, 05, ca.: Tras la “Farsa de Ávila” pronunció un discurso ante varios magnates castellanos con el que logró convencerles de mantenerse en la lealtad a Enrique IV¹⁷²⁰.
 - 1465, 07: Capitán de la batalla en la que iba el pendón y banderas del rey al marchar el ejército enriqueño a levantar el cerco de Simancas¹⁷²¹.
 - 1465, 07, 06: Miembro del Consejo Real de Enrique IV. Como tal, acuerda y admite los poderes dados por el rey a la reina Juana para acudir a Portugal a firmar una alianza con Alfonso V de Portugal frente a sus rebeldes¹⁷²².

¹⁷¹¹ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷¹² Enríquez de Castillo, *Crónica de Enrique IV*, pp. 218-220; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-219.

¹⁷¹³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 223-224.

¹⁷¹⁴ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CI, pp. 337-340.

¹⁷¹⁵ RODRÍGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico de Don Beltrán de la Cueva*, op. cit., doc. 9bis, pp. 157-159.

¹⁷¹⁶ SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón*, op. cit., p. 62.

¹⁷¹⁷ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 8. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CVI, pp. 350-352.

¹⁷¹⁸ AHN, Clero, Carp. 407, n. 16.

¹⁷¹⁹ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 109 y doc. 48, pp. 294-297; y ARRANZ GUZMÁN, A., *La participación del clero en las Cortes*, op. cit., p. 152.

¹⁷²⁰ PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, op. cit., Cap. I, pp. 6-8.

¹⁷²¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 244.

- 1465, 07, 15: Junto al conde de Alba y al duque de Alburquerque, y actuando como miembros principales del Consejo Real de Enrique IV, da seguridad al conde de Feria de que procuraría con todas sus fuerzas que Enrique IV cumpliese con él las promesas que le había realizado cuando hizo pleito homenaje de servirle en la revuelta que había estallado en sus reinos¹⁷²³.
- 1465, 07, 22: Noticia de que había acudido a Simancas para tratar de hablar con don Pedro de Velasco, hijo primogénito del conde de Haro, militante en aquellos momentos en el bando alfonsino¹⁷²⁴.
- 1465, 08, 20: Miembro del Consejo Real de Enrique IV. Refrenda una cédula del rey sobre el privilegio de hidalguía que debía ser concedido a todos aquellos de sus vasallos que acudiesen a servirle durante cuatro meses a su costa contra sus rebeldes¹⁷²⁵.
- 1465, 10, 06: Noticia de que Enrique IV había mandado al obispo de Calahorra y al duque de Alburquerque ante el conde de Alba para darle seguridades suficientes de que el rey le haría entrega de la fortaleza de Ciudad Rodrigo¹⁷²⁶.
- 1466, 01-02: Enviado por Enrique IV a negociar con el marqués de Villena en unas vistas que fracasaron¹⁷²⁷.
- 1466, 01, 17: Enrique IV, en recompensa a los servicios del obispo de Calahorra, le concede facultad para traspasar en cualquier persona los maravedíes que tenía asentados en los libros del rey¹⁷²⁸.
- 1466, 03, sin día: Confederación entre el duque de Alburquerque, el marqués de Santillana, el conde de Alba y el obispo de Calahorra contra todas las personas del mundo¹⁷²⁹.
- 1466, 08, 13: Enrique IV hizo merced al obispo de Calahorra de 160.000 maravedíes de juro de por vida que tenía don Pedro de Portugal, hijo de Dionís de Portugal¹⁷³⁰.
- 1466, 08, 30, antes: Enrique IV explica al concejo de Ágreda que, para las campañas desarrolladas en los meses y semanas previas, había convocado al obispo Mendoza¹⁷³¹.
- 1466, 09: Participa en unas vistas con los nobles alfonsinos en Tariego de Cerrato¹⁷³².
- 1466, 10, 15: Refrenda, junto a otros miembros del Consejo Real, una cédula de Enrique IV dada en Segovia por la cual ordenaba al concejo de Madrid que

¹⁷²² AGS, PTR, leg. 49, doc. 39. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXVIII, pp. 503-514; TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal*, op. cit., doc. 10, pp. 43-57.

¹⁷²³ RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 29r-v; y RAH, col. Salazar, 9/812, fols. 253v-254r. Transcrita por MAZO ROMERO, F., *El condado de Feria*, op. cit., Apéndice documental, doc. 29, pp. 589-590.

¹⁷²⁴ AMB, Actas de 1465, fol. 78v.

¹⁷²⁵ AGS, PTR, leg. 59, doc. 165.

¹⁷²⁶ ADA, C. 156, n. 30bis. Fue transcrito por MORALES MUÑIZ, M. D. C., "Contribución al estudio de la nobleza extremeña...", op. cit., p. 525.

¹⁷²⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 256; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 277.

¹⁷²⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷²⁹ RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 34r-35r; y BE, Mss. 19703, n. 18. Transcrito por MORALES MUÑIZ, M. D. C., "Las confederaciones nobiliarias...", op. cit., Apéndice documental, doc. 3, pp. 465-467.

¹⁷³⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷³¹ PORRAS ARBOLEDAS, P. A., "Colección diplomática de Ágreda...", op. cit., pp. 384-386.

¹⁷³² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 406; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 195.

- nombrase procuradores para que acudieran a la junta general de la Hermandad que se iba a celebrar en Santa Olalla¹⁷³³.
- 1466, 10, 17: Refrenda junto a otros miembros del Consejo Real una cédula de Enrique IV dada en Segovia por la que ordena a la villa de Madrid que le enviasen procuradores para las Cortes que tenía pensado celebrar, seguramente remitida a otros concejos enriqueños¹⁷³⁴.
 - 1466, 12, 20: Refrenda junto a otros miembros del Consejo Real varias cédulas de Enrique IV dadas en Madrid dirigidas a la Provincia de Guipúzcoa¹⁷³⁵.
 - 1467, 04, 03: Enrique IV, en recompensa a los servicios de Pedro González de Mendoza, le hizo merced de las tercias de los lugares de Pioz, El Pozo, Atanzón y los Yélamos, señoríos patrimoniales del prelado, por juro de heredad¹⁷³⁶.
 - 1467, 05, 25: Papa Paulo II otorgó facultad a Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León y su legado *a latere* en el reino de Castilla, para conceder en encomienda al obispo de Calahorra el monasterio de Sahagún, en la diócesis de León, si accedía a colaborar con él en su misión de pacificar el reino de Castilla¹⁷³⁷.
 - 1467, 06, 28: Enrique IV jura que en adelante no podrá negociar con su hermanastro ni con sus partidarios sin contar con el consentimiento, consejo y acuerdo del obispo de Calahorra, so ciertas penas y seguridades¹⁷³⁸.
 - 1467, 08, 06: Concordia firmada entre Enrique IV y el marqués de Santillana, el obispo de Calahorra y don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, por la cual se establecen ciertas condiciones para que los segundos sirvieran en adelante al primero¹⁷³⁹.
 - 1467, 08, 20: Participa en la batalla de Olmedo entre los ejércitos enriqueño y alfonsino¹⁷⁴⁰.
 - 1467, 09, 10: Miembro principal del Consejo Real de Enrique IV. Presente en la Corte en Medina del Campo cuando Enrique IV aprobó y ratificó el tratado de paz y alianza entre Castilla e Inglaterra¹⁷⁴¹.
 - 1467, 10, 02: El obispo de Calahorra y el duque de Alburquerque juran ser en adelante amigos y confederados de don Juan de Tovar, señor de Cevico de la Torre y Caracena¹⁷⁴².
 - 1467, 10, 30: Nombrado obispo de Sigüenza por el papa Paulo II¹⁷⁴³ a petición de Enrique IV¹⁷⁴⁴.
 - 1468, 07, 06: Mencionado entre los consejeros de Enrique IV que en Madrid esperaban a ciertos caballeros y prelados alfonsinos para proseguir las negociaciones cuando llegó a la Corte la noticia del fallecimiento del infante-rey Alfonso¹⁷⁴⁵.

¹⁷³³ AVM, Secretaría, 2-393-20.

¹⁷³⁴ AVM, Libro de Cédulas y Provisiones, A, fols. 7v-8v.

¹⁷³⁵ AGG, Sección 1.^a, Negociado 11, leg. 16; y AGG, Sección 3.^a, Negociado 11, leg. 1.

¹⁷³⁶ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷³⁷ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas en España de 1426 a 1521. Vol. I (1466-1486)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1963, doc. 20, p. 40.

¹⁷³⁸ AHNO, Osuna, C. 1860, doc. 38. Transcrito por VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil*, op. cit., doc. 3, pp. 53-59.

¹⁷³⁹ AHNOB, C. 1860, doc. 17. Transcrito en LAYNA SERRANO, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, vol. II, Guadalajara, AACHE, 1994, pp. 456-457.

¹⁷⁴⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 422; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 278.

¹⁷⁴¹ RYMER, T., *Foedera*, op. cit., p. 590.

¹⁷⁴² AHNOB, Frías, C. 12, doc. 3.

¹⁷⁴³ Bula de nombramiento editada en MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza*, op. cit., doc. CLXI, p. 642.

¹⁷⁴⁴ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 292.

- 1468, 08-09: El obispo Mendoza y sus familiares abandonan la Corte ante la intención del rey Enrique IV de negociar y perdonar a sus rebeldes¹⁷⁴⁶.
- 1468, 09, 26, posterior a: Se le confiere la abadía de Valladolid tras la muerte del cardenal don Juan de Torquemada¹⁷⁴⁷.
- 1469: Fue nombrado abad comendatario del monasterio de San Zoilo de Carrión de los Condes¹⁷⁴⁸.
- 1469, 03, 18: Miembro del Consejo Real. Se firma una alianza y confederación entre Enrique IV, el maestre de Santiago, el conde de Plasencia y el arzobispo de Sevilla, por un lado, con el marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, don Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro y el propio obispo de Sigüenza, por la cual, entre otras cuestiones, se decidió que estos últimos se incorporasen a la gobernación del reino¹⁷⁴⁹. Desde entonces y hasta el final del reinado, se mantiene como uno de los principales miembros del Alto Consejo de Enrique IV.
- 1469, ¿contexto de aquella confederación?: Enrique IV hizo merced al ya obispo de Sigüenza de la villa de Alfaro y su tierra con su fortaleza, alegando sus muchos servicios durante la guerra civil¹⁷⁵⁰. No pudo conseguir este señorío.
- 1469, ¿mismo contexto?: Enrique IV hizo merced al obispo Mendoza de la villa de Magaña¹⁷⁵¹. Esta sí tuvo efecto¹⁷⁵², pero en 1474, en el contexto del conflicto entre el conde de Benavente y los Mendoza por Carrión de los Condes, Enrique IV solicitó al ya cardenal Mendoza que renunciara Magaña en favor del de Benavente como medio de satisfacerle por la villa de Carrión, prometiendo al prelado que le otorgaría una gracia mayor en su lugar¹⁷⁵³.
- 1469, 04, 25: Junto al arzobispo de Sevilla y don Pedro de Velasco, hijo primogénito del conde de Haro, y actuando como miembros del Consejo Real, se compromete a hacer cumplir la promesa regia de entregar la villa de Carmona a don Juan Pacheco, maestre de Santiago¹⁷⁵⁴.

¹⁷⁴⁵ AMT, Archivo Secreto, Cajón 8, leg. 1, n. 65. Una copia en BNE, Mss. 13.110, fols. 9r-v. Transcrita en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXLVIII, p. 554.

¹⁷⁴⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 309.

¹⁷⁴⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. I, p. 152 y p. 282; y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza*, op. cit., p. 66.

¹⁷⁴⁸ ZARAGOZA PASCUAL, E., “Abadologio del monasterio de San Zoilo de Carrión...”, op. cit., p. 284.

¹⁷⁴⁹ AHNOB, Osuna, leg. 1860, n. 20; RAH, leg. 9/6483, fols. 441r-442v; y Biblioteca Nacional, Mss. 19703, n. 22. Transcrita por VAL VALDIVIESO, I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 15, pp. 430-438.

¹⁷⁵⁰ AHNOB, Osuna, C. 2266, doc. 4.

¹⁷⁵¹ Creemos que dicha merced pertenece a este contexto por cuanto Magaña, junto a la villa de Coruña, que recibió el hermano del obispo Lorenzo Suárez de Figueroa, ambas en el obispado de Osma, formaron parte de una renuncia realizada por Juan Pacheco, maestre de Santiago, quien se las entregó al rey para que pudiera donárselas a los Mendoza. Por esta causa, el 16 de enero 1472 el rey donó a Pacheco la villa de Sepúlveda. FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 334-335; y SAEZ SÁNCHEZ, C. (ed.), *Colección diplomática de Sepúlveda, Vol. II*, doc. 137, pp. 203-204. Sabemos que la villa de Coruña fue concedida a Lorenzo Suárez el 28 de abril de 1469 (dato en RAH, col. Salazar, 9/846, fols. 80v-81r), por lo cabe suponer que en esa u otra fecha próxima Magaña fue entregada al prelado.

¹⁷⁵² A 2 de abril de 1472 encontramos a Rodrigo de Morales, conocido servidor del prelado, como su alcaide en la fortaleza de Magaña, hablándose en documentación emitida por el concejo de la villa ese mismo día del “sennor don Pero Gonçáles de Mendoça, obispo de Çigüença e sennor de la villa de Maganna”. ARCHV, Registro de Ejecutorias, Caja 424, doc. 2.

¹⁷⁵³ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 394.

¹⁷⁵⁴ AHNOB, Frías, C. 7, doc. 12.

- 1469, 06: Presente con la Corte en Córdoba. Participa en la recepción y negociaciones con la embajada francesa enviada a Castilla tras la guerra civil¹⁷⁵⁵.
- 1469: Enrique IV concedió al obispo los bienes, o al menos parte de ellos, confiscados a Alvar Gómez de Ciudad Real, antiguo secretario real que traicionó al rey durante la guerra. El 22 de noviembre de 1469, en el contexto de las negociaciones del prelado para trocar ciertos bienes con Alfonso Carrillo, el prelado se comprometió a entregar a aquel el traslado autorizado la merced que el rey hizo al obispo de la alcaldía mayor de Toledo que aquel poseía “entre los otros sus bienes”¹⁷⁵⁶.
- 1469, finales: En un momento indeterminado Enrique IV hizo merced al obispo Mendoza de las rentas reales de los señoríos que a finales de 1469 obtuvo por trueque con Alfonso Carrillo, sobrino del arzobispo de Toledo, a cambio de Maqueda, en concreto, las de Jadraque, Alcorlo y los términos de Bornova y Henares¹⁷⁵⁷.
- 1470, 09, 12: Enrique IV le hace merced de 70.000 mrs. de juro de heredad, asentados en los diezmos y aduanas de los obispados de Osma, Sigüenza y Calahorra¹⁷⁵⁸.
- 1470, 09, 10: Enrique IV hizo merced al obispo de Sigüenza de un juro de heredad de 160.000 maravedíes. Aparte de por sus servicios, se concedía debido a que el obispo no había cobrado el acostamiento que tenía para treinta lanzas ni el sueldo de la gente que tuvo a su servicio en los años previos, y porque tampoco había podido obtener “ciertos maravedíes que le yo mandé librar en ciertas mis rentas los annos pasados, los quales le non salieron ciertos”¹⁷⁵⁹.
- 1470, 12, 23: El cardenal Ammannati comunicaba al obispo Pedro González de Mendoza que el papa pretendía nombrar nuevos cardenales y que muy probablemente fuera uno de los escogidos. Señala que ya había comunicado esta información al “orador” del rey Enrique¹⁷⁶⁰.
- 1471, 06, 25: Enrique IV concedió al obispo de Sigüenza un juro de heredad de 100.000 maravedíes¹⁷⁶¹.
- 1472, 03, 07: Nombrado cardenal por Sixto IV¹⁷⁶².
- 1473, 03, 21: Enrique IV le nombra Canciller Mayor del Sello de la Poridad a la muerte de don Miguel Lucas de Iranzo, con una quitación anual de 40.800 mrs. Dicha merced es confirmada por los Reyes Católicos en 4 de enero de 1475¹⁷⁶³.
- 1474, 05, 09. Nombrado arzobispo de Sevilla con retención del obispado de Sigüenza el 9 de mayo de 1474¹⁷⁶⁴. Fue designado como tal por intervención de Enrique IV, quien ya el 10 de agosto de 1473 había notificado al reino que pretendía

¹⁷⁵⁵ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 321-322.

¹⁷⁵⁶ AHNOB, Osuna, C. 1703, doc. 3¹.

¹⁷⁵⁷ Ello lo deducimos de la noticia de que don Huda Aben Ximón, judío vecino de Mondéjar, había arrendado del cardenal Mendoza las alcabalas, tercias, portazgos, escribanía y pasos de ganado de esos lugares y las rentas que le pertenecían en el arciprestazgo de Guadalajara con Peñalver, Alhóndiga y Alocén (las tercias concedidas por Enrique IV al obispo en 20 de mayo de 1464), por 730.000 maravedíes anuales durante el bienio 1474-1475. Noticia inserta en un documento dado en Madrid el 20 de octubre de 1474. AVM, Secretaría, 3-64-21.

¹⁷⁵⁸ AHNOB, Osuna, C. 2225, doc. 3, fols. 29r-31v. Transcrito en VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., “Colección diplomática del cardenal...”, op. cit., doc. 82, pp. 120-128, en concreto, p. 124.

¹⁷⁵⁹ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷⁶⁰ CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati*, op. cit., doc. 450, p. 1372.

¹⁷⁶¹ AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

¹⁷⁶² VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza*, op. cit., p. 59.

¹⁷⁶³ *Ibidem*, p. 236; y ARRIBAS ARRANZ, F., *Sellos de placa de las cancellerías*, op. cit., doc. VII, pp. 195-196.

¹⁷⁶⁴ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 165.

otorgar la sede a Mendoza frente a los intentos del pontífice de situar en esa sede al cardenal de San Sixto¹⁷⁶⁵. Aparte de poder retener la mitra seguntina, el papa también concedió a Mendoza el expolio del anterior arzobispo, Alfonso de Fonseca y Ulloa¹⁷⁶⁶.

- 1475 y ss.: Principal partidario de los Reyes Católicos en la Guerra de Sucesión. Gran colaborador en el gobierno de los Reyes Católicos. Por su labor durante este reinado junto a los monarcas, llegaría a ser conocido como “el tercer rey de España”¹⁷⁶⁷.
- 1476, 06, 05: Los Reyes Católicos solicitan a su procurador ante el papa que favorezca en todo al cardenal Mendoza por los grandes servicios que a ellos y a la Corona Real de Castilla había prestado¹⁷⁶⁸.
- 1482, 11, 13: Nombrado arzobispo de Toledo a solicitud de los Reyes Católicos¹⁷⁶⁹.
- 1495, 01, 11: Fecha de su fallecimiento¹⁷⁷⁰.

MANRIQUE DE LARA, ÍÑIGO

- 1417: Fecha aproximada de su nacimiento, ya que en 1439 tenía 22 años¹⁷⁷¹.
- Pertenece al relevante linaje de los Manrique¹⁷⁷². Hijo de don Pedro Manrique, Adelantado de León, y doña Leonor de Castilla, hija de don Fadrique, duque de Benavente. Hermano de los condes de Paredes y Treviño¹⁷⁷³ y de Gómez Manrique, servidor y colaborador del arzobispo de Toledo durante la guerra civil¹⁷⁷⁴. Miembro, por tanto, de la más alta nobleza castellana.
- 1436: Figura como canónigo de Palencia¹⁷⁷⁵.
- 1439: Eugenio IV encarga que le sea tomado juramento como notario pontificio. Se le menciona como consanguíneo del rey¹⁷⁷⁶.
- 1439, 09, 15: Canónigo de Palencia y notario pontificio. Eugenio IV le entrega el arcedianato de Madrid¹⁷⁷⁷.
- 1440-1441: Se le otorgó una licencia por estudios, sin especificarse tiempo ni universidad¹⁷⁷⁸. Por los cargos que llegó a ostentar, hubo de contar con algún tipo de formación académica¹⁷⁷⁹.
- 1443, 11, 04: Noticia de que el infante Juan de Aragón, futuro Juan II de Aragón, había solicitado en su favor la sede de Coria¹⁷⁸⁰.

¹⁷⁶⁵ COLLANTES DE TERÁN, F., HERNÁNDEZ DÍAZ, J. y SANCHO CORBACHO, A., *Colección diplomática de Carmona*, op. cit., pp. 82-83.

¹⁷⁶⁶ Ello provocó un grave pleito entre Mendoza y los herederos de aquel que tardó varios años en resolverse. Véase VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, op. cit., pp. 55-58. Una relevante documentación de este pleito en AGS, CCA, Personas, leg. 10-2, fol. 399.

¹⁷⁶⁷ SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza*, op. cit., pp. 165-166; y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza*, op. cit.

¹⁷⁶⁸ AGS, PTR, leg. 16, doc. 56.

¹⁷⁶⁹ RIVERA RECIO, J. F., *Los arzobispos de Toledo*, op. cit., p. 123; y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El cardenal Mendoza*, op. cit., pp. 184-185.

¹⁷⁷⁰ FERNÁNDEZ COLLADO, A., *Los Arzobispos de Toledo*, op. cit., pp. 9-14.

¹⁷⁷¹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 650.

¹⁷⁷² DÍAZ IBÁÑEZ, J., “La incorporación de la nobleza al alto clero...”, op. cit., p. 570.

¹⁷⁷³ MONTERO TEJADA, R. M., *Nobleza y sociedad en Castilla. El linaje Manrique*, op. cit., p. 306.

¹⁷⁷⁴ MANRIQUE, G., *Cancionero*, op. cit., p. 23.

¹⁷⁷⁵ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, op. cit., p. 341.

¹⁷⁷⁶ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 650.

¹⁷⁷⁷ *Ibidem*.

¹⁷⁷⁸ POLANCO PÉREZ, A., *La Catedral de Palencia en el siglo XV*, op. cit., p. 197.

¹⁷⁷⁹ Así lo dedujo, acertadamente a la luz de la anterior referencia, VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Capilla y capellanes reales...”, op. cit., p. 335.

- 1444: Canónigo de Burgos¹⁷⁸¹.
- 1444, 10, 16: Notario apostólico. Se le hace entrega de la sede de Oviedo¹⁷⁸². Muy probablemente su pertenencia al linaje de los Manrique favoreció su acceso a esta sede¹⁷⁸³.
- 1444, 10, 19: Arcediano de Madrid y capellán real. Ese día se da noticia de que fue elevado a la sede ovetense directamente por el papa¹⁷⁸⁴.
- 1454, antes de: Capellán mayor de Juan II. Capellán mayor del príncipe Enrique, futuro Enrique IV¹⁷⁸⁵.
- 1454, 07, 27: Obispo de Oviedo. Miembro del Consejo Real. Uno de los testigos en la ratificación de las paces entre los reyes de Castilla, Aragón y Navarra y el príncipe de Viana al comienzo del reinado de Enrique IV¹⁷⁸⁶.
- 1454, 11, 02: Obispo de Oviedo. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Arévalo¹⁷⁸⁷.
- 1457, 03, 19: Trasladado por Calixto III a la sede de Coria¹⁷⁸⁸.
- 1457: El primer año de su pontificado cauriense convocó un sínodo inconcluso por las guerras que se producían en aquella región¹⁷⁸⁹.
- 1460, 01, 15: Se menciona que formaba parte de una confederación entre el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava, el almirante de Castilla, el marqués de Santillana, el conde de Haro, el conde de Alba, el conde de Benavente, el conde de Paredes y el obispo de Calahorra. Junto a otros de sus aliados, promete a petición del conde de Alba que no aceptarían a nuevos magnates en esta alianza¹⁷⁹⁰.
- 1460, 04, 04: Participa en la confederación firmada entre los miembros de la liga nobiliaria contraria a Enrique IV y a sus consejeros y Juan II de Aragón en Tudela¹⁷⁹¹.
- 1461, marzo-abril: Asistente a las vistas de Sepúlveda-Buitrago de Lozoya entre Enrique IV y los miembros de la liga nobiliaria, de la que formaba parte el obispo y que se oponían a la guerra con el rey de Aragón emprendida por el rey¹⁷⁹².
- 1461, 05, 05: Enrique IV comisiona al marqués de Villena y al comendador Juan Fernández Galindo, de su Consejo, para negociar con los nobles descontentos con su gobierno, entre ellos, el obispo de Coria¹⁷⁹³.
- 1462, 06, 10: Celebra un sínodo en Coria¹⁷⁹⁴.
- 1463, 08, 26: En el contexto de cierto pleito entre el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y el concejo de Guadalajara, el obispo de Coria aceptó en nombre del arzobispo cierta comisión enviada a Guadalajara¹⁷⁹⁵.

¹⁷⁸⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 650.

¹⁷⁸¹ SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María*, op. cit., p. 234.

¹⁷⁸² EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 209.

¹⁷⁸³ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Capilla y capellanes reales...”, op. cit., p. 345.

¹⁷⁸⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 650.

¹⁷⁸⁵ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 378 y p. 445.

¹⁷⁸⁶ AGS, PTR, leg. 12, doc. 21, fols. 147v-148r.

¹⁷⁸⁷ AMD, Armario 2, leg. 7(1), doc. 11, fol. 140r-141r.

¹⁷⁸⁸ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. II, doc. 2862, pp. 410-411.

¹⁷⁸⁹ GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum*, Tomo V, *Extremadura*, op. cit., p. 117.

¹⁷⁹⁰ ADA, C. 62, n. 5.

¹⁷⁹¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. XCV, pp. 321-326.

¹⁷⁹² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 228; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 161.

¹⁷⁹³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. LXVII, pp. 225-226.

¹⁷⁹⁴ GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum*, Tomo V, *Extremadura*, op. cit., p. 117.

- 1464, 05, 07: Don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, renuncia en su favor 8.000 maravedíes de por vida¹⁷⁹⁶.
- 1464, mayo: Antiguo aliado y seguidor del arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo. Convocado por el arzobispo, asiste a la Junta de Alcalá de Henares y respalda el manifiesto en ella redactado contra Enrique IV¹⁷⁹⁷.
- 1464, 05, 23: Participa en la confederación entre don Juan Pacheco, marqués de Villena, y don Pedro Girón, maestre de Calatrava, su hermano, por un lado, y el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y sus aliados, por el otro, con la que se inició la rebelión contra Enrique IV¹⁷⁹⁸.
- 1464, junio-julio: El obispo de Coria, junto al de Osma, el arzobispo de Toledo y otros nobles rebeldes, acude a Madrid, donde se encontraba la Corte Real, para negociar con Enrique IV¹⁷⁹⁹. Formó parte de un complot para prender a don Beltrán de la Cueva y al propio rey¹⁸⁰⁰.
- 1464, 09, mediados: Acude a las vistas de San Pedro de las Dueñas junto a sus hermanos y sus tropas y el marqués de Villena, con el objetivo real de prender al rey¹⁸⁰¹.
- 1464, 09, 26: El obispo de Coria, el marqués de Villena, los condes de Plasencia, Benavente y Paredes, junto a otros caballeros, compareció ante el cabildo catedralicio de Burgos para solicitarles que enviaran un delegado para tratar con ellos sobre los asuntos del reino. El elegido fue don Juan Manrique, protonotario, arcediano de Valpuesta en aquella Iglesia¹⁸⁰², y hermano del obispo de Coria¹⁸⁰³.
- 1464, 09, 28: Está presente en la junta nobiliaria de Burgos y respalda el manifiesto escrito contra el rey¹⁸⁰⁴.
- 1464, 11, 11: Presente en unas vistas entre Cabezón y Cigales entre Enrique IV y sus rebeldes¹⁸⁰⁵.
- 1464, 11, 30: El obispo de Coria es uno de los nobles y prelados del reino que juraron al infante don Alfonso como príncipe heredero de la Corona de Castilla en las vistas celebradas entre Cabezón y Cigales¹⁸⁰⁶.
- 1464, 12, 05: El obispo de Coria es uno de los nobles y prelados que firmaron el Memorial de agravios presentado a Enrique IV y a los jueces encargados de

¹⁷⁹⁵ LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 32, pp. 100-101.

¹⁷⁹⁶ AGS, EMR, MyP, leg. 77, fol. 57.

¹⁷⁹⁷ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 206; y PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 286.

¹⁷⁹⁸ AHNOB, Frías, C. 12, doc. 2.

¹⁷⁹⁹ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 209.

¹⁸⁰⁰ Negociación y complot en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 288-289; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 142.

¹⁸⁰¹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 218-219; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-219.

¹⁸⁰² ACB, Registro de Actas 17, fols. 232v-233r. LÓPEZ MARTÍNEZ, N., "Don Luis de Acuña...", op. cit., pp. 220-221; y LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 66-68.

¹⁸⁰³ Así lo indica el propio arcediano en su testamento, dado en 1473. RAH, col. Salazar, 9/813, fols. 51r-52r.

¹⁸⁰⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 293; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 148-149; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 220.

¹⁸⁰⁵ SAINZ DE BARANDA, P., *Cronicón*, op. cit., p. 62.

¹⁸⁰⁶ AHNOB, Frías, C. 15, doc. 5. También se recoge en las crónicas ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 226; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 226.

redactar la Sentencia Arbitral de Medina del Campo para la reforma del reino¹⁸⁰⁷.

- 1465, 01, 16: Presente en Medina del Campo. Del Consejo del rey. Testigo de la sentencia de los comisionados para la reforma del reino sobre la posesión de la villa de Cuéllar, la cual Enrique IV había entregado a don Beltrán de la Cueva. Se ordena que fuera devuelta a la reina Isabel de Portugal¹⁸⁰⁸.
- 1465, 06, 05: Uno de los nobles y prelados presentes en la “Farsa de Ávila”¹⁸⁰⁹.
- 1465, 06, 05 y en adelante: Partidario del infante-rey don Alfonso durante la guerra civil¹⁸¹⁰. Uno de los principales miembros del Alto Consejo del infante-rey don Alfonso¹⁸¹¹.
- 1465, 06, 06: Presente en Ávila junto a la corte alfonsina. Firma en la cédula mandada por el infante-rey don Alfonso al conde de Arcos para informarle de la deposición de Enrique IV y su posterior coronación¹⁸¹². También en otra similar para el concejo de Murcia¹⁸¹³. Durante lo que resta de guerra civil, la firma del obispo de Coria es una de las que con mayor frecuencia aparecen refrendando la documentación emitida por el infante-rey, siendo así posible constatar su presencia junto al mismo como miembro de su Alto Consejo en este crítico periodo.
- 1465, 08, 19: En una carta del cabildo catedralicio de Palencia a su obispo, don Gutierre de la Cueva, se informa de que cuando a principios de julio de 1465 los habitantes de Palencia planearon derribar el alcázar de esta ciudad, escribieron al obispo de Coria para que procurase que desde la Corte alfonsina se diesen órdenes para prohibir su derribo¹⁸¹⁴. Según una carta del 7 de enero de 1467, dichas órdenes se consiguieron, pero el obispo de Palencia impidió su notificación¹⁸¹⁵.
- 1465, octubre-noviembre: Según algunos cronistas, el obispo de Coria se enfrentó con algunos caballeros del obispo de Palencia don Gutierre de la Cueva en el camino de Valladolid¹⁸¹⁶.
- 1465, 10, 26: El infante-rey Alfonso explica en una carta a Alcaraz la composición de su gobierno. Indica que el obispo de Coria era uno de aquellos nobles y prelados que su Consejo que le acompañaban en su itinerario¹⁸¹⁷.
- 1466, marzo-abril: Presente en la Junta de Arévalo, donde se reunieron los principales líderes del bando alfonsino para tratar diversos asuntos¹⁸¹⁸.
- 1466, mayo: Acude a una junta alfonsina en Talavera. Entre otros asuntos, se decidió que el conde de Benavente y el obispo de Coria permanecerían en adelante en

¹⁸⁰⁷ AHNOB, Frías, C. 9, doc. 3.

¹⁸⁰⁸ AGS, PTR, leg. 32, doc. 4, fol. 58r-v.

¹⁸⁰⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 236.

¹⁸¹⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 313; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 164; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 243-244; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 102.

¹⁸¹¹ MONTERO TEJADA, R. M., “Los Manrique en las instituciones de gobierno...”, op. cit., pp. 822-823.

¹⁸¹² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXIX, pp. 490-492, en concreto p. 492.

¹⁸¹³ AMMU, Cartulario Real, N. 798bis, fols. 191r-192r.

¹⁸¹⁴ OREJÓN CALVO, A., “Don Sancho de Castilla: su actuación pública...”, op. cit., pp. 76-78.

¹⁸¹⁵ RODRÍGUEZ SALCEDO, S., “El reinado del primer Alfonso XII...”, op. cit., doc. 4, pp. 77-83.

¹⁸¹⁶ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 254-255; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit. p. 109.

¹⁸¹⁷ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, op. cit., doc. 35, p. 277.

¹⁸¹⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 364; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 183-184; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 296-297.

- Arévalo junto al infante-rey Alfonso para ocuparse de la gobernación del reino¹⁸¹⁹.
- 1467, 05, 28: El obispo de Coria y otros muchos nobles y prelados acompañan y participan en la entrada del infante-rey don Alfonso en Toledo. Al día siguiente está presente en las ceremonias celebradas en la catedral¹⁸²⁰.
 - 1467, 08, 20: Custodia al infante-rey Alfonso durante la batalla de Olmedo¹⁸²¹.
 - 1467, 09: Presente en la primera reunión entre los líderes del bando alfonsino y el legado *a latere* del papa don Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León, en el monasterio de la Mejorada, cerca de Olmedo¹⁸²².
 - 1467, diciembre-1468, enero: Al servicio del infante-rey don Alfonso, pasa las navidades junto a él en la Corte alfonsina¹⁸²³.
 - 1468, 02: Presente en una junta nobiliaria en Béjar. Rechaza todo lo en aquella junta acordado por ser en perjuicio del infante-rey don Alfonso en nombre de sus parientes, del arzobispo de Toledo y del almirante de Castilla¹⁸²⁴.
 - 1468, 04, comienzos: Asiste a una junta alfonsina en la aldea del Puente de Valdestillas para decidir cómo ganar a la Hermandad para su causa¹⁸²⁵.
 - 1468, primavera: El obispo de Coria y el arzobispo de Toledo escoltan a la princesa Isabel a las ferias de Medina del Campo¹⁸²⁶.
 - 1468, 07, 05: Encargado de llevar a Arévalo y sepultar en el monasterio de San Francisco de aquella villa al infante-rey don Alfonso tras su fallecimiento¹⁸²⁷.
 - 1468, 08, 17-22: Acude a la junta rebelde de Castronuevo. Se acepta la entrevista que los condes de Plasencia y Benavente y el arzobispo de Sevilla, de parte de Enrique IV querían celebrar con ellos¹⁸²⁸.
 - 1468, 09: Acompaña a la princesa Isabel a los Toros de Guisando¹⁸²⁹.
 - 1468, 10, 25: Enrique IV comunica a Baeza lo sucedido en Guisando. Indica que el obispo de Coria es uno de los prelados, junto al arzobispo de Toledo y el obispo de Burgos, que le han devuelto la obediencia y ha jurado a doña Isabel como princesa heredera¹⁸³⁰.
 - 1468, finales de año: Junto con el almirante de Castilla don Fadrique, viaja por la región de Toledo para procurar partidarios para la causa del matrimonio entre

¹⁸¹⁹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 404; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 193; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 279.

¹⁸²⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 412-413; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 202; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 286-287. Seguimos la data dada por el primero.

¹⁸²¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 421; VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 126; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 210; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 298-299.

¹⁸²² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 429; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 217-218; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 306-307.

¹⁸²³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 463; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 315.

¹⁸²⁴ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 464; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 233-234; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 318-319.

¹⁸²⁵ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 468.

¹⁸²⁶ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 472; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 239.

¹⁸²⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, p. 477.

¹⁸²⁸ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 260; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 248-249.

¹⁸²⁹ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 262-263; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 251-252; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 334

¹⁸³⁰ AHNOb, Frías, C. 16, doc. 21.

Isabel y Fernando. También consigue el consentimiento de otros grandes¹⁸³¹. En adelante será uno de los principales defensores de tal enlace y de la sucesión de ellos en el trono castellano.

- 1475, 09, 27: La reina Isabel notifica al concejo de Jaén que el papa había nombrado a petición suya a don Íñigo Manrique de Lara, miembro de su Consejo, como obispo de Jaén. Pide que le reciban como tal¹⁸³².
- 1478, 09, 18: Obispo de Jaén, miembro del Consejo Real de los Reyes Católicos y presidente de la Real Chancillería¹⁸³³. Este último cargo lo debió ejercer desde entonces hasta 1484¹⁸³⁴.
- 1483-1485: Arzobispo de Sevilla¹⁸³⁵.

MARTÍNEZ DE BAHAMONDE O VAAMONDE, GARCÍA

- Sobrino del obispo don Álvaro de Isorna¹⁸³⁶. De origen ilegítimo¹⁸³⁷.
- 1421, 09, 10: Arcediano de Reina en la Iglesia de Santiago de Compostela. Bachiller en decretos. Estando presente en la Curia Romana, es recibido como familiar y refrendario del pontífice¹⁸³⁸.
- 1427, sin mes, sin día: Se le menciona como sobrino del obispo de Cuenca don Álvaro de Isorna. Bachiller en decretos. Refrendario pontificio. Arcediano de Reina en Santiago de Compostela. Contaba con canonicatos en Cuenca, León y Mondoñedo¹⁸³⁹.
- 1435: Acude al Concilio de Basilea como representante del obispo de León. Doctor en decretos¹⁸⁴⁰.
- 1435, 09, 10: Arcediano de Reina en la Iglesia de Santiago de Compostela. El pontífice le nombra deán de Compostela¹⁸⁴¹. El arzobispo Lope de Mendoza nombró, por el contrario a Alonso de Carranza, quien con el apoyo regio, lo obtuvo finalmente en la Curia¹⁸⁴².
- 1437, 08, 26: Doctor en decretos. Deán de Compostela. Elegido obispo de Tuy¹⁸⁴³.
- 1439, 11, 24: Juan II de Castilla solicita al papa Eugenio IV que le conceda la mitra de Lugo, que vacaría por el traslado que también solicitaba de don Álvaro de Osorio a León¹⁸⁴⁴.
- 1440, 04, 06: Traslado a la sede de Lugo¹⁸⁴⁵.

¹⁸³¹ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 271; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 263.

¹⁸³² RODRÍGUEZ MOLINA, J. (dir.), *Colección diplomática del Archivo Histórico Municipal de Jaén*, op. cit., doc. XIV, p. 49.

¹⁸³³ AGS, RGS, leg. 1478-09-18, fol. 123.

¹⁸³⁴ VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid*, op. cit., p. 297.

¹⁸³⁵ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 446.

¹⁸³⁶ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. II, doc. 889, p. 401. Algunos datos sobre el mismo en VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Álvaro Núñez de Isorna...”, op. cit., pp. 285-287.

¹⁸³⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, op. cit., Vol. I, p. 349.

¹⁸³⁸ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit. p. 652.

¹⁸³⁹ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, op. cit., vol. I, pp. 57-58.

¹⁸⁴⁰ *Ibidem*, p. 350.

¹⁸⁴¹ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. II, doc. 894, p. 405.

¹⁸⁴² BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Cartulario*, op. cit., vol. I, pp. 350-351.

¹⁸⁴³ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 258.

¹⁸⁴⁴ ÁLVAREZ PALENZUELA, V. Á., *La situación europea en época del concilio de Basilea*, op. cit., doc. 275, pp. 394-395.

¹⁸⁴⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 180.

- 1442, 01: En una súplica se indica que no solía residir en su diócesis porque era uno de los diputados encargados de la administración de la justicia en la Chancillería real¹⁸⁴⁶.
- 1443: Oidor de la Audiencia Real de Juan II. Miembro del Consejo Real. Tenía con el cargo de oidor ocho excusados de por vida. Recibe 50.000 mrs. de quitación por el cargo de oidor desde 1443¹⁸⁴⁷.
- 1445, 11, 10: Traslado a la mitra de Orense¹⁸⁴⁸.
- 1446, 09, 10: Juan II de Castilla ordena al chantre de Orense recaudar las rentas de la mesa episcopal de Orense hasta que aquella sede fuese proveída, pues don García no consintió en su traslado a Orense¹⁸⁴⁹.
- 1447, 03, 27: Vuelve a ser trasladado, de forma definitiva, a la sede de Lugo¹⁸⁵⁰.
- 1452, 04, día ilegible: Obispo de Lugo. Oidor de la Audiencia Real y miembro del Consejo Real. Explica que residía en aquellos momentos en la Audiencia Real, en Valladolid¹⁸⁵¹.
- 1454: Según los cronistas, Juan II de Castilla ordenó a su muerte que el obispo de Lugo, “hombre muy notable, gran letrado y de honesta vida”, estuviese al continuo servicio de su esposa, la reina Isabel, y de los infantes doña Isabel y don Alfonso, sus hijos¹⁸⁵².
- 1454-1474: Oidor Real durante todo el reinado de Enrique IV¹⁸⁵³. Al final del reinado figura como presidente de la Audiencia, según Varona García¹⁸⁵⁴.
- ¿1454 o 1458?: En una ordenanza del Consejo Real, Enrique IV manda que uno de los prelados que deberían de residir en adelante en su Consejo sería el obispo de Lugo¹⁸⁵⁵.
- 1454, 09, 08: Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV de Castilla desde Arévalo¹⁸⁵⁶.
- 1455, 04, 23: Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Presente, junto al obispo de Ciudad Rodrigo y el doctor Juan Sánchez de Zurbano en una reunión del Consejo Real en la que Pedro Enríquez presentó cierta merced que le fue concedida por Juan II de Castilla¹⁸⁵⁷.
- 1457, 02, 28: Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Enrique IV le encarga al obispo de Lugo, junto al doctor Barroso, al licenciado Diego López y a Alvar Núñez de Ciudad Real, que se ocupe del juzgado de las albaquías¹⁸⁵⁸.
- 1458, 10, 03: En una apelación interpuesta por el deán y cabildo de Sevilla por lo excesivo del repartimiento del subsidio hecho por el colector y jueces

¹⁸⁴⁶ BELTRÁN DE HEREDIA, “Noticias y documentos para la biografía del cardenal...”, *op. cit.*, p. 342, nota al pie 53.

¹⁸⁴⁷ GÓMEZ IZQUIERDO, A., *Cargos de la casa y Corte*, *op. cit.*, p. 85; y NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 177.

¹⁸⁴⁸ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 99.

¹⁸⁴⁹ FERRO COUSELO, X., *A vida e a fala dos devanceiros*, *op. cit.*, pp. 520-521, nota al pie 1.

¹⁸⁵⁰ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 181.

¹⁸⁵¹ AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 2.

¹⁸⁵² El fragmento en GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 72. Lo mismo en PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. I, p. 77; y *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 8.

¹⁸⁵³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, *op. cit.*, p. 178.

¹⁸⁵⁴ VARONA GARCÍA, M. A., *La Chancillería de Valladolid*, *op. cit.*, p. 55.

¹⁸⁵⁵ DIOS, S. de, “Ordenanzas del Consejo Real...”, *op. cit.*, pp. 303-306.

¹⁸⁵⁶ LUIS LÓPEZ, C., *Poder y privilegio en los concejos abulenses en el siglo XV*, doc. 7, p. 64.

¹⁸⁵⁷ AHNOB, Osuna, C. 492, doc. 3 y doc. 4.

¹⁸⁵⁸ LÓPEZ VILLALBA, J. M., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, *op. cit.*, doc. 59, pp. 150-153.

- pontificios, se indica que don García, obispo de Lugo, y don Pedro, obispo de Osma, eran jueces subdelegados para la recaudación de dicho subsidio¹⁸⁵⁹.
- 1458, 11, 20: Sirve al rey en la Audiencia Real en Valladolid. Junto a otros de sus oidores, escribe al rey sobre cierta causa que el mariscal Sancho de Londoño había presentado ante ellos¹⁸⁶⁰.
 - 1460, 03, 09: Oidor en la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. El recaudador mayor de las alcabalas del obispado de Lugo certifica que en los años de 1446-1447 y 1455-1458 le fueron librados al obispo de Lugo 50.000 mrs. de quitación que poseía por orden de los reyes Juan II y Enrique IV¹⁸⁶¹.
 - 1461-07-15: Ejerce como miembro del Consejo Real ¿oidor? de Enrique IV desde Valladolid¹⁸⁶².
 - 1461, 10, 19: En el acta notarial de la presentación de una denuncia ante la Audiencia Real, se indica que “en la posada donde posa el reuerendo padre in Christo don Garçía de Vaamonde, obispo de Lugo, oydor e del Consejo del dicho sennor rey”, es “donde se acostunbra tener o faser consejo”¹⁸⁶³.
 - 1462, 07, 30: Como miembro del Consejo de Justicia, dicta una sentencia en favor de la ciudad de Toledo sobre la posesión del lugar de Ciruelos desde esa misma ciudad¹⁸⁶⁴. Dada la coincidencia temporal y espacial, es presumible que fuera uno de los miembros del Consejo que asistieron al rey en las Cortes de Toledo de 1462 que se celebraban en aquellos momentos en esa ciudad¹⁸⁶⁵.
 - 1464, 08, 18: Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Residente en Valladolid¹⁸⁶⁶.
 - 1464, 11, 20: Residente en la Chancillería de Valladolid. Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Delega la resolución de un pleito que estaba juzgando junto al doctor Zurbano en el arcediano de Castro don Pedro de Córdoba y Solier, consejero real, debido a sus grandes ocupaciones en la Chancillería¹⁸⁶⁷.
 - 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se ordena que el obispo de Lugo ocupe mientras vida las dos plazas asignadas a los prelados en la Audiencia Real, percibiendo la quitación de ambos, un total de 120.000 mrs. al año. Se explica que se hace así “pues el obispo de Lugo ha de residir é quiere estar todo el año en la dicha abdiencia é chancillería”. Se le menciona como “buen hombre é antiguo é letrado” en este texto¹⁸⁶⁸.
 - 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se ordena que el rey diese las provisiones necesarias para que el conde de Trastámara y el conde de Lemos reintegraran al obispo de Lugo todos los bienes y derechos pertenecientes a su mitra que le mantenían ocupados, so pena de graves penas para aquellos magnates¹⁸⁶⁹.

¹⁸⁵⁹ AHNOB, Luque, C. 584, doc. 17.

¹⁸⁶⁰ AHNOB, Osuna, C. 99, doc. 22-23.

¹⁸⁶¹ AHN, Clero, Libro 6288, fols. 207r-v.

¹⁸⁶² LUIS LÓPEZ, C., *Fuentes Históricas de Guadalajara*, op. cit., doc. 17, p. 43.

¹⁸⁶³ AHN, Clero, Libro 6273, fol. 627v. En fols. 627v-628r se indica de nuevo que “en la dicha posada del dicho sennor obispo de Lugo e estando y el dicho obispo e los doctores e liçençiadados del Consejo del dicho sennor rey ayuntados teniendo consejo”.

¹⁸⁶⁴ ARCHV, Registro de Ejecutorias, Caja 139, doc. 17.

¹⁸⁶⁵ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., p. 92.

¹⁸⁶⁶ AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 20.

¹⁸⁶⁷ AHNOB, Baena, C. 402, doc. 50, fols. 72v-74v.

¹⁸⁶⁸ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 400-402.

¹⁸⁶⁹ *Ibíd.*, doc. CIX, pp. 368-369.

- 1465, 06, 05: Según los cronistas, tras el alzamiento del infante-rey don Alfonso todos los obispos de Galicia apoyaron a Enrique IV¹⁸⁷⁰, y por tanto, sería presumible que se decantó por este rey. No obstante, parece que se mantuvo al margen de la contienda.
- 1465, 10, 26: El infante-rey Alfonso explica la composición de su gobierno. Indica que había dejado en Valladolid al obispo de Lugo con los oidores de su Audiencia y con el arca y sellos de su chancillería para administrar justicia¹⁸⁷¹.
- 1466, 05, 14: Se titula como obispo de Lugo, oidor de la Audiencia Real y miembro del Consejo Real. Residente en la entonces enriqueña villa de Valladolid¹⁸⁷².
- 1466, 12, 15: Oidor de la Audiencia Real y miembro del Consejo Real de Enrique IV de Castilla. Este rey ordena a don Alvar Pérez de Osorio, marqués de Astorga, y a don Pedro de Osorio, su hermano, que restituyan al obispo de Lugo su ciudad y todos sus señoríos, derechos y rentas episcopales, que le usurpaban desde hacía unos tres años y medio. El 5 de enero de 1467, en Valladolid, un mayordomo del obispo solicita un traslado de esta cédula¹⁸⁷³.
- 1467, 03, 19: Desde Valladolid, y titulándose como oidor y consejero real, nombra a Ruy López de Lugo como su provisor en Lugo. Entre otros asuntos, le encarga que corrija, castigue y enmiende todos los problemas y conflictos del pasado y por venir en su Iglesia y que prive de sus oficios y dignidades a las personas que por sus excesos y delitos debieran serlo. Ordena al deán y cabildo de Lugo, al concejo de aquella ciudad y a toda la clerecía de su obispado que le obedezcan y cumplan sus mandatos¹⁸⁷⁴.
- 1469-1474: En los años finales del reinado de Enrique IV ejerce como oidor real. Como tal, responde a una consulta jurídica presentada en la Audiencia por doña Juana Pimentel, condesa de Montalbán¹⁸⁷⁵.
- 1470, 08, 28: A petición del obispo y cabildo de Lugo, Enrique IV ordena que los 7.500 mrs. que por merced real percibían en los diezmos de la mar de la Villa de Vivero, fuesen trasladados a las alcabalas de la ciudad de Lugo. El rey, además, aumenta su cuantía a 15.000 mrs. El 3 de abril de 1473 se confirmaba este privilegio¹⁸⁷⁶.
- 1471, 05, 10: Paulo II encarga a los obispos de Sigüenza y Lugo que llevasen a cabo una investigación sobre la legación de don Antonio Jacobo de Veneris en Castilla a petición de Enrique IV y la reina doña Juana, quienes denunciaron que el legado había hecho un uso excesivo de sus atribuciones¹⁸⁷⁷.
- 1472, 08, 15: Don García explica que se encuentra en “la noble villa de Valladolid, donde al presente resedimos, en la Abdiencia del dicho sennor rey”¹⁸⁷⁸.
- 1476, 03, 14: La reina Isabel nombra oidor de la Audiencia Real al doctor Juan Ruiz de Medina ante la vacante producida por el fallecimiento de don García, obispo de Lugo¹⁸⁷⁹.

¹⁸⁷⁰ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 313-314; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 164-165..

¹⁸⁷¹ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, op. cit., doc. 35, p. 277.

¹⁸⁷² AHN, Clero, Carp. 1333B, n. 23.

¹⁸⁷³ AHN, Clero, Libro 6288, fols. 63r-68r.

¹⁸⁷⁴ AHN, Clero, Libro 6328, fols. 298v-300r.

¹⁸⁷⁵ AHNOB, Frías, C. 95, doc. 16.

¹⁸⁷⁶ AHN, Clero, leg. 3296, doc. 1; y AHN, CLERO, Libro 6273, fols. 641r-649v.

¹⁸⁷⁷ NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, op. cit., p. 230.

¹⁸⁷⁸ AHN, Clero, Carp. 1333C, n. 11.

¹⁸⁷⁹ AGS, RGS, leg. 1476-03-14, fol. 106.

PALENZUELA, ALFONSO DE¹⁸⁸⁰

- Fraile. Religioso de la Orden de San Francisco. Natural de Palenzuela, perteneciente a un linaje de aquella localidad. Predicador real y confesor de Juan II de Castilla y de sus esposas, las reinas María de Aragón e Isabel de Portugal. Probablemente también confesor del propio Enrique IV. Profesor de Teología en el convento de San Francisco de Salamanca. Maestro en teología¹⁸⁸¹.
- 1450-1456: Vicario provincial de los observantes de la Provincia de Santiago, elegido en el capítulo celebrado en Benavente en 1450¹⁸⁸².
- 1456: Se incorpora como procurador de Enrique IV ante la Santa Sede¹⁸⁸³. Procuró en repetidas ocasiones bulas pontificias de diversa naturaleza en beneficio de Enrique IV, rey de Castilla¹⁸⁸⁴.
- 1457, 02, 20: Nombrado por Calixto III como capellán pontificio. Enviado por el papa como nuncio pontificio en Castilla con el encargo de recaudar un subsidio para la guerra contra el turco y tratar ciertos temas con Enrique IV¹⁸⁸⁵.
- 1458, 05, 06: Calixto III comunica a Antonio Jacobo de Veneris, nuncio apostólico en Castilla, que habían llegado a Roma fray Alfonso de Palenzuela y Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Oviedo, como embajadores de Enrique IV. El papa indica que no podía otorgar al rey lo que aquellos solicitaban en su nombre¹⁸⁸⁶.
- 1458, finales de año-1459, comienzos de año: Maestro en Teología, predicador y miembro de la orden de San Francisco. Prestó obediencia en nombre de Enrique IV al nuevo pontífice, Pío II¹⁸⁸⁷.
- 1459, 02, 27-28: Pío II se dirige a Enrique IV para animarle a proseguir la guerra contra los sarracenos y para indicarle que había recibido el mensaje que le había enviado por medio del obispo de Oviedo y de fray Alfonso de Palenzuela, sus embajadores. Promete al rey cubrir las vacantes episcopales y de las órdenes militares de sus reinos a petición regia¹⁸⁸⁸.
- 1459: Embajador de Enrique IV, junto a don Rodrigo Sánchez de Arévalo, en el congreso de Mantua de 1459¹⁸⁸⁹. Duramente criticados por Pío II al no considerarles una embajada digna de aquel príncipe¹⁸⁹⁰.
- 1460, 08, 22: Elegido obispo de Ciudad Rodrigo¹⁸⁹¹.
- 1460, finales de año: A últimos de noviembre de aquel año el príncipe de Viana Carlos recibió una carta de Enrique IV por la que le comunicaba que había enviado a

¹⁸⁸⁰ El estudio más completo hasta la fecha sobre la trayectoria de este prelado es el realizado por Véase la semblanza biográfica que realiza del mismo ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real en la Castilla de los Trastámara*, op. cit., pp. 271-287.

¹⁸⁸¹ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, op. cit., pp. 271-279 y p. 288 y p. 294.

¹⁸⁸² CASTRO CASTRO, M., "Confesores franciscanos...", op. cit., p. 63.

¹⁸⁸³ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 53.

¹⁸⁸⁴ SALONEN, K. y HANSKA, J., *Entering a Clerical Career*, op. cit., p. 190.

¹⁸⁸⁵ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., vol. II, doc. 2780, p. 381; CASTRO CASTRO, M., "Confesores franciscanos...", op. cit., p. 63; y LÓPEZ FERNÁNDEZ, A., "El franciscanismo en España...", op. cit., pp. 561-562.

¹⁸⁸⁶ CASTRO CASTRO, M., "Confesores franciscanos...", op. cit., p. 64; y LÓPEZ FERNÁNDEZ, A., "El franciscanismo en España...", op. cit., pp. 561-562.

¹⁸⁸⁷ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 88; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., p. 52.

¹⁸⁸⁸ Transcrito en AZCONA, T. de, *La elección y reforma*, op. cit., Apéndice documental, doc. 3, pp. 315-316.

¹⁸⁸⁹ CASTRO CASTRO, M., "Confesores franciscanos...", op. cit., pp. 65-66.

¹⁸⁹⁰ **PÍO II, *Commentarii rerum memorabilium*, op. cit., pp. 164-166.**

¹⁸⁹¹ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., II, p. 129.

- Aragón como embajadores al obispo de Ciudad Rodrigo y a Diego de Ribera para que se entrevistaran con el propio príncipe de Viana y con Juan II, rey de Aragón¹⁸⁹².
- 1460, finales de año: El obispo de Ciudad Rodrigo y Diego de Ribera se entrevistan con Juan II de Aragón¹⁸⁹³.
 - 1460, 11, 30-12, 01: El obispo de Ciudad Rodrigo y Diego de Ribera se entrevistan con el príncipe de Viana para tratar sobre su matrimonio con la infanta Isabel. El príncipe les comunica su respuesta para Enrique IV¹⁸⁹⁴.
 - 1461, 01, 10: En unas instrucciones dadas por Juan II, rey de Aragón, a un embajador enviado a Enrique IV de Castilla, el rey aragonés negaba que fuera cierto lo que le había comunicado al monarca castellano su embajador en Aragón, el obispo de Ciudad Rodrigo: que Juan II no pretendía seguir guardando las concordias y paces entre ambos reinos¹⁸⁹⁵.
 - 1463, 08, 08: Se califica como “humilde fechora e siervo” de Enrique IV en una carta dirigida al propio rey. En dicha carta recuerda que hacía cuatro años había negociado en Roma por orden de Enrique IV la obtención de ciertos beneficios a favor de don Fadrique de Guzmán, obispo de Mondoñedo, con Calixto III, Pío II y el vicescanciller don Rodrigo Borgia. Informa también de que Alfonso V de Portugal había tratado de entrevistarse con él a su paso por Portugal, a lo cual se negó por no tener instrucciones del rey para ello¹⁸⁹⁶.
 - 1465, 01, 16: Elegido como uno de los miembros del Consejo de Justicia del rey por los redactores de la Sentencia Arbitral de Medina del Campo¹⁸⁹⁷.
 - 1465, 06, 05 hasta 1468, 07, 05: Según los cronistas fue neutral durante la guerra civil entre Enrique IV y los partidarios de don Alfonso¹⁸⁹⁸.
 - 1465, 12, 19: Fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, comunica al concejo conque se que el marqués de Villena había enviado a Belmonte al obispo de Ciudad Rodrigo, llegado aquel mismo día, para concluir las negociaciones sobre su liberación, ya asegurada¹⁸⁹⁹.
 - 1467, 03, 31: Consejero Real de Enrique IV. Enviado por este monarca como embajador a Inglaterra para firmar una alianza en su nombre con el rey Eduardo IV¹⁹⁰⁰.
 - 1467, 04, 10: Enrique IV comunica a sus reinos y especialmente a las ciudades y villas costeras, que enviaba al obispo de Ciudad Rodrigo, su oidor y consejero real, a Inglaterra para firmar una alianza y paz perpetua con el monarca inglés. Una vez alcanzada, el obispo tenía orden de comunicarles el contenido de aquella

¹⁸⁹² Describe la embajada y su objetivo ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 171-172; ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 70r; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 154-155.

¹⁸⁹³ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., p. 79v

¹⁸⁹⁴ *Ibidem*, fol. 71r-v y fol. 76v-77r. Su entrevista con el príncipe la menciona el rey de Aragón en una carta al de Portugal a 15 de mayo de 1461 en ACA, Real Cancillería, Registros, 3410, fols. 144v-145r.

¹⁸⁹⁵ ACA, Real Cancillería, Registros, 3410, fols. 106v-107v, en concreto, 106v.

¹⁸⁹⁶ AGS, SE, leg. 1-1-2, fol. 151. El año es deducible por la referencia en dicho documento de que a la muerte de Calixto III había negociado este asunto con Pío II, habiendo pasado ya cuatro años de aquello.

¹⁸⁹⁷ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 399.

¹⁸⁹⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. II, pp. 313-314; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 243-244.

¹⁸⁹⁹ GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., documento CXLIII, p. 397.

¹⁹⁰⁰ AGS, PTR, leg. 52, n. 16.

- confederación. El rey les manda que obedecieran todo lo por él acordado y negociado durante su embajada ante Eduardo IV¹⁹⁰¹.
- Entre 1467, 03, 31 y 1467, 07, 06: Negocia con don Guillermo, obispo de Ely, delegado de Eduardo IV de Inglaterra, los capítulos que se incluirían en la alianza entre aquel monarca y Enrique IV de Castilla¹⁹⁰².
 - 1467, 07, 06: Firma en Westminster con el rey inglés la alianza entre Castilla e Inglaterra¹⁹⁰³.
 - 1467, 09, 10: Mencionado como consejero, procurador y embajador real. Enrique IV y los miembros de su Consejo aprueban el tratado que el obispo de Ciudad Rodrigo había firmado con el rey de Inglaterra¹⁹⁰⁴.
 - 1469: Procurador de Enrique IV de Castilla ante Paulo II, el electo de Tuy Rodrigo de Vergara, debía unirse a él para solicitar al pontífice y al Sacro Colegio Cardenalicio que otorgase la sede de Cuenca a don Juan Hurtado de Mendoza¹⁹⁰⁵.
 - 1469, 10, 20: Tras el traslado de fray Alfonso de Palenzuela a la sede de Oviedo, Paulo II designa como nuevo obispo de Ciudad Rodrigo a don Alfonso de Paradinas¹⁹⁰⁶.
 - 1469, 10, 29: Paulo II concede que fray Alfonso de Palenzuela, obispo de Oviedo, pueda continuar percibiendo las rentas de la mesa episcopal de Ciudad Rodrigo hasta que pudiese tomar posesión pacífica de la sede de Oviedo a la que acababa de ser trasladado. Ordena al nuevo obispo de Ciudad Rodrigo, al cabildo catedralicio y al clero y fieles de Ciudad Rodrigo que así lo cumplan¹⁹⁰⁷.
 - 1471: Posible nueva embajada en Inglaterra en nombre de Enrique IV¹⁹⁰⁸.
 - 1473: Poco antes de la muerte de Enrique IV ya servía a la princesa Isabel¹⁹⁰⁹.
 - 1474, 02, 06: El duque de Milán concede un salvoconducto de seis meses a fray Alfonso, obispo de Oviedo y “orator regis Hispanie”, para que pudiera circular por sus dominios junto a otras quince personas, sus acompañantes, ya fueran a pie o a caballo¹⁹¹⁰.
 - 1474, 07, 16: Enviado por la princesa Isabel ante Sixto IV. Ese día el pontífice comunicaba a la princesa que había escuchado ya el mensaje que le había enviado a través del obispo de Oviedo¹⁹¹¹. Dado los últimos datos apuntados, queda concluir que a comienzos de 1474 Enrique IV y la princesa, con quien acababa de reconciliarse¹⁹¹², enviaron conjuntamente a fray Alfonso de

¹⁹⁰¹ AGG, Sección 1.^a, Negociado 1, leg. 2.

¹⁹⁰² RYMER, T., *Foedera*, op. cit., p. 199. También lo explica Enrique IV al aceptar el tratado el 10 de septiembre de 1467. *Ibidem*, pp. 583-590.

¹⁹⁰³ AGS, PTR, leg. 52, n. 16.

¹⁹⁰⁴ RYMER, T., *Foedera, Conventiones, Literae, et cujuscunque generis acta publica, inter reges Angliae et alios quosvis imperatores, reges, pontifices, principes, vel communitates*, Tomo XI, Londres, 1710, pp. 583-590.

¹⁹⁰⁵ BNE, Mss. 13702, fols. 253r-254r; y RAH, col. Catedrales de España, Cuenca, 9/5439, fols. 292v-293r y fols. 355r-356v.

¹⁹⁰⁶ MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, op. cit., doc. IV, p. 390.

¹⁹⁰⁷ MANSILLA, D., “Alfonso de Paradinas...”, op. cit., doc. XI, pp. 392-394.

¹⁹⁰⁸ VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit., pp. 198-200. VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., “Eclesiásticos en la diplomacia castellana...”, op. cit., p. 804 la considera dudoso pero posible.

¹⁹⁰⁹ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, op. cit., p. 278.

¹⁹¹⁰ VILLANUEVA MORTE, C., “Permisos y concesiones de tránsito...”, op. cit., p. 178.

¹⁹¹¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Política internacional de Isabel la Católica*, op. cit., pp. 288-289.

¹⁹¹² A finales de 1473, gracias a la intervención de Andrés de Cabrera y su esposa, ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 390-392.

Palenzuela como su embajador a Italia. La cuestión o cuestiones a tratar son desconocidas.

- 1475, sin mes, sin día: El deán de Toledo, embajador de los Reyes Católicos en Roma, transmite a estos que el obispo de Oviedo trabajaba en la corte romana en favor de su causa frente a los partidarios de la opción portuguesa¹⁹¹³.
- 1475, 07, 21: Audiencia en la corte pontificia donde el obispo de Oviedo defendió la causa de Isabel y Fernando¹⁹¹⁴. Seguramente se trate de la misma intervención que la anterior.
- 1480-1481: Los Reyes Católicos le confirman los 10.000 mrs. de por vida que Enrique IV concedió en su día a fray Alfonso de Palenzuela¹⁹¹⁵.
- 1483, 12, 07: Calificado por los Reyes Católicos como uno de los miembros de su Consejo¹⁹¹⁶.
- 1485, 04, 17: Fecha de su fallecimiento¹⁹¹⁷.

RIVAS, LOPE DE

- De origen social desconocido¹⁹¹⁸.
- 1444, febrero, sin día: Bachiller en decretos. Provisor y vicario general en el obispado de Osma. Asiste al sínodo de Osma celebrado aquel año¹⁹¹⁹. Uno de los diputados por el obispo de Osma don Roberto de Moya para presidir y estar en dicho sínodo en su nombre¹⁹²⁰.
- 1448: Arcediano de Osma. Bachiller en decretos, Provisor y vicario general en el obispado de Osma¹⁹²¹.
- 1451, 09, 25: Bachiller en decretos. Arcediano de Osma y lugarteniente del prior de Osma¹⁹²².
- 1453, 09, 15: Prior de Osma. Oidor de la Audiencia Real de Juan II de Castilla. Bachiller en decretos. Provisor de la Iglesia y obispado de Osma. Juez subconservador diputado por el obispo de Salamanca Gonzalo de Vivero, conservador principal nombrado por la Santa Sede Apostólica para la orden de San Jerónimo. Ejerciendo este último cargo, emite una citatoria en favor del monasterio de San Blas de Villaviciosa¹⁹²³.
- 1456, 01, 13: Prior de Osma, como uno de los miembros del Consejo Real de Enrique IV, hace emitir una provisión para que se investigasen los términos que el concejo de Badajoz decía que el conde de Feria le usurpaba¹⁹²⁴.
- 1456, 04, 10: Bachiller en decretos, prior de Osma. Profeso en la Orden de San Agustín. Capellán Real. Consejero y oidor Real. Calixto III le concede la abadía de Párraces a suplicación regia¹⁹²⁵.

¹⁹¹³ PAZ Y MELIA, A., *El cronista Alonso de Palencia*, op. cit., doc. 86, p. 191.

¹⁹¹⁴ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Política internacional de Isabel la Católica*, op. cit., p. 217.

¹⁹¹⁵ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, op. cit., p. 279.

¹⁹¹⁶ AGS, RGS, leg. 1483-12-07, fol. 155.

¹⁹¹⁷ CASTRO CASTRO, M., "Confesores franciscanos...", op. cit., p. 70.

¹⁹¹⁸ DIAGO HERNANDO, M., "Notas sobre el origen social...", op. cit., p. 41.

¹⁹¹⁹ LOPERRÁEZ CORVALÁN, J. de, *Descripción histórica del obispado*, op. cit., Vol. I, p. 350.

¹⁹²⁰ GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum*, Tomo XII, op. cit., p. 18.

¹⁹²¹ DIAGO HERNANDO, M., "Notas sobre el origen social...", op. cit., p. 47.

¹⁹²² LOPERRÁEZ CORVALÁN, J. de, *Descripción histórica del obispado*, op. cit., Vol. III, doc. CXXV, pp. 290-292, en concreto, p. 291.

¹⁹²³ AHN, Clero, leg. 2222.

¹⁹²⁴ ADM, Feria, leg. 25, n. 20; y ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 2, doc. 9/B.

- 1456, 04, 17: Bachiller en decretos, prior de Osma. Servidor de Enrique IV, rey de Castilla, del que se indica que era capellán, consejero y oidor en su Audiencia Real¹⁹²⁶. A suplicación del rey, Calixto III le nombra acólito pontificio¹⁹²⁷.
- 1457, 01, 25: Prior de Osma. Miembro del Consejo Real. Comisionado real para encargarse de los debates y contiendas entre el conde de Lemos y el conde de Trastámara en la región lucense¹⁹²⁸.
- 1459, 01, 05: En las Ordenanzas del Consejo Real dadas por Enrique IV, se especifica que el obispo de Cartagena sería uno de los dos prelados que formarían parte del mismo¹⁹²⁹.
- 1459, 03, 20: Elegido obispo de Cartagena¹⁹³⁰.
- 1459, 03, 20: Pío II notifica a los fieles de la diócesis de Cartagena la elección de don Lope, prior de Osma, como nuevo obispo de Cartagena¹⁹³¹.
- 1459, 05, 17: Prior de Osma. Oidor de la Audiencia Real. Miembro del Consejo Real. Capellán de la reina doña Juana de Portugal. Enrique IV notifica al concejo de Murcia que había suplicado a Pío II que nombrase obispo de Cartagena a don Lope de Rivas, lo cual el pontífice había concedido. Ordena que le reciban como tal¹⁹³².
- 1459, 05, 24: Desde Arévalo, la reina doña Juana de Castilla solicita al concejo de Murcia que reciban a don Lope, su capellán mayor, como obispo de Cartagena¹⁹³³. En el mismo día y lugar, don Lope, electo de Cartagena y capellán mayor de la reina, escribe al concejo de Murcia para solicitar que cumpliesen lo ordenado por el rey y para notificar que enviaba allí al chantre de Soria para tratar este asunto con ellos¹⁹³⁴.
- 1459, 10, 02: Obispo de Cartagena. Ejercer como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Madrid¹⁹³⁵.
- 1459, 10, 20: Obispo de Cartagena. Capellán mayor de la reina doña Juana de Portugal y su consejero. Por orden de la reina vio un pleito y dictó una sentencia por la que se permitía a los vecinos de Alcazarén usar los molinos que quisieran¹⁹³⁶. Único consejero eclesiástico de la reina doña Juana documentado¹⁹³⁷.
- 1460, 02, 28: Obispo de Cartagena. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Madrid¹⁹³⁸. Su firma "*Lupus, episcopus cartaginensis*", es una de las que con mayor asiduidad aparece desde entonces en la documentación emitida por dicho organismo en lo que resta de reinado.

¹⁹²⁵ RUIZ DE LOIZAGA, S., *Documentación medieval de la diócesis de Santander*, op. cit., doc. 109, pp. 210-211; BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. III, doc. 1165, pp. 86-87; y NIETO SORIA, J. M., "Enrique IV de Castilla y el Pontificado...", op. cit., p. 200.

¹⁹²⁶ RIUS SERRA, J., *Regesto*, op. cit., Vol. II, doc. 1845, pp. 90-91.

¹⁹²⁷ RIUS SERRA, J., *Regesto*, op. cit., Vol. II, doc. 1850, p. 92.

¹⁹²⁸ ADA, C. 85, n. 32⁷. El resto de documentos custodiados n. 32 tratan sobre esta comisión y la labor del futuro obispo de Cartagena en la misma.

¹⁹²⁹ DIOS, S. de, "Ordenanzas del Consejo Real...", op. cit., p. 296. El rey se debe referir a don Lope de Rivas, por quien había suplicado dicho obispado, pues su antecesor, Diego de Comontes, había fallecido meses antes. TORRES FONTES, J., "Cronología de los obispos de Cartagena...", op. cit., p. 674.

¹⁹³⁰ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 119.

¹⁹³¹ AMMU, Cartulario real, n. 798bis, f. 79r.

¹⁹³² AMMU, Cartulario real, n. 798bis, f. 78v.

¹⁹³³ AMMU, Cartulario real, n. 798bis, f. 78v.

¹⁹³⁴ AMMU, Cartulario real, n. 798bis, f. 78v.

¹⁹³⁵ AVM, Secretaría, 2-412-41.

¹⁹³⁶ AGS, RGS, leg. 1475-03-11, fol. 296.

¹⁹³⁷ CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., "Las Casas de Isabel y Juana de Portugal...", op. cit., p. 123 y p. 128.

¹⁹³⁸ AHN, Clero, Carp. 1366, n. 1.

- 1461: Obispo de Cartagena, oidor de la Audiencia y consejero real. Desde este año y en adelante tiene una ayuda de costa y mantenimiento de 50.000 maravedíes anuales¹⁹³⁹.
- 1462, marzo: Asiste, junto a los obispos de Calahorra y Osma, al arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo en el bautizo de la princesa Juana¹⁹⁴⁰.
- 1462, 05, 15: Pío II comisiona a don Antonio Jacobo de Veneris, obispo electo de Siracusa, nuncio en Castilla, al arzobispo de Toledo y al obispo de Cartagena para instituir tribunales de Inquisición en Castilla¹⁹⁴¹.
- 1463, 04, 02: Entre las exigencias presentadas por Enrique IV para intentar alcanzar la paz con el rey de Aragón, el rey de Castilla reclama que Juan II de Aragón abonase las rentas que de la Iglesia y obispo de Cartagena había retenido desde hacía mucho tiempo. También reclama que fueran desembargadas¹⁹⁴².
- 1463, 04, 23: En la sentencia dada por Luis XI de Francia desde Bayona para dirimir las contiendas entre Enrique IV de Castilla y Juan II de Aragón, el rey de Francia determina que las rentas pertenecientes al obispo de Cartagena en el reino de Valencia debían ser desembargadas inmediatamente por el rey de Aragón¹⁹⁴³.
- 1463, 07, 26: Obispo de Cartagena. Canciller mayor de la Reina doña Juana de Portugal y de su Consejo¹⁹⁴⁴.
- 1464, 05, 28-1464, 12, 13: Obispo de Cartagena. Miembro del Consejo Real. Enrique IV le encargó ocuparse de revisar el privilegio del que disfrutaba el conde de Salinas sobre las Salinas de Añana y sus alcabalas¹⁹⁴⁵.
- 1464-06-17: El obispo de Cartagena, desde Madrid, escribe al concejo de Murcia para tratar sobre ciertas cuestiones que le habían pedido que tratase con el rey. El obispo cree no poder hacer nada, pero promete hablar con aquel con el fin de favorecer sus intereses en cuanto pudiese, pues desde que recibió su carta había estado ocupado haciendo “lo que su altesa me manda”¹⁹⁴⁶.
- 1464, 07, sin día: El concejo de Lorca escribe al obispo de Cartagena para solicitarle que procurase que fuesen librados los 65.000 mrs. que el rey mandó entregarles para las labores del castillo y para que procurase que se retirase la orden regia por la cual se había nombrado un corregidor para Lorca¹⁹⁴⁷.
- 1465, sin mes, sin día ¿Cortes de Salamanca?: El obispo de Cartagena y Diego Arias Dávila, contador mayor de Enrique IV, como miembros del Consejo Real, fueron comisionados por el rey para que atendiesen, al menos, a los procuradores enviados por la ciudad y obispado de Orense y les realizasen un cuestionario sobre ciertas reformas que el monarca pretendía introducir en el reino de Galicia y sobre los problemas de este. Se da a entender que trataron también con los procuradores de otras ciudades, villas y lugares de Galicia¹⁹⁴⁸.

¹⁹³⁹ AGS, QC, leg. 4, fol. 174.

¹⁹⁴⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 184.

¹⁹⁴¹ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. III, doc. 1204, pp. 119-120.

¹⁹⁴² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. LXXXIV, pp. 261-262 y p. 263.

¹⁹⁴³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. LXXXIV, p. 284.

¹⁹⁴⁴ RAH, col. Salazar, 9/1641, carp. 37; y RAH, leg. 9/6483. *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CLVII, p. 581. CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., “Las Casas de Isabel y Juana de Portugal...”, op. cit., p. 123 y p. 128.

¹⁹⁴⁵ AGS, PTR, leg. 58, doc. 52, fols. 396v, 399v y 400r.

¹⁹⁴⁶ AMMU, leg. 4292, n. 75.

¹⁹⁴⁷ AML, Cartulario, 1463-1464, fols. 62r-v.

¹⁹⁴⁸ Documento transcrito en GARCÍA ORO, J., *Galicia en la Baja Edad Media*, op. cit., doc. IV, pp. 291-296; y LÓPEZ CARREIRA, A., *Os Irmandiños*, op. cit., Apéndice documental, doc. 2, pp. 77-81.

- 1465, antes de la prisión del obispo de Cuenca: El obispo de Cartagena y el obispo de Cuenca ejercer como miembros del Consejo Real de Enrique IV¹⁹⁴⁹.
- 1465, 01, 16: Escogido en la Sentencia Arbitral de Medina del Campo para formar parte del Consejo de Justicia del rey¹⁹⁵⁰.
- 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se diputó al obispo de Cartagena para investigar los cohechos cometidos por aquellos que tuvieron cargo de proveer de mantenimientos a la hueste del rey¹⁹⁵¹.
- 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se le nombró como uno de los miembros que habrían de formar parte de la comisión encargada de reformar la moneda del reino¹⁹⁵².
- 1465, 01, 16: En la Sentencia Arbitral de Medina del Campo se estipula que, para ver los agravios y reclamaciones que muchos particulares no dejaban de presentar, el rey debía dputar y conceder poderes a los obispos de Osma y Cartagena para resolverlos¹⁹⁵³.
- 1465, 01, 16: Los jueces compromisarios diputados para redactar la Sentencia de Medina del Campo ordenan que se restituya de las villas de Mansilla y Rueda a Gutierre de Robles. Los miembros del Consejo Real (el conde de Plasencia, Pedro de Velasco y el comendador mayor don Gonzalo de Saavedra), comisionan a su vez a los obispos de Osma y de Cartagena, oidores y consejeros reales, para que hagan cumplir dicha orden¹⁹⁵⁴.
- 1465, 01, 16: Mencionado, junto al obispo de Osma, como oidor y consejero real. Los jueces compromisarios elegidos para redactar la Sentencia Arbitral de Medina del Campo les ordenan que vean el pleito pendiente por el que Ruy García de la Rúa, escribano de Cámara y vecino de Talavera, reclamaba el oficio del juzgado de la fiedad de Toledo¹⁹⁵⁵.
- 1465, 03, 27: Obispo de Cartagena. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Madrid¹⁹⁵⁶.
- 1465, 06, 05: Al alzar los rebeldes a don Alfonso como rey, el obispo de Cartagena se mantiene en el partido enriqueño, según los cronistas, a causa de que se encontraba al servicio de la reina doña Juana¹⁹⁵⁷.
- 1465, 11, 03: El obispo de Cartagena, desde la enriqueña villa de Madrid, notifica al concejo de Murcia el estado de sus gestiones en torno al monasterio de Santo Domingo y la licencia que habían solicitado para los frailes de la Merced¹⁹⁵⁸.
- 1467, 05, 15: Obispo de Cartagena. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Madrid. Confirma un privilegio de Enrique IV a El Ferrol¹⁹⁵⁹.
- 1467, 12, 09: Obispo de Cartagena. En un pleito entre el escribano de cámara Diego González de Madrid y Pedro Gómez de Sevilla, tesorero mayor de Vizcaya, se indica que las reuniones del Consejo de Justicia del rey se celebraban en la

Documento sin fecha. Ambos autores lo datan en 1465. Documento sin fecha. Ambos autores lo datan en 1465. En todo caso no puede ser posterior, pues don Diego Arias falleció a comienzos de 1466.

¹⁹⁴⁹ AHNOB, Frías, C. 11, doc. 28.

¹⁹⁵⁰ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 399.

¹⁹⁵¹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 387-388.

¹⁹⁵² *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, pp. 395-396.

¹⁹⁵³ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CIX, p. 477.

¹⁹⁵⁴ RAH, col. Salazar, 9/868, fol. 6r-7v.

¹⁹⁵⁵ AMT, Archivo Secreto, Cajón 2 leg. 3, n. 2, sin numerar.

¹⁹⁵⁶ AGS, RGS, leg. 1477-09-20, fol. 586; y AGS, RGS, leg. 1477-08-26, fol. 442.

¹⁹⁵⁷ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniense*, op. cit., vol. II, pp. 313-314; *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 164-165; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 243-244.

¹⁹⁵⁸ AMMU, leg. 4292, n. 50.

¹⁹⁵⁹ AGS, PTR, leg. 58, doc. 11.

- “posada” del obispo de Cartagena, en los arrabales de la villa de Madrid. El prelado forma parte de los miembros del Consejo de Enrique IV que juzgan este caso¹⁹⁶⁰.
- 1469, 03, 19: Presente junto al rey cuando los procuradores de las Cortes de Ocaña de 1469 presentan una petición a Enrique IV para que no se continuase enajenando el patrimonio real en favor de los grandes del reino¹⁹⁶¹.
 - 1472, 02, 27: Obispo de Cartagena. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Madrid¹⁹⁶².
 - 1474: Primera vez que acude a su sede de Cartagena, según la documentación murciana¹⁹⁶³.
 - 1476, 03, 04: Ejerce como miembro del Consejo de los Reyes Católicos¹⁹⁶⁴.
 - 1476-1478: Presidente de la Hermandad General y de la Diputación superior a esta¹⁹⁶⁵.
 - 1477, 02, 17: Miembro del Consejo Real de los Reyes Católicos. Encargado junto con otros miembros del Consejo de ocuparse de la justicia “allende los puertos” aquel año¹⁹⁶⁶.
 - 1478, Ca. Obispo de Cartagena. Residente en el Consejo Real de los Reyes Católicos. Residente en la “diputación general destos nuestros regnos”. Debido a los grandes servicios prestados a Juan II, Enrique IV y a los Reyes Católicos desde que accedieron al trono, estos últimos suplican al papa que le otorgue pensiones sobre algunas dignidades que vacaran en sus reinos hasta la cuantía de 2.000 ducados de oro, pensiones que habría de cobrar hasta que fuese proveído de una dignidad mayor y de más renta¹⁹⁶⁷.
 - 1478, 08, 25: Presidente del Consejo Real de los Reyes Católicos¹⁹⁶⁸.
 - 1480, 03, 06: Los Reyes Católicos ordenan embargar las rentas del obispado de Cartagena por cuanto el obispo había fallecido¹⁹⁶⁹.

SÁNCHEZ DE ARÉVALO, RODRIGO¹⁹⁷⁰

¹⁹⁶⁰ “...en la dicha villa de Madrit, a nueue días del mes de disienbre anno susodicho [de 1467], dentro de la posada del sennor obispo de Cartagena, que es en el arrauel de la dicha villa, donde se fase e ayuntan los sennores del Consejo del rey a consejo sobre las cosas tocantes a la justia çeuil e criminal del dicho sennor rey...”. AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 111.

¹⁹⁶¹ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 67, p. 337.

¹⁹⁶² AGS, RGS, leg. 1480-02-15, fol. 193.

¹⁹⁶³ TORRES FONTES, J., “Cronología de los obispos de Cartagena...”, op. cit., p. 674.

¹⁹⁶⁴ AGS, RGS, 1476-03-04, fol. 135.

¹⁹⁶⁵ GRANDA LORENZO, S., “La Capilla Real...”, op. cit., p. 772.

¹⁹⁶⁶ AGS, RGS, leg. 1477-02-17, fol. 344.

¹⁹⁶⁷ AGS, PTR, leg. 16, doc. 16, fol. 101r.

¹⁹⁶⁸ AGS, RGS, leg. 1478-08-25, fol. 98. DIOS, S. de, *El Consejo Real*, op. cit., p. 246 señala que probablemente desde 1476 a 1479 fuera presidente del Consejo Lope de Rivas, obispo de Cartagena. En este documento que señalamos se le titula como tal.

¹⁹⁶⁹ TORRES FONTES, J., “Cronología de los obispos de Cartagena...”, op. cit., p. 674.

¹⁹⁷⁰ Varios autores se han abordado la figura de este prelado, uno de los intelectuales más relevantes del siglo XV castellano. Destacamos los trabajos de TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470*, op. cit.; LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit.; y TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470...”, op. cit. Obviamos aquí la relación de su ingente producción intelectual, magníficamente sintetizada por LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit. Dos recientes revisiones bibliográficas actualizadas en LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo: un ensayo...”, op. cit.; y ARQUERO CABALLERO, G. F., “La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit.

- 1404, ca.: Fecha de su nacimiento¹⁹⁷¹. Estudio en Salamanca teología y tuvo como profesor a fray Alfonso de Palenzuela¹⁹⁷². Doctor en leyes y bachiller en teología y artes¹⁹⁷³.
- 1431, 04, 24: Clérigo de Segovia. Eugenio IV escribe a distintos cabildos y obispos castellanos solicitando alguna prebenda, mayor o menor, para el mismo¹⁹⁷⁴.
- 1434: Se incorpora al Concilio de Basilea junto a la embajada de Juan II de Castilla encabezada por Alfonso de Cartagena¹⁹⁷⁵.
- 1436, 09, 26: Bachiller en leyes, familiar del obispo de Burgos y capellán de Juan II de Castilla¹⁹⁷⁶.
- 1438: Nombrado secretario de Juan II en torno a ese año¹⁹⁷⁷. Acompaña a Alfonso de Cartagena en la embajada de Juan II al emperador alemán¹⁹⁷⁸.
- 1440, 01, 05: Capellán de Juan II de Castilla, nombra procuradores para tomar posesión de una canonjía que le había concedido el obispo de Burgos Alfonso de Cartagena¹⁹⁷⁹.
- 1440: Embajador de Juan II de Castilla ante el papa Eugenio IV en Florencia¹⁹⁸⁰. A comienzos de esa década ya era secretario, consejero y oidor real de Juan II¹⁹⁸¹.
- 1441, 07, 01: Nombrado arcediano de Treviño por Eugenio IV a petición de Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos¹⁹⁸².
- 1442-1443: Embajador de Juan II ante el emperador Federico III¹⁹⁸³.
- 1446, ca.: Vicario general del obispo de Burgos Alfonso de Cartagena¹⁹⁸⁴.
- 1447, 03: Ejercer como miembro de la Audiencia Real de Juan II¹⁹⁸⁵.
- 1447, 07, 17: Doctor en leyes, arcediano de Treviño, oidor de la Audiencia de Juan II de Castilla. Litiga por el derecho al deanato de León con Pedro de Cervantes¹⁹⁸⁶.
- 1448-1450: Procurador estable del rey de Castilla en la Curia pontificia¹⁹⁸⁷.
- 1448, 09: El papa le confía una legación a Borgoña, ante Felipe III¹⁹⁸⁸.
- 1449, 03, 20: Arcediano de Treviño, doctor en leyes y cubiculario pontificio¹⁹⁸⁹.
- 1449, 12: Deán de León, camarero pontificio¹⁹⁹⁰.

¹⁹⁷¹ LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 26.

¹⁹⁷² Estudió en Salamanca Teología y tuvo de profesor en ella a fray Alonso de Palenzuela. TONI, T., "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., p. 137.

¹⁹⁷³ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470*, op. cit., p. 14 y p. 93.

¹⁹⁷⁴ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 685.

¹⁹⁷⁵ LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., "Rodrigo Sánchez de Arévalo: un ensayo", op. cit., p. 41.

¹⁹⁷⁶ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 685.

¹⁹⁷⁷ CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla*, op. cit., p. 447.

¹⁹⁷⁸ *Ibidem*.

¹⁹⁷⁹ SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María y don Alfonso de Cartagena*, op. cit., p. 154.

¹⁹⁸⁰ ARQUERO CABALLERO, G. F., "La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., p. 33.

¹⁹⁸¹ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470*, op. cit., p. 29.

¹⁹⁸² VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 686.

¹⁹⁸³ *Ibidem*; y ARQUERO CABALLERO, G. F., "La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., p. 33.

¹⁹⁸⁴ SERRANO Y PINEDA, L., *Los conversos don Pablo de Santa María y don Alfonso de Cartagena*, op. cit., p. 212.

¹⁹⁸⁵ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470*, op. cit., p. 59.

¹⁹⁸⁶ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., Vol. III, doc. 1080, p. 13.

¹⁹⁸⁷ ARQUERO CABALLERO, G. F., "La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., p. 35; y TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470*, op. cit., p. 89.

¹⁹⁸⁸ TONI, T., "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470...", op. cit., pp. 157-160; y ARQUERO CABALLERO, G. F., "La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...", op. cit., p. 35.

¹⁹⁸⁹ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 686.

- 1454: Embajador de Juan II de Castilla en Francia cuando fallece el monarca¹⁹⁹¹. Debió ser enviado poco antes del fallecimiento del rey, pues el 26 de junio de 1454 el cabildo catedralicio burgalés, refiriéndose a él como arcediano de Treviño, le concedió ciertos privilegios en relación al disfrute de los frutos de sus prebendas mientras sirviera al rey como embajador en Francia¹⁹⁹².
- 1454, 07, 20: Al acceder Enrique IV al trono castellano, confirmó a Sánchez de Arévalo sus cargos de consejero, secretario y capellán real¹⁹⁹³.
- 1455, 03, 20: Doctor, deán de León, capellán del rey y miembro de su Consejo. Recibe por orden de Enrique IV una quitación anual de 20.000 maravedís como miembro del Consejo Real y una ración diaria de 55 maravedís. Hay libranzas hasta 1466¹⁹⁹⁴.
- 1455: Deán de León. Enviado por Enrique IV para prestar obediencia en su nombre al nuevo papa, Calixto III¹⁹⁹⁵. Permaneció largos periodos en Roma a partir de entonces como procuradores estable del rey de Castilla ante el papa¹⁹⁹⁶.
- 1456, 01, 10: Doctor en leyes, consejero real y embajador del rey de Castilla ante el papa. Calixto III promete a Enrique IV atender a las súplicas presentadas por aquel en su nombre¹⁹⁹⁷.
- 1456, 01, 30: Nombrado deán de Sevilla a petición real¹⁹⁹⁸.
- 1456, 07, 20: Doctor, deán de Sevilla, mencionado por Juan Arias Dávila como procurador del rey y su embajador en la Corte de Roma¹⁹⁹⁹.
- 1457, 02, 16: Deán de Sevilla y refrendario papal²⁰⁰⁰.
- 1457, 04, 22: Nombrado como obispo de Oviedo²⁰⁰¹. Tras su nombramiento, marchó de nuevo a Roma como procurador del rey²⁰⁰².
- 1459, 04, 03: Presente en Siena, es uno de los embajadores de Enrique IV encargados de prestar obediencia al nuevo pontífice, Pío II, en nombre del rey y solicitarle en su nombre otras cuestiones²⁰⁰³.
- 1459, finales: Enviado junto a fray Alfonso de Palenzuela por Enrique IV para representarle en el Concilio de Mantua²⁰⁰⁴.
- 1460 a 1470: Desde ese año y hasta su muerte, pasa a residir permanente en Roma, sirviendo a los pontífices²⁰⁰⁵ pero también a Enrique IV, de quien ejerce durante

¹⁹⁹⁰ *Ibídem*.

¹⁹⁹¹ TONI, T., "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470...", *op. cit.*, pp. 160-163; y TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, op. cit.*, p. 80.

¹⁹⁹² ACB, Registro de Actas 2, fol. 211v.

¹⁹⁹³ TONI, T., "Don Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470...", *op. cit.*, p. 167.

¹⁹⁹⁴ AGS, QC, leg. 4, fols. 538-540; y NIETO SORIA, J. M., "La capilla real castellano-leonesa...", *op. cit.*, p. 28.

¹⁹⁹⁵ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, op. cit.*, p. 63.

¹⁹⁹⁶ LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, op. cit.*, pp. 54-73; y NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis, op. cit.*, pp. 52-53.

¹⁹⁹⁷ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, op. cit.*, p. 86.

¹⁹⁹⁸ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico, op. cit.*, Vol. I, doc. 1473, p. 469; y NIETO SORIA, J. M., "Enrique IV de Castilla y el Pontificado...", *op. cit.*, p. 200.

¹⁹⁹⁹ "...procurador del rey nuestro sennor e su enbaxador en Corte romana". ACS, C. 14, leg. 1, n. 10, fol. 2v.

²⁰⁰⁰ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico, op. cit.*, Vol. II, doc. 2761, p. 375.

²⁰⁰¹ *Ibídem*, doc. 3024, p. 457.

²⁰⁰² TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, op. cit.*, p. 190.

²⁰⁰³ AGS, PTR, leg. 60, doc. 175; y LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, op. cit.*, p. 73; y TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, op. cit.*, pp. 98-99.

²⁰⁰⁴ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, op. cit.*, p. 100.

²⁰⁰⁵ Así lo destaca ARQUERO CABALLERO, G. F., "La bibliografía de Rodrigo Sánchez de Arévalo...", *op. cit.*, p. 39.

- todo este periodo como “orator” o procurador real en la Curia, según se le cita en la documentación²⁰⁰⁶. A través de él, el rey de Castilla conseguiría una representación diplomática permanente en Roma durante una década²⁰⁰⁷.
- 1460, 07, 15: Presente en Siena, embajador de Enrique IV de Castilla junto a Íñigo de Mendoza²⁰⁰⁸.
 - 1462, 02, 15: Obispo de Oviedo, residente en Roma. En una carta suya a Enrique IV se contiene que el monarca trataba de nombrarle obispo de León frente a la candidatura papal en favor del cardenal de San Sixto²⁰⁰⁹. No obstante, el papa no cedió²⁰¹⁰.
 - 1462, finales: Pronuncia un discurso ante el papa para darle a conocer la toma de Gibraltar y en alabanza al rey de Castilla²⁰¹¹.
 - 1463, 05, 16: Procurador de Enrique IV en la Curia romana y obispo de Oviedo. El Consell de Cataluña le escribe para que, por contemplación del rey de Castilla, favoreciese su causa y la del propio rey ante el pontífice contra Juan II de Aragón²⁰¹².
 - 1464, 09, 15: El nuevo papa Paulo II le confía la alcaldía del castillo de Sant’Angelo²⁰¹³. Sánchez de Arévalo acabaría por convertirse en la “mano derecha” de este pontífice²⁰¹⁴.
 - 1465, 07, 12: Obispo de Oviedo, procurador del rey en Roma. Enrique IV le encarga solicitar al papa que le otorgara la administración del maestrazgo de Santiago²⁰¹⁵.
 - 1465, 07, 17: Obispo de Oviedo, procurador del rey en la Curia. Enrique IV le encarga condenar ante el papa los actos cometidos por sus rebeldes contra él²⁰¹⁶.
 - 1465, 12, 20: Nombrado por el papa obispo de Zamora ante el traslado del cardenal Juan de Mella a Sigüenza²⁰¹⁷.
 - 1466, 01, 05: Paulo II informa de su traslado a la sede de Zamora²⁰¹⁸.
 - 1467, 10, 30: Nombrado obispo de Calahorra²⁰¹⁹.
 - 1468, 03, 24: Se titula desde Roma como obispo de Calahorra, asistente y refrendario de Paulo II, tenedor de la fortaleza y castillo de Sant’Angelo por el papa, oidor de la Audiencia y consejero de Enrique IV²⁰²⁰.
 - 1469, 10, 06: Nombrado obispo de Palencia²⁰²¹.

²⁰⁰⁶ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 89.

²⁰⁰⁷ RUIZ VILA, J. M., “*De periculo pontificalis dignitatis...*”, op. cit., p. 450.

²⁰⁰⁸ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., Vol. III, doc. 1185, p. 101.

²⁰⁰⁹ AGS, SE, leg.1-1-2, fol. 128.

²⁰¹⁰ LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 74.

²⁰¹¹ SÁNCHEZ DE ARÉVALO, R., *Discursos al servicio de la corona de Castilla*, op. cit., Oratio 12, pp. 264-275.

²⁰¹² GONZÁLEZ NIETO, D., “Los agentes diplomáticos en la Curia pontificia de Enrique IV...”, op. cit., p. 121, nota al pie 56.

²⁰¹³ LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 88.

²⁰¹⁴ LÓPEZ FONSECA, A. y RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo: un ensayo...”, op. cit., p. 42.

²⁰¹⁵ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXII, p. 494.

²⁰¹⁶ *Ibidem*, doc. CXXXVI, p. 502. Se refiere a estas misiones TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., pp. 131-132.

²⁰¹⁷ LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., pp. 326-327.

²⁰¹⁸ TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit., p. 185.

²⁰¹⁹ TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit., pp. 185-186; y LABOA, J. M., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 329.

²⁰²⁰ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense*, op. cit., doc. 294, p. 72.

²⁰²¹ TONI, T., “Don Rodrigo Sánchez de Arévalo...”, op. cit., pp. 185-186.

-1470, 10, 04: Fecha de su fallecimiento²⁰²².

VÁZQUEZ DE ACUÑA, ALFONSO

- Cantor de Enrique IV de origen social humilde. Favorito y protegido de don Enrique que encumbrado por el monarca²⁰²³.
- En un momento indeterminado fue capellán de Pedro de acuña, señor de Dueñas y futuro conde de Buendía²⁰²⁴.
- 1449, 01, 31: Canónigo de Segovia, capellán del príncipe Enrique²⁰²⁵.
- 1452, 11, 10: Canónigo de Segovia, capellán y confesor del príncipe Enrique, futuro Enrique IV. Este intenta que se le entregue el arcedianato de Calatrava ante la resistencia pontificia²⁰²⁶.
- 1452-1457: Ejerce como confesor de Enrique IV de Castilla²⁰²⁷.
- 1452-1455: Obtuvo la abadía de Párraces y el obispado de Mondoñedo por los favores de Enrique IV²⁰²⁸.
- 1454: Electo de Mondoñedo. Abad de Párraces. Se le concede el cargo de consejero real y una quitación de 30.000 maravedíes²⁰²⁹. Era oidor real en los momentos finales del reinado de Juan II, con una quitación de 22.000 mrs. que le fueron aumentados en 1456 por la muerte del bachiller Ruy Fernández de Salamanca²⁰³⁰.
- 1454, 08, 22: Mencionado como abad de Párraces y confesor de Enrique IV de Castilla²⁰³¹.
- 1454, 12, 11: Abad de Párraces. Es nombrado obispo de Mondoñedo²⁰³².
- 1455: Como electo de Mondoñedo, es uno de los miembros del Consejo Real de Enrique IV de Castilla que asistieron al rey en las Cortes de Córdoba de 1455²⁰³³.
- 1455: Electo confirmado de Mondoñedo. Futuro obispo de Jaén. Veló a Enrique IV de Castilla y a doña Juana de Portugal en sus nupcias²⁰³⁴.
- 1455, 01, 22: En las capitulaciones matrimoniales de Enrique IV y Juana de Portugal, aparece mencionado como abad de Párraces y confesor del rey²⁰³⁵.
- 1455, 06, 13: Electo de Mondoñedo. Ejerce como miembro del Consejo Real de Enrique IV desde Córdoba²⁰³⁶.

²⁰²² RUIZ VILA, J. M., “Rodrigo Sánchez de Arévalo: un ensayo...”, *op. cit.*, p. 42.

²⁰²³ Así lo destacan los cronistas PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. I, p. 149; *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, pp. 61-62; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, pp. 121-122; y *Hechos del condestable, op. cit.*, p. 269.

²⁰²⁴ *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, pp. 61-62.

²⁰²⁵ AHNOB, Frías, C. 659, doc. 26.

²⁰²⁶ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia, op. cit.*, p. 702; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real, op. cit.*, p. 289.

²⁰²⁷ ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real, op. cit.*, p. 291.

²⁰²⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. I, p. 149.

²⁰²⁹ AGS, QC, leg. 2, fol. 184.

²⁰³⁰ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis, op. cit.*, p. 177.

²⁰³¹ AGS, PTR, leg. 49, doc. 38.

²⁰³² EUBEL, C., *Hierarchia Catholica, op. cit.*, p. 193.

²⁰³³ *Cortes*, III, p. 675. PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. I, p. 149.

²⁰³⁴ *Crónica anónima de Enrique IV, op. cit.*, pp. 37-38; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV, op. cit.*, p. 103; y VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas, op. cit.*, p. 19.

²⁰³⁵ TORRE, A. de la y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Documentos referentes a las relaciones con Portugal, op. cit.*, pp. 25-41, en concreto, p. 27.

²⁰³⁶ AGS, RGS, leg. 1478-11-13, fol. 12.

- 1456, 01, 19: Obispo de Mondoñedo. Ejerce como miembro del Consejo Real en una provisión real referente a la restitución de los lugares pertenecientes al concejo de Badajoz que Lorenzo Suárez de Figueroa tenía ocupados²⁰³⁷.
- 1456: Enrique IV pretendió entregarle la mitra de Burgos, vacante. Finalmente sería para don Luis de Acuña, aunque se le reservó una pensión de 100.000 maravedís sobre las rentas de su mesa episcopal²⁰³⁸.
- 1457, 04, 22: Trasladado de la sede de Mondoñedo a la de Jaén²⁰³⁹. Calixto III había intentado nombrar a don Jaime de Tahuste, valenciano y servidor suyo, como obispo de Jaén, pero la oposición del cabildo y el rey, aliados en este caso, impidió al papa imponer su voluntad²⁰⁴⁰.
- 1457, 09, 05: Enrique IV comunica al conde de Lemos que el papa había provisto a su suplicación de la mitra de Jaén al hasta entonces obispo de Mondoñedo don Alfonso Vázquez de Acuña. Le ordena tener en secuestro los bienes y fortalezas de la mitra de Mondoñedo hasta que el papa nombrase como obispo a don Fadrique de Guzmán, hermanastro del duque de Medinasidonia a favor del cual suplicaba el rey aquella sede²⁰⁴¹.
- 1457, 09, 08: Enrique IV ordena librar al obispo de Jaén los libramientos que le correspondían por su cargo en el Consejo Real²⁰⁴².
- 1460, 12, 17: Cuando el condestable Miguel Lucas de Iranzo se trasladó de Bailén a Jaén, “el señor obispo de Jahén estaua muy apoderado de la dicha çibdad, e toda la mayor parte de los regidores e jurados estauan confederados con él”. Razón por la que, al aumentar el poder de don Miguel Lucas en Jaén, surgirían tensiones entre ellos por el control de la ciudad. Los *Hechos del Condestable* relatan dichos enfrentamientos en los años siguientes con gran detalle²⁰⁴³.
- 1463, 04, 24: Enfrentamiento en Jaén entre las gentes del condestable don Miguel Lucas de Iranzo y las del obispo, que por orden de este entraron en la ciudad, se apoderaron de los palacios episcopales y la catedral y trataron de levantar al común contra don Miguel Lucas, en un intento del prelado de recuperar la posición ostentada anteriormente en ella. La parte del obispo fue derrotada²⁰⁴⁴.
- 1464, comienzos de año: El obispo de Jaén acudió a rendir pleitesía a Enrique IV cuando entró en Jaén. Cuando el rey se marchaba, ordenó al obispo que abandonase de nuevo la ciudad, pues le placía que la gobernase el condestable y no otro²⁰⁴⁵.
- 1465, 05, 09: El obispo se niega a unirse a los rebeldes a Enrique IV²⁰⁴⁶. En consecuencia, aquel día saquearon su tesoro, escondido en una sepultura en la catedral de Baeza, y don Pedro Girón comenzó a sitiar al obispo en el castillo de Begíjar, donde se refugió con algunos fieles. Finalmente hubo de claudicar, viendo saqueados sus bienes²⁰⁴⁷.

²⁰³⁷ ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 2, doc. 9/B; y ADM, Feria, leg. 25, n. 20.

²⁰³⁸ AGÚNDEZ SAN MIGUEL, L., “Carreras eclesiásticas y redes clientelares...”, *op. cit.*, p. 667; LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, *op. cit.*, pp. 189-190; y VICARIO SANTAMARÍA, M. (dir.), *Catálogo del Archivo Histórico de la Catedral de Burgos*, *op. cit.*, docs. 2587 y 2588, p. 125.

²⁰³⁹ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, *op. cit.*, Vol. II, doc. 3013, p. 453 y doc. 3014, p. 454.

²⁰⁴⁰ RODRÍGUEZ MOLINA, J., *El obispado de Baeza-Jaén*, *op. cit.*, p. 48 y p. 60.

²⁰⁴¹ ADA, C. 262, n. 1-27.

²⁰⁴² AGS, QC, leg. 2, fol. 184; y ARQUERO CABALLERO, G. F., *El confesor real*, *op. cit.*, p. 290.

²⁰⁴³ *Hechos del condestable*, *op. cit.*, p. 37 y p. 124.

²⁰⁴⁴ *Ibidem*, pp. 124-131.

²⁰⁴⁵ *Ibidem*, p. 200.

²⁰⁴⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 240-241; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 245.

²⁰⁴⁷ RAH, leg. 9/6483, fols. 218r-219v.

- 1465, 06, 05: Tras la Farsa de Ávila, se mantuvo en la fidelidad a Enrique IV²⁰⁴⁸.
- 1466, 02, 06: Debido a que don Pedro Girón le cercó durante más de treinta días y tomó su castillo de Begíjar por no querer unirse a los rebeldes a Enrique IV, el rey le hace merced de la Torre de Lope Fernández, término de Jaén, de las casas reales de Andújar, de los derechos de portazgo, pesquería y paso de madera de aquella ciudad y de 6.000 florines de oro²⁰⁴⁹.
- 1466, 06, 18-22: Se lleva a cabo la confederación y pleito-homenaje entre el marqués de Villena y el obispo de Jaén, por la cual este último se comprometía a servir al infante-rey don Alfonso y al marqués de Villena²⁰⁵⁰.
- 1469, 11, 11: Se titula como obispo de Jaén, oidor de la Audiencia Real y miembro del Consejo Real. Concede ciertos bienes como dote a Leonor de Acuña, su parienta –hija²⁰⁵¹–, para su matrimonio con Día Sánchez de Quesada, hijo de Pedro Díaz de Quesada, regidor de Baeza. Entre las razones para esta concesión, señala que doña Leonor había pasado cuatro años como rehén a causa de los acuerdos alcanzados entre el obispo y el maestre de Calatrava don Pedro Girón para que el segundo desistiese de su intento de tomar el castillo de Begíjar, donde cercó y combatió al obispo en mayo de 1465. Se indica, además, que doña Leonor accedió a dicho matrimonio para que su esposo ayudase al obispo a defender los bienes de su dignidad episcopal que estaban ocupados y puestos en tiranía por algunos caballeros de su obispado²⁰⁵².
- 1470, 04, 22: Enrique IV ordenó a la ciudad de Baeza que siempre que fuese requerida por el obispo o por don Rodrigo de Valderrábano, asistente de Jaén y Andújar, se uniesen a ellos con la gente de armas de la misma²⁰⁵³.
- .1471: El obispo se enfrenta contra el bando de los Benavides de Baeza. Estos le sitian en su castillo de Begíjar, debiendo ser auxiliado por el condestable don Miguel Lucas de Iranzo²⁰⁵⁴.
- 1474, 03, 22: Falleció en su castillo episcopal de Begíjar²⁰⁵⁵.
- 1486, 11, 06: Diego Vázquez de Acuña, hijo del obispo de Jaén Alfonso Vázquez de Acuña, vende a María Ponce de León la Torre del Obispo, conocida anteriormente como Torre de Lope Fernández, que su padre le había dejado en herencia²⁰⁵⁶.

VÁZQUEZ DE ACUÑA Y OSORIO, LUIS²⁰⁵⁷

- Ca. 1426: Fecha aproximada de nacimiento. Hijo de Juan Álvarez Osorio, señor de Villatugo, y de su segunda esposa, María Manuel. Nieto por parte de madre de Sancho Manuel de Villena y de María Ginebra de Acuña. Esta última era hija de

²⁰⁴⁸ Palencia, *Gesta Hispaniense*, vol. II, pp. 313-314; VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, op. cit. pp. 102-103; GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 243-244; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 164-165.

²⁰⁴⁹ RAH, leg. 9/6483, fols. 218v-219v. Transcrito en CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., pp. 272-274.

²⁰⁵⁰ AHNOB, Frías, C. 14, doc. 3.

²⁰⁵¹ Así lo indica *Hechos del condestable*, op. cit., p. 266.

²⁰⁵² AHNOB, Baena, C. 68, doc. 5. Otra copia en doc. 6.

²⁰⁵³ CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., p. 276.

²⁰⁵⁴ CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., pp. 275-276; y *Hechos del condestable*, op. cit., pp. 461-462.

²⁰⁵⁵ CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., p. 276.

²⁰⁵⁶ AHNOB, Baena, C. 66, doc. 23.

²⁰⁵⁷ El estudio biográfico más relevante de este prelado sigue siendo el de LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit.

Teresa Téllez Girón y del exiliado portugués Martín Vázquez de Acuña, I conde de Valencia de Don Juan²⁰⁵⁸, y hermana de Alfonso Téllez Girón, padre a su vez de Pedro Girón, maestre de Calatrava, y Juan Pacheco, marqués de Villena²⁰⁵⁹, quienes aparecen como sus tíos en las crónicas²⁰⁶⁰, y a quienes respaldaría y seguiría siempre en sus empresas políticas²⁰⁶¹. Don Luis también se encontraba emparentado con Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, dado que este era hijo de Lope Vázquez de Acuña, hermano del I conde de Valencia y I señor de Buendía²⁰⁶².

- 1443, 12, 04: Clérigo conquense de familia noble. Recibe aquel día una canonjía en la Iglesia de Ávila vacante por el ascenso de Juan de Carvajal a la sede de Coria²⁰⁶³.
- 1449, 04, 07: Canónigo de Segovia y de Ávila de 23 años de edad. Se le entregaba la administración de la sede de Segovia hasta que alcanzase la edad de 29 años²⁰⁶⁴.
- 1451, 12, 25: Administrador de la Iglesia y obispado de Segovia y miembro del Consejo del príncipe Enrique, futuro Enrique IV. Permuta con Diego Arias Dávila, contador mayor, consejero y secretario del príncipe y regidor de Segovia, la heredad de la Serna, cerca de Madrona, y todos sus bienes en Madrona y Palacio a cambio de 3.000 mrs. de juro de heredad²⁰⁶⁵.
- 1453, 02, 19: Canciller mayor de Blanca de Navarra, Princesa de Asturias. Recibía una quitación anual de 34.000 maravedíes²⁰⁶⁶.
- 1453, 12, 20: Mencionado como obispo de Segovia y miembro del Consejo del príncipe don Enrique, futuro Enrique IV²⁰⁶⁷.
- 1454: Capellán mayor de Enrique IV²⁰⁶⁸. Mencionado como uno de los principales consejeros eclesiásticos de Enrique IV, junto a Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra y Sigüenza y, luego, Cardenal de España²⁰⁶⁹.
- 1455, 04, 30: Obispo de Segovia y miembro del Consejo Real, Enrique IV le concede un juro de por vida de 18.875 maravedíes²⁰⁷⁰.
- 1456, 11, 12: Calixto III nombra obispo de Burgos a Luis de Acuña con la oposición de Enrique IV. Al candidato regio, el obispo de Mondoñedo Alfonso Vázquez de Acuña, se le reservaba una pensión anual de 100.000 maravedíes en las rentas de la mesa episcopal de Burgos²⁰⁷¹.

²⁰⁵⁸ CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, op. cit., p. 39; y AGÚNDEZ SAN MIGUEL, L., “Carreras eclesiásticas y redes clientelares...”, op. cit., p. 668.

²⁰⁵⁹ OLIVERA SERRANO, C., *Beatriz de Portugal*, op. cit., pp. 295-296.

²⁰⁶⁰ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 377; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 413.

²⁰⁶¹ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 255.

²⁰⁶² MORALES MUÑIZ, M. D. C., “La concesión del título de (I) conde de Buendía...”, op. cit., pp. 200-202.

²⁰⁶³ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, op. cit., p. 701.

²⁰⁶⁴ *Ibidem*, p. 701 y p. 480.

²⁰⁶⁵ LÓPEZ VILLALBA, J. M. y JUÁREZ VALERO, E. (eds.), *Documentación medieval segoviana*, op. cit., doc. 32, p. 172.

²⁰⁶⁶ CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., *Burocracia y cancillería*, op. cit., p. 221.

²⁰⁶⁷ AGS, PTR, leg. 49, doc. 36, fol. 147r.

²⁰⁶⁸ CAÑAS GÁLVEZ, F. de P., *Burocracia y cancillería*, op. cit., p. 221.

²⁰⁶⁹ NIETO SORIA, J. M., *De Enrique IV al emperador Carlos*, op. cit., p. 117.

²⁰⁷⁰ AGS, EMR, MyP, leg. 124, fol. 29.

²⁰⁷¹ LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., pp. 189-190; y VICARIO SANTAMARÍA, M. (dir.), *Catálogo del Archivo Histórico de la Catedral de Burgos*, op. cit., docs. 2587 y 2588, p. 125.

- 1457, 04, 04: Toma posesión del obispado de Burgos²⁰⁷².
- 1458, 11, 07: Oidor de la Audiencia Real y miembro del Consejo Real. Enrique IV le concede 30.000 mrs. de quitación al año por su oficio de oidor. Existen libramientos desde entonces y hasta 1463 por orden del rey Enrique²⁰⁷³.
- 1460: Ante la vacante en la sede arzobispal de Santiago, Juan Pacheco, marqués de Villena, intenta llegar a un acuerdo con Alfonso de Fonseca y Ulloa, arzobispo de Sevilla, para que su sobrino homónimo, escogido como nuevo arzobispo de Santiago por el papa a suplicación de Enrique IV, renunciara la sede en favor del obispo de Burgos, quedando la sede burgalesa para el sobrino del prelado hispalense. Fonseca se negó, contando con el respaldo de Enrique IV y la aprobación pontificia²⁰⁷⁴.
- 1464, enero, 21: Enrique IV hizo merced al obispo de Burgos del disfrute de todas las minas de azogue, cobre, hierro, alumbre y piedra azul tanto descubiertas como por descubrir en los obispados de Burgos y Palencia²⁰⁷⁵.
- 1464, mayo, 16: En la confederación entre Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, don Pedro Girón, maestre de Calatrava, y Juan Pacheco, marqués de Villena, para procurar la liberación de los infantes don Alfonso y doña Isabel, es seleccionado como uno de los personajes que habrían de sustituir al marqués de Villena en la custodia de los infantes en el caso de que hubiera de ausentarse de su lado una vez que consiguieran liberarlos²⁰⁷⁶.
- 1464, sin mes [septiembre], sin día. Desde Burgos, los magnates del reino escriben una carta a una ciudad indeterminada para que se unieran a sus reclamaciones contra Enrique IV. Entre los nobles y prelados que apoyan su causa, se menciona al obispo de Burgos²⁰⁷⁷.
- 1464, 09, 28: Presente en la Junta de Burgos contra Enrique IV²⁰⁷⁸.
- 1465, 01, 16: El obispo de Burgos es elegido para formar parte de la llamada comisión eclesiástica creada por la Sentencia Arbitral de Medina del Campo, la cual debía ocuparse de las relaciones y conflictos jurisdiccionales entre el estado eclesiástico y la jurisdicción real²⁰⁷⁹.
- 1465, 05, 18: Enrique IV ordena la confiscación de todos sus bienes y rentas patrimoniales y eclesiásticas por su rebeldía, junto a las de sus parientes, el marqués de Villena y el maestre de Calatrava, entre otros²⁰⁸⁰.
- 1465, 05, finales: Defiende por la causa rebelde la villa de Arévalo y ataca a las huestes enriqueñas apostadas en las villas cercanas²⁰⁸¹.
- 1465, 06, 05: Tras la Farsa de Ávila, se convierte en uno de los principales partidarios de la causa del infante-rey Alfonso y miembros de su Alto Consejo²⁰⁸². Este pasa a librarle su quitación por el oficio de oidor real²⁰⁸³.

²⁰⁷² LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, *op. cit.*, p. 191.

²⁰⁷³ AGS, QC, leg. 4, fols. 49-51.

²⁰⁷⁴ VASALLO TORANZO, L., *Los Fonseca*, *op. cit.*, p. 48.

²⁰⁷⁵ CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, *op. cit.*, p. 90.

²⁰⁷⁶ AHNOB, Frías, C. 696, doc. 11; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. XCII, p. 303.

²⁰⁷⁷ AHNOB, Frías, C. 16, doc. 15. Transcrito en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. XCVIII, p. 335; y FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, privado de Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, pp. 616-618. Su respaldo al texto también lo recogen las crónicas: *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, pp. 148-149.

²⁰⁷⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 293.

²⁰⁷⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, *op. cit.*, doc. CIX, p. 373.

²⁰⁸⁰ AMB, Actas de 1465, fols. 55r-56v.

²⁰⁸¹ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 301; y *Crónica anónima de Enrique IV*, *op. cit.*, p. 154.

- 1465, 07: Enviado a la ciudad de Burgos por el partido alfonsino con el objetivo de conseguir que la ciudad alzara pendones por su causa. Encabeza unas negociaciones con la ciudad en las que, finalmente, alcanza su objetivo²⁰⁸⁴.
- 1465, 07, 14: Enrique IV de Castilla solicita a Paulo II que prive de sus dignidades eclesiásticas al obispo de Burgos y a otros de sus rebeldes por los actos cometidos contra él²⁰⁸⁵.
- 1465, octubre-noviembre: Según algunos cronistas, el obispo de Burgos se enfrentó con algunos caballeros del obispo de Palencia Gutierre de la Cueva²⁰⁸⁶.
- 1465, 10, 26: El infante-rey Alfonso explica la composición de su gobierno. Indica que había ordenado al obispo y al adelantado don Juan de Padilla que se quedaran en Burgos para ocuparse de dicha ciudad²⁰⁸⁷.
- 1466, 04, 01: Arenga al cabildo catedralicio de Burgos para que se mantuvieran en la lealtad de don Alfonso a pesar del paso al bando Enrique de Valladolid y solicita que renovasen el juramento que a favor del infante-rey habían prestado. Además, trató con el cabildo sobre la gente armada que cada beneficiado debía aportar para la defensa de la ciudad, en colaboración con el concejo. Asimismo, promete junto con el resto de miembros del cabildo defender a los beneficiados de aquella Iglesia que fuesen perseguidos por ser partidarios de don Alfonso y compensarles por los daños que sufrieran por este motivo²⁰⁸⁸.
- 1466, 05, 21: Menciona a que el obispo de Burgos acudía al lugar de Torresandino para tomarlo, pues había sido ocupado con el fin de fatigar a la ciudad de Burgos²⁰⁸⁹.
- 1467, 02, 28: Ejerciendo como miembro del Consejo Real del infante-rey don Alfonso junto al marqués de Villena, refrenda una provisión real por la que se confirmaban ciertos privilegios al conde de Benavente²⁰⁹⁰.
- 1467, 05, 14: Ejerciendo como miembro del Consejo Real del infante-rey don Alfonso, junto a “Alfonsus licenciatus”, refrenda una provisión real redactada por el secretario Hermosilla para que se respetasen al prior, frailes y monasterio de Santa María de Guadalupe ciertos privilegios²⁰⁹¹.
- 1467, 08, 20: Tras relatar la victoria sobre los Enrique de Olmedo, el infante-rey don Alfonso comunica que en breve llegarán a él el obispo de Burgos y las tropas que comandaba de aquella región, tras lo cual pretendía salir en persecución de Enrique IV²⁰⁹².
- 1467, 12, 07: A una consulta realizada por el cabildo de Burgos, Luis de Acuña respondió que no podía entender en ello “porque era ocupado en muchos negocios en servicio del rey e pas e sosiego desta çibdad” de Burgos²⁰⁹³.
- 1468, 09: Es uno de los prelados que custodian a la princesa Isabel hasta los Toros de Guisando²⁰⁹⁴.

²⁰⁸² PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 313; LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, *op. cit.*, 222 y ss.; y LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos, op. cit.*, pp. 94-95.

²⁰⁸³ AGS, QC, leg. 4, fols. 49-51.

²⁰⁸⁴ AMB, Actas de 1465, fol. 64 y ss.; y LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos, op. cit.*, pp. 79 y ss.

²⁰⁸⁵ Memorias Enrique IV, doc. CXXIV, p. 499.

²⁰⁸⁶ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia, op. cit.*, vol. II, p. 347. Otros cronistas señalan que fue el obispo de Coria y no el de Burgos el que se enfrentó a las tropas del de Palencia.

²⁰⁸⁷ PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV, op. cit.*, doc. 35, p. 277.

²⁰⁸⁸ ACB, Registro de Actas 17, fols. 376r-v.

²⁰⁸⁹ ACB, Registro de Actas 17, fol. 395r.

²⁰⁹⁰ AHNOB, Osuna, C. 491, doc. 5.

²⁰⁹¹ AHN, Clero, leg. 1422.

²⁰⁹² AMMU, leg. 4271, n. 163.

²⁰⁹³ ACB, Registro de Actas 18, fol. 76r.

- 1468, 09-10: Tras los Toros de Guisando, regresa al servicio de Enrique IV siguiendo a su parientes Juan Pacheco, maestre de Santiago²⁰⁹⁵.
- 1468, 10, 25: Enrique IV comunica a Baeza lo sucedido en Guisando. Indica que el obispo de Burgos es uno de los prelados, junto al arzobispo de Toledo y el obispo de Coria, que le han devuelto la obediencia y ha jurado a doña Isabel como princesa heredera²⁰⁹⁶.
- 1468, 10, 22: La princesa Isabel nombra al obispo de Burgos como jefe de su Casa²⁰⁹⁷. En realidad, el maestre de Santiago le puso en tal puesto para custodiarla y vigilarla²⁰⁹⁸.
- 1469-1472: En este periodo Enrique IV expidió varios privilegios de juro de heredad en favor del obispo de Burgos por un valor total de 160.000 maravedíes, que fueron situados sobre diversas rentas regias de la urbe burgalesa²⁰⁹⁹. El 5 de enero de 1471, en reunión del concejo de Burgos, se mencionaban ciertos capítulos que firmaron con el obispo al tiempo que fue aceptado un privilegio de juro de heredad que le había sido concedido sobre las rentas reales de Burgos. Muy probablemente se traten de estos²¹⁰⁰.
- 1469, agosto: Cuando en la Corte de la princesa Isabel es conocida la pronta llegada del arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y otros para sacarla del poder de Enrique IV y el maestre de Santiago, aquella despidió al obispo de Burgos de su servicio²¹⁰¹. Tras ello el prelado marchó a la Corte con don Enrique²¹⁰².
- 1469, julio, 25: Enrique IV prometió al obispo de Burgos hacerle entrega como recompensa a sus servicios de 300 vasallos²¹⁰³.
- Posterior a 1470: Carta dirigida por Enrique IV desde Segovia, un viernes, al concejo de Toledo, donde se menciona al obispo de Burgos como uno de los principales miembros de su Consejo que le acompañan en su cortejo²¹⁰⁴.
- 1470, 05, 02: Enrique IV, por varios privilegios expedidos ese día, concedió al obispo de Burgos 140 fanegas de pan, mitad trigo y mitad cebada, en las tercias de Tardajos; 2.500 maravedíes de juro en las tercias de ese mismo lugar; 10 fanegas de pan en las tercias de Cardeñadizo, lugar de la tierra de Burgos; y 37 fanegas de pan en las tercias de Villatoro, también en Burgos²¹⁰⁵.
- 1470, 12, 27: En su testamento redactado ese día, el maestre de Santiago don Juan Pacheco nombraba como tutores de sus hijos menores de edad y como sus albaceas testamentarios a su esposa, a Tristán Daza, su servidor, y al obispo de Burgos Luis de Acuña²¹⁰⁶.
- 1471: Figura como uno de los principales miembros del Alto Consejo de Enrique IV, junto al maestre de Santiago, su tío, y otros caballeros y prelados²¹⁰⁷.

²⁰⁹⁴ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 251-252; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 310.

²⁰⁹⁵ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 265; y *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., p. 255.

²⁰⁹⁶ AHNOB, Frías, C. 16, doc. 21.

²⁰⁹⁷ VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., p. 94.

²⁰⁹⁸ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fols. 167r-167v.

²⁰⁹⁹ CASADO ALONSO, H., *La propiedad eclesiástica en la ciudad de Burgos*, op. cit., p. 53.

²¹⁰⁰ AMB, Actas de 1471, fols. 3r-v.

²¹⁰¹ *Crónica anónima de Enrique IV*, op. cit., pp. 274-276.

²¹⁰² LÓPEZ MARTÍNEZ, N., "Don Luis de Acuña...", op. cit., pp. 228-229.

²¹⁰³ CASTRO SÁNCHEZ, M. de, *Historia de Abarca*, op. cit., p. 91.

²¹⁰⁴ AMT, Archivo Secreto, Cajón 5, leg. 6, n. 3.

²¹⁰⁵ AGS, RGS, leg. 1498-06-28, fol. 64.

²¹⁰⁶ AHNOB, Frías, C. 662, doc. 15.

²¹⁰⁷ PULGAR, F. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, op. cit., Cap. XI, p. 38.

- 1471-1473: -1473: El maestre de Santiago Juan Pacheco intentó que obtuviera el rango cardenalicio sin éxito²¹⁰⁸.
- 1471, comienzos: Enviado por el rey y el maestre de Santiago a pacificar la ciudad de Toledo junto al capellán y cronista real Diego Enríquez del Castillo²¹⁰⁹.
- 1471, 09, 15: Enrique IV concede a don Luis de Acuña, obispo de Burgos, oidor y consejero real, por “los muchos e buenos e leales seruiçios” que le había hecho, las tercias reales de la villa de Talavera y su arcedianazgo por juro de heredad. Merced confirmada el 30 de septiembre de 1471²¹¹⁰.
- 1472, 04, 27: Don Luis de Acuña, obispo de Burgos y del Consejo Real, Diego de Ribera, comendador de Monreal, y Fernando Gómez de Ayala, alcaide del alcázar de Escalona, prometen a la reina Juana, a quien habrían de custodiar temporalmente junto a la princesa Juana debido a la ausencia del canciller Enrique de Figueredo, protegerla y guardarla²¹¹¹.
- 1475: Al iniciarse la Guerra de Sucesión, se unió a los partidarios de Juana la Beltraneja, siendo estos derrotados²¹¹². Sus acciones durante la guerra contra una urbe burgalesa fiel a los monarcas, provocaron que hasta 1481 no se le permitiera volver a entrar en la ciudad²¹¹³.
- 1476, 09, 11: En el acuerdo entre los Reyes Católicos y el marqués de Villena Diego López Pacheco para reintegrar a éste en su obediencia y que abandonara el partido portugués, se incluye una cláusula por la que los reyes se comprometían a respetar las vidas, casas y estados del obispo de Burgos y de otros parientes del marqués, a cambio de que en veinte días regresaran a su obediencia²¹¹⁴.
- 1480-1495: Alejado de la gobernación del reino, se centra en los asuntos de su diócesis, manteniendo complejos conflictos con su cabildo catedralicio²¹¹⁵.
- 1494, 02, 17: Al fundar un mayorazgo en favor de su hijo Diego Osorio, el obispo indicaba que había disfrutado de un aumento considerable de sus bienes patrimoniales a causa de las mercedes “en dineros” que hubo del rey Enrique²¹¹⁶. Debía referirse a las mercedes ya señaladas, aunque es posible que disfrutara de otras.
- 1495, 09, 14: Fecha de su fallecimiento²¹¹⁷.

VENERIS, ANTONIO JACOBO

1422: Fecha de su nacimiento²¹¹⁸. Descendiente de una noble familia de la ciudad de Recanati, en Italia, de origen veneciano²¹¹⁹. Hijo de Antonio Coluccio Veneris,

²¹⁰⁸ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 377; y GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 413.

²¹⁰⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., p. 373.

²¹¹⁰ AHN, Clero, leg. 7044.

²¹¹¹ AHNOB, Frías, C. 16, doc. 25.

²¹¹² LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., pp. 267-271; LUCIANO SERRANO, P., *Los Reyes Católicos*, op. cit., pp. 123-124 y ss.; y GUERRERO NAVARRETE, Y., “Nobleza media, clientelismo y violencia...”, op. cit.

²¹¹³ GUERRERO NAVARRETE, Y., “Nobleza media, clientelismo y violencia...”, op. cit., p. 23, nota al pie 25; y LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “Don Luis de Acuña...”, op. cit., p. 271.

²¹¹⁴ BNE, Mss. 9554, fols. 204r-236r, en concreto, fol. 205r.

²¹¹⁵ GUIJARRO GONZÁLEZ, S., “Autoridad, jurisdicción y disciplina clerical: el conflicto entre el obispo Luis de Acuña y el cabildo catedralicio de Burgos (1456-1495)”, en GUIJARRO GONZÁLEZ, S., (ed.), *Cabildos catedralicios y obispos en la Iberia Medieval: autoridad, disciplina y conflicto*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 181-225.

²¹¹⁶ AMB, Sección Histórica, C3-5-3/1.

²¹¹⁷ LÓPEZ MARTÍNEZ, N., “La biblioteca de D. Luis de Acuña...”, op. cit., p. 82.

- noble veneciano estimado por los pontífices Gregorio XII y Eugenio IV, y de María Criseida Condulmario²¹²⁰. Sobrino de Jacobo de Recanati, también conocido como Jacobo Coluccio de Veneris, arzobispo de Ragusa desde 1440 y clérigo de la Cámara Apostólica en el momento de su nombramiento²¹²¹.
- Estudió y enseñó derecho romano en Bolonia, Padua, Siena y Perugia durante varios años. El 15 de octubre de 1457 alcanzó el grado de doctor en leyes (*legum doctor*)²¹²².
- 1443: Comienza su carrera como miembro de la cancillería apostólica²¹²³. En dicho año aparece como escritor de letras apostólicas, cargo que ostentará hasta el 11 de enero de 1462²¹²⁴.
- 1451-1462: Familiar del pontífice. Clérigo de la Cámara Apostólica desde 1451 hasta 1462²¹²⁵.
- 1456-1457: Nombrado colector, nuncio y orador pontificio en Castilla, con el título “collector et Apostolice Sedis nuntius et orator”²¹²⁶.
- 1457, 10, 21: Nombrado secretario pontificio por Calixto III. Continuó ejerciendo como tal para Pío II²¹²⁷.
- 1458-1464: Colector pontificio en Portugal de Pío II²¹²⁸.
- 1459, 01, 01: Doctor en leyes. Clérigo de la Cámara Apostólica²¹²⁹.
- 1460, 01, 01: Doctor en leyes. Clérigo de la Cámara Apostólica. Secretario pontificio. Colector del subsidio de los 100.000 florines de Aragón para la guerra contra los turcos en Castilla y nuncio apostólico en dicho reino. Pío II le da instrucciones y amplios poderes para administrar y recaudar aquellos florines²¹³⁰.
- 1461, 06, 03: Obispo electo de Siracusa. Nuncio pontificio en Castilla. Pío II le ordena que informe a Enrique IV sobre los motivos por los que había promovido a la sede de León al cardenal don Juan de Torquemada²¹³¹.
- 1462, 01, 09: Doctor en leyes. Clérigo de la Cámara Apostólica. Pío II le nombra obispo de Siracusa²¹³².

²¹¹⁸ CALCAGNI, D., *Memorie istoriche della città di Recanati*, op. cit., p. 195.

²¹¹⁹ QUINTERIO, F., *Giuliano de Maiano*, op. cit., p. 131.

²¹²⁰ CALCAGNI, D., *Memorie istoriche della città di Recanati*, op. cit., p. 195.

²¹²¹ CALCAGNI, D., *Memorie istoriche della città di Recanati*, op. cit., p. 195; y EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 220.

²¹²² SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413.

²¹²³ MAILLARD-LUYPAERT, M. y MARCHANDISSE, A., “Les dernières volontés de Jean de Bourgogne...”, op. cit., p. 103, nota al pie 40.

²¹²⁴ SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413; y FRENZ, T., *Die Kanzlei der Päpste*, op. cit. núm. 246.

²¹²⁵ SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413; y FRENZ, T., *Die Kanzlei der Päpste*, op. cit. núm. 246.

²¹²⁶ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 79; y NIETO SORIA, J. M., “Enrique IV de Castilla y el Pontificado...”, op. cit., pp. 188-189.

²¹²⁷ SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413; y FRENZ, T., *Die Kanzlei der Päpste*, op. cit. núm. 246.

²¹²⁸ CALCAGNI, D., *Memorie istoriche della città di Recanati*, op. cit., p. 196.

²¹²⁹ CAL PARDO, E., *Colección diplomática medieval*, op. cit., doc. 180, p. 332.

²¹³⁰ ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., doc. 3742, pp. 397-398 y doc. 3743, p. 398.

²¹³¹ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. III, doc. 1506, pp. 425-427. El año no se indica, pero es claro porque el papa indica que por el obispo de Oviedo ha sabido que la iglesia de Palencia ha vacado, y que se dirijan a Roma las suplicasiones regias para proveerla.

²¹³² EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 244; y SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413.

- 1462, 02, 15: Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Oviedo, anuncia a Enrique IV que el nuncio Veneris procuraba en Roma que le fuese concedida la sede de León²¹³³.
- 1462, 03, 15: Enviado como nuncio y colector a Castilla por Pío II²¹³⁴.
- 1462, 05, 15: Obispo electo de Siracusa. Nuncio pontificio en Castilla. Pío II le comisiona, junto al arzobispo de Toledo y al obispo de Cartagena, para establecer tribunales de Inquisición en Castilla²¹³⁵.
- 1463, 01, 20: Pío II le encarga la administración de las rentas de la mesa episcopal de León²¹³⁶.
- 1463, 01, 26: Habiendo sido nombrado electo para la sede de León, Pío II le prohíbe tomar posesión de aquella mientras que el cardenal Juan de Torquemada no accediera a la sede de Orense²¹³⁷.
- 1464, 05, 31: Nuncio apostólico. Miembro del Consejo Real. Enrique IV hace saber al cabildo catedralicio de León que a suplicación suya el papa le había provisto de la sede de León. En tanto que las bulas se expedían, ordenaba que le diese posesión de la sede y sus rentas, ensalzando los servicios que prestaba al rey y la confianza que en él depositaba²¹³⁸.
- 1464, 06, 22: Obispo electo de León. Nuncio Apostólico. Enrique informa al obispo de Cartagena, al deán y cabildo de su Iglesia y al resto de la clerecía de su obispado de la comisión creada para revisar el contenido e interpretación de la bula de cruzada contra los turcos bajo la dirección de Veneris, quien se encontraba en su Corte. Informa el rey de que el nuncio también se ocuparía de formar a los predicadores que habrían de divulgar en adelante el contenido de aquella bula²¹³⁹.
- 1464, 09, 16: Paulo II emite las bulas de provisión del obispado de León en favor de Veneris²¹⁴⁰.
- 1464, 09, 28: Enrique IV ordena al cabildo de León que entregue inmediatamente posesión de aquella sede a Veneris, so pena de confiscación de todos sus bienes y rentas y de perder la naturaleza de sus reinos²¹⁴¹. El rey ordena a tomar posesión de la sede porque le era necesario ante la revuelta que estallaba en su reino. Le amenazaba con retirarle la naturaleza de sus reinos y entregar la sede a otro si no tomaba posesión de ella de forma inmediata²¹⁴².
- 1465, 01, 20: Obispo de León. Nuncio y orador apostólico. Miembro del Consejo Real. Enrique IV emite dos provisiones por las que le faculta para acudir a Roma como su embajador para prestar obediencia en su nombre al pontífice y suplicar distintas gracias al papa²¹⁴³.

²¹³³ BELTRÁN DE HEREDIA, *Cartulario*, op. cit., Vol. I, doc. 106, pp. 693-694.

²¹³⁴ AZCONA, T. de, "Antonio Jacobo de Venier...", op. cit., doc. 2, pp. 22-23.

²¹³⁵ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, op. cit., vol. III, doc. 1204, pp. 119-120.

²¹³⁶ ÁLVAREZ PALENZUELA, V., ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., p. 21.

²¹³⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, "Noticias y documentos para la biografía...", op. cit., p. 385.

²¹³⁸ RODRÍGUEZ, R., "Extracto de actas capitulares...", op. cit., pp. 348-349.

²¹³⁹ AMMU, leg. 4271, n. 152.

²¹⁴⁰ NIETO SORIA, J. M., "Enrique IV de Castilla y el Pontificado...", op. cit., pp. 204-205; y BELTRÁN DE HEREDIA, "Noticias y documentos para la biografía...", op. cit., p. 366.

²¹⁴¹ AGS, SE, leg.1-1-2, fol. 81. RODRÍGUEZ, R., "Extracto de actas capitulares...", op. cit., pp. 349-350.

²¹⁴² AGS, SE, leg.1-1-2, fol. 80. RODRÍGUEZ, R., "Extracto de actas capitulares...", op. cit., p. 350.

²¹⁴³ RODRÍGUEZ, R., "Extracto de actas capitulares...", op. cit., pp. 351-352. Reseñadas por ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., Registro 3247, pp. 404-405.

- 1465, 01, 28: Presente en León para tomar posesión de aquella sede²¹⁴⁴.
- 1465, 05, 06: El obispo de León, Juan de Medina, arcediano de Almazán, y Suero de Solís, capellán real, prestan obediencia a Paulo II en nombre de Enrique IV de Castilla²¹⁴⁵. El propio Veneris pronuncia la *Oratio* por la que prestaron obediencia al papa²¹⁴⁶.
- 1465, 05, 28: Paulo II concede a Veneris, obispo de León, facultad para disponer de las dignidades y beneficios que vacasen en su obispado en los meses de febrero, abril, junio, agosto, octubre y diciembre, a no ser que existiera algún tipo de reserva pontificia previa²¹⁴⁷.
- 1465, 07, 11: Consejero y embajador de Enrique IV en la corte romana. Enrique IV le ordena, como a otros de sus embajadores en Roma, que presente al papa y a los cardenales sus suplicas para que le proveyese de la administración del maestrazgo de Santiago²¹⁴⁸.
- 1465, 07, 17: Enrique IV le ordena, junto a sus otros procuradores y embajadores en la Curia, que presente y defienda ante el papa sus denuncias contra el acto cometido por sus rebeldes en Ávila y suplique al pontífice que haga ejecutar sobre ellos las penas que el monarca exige²¹⁴⁹.
- 1466, 03 (ca.): Paulo II le envía al ducado de Milán para solucionar la inestabilidad originada en él tras la muerte del duque Francisco I Sforza²¹⁵⁰.
- 1466, 03, 16 y 06, 16: Acude y se encuentra como legado en Milán²¹⁵¹.
- 1467, 04, 18: Paulo II le nombra legado *a latere* en el reino de Castilla para solucionar los pleitos entre Enrique IV y sus rebeldes²¹⁵².
- 1467, 05, 15: Legato *a latere* del papa en Castilla para solucionar el conflicto del reino. Se le conceden amplias facultades para conseguir la unidad y la paz en el reino²¹⁵³. Se expiden poderes y autorizaciones hasta el 13 de junio de 1467²¹⁵⁴. Ejerce como legado en el reino hasta 1469²¹⁵⁵.
- 1467, 08, 17: El cabildo catedralicio de Burgos, a petición del legado papal, accede a celebrar una procesión para rogar por la paz del reino²¹⁵⁶.
- 1467, 08-09: Llegada a Castilla como legado *a latere*. Recibido por Enrique IV en Medina del Campo²¹⁵⁷. Su propuesta de paz es rechazada por los rebeldes en las

²¹⁴⁴ ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., p. 26-28; y AZCONA, T. de, *Isabel la Católica*, op. cit., pp. 78-79.

²¹⁴⁵ TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo*, op. cit., p. 131; y CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati*, op. cit., doc. 141, p. 706.

²¹⁴⁶ AZCONA, T. de, *Juana de Castilla...*, op. cit., p. 84; y AZCONA, T. de, "Antonio Jacobo de Venier...", op. cit., pp. 32-34.

²¹⁴⁷ ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, op. cit., Registro 3540, pp. 577-578.

²¹⁴⁸ BNE, Mss. 13236, fol. 87r; y *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXX, p. 493.

²¹⁴⁹ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXVI, p. 502.

²¹⁵⁰ CALCAGNI, D., *Memorie storiche della città di Recanati*, op. cit., p. 196.

²¹⁵¹ CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati*, op. cit., doc. 201, p. 856; y doc. 208, pp. 874-875; y CALCAGNI, D., *Memorie storiche della città di Recanati*, op. cit., p. 196.

²¹⁵² AZCONA, T. de, "Antonio Jacobo de Venier...", op. cit., doc. 4, p. 26.

²¹⁵³ AZCONA, T. de, "Antonio Jacobo de Venier...", op. cit., p. 21.

²¹⁵⁴ FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., docs. 15-21, pp. 33 y 43.

²¹⁵⁵ NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 463.

²¹⁵⁶ ACB, Registro de Actas 18, fol. 48v.

²¹⁵⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 282-283.

- reuniones del monasterio de Mejorada (Olmedo) y de Montejo de la Vega. Desde entonces trata de imponer su autoridad en el conflicto sin éxito²¹⁵⁸.
- 1468, 09, 19: Presente en los Toros de Guisando. Con sus poderes legado *a latere* del papa, realiza los actos necesarios para la validez de los acuerdos entre el rey y la nobleza resultantes en el reconocimiento de la infanta Isabel como nueva princesa heredera del reino²¹⁵⁹.
 - 1469, 02: Juan II de Aragón, como medio de atraer a la causa del matrimonio entre la princesa Isabel y Fernando de Aragón, le ofrece 800 onzas de rentas en Sicilia de por vida y otras doscientas por juro de heredad; desembargar las rentas y jurisdicción que en el reino de Valencia pertenecían al obispado de Cartagena en el caso de que finalmente adquiriese ese obispado, pues el conde de Concentaina lo usurpaba; se daría orden para que fuese proveído del obispado de Tortosa; y se le daba facultad para permutar su mitra con cualquier obispo de sus reinos, exceptuando la mitra arzobispal de Zaragoza²¹⁶⁰.
 - 1469, 05, 02: Firma una confederación con el maestre de Santiago Juan Pacheco por la cual, a cambio de ciertas contraprestaciones, se convertiría en obispo de Cuenca cuando falleciera don Lope de Barrientos²¹⁶¹.
 - 1469: Tras su regreso a Roma, Paulo II le encarga una legación en el Ducado de Milán²¹⁶².
 - 1469, 10, 06: Paulo II le traslada a la sede de Cuenca, vacante por el fallecimiento del obispo don Lope de Barrientos²¹⁶³.
 - 1469, 12, 04: El concejo de Cuenca transmite al rey su oposición y la del cabildo conquense al nombramiento de don Antonio Jacobo de Veneris como obispo de Cuenca, pues respaldaban al noble Juan Hurtado de Mendoza²¹⁶⁴.
 - 1469, 12, 17: Paulo II ordena al cabildo catedralicio de Cuenca que acepte como nuevo obispo a Veneris y le entreguen las rentas de su obispado, a la vez que rechazaba la elección hecha por el cabildo a favor de don Juan Hurtado de Mendoza²¹⁶⁵.
 - 1469, 12, 19: Enrique IV escribe al concejo conquense para declarar su apoyo a la elección de Juan Hurtado de Mendoza como nuevo obispo de Cuenca y su oposición al nombramiento pontificio en Veneris²¹⁶⁶.
 - 1470, 08, 07: Toma posesión de la sede de Cuenca²¹⁶⁷.
 - 1471, 05, 10: Paulo II, a petición de Enrique IV de Castilla y de la reina Juana, encarga a los obispos de Sigüenza y Lugo abrir un proceso sobre la actuación Veneris en Castilla, para lo cual habrían de interrogar a diversos testigos. Los reyes le habían acusado de haber abusado de sus poderes y haber disuelto homenajes,

²¹⁵⁸ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, op. cit., vol. II, pp. 428-429; y ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, op. cit., pp. 284-285. NIETO SORIA, J. M., "Enrique IV de Castilla y el Pontificado...", op. cit., pp. 224-226.

²¹⁵⁹ VAL VALDIVIESO, M. I., *Isabel la Católica*, op. cit., p. 78; y NIETO SORIA, J. M., *Iglesia y génesis*, op. cit., p. 90; y TORRES FONTES, J., *El Príncipe Don Alfonso y su Itinerario*, op. cit., pp. 212-219.

²¹⁶⁰ ZURITA, J., *Los cinco libros postreros*, op. cit., fol. 163.

²¹⁶¹ AHNOB, Frías, C. 12, doc. 8. Transcrito por DÍAZ IBÁÑEZ, J., "Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...", op. cit., doc. 1, pp. 1268-1270.

²¹⁶² FERNÁNDEZ ALONSO, J., "Los enviados pontificios...", op. cit., p. 63.

²¹⁶³ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, op. cit., p. 133; y DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, op. cit., pp. 122-123.

²¹⁶⁴ DÍAZ IBÁÑEZ, J., *Iglesia, Sociedad y Poder en Castilla*, op. cit., pp. 122-123.

²¹⁶⁵ *Ibidem*.

²¹⁶⁶ *Ibidem*.

²¹⁶⁷ *Ibidem*.

- pactos y juramentos que no se incluían en su comisión de legado *a latere*. Este proceso fue olvidado a la muerte de Paulo II²¹⁶⁸.
- 1471-1473: Refrendario pontificio²¹⁶⁹.
 - 1473, 05, 07: Elevado por Sixto IV al cardenalato, siéndole concedido más adelante el título de cardenal de San Clemente²¹⁷⁰.
 - 1479, 08, 03: Fecha de su fallecimiento²¹⁷¹.

VERGARA, RODRIGO DE

- 1446, 08, 03: Doctor en decretos y abreviador de letras apostólicas, recibe un canonicato en Calahorra de manos del papa²¹⁷².
- 1448, 08, 20: El papa Nicolás V le entrega la tesorería de León²¹⁷³.
- 1451, 10, 25: Doctor en decretos, canónigo de Calahorra²¹⁷⁴.
- 1453, 05, 13: Arcediano de Vizcaya, en la diócesis de Calahorra, y doctor en decretos. Tenía reserva sobre un canonicato en Córdoba al que acabó renunciando²¹⁷⁵.
- 1455, 10, 16: Abreviador de letras apostólicas, doctor en decretos²¹⁷⁶.
- 1454, 05, 25: Reconocido como familiar del obispo de Calahorra don Pedro González de Mendoza²¹⁷⁷.
- 1454, 07, 12: Mencionado como el doctor Rodrigo de Vergara, arcediano de Vizcaya²¹⁷⁸.
- 1455, 06, 20: Calixto III acepta la petición de don Rodrigo, doctor en decretos, arcediano de Vizcaya, abreviador de letras apostólicas y consejero de Enrique IV de Castilla, para unir la abadía secular y colegiata de Santa María de Cenarruza al arcedianato de Vizcaya y ordena al prior del monasterio de Nájera que ejecute dicha unión²¹⁷⁹.
- 1455, 11, 04: Arcediano de Vizcaya²¹⁸⁰.
- 1455, 11, 24: Canónigo de Segovia y doctor en decretos²¹⁸¹.
- 1456, 05, 01: Presente en la cámara apostólica, presta juramento por el oficio de cubiculario pontificio²¹⁸².
- 1456, 05, 29: Canónigo de Segovia y doctor en decretos. Calixto III reserva ciertos beneficios eclesiásticos en Castilla en su favor²¹⁸³.

²¹⁶⁸ AZCONA, T. de, *Isabel la Católica*, op. cit., p. 184; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, op. cit., doc. 8, p. 31.

²¹⁶⁹ FRENZ, T., *Die Kanzlei der Päpste*, op. cit. núm. 246.

²¹⁷⁰ FERNÁNDEZ ALONSO, J., “Los enviados pontificios...”, op. cit., 63; y SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413.

²¹⁷¹ SCHWARZ, B., *Kurienuniversität und stadtrömische*, op. cit., p. 413.

²¹⁷² VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana*, op. cit., p. 705.

²¹⁷³ *Ibidem*, p. 705.

²¹⁷⁴ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense*, op. cit., doc. 266, p. 22.

²¹⁷⁵ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia castellana. Relaciones de poder con Juan II (1406-1454)*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2011, p. 705.

²¹⁷⁶ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 1165, p. 357.

²¹⁷⁷ COOPER, E. y MIRETE MAYO, S., *La Mitra y la Roca*, op. cit., p. 48, nota al pie 103.

²¹⁷⁸ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense*, op. cit., doc. 273, p. 28.

²¹⁷⁹ RUIZ DE LOIZAGA, S., *Documentación medieval de la diócesis de Bilbao*, op. cit., doc. 80, pp. 193-194.

²¹⁸⁰ RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. I, doc. 1222, p. 375.

²¹⁸¹ *Ibidem*, doc. 1283, pp. 395-396.

²¹⁸² RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico*, op. cit., Vol. II, doc. 1934, p. 119.

- 1457, 07, 16: Cubiculario pontificio y arcedianano de Vizcaya²¹⁸⁴.
- 1458, 10, 16: Arcedianano de Vizcaya, doctor en decretos y orador pontificio, solicita y obtiene el arcedianato de Toledo, vacante por el ingreso en el monasterio cartujo de las Cuevas en Sevilla de su anterior poseedor, don Fernando de Cerezuela, frente a los candidatos Juan Arias y Tello de Buendía²¹⁸⁵.
- 1465, 04, 01: Canónigo de Toledo²¹⁸⁶.
- 1465, 07, 12: Enrique IV ordena al doctor don Rodrigo de Vergara y al obispo de Oviedo Rodrigo Sánchez de Arévalo, sus procuradores en Roma, que se unan al obispo de León, al arcedianano de Almazán y a Suero de Solís, sus embajadores, para presentar ante el pontífice una súplica para que le concediera la administración de la Orden de Santiago. Debían entregar también sus cartas sobre aquella cuestión a los cardenales y trabajar porque el Paulo II accediese a sus peticiones²¹⁸⁷.
- 1465, 07, 17: Enrique IV ordena al doctor Vergara y al obispo de Oviedo, sus procuradores en Roma, que junto al obispo de León, el arcedianano de Almazán y don Suero de Solís, sus embajadores, presenten ante el papa sus denuncias contra los actos cometidos por sus rebeldes y supliquen al pontífice que haga ejecutar sobre ellos las penas que el monarca exige²¹⁸⁸.
- 1466, sin mes, sin día: Enrique IV solicita al doctor de Vergara, su procurador en la corte romana, que presente y defienda ante el pontífice sus súplicas para que apartara y eximiera de la jurisdicción del maestro de Alcántara, alfonsino, a ciertos caballeros de su Orden que habían permanecido en su fidelidad²¹⁸⁹.
- 1466, 07, 08: Desde Roma se certifica al arzobispo y cabildo de Toledo que el doctor Rodrigo de Vergara, canónigo de Toledo y escritor de letras apostólicas, residía en la Curia al servicio del pontífice a efectos de percibir los frutos de su canonjía²¹⁹⁰.
- 1466, 09, 05: El cabildo catedralicio de Toledo otorga poder a los doctores Rodrigo de Vergara y Nuño Álvarez de Cepeda, canónigos, y al clérigo toledano Juan de Vera, para tratar en Roma el pleito que el cabildo mantenía con el prior de Aroche y canónigo toledano Francisco de Palencia²¹⁹¹.
- 1467, 07, 23: “Rodericus Vergara” ejercía como “Henrici regis et Johanne regine Castelle et Legionis in Rom. Curia negotiorum pro tempore occurrentium procurator”, al tiempo que era subdiácono apostólico y escritor de letras apostólicas en la Cancillería Pontificia²¹⁹².
- 1467, 08: Doctor en decretos y canónigo de Burgos. Paulo II le nombra auditor en un pleito pendiente entre distintos miembros del cabildo de Burgos por unos préstamos²¹⁹³.

²¹⁸³ RIUS RIUS SERRA, J., *Regesto ibérico, op. cit.*, Vol. II, 1958, doc. 1996, p. 141.

²¹⁸⁴ LÓPEZ DE SILANES, C. Y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense, op. cit.*, doc. 276, p. 39.

²¹⁸⁵ BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario*, vol. III, doc. 1172, pp. 92-93.

²¹⁸⁶ ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León, op. cit.*, doc. 3817, p. 437 y doc. 3818, pp. 437-438.

²¹⁸⁷ *Memorias de Don Enrique IV de Castilla, op. cit.*, doc. CXXII, p. 494.

²¹⁸⁸ *Ibidem*, doc. CXXVI, p. 502.

²¹⁸⁹ ADA, C. 3, n. 21.

²¹⁹⁰ ACT, Z.12.G.2.15.

²¹⁹¹ ACT, Libro de Actas Capitulares 1, fol. 1r.

²¹⁹² HOFMANN, W., *Forschungen zur Geschichte der Kurialen, op. cit.*, 1914, p. 190 y p. 197.

²¹⁹³ AHN, Clero, Carp. 180, n. 18.

- .1467, 10, 30: Paulo II nombra a don Rodrigo de Vergara, arcediano de Vizcaya y abad de la secular y colegiata de Santa María de Cenarruza, en la diócesis de Calahorra, doctor en decretos y notario apostólico, como administrador perpetuo de la Iglesia de Tuy, vacante por la muerte de don Luis Pimentel²¹⁹⁴.
- 1467, 12, 10-1469, 05, 02: Rodrigo de Vergara recibe el arcedianato de Calahorra²¹⁹⁵.
- 1468, 06, 01: Don Rodrigo de Vergara, protonotario apostólico y administrador perpetuo del obispado de Tuy, comunica al cabildo catedralicio tudense que debido a que el papa necesitaba de su presencia en la curia romana y no podía acudir a su sede, enviaba a don Juan de Uzárraga, beneficiado de la parroquial de San Pedro de Vergara, en la diócesis de Calahorra, para que ejerciera como su provisor y vicario en Tuy²¹⁹⁶.
- 1468, 08, 05: Paulo II ordena a los fieles y vasallos de la Iglesia de Tuy y a los miembros del cabildo catedralicio que reciban a don Rodrigo de Vergara. Se habían opuesto debido a que el cabildo había elegido, tras y contra la reserva que impuso sobre aquella sede, como obispo al deán de Tuy Juan Martínez de Vigo, quien, además, castigó duramente a los procuradores de don Rodrigo de Vergara cuando acudieron a tomar posesión de la sede en su nombre²¹⁹⁷.
- 1469, 05, 02: Antonio Jacobo de Veneris firma una confederación con el maestre de Santiago don Juan Pacheco por la cual, a cambio de ciertas contraprestaciones, se convertiría en obispo de Cuenca cuando falleciera don Lope de Barrientos. La sede de León pasaría al protonotario y administrador de Tuy, el doctor Rodrigo de Vergara, y, a su vez, todos los beneficios de este, a Juan Pacheco, hijo del maestre. Se habría de imponer una pensión en favor de este último sobre las rentas de la Iglesia de León. En el caso de no aceptar Vergara el nombramiento, la sede sería para Alfonso de Paradinas u otro algo²¹⁹⁸.
- 1469, sin mes, sin día, posterior a la muerte de fray Lope de Barrientos: Enrique IV ordena al electo de Tuy, su procurador en Roma, que solicite al papa, junto al obispo de Ciudad Rodrigo, que la sede de Cuenca sea conferida a don Juan Hurtado de Mendoza, clérigo de órdenes menores y electo por el cabildo conguense²¹⁹⁹.
- 1469, 10, 06: Trasladado por Paulo II de Tuy a la sede de León, vacante por el nombramiento pontificio de Antonio Jacobo de Veneris como obispo de Cuenca. Se le impuso una pensión anual de 400 ducados a favor del hijo del marqués de Villena [Juan Pacheco]²²⁰⁰.
- 1478, 06, 18: Obispo de León. Muere asesinado²²⁰¹.

VIVERO, GONZALO DE²²⁰²

²¹⁹⁴ RUIZ DE LOIZAGA, S., "Documentos pontificios referentes al País Vasco...", *op. cit.*, doc. 105, p. 1048.

²¹⁹⁵ En la primera fecha señalada Alfonso Álvarez de Turégano, arcediano de Calahorra, redactaba su testamento. CANTERA MONTENEGRO, M., "Notas sobre libros en los testamentos riojanos...", *op. cit.*, p. 94. En la segunda, se indica que Vergara era el titular de aquella dignidad. AHNOB, Frías, C. 12, doc. 8.

²¹⁹⁶ ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia Civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy*, *op. cit.*, pp. 77-78.

²¹⁹⁷ AZCONA, T. de, *La elección y reforma...*, *op. cit.*, p. 80; y FERNÁNDEZ ALONSO, J., "Los enviados pontificios...", *op. cit.*, p. 67.

²¹⁹⁸ AHNOB, Frías, C. 12, doc. 8.

²¹⁹⁹ BNE, Mss. 13.072, fols. 253r-254r; y RAH, col. Catedrales de España, Cuenca, 9/5439, fols. 355r-356v. Resumido en fols. 292v-293r.

²²⁰⁰ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 174.

²²⁰¹ SÁNCHEZ HERRERO, J., *Las diócesis del Reino de León*, *op. cit.*, p. 55.

- 1418, ca.: Fecha aproximada de nacimiento²²⁰³. Originario de Galicia, hijo de Mayor de Vivero y Gonzalo López Bahamonde²²⁰⁴.
- 1447, 11, 15: Canónigo de Santiago de Compostela. Bachiller en decretos. Nombrado obispo de Salamanca²²⁰⁵. Algunos autores le atribuyen la dignidad de deán de Lugo antes del acceso al episcopado²²⁰⁶.
- 1448, 08, 12: Obispo de Salamanca, oidor y consejero real²²⁰⁷.
- 1449, 03, 03: Tenía ocho excusados como oidor real con el oficio de oidor que había pertenecido a Álvaro de Isorna²²⁰⁸. Percibe como oidor real una quitación de 50.000 maravedíes. Existen libranzas hasta 1465²²⁰⁹.
- 1453: Juez delegado por el papa para realizar ciertas cuestiones en favor del rey de Castilla²²¹⁰.
- 1461: Media en el conflicto entre el obispo de Jaén y el condestable Miguel Lucas de Iranzo por la provisión de una alcaldía de Jaén²²¹¹.
- 1463, 01, 26: Enrique IV le nombró como uno de sus plenipotenciarios, junto al caballero Pedro Enríquez y el doctor Sancho García, para acudir a recibir a los embajadores que Eduardo IV de Castilla había enviado a Castilla²²¹².
- 1465, 05: Según las crónicas, cuando Enrique IV marchó a Salamanca en ese mes para celebrar las Cortes, sometió a prisión al obispo de Salamanca como consecuencia de los conflictos internos que había en la urbe²²¹³. No obstante, atendiendo a las libranzas y mercedes siguientes y que probablemente en ese mismo contexto el rey sometiera a prisión al obispo de Osma, creemos que se trata de una confusión de aquellos.
- 1465, 05, 21: Durante las Cortes de Salamanca, el rey se hospeda en sus palacios episcopales²²¹⁴.
- 1465, 05, 26: Enrique IV ordena que se le liblara su quitación de 50.000 maravedíes como oidor real en las rentas reales de sus señoríos episcopales²²¹⁵.
- 1465, 06, 20: Obispo de Salamanca, oidor y consejero real. Enrique IV le hace merced de un juro de heredad de 50.000 maravedíes en recompensa a sus “leales seruiçios”²²¹⁶.
- 1465, 12, 27: El obispo de Salamanca jura servir y seguir a Enrique IV, no tomar bienes de su Corona, ayudarle a recuperar las que le hubieran sido tomadas y a hacer guerra y paz a su orden²²¹⁷.
- 1466, 02, 20: Oidor y consejero real. Enrique IV convierte en juro de heredad 50.000 maravedíes de juro de por vida del que ya disfrutaba y añade otros 10.000

²²⁰² La mejor aproximación biográfica al prelado lo supone el trabajo de MARTÍN MARTÍN, J. L., “Un prelado medieval y su corte...”, *op. cit.*

²²⁰³ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, p. 707.

²²⁰⁴ MARTÍN MARTÍN, J. L., “Un prelado medieval y su corte...”, *op. cit.*, p. 148.

²²⁰⁵ EUBEL, C., *Hierarchia Catholica*, *op. cit.*, p. 227.

²²⁰⁶ CANTERA BURGOS, F., “Notas para la Historia de la Astronomía en la España Medieval...”, *op. cit.*, p. 389.

²²⁰⁷ ACS, Caja 14, leg. 2, n. 6.

²²⁰⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 1, fol. 336.

²²⁰⁹ AGS, QC, leg. 3, fols. 410-411.

²²¹⁰ VILLARROEL GONZÁLEZ, Ó., *El rey y la Iglesia*, *op. cit.*, p. 707.

²²¹¹ *Hechos del condestable*, *op. cit.*, pp. 44-65.

²²¹² CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II*, *op. cit.*, pp. 182-183.

²²¹³ PALENCIA, A., *Gesta Hispaniensia*, *op. cit.*, vol. II, p. 303.

²²¹⁴ OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, *op. cit.*, doc. 48, p. 294.

²²¹⁵ AGS, QC, leg. 3, fols. 410-411.

²²¹⁶ Firma el secretario real Juan González de Ciudad Real. AGS, EMR, MyP, leg. 121, fol. 20.

²²¹⁷ AGS, PTR, leg. 7, doc. 151.

- maravedíes de juro de heredad. Fueron situados en las rentas reales de los lugares de su mesa episcopal²²¹⁸.
- 1468, 05: Mantiene pleitos con su cabildo catedralicio. Entre las razones de disputa, se señala que el obispo tenía encastillada la catedral, de la cual se había apoderado, según los capitulares, para tener mayor poder en la ciudad e iglesia, de las cuales, decían, se encontraba apoderado entonces²²¹⁹.
 - 1470: Enrique IV ordenó librar al obispo de Salamanca y a sus hermanos 90.000 maravedíes de acostamiento²²²⁰.
 - 1470, 09, 15: Obispo de Salamanca, miembro del Consejo. Enrique IV, acatando sus servicios, le hace merced de 60.000 maravedíes de juro de heredad. El 11 de octubre de 1471, el monarca sitúa dicho juro en las alcabalas de La Coruña²²²¹.
 - 1471, 04, 20: En unas capitulaciones firmadas entre el rey y el conde de Alba, este solicitó al rey que le hiciera merced al obispo de Salamanca de 300 vasallos, aceptando el monarca²²²². Por la forma en la que está formula la petición, parece que se trataba de una merced prometida por el rey al prelado no cumplida.
 - 1473: En gratitud por sus servicios, Enrique IV solicita al papa Sixto IV que anexe a su mesa episcopal 1.000 libras en préstamos o en otros beneficios mientras viviera u ostentara Gonzalo de Vivero²²²³.
 - 1475 y ss.: Partidario de los Reyes Católicos en la Guerra de Sucesión. Su villa episcopal de Cantalapiedra fue tomada por los partidarios del rey de Portugal²²²⁴.
 - 1480, 01, 29: Fecha de su fallecimiento²²²⁵.

²²¹⁸ AGS, EMR, MyP, leg. 121, fol. 20.

²²¹⁹ ACS, Caja 24, leg. 1, n. 10 y n. 28. Solo se conserva el interrogatorio planteado por el cabildo, lo que nos priva de conocer más información sobre esta cuestión.

²²²⁰ ORTEGO RICO, P., “Guerra y paz como fundamentos legitimadores...”, *op. cit.*, p. 102.

²²²¹ AGS, EMR, MyP, leg. 121, fol. 20.

²²²² ADA, C. 3, n. 25.

²²²³ VILLAR Y MACÍAS, M., *Historia de Salamanca*, *op. cit.*, pp. 17-18.

²²²⁴ MARTÍN MARTÍN, J. L., “Un prelado medieval y su corte...”, *op. cit.*, p. 151.

²²²⁵ GARCIA Y GARCÍA, A. (dir.), *Synodicon Hispanum, Tomo IV*, *op. cit.*, p. 302.

APÉNDICE II

SELECCIÓN DOCUMENTAL

A continuación se presenta un selección documental en la cual se ha recogido un relevante número de documentos escogidos por su especial valor para el objeto de análisis de esta investigación y que han sido utilizados en su desarrollo. Se incluyen tanto documentos publicados como inéditos. En el primer caso, en el de los documentos ya editados, se ha optado por reelaborar descripciones resumidas de los mismos en las que se ha pretendido resaltar aquellos aspectos o partes de su contenido que resultan de especial interés para los objetivos de este estudio. En el caso de los inéditos, se ha seguido un criterio similar, aunque, en relación a estos, también se ha decidido transcribir íntegramente algunos cuyo contenido completo o casi completo reviste una especial importancia para la investigación realizada y por su valor histórico.

1464, septiembre, 21. Segovia.

Carta de Enrique IV a los concejos de Cuenca, Huete, Uclés, Requena y Moya en la que les comunica que, para la defensa de las ciudades y villas de sus reinos, es necesaria la inmediata formación de hermandades concejiles. Por ello les ordena enviar procuradores ante fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, su confesor, oidor de su Audiencia y miembro de Consejo, para que, bajo su supervisión y dirección, se organizaran todos en hermandad.

Ed. en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CV, pp. 341-342.

1464, septiembre, 22. Segovia.

Carta de Enrique IV a los concejos de Cuenca, Huete, Uclés, Requena y Moya por la que les informa de que había encomendado a fray Lope de Barrientos, su confesor, oidor y consejero, ocuparse de diversas cuestiones referentes a la pacificación de esa comarca. Por ello les ordena que, cada vez que este prelado se lo requiriera, se juntaran con él con sus gentes de armas e hicieran todo lo que en su nombre dispusiera.

Ed. en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CV, pp. 342-344.

1464, septiembre, 26. Burgos.

El marqués de Villena, los condes de Plasencia, Benavente y Paredes, Íñigo Manrique de Lara, obispo de Coria, y otros caballeros comparecen ante el cabildo catedralicio burgalés para tratar sobre los hechos del reino y solicitar a sus miembros que se unieran a ellos en sus súplicas al rey.

Otrosy, fue allý propuesto de cómo los sennores marqués, condes de Plaçençia, e Benaunte e Paredes e obispo de Coria, e otros caualleros con ellos, auían entrado en este cabildo a fablar sobre los fechos del reyno, e desiendo algunas cosas de los fechos sobre que ellos a esta çibdad eran venidos, e a los rogar e requerir que fuesen e se ayuntasen con ellos para suplicar al rey, nuestro sennor, que prouea cerca dello, e por su parte fuera respondido que verían. Por onde dieron su poder a los sennores capiscol, Lara, tesorero, Çeruatos, maestrescuela, e Garçi Rodrígues, prouisor, e Juan Sánches, Pero Gonçáles e a [ilegible] para que todos, o la mayor parte dellos, vean la orden que cerca dello deuen tener e fablar con los del ayuntamiento sobre ello, pero que todauíá fisiesen relación en cabildo de las cosas que se fisiesen porque todos participasen del bien o mal.

4

1464, septiembre, 28. Segovia.

Carta de Enrique IV a Antonio Jacobo de Veneris, obispo electo de León por el papa Pío II, en la que explica que aquel aún no había querido tomar posesión de su sede porque el cardenal de San Sixto [Juan de Torquemada] no había sido aún recibido como nuevo prelado de Orense. El rey explica al electo que ya había dado las órdenes pertinentes para que el cardenal se posesionara de su obispado. Por ello y por los escándalos y divisiones que se extendían entonces por sus reinos, le ordena al electo que tome posesión inmediata de la Iglesia de León y se apodere de los lugares y fortalezas de ella para tenerlos a servicio de la propia Iglesia y suyo, so pena de perder la naturaleza que le había concedido en sus reinos y de proveer de otra manera en relación a la sede de León.

Ed. en RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, p. 350. Un ejemplar de esta carta, pero sin completar la data, en AGS, SE, leg. 1-1-2, fol. 80.

5

1464, septiembre, 29. s. l.

Pedro Girón, maestre de Calatrava, en nombre propio y en del resto de prelados y caballeros que se habían unido para procurar el servicio de Dios, el bien común del reino, la liberación de los infantes Alfonso e Isabel y el ensalzamiento de la Corona Real, traspasa a Fadrique Manrique los poderes que aquellos otros le habían otorgado a él para recibir en su amistad y alianza a todos los otros prelados, caballeros, personas singulares, ciudad, villas y lugares que se quisieran unir a sus propósitos. Le hace cesión también de la facultad que aquellos prelados y caballeros le habían otorgado para conceder en su nombre las seguridades y juramentos que fueran necesarios y para prometer cualquier gracia, merced o franqueza que considerara oportuna ofrecer o que fuera requerida por aquellos con los que habría de tratar para que se unieran a su causa.

Ed. en CALDERÓN ORTEGA, J. M., “Pugnas nobiliarias...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 1, pp. 121-122.

6

1464, octubre, 6. Portillo.

Carta de Enrique IV en la que recuerda al concejo de Sevilla los grandes agravios, daños y males que Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, había recibido de su parte en los meses pasados, durante los cuales había llegado incluso a tratar de prenderle. El monarca señala que todo ello había sido como consecuencia de ciertas acusaciones contra el mitrado vertidas por algunas personas de su Consejo que procuraban perjudicarlo. Habiendo averiguado que era inocente, ordena cesar todos los actos que había emprendido contra él.

Ed. parcialmente en ORTIZ DE ZÚÑIGA, D., *Anales eclesiásticos y seculares*, *op. cit.*, Vol. III, pp. 29-30.

7

1464, octubre, 27. Valladolid.

Carta de Enrique IV al concejo de Sevilla por la que protesta porque las anteriores provisiones que había mandado para que Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, miembro de su Consejo, fuera restituido de los bienes de su dignidad embargados por su orden, aún no se hubieran acatado. El monarca repite este mandato y también ordena que se permitiera regresar a la ciudad a los familiares y servidores del prelado hispalense que habían sido expulsados de ella, a los cuales también deberían serles devueltos los bienes que les hubieran sido tomados.

Ed. en DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Iglesia y nobleza en la Sevilla bajomedieval...”, *op. cit.*, Apéndice documental, doc. 3, pp. 929-931.

8

1464, noviembre, 4. Segovia.

Carta de Enrique IV al conde de Cabra por la que le notifica la tregua de cuarenta días que ha asentado con el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia y otros caballeros de su partido, solicitándole que la respetara.

AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 72.

El rey. Conde amigo, porque yo he mandado asentar tregua e sobreseymiento de guerra con el marqués de Villena e arzobispo de Toledo e conde de Plasencia e con los otros caualleros e personas de su amistad por tienpo de quarenta días, que començaron primero día deste mes de nouienbre, durante el qual dicho tienpo es acordado e asentado que se non faga guerra nin mal nin dapno de a vna parte a la otra nin de la otra a la otra, porque en este medio tienpo se de la orden que cunple a mi seruiçio e al bien e paçífico estado de mis regnos, yo vos ruego e mando que mandéys e fagáys que se guarde la dicha tregua, segúnd e en la manera que se contiene en vna mi carta firmada de mi nombre e sellada con mi sello çerca de lo suso dicho mandé dar. Esto guardándose por el maestre de Calatraua e por los suyos e por los otros de su amistad e opinión la dicha tregua e sobreseymiento a mis tierras e gentes e a las de los míos, por quanto los dichos caualleros escriuen al dicho maestre que lo asý faga guardar. Çerca de lo qual el comendador Juan Vásques, mi criado, que allá enbío, vos fablará más largo. Sea creýdo a las cosas que de mi parte vos fablará como yo mismo. De Segouia a quatro de

nouienbre de sesenta e quatro. [En el reverso: Por el rey a su amigo, el conde de Cabra, del su Consejo].

9

1464, noviembre, 8. s. l.

Enrique IV hace merced a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia y miembro de su Consejo, de un juro de heredad de 60.000 maravedíes en compensación a sus muchos servicios y, en especial, por los padecimientos y robos que había sufrido mientras permaneció como prisionero en la fortaleza de Peñafiel, donde entró y fue puesto como rehén en servicio del rey. El 16 de febrero de 1465, el obispo renunció este juro en favor de su hermano, Beltrán de la Cueva, titulándose como capellán del rey.

AGS, EMR, MyP, leg. 53, fol. 9.

10

1464, diciembre, 12. Medina del Campo.

Orden incompleta de destierro de la Corte de Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, elaborada por los jueces compromisarios escogidos para resolver las contiendas entre el rey y sus rebeldes.

AHNOB, Frías, C. 9, doc. 8. Transcrita en Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CVI, pp. 350-352.

11

1465, enero, 20. Olmedo.

Carta de Enrique IV por la que notifica que envía a Antonio de Veneris, electo confirmado de la Iglesia de León, a prestar obediencia en su nombre al nuevo pontífice [Paulo II] y a procurar en Roma otras cosas en su servicio. Para que pudiera acudir a

presentar de forma más honrada dicha embajada, ordena que le fueran entregados todos los frutos que rentó la mesa episcopal de León mientras estuvo vacante.

Ed. en RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, pp. 351-352. Reg. en ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, *op. cit.*, Registro 3247, pp. 404-405.

12

1465, enero, 20. Olmedo.

Carta de Enrique IV a Antonio de Veneris, obispo de León, de su Consejo y nuncio y orador apostólico, a quien dice enviar como su embajador a Roma para prestar obediencia al papa en su nombre y solicitarle diversas cuestiones. En concreto, en esta carta le explica que deberá suplicar al papa un indulto para que el rey pudiera nombrar a sus capellanes y a otras personas a él aceptas para ocupar las dignidades, canonjías, préstamos y demás beneficios eclesiásticos que vacaran en cualquier iglesia de sus reinos. Asimismo, y en recompensa a sus servicios, el rey ya le hacía cesión al obispo de esta capacidad en relación a las dignidades, canonjías y demás beneficios que vacaran en la Iglesia de León para que pudiera hacer entrega de ellos a las personas que deseara.

Ed. en RODRÍGUEZ, R., “Extracto de actas capitulares...”, *op. cit.*, p. 352. Reg. en ÁLVAREZ PALENZUELA, V., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*, *op. cit.*, Registro 3247, pp. 404-405.

13

1465, febrero, 27. Segovia.

Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, del Consejo del rey, solicita a los contadores mayores de Enrique IV que, del juro de heredad de 130.000 maravedíes que el monarca le había concedido el 30 de enero previo en enmienda y satisfacción de los daños que recibió cuando el monarca mandó cercar y combatir sus villas y tierras de

Coca y Alaejos, traspasaran 5.000 maravedíes a su primo, Rodrigo de Ulloa, para que a su vez este pudiera comprar al monasterio de San Román la granja de Valdeguareña.

AHN, Clero, Carp. 3461, n. 9; y y AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

14

1465, mayo, 6. Roma²²²⁶.

Discurso de presentación de obediencia pronunciado por Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León, en nombre de Enrique IV, rey de Castilla, al nuevo pontífice Paulo II. El obispo, embajador del rey, destaca la alegría del monarca por su elección como pontífice y alaba sus cualidades para ostentar tan elevada dignidad. Tras ello, pasa a ensalzar ante el papa al monarca, de quien destaca su afán por combatir a los infieles y expandir la fe y su clemencia, magnanimidad y liberalidad.

Ed. por AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, *op. cit.*, pp. 32-34.

15

1465, mayo, 18. Salamanca.

Cédula de Enrique IV dirigida a los caballeros, concejos y habitantes del obispado de Burgos por la que comunica que ha mandado a Pedro de Velasco, miembro de su Consejo y a quien había encomendado la guarda de las tierras de dicho obispado, que confisque todas las villas, lugares, fortalezas, bienes, rentas, maravedíes de juro y cualquier otra cosa que allí tuvieran Pedro Girón, maestre de Calatrava, el marqués de Villena, el adelantado Juan de Padilla y el obispo de Burgos, a quien también debían ser embargadas las rentas pertenecientes a su mesa obispal, al igual que a todas las personas que les sirvieran o siguieran su opinión, aparte de hacerles todo el mal y daño que pudiera por su rebeldía a él. El monarca ordenaba que se le prestara toda la ayuda que necesitara en estos objetivos.

AMB, Actas de 1465, fols. 55r-56v.

²²²⁶ Aunque el documento no tiene fecha, la fecha de la prestación de obediencia pudo ser ya determinada por TRAME, R. H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo...*, *op. cit.*, p. 131.

1465, junio, 4. Salamanca.

Carta de Enrique IV a Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia, ordenándole que combatiera las villas y lugares de sus rebeldes junto a Ruy Díaz de Mendoza, vasallo del rey.

AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 75.

El Rey. Reuerendo padre obispo, yo escriuo a Ruy Días de Mendoça, mi vasallo, que, con la más gente que pudiere, se junte con vos, e vos enbío mi carta de poder para que en esas partes fagades algunas cosas conplideras a mi seruicio, segúnd veréys. Yo vos ruego e mando vos conformes con él e amos pongades luego en obra de faser guerra a las villas e lugares que en esas partes tyenen los caualleros que están en mi deseruicio, e vos apoderar dellas e les faser todo danno que pudierdes. E esto faser con diligencia, segúnd de vos confío, en lo qual me faréis mucho plaser e seruicio. De Salamanca a iiii de junio de LXV. Yo, el Rey. Por mandado del Rey, Alonso de Badajos. [En la parte inferior: Para el obispo de Palencia].

1465, junio, 16. Zamora.

Provisión de Enrique IV por la que ofrece hacer hidalgo y exento de tributos a cualquiera de sus súbditos que acudiera a respaldarle frente al arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el almirante de Castilla y sus aliados, que se habían apoderado de su hermano, el infante Alfonso, en un intento de quedarse con la administración y gobernación de sus reinos.

ADA, C. 262, n. 1-32.

Don Enrrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Gallisia, de Seuilla, de Córdoua, de Murçia, de Jaén, del Algarbe, de Algesira, de Gibraltar e sennor de Viscaya e de Molina. A todos e qualesquier mis vasallos, súditos e

naturales, vesinos e moradores de qualesquier çiudades e villas e lugares de los mis regnos e sennoríos, e a cada vno de vos a quien esta mi carta fuere mostrada, salud e graçia. Bien sabedes e a todos es público e notorio en estos mis regnos, en tal manera que non se puede encobrir, los grandes bolliçios e escándalos e mouimientos que en mis regnos, en deseruiçio de Dios e mío e en danno de la cosa pública de los dichos mis regnos, han puesto en ellos el almirante don Fadrique e el arçobispo de Toledo e don Juan Pacheco, marqués de Villena, e los condes de Plasençia e Benauente e los maestros de Calatraua e Alcántara e el conde de Paredes e sus seçaçes e conplices e los otros que para ello les han dado e dan fauor e ayuda, e los abtos que, en injuria e ofensa mía, han fecho con entençión e propósito de se apoderar de la persona del ynfante, mi hermano, que es en tan tierna hedad como vosotros sabedes, por manera que a ellos quede el cargo de la administraçión e gouernaçión de los dichos mis regnos. E porque a mí, como rey e sennor, pertenesçe sobrello proueer por la manera que cunpla a mi seruicio e a bien e pas e sosiego de los dichos mis regnos e a euitaçión de los dichos escándalos e inconuinientes e mandar proçeder contra las personas e bienes de los tales que tan grandes leuantamientos e alborotos han fecho en los dichos mis regnos en ofensa e injuria mía, confiando en la lealtad e fidelidad que me deuedes como a vuestro rey e sennor natural, mandé dar esta mi carta para vos e para cada vno de vos en la dicha rasón. Por la qual vos mando que fasiendo aquello que sedes tenidos e obligados como por vuestro rey e sennor, luego que esta mi carta vos fuere leýda e noteficada o della sopierdes en qualquier manera, vos adereçedes, los que touieredes logar e manera para ello e vuestros caualllos e armas, lo más apunto que ser pueda e me vengades a servir en esta neçesydad que al presente me ocurre para proueer e remediar en las cosas susodichas e en cada vna dellas a vuestra costa. E fasiéndolo e cunpliendo asý, yo, por la presente, así como rey e soberano sennor, non reconoçiente superior en lo tenporal, vos fago libres e esentos a vosotros e a vuestros fijos que agora auedes o ouierdes de aquí adelante, de todos e qualesquier pechos e tributos que las otras personas de mis regnos me son tenidos e obligados de dar e pagar para que los non paguedes nin paguen agora nin en tienpo algunos que sea o ser pueda, antes que seades auidos e tenidos como por omnes fijosdalgo de solar conoçido, e devengar quinientos sueldos. E por esta mi carta mando a los duques, condes, marqueses, ricos omnes, maestros de las órdenes, priores comendadores e a los del mi Consejo e oydores de la mi abdiencia e a los mis contadores mayores e alcalldes e notarios de la mi casa e corte e chançellería e a todos los conçejos, alcalldes, alguasiles, regidores, caualleros, escuderos, ofiçiales e omnes

buenos de todas las çiudades e villas e lugares de los dichos mis regnos e sennoríos a donde biuen las tales personas que me vinieren a seruir en esta dicha nesçesidad, que, mostrando esta mi carta o su traslado signado de escriuano público e fe de Juan Gonçales de Çiudad Real, mi secretario, de cómo me vinieron a seruir en la dicha nesçesidad e estouieron en mi seruiçio como dicho es, les guarden e fagan guardar esta dicha esençión e franquesa que les yo fago en todo e por todo, segúnd e por la forma e manera que en esta mi carta se contiene, e les non vayan nin pasen nin consyentan yr nin pasar contra ello nin contra cosa alguna nin parte dello agora nin en algúnd tienpo nin por alguna manera. Sobre lo qual mando al mi chançiller e notarios e a los otros ofiçiales que están en la tabla de los mis sellos que por virtud de la dicha mi carta o de su traslado signado o de la dicha fe la den e libren e pasen e sellen mi carta de preuillejo lo más firme e bastante que les cunpliere e menester ouieren en la dicha rasón. E los vnos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera, so pena de la mi merçed. Dada en la çiudad de Çamora, dies e seys días de junio, anno del nasçimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e çinco annos. Yo, el Rey. Yo, Juan Gonçáles de Çiudad Real, secretario del Rey nuestro sennor, la fis escreuir por su mandado. Registrada. Chançeller.

18

1465, julio, 7. Toro.

Carta de Enrique IV a Pedro de Córdoba y Solier, electo de Córdoba, en respuesta a una suya previa. Le agradece el deseo que mostraba por servirle y el cargo que tomaba de la guarda y defensa de ciertas tierras.

AHNOB, Luque, C. 77, doc. 5.

El Rey. Reverendo padre electo de la Iglesia de Córdoba, vuestra letra he visto y oí lo quel portador de vuestra parte me dijo. Lo qual entendido, yo vos tengo en mucho servicio el buen celo y deseo que tenedes de me servir y los trabajos que por la guarda e defensa desta tierra tomades, de lo que sin dubda yo era y soy de vos bien cierto como de mí mesmo. E cerca dello yo respondí [lo] que de mi parte vos dirá. Yo vos ruego, continuando vuestro buen propósito, segúnd que de vos confió, a que lo pongades en obra, en lo qual, creedme, fareoes [sic] agradable placer y señalado servicio. De Toro,

diez e siete días de julio de sesenta y cinco. El Rey Don Enrique. Por mandado del Rey, Fernán González.

19

1465, julio, 11. Toro.

Carta de Enrique IV a Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León, al licenciado Juan de Medina, arcediano de Almazán, y a Suero de Solís, sus embajadores en la Corte de Roma, por la que les manda presentar ante el papa la súplica que enviaba para que le otorgara la administración del maestrazgo de Santiago por catorce años.

BNE, Mss. 13.236, fol. 87r. Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXX, p. 493.

20

1465, julio, 12. Toro.

Carta de Enrique IV a Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Oviedo, miembro de su Consejo y su procurador en la Corte de Roma, para ordenarle que se uniera a sus embajadores en la Curia para solicitar al papa que le conceda la administración del maestrazgo de Santiago. Se da noticia de que se envió una similar al doctor Rodrigo de Vergara, también procurador del rey en Roma.

Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXII, p. 494.

21

1465, julio, 13. Toro.

Enrique IV ordena a todos sus vasallos y súbditos que están en compañía del almirante don Fadrique, de Juan Pacheco, marqués de Villena, del arzobispo de Toledo, de los condes de Plasencia, Benavente y Paredes, de los maestros de Calatrava y Alcántara, de los obispos de Burgos y de Coria y del adelantado Juan de Padilla, u

otros de sus secuaces y parciales, que tienen con ellos al infante don Alfonso, que, debido a que el fin de estos es provocar escándalos y daños en sus reinos, que abandonen su servicio y regresen a su lado, prometiéndoles perdón por todos sus delitos y darles él el acostamiento que aquellos les pagaban.

BNE, Mss. 13.124, fols. 141r-142v.

22

1465, julio, 14. Toro.

Carta de Enrique IV informando al pontífice, Paulo II, de la rebelión de ciertos nobles y prelados de sus reinos, que le había depuesto para proclamar rey a su hermano, el infante Alfonso. Aparte de solicitar al papa el amparo de la Santa Sede para reprimir a sus rebeldes, le pide que prive al arzobispo de Toledo, al obispo de Burgos y a los maestros de Alcántara y de Calatrava de sus dignidades por esta razón, y que inhabilitara para obtener cualquier otra dignidad al marqués de Villena y a otros caballeros a él rebeldes. Por último, le solicita que emplee las censuras eclesiásticas contra aquellos y amenace con ellas a los habitantes de sus reinos para que no se adhieran a sus opositores.

Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXIV, pp. 496-500.

23

1465, julio, 17. Zamora.

Carta de Enrique IV al obispo de León, a Suero de Solís y al arcediano de Almazán, sus embajadores en la Corte de Roma, informándoles de que escribía al papa sobre los actos contra él cometidos por sus rebeldes. Les solicita que se esfuercen porque las súplicas que dirigía al papa fueran admitidas, y les promete mercedes por ello. Existen otras dos cartas similares a estas dirigidas al obispo de Oviedo y al doctor Vergara, procuradores del rey en la Curia.

Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXXXVI, p. 502.

24

1465, julio, 15. s.l.

Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, García Álvarez de Toledo, conde de Alba, y Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, todos del Consejo del rey Enrique IV, se comprometen y juran a Gómez Suárez de Figueroa, conde de Feria, que harán que el rey mantenga las promesas que había hecho a dicho conde cuando le juró fidelidad y seguirle en adelante.

RAH, col. Salazar, 9/662, fols. 30r-30v; y RAH, col. Salazar, 9/812, fols. 253v-254r. Ed. en MAZO ROMERO, F., *El condado de Feria*, op. cit., Apéndice documental, doc. 30, p. 590.

25

1465, julio, 22. Real sobre Simancas.

Carta del infante-rey Alfonso al concejo de Burgos informando del desarrollo de la guerra. Destaca los intentos de Enrique IV de negociar con él a través del arzobispo de Sevilla y otros delegados, y la reciente llegada a Simancas del obispo de Calahorra para tratar con Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro.

AMB, Actas de 1465, fols. 78r-v.

Don Alfonso e etc, al conçejo, alcalldes, merino, regidores, caualleros, escuderos, ofiçiales e omnes buenos de la muy noble çibdat de Burgos, cabeça de Castilla, mi cámara, salud e graçia. Sepades que después que después [sic] que, por graçia de nuestro sennor Dios, yo fui jurado e resçevido por rey de aquestos mis reynos e sennoríos, yo he estado syenpre en el canpo, esperando que don Enrrique, mi antecesor, saldría de la çibdad de Toro, donde está ençerrado, por le dar la vatalla e lo echar de mis reynos a él e a todos sus sequaçes e parçiales, e fasta aquí non ha salido de la dicha çibdad. E yo físele tomar por fuerça de armas la villa de Pennaflor e he

estado çerca de Symancas, donde se ha comido por las gentes de mi hueste todos los mantenimientos que en los canpos avía fasta Tordesillas, tanto que ya non se falla en todas estas tierras cosa que se pueda tomar nin donde se faga heruaje, saluo en villas e tierras que están a mi obedyençia. Por lo qual e por ¿retojar? e esperar al maestre de Calatraua e a otros caualleros e grandes de mis reynos que vienen e enbían a mí sus gentes de cada día e prestamente los abré recogido a todos conmigo, he deliberado de me aposentar con los grandes de mis reynos que conmigo están en la noble villa de Valladolid, de donde, plasiendo a nuestro sennor, entiendo dar alguna horden en el regimiento de mis reynos e en lo que toca a mi fasienda e hordenança e esecuçión de mi justiçia, en tanto que los dichos maestre de Calatraua e caualleros e grandes de mis reynos vienen con sus gentes. E aquellos venidos, yré en persona do quier quel dicho don Enrrique, mi anteçesor, estouiere. El qual de cada día me ha enviado e enbía rogar, asý a mí como a los caualleros e grandes de mis reynos, que le queramos dar alguna pas e dexarle alguna cosa en que biua, e desiendo que todas las çibdades e villas de mis reynos que me han obedecido e resçebido por su rey es contento e plase que sean mías e queden conmigo, e aún ofreçiéndome la mayor parte e villas e tierras que están por él, e asymesmo fasiéndome otros ofreçimientos grandes. E sobre esto ha venido muchas veses a mi Corte el arçobispo de Seuilla e Alfón Gonçáles de la Hos e Diego de Saldanna, e que agora postrimeramente vino a la villa de Simancas el obispo de Calahorra e ha procurado fabla con don Pedro de Velasco, fijo del mayor [sic] conde de Haro, que conmigo está e en mi seruicio. E por la qual la entençión mía e de los grandes de mis reynos que conmigo están es e será siempre non desistir desta causa santa e justa de modo fasta echar e lançar de mis reynos al dicho don Enrrique, mi anteçesor, e a sus sequaços e los destruyr e asolar, e sacar de la prisión a la ynfanta donna Ysabel, mi muy cara e amada hermana. La qual está presa en poder de la reyna donna Juana e Beltrán de la Cueva, que la tyenen presa en el castillo de Ledesma, a los quales el dicho don Enrrique la entregó e la quiere casar con el rey de Portogal por fuerça e contra voluntad de la dicha ynfanta, contra el juramento quel dicho don Enrrique tyene fecho de non la desposar nin casar syn acordo e expreso consentimiento de los tres estados de los dichos mis reynos. De lo qual vosotros vedes quand gran sentimiento por mí e por vosotros mis súbditos e naturales se deue mostrar. E por fabla nin trato nin por otra cosa alguna que mouida sea jamás me entyendo apartar de aquesto. Fago vos lo saber porque sy otras cosas vos fueren dichas e enviado desir por parte del dicho don Enrrique e de sus parçiales en contrario desto, como cada día se dise e publica e derraman nuevas muy

contrarias de la verdad a fyn de se faboreçer, non lo creáys, ca esta es la verdad. Antes espero, en la merçed de Dios, que prestamente me dará acabada vitoria e vençimiento contra el dicho don Enrrique e sus parçiales como de cada día lo contynuo e fago. Ca todas las çibdades e villas de mis reynos están ya por mi saluo aquellas en que él está retraýdo e la çibdad de Segouia. Lo qual todo yo lo entyendo tomar bien presto, plasiendo a nuestro sennor. Por ende, vosotros, como nobles e virtuosos, faser e continuar vuestro deuer conmigo como fasta aquí avedes fecho, e yo de vosotros espero. Dada en el mi real de Symancas, veynte e dos días del mes de jullio, anno del nasçimiento del nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e çinco annos. Yo, el rey. Yo, Iohan Ferrándes de Hermosilla, secretario de nuestro sennor el rey, la fys escreuir por su mandado. E en las espaldas del dicho carta oreginal del dicho sennor rey estauan escriptos estos nonbres que se syguen: A. Archiepiscopus Toletanus, el conde de Benaunte, el conde don Áluaro, el marqués, Cauriensis.

26

1465, julio, 26. Valladolid.

El infante-rey Alfonso confirma los capítulos acordados previamente por Luis de Acuña, obispo de Burgos, con la ciudad burgalesa para que esta se uniera a su causa.

AMB, Actas de 1465, fols. 79r-v.

Yo, el rey enbío saludar a vos, el conçejo, alcalldes, merino, regidores, caualleros, escuderos, ofiçiales e omnes buenos de la muy noble çibdat de Burgos, cabeça de Castilla, mi cámara, como aquellos que amo e preçio e de quien mucho fío. Ví la letra que con este vuestro mensajero me enbiastes e asy mesmo çiertos capítulos firmados del reberendo padre yn Christo obispo de Burgos e del mi Consejo, e yo vos gradesco e tengo en seruicio la buena manera que touistes en mi resçeimiento e a aver alçado por mí pendones e aver fecho las otras solenidades que se acostunbra faser en los otros resçeimientos de los nuevos reyes, e en ello me avéys echado mucho cargo para vos faser merçedes, que según vuestra lealtança e el grand amor que ouistes al rey don Iohan, mi sennor e padre, que Dios aya, sienpre me creý e toue por dicho que nunca menos avredes de faser. E quanto a las cosas que me suplicastes que yo vos aya de

confirmar, a mí plase de lo mandar despachar todo segúnd por los dichos capítulos me enbiastes suplicar, e desde agora yo vos los confirmo e vos mandaré dar las cartas e prouisiones que para ello serán nesçesarias. De la noble villa de Valladolid, a XXVI de jullio de LXV. Yo, el Rey. Por mandado del Rey, Hermosilla. En las espaldas estauan escripto un nonbre que desía Cauriensis.

27

1465, agosto, primera semana. Roma.

Carta del cardenal Giacomo Ammannati al cardenal Fracesco Piccolomini en la que le comunica los sucesos recientemente acontecidos en la Curia romana. Entre otros asuntos, le explica que en España había estallado un gran escándalo: habían privado de su trono al rey Enrique y puesto en su lugar a su hermano Alfonso. Este último había escrito una carta al papa en la que narraba las calamidades del reino y la larga paciencia de los nobles y prelados con el rey Enrique, contra el cual, sin poder soportar más sus injurias, se habían acabado alzando, despojándole de su trono. En la carta también explicaba al papa que la mayor parte del reino se había sometido ya a su obediencia, y que esperaba que en solo unos días el resto hiciera lo mismo. Por consiguiente, solicitaba la bendición de Roma. Por su parte, los procuradores de Enrique IV habían denunciado ante el papa que los actos de los que habían depuesto a su rey no eran sino una malvada rebelión y una violación abierta de la fe. El cardenal de Sant'Angelo, Juan de Carvajal, colaboraba con estos últimos en defensa del rey Enrique, procurando obtener, con éxito, apoyos en la Curia para este.

Ed. en CHERUBINI, P., *Iacopo Ammannati, op. cit.*, doc. 162, pp. 743-748, en concreto, pp. 747-748.

28

1465, agosto, 23. Córdoba.

El concejo de Córdoba nombra como su procurador a Pedro Gómez, hijo del jurado Alfonso Gómez, vecinos de Córdoba, para que en su nombre pueda apelar ante

el papa Paulo II contra las bulas y provisiones que había emitido en favor de Pedro de Córdoba y Solier para que fuera recibido como nuevo obispo de Córdoba tras el fallecimiento de fray Gonzalo de Illescas. Señalaban que aquello era en perjuicio, daño y agravio de la ciudad y de la preeminencia y dignidad real del infante-rey Alfonso. Entre otros razonamientos a exponer en su apelación para conseguir la nulidad de las bulas y provisiones papales, el procurador debía defender que las leyes, derechos y costumbres establecían que los reyes de Castilla habían de ser consultados y dar su consentimiento y licencia para la realización tanto de las elecciones y como de las recepciones de los nuevos obispos.

AMC, Archivo Histórico, C. 89, doc. 1.

29

1465, octubre, 1. Roma.

Carta de Paulo II a los prelados, próceres, maestros, caballeros y comunidades del reino de Castilla disidentes al rey. El papa alega los males que de la división de los reinos se derivan para estos y les reclama que reconozcan y obedezcan a su rey legítimo. Critica el hecho de que los cristianos derramen sangre de otros cristianos en aquellos días en los que los enemigos de la fe, los turcos, asolaban y amenazaban distintas regiones cristianas del Mediterráneo. El papa les cuestiona sobre dónde estaba la vergüenza, Dios, la justicia y las leyes de la naturaleza en sus actos. Recomienda a aquellos que se levantan contra sus reyes la lectura del Tercer Libro de los Reyes. El papa trae a colación ejemplos históricos, refiriéndose a cómo en tiempos del rey Rodrigo las querellas internas provocaron grandes calamidades en el reino godo, para sentenciar que todo reino en sí mismo será desolado. A continuación, se refiere a su queridísimo hijo, el rey Enrique, para explicar que no cree los graves y enormes crímenes que decían que había cometido, y que por sus atentados contra la religión y la fe hubiera sido desposeído de la dignidad real. El pontífice alega el derecho de la Sede Apostólica a corregir e intervenir en este tipo de disputas, refiriéndose expresamente a los decretos de Inocencio III contra aquellos que cometían el delito de presumir usurpar el reino sin consultarlo con la Santa Sede. Reclama así su derecho de intervención y arbitraje en este conflicto, y ordena a los rebeldes al rey que

se sometieran a su decisión en el mismo con el fin de preservar la paz y unidad del reino y evitar los males de la división. Les explica que su amado hijo Enrique le había requerido que procediera contra ellos como perjurios y cismáticos y que empleara la “spirituali gladio” contra ellos para someterles. Termina avisándoles de la posibilidad de enviar un legado a latere al reino si persistían en su rebeldía.

BHMOV, Mss. 145, fols. 101r-106r.

30

Posterior a 1465, octubre, 1.

Respuesta sin data de los prelados, caballeros y comunidades del reino de Castilla y León en servicio del serenísimo rey Alfonso a la carta del papa Paulo II del 1 de octubre de 1465. Comienzan solicitando el favor del pontífice para alcanzar el remedio de las calamidades que padecían y denunciando aquella perserva fantasía que le habían hecho creer de que todos los prelados, caballeros y nobles que procuraban el cuidado del reino de Castilla y de su administración se trataban de disidentes al rey, pues ellos no habían depuesto a un rey, sino a un tirano. Destacan las esperanzas, mantenidas por largo tiempo, de los nobles de Castilla de que Enrique corrigiera sus actos. Reclaman que el papa no debía condenar sus actos, pues estos habían sido cometidos contra un tirano intolerable, dispuesto para salvar el reino de la destrucción total de la moral y de su corrupción. Dicen que la deposición de Enrique fue necesaria para preservar el bien común del reino e imponer la paz y la tranquilidad en el mismo, y que había sido sucedido por su rey, Alfonso, decente y necesariamente. No eran sediciosos, sino quienes procuraban la paz. Se refieren al reinado de Enrique IV como un régimen disoluto, en el que aquel tan solo buscaba su propio bien y no el común. Le comparan con otros reyes negligentes y denuncian que se hacía rodear por satélites nocivos, entre ellos enemigos de la fe, y que mostraba desinterés por combatir a los infieles. Asimismo, alegan que Enrique, de forma tiránica, no cumplía las leyes del reino, a pesar de que por ley divina y humana la voluntad de los reyes debía estar limitada, calificándole por ello como un delincuente. Llegan a asumir parte de la culpa del estado en el que se encontraba el reino por haber retrasado demasiado el remedio necesario a sus males, pues habían intentado en repetidas ocasiones que el monarca corrigiera su proceder. Denuncian que el papa se había dejado influenciar por los ministros de Enrique IV en la Curia para inclinarse a su favor, y que aquellos le habían

ocultado los males del reino y los defectos del monarca, al cual siempre habían procurado alabar ante el papa para predisponerle a rechazar sus denuncias y reclamaciones contra el rey cuando las presentaran. Se lamentan de que Paulo II creyera a aquellos y que les flagelara con la autoridad apostólica para instarles a regresar a la obediencia a Enrique. Alegan su derecho de resistencia al tirano, que es el verdadero disipador del reino, con el fin de salvar a este, y que los males generados por Enrique eran tantos que ya no se podían continuar tolerando. Piden ayuda al pontífice para su causa, con el fin de defender la religión católica y la fe, e indican que la mayor parte de los prelados del reino se habían unido a ellos y a su objetivo de arrancar la raíz maligna del reino. Concluyen pidiéndole de nuevo que no creyera las mentiras defendidas en Roma por los partidarios de Enrique y que les proporcionara auxilio para salvar a este reino miserable.

BHMV, Mss. 145, fols. 106r-112v.

31

1465, octubre, 20. Arévalo.

Carta de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, a las villas y lugares del Adelantamiento de Cazorla, perteneciente a su dignidad arzobispal. Entre otras cuestiones, les comunica que ya no requiere del envío de los caballeros y peones que les había demandado para servicio del rey, don Alfonso, alegando la cercanía de aquellos lugares a Granada. También les comunica que le placía solicitar al rey las franquezas que le habían pedido, habiendo dado cargo a Troilos Carrillo para que se ocupara de gestionar este asunto.

Ed. en GARCÍA GUZMÁN, M. del M., *Colección diplomática del Adelantamiento de Cazorla*, op. cit., doc. 232, pp. 314-315.

32

1465, octubre, 22. Córdoba.

Los miembros de la Universidad de Clérigos de Córdoba, tras el abrupto proceso de elección de Pedro de Córdoba y Solier, arcediano de Castro, como nuevo obispo de Córdoba tras el fallecimiento de fray Gonzalo de Illescas; las resistencias y apelaciones presentadas ante el papa por los caballeros y concejo de la ciudad y por parte del nuevo rey Alfonso a dicha elección; los actos cometidos por aquellos, liderados por Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, contra el electo y los miembros del cabildo catedralicio que aceptaron su recepción como nuevo obispo; y los reiterados requerimientos que de parte del concejo y del nuevo rey les habían sido presentados para que se unieran a sus apelaciones al pontífice para conseguir la anulación de aquella elección, declaran que cualquier acto que en adelante realizaran en perjuicio de los mandatos apostólicos en este asunto, sería en contra de su voluntad, a causa del temor por sus personas y bienes temporales y espirituales y por las presiones a las que se hallaban sometidos.

RAH, col. Catedrales de España, Córdoba 9/5434, fols. 359r-367r. Reg. en LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV*, op. cit., doc. 2102, p. 760.

33

1465, octubre, 5.

Enrique IV, por cuanto había hecho merced al conde de Alba de Ciudad Rodrigo y este dudaba de que la fortaleza de dicha ciudad le fuera entregada, le da a aquel su palabra de que en veinte días iría en persona a entregarle aquella ciudad con su fortaleza. El rey indica al conde que había mandado al duque de Alburquerque y al obispo de Calahorra que se lo aseguraran también de su parte.

ADA, C. 156, n. 30bis. Ed. en MORALES MUÑIZ, M. D. C., “Contribución al estudio de la nobleza extremeña...”, op. cit., p. 525.

34

1465, octubre, 26. Arévalo.

Carta del infante-rey al concejo de Alcaraz con el fin de informar del desarrollo de la guerra. Tras señalar la superioridad militar de los prelados y caballeros de su Corte con respecto a la de Enrique IV, explica que se había trasladado a Arévalo con el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el maestre de Alcántara, los condes de Plasencia, Benavente, Alba de Liste y Miranda, Pedro de Velasco, hijo mayor de conde de Haro, el obispo de Coria y otros prelados y caballeros de su Consejo. A su vez, había dispuesto que otros prelados y caballeros se quedaran en otras ciudades y regiones del reino para su servicio. Entre ellos, señala que había dejado en Valladolid al almirante de Castilla con otros caballeros y con el obispo de Lugo y los oidores de la Audiencia, y, en Burgos, al obispo de esa ciudad junto al adelantado Juan de Padilla. Señala que, a instancias de Pedro de Velasco, conde de Haro, y de don Enrique, su antecesor, había otorgado una tregua hasta final del mes de febrero de 1466, pero niega que él y los caballeros y prelados a su servicio estuvieran realizando tratos con Enrique o los desearan. Al contrario, promete que no pararan de combatir a aquel y a los suyos hasta librar de su tirano regimiento a sus reinos.

Ed. en PRETEL MARÍN, A., *Una ciudad castellana en los siglos XIV y XV*, op. cit., doc. 35, pp. 276-278.

35

1465, noviembre, 28. Ávila.

Carta del infante-rey Alfonso a Diego Fernández de Quiñones, de su Consejo, por el que le comunica que, para que el Principado de Asturias se sometiera a su obediencia, le había sido requerido por parte de algunos concejos del mismo que él y su hermano, Suero de Quiñones, renunciaran a los derechos y títulos que pretendía tener sobre ciertas villas, lugares y tierras de dicho Principado. Le pide que lo haga así, informándole de que ha encargado a Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y a Juan Pacheco, marqués de Villena, que acordaran las compensaciones que habrían de serles entregadas a ambos por sus renunciaciones.

Ed. en MARQUÉS DE ALCEDO, *Los merinos mayores de Asturias*, op. cit., doc. 98, pp. 137-139.

1465, diciembre, 7. Real sobre Amposta.

Carta de creencia dirigida por Juan II, rey de Aragón, al papa Paulo II en favor del arzobispo de Cagliari, su procurador en la Corte de Roma, por la que le pide que atendiera y diera fe a todo lo que aquel le iba a comunicar de su parte en relación a la vacante acaecida en la sede de Sigüenza, del reino de Castilla.

ACA, RC, reg. 3445, fol. 158v.

1465, diciembre, 19. Belmonte.

Carta del obispo de Cuenca fray Lope de Barrientos al concejo de la urbe conquense para informarles de que había llegado a Belmonte, donde se encontraba preso, el obispo de Ciudad Rodrigo, quien había sido enviado por el marqués de Villena para tratar sobre su liberación, la cual, creía, ya era segura.

GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLIII, p. 397.

1465, diciembre, 27²²²⁷. Segovia.

Pleito-homenaje de Gonzalo de Vivero, obispo de Salamanca, a Enrique IV, por el que jura a servir y seguir al rey con su persona, casa y gente y a defender su vida, honra y estado. Promete no tomar ninguna de las villas, ciudades o fortalezas de la Corona Real y a ayudar al rey a recuperar aquellas que le hubieran sido tomadas. Se obliga a hacer guerra y paz con sus gentes, villas y fortalezas según el monarca se lo ordenara.

²²²⁷ En el documento se indica expresamente 1466, pero debe tenerse en cuenta el cómputo de la natividad.

1466, enero, 11. Real contra el castillo de Amposta.

Carta de Juan II de Aragón a Fernando I, rey de Nápoles, solicitando su ayuda para que Diego López de Madrid, deán de Sigüenza y protonotario apostólico, fuera confirmado como obispo de Sigüenza por el papa tras su elección por el cabildo seguntino, tal y como el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, deseaba.

ACA, RC, reg. 3446, fol. 5v.

Ilustrísimo príncipe, nuestro muy caro e muy amado sobrino como fijo. Vaccando en estos más cerqua passados días el obispado de Cigüenza del regno de Castilla, por el clero de la dicha yglesia es stado electo en obispo el prothonotario Diego López de Madrit, persona mucho affecta al reuerendíssimo arzobispo de Toledo, amigo nuestro muy caro. E porque el dicho reuerendíssimo arzobispo, con el qual, por sus méritos e virtudes e mucha affectión que siempre ha leuado e lieua a nuestro honor e stado, somos mucho obligado, tiene en esto grant voluntat, e nos por consiguiente, por su respecto, vos rogamos quanto affectuossamente podemos que, por amor e complacencia nuestra, queráys por vuestras letras supplicar la santedad de nuestro senyor el Papa quiera conferir el dicho obispado en persona del dicho prothonotario. Car allende que en ello concorren las cosas sobredichas, el dicho prothonotario es persona enteramente de aquesta e mayor cosa digna. Lo que vos tendremos a complacencia singular. E sea, ilustrísimo príncipe, nuestro muy caro e muy amado sobrino como a fijo, nuestro senyor Dios en vuestra continua guarda e protettión. Del nuestro real campo contra el Castillo de Amposta, a XI de mes de janero del anyo Mil CCCC LXVI.

1466, enero, 29. Roma.

Paulo II comisiona a Lianoro de Lianoris, doctor en leyes, secretario y continuo comensal del papa y su nuncio en Castilla, para que tratara de conseguir la liberación de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, y Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, encarcelados en Castilla como consecuencia de los tumultos y discordias existentes en aquel reino.

Ed. en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 2, pp. 2-3.

41

1466, enero, 29. Roma.

Bula de Paulo II declarando inválida la elección que el cabildo catedralicio de Sigüenza había hecho de Diego López de Madrid, deán de Sigüenza, como nuevo obispo, alegando que había reservado la provisión de dicha sede antes del fallecimiento de Fernando de Luján, recién fallecido obispo.

Ed. en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 4, pp. 6-7.

42

1466, febrero, 6. Salamanca.

Privilegio de Enrique a Alfonso de Acuña, obispo de Jaén, oidor y consejero real, de la Torre de Lope Fernández, en el término de Jaén, las casas real de la ciudad de Andújar, con ciertos derechos, y 6.000 florines de oro. Todo ello es en compensación por los daños y robos sufridos durante el cerco de más de treinta días al que Pedro Girón, maestre de Calatrava, le sometió en el castillo episcopal de Begíjar por no querer unirse a sus rebeldes.

RAH, leg. 9/6483, fols. 218v-219v. Ed. en CÓZAR MARTÍNEZ, F. de, *Noticias y documentos*, op. cit., pp. 272-274. Reg. en LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV*, op. cit., doc. 2170, pp. 781-782.

1466, marzo, 15. Segovia.

Cédula de Enrique IV por la que recordaba al concejo de Cuenca que, antes de su prisión, había encomendado la guarda de esa ciudad a fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, su confesor y miembro de su Consejo. Ahora que el obispo era libre, le encomienda de nuevo dicha guarda, y ordena al concejo que cumpla todas las órdenes y mandatos que el prelado dictara en pro de su servicio y de la defensa de esa ciudad, como si él mismo se lo ordenara.

Ed. en GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLIV, pp. 398-399.

1466, marzo, 19. Villa de San Mateo.

Carta de creencia de Juan II de Aragón al papa Paulo II en favor de su embajador, el arzobispo de Cagliari, quien acudía ante él para suplicarle en su nombre que otorgara la sede vacante de Sigüenza a Diego López de Madrid.

ACA, RC, reg. 3446, fols. 78v-79r.

1466, abril, 1. Burgos.

Luis de Acuña, obispo de Burgos, comparece ante el cabildo catedralicio de Burgos para requerir a sus miembros, ante el paso de la villa de Valladolid al bando enriqueño, que ratificaran el juramento de fidelidad que habían prestado al infante-rey Alfonso, restando valor a la pérdida de dicha villa para su partido, pues este había ganado otras muchas. El cabildo acepta su petición, y se añade a los juramentos previamente prestados el que el obispo y los beneficiados de su Iglesia habrían de

ampararse mutuamente en el caso de que alguno de ellos resultara perjudicado de algún modo por mantener dicho juramento.

ACB, Registro de Actas 17, fols. 376r-v.

Luego el dicho reuerendo sennor obispo dixo que él era venido sobre rasón que ya sabían los debates e escándalos que auía en este reyno, e cómo asý los sennores de la çibdad, como él e ellos, auían jurado de guardar el seruiçio de Dios e del rey nuestro sennor e el bien e pro común desta çibdad e de las personas e bienes dellos, segúnd se contenía por el juramento que auían fecho. E que agora, segúnd auía sentido, algunos omnes de poca manera, desiendo que porque Valladolid se auía alçado de la obediencia del sennor rey don Alonso, se auían alborotado, e que non enbargante que este lugar se alçase, que nin por ende el dicho sennor rey don Alonso nin los grandes sennores del regno que con él estauan fasían ese sentimiento que algunos pensauan, e que sy aquella villa auían perdido, auían alçado otras más. Por ende, que non enbargante qué bien creya e tenía que todos estauan prestos e firmes en el seruiçio del dicho sennor rey e guarda de la dicha çibdad e de las otras cosas que auían jurado, pero por mayor abundamiento, e porque ouiesen más voluntad de lo guardar, que deuían retificar el dicho juramento e lo faser de nuevo, e asy mismo deuían nonbrar algunos sennores dellos para que pudiesen entender en estos negoçios e la orden que diesen aquella se seguisse. A esto le fue respondido, en efecto, que los sennores, al tiempo que dieron la obediencia al dicho sennor rey don Alonso, que la dieron porque entendieron que asý conplía a seruiçio de Dios e segúnd los casos que fueran propuestos, e que después acá e agora e todo sienpre estauan prestos de guardar su seruiçio e el bien e pro desta çibdad e de las personas della, e que les plasía de retificar el dicho juramento, e asy mismo que deputauan algunos sennores dellos para que pudiesen entender con su merçed e con los otros deputedos de la çibdad en las cosas que fuesen nesçesarias. E por ende, el dicho sennor obispo e todos los sennores del dicho cabildo saluo Gadea, que les pidió por merçed que le non mandasen jurar, retificaron e aprouaron los dichos capítulos e otros, juraron a Dios e a Santa María e a la sennal de la cruz que en manos de mí, Pero Rodríguez, notario, por sí cada vno corporalmente de guardar e conplir todos los capítulos jurados e firmados que yo, el dicho notario, les mostré e leý delante e todo lo en ellos contenido. Allende dello, otorgaron este capítulo que se sigue: que sy acaesare que, por cabsa de los susodichos o de alguno dellos, el dicho sennor obispo o algunos de los dichos beneficiados de la dicha Iglesia resçiban dapno en sus personas e rentas e

bienes e beneficios donde quier que los tengan, que en el tal caso, quel dicho sennor obispo e los dichos sennores del dicho cabildo resistirán a todo su poder la tal ofensa de sus personas e bienes e el dapnno que por ello resçibieren en las dichas rentas e bienes, que lo reçedirán e repararán de sus propias fasiendas. E sy alguna persona de los dichos sennores beneficiados fueren presos e detenidos, que asy mesmo procurarán e trabajarán por su deliberación, fasta tanto que sea deliberado e de su fasienda dellos lo deliberarán e le puntarán. E lo juraron asý.

46

1466, abril, 6. Real contra el castillo de Amposta.

Carta de Juan II de Aragón a Paulo II solicitando que otorgara la sede de Sigüenza a Diego López de Madrid, no obstante la provisión realizada de la misma por el propio papa en favor del cardenal Juan de Mella. Le indica que su embajador, el arzobispo de Cagliari, le hablaría más por extenso de esta cuestión.

ACA, RC, reg. 3447, fols. 22r-v.

47

1466, abril, 27. Arévalo.

Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, se dice depositario de una escritura realizada entre Enrique IV, por un lado, y el marqués de Villena y los condes de Plasencia y Benavente, por el otro, que promete mantener en secreto hasta que con acuerdo de las partes se concluyera su redacción.

AHNOB, Frías, C. 14, doc. 2.

Yo, don Alfón de Fonseca, arçobispo de Seuilla, otorgo e conosco que reçebí en depósyto vna escriptura que está firmada de los nonbres del sennor rey don Enrrique e del conde de Plasencia e del marqués de Villena e del conde de Benaunte, e sellada con sus sellos. La qual está escripta en çinco fojas de papel de pliego entero con çiertos términos e con la fecha della en blanco. La qual dicha escriptura seguro e prometo que

non entregaré a ninguna de las partes a quien toca nin la mostraré a persona alguna fasta que, de acuerdo e consentimiento del dicho sennor rey e de los dichos marqués e condes e del dicho marqués con el dicho sennor rey, sean llenos los dichos términos e la fecha della. Lo qual prometo e seguro como perlado e cauallero de tener e guardar e conplir. En fe de lo qual firmé la presente de mi nonbre. Fecho en Arévalo, veynte e siete días de abril, anno del sennor de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos. A. Ispalensis.

48

1466, mayo, 2. Arévalo.

Carta de un miembro relevante de la Corte alfonsino no identificado en la que narra cómo se recibió en dicha Corte la noticia de la enfermedad y muerte del maestre de Calatrava Pedro Girón y lo que se había dispuesto por ello. El arzobispo de Toledo habría de marchar a Villarreal [Ciudad Real] con 500 lanzas en previsión de que hubiera de prestar apoyo al marqués de Villena para tomar el control de los bienes de su difunto hermano, mientras que un obispo no especificado (¿el de Coria?) se quedaría junto al infante-rey acompañado por el conde de Benavente.

AHNOB, Villena, C. 1, doc. 104.

Sennor, este jueues en la noche pasada vinieron nuevas en que ¿juntas? cómo el duque de Seuilla e maestre de Calatraua eran muertos en esta manera: quel maestre escreuió vna cédula al marqués e al arçobispo como él se sentia enojado e se yua a Villarreal a esperarlos, e partido de fecho, e en vn aldea en el camino, le apretó el mal que non pudo pasar, e vn físico e su mayordomo escriuieron al marqués cómo la fiebre se le auía puesto en la cabeça e que era pestilencia, e que estaua tan syn sentido que non se espereaua del saluo por miraglo su vida. E el acuerdo que ouieron fue esto: que luego partiese el arçobispo e el marqués e se fuesen luego çerca de Villarreal, do el maestre está, e sy lo fallasen muerto, quel marqués pasase adelante a poner remedio en su fasienda e fortalezas. De lo qual él va muy desesperado porque Caruajales e quatro o çinco hermanos suyos tienen todas sus fortalezas, espeçial Caruajales el mayor todo su dinero e oro e plata e joyas e quanta fasienda tenía, el qual es casado con vna hermana del duque de Alburquerque ¿pronce?. Asymismo, que se ayuntan allí, en Villarreal, con el arçobispo quinientas lanças del marqués e arçobispo para faser espaldas al marqués

en eso que ouiere de faser, e a Talauera que se venga el maestre de Alcántara con toda su gente. E aquí queda el rey e el obispo e el conde de Benaunte e yo, poco menos ferido, segúnd la flaqueza e trabajo a que he llegado. E aún esto, ha de enbiar aquí el conde de Plasencia con la otra gente que está aquí del conde de Benaunte e suya otros caualleros, e que vuestra merced e el conde de Paredes e los otros que estáys allá fagáys otro golpe de otra tanta gente. E esta es la cuenta. Non sé sy será syn la huespeda que sy tan acuçioso fuese en proueer a las nesçesidades de sus amigos o lo fuera fasta aquí a los que menester lo ayades, non fuera marauilla fablar tan floxo en su fecho como él fablaa en ellos, más tan dichoso lo fiso Dios que todos apreten en sus fechos como sy fuesen propios e él aprete e afloxe quando quisiere, como él juego de la correhuela. Pero sy esto del maestre es verdad, tentación le será aún que a los fechos generales de nosotros tan grand cosa como aquella fará mengua. Lo del duque, sennor non es venido mensajero saluo vno que dixese aquesto, e segúnd su dolencia mochas veses lo han judgado por muerto. Sy esto algo fuere, sennor, vuestra merced me enbíe el consejo que deuo faser e escreuir a todos estos, pues acuden a lo del maqués, que asý quieran acudir por mi honrra, pues es vuestra e de vuestro linaje mi acresçentamiento tanbién, como la fasienda del maestre para el marqués e para su fijo, e non con menos justiçia. E escriuid al sennor arçobispo que, pues allá pasa, sy fuere verdad esto del duque, quiera juntar este fecho con el del maestre para el marqués, que bien sé yo que non pasará allá el marqués nin su estado por fechos de vuestra merced nin míos sy este caso non nasçiera, e sy Dios ha querido que asý venga todo junto, agora es tienpo, sennor, de ver vuestra merced e yo qué ayuda tenemos en la parçialidad en que estamos puestos, pues a su fecho del marqués syn el mío ca bien le acuden. E en esto, sennor, non sé que más diga a vuestra merced saluo que le pido que tome este fecho por suyo. Sy algo fuere, qualquiera otra nueva que venga, luego se lo faré saber a vuestra merced. La qual nuestro sennor guarde con todo lo que bien querrá. De Arévalo a II de mayo. Sennor esta carta non la vea saluo mi sennora, mi hermano e mi sobrino sennor don a[lfonso?] que don enrique”.

Carta de creencia de Juan II de Aragón en favor del arzobispo de Cagliari, Francisco Ferrer, dirigida al cardenal Juan de Mella, candidato pontificio a la mitra seguntina.

ACA, RC, reg. 3380, fol. 12v.

Reuerendísimo padre en en Christo e senyor, amigo nuestro muy caro. Sobre la prouisión del obispado de Cigüença, la qual deseamos mucho sea fecha en la persona del bien amado nuestro don Diego López de Madrit, apostólico prothonotario e electo al dicho obispado, screuimos de ¿parte? nuestra voluntat al reuerent padre en Christo, amado consellero, procurador e embaxador nuestro en aqueya Corte, el arcobispo de Caller, por el qual será referida a vuestra reuerendísima paternidad. Rogamos por ende aquella con la maior affectión que podemos que, dando al dicho nuestro procurador plena fe e creença como a nuestra propia persona en todo lo que de nuestra parte le refferirá, por amor nuestro quiera fazer en ello lo que della bien confiamos. Car será cosa que muy mucho le agradeceremos, ofreciéndonos con muy buena voluntat a complazer aquello. Dada en el nuestro campo royal contra el castillo de Amposta a IIII de mayo, anyo de LXVI.

50

1466, mayo, 4. Real contra el castillo de Amposta.

Carta de Juan II de Aragón a Francisco Ferrer, arzobispo de Cagliari, indicándole que acudiese de nuevo ante el pontífice para suplicarle que aceptase la elección de Diego López de Madrid como obispo de Sigüenza. Además, le ordena que acuda ante el cardenal Juan de Mella, candidato pontificio para la sede seguntina, para convencerle de que desista de obtener este obispado.

ACA, RC, reg. 3380, fols. 12v-13r.

El Rey. Reuerendo padre en Christo, amado consellero e procurador nuestro: por diuersas letras vos hauemos significado la voluntat e deseo nuestros, que son que el amado nuestro don Diego López de Madrid, apostólico prothonotario, sea prouehido del obispado de Cigüença. E en sto tenemos tanta voluntat que más no porniamos por los respectos que ya por otras vos hauemos significado. Agora vos significamos que por

sola sta causa es enuiado de la parte de allá por solicitar stos fechos el amado nuestro Sorleon. E como continuamente perseueramos en ste deseo e voluntat e vaya mucho en sto al seruicio nuestro, por sto vos rogamos e encargamos por muy grant seruicio nuestro, en vno con el dicho Sorleon, el qual hauréys por mucho encomendado, seáys con el dicho nuestro Santo Padre e supliquéys su santidad proueda del dicho obispado en persona del dicho don Diego López de Madrit, no obstante la prouisión por su santidad fecha en persona del reuerendísimo cardenal de Çamora. Con el qual cardenal por lo semblante fablaréys de nuestra parte e le rogaréys, por nuestro amor, quiera desistir deste obispado, ofreciéndole que, en quanto poremos, faremos por él con muy buena voluntat. E sto le poréys dezir en virtud de la letra de creença que le enuiamos explicadera por vos. En lo qual vsaréys de la diligencia e buena cura que siempre en nuestras cosas hauéys acostumbrado e de vos bien confiamos. Dada en nuestro campo royal contra Amposta a IIII de maio, anyo de M CCCC LXVI.

51

1466, mayo, 12. Segovia.

Enrique IV comunica a los concejos de Cuenca y de Moya, que para procurar su guarda y defensión y de sus tierras y evitar que los que estaban en su rebeldía se apoderaran de ellas, y por la confianza que tenía en la lealtad de Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, su maestro y confesor, oidor y consejero, le encomendaba la guarda de ambas. Ordena a ambos concejos acatar todas sus órdenes y sentencias, recibirle en con sus gentes de armas cada vez que acudiera a ellas y proporcionarle a él o a quien él designara sus huestes concejiles.

GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLV, pp. 400-402.

52

1466, mayo, 21. Burgos.

Varios capitulares de la catedral de Burgos solicitan permiso para acudir con el obispo de Burgos Luis de Acuña a tomar Torresandino, lugar desde el que se fatigaba a los vecinos de la ciudad.

ACB, Registro de Actas 17, fol. 395r.

Luego fue allí propuesto por Girón e Coria que ya sabían cómo el sennor obispo yua sobre este lugar de Torresandino, que agora se auía tomado a fin de fatigar e faser mal e dapnno a los vesinos desta çibda,d para tener manera de los poder quitar e apartar dende, e a ellos era nesçesario e aún a otros beneficiados de yr con su merçed. Por ende, que les pedían por merçed que los mandasen puntar. Los sennores, vista su proposición, e porque el sennor obispo va por su persona sobre este fecho, que es cosa que cunple a la república que aquella gente non esté en aquel lugar, que mandauan que los puntasen por quinze días estando con el sennor obispo sobre este caso, e sy caso veniere que non ayan de estar tanto tienpo, que non les sea puntado saluo el tienpo nesçesario [que] fuere o estouieren a aquello con su merçed. E sy más tienpo ouieren de estar, que lo fagan saber a los sennores e que entonçe proueerán.

53

1466, junio, 18-22. Porcuna-Begíjar.

Carta de confederación entre Juan Pacheco, marqués de Villena, y Alfonso de Acuña, obispo de Jaén, por la que el prelado jura servir y seguir al citado marqués y al infante-rey Alfonso y ambos se prometen ayuda y amparo mutuo.

AHNOB, Frías, C. 14, doc. 3.

Yo, don Iohan Pacheco, marqués de Villena, mayordomo mayor del rey, nuestro sennor, e del su Conseio, e yo, don Alfón de Acunna, obispo de Jahén, del Conseio del dicho sennor rey, otorgamos e conosçemos que fasemos e conçertamos entre nosotros buena e verdadera amistad e conformidad e de aquí adelante en toda nuestra vida seremos amigo de amigo e enemigo de enemigo. E que yo, el dicho obispo, seruiré e seguiré de aquí adelante para en toda mi vida al rey don Alfón, nuestro sennor, e a vos, el dicho sennor marqués, e a los sennores vuestros sobrinos, fijos del maestre, vuestro hermano, que Dios aya, contra todas las personas del mundo, avnque sean reales o

descendientes de aquel estirpe o aún conjuntan en qualquier grado, e que guardaré e conpliré las cartas e mandamientos del dicho sennor rey e las vuestras realmente e con efecto, e non tratare nin consyntyre nin permityre faser nin tratar cosa alguna que sea en deseruiçio del dicho sennor rey e vuestro e de los dichos vuestros sobrinos. E sy sopiere o syntiere que se fase o fabla o trata cosa alguna que en contrario de lo susodicho sea, lo estoruaré e lo registraré con todas mis fuerças e poder e lo faré saber al dicho sennor rey don Alfón e a vos, el dicho sennor marqués, e a los dichos sennores vuestros sobrinos para que proueades e remediedes en ello como entendades ser conplidero a vuestro seruiçio. E con mi persona e con mi gente e poder me juntaré con vos, el dicho sennor marqués, e con los dichos vuestros sobrinos e con quien vos quisyerdes e mandaredes cada ves que me llamardes, e vos ayudaré en todas las cosas que yo podré, e faré lo que quisyerdes e mandaredes e seguiré lo que syguieredes, e non me apartaré de vuestro querer e mandado e voluntad en ningúnd tienpo nin por alguna manera nin cabsa nin rasón nin color que sea o ser pueda. E yo, el dicho marqués de Villena, prometo e seguro a vos, el dicho sennor obispo de Jahén, mi tío, de guardar vuestra persona, honrra, casa e estado e de vos ayudar e defender contra todas las personas que lo ayáys menester e con mi casa e gente, e de los dichos mis sobrinos se fará por vos e por vuestra casa todo lo que ayáys menester e a vuestra honrra cunpla, en manera que en vuestro estado nin en vuestras rentas nin en cosa alguna de lo vuestro non resçibáys danno nin mengua alguna. Lo qual todo susodicho e cada cosa dello juramos a Dios e a Santa María e a esta sennal de Crus [Cruz] e a las palabras de los Santos Euangelios, do quier que están, e fasemos pleito omenaje vna e dos e tres veses al fuero e costunbre despanna, yo, el dicho marqués, en las manos de don Garçía Lópes de Padilla, clauero de Calatraua, e yo, el dicho obispo, en las manos de Pero Días de Quesada, regidor de Baeça, onbres fijosdalgo que están presentes e de nos lo resçiben, que ternemos e guardaremos e conpliremos e faremos de lo susodicho e cada cosa dello realmente e con efecto, e que non yremos nin vernemos nin pasaremos contra ello nin contra parte dello en algúnd tienpo nin por alguna manera. En testimonio de lo qual mandamos faser dos escripturas de vn thenor e firmámoslas de nuestros nonbres e mandámoslas sellar con nuestros sellos. Fecha en la villa de Porcuna, dies e ocho días de junio, anno del nasçimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos. El marqués. A. episcopus giennensis. Esta escriptura se otorgó por el sennor obispo en Bexíjar, domingo veynte e dos días de junio anno del sennor de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos.

1466, agosto, 13.

Albalá por el que el rey Alfonso comunica a sus contadores mayores que había concedido a Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, en recompensa a sus servicios, la alcaidía de la ciudad de Ávila por juro de heredad, con un salario de 120.000 maravedíes anuales.

Ed. en MORALES MUÑIZ, M. D. C., *Contribución al registro diplomático del rey Alfonso*, op. cit., doc. VIII, pp. 61-63.

1466, agosto, 30. Valladolid.

Carta de Enrique IV al concejo de Ágreda para informar del curso de la guerra. En ella recuerda cómo el año anterior, teniendo sus huestes sobre la villa de Valladolid contra los caballeros y prelados que estaban apoderados del infante, su hermano, accedió a establecer una tregua con ellos. Sin embargo, estando en la villa de Coca, reunido con prelados y caballeros de su Consejo y otros de la otra parte para procurar la paz del reino, había sabido que el conde de Luna y gentes de su partido [alfonsino] habían puesto cerco a la villa de Valencia de don Juan, donde se encontraban el marqués de Astorga, el duque de Valencia de don Juan y Gutierre de Quijada, sus partidarios. Conocido esto, abandonó Coca para acudir al socorro de ellos, para lo cual convocó al marqués de Santillana, al duque de Alburquerque, al conde de Alba, a los obispos de Calahorra y Palencia y a otros prelados y grandes del reino. El monarca continúa explicando cómo se habían desarrollado los enfrentamientos entre él y sus opositores en los meses previos.

Ed. en PORRAS ARBOLEDAS, P. A., “Colección diplomática de Ágreda...”, op. cit., pp. 384-386.

1466, agosto, 21. Roma.

Bula de Paulo II declarando inválidas las elecciones que para las sedes de Sigüenza y de Oviedo habían realizado sus respectivos cabildos catedralicios contra las reservas pontificias. El papa ordena al cabildo seguntino que dejara de reconocer al deán Diego López de Madrid como su obispo y haga entrega de la sede al cardenal Juan de Mella, al cual había designado para ocuparla. Por su parte, denuncia que el cabildo ovetense, contra su reserva en favor de Juan Díaz de Coca, capellán pontificio, había escogido como su obispo a Suero de Quiñones, quien ni contaba con la edad canónica para ostentar el cargo. Ambas instituciones capitulares habrían de entregar de inmediato la posesión de aquellas sedes a los candidatos pontificios, amenazándoles el papa con que, en caso contrario, aplicará sobre ellos las más graves penas y censuras eclesiásticas.

Ed. en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 8, pp. 10-14.

1466, octubre, 17. Bonilla de la Sierra.

Carta de Martín Fernández de Vilches, obispo de Ávila, oidor y consejero del rey, por la que se compromete con García Álvarez de Toledo, conde de Alba, a prestarse ayuda mutua, considerando la fidelidad de dicho conde al rey Enrique IV. El obispo, por solicitud del conde, se une a la confederación que este tenía con la reina Juana, el marqués de Santillana y el duque de Alburquerque.

Ed. en MONSALVO ANTÓN, J. M., *Documentación histórica del Archivo municipal de Alba de Tormes*, op. cit., doc. 184, pp. 238-239.

1466, noviembre, 19. Cuenca.

Fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, en virtud de los poderes que tenía del rey para la guarda la ciudad sede de su obispado, aprueba las velas y rondas encomendadas por el concejo a Bartolomé Lozano.

GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLVIII, p. 409.

58

1466, diciembre, 12.

Carta de Enrique IV a Pedro de Córdoba y Solier, obispo de Córdoba, de su Consejo, agradeciéndole que abandonara el partido del príncipe Alfonso para regresar a su lealtad, y le da su palabra de que por ello le haría mercedes. Se compromete conseguir que el papa retire la pensión que sobre las rentas de su mesa episcopal disfrutaba Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra.

AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 76.

El Rey. Por quanto vos, el reuerendo padre don Pedro de Córdoua, obispo de la dicha çibdad e del mi Consejo, acatada la lealtad e fidelidad que me deuedes como a vuestro Rey e sennor, dexases la vía del príncipe don Alfón, mi hermano, que en estos tienpos pasados, por subjestión de algunas personas que non desean mi seruiçio, auiades seguido e vos reconçiliases a mí e a mi seruiçio, por lo qual mi merçed e voluntad es de vos faser por ello merçedes porque otros ayan voluntad de lo asý faser. Por la presente, vos seguro e prometo por mi fe e palabra real, asý como rey e sennor, de suplicar a nuestro muy Santo Padre tantas quantas veses cunpliere porque su santidad vos mande quitar la pensión que está puesta en el dicho vuestro obispado al muy reuerendo padre don Pedro Gonçáles de Mendoça, obispo de Calahorra, oydor de la mi Abdiencia e del mi Consejo. E que en tanto que por su santidad vos es quitada la dicha pensión, yo faré della emienda al dicho obispo de Calahorra, por manera quel dicho vuestro obispado vos quede esento e syn pensión alguna. Por firmesa de lo qual, vos mandé dar la presente firmada de mi nonbre e sellada con mi sello. Fecho a dose días de desienbre, anno de sesenta e seys. Yo, el Rey. Por mandado del Rey. Alonso de Badajos. [Abajo: Seguro al obispo de cordoua que le sera quitada la pension de su obispado].

1466, diciembre, 16. Cuenca.

Juramento prestado por la ciudad de Cuenca a Enrique IV a requerimiento de Lope de Barrientos, obispo de Cuenca. Se comprometen a defender la ciudad por el rey y, para alcanzar este objetivo, a cumplir y acatar todas las cartas y mandamientos del obispo. También juran comunicar al prelado cualquier cosa que supieran contraria al servicio del rey, del obispo y del bien común de la ciudad o que estorbara a la misión del mitrado en la urbe.

GALINDO GUIJARRO, C., *Andanzas políticas de don fray Lope de Barrientos*, op. cit., doc. CXLIX, pp. 410-411.

1466, diciembre, 20.

Enrique IV promete a Pedro de Córdoba y Solier, obispo de Córdoba, que si conseguía que la ciudad de Córdoba regresara a su obediencia, haría que el papa retirara la pensión que sobre las rentas de su mesa episcopal disfrutaba el obispo de Calahorra y le haría merced de la villa de Santaella.

AHN, Diversos-Colecciones, leg. 287, n. 77.

Yo, el Rey. Por quanto vos, el reuerendo padre don Pedro de [espacio en blanco], obispo de Córdoua, del mi Consejo, acatada la lealtad e fidelidad que me deuedes e con deseo que a mi seruicio tenéys, procuráys que la çibdad de Córdoua se torne a mi obediencia e seruicio, por la presente vos prometo e do mi fe real que vos fasiendo o teniendo manera que la dicha çibdad de Córdoua se torne a mí e a mi obediencia e seruicio, que vos yo quitaré e faré quitar la pensión quel obispo de calahorra tyene sobre este dicho obispado, por manera que le vos tengáys e poseáys libre e desenbargadamente, syn pensyón alguna. E más, que vos faré merçed de la villa de Santaella con su término e juredición, para que sea vuestra por juro de heredad para syenpre jamás. Lo qual juro a Dios e a Santa María e a las palabras de los santos

euangelios como rey christianíssimo de tener e conplir en la manera susodicha e de non yr nin venir contra ello nin contra alguna cosa nin parte dello en algúnd tyenpo nin por alguna manera. Por firmesa de lo qual vos mandé dar esta mi carta firmada de mi nonbre e sellada con mi sello. Fecha a veynte días del mes de disienbre anno del nascimiento de nuestro saluador Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos. Yo, el Rey. Yo Iohan de Ouiedo, secretario del rey, nuestro sennor, lo fise escriuir por su mandado. Registrada.

61

1466. s. l.

Carta de Enrique IV por la que solicita al doctor Rodrigo de Vergara, su procurador en la Corte de Roma e inmediato administrador de la sede de Tuy y obispo de León, que solicitara al papa la exención de la jurisdicción del maestre de Alcántara para Alfonso de Monroy, clauero de dicha Orden, y para frey Rodrigo de Peñaranda, comendador de ella, por quanto aquel pretendía actuar contra ellos por ser fieles a su causa.

ADA, Caja 3, n. 21.

El Rey. Doctor de Vergara, mi procurador en corte de Roma. Yo enbió suplicar a nuestro Santo Padre quiera apartar e exymir de la juridición del maestre de Alcántara a don Alfón de Monroy, clauero de la dicha Orden, e a frey Rodrigo de Pennaranda, comendador della, e que le ponga perpetuo sylençio para que les non pueda quitar sus encomenderos nin faser proçeso alguno nin proçeder contra ellos en cosa alguna, por quanto el dicho maestre, por ellos se aver mostrar en mi seruicio, les tyene mucho odyo e enemistad e los quiere fatygar contra derecho, segúnd que por el trasunto de la dicha mi suplicación, que aquí vos enbió yncluso, veréys. E por quanto yo tengo mucho cargo de los dichos clauero e comendador frey Rodrigo por los muchos e buenos e leales seruicios que ellos me fasen e han fecho, yo vos ruego, sy plaser me deseáys faser, tomando este fecho como propio vuestro, de mi parte apresentéys la dicha mi suplicación a nuestro Santo Padre e con toda dyligençia trabajéys porque su santidad condeçienda a la dicha mi suplicación e faga la dicha esymición, ynformándole todas las cosas que por el dicho maestre en mi deseruicio se han fecho e cómo porque los dichos

clauero e comendador me han seruido e syruen quiere proçeder contra ellos. En lo qual creed agradable plaser e seruicio sennalado me faréys. De [en blanco] días de [en blanco] anno de LXVI. Yo el Rey. [Abajo: Al doctor de Vergara y don [en blanco]].

62

1467, enero, 3. Ocaña.

Carta del infante-rey Alfonso al concejo de Córdoba por la que comunica que había encomendado la guarda de la ciudad de Córdoba y su tierra a Alfonso Fernández de Córdoba, señor de Aguilar, al obispo de Córdoba, a Luis Méndez de sotomayor, señor del Carpio, y a Martín Fernández, alcaide de los Donceles, con toda una serie de facultades para defender la urbe.

ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 22.

Don Alfón, por la graçia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Gallisia, de Seuilla, de Córdoua, de Murçia, de Iahén, del Algarbe, de Algesira, de Gibraltar e sennor de Viscaya e de Molina. Al concejo, alcalldes, alguasiles, veyntequattros caualleros, escuderos, jurados, ofiçiales e omnes buenos de la muy noble e muy leal çibdad de Córdoua e su tierra e a cada vno e qualquier de vos a quien esta mi carta fuere mostrada o su traslado signado de escriuano público, salud e graçia. Sepades que, entendiendo ser conplidero a mi seruicio e al pro e bien e guarda e pas e sosiego desa dicha çibdad e su tierra, mi merçed e voluntad es que don Alfón, cuya es la casa de Aguilar, e el reuerendo padre in Christo obispo de la Iglesia desa çibdad, e Luys Méndes de Sotomayor, cuya es la villa del Carpio, e Martín Ferrándes, mi alcayde de los Donseles, todos del mi Consejo, agora e de aquí adelante tengan cargo de la guarda desa dicha çibdad e su tierra, echando e lançando della a qualesquier persona o personas escandalosas a mi seruicio e la tener en toda pas e sosiego, proueyendo e remediando en todas las cosas que ellos vieren e entendieren ser conplideras a mi seruicio e a pro e bien e guarda e defendimiento desa dicha çibdad e su tierra. Porque vos mando que agora e de aquí adelante fagades e cunplades todas las cosas que por los susodichos vos fueren dichas e mandadas de mi parte como si yo por mi persona vos las dixiese e mandase, así çerca de la guarda desa dicha çibdad e su tierra como en todas las otras cosas que ellos vieren e entendieren ser conplideras a mi seruicio, so la pena o penas que ellos vos

pusieren e de mi parte mandaren, las quales dichas penas yo, por esta mi carta, vos pongo e he por puestas, e les do poder e abtoridad e facultad para las esecutar e mandar esecutar en las personas e bienes de aquel o aquellos que en ellas cayeren e incurrieren. E que en ello nin en cosa alguna nin parte dello les non sea puesto embargo nin contrario alguno. E los vnos nin los otros non fagades nin fagan ende al por alguna manera, so pena de la mi merçed e de priuación de los ofiços e de confiscación de todos sus bienes de los que lo contrario fisierdes para la mi cámara e fisco. E demás mando, so pena de la mi merçed e de dies mill maravedíes para la mi cámara a qualquier escriuano público que para esto fuere llamado, que dé ende al que vos la mostrare testimonio signado con su signo porque yo sepa en como se cunple mi mandado. Dada en la villa de Ocanna, a tres días de enero, anno del nascimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e siete annos. El Rey. Yo, Iohan Ferrándes de Hermosilla, secretario del rey, nuestro sennor, la fis escreuir por su mandado. [Abajo: Poder a don Alonso de Aguilar e obispo de Córdoua e Luys Méndes de Sotomayor e al alcayde de los Donseles para tener en pas e sosiego a Córdoua e su tierra]. [En el reverso: Firmas del conde de Benavente y del marqués de Villena].

63

1467, marzo, 31. Madrid.

Carta de Enrique IV por la que designa a fray Alfonso de Palenzuela, obispo de Ciudad Rodrigo, miembro de su Consejo, como su embajador ante el rey de Inglaterra para alcanzar un tratado de paz y alianza perpetua. El rey especifica que la elección se había producido contando con el consejo de la reina Juana y de los miembros de su Consejo, entre los que se cita al arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca. Se incluye el acta de presentación de la procuración, el 6 de julio de 1467, en el palacio de Westminster, y un resumen del acuerdo de alianza alcanzado.

AGS, PTR, leg. 52, doc. 16. Ed. en *Memorias de Don Enrique IV de Castilla*, op. cit., doc. CXLIV, p. 541-545. Reg. en LADERO QUESADA, M. Á. y OLIVERA SERRANO, C. (dirs.), *Documentos sobre Enrique IV*, op. cit., doc. 2317, pp. 830-831.

1467, abril, 10. Madrid.

Enrique IV comunica a sus reinos y, en especial, a las ciudades, villas, fortalezas y puertos de las costas de la mar, que envía al obispo de Ciudad Rodrigo, oidor de su Audiencia y miembro de su Consejo, a sellar una confederación, amistad y paz perpetua con el rey de Inglaterra y sus reinos. Les ordena que, si el obispo les comunicaba que dicha alianza había sido finalmente firmada, guardaran y tuvieran paz y amistad con el rey y reinos de Inglaterra en los términos por el prelado expresados.

AGG, Sección 1.^a, Negociado 1, leg. 2. Ed. en ORELLA UNZUE, J. L., *Cartulario real de Enrique IV a la provincia de Guipúzcoa*, op. cit., doc. 63, pp. 123-124.

1467, abril, 18. Roma.

Paulo II designa al obispo de León Antonio Jacobo de Veneris como legado a latere en los reinos de Castilla y León, confiando en su experiencia para conseguir la paz en entre Enrique IV y sus rebeldes. Le faculta para utilizar las censuras eclesiásticas en su misión.

Ed. en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas*, op. cit., doc. 15, pp. 33-34; y AZCONA, T. de, “Antonio Jacobo de Venier...”, op. cit., doc. 4, p. 26.

1467, mayo, 25. Roma.

Paulo II concede las facultades necesarias a Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León y su legado *a latere* en los reinos de Castilla y León, para poder ofrecer y conceder la encomienda del monasterio de Sahagún a Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, con el objetivo de inclinarlo a secundar la labor del legado para conseguir la paz en aquellos reinos.

Reg. en FERNÁNDEZ ALONSO, J., *Legaciones y nunciaturas, op. cit.*, doc. 20, p. 40.

67

1467, junio, 2. Toledo.

Carta del infante-rey Alfonso dirigida a la ciudad de Córdoba en la que, tras exponer los intentos de alcanzar un acuerdo entre sus partidarios y Enrique IV, denuncia que su antecesor había provocado la ruptura de las negociaciones que en la villa de Madrid se habían desarrollado bajo el amparo del arzobispo de Sevilla, y que procuraba levantar al reino contra él y los suyos. En consecuencia, ordena a sus seguidores que se preparen para combatirlo.

ADM, Archivo Histórico, leg. 161, Ramo 3, doc. 29.

Don Alfón, por la graçia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Gallisia, de Seuilla, de Córdoua, de Murçia, de Iahén, del Algarbe, de Algesira, de Gibraltar e sennor de Viscaya e de Molina. Al conçejo, alcalldes, alguasil e veynte e quatro caualleros, juradores, ofiçiales e omnes buenos de la muy noble çibdad de Córdoua e a cada vno de vos a quien esta mi carta fuer mostrada, salud e graçia. Bien sabedes, o deuedes, saber que después de que yo fuy asiento e jurado e resçevido por rey destos mis reynos por muchas e grandes e justas cabsas e rasones que a los perlados e grandes de mis regnos a ello mouieron, conformes a toda ley e derecho, al tienpo que yo estaua en la villa de Valladolid e don Enrrique mi anteçesor en Simancas, yo mandé e rogué a los dichos perlados e grandes de mis reynos que a la sasón conmigo estauan que, por seruicio de Dios, e por escusar la guerra de los dichos mis regnos e porque çesasen en ellos todos males e dannos e trabajos, entendiesen con el dicho don Enrrique en algunos medios de pas e de concordia, e entonçes allá fue acordado que se derramasen las gentes de vna parte e de otra e dyose tregua por çierto tienpo. La qual tregua por mi mandado, e a fin todavía de escusar las guerras, roturas e males e dannos del reyno, fue prorrogado de tienpo en tienpo fasta tanto que estando yo en Çigales e el dicho mi anteçesor en Valladolid, en el mes de setienbre del anno pasado de mill e quatroçientos e sesenta e seys annos, fue dado orden que los debates e quistiones que entre mí e el dicho mi anteçesor son, fuesen vistos e determinados por çiertos jueses, e

para esto se dieron çiertas prehendas e rehenes por el dicho mi anteçesor e por los grandes de mis regnos que conmigo estauan. Las quales se pusieron en poder del reuerendo padre arçobispo de Seuilla, segúnd más largamente se contiene en çiertos apuntamientos que entre mí e el dicho mi anteçesor allí pasaron. En lo qual, después estando yo en Madrigal e el dicho mi anteçesor en Coca, fue más entendido e platicado e dado orden e asiento que los dichos jueces viesen e determinasen los dichos debates, e para que esto mejor se pudiese faser, el dicho arçobispo de Seuilla touiese los dichos rehenes en la fortaleza de Madrid e los dichos jueces estouiesen en la villa so saluaguarda e seguro del dicho arçobispo de Seuilla, e allí diesen conclusión e determinación en los negoçios. A lo qual todo yo concedí e lo oue por bien porque mis naturales non fuesen fatigados nin guerreados nin resçebiesen los dannos e destruyçiones e males que de las guerras e disensiones del reyno se suelen seguir. E para conplir e faser lo que así estaua asentado e concordado, fue a la dicha villa de Madrid el conde de Plasençia, mi justiçia mayor e del mi Consejo, que era vno de los dichos jueces, e asymismo fue allí el marqués de Villena, mi mayordomo mayor e del mi Consejo, que asimismo auía entendido en estos negoçios e trabajado porque las cosas se llegasen a medios de concordia e de pas. Los quales requirieron por ante escriuanos al dicho don Enrrique que guardase e cunpliese çiertas cosas contenidas en los dichos apuntamientos, que antes de la determinación de los dichos negoçios él auía de faser e conplir porque se diese conclusión en las cosas e la dicha pas e concordia se acabase. El qual dicho don Enrrique non solamente non lo quiso faser nin conplir, más antes, quebrantando todo lo que auía jurado e prometido e asegurado, e mostrando bien su prepósito e mala entinçión en la pas e sosiego del reyno e queriendo guerras e males e dannos en él, trabajó que todo lo que en la dicha villa de Madrid se auía de concordar e asentar se derramase e destornase, e fiso alterar e alboroscar la gente de la villa e otra çierta gente suya que allá estaua contra el dicho arçobispo de Seuilla e contra la condesa de Plasençia, que allí era yda por trabajar en la pas. E ha dicho e dise e publica que non quiere ninguna pas nin concordia, e ha escripto e escriue cosas contrarias a lo que ha pasado, e enbía rogar a las gentes de las hermandades que se junten para le fauoresçer e ayudar, et asimismo procura e trabaja de juntar otras gentes a fin de escandalisar estos reynos e meterlos en guerras e trabajos. Et como quier que yo, doliéndome destos mis reynos e de mis naturales, he querido e quería escusar en ellos en las guerras e roturas e males e he fasta aquí concedido e venido en asas cosas porque la pas e la concordia del reyno se fisiese e acabase, pero pues el dicho mi anteçesor non lo ha querido nin quiere

así e procura e trabaja el contrario, yo he deliberado, con acuerdo de los perlados e grandes de mis reynos que conmigo están, de resistir a los malos conçetos e prepósitos del dicho mi anteçesor e trabajar e procurar de traer a mi obidiençia todos mis reynos e dar en ellos lo más presto que ser podrá toda pas e sosiego e tranquilidad e reposo por todas las vías que mejor podré. Por ende, yo vos ruego e mando que vosotros e todos los otros que estáys en mi seruicio e obidiençia, vos juntedes todos para me ayudar e fauoresçer contra el dicho mi anteçesor e para dar pas e sosiego e reposo e buen regimiento en estos mis regnos. E porque me disen que algunas çibdades e villas e lugares de las que están por el dicho don Enrrique, mi anteçesor, e por sus parçiales, por vía de hermandades o en otras maneras, se quieren juntar para fauoresçer e ayudar al dicho mi anteçesor, a los quales todos yo enbió notificar por mis cartas todas las cosas pasadas como mi voluntad e prepósito ha seydo e es procurar como he procurado la pas e sosiego e concordia e resposo destos regnos e cómo el dicho don Enrrique ha querido e quiere el contrario de todo aquello e trabajar por dar guerras e males e dannos e desinsiones en estos reynos e les enbió rogar e requerir que se estén quedos en sus casas e non le fauorescan por vía de hermandades, pues aquellas /non/ fueron estableçidas para faser males en el reyno, saluo para escusarlos nin en otra manera alguna, que sy lo fisieren asý seran guardados e honrrados e bien trabtados por mí e por las gentes e tierras que en mi obidiençia están. E si fisieren el contrario e todavía quisieren ayudar al dicho don Enrrique, mi anteçesor, e fauoresçerle en alguna manera, asimismo yo vos ruego e mando que vosotros os juntedes contra ellos por vía de hermandad o como mejor podrés e ge lo resistáys por vuestras personas e con vuestras gentes e armas e les fagades todos males e dannos como a personas que, seyendo por mí rogados e requeridos que se estén quedos en sus casas e non fauorescan al dicho Enrrique nin a los que lo siguen nin a sus malos conçebtos e voluntades, se junten con él e le ayuden e fauoresçan para los males e escándalos del reyno. En lo qual farés grand seruicio a Dios e a mí e a estos reynos grand bien, e serés cabsa que los escándalos e turbaciones e trabajos que en ellos están más presto se acaben, e yo vos seré en mucho cargo para vos faser merçedes e galardones por ello. Dada en la muy noble çibdad de Toledo, a dos días de junio del nasçimiento del nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e siete annos. Yo, el Rey. Yo, Fernando de Arse, secretario de nuestro sennor el rey la fise escreuir por su mandado”. [En el reverso: firmas del arzobispo de Toledo, el marqués de Villena y el conde de Plasencia].

1467, junio, 17. Coca.

El infante-rey Alfonso hace merced a Gonzalo de Castañeda, su trinchante, de los 13.877 maravedíes y medio que había confiscado a Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, por cuanto este, tras su convocatoria a todos los grandes, caballeros y prelados del reino para que le acudieran a servir, había permanecido en su “deseruiçio”.

AGS, EMR, MyP, leg. 6, fol. 70.

1467, junio, 28. Segovia.

Enrique IV jura en manos de Íñigo López de Mendoza que en adelante no hará trato ni concierto ninguno con el infante, su hermano, ni con ninguno de los prelados y caballeros que estaban en su compañía y opinión ni con cualquier otro sin consejo, acuerdo y consentimiento de Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra. Para mayor seguridad, el rey ordena a la ciudad de Segovia que, si no cumplía con su promesa, no habrían de recibirle en adelante ni obedecer ninguno de sus mandamientos. Al contrario, tendrían que dar toda ayuda y favor al obispo de Calahorra y a los caballeros que con él acudieran en pro de su servicio, aunque tal favor fuera contra él mismo.

AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 38. Ed. en VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J., *El Cardenal Mendoza ante la guerra civil*, op. cit., doc. III, pp. 53-59.

1467, agosto, 6.

Concordia entre Enrique IV, el marqués de Santillana, Pedro González de Mendoza, obispo de Calahorra, y Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, por la cual, como consecuencia de que el rey había realizado anteriormente “fablas e trabtos” con los prelados y caballeros a él rebeldes sin comunicárselo a aquellos que le servían y sin contar con su consejo, acuerdo y consentimiento, lo que había causado grandes daños a su estado real y a sus seguidores, y previendo que tratara de emprender otros tratos similares con aquellos, se acuerda que el rey no podrá entrar en negociaciones con aquellos durante los trece meses siguientes sin consentimiento del marqués de Santillana y del obispo de Calahorra. Asimismo, durante esos trece meses el rey no podrá entregar ni a la reina Juana ni a la infanta Isabel, su hermana, como rehenes a ningún prelado o caballero ni al infante, su hermano, sin consentimiento de los mismos. En seguridad de que el rey cumplirá con su palabra, habría de entregar la custodia de la princesa doña Juana, su hija, al marqués de Santillana durante los dichos trece meses. Si el rey incumplía este acuerdo, el marqués podría disponer de la princesa “a su libre voluntad”. Por su parte, el marqués, el obispo y Pedro de Velasco se comprometen también a no realizar trato alguno con los prelados y caballeros contrarios al rey durante ese mismo tiempo sin el consentimiento del rey, quedando el monarca libre de sus anteriores compromisos si incumplían esto último.

AHNOB, C. 1860, doc. 17. Ed. en LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, op. cit., pp. 456-457.

71

1467, agosto, 19. Burgos.

El cabildo catedralicio de Burgos acepta el requerimiento realizado por el obispo de León, legado del papa, para que se hiciera una procesión para rogar por la paz del reino.

ACB, Registro de Actas 18, fol. 48v

Este dicho día el sennor prouisor propuso cómo el sennor obispo de León, legado, le auía enviado llamar, e, entre otras cosas, le auía dicho e mandado que se fisiese proçesión para la pas deste reyno por todos, esentos e non esentos, e trataron

sobre este fecho. Acordaron que se faga proçesión solepne para este viernes a Sant Agostín, e asy mesmo mandó que se fisiesen otras rogarias en la elesia. E mandaron echar de destribuición a dos rreales por rraçión.

72

1467, agosto, 21. Olmedo.

Carta de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, al duque de Medina Sidonia describiendo los prolegómenos y la batalla que en Olmedo se había producido entre las tropas alfonsinas y las enriqueñas. El prelado le indica que había dado orden a los obispos de Burgos y de Osma, al conde de Buendía y a sus propios caballeros para que llegaran a Olmedo lo antes posible con el fin de perseguir a Enrique y poner fin a la guerra. Señala que muchas veces había requerido al duque su ayuda para este asunto, y vuelve a hacerlo.

AMJF, Actas de 1467, fols. 94r-95r.

Sennor, ya los días pasados bos auemos muchas veses escripto el grand peligro que se esperaua, la soberuia que los contrarios mostrauan des que los entregaron la fija de la reyna, pidiendo bos por merçed viniesedes o enbiasedes vuestra gente, lo qual non se fiso e por esta causa e por la tardança de los otros parientes e amigos los contrarios cobraron osadía para faser el mouimiento que fisieron. Que sabréys que don Pero de Belasco vino la semana pasada a se aposentar a Montemayor, dos leguas de Portillo, e allí dieron tanta priesa a don Enrrique que le fizieron mouer de Segouia el martes pasado. El miércoles se recogieron todos en vn real que llaman de Entrecavas, vna legua allende de Íscar, e este día vino veynte caualleros nuestros que auíamos enviado a ver su mouimiento. Fallaron vnos treynta suyos que estauan escaramuçando con él alliende Ýscar, e dieron en ellos e desbarataron e mataron e predieron asas dellos. E como nos çertificaron quel real estauan allí con yntinçión de pasar otro día la bía de Medina, e touimos asas consejo en casa del conde de Luna, que estaua mal de su pierna, e acordamos que sería mui grand deseruiçio del rey, nuestro sennor, e mengua de todos nosotros e grand çdisminuición o quiebra? de nuestros fechos sy ellos, como desían, pasasen por aquí çerca e asentasen real en La Mejorada, e como quiera que auía asas difirençias, todos acordamos de les dar batalla sy por aquí çerca pasasen. E para eso fue

acordado que el clauero e Rodrigo de Villosa se llegasen a yr jueves de manana con çinquenta caualleros de la ginetá por el camino de Yscar fasta el vado de Valviadero. Los quales, en llegando allá, vieron ya venir su hueste mouida por aquel mesmo camino e fisieronoslo saber. E acá auíamos acordado de salir en el vado, pero todavía la gente touo tanto que faser en confesarse e aderesçarse que salió tan tarde a se recoger a las banderas que teníamos en el campo que ellos ouieron de lograr de pasar el río. Creemos ser asý permitido por Dios que grandes días ha que se dise que auía de aber vna batalla entre los reyes en Balsamoral, e asý se llama ese logar donde gela dimos, la qual pasó en esta manera: asý como ellos pasaron el río, touieronse por mui seguros de pelear. Enbionos a desir don Enrrique con vn frayle que él se pasaua su camino de Medina por fauoresçer a los suyos, non con yntinçión de pelear, que nos ploguiese estar quedos e que se entenderían en estos negoçios. Respondimosle que se tornase a donde auía partido e que nos plasería, de otra manera, que non podía pasar syn batalla. E ellos todavía andando su camino fasta media legua de aquí, dexaron pasar su fardaje e mouieronse vn poco para fasta nosotros, en tanto que pasaua en la verdad soltarnos ya de çiento e çinquenta omnes de armas e más. Visto lo qual, nosotros ouimos el conde de Luna e don Enrrique, fijo del sennor almirante, que lleuaua el abanguardia, e el clauero por vna parte, e Fonseca e Rodrigo de Villosa, por otro, fisieron en las batallas del marqués de Santillana e del duque e de don Juan Ferrándes Galindo, e Pero de Fuentiueros e nos ferimos en la batalla de don Pero de Velasco, en que auía quatroçientos omnes darmas e asas golpe de ginetes. E la cosa fue tan porfiada e que por la vna parte algunos de los nuestros se dixerón vençer para çient omnes de armas suyos pasaron vn poco en el alcançe, de los quales quedaron muchos muertos e presos, e por la otra fueron vençidos los suyos más de verdad, e syguiose el alcançe fasta dos leguas e media de aquí, camino de Val de Astillas, ouo aças caualleros e caualllos muertos e feridos, e todos los más de los suyos, e fueron muchos presos, en espeçial de los omnes de armas de don Pero de Velasco, entre los quales fue preso Arnao, fijo de Ferrando de Velasco, e Juan de Velasco, su sobrino, e otros omnes de pro. E asý fueron todos arrancados del campo e nuestras gentes quedaron en el campo fasta dos leguas de aquí, e estuieron allí recogiendo el despojo fasta dos oras de la noche. Fue tomada toda la mayor parte de su fardaje e asas plata e muchas camas, entre los quales se tomó la de don Enrrique. E la bitoria del todo fue mui alegre saluo porque alguna gente que se recogió de los contrarios e prendieron a don Enrrique, fijo del sennor don Almirante, e Pero de Fontiueros, que yua siguiendo el alcançe. A don Enrrique lleuó don Luys de

Velasco e Pero de Fontiueros volvió luego sobre su fe. E el don Enrrique fuyó luego con treynta de cauallo. Nin nosotros nin los suyos fasta agora abemos sabido donde ¿aportó?. El rrey, nuestro sennor, estouo con tan gran esfuerço que es cosa de marauilla. Nos fuemos ferido de buen quenta de lança un poco por el braço, más, a Dios graçias, non es cosa alguna. De los suyos, que se recogieron fasta el número de quinientas lanças mal baratadas, nos disen que son apartados a Medina del Canpo. Agora abemos enviado al obispo de Burgos e a don Diego de Rojas e a Pero López de Padilla, que estauan en Pennafiel, e asimismo la gente nuestra e del conde de Buendía, nuestro hermano, e del obispo de Osma e alguna del maestre de Alcántara, que nos disen que bienen, que anden todos, los quales llegados entendemos mouer con el rey nuestro sennor para ellos e morir o acabar este fecho. Por ende, pedimos vos por merçed que, pues nuestro sennor ¿entrara? gloriosamente pelea, por nosotros nos ayudemos. E pues todas las cosas de allá son çeuiles e de aquí, como otras beses vos abemos escrito, se gana o pierde todo, queráys benir a correr a esto, que es la prinçipal, que sy acabamos de bençer, en toda Castilla vençemos, y por el contrario. Sobre lo qual ya non vos entendemos más escreuir de oy de más. Fased lo que entendierdes.

73

1467, septiembre, 16. Segovia.

Carta de Alonso de Guzmán, hermano del duque de Medina Sidonia, en la que relata a este cómo se había producido la toma de la ciudad de Segovia por los partidarios del infante-rey Alfonso y la entrada de este en la ciudad acompañado por el arzobispo de Toledo. Señala que el obispo [de Segovia] y Pedrarias procuran que no se hiciera ningún mal ni a la esposa del duque [Beltrán de la Cueva] ni a los ciudadanos de la ciudad.

AMJF, Actas de 1467, fols. 112v-113r.

Sennor, dos letras he escrito a vuestra sennoría, la vna con vn moço despuelas del adelantado e la otra con uno de Xerés, en las quales fasía saber a vuestra merçed las cosas de acá, en qué estado estauan. E lo que, sennor, es pasado después dellas es esto: sennor, después quel sennor conde de Plasençia e el maestre de Alcántara fueron en Aréualo con el maestre de Santiago, partieron ayer martes con toda la gente que ay tenía

e dixerón que yuan a se juntar con el rey, nuestro sennor, e con los otros sennores para yr sobre Medina. E saliendo de la villa dexaron el camino de Olmedo e tomaron el de Segouia, los quales trayan más de dos mill roçines, e andouieron, sennor, tanto que en amanesçiendo llegaron a Segouia. E Luego Pedrarias les dio vna puerta, por la qual luego entraron el condestable e nosotros con nuestra gente. E la entrada fue a peligro por que auía otros de la çibdad que non consentían en ello, y defendianos la entrada. E aún después de entrados, peleamos con ellos por las calles, más todavía los retraýmos a dos puertas de la çibdad, e los que las tienen son el vno Pedro de la Plata e la otra del Águila, a las quales se da orden de se combatir, e segúnd la gente que aquí está e la gana que tienen dello, presto se abrá. El rey, nuestro sennor, vino luego. E entrando estos sennores con su sennoría venían el arçobispo de Toledo e otros muchos sennores, e trayan otras dos mill lanças. Su sennoría entró muy solepnemente, más non con çerimonia de panno, más como quien la tomó por fuerça. Fuese a posentar a palaçio, e allí falló a la sennora ynfanta, su hermana, e muchas damas con ella, asý de las suyas como de las de la renya. La qual, como supo que la çibdad se quería entrar, fuese al alcáçar con las más que pudo. La muger del duque, sennor, está en la Iglesia Mayor, e el obispo defiende, e Pedrarias, que non le fagan ningún agrauio, e asymismo a todas las otras personas de la çibdad. Esto, sennor, es todo lo que es pasado fasta agora. Lo qual, sennor, más por ynstenso Boniel fará relaçión a vuestra sennoría, porque estando a todo ello. Vuestra sennoría me perdone porque non alargó más por ynstenso, porque esto bien cansado, segúnd el trabajo pasado e aún porque vuestra sennoría lo sepa más presto. Sennor, Pero Días besa las manos a vuestra sennoría. Sennor, nuestro sennor acresçiente la vida e estado de vuestra sennoría. De Segouia, a dies e seys de setienbre. Sennor, omillde seruidor de vuestra sennoría que las manos besa, don Alonso.

74

1467, septiembre, 23. Segovia.

Los nobles y prelados fieles al infante-rey Alfonso, entre ellos, el arzobispo de Toledo, el arzobispo de Sevilla, el condestable Rodrigo Manrique, Juan Pacheco, maestre de Santiago, el conde de Alba y el conde de Miranda, con deseo de que las guerras en el reino se atajen, acuerdan, primero, aceptar la solicitud presentada por “el rey don Enrique [...] de se poner en poder de nosotros” y someterse a su consejo en

la gobernación de su persona y casa, “de lo que queda”. Una vez acordado esto, se disponen a dar orden para que “el regimiento de estos reynos sea uno”. En primer lugar, se establece que, en adelante, habrían de tener cargo de estar con el rey Enrique el arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, el conde de Alba, el almirante de Castilla y su hijo Alfonso, y con el rey don Alfonso, todos los otros prelados y caballeros que le han seguido y estaban o pudieran estar en su Corte. Aquellos habrían de tener cargo de la gobernación de las personas y casas de los reyes y de las tierras que estaban en la obediencia de cada uno, pero todos se comprometían a que el regimiento del reino fuera uno y a mantener sus amistades, confederaciones y alianzas. Los que residirían con los reyes, juran poner en sus casas y cortes personas adecuadas al servicio de Dios y del reino. Además, se acordaba que la chancillería fuera de nuevo una, y que en ella se pusieran letrados y un prelado para administrar justicia y remediar los males pasados. Asimismo, todos se comprometen a no recibir ni consentir que se concediera merced alguna por parte de ninguno de los reyes superior a 50.000 maravedís. Todas las que superaran aquel valor, deberían ser aprobadas por los arzobispos de Toledo y Sevilla, el almirante de Castilla, el conde de Plasencia, los maestros de Santiago y Alcántara y los condes de Alba y de Benavente, o de aquellos de estos que estuvieran presentes en las cortes de dichos reyes. Por otro lado, todos se comprometían a que los oficios de las ciudades y villas, mercedes de por vida, raciones, quitaciones o lanzas pertenecientes a los miembros de las casas de cada uno de los prelados y nobles que formaban parte de este acuerdo que quedaran vacantes, fueran provistos a suplicación de aquel prelado o señor en cuya casa se produjera la vacante. Cada vez que una dignidad eclesiástica o militar vacara, los que estuvieran a cargo de la gobernación por ambos reyes habrían de ponerse de acuerdo para realizar una suplicación única y conjunta al papa para cada vacante. Para la resolución de posibles conflictos entre los prelados y caballeros firmantes, se acuerda que el almirante de Castilla y el maestro de Santiago fueran jueces árbitros en ellos. En seguridad de que todo esto se guardara y cumpliera, cada uno habría de entregar como seguridad una de sus fortalezas. En concreto, el arzobispo de Toledo entregaría su fortaleza de Brihuega, y el de Sevilla, la de Almonaster.

AZCONA, T. de, *Juana de Castilla, op. cit.*, Apéndice documental, doc. 14, pp. 356-362.

1467, octubre, 4. Segovia.

Juramento prestado por Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, el conde de Plasencia, los maestros de las órdenes de Santiago y Alcántara, el conde de Alba, Alfonso Enríquez, hijo del almirante de Castilla, el conde de Alba de Liste, el condestable Rodrigo Manrique, el conde de Miranda, Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla y todos los otros prelados y caballeros al servicio del infante-rey Alfonso, en favor del rey Enrique y de la reina Juana. Se comprometían a defender su vida, honor y estado y a no permitir que ninguna de las ciudades, villas, lugares o castillos y rentas que tenían fueran ocupados. Ello era como consecuencia de que el rey y la reina habían acordado confiarles a todos ellos sus personas, casas y la gobernación de aquella parte del reino que seguía en su poder. Además, el arzobispo de Sevilla, los condes de Plasencia y de Alba y Alfonso Enríquez, hijo del almirante, se comprometían con el rey de aconsejarle bien y fielmente y usar de la gobernación que les cedía sobre aquella parte del reino que aún se encontraba bajo su obediencia como entendieran ser mejor a su servicio, al Dios y al bien público del reino.

Ed. en SÁINZ RIPA. E. Y ORTEGA LÓPEZ, Á., *Documentación calagurritana del siglo XV*, op. cit., doc. 78, pp. 285-287.

1467, octubre, 23. Segovia.

El infante-rey Alfonso hace merced a Pedro García de Huete o de Montoya, obispo de Osma, oidor de su Audiencia y de su Consejo, por juro de heredad, de las tercias de la villa de Burgo de Osma, Uceró, Cabrejas, Boillos, Santuy, Velilla y Quintanas Rubias, lugares de su mesa obispal, en recompensa a sus servicios y por el cargo que con él tenía debido a que, por seguirle, fue sometido a prisión por don Enrique, su antecesor, durante cuatro meses, durante los cuales le fueron robados muchos de sus bienes y de los de sus criados y servidores. La merced era para su persona y no para su dignidad.

AGS, EMR, MyP, leg. 10, fol. 5.

1467, noviembre, 1. Segovia.

El infante-rey Alfonso comunica al concejo de Toledo que había delegado en Juan Pacheco, maestre de Santiago, y en Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, miembros de su Consejo, tratar con el enviado de la ciudad, el bachiller Fernando Sánchez Calderón, sobre las cuestiones contenidas en una carta remitida por la urbe.

AMT, Archivo Secreto, Cajón 1, leg. 4, n. 64B.

El Rey. Alcaldes, alguasil, regidores, caualleros, jurados e diputados de la muy noble e leal çibdad de Toledo. Vi la letra que con el bachiller Ferrand Sánches Calderón, del mi Consejo, leuador de la presente, me enbiastes, e çerca de las cosas que por ella me escreuistes e él de vuestra parte me dixo, yo mandé e di cargo al muy reuerendo padre yn Christo arçobispo de Toledo, mi tío, e al maestre de Santiago, mi mayordomo maior, amos del mi Consejo, que fallasen con él de mi parte las cosas que dél plenariamente serés ynformados. Yo vos mando le dedes conplida fe e creença a todo ello. De la muy noble çibdad de Segouia, a primero día de nouienure, anno de LXVII. Yo el Rey. Por mandado del Rey, Hermosilla.

1467, noviembre, 10.

Carta de Juan II de Aragón a Francés Berenguer, su embajador en Inglaterra y en Borgoña, comunicándole, entre otras cuestiones, que en Tarragona le esperaba una embajada del reino de Castilla enviada por el rey Alfonso, el arzobispo de Toledo, el maestre de Santiago y otros grandes de aquel reino, por lo cual había decidido trasladarse a dicha ciudad. Había sabido ya que los embajadores acudían a tratar con él sobre los matrimonios de sus hijos, el príncipe y la infanta, y con la oferta de apoyarle con todo el poder de Castilla en sus conflictos internos.

Ed. en CALMETTE, J., *Louis XI, Jean II, op. cit.*, Apéndice documental 25, pp. 538-542.

1467, diciembre, 1. Tarazona.

Carta de Juan II de Aragón al papa Paulo II para volverle a suplicar, ahora que el cardenal Juan de Mella había fallecido, que entregara la mitra de Sigüenza a Diego López de Madrid, elegido por su cabildo, y no a otro alguno.

ACA, RC, reg. 3382, fols. 91v-92r.

1468, abril, 20. s. l.

El infante-rey Alfonso comunica a sus contadores mayores que, al tiempo que Pedro Arias Dávila, su contador mayor y de su Consejo, se unió a su servicio, por él, con acuerdo de los grandes de su reino, le fue prometido la restitución, tanto a él como a sus hermanos, de todos los bienes, oficios, maravedíes de juro y de por vida y cualquier cosa que por su orden les hubieran sido embargadas. Por ello, ordena que Pedro Arias y su hermano, Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, fueran restituidos de todo aquello que le hubiera sido embargado o tomado.

AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87.

1468, junio, 4. s. l.

Confederación entre Juan Pacheco, maestre de Santiago, y Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, por la que se comprometen a protegerse mutuamente y amparar al infante-rey Alfonso y a la infanta Isabel. Asimismo, y debido a la edad de don Alfonso, que le impide regir sus reinos por sí mismo, acuerdan que ambos tendrán cargo del cuidado de su persona y de la infanta y de ayudarle a gobernar, pudiendo colaborar en esto último solamente aquellas otras personas que ambos acordara.

También establecen que deberían estar con el rey para su servicio y guarda las personas que ambos quisieran y acordaran poner. El arzobispo y el maestre decidirán también juntos con quiénes habrían de casarse el rey y la infanta, prometiendo no procurar ningún enlace sin el concierto y acuerdo de ambos. Se comprometen a no entrar entratos con el hermano del rey, Enrique IV, ni con otra persona sin el asentimiento y conocimiento del otro.

AHNOB, Frías, C. 14, doc. 7. Ed. en FRANCO SILVA, A., *Juan Pacheco, Privado de Enrique IV de Castilla*, op. cit., pp. 635-637.

82

1468, agosto, 2. Madrid.

Provisión de Enrique IV por la que hace merced a Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, de unas casas y otros bienes que poseía en Valladolid Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, a quien había confiscado todos sus bienes por entregar, junto a su hermano Pedro Arias, la ciudad de Segovia al marqués de Villena y al arzobispo de Toledo.

AHNOB, Osuna, Carp. 105, doc. 9.

Don enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Gallisia, de Córdoua, de Murçia, de Jahén, del Algarbe, de Algesira, et de gibraltar et sennor de viscaya e de molina. Por quanto, segúnd que a todos en estos mis regnos es público e notorio, yo, confiando del obispo de Segouia e Pedrarias de Ávila, su hermano, la mi çibdad de Segouia, et dexándoles por guardado della e dela reyna, mi muy cara e muy amada muger, e de la ynfante, mi muy cara e muy amada hermana, que en la dicha çibdad estauan, los dichos obispo et Pedrarias, oluidada la lealtad que me deuían como a su rey e sennor natural e la criança que en Diego Arias, su padre, et en ellos fise, e las muchas e grandes e sennaladas merçedes e benefiçios que de mí resçibieron ellos, con grand yngratitud e desconosçimiento, non curando de las penas e casos en lo que por ello yncurrieron, dieron e entregaron la dicha çibdad al marqués de Villena e al arçobispo de Toledo e a los otros caualleros sus seçaçes que en mi deseruiçio están, e los apoderaron della et tomaron la dicha ynfante et quesyeran

prender a la dicha reyna, mi muger, sy no se acogiera al mi alcázar de la dicha çibdad. Por lo qual los dichos obispo et Pedro Arias, allende de las penas corporales et malos casos en que por ello yncurrieron, an perdido et deuen perder todos sus bienes muebles et rayses et pertenesçen a my e a la my cámara et fisco, lo qual yo asý declaro por la presente. Por ende, et porque al dicho obispo se castigue e a otros [de] exenplo, mi merçed es de confiscar et aplicar et por esta mi carta confisco et aplico para la mi cámara e fisco las casas prinçipales quel dicho obispo tyene en la noble e leal villa de Valladolid, que fueron del dicho Diego Arias, su padre, et son a la collaçión de Sant Esteuan. E por faser bien et merçed a vos, don Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benaunte, mi vasallo et del mi Consejo, por los muchos e buenos e leales seruìçios que vos me avedes fecho e fesistedes de cada día, et en alguna enmienda e remuneración dellos, por la presente, como de cosa mía propria, vos fago merçed et entrega e donación pura e propria y no reuocable, para vos et para vuestros herederos e subçesores, por juro de heredad para syenpre jamás, de las dichas casas, con su huerta, con todas las entradas e salidas e pertenençias quantas ha e deue aver et le pertenesçe de derecho, para que de aquí adelante las dichas casas sean vuestras para vos e para los dichos vuestros herederos e subçesores et las podades alquilar et labrar et ¿descercar? en ellas e las vender e enpennar dar e donar et trocar e canbiar e enagenar e aser dellas e en ellas como de cosa vuestra propia libre et quita. Por esta mi carta o por su traslado sygnado de escriuano público, mando al conçejo e alcaldes, merinos, regidores e caualleros, ofiçiales e omnes buenos de la dicha villa de Valladolid que, luego vista, syn otra excusa alguna, den et entreguen et fagan dar et entregar realmente et con efecto las dichas casas, et vos pongan en la posysyón et casy posysyón dellas, et asy puesto vos defiendan et amparen en ella, et que non consyentan nin den lugar que de las dichas casas seades despojado nin desapoderado nin que en ello vos sea puesto embargo alguno nin otro ynpedimiento, ca yo, por esta mi carta, vos fago merçed vos fago merçed [sic] de las dichas casas para vos et para los dichos vuestros herederos e subçesores, segúnd dicho es, et vos do la posysyón e casy posesyón dellas et poder et abtoridad a vos o al que vuestro poder oviere para que syn otro mandamiento mío, nin de allcalde ni de juez las podades entrar et tomar et tener et poseer e contynuar et defender la posysyón dellas et para las demandar, asý en juyzio como fuera dél, et vos fago e constytuyó para todo ello por actor en vuestra cosa propria. Et los vnos nin los otros non fagades ende al por alguna manera, so pena de la mi merçed e de privación de los ofiçios e de confiscación de los bienes de los que lo contrario fisyeren para la my cámara. Et demás mando al

onme que vos esta mi carta mostrare que vos enplase que parescades ante mí en la mi Corte, donde quier que yo sea, fasta quinse días primeros seguyentes so la dicha pena. So la qual mando a qualquier escriuano público que para esto fuere llamado que dé ende al que vos la mostrare testimonio synado con su syno, porque yo sepa en cómo se cunple mi mandado. Dada en la noble villa de Madrid, a dos dias de agosto, anno del nascimiento de nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e ocho annos. Yo, el Rey. Yo Iohan de Ouiedo, secretario del rey, nuestro sennor, lo fise escriuir por su mandado. Registrada.

83

1468, agosto, 8. Madrid.

Enrique IV hace merced a Pedro de Almazán, alcaide de la fortaleza de Atienza, de las salinas de Imón [en Sigüenza] por juro de heredad, en recompensa por haber sometido a prisión a Diego López de Madrid, protonotario que era, que estaba en rebelión tanto contra el pontífice como contra él, ocupando la ciudad de Sigüenza y su fortaleza y las otras fortalezas de la mitra seguntina, las cuales, por su mandato, el alcaide logró tomar y reducir a su obediencia en su servicio y del Santo Padre.

AGS, EMR, MyP, leg. 35, fol. 155.

84

1468, agosto, 21. s. l.

Compromiso de Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, de mantener en secreto cierta escritura de capitulación elaborada ese mismo día y firmada y sellada por ciertas personas no especificadas hasta que su contenido fuera completado por él, por el maestre de Santiago Juan Pacheco y por el licenciado Antón Núñez de Ciudad Rodrigo.

AHNOB, Frías, C. 14, doc. 8.

Nos, don Alfón de Fonseca, arçobispo de Seuilla, conosco que reçois en guarda e terçería vna escriptura de capitulaçión sellada e firmada de çiertos nonbres e sellos oy de la presente, en presençia de Rodrigo de Vlloa e del liçençado Antón Núnnos e de Fernando de Arse, en la qual escriptura están por fençhir e asentar çiertos nonbres de personas e fortalezas e términos e otras cosas que en ella quedan en blanco, e se han de nonbrar e poner e fençhir segúnd fuere acordado por el sennor maestre de Santiago e por nos juntamente con el dicho liçençado Antón Núnnos, e prometemos e seguramos que nos ternemos e guardaremos en nuestro poder la dicha escriptura e non la daremos nin mostraremos a persona alguna nin sacaremos nin mandaremos sacar della copia nin traslado por ninguna cabsa nin color nin rasón que sea fasta que primeramente los dichos nonbres de personas e fortalezas e términos e otras cosas que en ella están en blanco e por fençhir, como dicho es, se pongan e finchan de acuerdo e consentimiento del dicho sennor maestre de Santiago e nuestro e del dicho liçençado Antón Núnnos e non en otra manera. E entonçes faremos de la dicha escriptura lo que por el dicho sennor maestre e por nos e por el dicho liçençado fuere acordado. E juramos a Dios e a Santa María e a esta sennal de crus [cruz] en que ponemos nuestra mano derecha corporalmente, e a las santas órdenes que reçois e a las palabras de los santos euangelios a do quier que están, e fasemos pleito e omenaje vna e dos e tres veses al fuero e costunbre despanna en manos de Rodrigo de Vlloa, omne fijodalgo, que de nos lo reçois, de tener e guardar e cunplir e mantener e que ternemos e guardaremos e cunpliremos e manternemos todo lo que dicho es e cada cosa e parte dello bien e verdaderamente, syn arte e syn enganno. Por firmesa de lo qual, firmamos esta presente escriptura de nuestro nonbre e la fisimos sellar con nuestro sello. Fecha veynte e vn días de agosto anno de sesenta e ocho. A. Ispalensis.

85

1468, septiembre, 27. Casarrubios.

Carta de perdón de Enrique IV por la cual informaba de que, en virtud del asiento que realizó con Juan Arias Dávila, obispo de Segovia, y Pedro Arias Dávila, su hermano, ambos de su Consejo, al tiempo que ellos se redujeron a su obediencia y le entregaron la ciudad de Segovia, que estaba por ellos a él rebelada, él se comprometió a que daría cartas de desembargo y restitución de todas las villas, lugares,

heredamientos, bienes, oficios y maravedíes de juro que a ellos y a sus parientes, amigos, caballeros, criados de sus casas, allegados y favorecedores en el alzamiento de la ciudad de Segovia contra él, había mandado secuestrar, ocupar o hecho merced a otros. En cumplimiento de ello, ordenaba a sus reinos que se consintiera a los dichos obispo y Pedro Arias y a sus parientes, criados y allegados, tomar y poseer sus bienes, lugares, vasallos, oficios, juros y cualquier otras cosas que tenían antes y al tiempo que la dicha ciudad de Segovia fue tomada y ocupada contra su servicio. En nota al margen se indica que no habría de devolverse el oficio de contador mayor del reino que Pedro Arias disfrutaba anteriormente.

AGS, EMR, MyP, leg. 38, fol. 87.

86

1468, octubre, 29. Bonilla de la Sierra.

Presentación ante Martín Fernández de Vilches, obispo de Ávila, oidor y consejero del rey, de la orden de suspensión dada por Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León y legado pontificio en Castilla, del entredicho que el primero había lanzado sobre la ciudad de Ávila como consecuencia del encastillamiento de la catedral abulense que desde hacía aproximadamente cuatro años Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y sus colaboradores, mantenían. El obispo rechaza que los poderes del legado se extiendan a este caso y le insta a usar aquellos para poner entredichos en todas las ciudades que se mantenían rebeldes al rey Enrique.

AHN, leg. 372.

En la villa de Bonilla, veynte e nueue días del mes de octubre, anno del nasçimiento del nuestro sennor Ihesu Christo de mill e quatroçientos e sesenta e ocho annos, ante el mui reuerendo sennor don Martín, por la graçia de Dios e de la Santa Yglesia de Roma obispo de Ávila, oydor de la abdiencia del rey, nuestro sennor, e del su Consejo, estando dentro de los sus palaçios obispales della, et en presençia de nos, los notarios públicos e testigos infraescriptos, paresció presente Diego de Toledo, vesino de la noble çibdad de Ávila, e presentó antel dicho reuerendo sennor obispo vna carta emanada del nunçio de nuestro mui Santo Padre, escripta en papel e firmada de su

nonbre e sellada con su sello en çera colorada en las espaldas e refrendada de Juan de Ouiedo, su secretario, la qual dicha carta nos, los dichos notarios, aquí non inscrymos [sic] por su prolixidad evitar, la qual dicha carta, vista e entendida por el dicho reuerendo sennor obispo, dixo que daua e dio a lo en ella contenido esta respuesta que se sigue:

Nos, don Martín, por la graçia de Dios e de la Santa Yglesia de Roma, obispo de Áuila, oydor de la abdiencia del rey, nuestro sennor, e del su Consejo, respondiendo a vna carta a nos notyficada hemanada del mui reuerendo sennor don Antonio de Veneris, obispo de León, nunçio e orador de nuestro muy Santo Padre e por su Santidad enbiado en estos regnos de Castilla por legado, por la qual, en efecto, alça e suspende el entredicho que nos posymos en la çibdad de Áuila con çierto término fuera della fasta tanto quanto su voluntad fuere, e nos mandan que parescamos dentro de veynte e vn días a desir e mostrar e alegar legýtymas razones, sy por nos las avemos, por las cuales paresca el entredicho ser justo, segúnd esto e otras cosas más largamente en la dicha carta se contiene. El thenor de la qual auido, aquí por expreso desimos que la dicha carta fue e es en sy ninguna e de ningún valor e non ovo nin ha lugar de derecho nin nos obligó nin actor nin acta a conparesçer por nos o por nuestro procurador antel dicho legado por lo siguiente: lo vno, porquél non fue nin es juez desta cabsa por muchas razones: lo vno, porque, segúnd es notorio en estos regnos de Castilla, espeçialmente en la çibdad de Áuila e en toda esta nuestra diócesis, la yglesia de la dicha çibdad de Áuila ha estado e esta encastellada, avrá çerca de quatro annos, poco más o menos, e en poder del muy reuerendo sennor don Alfonso Carrillo, arçobispo de Toledo, en grand vituperio, dapno e opresyón de la dicha yglesia e en perjuysio nuestro como a su perlado, a quien pertenesçe tenerla, e en poder de sus conplìçes e factores, por lo qual, asý de derecho como segúnd las constituçiones del cardenal de Sabina, asý su reuerençia como los dichos sus conplìçes e fatores todos han incurrido e incurrieron en grandes penas e çensuras e los que después han subçedido e subçedieron en el dicho viçio e tienen la dicha iglesia opresa e encastellada, de las cuales non pueden ser absueltos fasta que nos sea entregada e restytuyda la dicha nuestra yglesia. E estante la dicha notoriedad, es cosa çierta e vulgar de derecho que la dicha apelación non valió nin ovo lugar porque sobre caso notorio non ovo lugar apelación, e pues que la dicha apelacion non valió nin se pudo interponer para el dicho Santo Padre nin mucho menos para el dicho nunçio e legado, e pues que ella non valió nin la cabsa a él fue deuelta,

non pudo ser nin es juez para poder suspender nin alçar el dicho entredicho. Lo otro, porque en tanto el poder a él dirigido e dado por el dicho nuestro Santo Padre él non pudo nin puede conosçer çerca de la dicha cabsa porque a esto non se estiende el dicho poder, e paresçería más santo, justo e honesto quel dicho nunçio e legado pusiese entredicho en todas las otras çibdades que se reuelaron contra el rey, nuestro sennor, fasta que fuese en ellas restituydo, pues que para esto vino e a esto se estiende su poder, que non quererse entrometer en el dicho entredicho, que lo non pudo alçar nin suspender, antes pues que es notoriamente justo lo deurían fauoresçer. Lo otro, porque del dicho nuestro entredicho non fue interpuesta apelación alguna, e puesto más, negado que se interpusyera aquella, non valió, e puesto más, negado que ouiera lugar de derecho, los canónigos o algunos dellos que allí se fallaron e cleresía de la dicha çibdad obtenperaron e guardaron el dicho entredicho, lo qual estante non podieron ynterponer apelación alguna porque magnifiesto es de derecho que la sentençia de entredicho e de excomunión e suspensyón non se puede suspender por la apelación que después se subsigue. Lo otro, porque puesto que la dicha apelación ouiera lugar de derecho, que non ovo e que fueran interpuesta antes del dicho entredicho, que non fue, desimos que ellos renunciaron la dicha apelación por aver obtenperado e guardado el dicho entredicho, quanto más quel primer entredicho que nos pusymos fue a dies e ocho días de junio deste presente anno, e segúnd la apelación que ellos interpusieron, sería e fue después. Lo otro, porque segúnd paresçe por la dicha carta del dicho nunçio, ellos dis que apelaron para ante quien con derecho deuiesen, e dentro de nuestro derecho canónico, que avemos de guardar, non vale la apelación ansý general, e es auida por ninguna porque se ha de declarar expresamente el juez para ante quien se interpone la tal apelación o misión, de lo qual fiso e fase la dicha apelación ser ninguna, nin aún quando lugar ouiera de derecho. Lo otro, porque por la dicha su carta paresçe desir que ellos apelaron de çiertos agrauios antes que nos pusiesemos el dicho entredicho, e puesto que antes fuera que ellos apelaran, puesto que non apelaron, apelación cabsa e general non valió nin vale de derecho, espeçialmente que aquí non ovo agrauio alguno, e quando agrauio ouiera, que non ovo, auía de ser expreso en la dicha apelación e non general. Lo otro, porque puesto que la dicha apelación ouiera lugar de derecho, que non ovo, auían se de interponer en nuestra presençia e ante nos e auían se de pedir los apóstolos en tienpo e forma devidos. A lo que dise que parescamos en el dicho término, desimos que la dicha çitaçión non nos acta nin obliga a conparesçer nin a procurador

nuestro porque notoriamente non es jues, como dicho es, e porque la çitaçión es notoriamente ninguna por ser sobre entredicho justamente puesto sobre caso tan notorio.

E esto damos por respuesta a la dicha carta, protestando de aver por ninguna la suspensión e alçamiento de entredicho fecho por el dicho delegado como lo es e todo otro qualquier proçeso que sobre esto faga, e protestando asy mesmo de proçeder contra los dichos canónigos e clérigos quel dicho nuestro entredicho non guardaren e lo han quebrantado e non guardado a las mayores penas que fallaramos por derecho. E de como pasó, el dicho sennor obispo pidiolo por testimonio. De que fueron presentes por testigos el bachiller Pero Gómez de Heredia e Diego Sánches de Sant Miguel e Fernando de Medina, familiares del dicho sennor obispo. Porque yo, Iohan Gonçáles de Madrigal, clérigo de la diócesis de Ávila e notario público por la autoridad apostólica, fui presente a la dicha presentaçión e respuesta e a todo lo que dicho es en vno con los dichos testigos, e porque lo ví e oý segúnd dicho es, por ende esta mi carta es testimonio de respuesta. Alfonso Gonçáles, notario infrascripto, por quien asimismo paso la dicha cabsa e la signe de mi signo acostunbrado en testimonio de verdad en vno con el signo del dicho Alfonso Gonçáles. E yo, Alfonso Gonçáles de Villatoro, escriuano del rey, nuestro sennor, e su notario público en la su Corte e en todos los sus regnos e sennoríos, fuy presente a todo lo que dicho es, en vno con los dichos testigos, quando el dicho reuerendo sennor obispo en mi presençia e dellos vio la dicha carta del dicho sennor delegado e dio a ella esta su respuesta, e, por ende, lo escriuí para la noble çibdad de Ávila, e conçejo, e caualleros, regidores, escuderos, ofiçiales e omnes buenos della.

87

1468, diciembre, 4-7. Fortaleza de Magaz.

Aceptación por parte de Gutierre de la Cueva, obispo de Palencia, de los capítulos y confederación que había firmado con la duquesa de Castromocho. Se comprometen a prestarse ayuda militar mutua y a respaldarse en las inmediatas negociaciones que ambos habrían de emprender con la ciudad de Palencia. Asimismo, si volviera a estallar una guerra en el reino entre el rey y los caballeros o entre las princesas y sus respectivas parcialidades, ambos habrían de acordar juntos qué opinión seguir.

Los capitulos e asientos que se concordaron et asentaron entre la muy manífica sennora duquesa et el muy reuerendo sennor don Gutierre de la Cueva, obispo de Palençia, de confederación e amistad estrecha son los siguientes. Primeramente, quel dicho reuerendo sennor obispo de Palençia jura como perlado a las órdenes que tiene e fase pleito e omenage como cauallero de en todo e para todo ser leal amigo de la dicha sennora duquesa, e de guardar e sostener con su casa e persona, contra todas las personas, de qualquier estado que sean, la dicha amistad e confederación a la dicha sennora duquesa, et en qualquier tienpo que por la dicha sennora duquesa fuere requerido, el dicho sennor obispo que le acudiera como esta dicho con toda la dicha su casa o con parte della, a la ordenança de la dicha sennora duquesa. Yten, el dicho sennor obispo da su fe, segúnd dicho está, que donde quiera que sopiere danno o trato de qualquier qualidad que sea contra la dicha sennora duquesa, que luego ge lo hará saber, o sy caso fuere de peligro, lo estoruara luego, asý como verdadero amigo. Yten, que sy por ventura gentes o personas suyas de la dicha sennora duquesa aportaren por do quiera que su merçed del dicho sennor obispo estouiere o por su fortaleza e villa de Magas, los defenderá e anparará contra todas las personas de qualquier qalidad que sean que contra ellos viniesen, e desto fase pleito e omenage el alcayde de Magas porque sy por ventura el dicho sennor obispo allí no se fallase. E esto se entienda asý en las otras villas e lugares del dicho sennor obispo donde las dichas gentes e personas aportaren. Yten, que sy por ventura guerras se reboluieren en estos reynos entre el rey e los caualleros o entre las prinçesas e parçialidades dellas, que jura el dicho sennor obispo de non seguir ninguna de las tales opiniones syn primero conçertarlo e consultarlo con la dicha sennora duquesa, para que sygan juntamente aquello que devieren seguir o vieren que bien les está, segúnd confederados de amistad verdadera. Yten, demanda el dicho sennor obispo a la dicha sennora duquesa que, por virtud e noblesa suya, le plega de non soltar a don Sancho de Castilla, que en su poder tiene preso, fasta en tanto que en los partidos que su merçed hará con él, faga que restytuyan la casa de Villamuriel al dicho sennor obispo libre e desenbargadamente, como cosa de su Iglesia e dinidad, et faga que le restituya la meryndad de Palençia, por quanto todo ge lo tiene tomado tiranamente contra Dios e contra toda justiçia. Yten, que por quanto se cree que, acabado el fecho de don Sancho, avrá algunas confederaciones e conçiertos entre la dicha sennora duquesa e la çibdad de Palençia, que la dicha sennora duquesa non faga confederaciones nin

conçiertos algunos con la dicha çibdad syn que se fagan los fechos del dicho sennor obispo en las dichas confederaciones, e que de los asientos que se fisieren del dicho sennor obispo con la dicha çibdad, que la dicha sennora duquesa sea fiadora que fará a la dicha çibdad tener e guardar los dichos asientos. Yten, demanda el dicho sennor obispo que la dicha sennora duquesa otorgue otros tales capítulos como los de suso al dicho sennor obispo, et que jure e faga pleito e omenage como sennora fijadalgo de lo todo tener e guardar, así los quales firme de su nonbre e selle con su sello, segúnd el tenor destos otros capitulos. Los quales capitulos e asiento e confederación el dicho sennor obispo otorgó e juró con pleito e omenaje en la su fortaleza de Magas a quatro días de desienbre, anno del sennor de mill e quatroçientos e sesenta e ocho annos, por ante mí, Rodrigo Áluares, su secretario e notario del rey, nuestro sennor. E me mando su merçed que las diese signados de mi signo a la dicha sennora duquesa. Episcopus palentinus. En la fortaleza de Magas, miércoles syete días del mes de desienbre, anno del sennor de mill e quatroçientos e sesenta e ocho annos, presente Juan Calderón, escudero e criado de la sennora duquesa de Castromocho, con espeçial poder de la dicha sennora para lo infraescrito, el muy reuerendo in Christo padre e sennor don Gutierre de la Cueva, obispo de Palençia, por la gracia de Dios e de la santa Yglesia de Roma, conde de Pernia, en presencia de mí, el notario, e testigos infraescritos, fiso juramento el dicho muy reuerendo por las hórdenes que abía resçevido e a los santos euangelios, do quier que estauan, e puso su mano derecha corporalmente sobre un libro en que estauan un cruçifixo e ymagen de nuestro Sennor, e fiso solepnemente juramento de tener e guardar e conplir e mandar tener e guardar conplir a todo su leal poder e fuerças todo lo contenido en estos capítulos e cada cosa e parte dello juntamente e de por sí, segúnd e por la forma de manera que en estos susodichos capítulos se contiene e está escripto. E eso mismo luego incontinenti, en presençia del dicho muy reuerendo sennor, e de su espeçial e espresso mandado e liçençia, Enrrique Fernádes, alcayde de la dicha fortaleza de Magas, fiso pleyto omenaje vn e dos e tres veses en fuero e costunbre de Espanna en manos del dicho Juan Calderón de cada e quando gente alguna tanta quanta fuere, poca o mucha, de la dicha sennora duquesa a la dicha fortaleza viniessse o vinieren non estando en la dicha fortaleza el dicho sennor obispo, de los acojer, amparar e defender, según en la forma e vía que a los suyos el dicho sennor obispo faría, contra todas las personas del mundo, de qualquier calidad que sean, según que en los dichos capítulos se contiene. E desto que dicho es en como passó, el dicho sennor obispo e el dicho Juan Calderón requirió [sic] a mí, el infraescrito notario, que ge lo dicesse por

testimonio sygnado de mi sygno en manera que fisesse fe a los ¿quienes? que fuesen dello. Testigos que fueron presentes, Villandrando e el liçençado Pero Sánchez de la Calancha e Juan Ninio e Alfonso de Santisteuan, criados del dicho sennor obispo. Yo, Bartolomé López, notario episcopal con los tres sobredichos presente fuy a todo lo sobredicho, llamado e rogado por los susodichos, el muy reuerendo sennor obispo e Juan Calderón, por lo qual fise aqui este mi sygno a tal en testimonio de verdad.

88

1469, marzo, 18.

Concordia de Enrique IV, el arzobispo de Sevilla, el maestre de Santiago y el conde de Plasencia con el duque de Alburquerque, el marqués de Santillana, el obispo de Sigüenza y Pedro de Velasco, hijo del conde de Haro, para la gobernación del reino. Todos los firmantes se comprometen a defender la vida, persona, casa y real estado del rey y a ayudarle a recobrar todas las ciudades, villas, fortalezas y demás bienes de la Corona tomadas desde el día de Santa Cruz del año 1464. El rey guardará en adelante la vida, personas, casas, estados y dignidades del marqués de Santillana, el duque de Alburquerque, el obispo de Sigüenza y don Pedro de Velasco, y confiarles, de forma conjunta al maestre, arzobispo y conde, su persona, casa, estado y la gobernación de sus reinos, no pudiendo confiar nada de esto a otras personas sin el consentimiento de todos ellos. Los prelados y nobles firmantes se comprometen a ampararse y protegerse mutuamente, y si algún debate surgiera entre ellos, el arzobispo de Sevilla y el obispo de Sigüenza serían jueces en sus disputas, recurriéndose al prior de San Benito de Valladolid en caso de que se necesitara un tercero. Todos se comprometen a casar a la princesa Isabel con el rey de Portugal y a la princesa Juana con el hijo de dicho rey. El rey no podría proceder contra aquellos ni contra ningún otro prelado o caballero que no fuera rebelde a él rebelde sin el consentimiento de los firmantes de esta concordia. Si el rey quisiera revocar las “mercedes nuevas”, también tendría que ser con su consentimiento o, al menos, contar con el consejo del obispo de Sigüenza y del arzobispo de Sevilla. La concordia concluye con una confederación entre el rey y los prelados y caballeros.

BNE, Mss. 19.703, n. 22; y AHNOB, Osuna, C. 1860, doc. 20. Ed. en VAL VALDIVIESO, M. I. del, *Isabel la Católica*, op. cit., doc. 15, pp. 430-438.

89

1469, abril, 25. Ocaña.

Juan Pacheco, maestre de Santiago, Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, y Pedro de Velasco, todos del Consejo del rey, prometen a los procuradores de las ciudades y villas del reino que habían acudido a las Cortes de Ocaña que ellos, los contadores mayores del rey y el propio monarca cumplirían una serie de peticiones por ellos presentadas en interés general para el reino.

Ed. en OLIVERA SERRANO, C., *Las Cortes de Castilla y León*, op. cit., Apéndice documental, doc. 65, pp. 332-333.

90

1469, mayo, 2. Ocaña.

Enrique IV, acatando los grandes servicios que Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, le había prestado desde que era príncipe y, en especial, cómo desde de los movimientos del reino había hecho grandes gastos y había trabajado y aún trabajaba por la defensión de su estado real y por conseguir la paz, sosiego y tranquilidad de sus reinos, le había hecho merced de la villa de Sepúlveda y su tierra. Sin embargo, debido a que por algunas causas no puede hacerle entrega de momento de la posesión real de aquella, le hace entrega de 300.000 maravedíes anuales en empeño hasta que dicha merced se hiciera efectiva. Finalmente, el 20 de diciembre de 1471, y ante la imposibilidad de hacerle entrega de dicha villa, el rey ordenó convertir dichos 300.000 maravedíes en un juro de heredad.

AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27-3.

1469, mayo, 2. s.l.

Concordia y confederación entre Juan Pacheco, maestre de Santiago, y Antonio Jacobo de Veneris, obispo de León y legado pontificio, para que este último obtuviera la mitra conquense cuando esta quedara vacante, a cambio de que pusiera a disposición del primero el poder militar de dicha mitra y de que, desde su posición como nuevo procurador del rey Enrique IV en Roma, defendiera los intereses del maestre en la Curia, en especial, en lo tocante a la expedición de las bulas confirmatorias de su nombramiento como maestre de Santiago. Ambos también acordaron que la sede de León habría de pasar a Rodrigo de Vergara, administrador de Tuy, y los beneficios y prebendas que este disfrutaba en Castilla, fueran concedidos a Juan Pacheco, hijo ilegítimo del maestre. En el caso de que aquellos no proporcionaran a este último una renta anual de mil ducados, el nuevo obispo de León habría de admitir que se impusiera una pensión en favor del hijo del maestre sobre las rentas de su mesa episcopal equivalente a la suma que faltara para alcanzar los mil ducados. Si el administrador de Tuy no quisiera aceptar la sede leonesa con esa pensión, habría de proponerse el nombramiento de Alfonso de Paradinas como nuevo obispo legionense o de algún otro que no se opusiera a aquella.

AHNOB, Frías, C. 12, doc. 8. Ed. por DÍAZ IBÁÑEZ, J., “Los intereses pontificios, regios, nobiliarios...”, *op. cit.*, doc. 1, pp. 1268-1270.

1469, noviembre, 11. Castillo de Begíjar.

Carta de dote y donación otorgada por Alfonso de Acuña, obispo de Jaén, oidor y consejero del rey, en favor de Leonor de Acuña, su parienta, en compensación por sus servicios y por los padecimientos que había sufrido durante la prisión a la que se había visto sometida durante los últimos cuatro años debido a que el prelado se vio obligado a entregarla como rehén a Pedro Girón, maestre de Calatrava, en seguridad de que cumpliría ciertos capítulos que ambos firmaron tras la claudicación del obispo en el cerco al que el maestre le sometió en su castillo episcopal de Begíjar, y con los que se

evitó que se viera privado de este y otros bienes de su Iglesia. En agradecimiento por ello y por acceder a su petición para que contrajera matrimonio con el caballero Día Sánchez de Quesada, hijo de Pedro Díaz de Quesada, regidor de Baeza, quien habría de ayudarle a defender y recobrar los bienes de su dignidad ocupados por ciertos caballeros de su obispado, le hacía entrega como dote de una serie de propiedades en Andújar y Baeza.

AHNOB, Baena, C. 68, doc. 5.

93

1469, diciembre, 22. s.l.

Enrique IV ordena a sus contadores mayores hacer cuenta con Alfonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla y miembro de su Consejo, de cuál era el sueldo que le era debido por la gente de armas que, por su mandato, había tenido en su servicio durante ese año. El monarca calcula que deberían serle entregados 240.000 maravedíes por esta causa, indicando que habrían de serle librados en los pedidos y monedas de las villas de Medina del Campo, Madrigal y Olmedo. Respondiendo a la petición del rey, los contadores calcularon después que por los cien hombres de armas que el prelado tuvo todo el año en servicio del rey, había de serle entregada la suma de 620.000 maravedíes.

AGS, EMR, MyP, leg. 60, fol. 27.

94

1469. s. l.

Cédula de Enrique IV por la que hace merced de la villa de Alfaro a Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y miembro de su Consejo, acatando y considerando la gran lealtad y constancia que había mostrado a su servicio desde que los movimientos pasados se iniciaron en sus reinos, durante los cuales puso muchas veces su persona, casa y estado en peligro por favorecerle. Documento sin concluir.

AHNOB, Osuna, C. 2266, doc. 4.

95

1470, febrero, 12.

Juan Pacheco, maestre de Santiago, se compromete con fray Pedro de Silva, obispo de Badajoz, su hermana, María de Silva, Pedro López de Ayala y Fernando de Rivadeneyra a hacer que Enrique IV les hiciera entrega de las mercedes y privilegios que les prometió cuando, durante la guerra civil, la ciudad de Toledo abandonó la parcialidad contraria para unirse a su causa “a manos de vos”.

AHNOB, Frías, C. 12, doc. 11. Ed. en BENITO RUANO, E., *Toledo en el siglo XV*, op. cit., doc. 55, pp. 256-259.

96

1470, septiembre, 10. s. l.

Enrique IV concede a Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza y miembro de su Consejo, un juro de heredad de 160.000 maravedíes en compensación por renunciar a cobrar las sumas que el rey le debía librar de ciertos años hasta entonces de treinta lanzas y del sueldo de la gente de armas que había tenido a su servicio.

AGS, EMR, MyP, leg. 64, fol. 118.

